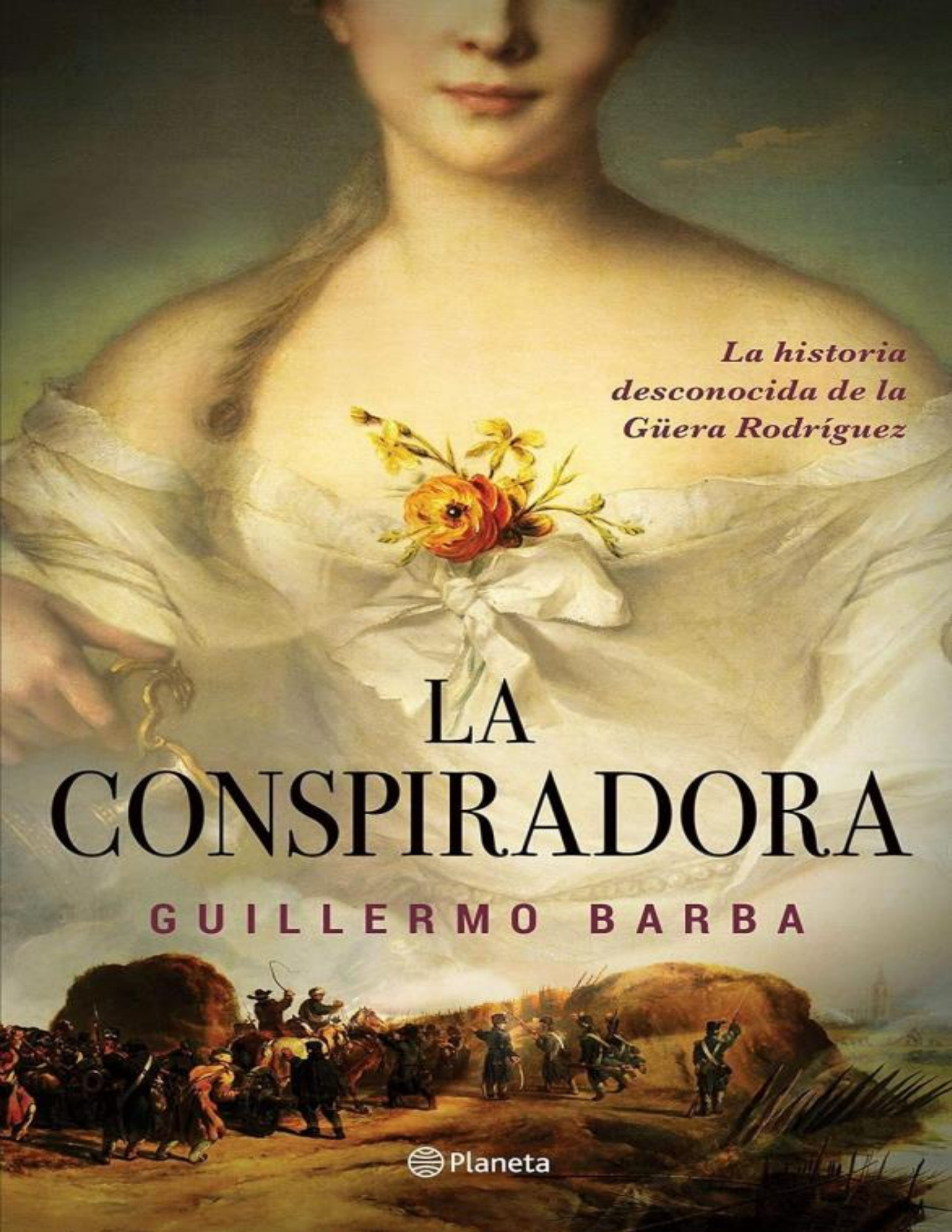

La historia desconocida de la Güera Rodríguez
LA CONSPIRADORA
GUILLERMO BARBA
Planeta

GUILLERMO BARBA

LA CONSPIRADORA

Planeta

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1. Venturosas confidencias (1808)
2. La corona en desgracia (1808)
3. Soberanía popular (1808)
4. Intriga salomónica (1808)
5. Criollos contra gachupines (1808)
6. Gachupines al acecho (1808)
7. Asalto al Palacio Real (1808)
8. Ramón Cardeña y Gallardo (1802)
9. El perfecto amante (1802)
10. A un chispazo de ser asesinada (1802)
11. Despedidas forzosas (1802)
12. Escándalo popular (1802)
13. Leyes de varones (1802)
14. Doña Inés, virreina protectora (1802)
15. El sol renace (1802)
16. Muerte y dolor (1804-1805)
17. Deseos de venganza (1809)
18. El malestar cunde en el reino (1809)
19. Contragolpe (1809)
20. Simón José Bolívar Palacios y Blanco (1799)
21. Despertares (1799)
22. Imprudencias de juventud (1799)
23. Desliz hacia la libertad (1799)

SEGUNDA PARTE

24. Conspirando entre rumores (1809)
25. En la mira del enemigo (1809)
26. Benditos pecados de la Inquisición (1809)
27. Alexander von Humboldt (1803)
28. Las imperfecciones de la Luna (1803)
29. Atracción (1803)

30. Repulsión (1803)
31. La razón por delante (1803)
32. Remembranzas en Santiago de Querétaro (1810)
33. Matrimonio inesperado (1807)
34. Muerte y parto escandalosos (1807)
35. Josefa Ortiz de Domínguez (1810)
36. Santa Fe de la Soledad (1810)
37. Matrimonio ejemplar, bodas obligadas (1810)
38. Resignación (1810)
39. Noticias venturosas (1810)
40. Delaciones por doquier (1810)
41. Los horrores de la guerra (1810)
42. Perdón fingido (1810)
43. Retrato de medio cuerpo (1810)
44. Los Guadalupes (1811)
45. Manuela Taboada en desgracia (1811)
46. Presentación en sociedad (1811)
47. Ramón: masón y conspirador (1811)
48. Madame Leona Vicario (1811)

TERCERA PARTE

49. Ramón Cardeña en desgracia (1812)
50. De lejos se ven los toros (1812)
51. Cárcel de amor (1813)
52. La peste (1813)
53. Bendita libertad (1814)
54. Al borde del colapso (1814)
55. Todo sea por la salvación de sus almas (1815)
56. Infortunios y tertulias (1816)
57. Venus y las tres Gracias (1818)
58. ¡Ramón, Ramón mío! (1819)
59. Conjura en La Profesa (1820)
60. Religión, independencia y unión (1820)
61. El Plan de Iguala (1821)
62. La falsa carta del rey (1821)
63. Evangelista aporreado (1821)
64. Virrey provisional (1821)
65. A las puertas de la ciudad (1821)
66. Visitas a Iturbide (1821)
67. La libertad toca a la puerta (1821)
68. 27 de septiembre (1821)
69. ¡Meretriz! (1821)
70. Nubarrones en el horizonte (1822)
71. Amarga infidelidad (1822)

72. ¡Viva Agustín Primero! (1822)
73. Corona de sangre (1822)
74. Amarga desilusión (1822)
75. Dios se apiade de México (1822)

Epílogo
Nota
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos

A mi madre,
ejemplo de voluntad, amor e inteligencia.

A todas aquellas mujeres
que han tenido el valor
de luchar por su propia libertad
y la nuestra.

In memoriam: *Paco Berrondo,*
lector apasionado, motivador incesante.

PRIMERA PARTE

1

VENTUROSAS CONFIDENCIAS
1808

La angustiada voz de la virreina aún resonaba en su mente mientras daba nerviosas órdenes para organizar el equipaje necesario: debió aprestarse a viajar con toda precipitación, ya que un par de horas antes había acudido al Palacio Real y la misma doña Inés le había suplicado encarecidamente que la acompañase a la feria de San Agustín de las Cuevas. Entre ambas existían lazos de sincera amistad, por lo cual intentó negarse a la petición de la soberana arguyendo que su nena había nacido apenas unos meses atrás; sin embargo, entre más se negaba, más le insistía, mostrando una creciente aflicción que le despertó sospechas.

Entreviendo que le ocultaba algo y que el asunto debía ser de capital importancia, decidió averiguar el origen de aquella mortificación.

—Inés —le dijo humildemente—, bien sabes que soy incondicional a tus peticiones, pero alejarme de mi nena para viajar y divertirme será mal visto por muchas damas, haciéndome blanco de sus críticas.

—Güera, te aseguro que no solicito tu presencia por diversión —dijo la virreina, conteniendo sus sentimientos.

—¿Qué te acongoja? Veo que escondes una pena… Cuéntame.

Abrazó cariñosamente a la virreina, quien al sentir el consuelo de unos brazos amigos dejó escapar un ligero sollozo.

—En la feria necesitaré tu apoyo… No puedo decirte más.

Tomó su pañuelo y enjugó las lágrimas que comenzaban a brotar de los ojos de la virreina.

—Cuéntame todo; cuando compartimos la desdicha, nuestros corazones encuentran algo de alivio.

Doña Inés deseaba desahogar aquello que se le anudaba en el pecho, aunque sabía bien que debía callar. No obstante, en un impulso incontenible, comenzó a sincerarse.

—Pueden arribar malas noticias durante nuestra estancia en la feria. Es todo lo que puedo decir por el momento.

—Siempre has confiado en mí; sabes que no te defraudaré.

La virreina la miró angustiada, con el corazón a punto de estallar.

—Has de jurar que no comentarás a persona alguna lo que he de confiarte. —Esta vez ordenó.

Tras escuchar el juramento, doña Inés dio rienda suelta a sus penas, contando acerca de recientes disturbios y sublevaciones en España: ella la escuchó asombrada y sin embargo impávida. Cuanto más avanzaba el relato fue entendiendo que, por lo acontecido en la península, el virrey y aun el virreinato mismo se encontraban al borde del precipicio. El futuro de Inés pendía de un hilo y, según

lo referido, el de toda España igualmente.

—Por eso requiero de tu cercanía —le dijo al concluir la narración—; mientras permanezcamos en la feria habrán de arribar nuevas noticias, y de ser tan adversas como las anteriores me será indispensable tu apoyo.

Sorprendida por tan significativa confidencia aceptó acompañarla en el viaje, mismo que realizarían al día siguiente. Y aunque profesaba especial cariño a doña Inés y le preocupaba su porvenir, lo comentado también le producía una razonable alegría: mientras más caos existiera en la metrópoli, mayores serían las oportunidades de dar justa libertad a Nueva España.

Tras seleccionar los múltiples vestidos, elegantes unos y campiranos otros, que debía llevar para los muy distintos eventos sociales del traslado y organizar perfectamente los baúles del equipaje, dejó que Teófila, su fiel sirvienta, concluyese las maniobras. Con la ansiedad a flor de piel y sin importar lo avanzado de la noche, se dirigió a la casona de su hermana Josefa, la marquesa de Uluapa, donde se desarrollaba la semanal tertulia. No podía marcharse sin comunicar la noticia a sus compañeros.

Cuando abandonaba la casa en el carruaje, los asistentes al Coliseo ya habían salido a la calle tras haber presenciado la función teatral de aquella noche; ensimismados en sus experiencias, muchos reían y comentaban la obra con rostros que reflejaban alegría y desenfado. Ella, sin embargo, era presa de una inquietud ingobernable; lo que debía comentar a sus cofrades parecía a todas luces trascendente y el trayecto, de tan sólo una cuadra y media, le pareció interminable.

En el opulento salón, finamente decorado con gobelinos, sólidos muebles de caoba y alfombras persas, los invitados ya habían concluido la cena y tras abandonar el comedor conversaban distribuidos en distintos corrillos, los varones por una parte y, al otro extremo de la estancia, las mujeres, sentadas en elegantes sillas de damasco mientras se abanicaban con gracia.

Las pláticas, en especial la de los caballeros, se interrumpían cada vez que algún sirviente entraba ofreciendo café o coñac, para evitar que se enterasen de asuntos confidenciales. Por eso, cuando el lacayo anunció a la marquesa la llegada de María Ignacia Rodríguez de Velasco, la tertulia se vio interrumpida por unos segundos.

—¡Güera, qué sorpresa! —dijo Josefa dándole un beso de bienvenida—. Pensábamos que ya no vendrías.

—Mañana muy temprano debo partir con la comitiva de los virreyes, pero antes necesito hablar con Manuel.

—¿Se puede saber sobre qué asunto?

—Nada importante —mintió, sabiendo que su hermana no era de guardar secretos—. Un chisme de Palacio que luego comentaremos porque ahora estoy de prisa.

Fue hasta el pequeño grupo, ubicado a un costado de una cajonera con incrustaciones de concha nácar, donde se encontraba su cuñado Manuel Acevedo, marqués de Uluapa, junto a fray Melchor de Talamantes, el marqués de Guardiola y el abogado Juan Francisco Azcárate. Al acercarse descubrió que comentaban la lectura de un libro del filósofo francés Voltaire, prohibido por sus ideas libertarias como tantos otros.

—Soy portadora de noticias —interrumpió de súbito, ansiosa, sin saludar siquiera—. Por favor, apartémonos adonde nadie nos escuche.

Discretamente, el grupo fue hacia un rincón del salón, alejándose a prudente distancia de los demás asistentes.

—La virreina me ha confiado una noticia de vital importancia —dijo con urgencia ante la mirada

expectante de los caballeros—. Me ha relatado que aunque Napoleón contaba con el permiso de Carlos IV para transitar por territorio español y así atacar a Portugal, ha dejado regimientos en ciudades tan importantes como Barcelona y Pamplona, con la posible intención de apoderarse de España.

El asombro de los varones fue inmediato: la miraron silenciosos e intrigados. Manuel, su cuñado, de corpulenta figura aunque bajo de estatura, se ajustó las gafas para observarla mejor, como acostumbraba cuando algún suceso le causaba gran interés. Su aspecto era más descuidado que el de cualquier noble porque sus ideas republicanas lo enfrentaban al abolengo familiar, y siendo orgulloso de sus ideales, deseaba comportarse más como plebeyo que como aristócrata.

—El rey, aconsejado por el ministro Godoy —continuó con aire de orgullo al notar que había capturado la atención de los varones—, se trasladó con la familia real a Aranjuez, para de ahí viajar a Sevilla y huir hacia América.

—¡Válgame; tal como hicieron los reyes de Portugal! —exclamó el fraile Talamantes, haciendo patente su crítica.

—Pero el pueblo, al enterarse de los planes del rey, se ha sublevado contra él y muy especialmente contra el ministro Godoy, exigiendo que abdique el monarca y se corone al príncipe Fernando como nuevo rey de España.

—¡Santo cielo! —exclamó el fraile Talamantes.

—Era de esperarse —sentenció Manuel en voz baja—, Godoy cuenta con muchos enemigos entre la aristocracia y el pueblo.

—Desgraciadamente —continuó ella—, las noticias llegaron en un navío sin notificar la resolución de las revueltas, por lo que deberemos esperar el próximo embarque para conocer el desenlace. Pero todo apunta a que Napoleón arrebatará el trono a los españoles.

Al concluir su exposición, los varones, verdaderamente perplejos, prorrumpieron en diversos comentarios al unísono.

—A río revuelto, ganancia de pescadores —bromeó Azcárate, riendo con esos resoplidos que le hacían parecer más obeso de lo que era.

—No hay duda; Napoleón ha invadido a la madre patria para anexarla a su imperio —apuntó Talamantes.

—Lo cual podría significar el primer paso hacia la independencia de Nueva España —señaló Manuel, todavía con rostro asombrado—. Hiciste bien en comentar estas noticias en círculo cerrado, es información reservada y en extremo valiosa.

Azcárate, que se había mantenido pensativo, se acercó a ella y dijo en voz baja:

—Debemos entender esto como un signo divino y aprovechar tu presencia en la corte; seguro que con un poco de astucia y maña podrás averiguar más noticias de boca de los consejeros del virrey, y por supuesto, de la virreina misma.

Manuel y los otros asintieron, convencidos de que contar con oídos dentro del Palacio Real sería sumamente provechoso para la causa.

—Eso es demasiado peligroso —dijo ella en voz baja, con un dejo de recelo—. ¿Qué podría obtener de la virreina, el virrey o cualquier cortesano que ustedes no sepan?

—Mucho más de lo que imaginas. La prueba es que hoy has conseguido información tan reservada que sólo la virreina la conoce.

Nerviosa, clavó sus azules ojos en cada uno de los ahí presentes hasta detenerse en el mofletudo rostro de Azcárate y lo cuestionó:

—¿Acaso el virrey no es amigo tuyo, tanto así que pescan juntos en las charcas de Chapultepec?

—Cierto, pero jamás ha comentado una palabra sobre asuntos reservados. Concuerdo en que ha mantenido esta información en absoluto secreto.

Los observó dubitativa, cavilando en las ideas vertidas por ellos.

Desplegó el abanico y comenzó a refrescarse el rostro. La petición la abrumaba y deseaba poner en orden sus pensamientos, pero le era imposible; la demanda de aquellos hombres la mantenía perturbada, indecisa.

—No tengo el temple para servirles en lo que me solicitan. Es demasiado arriesgado… No creo ser capaz.

—Ingenio no te falta; además, contarás con nuestro respaldo —dijo de inmediato Manuel para tratar de convencerla mientras los otros asentían.

Los cuatro varones escudriñaban con la mirada cada uno de sus gestos. La tenían acorralada, esperanzados todos en una respuesta positiva.

—¿Desean que me convierta en espía y actúe a dos caras, a costa de traicionar la amistad de los virreyes y aun poniendo en riesgo la seguridad de mi familia? —respondió examinando los rostros de aquellos señores.

Un escalofrío recorrió su piel y el estómago se le hizo un nudo entre profundas náuseas. Los hombres continuaban observándola; parecía no tener escapatoria. El nerviosismo invadió cada palmo de su cuerpo, y sin meditarlo más, como si un instinto despertase en sus adentros, tomó la copa de su cuñado y la alzó en un brindis, aceptando la propuesta.

—Sea pues.

Sus escuchas sonrieron satisfechos y la secundaron alzando las copas para brindar al unísono.

No obstante, la Güera no lograba sonreír con sinceridad. Aunque bien entendía la importancia de su colaboración, y que por primera vez sus acciones podrían ser determinantes para alcanzar la independencia, la sola palabra *espía* provocaba que su corazón se estremeciera.

2

LA CORONA EN DESGRACIA
1808

Antes de que los gallos comenzaran a cantar, mientras la ciudad se mantenía todavía silenciosa, la Güera ya se había levantado, poseída de una novedosa energía. Las tinieblas invadían su habitación cuando a la luz de dos velas comenzó a realizar la rutina que una bailarina italiana le había enseñado y que tan provechosa le resultaba para mantenerse esbelta. Tres meses atrás había dado a luz a la más pequeña de sus cinco hijos, una hermosa nena a quien bautizó con el simbólico nombre de Victoria, y aunque el infortunio la persiguiera haciéndola enviudar a comienzos del embarazo, ahora la vida parecía sonreírle: se percibía más libre que nunca, dispuesta a decidir por su propia cuenta, sin interferencia alguna, siendo la única responsable de cada acción a favor de sus ideas libertarias. Tenía entonces treinta años y contaba con una fortuna considerable, suficiente para no pasar privación alguna por el resto de su vida: poseía haciendas en Dolores, en San Luis de la Paz, otras en los alrededores de la Ciudad de México y alguna tan lejana que jamás la había visitado.

Después de efectuar las flexiones, contracciones y piruetas, tomó un baño en la tina del cuarto de placeres, ya que definitivamente no tendría oportunidad de asearse a plenitud durante el viaje. Al despuntar el sol desayunó con sus hijos en la cocina, arrulló a Victoria por unos minutos y fue a la alcoba después de regresar a la nena a la chichigua para que la amamantara.

El ruido proveniente de la calle ya resultaba estruendoso; entre el rodar de las carretas sobre el empedrado, el continuo chasquear de los cascos de caballos y mulos, así como los gritos de los vendedores ambulantes, se producía un estridente pero jovial barullo.

Se atavió con un vestido blanco de corte imperio que mucho le agradaba, elaborado con suaves gasas y tules; lo eligió no por ser la moda del momento sino porque sus vaporosas telas y la ausencia de corsés y miriñaques le aseguraban mayor comodidad para sobrellevar el zangoloteo del viaje. El carruaje, una berlina de su propiedad, poseía buen muelleo en las ruedas, sin embargo, los caminos que conducían a San Agustín de las Cuevas presentaban severos hoyancos, lodazales e imperfecciones en numerosos tramos, muy en especial después de pasar el poblado de San Ángel.

Miró el reloj francés ornamentado con querubines de porcelana posado sobre la cómoda de nogal: eran ya las siete y media, en quince minutos ordenaría enganchar los caballos y cargar el equipaje en la berlina para acudir puntualmente a la cita con la virreina. Abrió las puertas del balcón y contempló la calle: casi frente a su casona se hallaba el teatro del Coliseo Nuevo, principal entretenimiento de la ciudad, al que por las noches acudían todas las personas decentes. Siempre le resultaba curioso observar a la gente que se dirigía a la función: ya fuesen en carruaje o a pie, acudían esperanzados en olvidar los penares diarios y contagiarse de alegría y emociones por unas cuantas horas. Pero durante la mañana la calle carecía de aquella magia, resultando similar a cualquier otra.

Sobre el empedrado descubrió a un indio que tiraba de un carretón atestado de tiliches al tiempo que gritaba: «¡Tejocotes por venas de chile!», con lo cual intentaba llamar la atención de clientes que desearan trocar sus objetos usados por los que él acarreaba. Siempre le habían parecido hermosos los pregones de los vendedores, algo muy propio de su patria y tan ajeno a los españoles, los gachupines. La Güera sonrió esperanzada.

Como había una pausa en el tiempo de lluvias, el trayecto hacia San Agustín de las Cuevas se realizó sin mayores contratiempos. La caravana comenzaba con cuatro dragones de la guardia del rey, montados en hermosos caballos, y tras ellos avanzaban ocho carruajes con la comitiva, además de tres carretas que cargaban el equipaje. La Güera tuvo la fortuna de no hacer el viaje en soledad, al ser acompañada por la marquesa de Selva Nevada, quien poseía en la villa de San Ángel una hermosa casona donde almorzaron brevemente, prosiguiendo de inmediato con la intención de arribar a su destino a la hora de la comida.

La afamada feria de San Agustín de las Cuevas, lugar que los indios llamaban Tlalpan, era celebrada en la Pascua del Espíritu Santo y ofrecía innumerables entretenimientos a los visitantes; en los portales de la plaza central se colocaban rústicas mesas para que el pueblo probase suerte en los naipes y la lotería, pero dando unos pasos más se ingresaba a suntuosas casas de juego para la gente adinerada. La Güera le sacó provecho a todo, jugó lotería, tresillo y hasta albures, y aunque perdió unos pocos reales, salió de ahí esbozando una gran sonrisa: le ganó un albur a don Gabriel de Yermo, uno de los gachupines más ricos y poderosos del reino.

Siempre al lado de los virreyes, asistió al banquete ofrecido por el conde de San Mateo de Valparaíso, a una fiesta campestre organizada por los marqueses de Vivanco, y a una improvisada corrida de toros a las afueras del poblado. Lo único desagradable resultó ser el hospedaje, no porque careciese de lujo y comodidades sino porque los virreyes y sus acompañantes se hospedaron en la casona de la condesa de Regla, íntima amiga de doña Inés, la cual no tenía en buena estima a la Güera: era de carácter adusto y severo, así que las pícaras habladurías y escandalosos chismes que se contaban acerca de ella le molestaban profundamente, razón por la que la trataba con hosca frialdad.

Doña Inés de Jáuregui era veintidós años menor que su marido. Su padre, Agustín de Jáuregui, había ocupado los cargos de gobernador de Chile y virrey de Perú, entre otros, por lo cual su infancia transcurrió entre continuas mudanzas de un país a otro. La ausencia de una morada estable le forjó un carácter adaptable a cualquier situación, además de una predisposición a disfrutar la vida sin demasiados miramientos; gozaba cada día como si fuese el último.

El domingo, tras la misa de Pascua y un generoso banquete en las huertas de los condes de Regla, el virrey asistió a las peleas de gallos con su séquito. Las damas decidieron no acompañarle porque el espectáculo desagradaba a doña Inés y a varias otras cortesanas, incluida la Güera, ya que los palenques expedían pestilencia a mierda, pulque y sangre, asunto que les resultaba tan repugnante como los aullidos de la concurrencia cuando algún encrespado animal degollaba al rival.

Esa tarde la virreina la pasó en íntima conversación con las otras damas, gozando del agradable clima en el huerto, bebiendo chocolate con agua y comiendo golosinas entre el aroma de los guayabos que tanto la deleitaba; su nerviosismo era patente al comer un pastelillo tras otro, ya que cualquiera de esos días deberían de arribar emisarios de España, lo que se corroboró cuando Juan Francisco Azcárate, quien como amigo del virrey había viajado también, apareció portando unas gacetas de Madrid. Tan pronto saludó cortésmente a las damas, comentó que a media tarde había llegado al palenque un emisario con la correspondencia de ultramar: Iturrigaray, tras abandonar su palco por breves minutos, retornó con rostro contrariado, ordenó a su asistente que leyese la gaceta a la concurrencia y envió a Juan Francisco a informar a la virreina.

Sin ocultar la preocupación que la poseía, doña Inés solicitó a Azcárate que fuese tan amable de

resumir las noticias.

—Seré breve, pues Su Excelencia lo solicita: el pueblo español se ha sublevado en Aranjuez. Como resultado de tan lamentable acontecimiento, Su Majestad Carlos IV abdicó a favor del príncipe, quien desde ahora será Su Majestad Fernando VII, Dios le otorgue larga vida.

—¿Y el ministro Godoy? —preguntó alarmada la virreina.

—Siento ser portador de tan funestas novedades; lo han encarcelado y destituido de sus cargos. Además, los ejércitos franceses se han desplegado en varias ciudades para evitar más disturbios… y al parecer marchan rumbo a Madrid.

Doña Inés palideció, y percibiendo que las fuerzas la abandonaban, se derrumbó sobre la silla. Como su esposo había conseguido ser nombrado virrey gracias a la protección de Godoy, desde ese momento estaría desvalido y el futuro de su familia resultaba tan azaroso como los mismos naipes.

—No te preocupes —le dijo la Güera abrazándola—. Con el auxilio de Nuestra Señora de Guadalupe se solucionará todo.

—¡Nos han puesto la ceniza en la frente! —exclamó doña Inés entre lágrimas, dando a entender con ello que los habían sentenciado a muerte.

El día de Corpus Christi representaba una de las festividades más importantes y lucidoras de la ciudad: se acostumbraba realizar una suntuosa procesión con todas las órdenes religiosas, las cofradías, los profesores y alumnos de colegios, la Universidad, y por supuesto los virreyes, la corte, las principales autoridades, los miembros de la nobleza y, para concluir, vistosos carros alegóricos. Además, durante la jornada se ofrecían solemnes misas, danzas, verbenas, representaciones de autos sacramentales y fuegos artificiales que mucho alegraban al pueblo.

La Güera asistió al Palacio Real ataviada con uno de sus más lujosos vestidos: de amplios faldones, corpiño y sedas de profundo azul persa con sutiles bordados en tonos marfil. Confiaba en que su atuendo fuese el más llamativo, porque aunque jamás se atreviera a confesarlo, le producía un especial deleite atraer las miradas de hombres, mujeres y hasta del pueblo llano. Siempre procuraba sobresalir por su elegancia y distinción, superando incluso a la propia virreina; nadie se atrevería a proferir un rotundo *no* a una mujer bien plantada.

Charlaba de nimiedades con el conde de Valparaíso cuando, antes de iniciar los festejos, el virrey apareció ante la comitiva con semblante descompuesto y solicitó la atención general.

—Sepan vuestras señorías que he recibido correo de España —dijo con tono taciturno y decaído —. El ejército del general Murat ha entrado en Madrid con instrucciones de trasladar a Fernando VII hasta el castillo de Bayona para entrevistarse con Napoleón; el pueblo, creyendo que secuestraban al rey, se ha levantado en armas contra los franceses, comenzando una sangrienta revuelta. Dios salve a nuestros hermanos.

Un gran murmullo cargado de consternación se elevó en el patio del palacio. Sumamente preocupado, el virrey continuó:

—Os suplico que realicemos la santa fiesta en normalidad hasta que arriben más noticias. No deberán comunicar nada de lo que he comentado, ya que de otro modo el vulgo podría alborotarse.

La Güera sabía que ocultar una noticia de tal magnitud sería labor imposible, porque los capitalinos amaban los chismes y rumores. Y así fue: ella misma pudo atestiguar cómo las malas nuevas se esparcían velozmente, haciendo que el festejo transcurriera entre el griterío de una muchedumbre iracunda por el secuestro del rey y al mismo tiempo arrobada por la santidad de la fiesta. Sin embargo, cuando por la noche comenzaron las verbenas, después de presenciar los actos

sacramentales y los espléndidos fuegos artificiales, ya pocos protestaban.

Pero al conversar durante el transcurso del día con distintas personalidades, ya fuesen criollos nacidos en América o gachupines, la Güera descubrió que una pregunta vagaba de boca en boca: si el rey en verdad había sido secuestrado, ¿a quién debía obedecer la Nueva España en su ausencia? Resultaba evidente que la ausencia del soberano provocaba un angustioso vacío de poder.

Por la noche, reunidos en la casa de los marqueses de Uluapa, la discusión resultó tremenda. Como en otras ocasiones, fray Melchor de Talamantes fue quien más impresionó a la Güera, ya que proponía tomar acciones inmediatas y declarar que, en ausencia del monarca, Nueva España debía regirse por sí misma al conformar una junta con las principales autoridades del reino, en la cual debería incluirse a los criollos.

—Por décadas los gachupines han controlado el poder del virreinato —dijo el fraile con arrebatadas palabras—. Los nacidos en América hemos debido renunciar a la posibilidad de ocupar cargos de mayor importancia, pero ahora podremos liberarnos de su yugo.

Otros recomendaban tener paciencia y esperar. La Güera también pidió mesura, sabía que si bien los sucesos mostraban una gran oportunidad para dar justa libertad a Nueva España, enfrentarse abiertamente a los gachupines podría acarrear funestas consecuencias.

3

SOBERANÍA POPULAR
1808

Sentada en un cómodo sillón del pequeño y lujoso teatro del Palacio Real, la Güera reía a carcajadas por las ocurrencias de los comediantes. En la obra se había incluido a un mono vestido de general francés con la intención de ridiculizar a Murat —cuñado de Napoleón—, asunto que provocaba constantes risotadas al selecto grupo de invitados. Sin embargo, a media función los comediantes suspendieron sus parlamentos y miraron hacia el virrey, quien en ese preciso momento recibía correo de España. Al leer en silencio las primeras líneas se puso de pie con el rostro desencajado y se alejó de inmediato hacia su despacho, seguido por la virreina y dos de sus más cercanos consejeros.

Tras breves minutos, un oficial entró al salón y solicitó amablemente a los comediantes e invitados que abandonasen el palacio. La Güera, decidida a permanecer y enterarse de lo acontecido, intentó dirigirse hacia donde se hallaba Joaquina de Aranguren, dama que administraba los negocios de doña Inés y vivía allí mismo; sin embargo, el oficial la interceptó a medio camino.

—Disculpad, madame, el virrey ha ordenado que los invitados deben abandonar el palacio.

—No se preocupe, don Jacinto. —La Güera conocía bien al oficial que servía de asistente a don José—. La virreina me ha solicitado que la espere.

—Son órdenes del virrey; no puedo desobedecerlo.

—Ni yo a la virreina, a quien debo lealtad por ser dama de honor —dijo sin inmutarse, prosiguiendo su andar.

—Le suplico que comprenda, madame —insistió el oficial casi rogando, al tiempo que la seguía —, puedo ser amonestado.

—No se preocupe. —La Güera le guiñó en señal de complicidad—; Su Excelencia no habrá de enterarse de mi presencia y, por el contrario, doña Inés sí percibirá mi ausencia… Y ya sabe cómo le molesta ser desobedecida —concluyó al llegar a la silla donde se encontraba la dama—, ¿verdad, Joaquina?

—Nada le molesta más que contradigan sus órdenes, eso lo conozco muy bien yo —dijo la otra, hosca como siempre, sin enterarse bien a bien de qué hablaban.

El oficial, convencido, no realizó más intentos y dejó a las dos mujeres conversando en la sala.

—Ojalá no sean malas noticias de nuevo —dijo la Güera para dar a entender que estaba al tanto de los acontecimientos—. Lo sucedido al rey y al ministro Godoy tiene sumamente afligida a doña Inés.

Doña Joaquina la miró extrañada, sin saber de qué tanto estaba enterada la Güera.

—No se inquiete, me cuenta todo, sin inconvenientes —afirmó con desenfado—. Don José haría bien en conservar su poder, es muy querido por el pueblo —agregó intentando obtener mayor información.

—Eso lo sabe muy bien Su Excelencia, de otra manera no estaría dispuesto a conservar el cargo a como dé lugar.

—Por supuesto. —La Güera se entusiasmó al recibir inesperados detalles—. Los criollos le apoyaríamos sin titubear.

—Pero sepa que don Guillermo de Aguirre y sus compinches le amenazan diariamente —sentenció doña Joaquina con gesto de exasperación—. Para ellos, que don José sea apoyado por los criollos es casi una herejía.

En eso estaban cuando apareció la virreina, pálida y llorosa; ambas se pusieron en pie al mismo tiempo, ayudándole a tomar asiento.

—¡Es una desgracia! —chillaba afligida—. Napoleón ha logrado que Fernando VII y Carlos IV abdiquen a su favor.

—¡No puede ser! —exclamó incrédula la Güera mientras doña Joaquina palidecía.

—Parece que José Bonaparte, hermano de Napoleón, será nombrado rey de España —dijo consternada la virreina llevándose las manos al rostro—, y por si fuera poco, los miembros del Consejo Real de Su Majestad se han sometido a los franceses, enviando un comunicado en el cual ratifican en sus cargos a las autoridades de Nueva España y ordenan nuestra sumisión.

—¡Las máximas autoridades de la Corona se han vendido a Bonaparte! —exclamó doña Joaquina, visiblemente contrariada.

—¡Y casi todos los nobles les han secundado! —agregó doña Inés—. Gracias a Dios, el pueblo se ha levantado en armas para combatir a los invasores, y mi esposo, fiel a los monarcas, se ha negado a reconocer el gobierno ilegítimo… aunque ello implique enfrentarse al Imperio francés.

—No te preocupes. —La Güera intentó tranquilizarla—. Entre Europa y Nueva España existe un océano de por medio; ustedes estarán a salvo aquí.

Reconfortó largamente a su amiga y ordenó que le llevasen una infusión de tila para calmarla, aunque con la oculta intención de que se fuera a dormir prontamente. Cuando la virreina se dispuso a recluirse en sus habitaciones, la Güera se despidió, pero en lugar de encaminarse a las escalinatas que conducían a la puerta principal se internó por el pasillo que comunicaba los apartamentos virreinales con el área de gobierno, donde se ubicaba el despacho del virrey.

Casi era medianoche; el corredor se encontraba escasamente iluminado, las salas y despachos vacíos, y las tinieblas reinaban por doquier. A punto de doblar en una esquina para dirigirse a la escalinata que descendía al patio de honor, escuchó unos murmullos que se acercaban: aguzando el oído distinguió la voz de don Guillermo de Aguirre, oidor de la Real Audiencia y gachupín recalcitrante. Prontamente se escondió en la primera sala que encontró, nada menos que el enorme salón de acuerdos totalmente a oscuras, y dejó la puerta entreabierta para escuchar.

—Joder, esto es en realidad alarmante —dijo alguien, y la Güera creyó reconocer la voz de don Miguel de Bataller.

—Los enemigos de la Corona habrán de regocijarse —expresó Aguirre con esa voz chillona que le caracterizaba.

Ambos se detuvieron un instante antes de bajar por la escalinata.

—Ordena a un mensajero que ahora mismo convoque a todos los oidores, nos reuniremos con Su Excelencia a las nueve de la mañana.

Al salir de Palacio, la Güera se encontraba sumamente emocionada; experimentar peligros le producía una embriagadora sensación en la piel, cual escalofrío que le inundaba las venas y vivificaba su ser. En vez de ir a su domicilio ordenó que el carruaje prosiguiera dos calles más adelante, hasta el palacio de los marqueses de Uluapa. Debido a lo avanzado de la noche, su hermana Josefa la recibió visiblemente alarmada.

—¿Qué sucede?

—¡Llama a Manuel! —gritó subiendo las escalinatas—. ¡Traigo noticias!

A diferencia de otras veces, ahora se percibía orgullosa, dueña de sí misma. Se introdujo en el primer salón a su alcance, el del dosel; ya adentro, el mozo encendió unas cuantas velas aunque dejó entre penumbras los finos muebles, los que por estar cubiertos con mantas para evitar su desgaste producían un escenario fantasmal. Pensó en lo extravagante y ostentoso de aquellos «salones del dosel» que todo aristócrata debía poseer para recibir al rey cuando se presentase en su casona: jamás un soberano español había visitado América, y por lo visto, parecía imposible que tal cosa aconteciera.

Aparecieron Josefa y Manuel en ropa de cama, cubiertos apenas con frazadas. Mientras la Güera les refería las nuevas, Josefa se mesaba espantada los cabellos, como si lo sucedido presagiara el fin del mundo; Manuel, en cambio, sonreía complacido de cuando en cuando al tiempo que limpiaba los cristales de sus lentes. Concluido el relato, caminó hasta el trono dispuesto para Su Majestad, también cubierto por una manta y sobre el cual se ubicaba el dosel con los escudos de Castilla y Nueva España.

—Este sitio siempre ha permanecido vacío, y ahora con mayor razón… Seamos sensatos, Napoleón jamás regresará la corona.

—¡Cómo puedes expresarte así cuando Su Majestad está en desgracia! —reclamó Josefa cruzándose de brazos.

—Sé de buena fuente que nuestros monarcas no merecen elogio alguno —interrumpió la Güera —. El padre Ramón Cardeña, quien convivió con ellos en la corte de Madrid, me ha comentado que Carlos IV es débil, fácilmente manejable, y Fernando VII soberbio, ambicioso y traicionero.

—Los monarcas serán unos mentecatos —dijo Manuel con entusiasmo—, pero mientras el pueblo los mire como ejemplos de virtud, deberemos referirnos a ellos con respeto. No podemos contravenir la opinión del pueblo; sin ellos jamás lograremos nuestros propósitos.

A la Güera le sorprendió el exaltado y entusiasta espíritu de su cuñado: arengaba y manoteaba caminando de aquí para allá.

—Se nos presenta una magnífica oportunidad para que los americanos gobernemos nuestra patria libre y justamente —continuó con filosa astucia—. Mañana se reunirán los gachupines de la Real Audiencia con el virrey y seguramente actuarán con vacilación; debemos aprovechar la confusión y proponer una forma de gobierno que permita recuperar los derechos de los criollos.

Detuvo su nervioso andar frente a la Güera.

—Necesitaremos dos favores de tu persona: además de obtener información privilegiada, deberás influir en el ánimo del virrey por medio de su esposa. Como Godoy está en desgracia, y por lo tanto don José también, si le ofrecemos mantener su puesto habrá de inclinarse a favor de nuestra causa.

—Sin embargo, los gachupines combatirán cualquier acción que afecte sus intereses —protestó preocupada la Güera, ajustándose el chal sobre los hombros—. Me he enterado también de que Guillermo de Aguirre y Viana, a quien alquilabas habitaciones años atrás, ahora será nuestro enemigo… y bien sabes de lo que es capaz.

—Ellos son minoría y nuestra ofensiva se basará en las leyes y la razón —clamó Manuel como si fuese una arenga política—; de nuestro lado estarán los miembros del Ayuntamiento de la ciudad y los más doctos juristas. Jamás desenvainaremos las espadas ni cargaremos con pólvora los fusiles, progresaremos sin derramar una gota de sangre.

Ante el efusivo ánimo de su cuñado, la Güera no pudo más que condescender. Pero un mal presentimiento anidó en su alma: todo el asunto aparentaba ser demasiado sencillo para resultar cierto. Josefa compartía sus temores; lo pudo leer en su adusto silencio.

Manuel era regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México y ostentaba el título de quinto marqués de Uluapa; como de joven fue obligado por su padre a seguir la carrera militar, le enorgullecía haberse forjado una sólida educación autodidacta mediante la lectura, en especial de los libros prohibidos por la Inquisición. Fue tal la influencia que los filósofos franceses ejercieron sobre sus pensamientos que decidió despojarse de cualquier rasgo que denotase un privilegio aristocrático: por ejemplo, suprimió de su nombre el *de* antepuesto a su apellido para constatar un origen noble, firmando como Manuel Acevedo y Cosío. Para muchos aquel detalle era insignificante, pero no para él; con ello declaraba sus creencias republicanas y su fe en la igualdad de todos los hombres. Le enorgullecía que las tertulias organizadas en su casa fueran consideradas, junto con las del marqués de Guardiola, las más cultas y refinadas de la ciudad, teniendo por invitados a criollos de ideas progresistas y libertarias, muchos de ellos colegas del Ayuntamiento.

Tras los sucesos en ultramar su tertulia se fue acrecentando en número e importancia de los participantes, entre ellos hombres tan osados como el abogado Primo de Verdad: junto a fray Melchor de Talamantes y Azcárate, declaraba que la soberanía debía recaer en el pueblo y proponían formar una junta de gobierno, ofreciendo al virrey Iturrigaray encabezarla indefinidamente, para organizar con urgencia la defensa de Nueva España ante una inminente invasión francesa.

—Las leyes de Castilla señalan que, en ausencia del rey, la potestad del gobierno habrá de recaer en el pueblo —decía Azcárate convencido, apuntando a un voluminoso libro que llevaba en la mano.

—Y los gachupines deben someterse a sus propias leyes —le secundaba Primo de Verdad—. La soberanía popular es el fundamento del reino.

Desconocedora de legislaciones, la Güera participaba poco de aquellos alegatos, sin embargo le parecía lógica la propuesta de los miembros del Ayuntamiento, ya que repetía el esquema utilizado por varias ciudades españolas, las cuales se habían organizado en juntas autónomas para gobernarse por propia mano.

Pero a los gachupines, liderados por Guillermo de Aguirre y su brazo derecho, Miguel de Bataller, les atemorizaba el concepto de *soberanía popular*, entreviendo tras ello los ocultos anhelos democráticos e independentistas de los criollos. En el Palacio Real ella misma había escuchado a Bataller repetir sin cesar: «Mientras exista una mula tuerta en España, esta deberá gobernar a los mexicanos», y aunque ella fingía reír por la ocurrencia, aquella grosera frase le causaba un profundo coraje, el cual iba acumulándose con los días.

4

INTRIGA SALOMÓNICA
1808

Entre las diversas damas de honor que concurrían a la corte, la virreina agradecía en especial la presencia de la Güera y de Josefa Rodríguez de Pedroso, condesa de Regla, a quien consideraba su mejor amiga. Las tres pasaban horas bordando, pintando, jugando naipes o leyendo novelas, y algunas veces, cuando el virrey se escapaba hasta Chapultepec para pescar, paseaban por la Alameda, por las huertas del Pensil que tanto agradaban a la condesa, o se embarcaban por el canal de la Viga hasta Santa Anita para comprar flores y frutas a los indios. En esa época de incertidumbre los ánimos de doña Inés oscilaban entre la irritación y la aflicción, pero por suerte contaba con la cercanía y comprensión de sus amigas. Sólo a ellas les comentaba que don José consideraba benéfico el planteamiento del Ayuntamiento, inclinándose por encabezar la junta de gobierno, pero a diario le acometían dudas y temores que le hacían cambiar de decisión cual veleta en pleno vendaval.

Como Azcárate era muy cercano al virrey, a diario le aconsejaba aceptar el ofrecimiento de los criollos, pero la Güera decidió influir de manera distinta en los ánimos del principal por medio de la virreina. No intentaría insistir en los beneficios de crear la junta; se encargaría de mostrar a los gachupines como enemigos del virrey, orillándolo a enfrentarse a ellos y aceptar la autonomía de Nueva España.

Para ser eficaz en su objetivo, supo de inmediato, debía actuar con astucia, servirse de los más allegados a doña Inés, y de ser posible, de los propios enemigos. Si solamente ella se esforzara en convencer a la virreina, sería casi como señalar abiertamente sus intenciones, por lo cual contaba a diversas damas de la corte algunos chismes que corrían por la calle o que ella misma inventaba.

—Estoy muy preocupada —dijo una vez a doña Joaquina, quien siempre buscaba la forma de ganarse la confianza de doña Inés—: la gente murmura que don José desea robar el trono a Fernando VII y proclamarse rey de Nueva España.

—¡Eso es inaudito! —exclamó ofendida la dama, arisca y contrariada—. Él jamás sería capaz de tal bajeza.

—Lo sé; es un dicho tan ruin que debe ser obra de algún miembro de la Real Audiencia, intentando que el virrey se incline a sus propuestas.

—¿Y lo sabe Inés?

—No he deseado preocuparla… No creo ser la más indicada.

Doña Joaquina, intentando ganarse el favor de la virreina, le comentaba lo referido como si ella misma lo hubiese escuchado. En otra ocasión la Güera sobornó a un aguador para que comentase un chisme a la servidumbre de la condesa de Regla, y ella lo transmitiese a doña Inés.

Esa misma tarde bordaban en los apartamentos de la virreina cuando la condesa de Regla se detuvo por un momento.

—¡Ay, lo que hoy dijo mi criada me dejó con la boca abierta! —clamó la condesa con gesto contrariado—. Corren rumores de que tu esposo desea incendiar la Villa de Guadalupe.

—¡Eso es increíble! —dijo doña Inés abanicándose, nerviosa—. Qué cosas más exageradas inventa la gente.

—No creo que sea el pueblo —comentó la Güera, acercándosele para hablar en confidencia—. A mi parecer son los gachupines.

—Has de tener razón —dijo pensativa doña Inés—. Con ello intentan poner al pueblo en contra de mi marido.

—Pobre don José —apuntó la condesa de Regla mientras retornaba a bordar el pañuelo de seda —, tiene al enemigo en casa.

—Pues habría que permanecer atentos a ellos —agregó doña Inés—, son capaces de cualquier cosa. Mi marido se encuentra tan cansado de chismes y alegatos que ayer, entre bromas, comentó que le gustaría renunciar para ver quién puede controlar el reino.

Al escuchar las palabras de doña Inés, la Güera supo que tenía razón: debía seguir los pasos a los gachupines, pero antes de emprender acciones, había que tenderles un señuelo para que actuasen de manera precipitada. Y ese señuelo sería lo que Iturrigaray manifestara: su deseo de renunciar.

Sabía que don Miguel de Bataller, brazo derecho de Aguirre, era hombre de costumbres rígidas y siempre acudía a sus labores a las siete en punto, así que al día siguiente compareció a esa hora en Palacio, arribando al mismo tiempo que el oidor.

—Señora, qué madrugadora —le dijo al verla descender de su carruaje—. ¿Qué le trae aquí a estas horas?

—Ay, don Miguel, doña Inés está de ánimo muy decaído y me preocupa su salud; ayer mismo su esposo, de tan contrariado que estaba, dijo estar dispuesto a renunciar.

—¡Eso no puede ser cierto! —exclamó don Miguel con una ligera sonrisa.

—Así como lo escucha; lo está considerando seriamente, pero, por favor, no vaya a comentar mi indiscreción. Se lo digo a usted porque conozco el cariño que le profesa a don José, y sé que le hará desistir de tales pensamientos.

—Por supuesto, ¿qué haríamos sin Su Excelencia?

La Güera había ordenado a Casimiro, su mozo más fiel, que se apostara fuera de Palacio y siguiera el carruaje de Bataller para informarle después. Esa tarde supo que a mediodía había salido junto con Aguirre y se dirigieron a casa de don Pedro de Garibay. Si alguien podría suceder a Iturrigaray era don Pedro por ostentar el más alto rango militar en el virreinato, así que probablemente intentaban convencerlo de aceptar el cargo ante la inminente renuncia. Entonces echó a andar la segunda parte del plan.

Ese mismo día, paseaba con la virreina en los jardines botánicos de Palacio admirando las distintas plantas que ahí conservaban, cuando la conversación fue a parar en los rumores callejeros.

—Se dice que tu esposo ya ha ordenado fabricar una corona real, y que la ha encargado al maestro José Luis Rodríguez Alconedo —dijo la Güera, imprimiendo asombro al tono de su voz.

—No sé cuándo dejarán de inventar paparruchas… y mi marido todavía no se convence de que los gachupines le amenazan.

—Creo que la idea de don José es acertada.

—¿Idea? ¿A qué te refieres?

—El otro día comentaste que a don José se le ocurrió renunciar. Me parece muy sabio de su parte; me recordó el pasaje bíblico del rey Salomón.

—¿Aquel en que dos mujeres dicen ser madres de un bebé, y el rey decide partir a la criatura en dos para entregar una mitad a cada madre?

—Y sólo la madre verdadera pide que no lo haga —concluyó la Güera—. Tu marido está

actuando con la misma inteligencia que Salomón: al renunciar descubrirá quiénes desean destituirlo y quiénes le profesan verdadera fidelidad. Tienes un esposo muy astuto.

La Güera no sabía si el plan funcionaría, pero esa misma noche fue a casa de los marqueses de Uluapa para comentarlo a Manuel.

—Dios quiera que el virrey decida renunciar —comentó Manuel—, los miembros del Ayuntamiento nos levantaremos a una sola voz para demostrarle nuestra lealtad, urgiéndolo a desistir. Y por lo que me has dicho, los gachupines propondrán a otro para suplirlo.

Una soleada tarde, la Güera llegó a los apartamentos virreinales en el Palacio Real, y encontró a doña Inés dichosa y cantarina.

—Güera, me alegra que hayas llegado; tengo mucho que contarte.

—Qué gusto mirarte tan alegre, Inés. ¿Qué ha sucedido? —le preguntó con gran ansiedad.

—Pero quita esa cara, mujer, que son buenas noticias —reprochó juguetona la virreina, y la hizo sentarse a su lado—: José ha decidido respaldar la propuesta del Ayuntamiento y convocar a un congreso para formalizar el asunto de la junta de gobierno.

—¡Qué felicidad! —exclamó la Güera con sincero entusiasmo—. ¡Jamás nos distanciaremos!

En eso llegó la condesa de Regla, descubriéndolas en cariñoso abrazo.

—¿Me he perdido de algo?

—Ay, Josefa, que nos hemos puesto sentimentales haciendo planes para el futuro —exclamó Inés entre risillas.

—En estos días —dijo afligida la condesa—, el porvenir resulta tan oscuro como el Apocalipsis.

—Pues he de comentarte que radicaremos definitivamente en estas tierras. Mi esposo se ha dado cuenta de que los miembros de la Real Audiencia son sus enemigos; tuvo la brillante idea de insinuar que renunciaría y los bribones propusieron de inmediato que don Pedro de Garibay lo sustituyera.

—¡Doy gracias al cielo! —exclamó la condesa—. Ayer mi marido decidió apoyar al partido criollo para que ustedes permanezcan en estas tierras.

Manuel se sorprendió al recibir una nota de su cuñada citándolo a las ocho de la noche en el Café de Manrique, lugar al que asistían numerosos personajes de la alta sociedad, y sugiriéndole acudir con Josefa para evitar habladurías. La cafetería resultaba ideal a sus propósitos, ya que contaba con diversos saloncitos privados donde podrían conversar con cierta tranquilidad, y el barullo general les serviría para evitar que se escuchase su conversación; en un sitio aparte estarían Talamantes, el marqués de Guardiola y el marqués de Rayas, quienes se unirían a la mesa. Luego de que la Güera ordenara una nieve de leche, que eran la especialidad de la casa, todos se encontraban expectantes, intentando descubrir a qué se debía la urgente llamada.

—El virrey hará público su apoyo a la formación de la junta —susurró la Güera con gesto de satisfacción—, y además convocará a la formación de un congreso conformado por representantes de todos los ayuntamientos del virreinato, con lo cual los criollos formarán parte del gobierno.

El júbilo fue general y tuvieron que reprimir sus expresiones de alegría para no llamar la atención. Manuel sintió un arrebato de emoción.

—¡En doscientos años esta nobilísima ciudad no ha conseguido tanto como en este día! —exclamó eufórico.

—El congreso se encargará de hacer a un lado a los gachupines y transferir el poder a los criollos

—murmuró Talamantes para no ser escuchado por los ocupantes de otras mesas.

Parecía que el triunfo era inminente, pero tan pronto Iturrigaray hizo pública su decisión, los gachupines ardieron en coraje al grado de enfrentarlo con amenazas y ofensas; las confrontaciones callejeras entre criollos y gachupines se multiplicaron y hasta se produjeron riñas en algunas plazas. El sentimiento de triunfo cundió entre los criollos, quienes, presuntuosos y altaneros, proferían desatinadas declaraciones que enardecían aún más a sus rivales. El mismo virrey, ya totalmente identificado con los americanos, se comportaba engreído y soberbio, como si la victoria estuviese consumada.

5

CRIOLLOS CONTRA GACHUPINES
1808

A la Güera le inquietaba la jactanciosa actitud de muchos criollos; pensaba que cuanto más injuriasen a los enemigos, con mayor ímpetu habrían de contraatacar. Una tarde, de regreso a casa tras haber estado en Palacio, su carruaje se detuvo sorpresivamente frente al mercado del Parián, escuchándose vociferaciones e insultos.

—¿Qué sucede? —preguntó a Casimiro, quien iba de cochero.

—Señorita, hay un trifulca en los comienzos de la calle de Plateros.

La Güera se asomó por la ventanilla y miró hacia delante, descubriendo a un grupo de estudiantes que se golpeaban y amenazaban contra varios gachupines, entre ellos algunos miembros del Batallón de Voluntarios de Fernando VII. En eso apareció un piquete de soldados que dispararon al aire sus fusiles para dispersar a los revoltosos; al instante huyeron en desbandada, perseguidos por los militares, y el carruaje pudo avanzar. Al tomar la calle de Plateros, justo donde se encontraban las más afamadas y lujosas tiendas de artículos de plata, el espectáculo en las aceras resultó horrendo: un buen número de hombres se encontraban tirados en el suelo, sangrando algunos y otros ayudándoles a ponerse en pie. Entre la confusión advirtió el cadáver de un joven, con un puñal clavado en el pecho y los ojos abiertos en un rictus de coraje. A su lado una mujer lloraba desconsolada, clamando venganza.

Por primera vez la Güera se enfrentaba a la cruda realidad: sus deseos de libertad no eran sólo palabras e intrigas, las repercusiones se expresaban con sangre, muerte y desdicha. Se sumió en afligida confrontación: ¿acaso era inocente de la muerte de aquel estudiante? ¿Debería obedecer a su conciencia y no ser cómplice de calamidades?

Sus intrigas poseían la facultad de convertirse en puñales, lo supo en ese momento. Pero debía hacer su conciencia a un lado y obedecer a su corazón: lo más importante era la patria.

Don Guillermo de Aguirre y Viana se enorgullecía sobremanera por los triunfos obtenidos en su carrera profesional. Siendo hijo de un secretario del rey, supo a muy temprana edad que la falta de alcurnia debía sustituirse con dedicación y audacia. En su cabeza no existían medias tintas, sólo alcanzar la gloria o sucumbir en el intento, así que cuando concluyó sus estudios en Jurisprudencia y sabiendo que en España tan sólo podría aspirar a un mediano puesto burocrático, buscó fortuna en América.

En la Capitanía de Guatemala fue nombrado oidor de la Real Audiencia, el órgano de justicia dedicado a dar cumplimiento a las leyes; después, con trabajo y relaciones logró ser promovido a la Real Audiencia de Guadalajara, para finalmente volverse oidor de Nueva España en la Ciudad de México. Deseaba fervientemente alcanzar el cargo de regente de la Audiencia, lo cual representaría la cúspide de su carrera, ya que México era considerada la joya de la Corona española. Mucho le había costado escalar hasta la cima y por ningún motivo renunciaría a los privilegios ganados ya que se consideraba, a mucho orgullo, superior a cualquier nacido en América. Todo su ser exudaba fidelidad

al rey y a España, y estaba dispuesto a proteger los derechos de Su Majestad a capa y espada.

Pasaba de los cincuenta años, y aunque bajo de estatura, de complexión delgada, nariz ganchuda y voz en extremo aguda, encabezaba el grupo más importante de los nacidos en ultramar. A su lado siempre iba don Miguel de Bataller, quien a veces resultaba más radical que el mismo Aguirre, y los dos se encargaban de liderar a facciones de gachupines descontentos para causar revueltas en las calles.

Ambos sabían perfectamente que las agitaciones populares o políticas favorecerían su causa: los españoles ocupaban los más altos puestos en el ejército, el gobierno, el clero y el comercio, y mientras más desconcierto hubiese, más posibilidades habría de hacerse con el poder para restaurar el orden y aplacar los deseos independentistas.

A diario los gachupines escribían pasquines insultando a los criollos, y los pegaban en los muros de los principales mercados y plazas; como a su vez los criollos respondían con insultos, se entabló un batalla verbal que exaltaba los ánimos y profundizaba los odios entre ambos partidos, a tal grado que el virrey prohibió escritos anónimos so pena de horca. La Güera, percatándose de lo enardecidos y violentos que se encontraban los gachupines e intentando evitar más sangrientas disputas, aconsejaba continuamente a doña Inés para que influyese en su marido y reforzara la ciudad con tropas leales.

—Ya vienen en camino los regimientos de infantería de Celaya y de dragones de Aguascalientes, deja de preocuparte —le repetía doña Inés una y otra vez, burlándose de sus preocupaciones.

De cualquier manera decidió multiplicar sus labores, y para mantenerse al tanto de los pasos del enemigo entretejió con gente humilde una red de informantes a los que remuneraba con unas cuantas monedas. Ellos le contaban sobre cualquier acto sospechoso y así averiguó que en casa de Gabriel de Yermo, quizás el español más acaudalado de Nueva España, se celebraban constantes reuniones a las que asistían los principales líderes gachupines, entre ellos Aguirre y Bataller. Ella misma fue testigo de cómo, en Palacio mismo, los españoles no perdían oportunidad para cuchichearse con misteriosos gestos.

Comunicaba sus pesquisas a la virreina y a los consejeros de don José al tiempo que intentaba alertar a sus compañeros; estaba convencida de que el enemigo reaccionaría de manera inesperada aunque casi todos a su alrededor, incluida la virreina misma, la calificaban de exagerada y fantasiosa.

Al fragor de los sucesos recibió carta de Ramón Cardeña anunciando que viajaría secretamente a la ciudad para coadyuvar en los patrióticos acontecimientos, y pidiendo que le consiguiese alojamiento. Emocionada por la noticia, su corazón comenzó a latir con brío.

Una soleada mañana, mientras jugaba con sus cuatro nenes en el mirador de la azotea, don Genaro, el portero, le informó que el padre Ramón Cardeña deseaba ser recibido. Dejando a los niños a cargo de Teófila, bajó presurosa las escalinatas hasta llegar al zaguán, donde serenó su andar para no delatar frente a la servidumbre la jubilosa ansiedad que le embargaba.

Lo saludó con un beso en la mano, como deferencia a todo sacerdote, y después, tras subir la escalinata principal, lo hizo entrar a la antesala del piso noble.

—Por favor pase aquí, padre, este cuarto es más fresco —dijo en voz alta y lo más formalmente posible para que todos escuchasen.

Al cerrar la puerta y quedar solos, lo observó por un brevísimo instante: iba vestido cual arriero y hecho un desastre, polvoriento, con la barba crecida y andrajoso. No obstante, la Güera se arrojó a

sus brazos, besándolo con el ardor contenido por años de separación.

—Escapé de la diócesis de Guadalajara sin permiso —le susurró él al oído mientras le besaba la mejilla—. El obispo Cabañas ha ordenado que me capturen, por lo cual estás abrazando a un prófugo que necesita una guarida donde ocultarse… Pero no podía desperdiciar esta oportunidad para ayudar a los patriotas.

—Aquí encontrarás refugio —dijo ella mirándolo de frente y besándolo nuevamente—, no debes preocuparte de nada.

Ella había adoptado previsiones desde que se enteró de su venida pero ahora, sabiendo que lo perseguía la justicia, evitó acomodarlo directamente en la casa y le halló lugar en una de las accesorias o comercios de la planta baja, la cual rentaba a don Jacinto Benavides, vinatero que utilizaba el suelo como bodega y el tapanco de dormitorio para descanso de arrieros; de tal forma, Ramón podría entrar por la calle a la accesoria y después a casa de la Güera por una puerta que daba al patio principal. Tomando todas las precauciones debidas, comentó a sus hijos que su tío, título cariñoso que le habían conferido desde pequeños, necesitaba pasar inadvertido a causa de una deuda monetaria, así que no debían comunicar su presencia a nadie.

Para Pepita, la mayor, entonces de trece años y carácter perspicaz, no sirvieron los engaños.

—No se preocupe, mami: a mi tío no lo hemos visto desde hace un año —dijo con un guiño de complicidad.

A nadie más comentó su presencia, ni siquiera a Josefa o a Manuel; no debía arriesgarse. Más aún, para evitar sospechas realizaba sus habituales rutinas: primero los quehaceres del hogar, luego las faenas caritativas, ya que auxiliaba a una casa de recogimiento para mujeres viudas; a mediodía comía con los hijos, durante la tarde asistía a Palacio con la virreina, al anochecer se reunía con algunos criollos para intercambiar noticias, y finalmente veía a Ramón cuando los hijos y la servidumbre se recluían en sus habitaciones para dormir.

Ya entrada la noche, al regresar a la casona, Ramón arrojaba tres piedrecillas consecutivamente a las ventanas de la alcoba de la Güera, señal convenida para que ella bajase de puntillas al patio central, se introdujera a la accesoria y de ahí subiera al tapanco donde pernoctaba Ramón. El lugar apestaba a vino rancio debido a los toneles que se guardaban en el piso inferior, y apenas contaba con lo indispensable para ser cómodo: un camastro con sábanas limpias y una mesilla para escribir. La Güera lo había ordenado así para evitar suspicacias entre los sirvientes y las incomodidades no molestaban a su amante, acostumbrado a una vida de aventuras.

—No es prudente que conozcas mis actos —le decía constantemente—. Jamás he estado en tu casa, ¿entiendes?

6

GACHUPINES AL ACECHO
1808

En sus correrías amorosas Ramón se había relacionado con múltiples mujeres, siempre como aventuras pasajeras que le proporcionaban beneficios económicos, políticos o simplemente enaltecían su vanidad. Ciertamente, en su temprana juventud se enamoró de una hermosa joven de Jalapa, su ciudad natal, pero al ingresar al seminario y emprender los estudios eclesiásticos supo que para alcanzar el éxito no debía extraviar su camino, así que renunció a cualquier relación sentimental.

A muchas había seducido desde entonces, pero de todas sus aventuras, la relación con la Güera Rodríguez poseía una cualidad que no había experimentado jamás: la honestidad. Ella lo aceptaba sin inconvenientes, no cuestionaba su pasado ni le recriminaba que fuera un mujeriego; es más, se divertía cuando le narraba alguno de sus lances.

Aunque le profesaba especial amor a la Güera, ambos entendían perfectamente que la relación carecía de futuro y por lo mismo evitaban alentarla. Así, lo que inició como una relación meramente carnal, con el tiempo se fue transformando en profunda y sincera amistad: eran esporádicos amantes, continuos cómplices y eternos compañeros de ideales. Para ellos no había más que eso; no podían ilusionarse con otras pretensiones.

—¿Cómo fue tu día? —le preguntó curiosa la Güera al ingresar al tapanco y saludarlo con un beso; entre las manos llevaba una bandeja con pollo asado en salsa verde, arroz rojo y frijoles para que cenara.

—Bien, muy bien —dijo Ramón con pícara sonrisa, satisfecho de sus labores clandestinas.

—Pero qué has hecho, dime.

—Bien sabes que no debes conocer mis actividades —dijo él, comenzando a comer con ansioso apetito—. El pollo está delicioso.

—¡Ramón, por Dios! —protestó exasperada, cruzándose de brazos—. Al menos podrías comentar algo.

La besó en la mejilla intentando acallar sus preguntas, pero la Güera se alejó simulando haberse molestado. La conocía bien: tan sólo fingía, pero esos juegos casi infantiles de doble cara le divertían.

—Lo único que puedes saber es que mañana les dolerán los oídos a los gachupines —soltó una risa cargada de orgullo y satisfacción.

Ramón actuaba clandestinamente junto a Vicente Acuña, un viejo amigo suyo apodado el Tacones: realizaban escritos sediciosos contra los gachupines, los que imprimían en volantes y repartían entre el pueblo, o pegaban como pasquines en los muros de plazas y mercados.

—Bien sabes que no es atinado provocar al enemigo —le dijo ella, adivinando sus actividades—. Si te atrapan, puedes ir a la horca.

—Sólo falta que me atrapen —exclamó mientras mordisqueaba una pata de pollo.

—Promete que permanecerás quieto hasta que lleguen las tropas leales al virrey; hazlo por el bien de todos.

Ramón se acercó al rostro de la Güera y miró embelesado esos ojos azules que le robaban el alma.

—Date cuenta: si conseguimos la autonomía y aplacamos a los españoles, estaremos a un paso de

la independencia.

Guillermo de Aguirre comenzó a planear la conspiración con minucioso esmero. Ya que el asunto revestía primordial importancia, desconfiaba de que otro realizase las faenas fundamentales y se reunía personalmente con varios de los principales gachupines del reino: militares, comerciantes o acaudalados hacendados, a quienes entre cuchicheos iba convenciendo de que Iturrigaray intentaba declararse rey de Nueva España, tal como se rumoraba en toda la ciudad.

—Si no actuamos con celeridad, los criollos se harán con el poder, hundiéndonos en la miseria —repetía a unos y otros.

Para obtener los recursos económicos que requería el plan se entrevistó con Gabriel de Yermo, un hacendado de gran fortuna dedicado al cultivo de la caña de azúcar y la crianza de ganado, quien traía entre ceja y ceja a Iturrigaray por haberle arrebatado la exclusividad en la venta de carnes en la ciudad y otros asuntos económicos.

—Don Gabriel —le dijo Aguirre cuando se reunieron a tomar café—, en usted confiamos para que el traidor Iturrigaray pague con creces su infidelidad a la Corona.

Yermo, hombre astuto y visionario, supo que al vengarse del virrey realizaría fructíferos negocios en el futuro, y aceptó. Su labor en la conjura consistía en sobornar y someter a sus órdenes al Batallón de Voluntarios de Fernando VII, conformado por españoles venidos a América para hacer fortuna, cosa que no habían conseguido; un grupo de gachupines fracasados que en su frustración estaban dispuestos a cometer las más bajas felonías. Ellos serían el brazo armado del plan.

Por su parte, Bataller acudió con los más altos jerarcas de la Iglesia y la Inquisición, en especial con el arzobispo Lizana y Beaumont y el inquisidor mayor, don Bernardo de Prado y Ovejero, obteniendo de ambos su incondicional apoyo.

Todo estaba previsto para asestar el golpe, y, concretados los preparativos, aguardaban con paciencia.

De un día para otro los gachupines cesaron las amenazas y acallaron sus reclamos, sumiendo a la ciudad en una desacostumbrada paz. A la Güera aquella tranquilidad le pareció artificiosa, produciéndole irracional temor; presentía que la inusual calma precedía a una gran tormenta.

El jueves 15 de septiembre se estrenó una zarzuela en el Coliseo, por lo que gran parte de la corte asistió junto a los virreyes, quienes lucían despreocupados y alegres. Sin embargo la Güera, apostada en el palco de los marqueses de Uluapa, descubrió movimientos inusuales en el de Guillermo de Aguirre, al que acompañaban su familia y Miguel de Bataller: distintos mensajeros comparecían continuamente frente a los dos gachupines para informarles de asuntos que supuso importantes, ya que tras cada noticia recibida esbozaban sonrisas de satisfacción. La Güera tomó sus binoculares de teatro y observó consecutivamente a los virreyes, al marqués de Guardiola, a Juan Francisco Azcárate y a varios criollos más, pero ninguno prestaba atención a tal acontecer debido a lo jocoso de la representación.

Una mala corazonada invadió a la Güera; tanto el silencio de los gachupines en las calles como las extrañas interlocuciones de Aguirre en su palco le produjeron malos augurios cual agujas punzantes, así que al concluir la función y despedirse de doña Inés, le manifestó su preocupación.

—Por favor, cuídense mucho; tengo malos presentimientos.

—Ay, Güera, que te la vives imaginando moros con tranchetes —dijo la virreina riendo—. Te lo

digo yo, mujer: no hay poder que tuerza el rumbo de esta historia.

—¿Cuándo llega el regimiento de Celaya a la ciudad?

—Pasado mañana, ¿entiendes? Ya nada adverso habrá de acontecer.

La acompañó hasta las puertas de su casa su cuñado Manuel, a quien también externó las ansiedades que la embargaban. Pero al igual que los demás, menospreció sus miedos.

Ante las continuas opiniones contrarias, la Güera se convenció de que recelaba con exageración y se introdujo presurosa a su casa; había convenido con Ramón reunirse a esa hora.

El plan original de Guillermo de Aguirre consistía en actuar a finales de septiembre, pero al enterarse del inminente arribo de tropas fieles a Iturrigaray, decidió adelantar el golpe para la madrugada del 16 de septiembre. Su profesión le había enseñado que los logros se alcanzaban aventajando a los adversarios; la sorpresa era la mejor estrategia.

Para no levantar recelos que pudiesen arruinar la conspiración, aquella noche asistió a la función teatral del Coliseo acompañado de Bataller, su más cercano cómplice. Cuando el virrey hizo acto de presencia en el palco real, Aguirre lo saludó con la más gentil de sus reverencias y respiró tranquilo: Iturrigaray se mostraba confiado y de buen humor. «No sabe lo que le depara el futuro», pensó con soberbia y satisfacción.

Había dispuesto que un ordenanza de confianza le fuese informando de los avances en las maniobras. A mitad del primer acto supo que toda la guardia del Palacio Real ya estaba comprada y apalabrada para franquearles el paso; ni siquiera intentó reprimir una sonrisa de satisfacción mientras cruzaba miradas de complicidad con Bataller.

Cuando minutos después, durante el tercer acto, le informaron que ya habían recluido a los serenos en el Parián, acción ideada para evitar que los vigilantes pudieran advertir los movimientos de tropas, su júbilo fue enorme: no había forma de que el plan fracasase.

La Güera subió al dormitorio y sorpresivamente encontró a Ramón sentado frente al escritorio, escribiendo.

—Perdona que haya entrado a tu alcoba, pero algo extraño sucede —dijo de inmediato, abandonando el papel y la pluma—: no hay serenos por las calles, y en las cercanías de la Plaza Mayor se han congregado varios grupos de gachupines.

—Es curioso —agregó ella, alarmada—; en el teatro vi a Aguirre y a Bataller en actitud dudosa. ¿Qué hacemos?

—Lo más prudente será enviar un mozo a espiar —aconsejó Ramón.

La Güera fue a la planta baja, hasta las habitaciones de la servidumbre, y despertó a Casimiro, pidiéndole que se dirigiera a Palacio e intentase averiguar si algo inusual acontecía. Entre tanto fue con Ramón a la cocina para que comiera, y cuando apenas comenzaba a sorber la sopa, Casimiro retornó entre jadeos.

—¡Señorita, señorita, los gachupines toman Palacio! —dijo alarmado.

—¡Doña Inés está en peligro! —exclamó angustiada la Güera.

7

ASALTO AL PALACIO REAL
1808

La Güera se vistió prontamente con ropas humildes y un rebozo gris oscuro para no llamar la atención. A punto de abandonar la casa, Casimiro quiso acompañarlos junto con los perros pero ella se lo impidió, prefiriendo que Teófila se les uniera.

Era la madrugada del 16 de septiembre, los malos presagios se escondían entre penumbras. Transitaron por sombrías calles puesto que, extrañamente, las farolas no estaban encendidas. En las calles de San Francisco y Plateros todo era soledad, pero al llegar a la Plaza Mayor tras pasar el mercado del Parián descubrieron que cientos de hombres, algunos uniformados con las chaquetas azules del Batallón de Voluntarios de Fernando VII, ocupaban las puertas de Palacio. Tras las ventanas de los apartamentos de los virreyes se distinguían luces encendidas y se escuchaban confusas exclamaciones.

—¡Voy con Teófila a ver qué sucede! —le gritó a Ramón—. Espera aquí; a dos mujeres no les harán nada.

Teófila y la Güera corrieron al Palacio de la Moneda, el cual colindaba con el Palacio Real y poseía un pasaje interior que comunicaba ambos edificios. Golpearon el aldabón una y otra vez hasta que apareció el portero, a quien bien conocía desde su cautiverio años atrás.

—¡Don Gabriel, es urgente! —exclamó, y antes de que el hombre reaccionara prosiguieron la carrera.

Pasando el patio se dirigieron hacia el pasadizo; envueltas en lóbregas tinieblas lo atravesaron con cautela hasta ingresar a Palacio y subir por las escaleras de servicio hacia las estancias de los virreyes. Llegando al pasillo central se toparon con una escena caótica: los bandoleros entraban y salían de salones y recámaras ante el desconcertado griterío de la servidumbre.

Cubriéndose el rostro con los rebozos, avanzaron tan ágiles como les fue posible, utilizando caminos desconocidos a ojos extraños pero no para la Güera, que bien conocía el terreno. Todo era confusión y sombras vagas, ya que pasillos y estancias se encontraban alumbrados únicamente por las antorchas de los asaltantes. A su paso pudo distinguir que en la antesala del virrey vaciaban los cajones de varios muebles, tirando al suelo legajos de papeles y guardándose cualquier objeto valioso que encontraban, ya fuese un tintero de plata o algún reloj de bolsillo; tan concentrados estaban en la rapiña que no repararon en su presencia.

Continuaron sigilosamente por el corredor. En una de las estancias descubrieron que dos criadas, una de ellas la nana que cuidaba a los hijos menores de la virreina, eran empujadas a culatazos y proferían angustiosos chillidos. En los aposentos del virrey, don José y su hijo mayor eran custodiados por varios españoles, quienes los interrogaban a gritos para que dijeran dónde guardaban el dinero. El miedo invadió a la Güera; se cubrió el rostro, implorando al cielo que la oscuridad las protegiera.

En el cuarto donde se guardaban las vajillas, tres jóvenes removían cajones y guardaban en un saco los cubiertos de plata, tan apresurados que en la maniobra rompían platos y tazas de porcelana. Uno de ellos escuchó sus pasos y alarmado giró el rostro, pero al distinguir apenas a dos mujeres

humildes cubiertas con rebozos, las menospreció y prefirió continuar el saqueo.

Llegando a la puerta de los aposentos de doña Inés, se disponían a entrar cuando en dirección opuesta apareció un piquete de soldados que la llevaban prisionera con sus hijos menores. Por suerte, la virreina no la reconoció: era un mar de lágrimas y Vicentito, el más pequeño de los niños, se aferraba a sus enaguas con ojos desorbitados, quizá más asustado por los gritos de su madre que por los soldados.

—¡Cómo se atreven a maltratar así a la virreina! —gritó la Güera metiéndose entre ellos.

—¡A un lado! —ordenó un joven, empujándola con tal fuerza que la tiró de bruces.

Los hijos de Inés gimieron y ella intentaba consolarlos. Un soldado apuntó hacia la Güera con el mosquete y Teófila corrió a su lado, protegiéndola con su cuerpo.

—¡No nos perjudiquen, por amor de Dios, somos criadas! —chilló en un momento de inspiración.

—¡Poneos de pie! —ordenó el soldado apuntándoles con el fusil, cuando alguien gritó en contraorden:

—¡Vosotros continuad, que yo me encargo!

Ante la orden, la cuadrilla avanzó llevándose a doña Inés y sus hijos entre sollozos y gritos. En un impulso la Güera intentó seguirla, pero el soldado la retuvo con firmeza:

—¡Quieta, que no respondo por mis actos!

Pero cuando los otros doblaron la esquina del pasillo, el hombre bajó el fusil y se acercó para ayudarla a levantarse. La Güera descubrió que era Santiago, un joven mercader del Parián a quien compraba telas y lienzos.

—Marchaos ya, os lo suplico. Este no es sitio para vosotras.

—¿Qué sucede, Santiago? ¿Adónde llevan a la virreina?

—Ella será recluida en el convento de San Bernardo, y el viejo en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Pero por qué los han capturado?

—¡Por traición a Fernando VII, joder! —profirió con enojo—, ¿por qué otra cosa habría de ser?

—¡Eso es falso! —increpó la Güera con imprudencia.

El joven quiso darle un culatazo con el mosquete, pero por fortuna se contuvo.

—¡Marchaos ahora, antes de que me arrepienta!

Las dos mujeres obedecieron sin chistar y recorrieron el camino de regreso tan rápido como pudieron, dejando atrás los cada vez más lejanos y confusos aullidos.

Aposentado como un príncipe en su carruaje, don Guillermo de Aguirre no dejaba de sonreír; aquel triunfo sería el más sonado de su carrera, y sin duda las autoridades de España lo premiarían nombrándole regente de la Real Audiencia cuando menos. Por supuesto aspiraba a mucho más, a ser tal vez hasta virrey, pero no sería prudente realizar demasiados movimientos por ahora. Debían evitar que el vulgo se sublevara, ya que Iturrigaray era muy querido por el pueblo, y convinieron en colocar al mando de Nueva España a don Pedro de Garibay, que por su avanzada edad e intachable historial serviría de maravilla a sus planes además de, obviamente, ser fiel a los gachupines y fácilmente controlable.

Cuando el carruaje se acercó al Parián y entró de lleno en la Plaza Mayor, descubrió que las maniobras de Yermo y sus tropas eran exitosas: tenían tomado el Palacio y habían colocado cañones frente a las puertas como precaución contra cualquier intentona de contraataque.

Su satisfacción no podía ser más grande, el plan marchaba a la perfección, tanto así que sintió

paladear las mieles del triunfo. Lo siguiente sería aprisionar a los traidores y justificar la acción con una proclama redactada de antemano, declarando que el pueblo, harto de las intenciones de Iturrigaray de convertirse en rey, se había levantado para destituirlo.

No dejaba de sonreír ante la ironía: sus enemigos intentaron proclamar al pueblo como soberano, y en contrapartida él publicaría que la voluntad del pueblo había destituido a Iturrigaray, echando por la borda los sueños libertarios de un puñado de bastardos nacidos en América.

Mezclándose entre la multitud de curiosos, la Güera retrocedía buscando afanosamente a Ramón, pero la oscuridad entorpecía sus intentos. Un piquete de soldados la empujaron para flanquear el paso a varios hombres que se acercaban cargando una silla de manos: aunque los cristales iban cubiertos por cortinillas, supo que era el arzobispo Lizana y Beaumont ya que el escudo en la puerta lo delataba. Casi de inmediato cruzaron frente a ella los carruajes de Guillermo de Aguirre, Miguel de Bataller, Gabriel de Yermo y otros gachupines para introducirse en Palacio.

«Los españoles han asestado un golpe a traición para destituir al virrey», pensó la Güera mientras se replegaba.

Muy cerca escuchó a un oficial ordenar la captura de Talamantes, Primo de Verdad, Azcárate y otros tantos, entre ellos su compadre Mariano Beristáin; lo primero que acudió a su mente fue prevenirlos, por lo que debía retornar a su casa lo más rápido posible.

Providencialmente encontró a Ramón, y ya reunidos echaron a caminar primero para correr después. En la tercera calle de San Francisco, frente a la casa de sus padres, que por fortuna se encontraban de viaje, divisó a Casimiro.

—¡Corre con mi cuñado Manuel, dile que huya! ¡Anda!

De vuelta en casa, la Güera fue con Ramón directo al escritorio para, entre ambos, escribir notas urgentes a los criollos implicados. Al retornar Casimiro y ordenarle que entregara las misivas, el mozo informó escuetamente:

—Queme ya estos papeles, señorita; todos los señores están presos.

—¿Y mi cuñado?

—Se dio a la fuga. Dijo que no se preocupe, que él sabrá cuidarse.

Tras reflexionar un instante, la Güera encaró a Ramón:

—Ni la ciudad ni mi casa son seguras para ti; ¡por favor, huye!

Lo estrechó en sus brazos a punto de estallar en llanto, pero de inmediato recuperó la firmeza. Besó su mejilla y lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡Anda, por Dios, vete ya! Casimiro te ayudará a escapar.

Ramón la miró con la misma pena que la Güera albergaba en su corazón. Se acercó por un instante y, tras besarla en la boca cariñosamente, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Ella lo contempló perderse en la oscuridad, atrancó el portón con doble candado y sacó a los fieros mastines de las jaulas.

Aún temblando, fue hasta la habitación donde dormían Victoria y Paz, sus hijas más pequeñas, abrazándolas entre silenciosos lamentos. Se recostó junto a ellas rogando al cielo por la salud de sus amigos, y sobre todo por la de Ramón.

8

RAMÓN CARDEÑA Y GALLARDO
1802

Aquella mañana había ordenado enganchar los caballos al carruaje para dirigirse a casa de su compadre, el canónigo de la catedral don Mariano Beristáin, a quien auxiliaba en sus labores bibliográficas catalogando autores y copiando algunos escritos. Por supuesto, los libros que ella acostumbraba leer no se encontraban entre los que Mariano clasificaba, ya que los autores franceses estaban prohibidos por la misma Iglesia y las novelas europeas eran ajenas al trabajo del canónigo, quien elaboraba un compendio de todos los escritores hispanoamericanos, la mayoría autores de temas religiosos aunque también incluía a poetas como sor Juana Inés de la Cruz y filósofos o científicos como Carlos de Sigüenza y Góngora. Entre los autores que la Güera conocía había algunos con obras románticas como Gutierre de Cetina, que en el siglo XVI había escrito versos verdaderamente inolvidables: «Ojos claros, serenos, / si de un dulce mirar sois alabados, / ¿por qué, si me miráis, miráis airados?». También Mateo Rosas de Oquendo, que ya en el siglo XVII criticaba a los gachupines: «Todos son hidalgos finos / de conocidos solares… / ¡Como si no se supiera / que allá rabiaban de hambre!». En realidad, ayudar a su compadre la entretenía e ilustraba.

Como se le había hecho tarde por atender algunos pendientes hogareños, irrumpió en casa de Beristáin disculpándose en voz alta:

—Perdón, Mariano, mis hijos me retrasaron porque…

Las palabras quedaron suspendidas en el aire cuando descubrió a un apuesto joven junto a su compadre.

—Perdone usted; no sabía que don Mariano tenía compañía…

—Madame —dijo el joven poniéndose en pie—, su belleza la exime de cualquier disculpa. ¿Verdad, tío?

Beristáin sonrió con gesto divertido e inmediatamente realizó las presentaciones de rigor.

—Ramoncillo, te presento a María Ignacia Rodríguez de Velasco, dama que gentilmente me apoya en las faenas bibliográficas. Güera, este es mi sobrino, Ramón Cardeña y Gallardo, canónigo de la catedral de Guadalajara que recién ha retornado de España para ocupar su cargo.

—Es un placer, madame —dijo Ramón acercándose cortésmente y besando su mano con finos ademanes.

—El gusto es mío —contestó trastabillando, al tiempo que realizaba una respetuosa reverencia.

Mariano Beristáin, de baja estatura, algo regordete y de nariz ganchuda, le pareció a la Güera más feo que nunca a lado del apuesto joven, quien era alto, con pícaros ojos verdes, nariz fina y cabellos castaños peinados a la furia, la moda en Europa. Vestía pantalón largo, frac, chaleco y camisa blanca anudada al cuello en una especie de corbata además de botines perfectamente lustrados, indumentaria que la Güera había ojeado en algunos folletines de moda pero que jamás había visto en los habitantes de la Ciudad de México por muy nobles o viajados que fueran, y mucho menos en un sacerdote.

—Ramoncillo permanecerá entre nosotros muy poco tiempo; debe continuar el viaje hacia Guadalajara. Pero he conseguido permiso del obispo Cabañas para que sea mi huésped cuando

menos tres semanas —concluyó Beristáin con ese aire de solemnidad y dominio que le caracterizaba.

—Ojalá permaneciera más tiempo entre nosotros; en esta ciudad tan ajena de novedades un visitante como usted siempre proporciona inesperadas alegrías —dijo la Güera con algo más que cortesía.

En aquel entonces vivía en la villa de Tacuba, donde Gerónimo la había obligado a morar a causa de sus constantes celos. Sin embargo, se encontraba a escasa media hora de México, y aprovechando que su marido había partido de viaje, la Güera se ofreció a colaborar diariamente en las labores de su compadre con la intención de conocer más al atractivo sacerdote que le intrigaba sobremanera.

Después de los primeros días, la presencia del joven fue convirtiéndose en alegría para ella. Le sorprendían sus gustos y aficiones, contrarios a los de cualquier clérigo: disfrutaba los placeres de la comida, el vino, el teatro, el arte y jamás vestía como sacerdote, al contrario, sus atuendos eran los de un auténtico dandi. Además, para sorpresa de la Güera, profesaba ideas libertarias.

Qué distinto a su marido: Gerónimo era hosco y violento al grado de ultrajarla por celos, y su conversación resultaba monótona cual tapia de monasterio, porque sus conocimientos apenas sobrepasaban las vulgares noticias castrenses o los más ordinarios acontecimientos del reino. Su desinterés por el arte o la ciencia le parecía imperdonable; sus maneras al comer, beber y comportarse eran torpes. En diversas ocasiones quiso incluirlo en reuniones de la corte virreinal, cuyas charlas le agradaban e ilustraban, pero él siempre encontraba pretexto para apartarse y llevarla consigo, frustrando doblemente sus ambiciones.

En cambio, disfrutaba a raudales las pláticas con Ramón. Más aún, aunque en un principio lo trató con la deferencia que merecía todo sacerdote, las horas que pasaba a su lado resultaban tan amenas y entretenidas que prontamente comenzó a tutearlo con naturalidad. Ramón era encantador, y a la Güera le parecía el hombre más atractivo que jamás hubiera conocido durante sus veinticuatro años de vida.

Pocos días más tarde, caminaban con Beristáin rumbo a la catedral y durante el trayecto descubrió que varias doncellas volteaban a mirarlo sin disimulo mientras él, con ademanes tan elegantes como los del más connotado aristócrata, les sonreía con descarada galantería, logrando que más de una se ruborizara. Aquello picó el orgullo de la Güera: con ella se comportaba extremadamente cortés y respetuoso, ¿acaso no le inspiraba una galante sonrisa cuando menos? ¿Sería por estar en presencia de su tío? Decidió averiguarlo.

Como partiría en tres semanas, no tuvo recato alguno en acercársele más de lo debido y hasta coquetearle disimuladamente tan sólo para lograr su atención. Pensaba que nada podría suceder, por lo cual alababa su gusto en el vestir y hasta murmuraba frases como «Hoy te ves más guapo que de costumbre», siempre evitando que Beristáin la escuchase. Ramón se turbaba y se le encendían los pícaros ojillos como si aquellos piropos le divirtiesen, pero inmediatamente se tornaba serio mirando de reojo a su tío.

Esa tarde llovía a cántaros, el agua escurría tras las ventanas de la biblioteca adustamente decorada con cuadros religiosos y gobelinos mientras ella escribía en hojas los nombres de distintos escritores y obras que Mariano le iba dictando, cuando un monaguillo llegó jadeando y a gritos informó que el arzobispo Lizana deseaba verlo de inmediato. La casa de Beristáin se encontraba justo a espaldas de Catedral, por lo cual partió rápidamente, dejándolos solos con la instrucción de que continuasen el

dictado.

Con mirada traviesa, Ramón se colocó un cojín en el abdomen para fingir la prominente barriga de su tío y comenzó a imitarlo en tono burlón y ceremonioso; esto provocó la espontánea risa de la Güera, que se divertía ante los petulantes gestos que realizaba.

—José Joaquín Fernández de Lizardi —sobándose la panza dictó con pausada voz, cargada de falsa solemnidad—, autor que actualmente elabora la que será la primera novela de Hispanoamérica.

—Eso no lo puedo escribir —dijo la Güera entre carcajadas—, Mariano sólo incluye las obras publicadas.

—Pues que luego lo tache él.

—Imposible; odia el desorden —explicó sonriente.

—Pues prosigamos, pero… A ver, dónde nos quedamos.

Se le acercó so pretexto de observar lo escrito, y se recargó sobre la espalda de la Güera. Después, como si nada, colocó las manos sobre sus hombros, acariciándolos levemente, y fue acercando el rostro hacia su cuello, quedando tan próximo a ella que sus cabellos se rozaban. La Güera sintió su vaho sobre la nuca y un escalofrío le recorrió el cuerpo; permaneció tiesa, sin saber cómo comportarse, mientras su estómago se contraía con una ansiedad especial. Ramón le atraía como ningún otro hombre, pero era sacerdote y cualquier relación con él sería pecaminosa, poniendo en peligro su alma.

—¡Ay, ya se me hizo tarde! —exclamó de golpe, mirando el reloj que llevaba prendido del vestido al tiempo que se erguía para alejarlo de su espalda.

—No puede ser, es muy temprano —protestó el joven.

—Perdón, pero debo recoger a mis hijos en el catecismo y con esta lluvia llegaré muy retrasada —mintió adrede.

Comenzó a caminar rápidamente hacia el patio: al llegar al portón, la Güera tomó la mano de Ramón para besarla, acción con la cual deseaba subrayar que él era un sacerdote y entre ellos no podía existir nada más que respeto. Para su sorpresa, Ramón aprisionó sus dedos suavemente y la besó en la mejilla con deliberada sensualidad, imprimiendo los carnosos labios sobre su piel.

—Güera, debo serte sincero —le susurró con una sonrisa que parecía súplica—: no anhelo otra cosa que estar cerca de tus angelicales ojos.

Ella se turbó aún más y terriblemente contrariada partió al instante. Su mente divagaba inquieta y confundida; por lo visto había jugado con fuego y ahora habría de sufrir las consecuencias. No obstante, durante el trayecto a casa percibía un persistente y ansioso cosquilleo en el vientre.

Era medianoche y tras la ventana se distinguía una luna menguante rodeada de tormentosas nubes. Aún tenía presente el sueño que la había despertado entre sudores: ella junto a Ramón, ambos desnudos en fuerte y estrecho abrazo, contonéandose. El solo recuerdo le producía angustiosos conflictos, como si al imaginarlo ya hubiese cometido pecado. No le preocupaba ser infiel a su violento marido; desde su relación con Simón Bolívar había aprendido que su cuerpo y mente debían ser libres, y sólo ella era la dueña y la responsable de sus actos. Pero si bien la razón la impulsaba a actuar a voluntad, el alma, que pertenecía a Dios, se lo impedía. Claramente la Biblia decía: «Todas las almas son mías… el alma que pecare morirá».

No podía negarlo: ella misma le había coqueteado y alentado a que la pretendiera; Ramón Cardeña le atraía y en sus adentros lo anhelaba con ardor. Sus sentimientos, aunque resultasen inconfesables y obscenos, eran tan reales como la humedad que le invadía la entrepierna. Su alma se

encontraba en riesgo de condenarse, lo sabía bien: tener con un sacerdote relaciones, incluso de pensamiento, era pecado mayor, castigado con máxima severidad por la Santa Iglesia.

Atormentada se arrodilló para rezar a Jesucristo, y al fervor de las oraciones, verdaderamente preocupada, decidió alejarse de la tentación: no acudiría más con Mariano Beristáin mientras Ramón estuviese en México. Eso era lo que debía hacer.

De inmediato escribió una nota que enviaría al día siguiente, muy temprano, informando a su compadre que no podría auxiliarle en sus labores por encontrarse en cama, débil y enferma.

Mariano y Ramón se aparecieron inesperadamente en Tacuba, diciéndose preocupados por su salud.

—Los dolores que me aquejan son propios de la naturaleza femenina, pero ya están cesando —mintió.

Pasaron al huerto, donde conversaron cordialmente; ella bebía mustiamente infusiones de salvia o manzanilla y ellos copitas de jerez. La Güera procuraba sentarse lo más alejada posible de Ramón, quien se comportaba tranquilo y respetuoso, como si nada hubiera sucedido el día anterior. Aquello la desconcertó profundamente: ¿acaso había malinterpretado sus palabras y acciones? Sin quererlo, un sentimiento adverso se aposentó en su pecho: le molestaba la posibilidad de que Ramón no la pretendiera.

Durante la tarde se envolvieron en plática tan sabrosa que las horas pasaron volando, cayéndoles la noche encima. Sin reflexionarlo a conciencia, la Güera los convidó a dormir en casa, justo en la habitación contigua a la suya, y tras un breve momento de reniegos los varones terminaron accediendo. Cuando la Güera entró a su alcoba se encerró con llave, temerosa y prudente. Se persignó, agradeció a Dios por mantenerla alejada del pecado y rogó que Gerónimo no se enterara.

9

EL PERFECTO AMANTE
1802

Gerónimo López de Peralta Villar y Villamil era, a mucha honra, el heredero directo del mayorazgo López de Peralta, un conglomerado de haciendas y molinos que se encontraba en mediana decadencia pero cuyo glorioso pasado se prolongaba hasta los orígenes de Nueva España ya que su linaje provenía de Gerónimo López, conquistador que venció a los mexicanos guerreando palmo a palmo con Hernán Cortés para gloria de Dios y Su Majestad. Cada poro de su piel exudaba alcurnia, casta y orgullo; se pensaba predestinado a una vida de lucimiento pero su padre, también llamado Gerónimo, no pudo brindarle los lujos y excesos que él demandaba, debido a lo precario de las finanzas familiares, lo que causó grandes desavenencias entre ambos.

Harto de inmerecidas penurias y excedido de arrogantes sueños, decidió abandonar la casa paterna y explorar mundo por cuenta propia. Gracias al abolengo de su apellido se enroló como voluntario en el cuerpo de granaderos, el cual sólo admitía a jóvenes de comprobada pureza de sangre y agraciado físico. Si bien su orgullo se fortaleció al portar el gallardo uniforme de teniente, en nada mejoró su situación económica, ya que por ser voluntario no recibía paga alguna, tan sólo ropa y alimento.

En aquel entonces había escuchado rumores de que la Güera Rodríguez era una de las mujeres más bellas de México, tan hermosa que cualquiera desearía ser su esposo pero solamente un varón sobresaliente podría hacerla suya. Cuando inesperadamente la conoció, le pareció en verdad hermosa: ojos celestes, cabello rubio y ondulado, figura bien torneada y senos elegantes y apetecibles. Sin embargo, no fue eso lo único que le atrajo: la muchacha, entonces de quince años, poseía un carácter que conjugaba rebeldía y dulzura, inteligencia y candidez. Realmente era el mejor trofeo al que podía aspirar un caballero de valía, y no lo dudó: debía adueñarse de tan preciada hembra, asunto que conseguiría no por méritos propios sino por azares del destino.

Al casarse, Gerónimo reveló su verdadero carácter como hombre extremadamente desconfiado y violento. Se consideraba amo de una de las mujeres más bellas del reino, adulada en la corte y deseada por innumerables varones; muchos le envidiaban, asunto que inflamaba su orgullo, pero de igual manera le enloquecía la posibilidad que la Güera le fuera infiel, otorgando su cuerpo o pensamientos a otro y arrebatándole la única posesión que lo enaltecía ante la sociedad. Durante sus continuos viajes a la hacienda de Bojay, imposibilitado para corroborar personalmente el comportamiento de su esposa, se exaltaba con cualquier habladuría que llegara a sus oídos y al retornar a Tacuba la injuriaba enloquecido a tal punto que en numerosas ocasiones la golpeaba.

En un principio María Ignacia había intentado defenderse con manotazos o rasguños, pero descubrió que mientras más se oponía, más se enardecía el otro, así que optó por recluir a sus hijos en alguna habitación lejana mientras intentaba apaciguar la furia del verdugo. Los puñetazos o bofetadas le dejaban cardenales e hinchazones, por lo que dolida se recluía en casa durante varios días para que nadie se enterase: había decidido sufrir el calvario en silencio, temerosa de que su cuñado Manuel o su padre actuaran violentamente y complicaran el asunto. Desesperada pidió ayuda a sus confesores, recibiendo siempre la misma respuesta: intentarían hablar con Gerónimo para contenerlo y

celebrarían misas para que el Todopoderoso aquietara el espíritu de su consorte.

Aunque mucho le dolían, con el paso del tiempo fue acostumbrándose a los maltratos, aprendiendo maneras de agazaparse y evitar que los golpes la hirieran en demasía. Lo que más la martirizaba era saberse indefensa, incapaz de rebelarse, una especie de humillación superior al orgullo y la dignidad de todo ser humano. Soportaba el dolor físico con estoico valor pero la degradación le ocasionaba hondos estragos en el alma, conformando una mezcla de resentimiento y coraje que se transformaba en deseos de venganza y actos de rebeldía. Mientras más la ofendía y maltrataba Gerónimo, más se sabía libre y autosuficiente.

La Güera pensaba haber burlado las tentaciones que ponían en peligro su salvación eterna, y sin embargo Ramón reapareció a las puertas de su casa portando un ramillete de hortensias azules.

—Las escogí porque tienen el color de tus ojos —dijo con mirada galante y sonrisa seductora.

Nerviosa, lo hizo pasar a sabiendas de que su marido no lo conocía y, por tanto, resultaba visita indebida para una dama decente; si la servidumbre comentaba algo, estaría en serios problemas.

Aunque debía actuar siempre cautelosa y comportarse con gran decoro, la tarde resultó deliciosa. Fue la primera vez que convivían a solas fuera del ámbito religioso, y conversaron de cuestiones personales: Ramón le confesó que había escogido la carrera eclesiástica para realizar estudios universitarios y forjarse un futuro estable, pero ya desde el seminario descubrió su escasa o nula vocación aunque continuó los estudios debido a la insistencia de su tío Mariano: gracias a él logró viajar a España e ingresar en la corte del rey, haciéndose tan cercano a Carlos IV y la familia real que fue nombrado capellán de honor de Su Majestad, y el mismo infante Francisco de Paula le impuso el afectuoso mote de Cura Bonito, como le llamaban muchos. Por desgracia para Ramón, la reina María Luisa, siempre fogosa y en busca de hombres atractivos, comenzó a coquetearle; entonces el ministro Godoy, amante oficial de Su Majestad, ordenó apalearlo y regresarlo a Nueva España, desterrándolo así de los aposentos reales y los lujuriosos caprichos de la consorte.

Mientras tomaban café en el pórtico del huerto, Ramón observó que cerca se hallaba un columpio e insistió en que la Güera se subiese en él para balancearla. Divertido, la impulsaba por la cintura, pero después de breves minutos comenzó a tocarle discretamente el trasero. Ella tembló pero no lo amonestó; su alma estaba pasmada entre el deseo y el remordimiento. El hombre, al no verse rechazado, comenzó a impulsarla con mayor fuerza, haciendo que los faldones de su vestido se levantaran y dejaran al descubierto sus torneadas piernas.

—Tu piel es tan hermosa y suave como la de un ángel —dijo galante.

Al escuchar aquello, la Güera abandonó el columpio de un salto y se alejó dándole la espalda. Una agitación creciente la poseía cuando Ramón, tras alcanzarla y sujetarla delicadamente de los hombros, se le acercó.

—Tus ojos no mienten; sé que me deseas.

—Soy mujer casada —dijo ella sin convicción alguna.

—Estoy al tanto de tus desdichas matrimoniales —susurró Ramón a su espalda—. No tienes de qué avergonzarte; él es el villano y tú la víctima. Está escrito en la Biblia que ante la injusticia obremos de la misma manera: ojo por ojo y diente por diente.

—Jesucristo enseñó que si nos abofetean debemos presentar la otra mejilla —le contradijo volteando hacia él con la cabeza erguida.

—A los tiranos les gusta mencionar dicho pasaje para sojuzgarnos, pero el advenimiento de Cristo nos hizo libres, en especial a los oprimidos: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados». —Tras un breve silencio, agregó—: No es pecado buscar la felicidad, todo lo contrario; el infinito amor de Dios desea nuestra dicha.

La Güera sabía que Ramón intentaba que flaquease y se rindiera a sus pretensiones, pero aquellos razonamientos eran los que su corazón deseaba escuchar: algo que justificara sus deseos y la eximiera del pecado para actuar libremente, sin remordimientos.

Tomándola del talle la acercó a sí mientras con la mano levantaba su rostro para mirarla directamente. Se le fue acercando con suave lentitud, en nervioso silencio, hasta rozar labio con labio y besarla sutilmente. Entonces comenzó a caer un torrencial aguacero, la Güera se apartó corriendo y lo instó a seguirla rumbo a la casa.

Aunque la distancia era corta, al llegar adentro estaban hechos una sopa, así que la Güera se dirigió a su alcoba para mudar de ropas y encontrar algo que ofrecerle a Ramón en lo que sus prendas se secaban. Apenas se desabrochaba el corpiño cuando sintió dos brazos estrechar su cintura. No fue un descuido de su parte, había dejado la puerta entreabierta con toda deliberación: ansiaba perderse en los brazos de Ramón libre y decididamente. El mismo sacerdote que la arrojaba al pecado la había absuelto de toda culpa.

La trató con especial ternura y resultó un habilidoso amante, cariñoso y delicado. Entre sus brazos descubrió inesperadas posibilidades para entrelazar los cuerpos, distintos tiempos y cadencias que convirtieron la entrega en un concierto musical de apasionantes armonías y cambiantes ritmos, ejecutados con gran diversidad de besos y caricias.

La Güera sucumbió a los deseos de Ramón, pero sobre todo a los propios, sorprendida y deleitada. Después de tanto soñar con aquel momento, la realidad no le causó desilusión alguna, todo lo contrario; atreverse a conquistar la libertad siempre acarreaba recompensas.

10

A UN CHISPAZO DE SER ASESINADA
1802

Aquel domingo le brillaban los ojos con especial alegría, vería nuevamente a Ramón; el día anterior no pudieron reunirse ya que él había asistido a un convivio organizado por el obispo Lizana. Durante varias jornadas se encontraron, siempre a escondidas, y en aquellas escapadas la Güera descubrió una novedosa sensación: le excitaba incursionar en lo prohibido, actuar a sus anchas sabiendo que era ella quien decidía sus actos y nadie más. El peligro de ser descubierta le producía una intensa emoción, una euforia particular y se percibía más viva que nunca, casi invencible.

Se reunían en absoluto secreto a las afueras de la ciudad, en una casita ubicada cerca de la fuente de la Tlaxpana, cuyo dueño era pariente de Ramón pero se encontraba de viaje, y de preferencia por las mañanas para no levantar sospecha alguna. El plan para ese día era muy sencillo: escucharían misa juntos, después ayudarían a Mariano Beristáin en sus trabajos bibliográficos y cuando la Güera pretextara que debía marcharse, Ramón se ofrecería a acompañarla para de ahí escapar a su refugio.

Esa tarde conversaban cordialmente en casa de Beristáin cuando el conde de Contramina, amigo de su esposo, apareció visiblemente cansado y asustado: a gritos informó que Gerónimo había regresado de la hacienda de Bojay y al descubrir la ausencia de su esposa comenzó a vociferar que la demandaría por adulterio y que no deseaba verla nunca más, pues «la muy puta» le había sido infiel con el canónigo Beristáin, el padre Cardeña y otro cura de apellido Ramírez.

Al escuchar la noticia, la Güera palideció y un profundo miedo la asaltó.

—¡Pero eso es una santa estupidez! —dijo Mariano Beristáin, asombrado y molesto—. ¿Cómo se atreve a dudar de nosotros?

La Güera no escuchaba, estaba absorta en sus temores y pensamientos. Tras meditarlo brevemente, decidió regresar a Tacuba de inmediato para enfrentarlo, ya que sus hijos permanecían allá. El mismo conde se ofreció a acompañarla, pues conocía los violentos arrebatos de su amigo e intentaba protegerla. Ramón se propuso también pero la Güera sabía perfectamente que su presencia podría acrecentar el coraje de Gerónimo, causando más problemas, e intentó evitarlo.

—No es sensato que tú o Mariano vengan —le dijo casi en súplica—. A ustedes los acusa de ser mis amantes.

—No es cuestión de sensatez —expresó Ramón convencido—, se trata de tu seguridad y no estoy dispuesto a que corras el menor riesgo. Además, no me conoce.

La Güera, convencida por los tres varones de que mientras más personas le acompañasen menor sería el peligro, terminó aceptando.

El camino le pareció eterno y durante el trayecto no cesaba de rezar e implorar a la Virgen de Guadalupe que protegiera a sus hijos y a ella también. En medio de una persistente llovizna llegaron a Tacuba; no terminaba de detenerse el coche cuando Gerónimo ya salía de la casa, cerrando tras de sí el portón para impedir el acceso. Vestía botas de montar y la camisa desfajada, portando en la mano derecha una amenazante pistola.

—¡A esta casa ya no entrarás jamás, hija de puta! —gritó colérico.

Aunque tal actitud asustó a la Güera, intentó aparentar serenidad y bajó del carruaje, ayudada por Casimiro.

—¿Qué te sucede, Gerónimo? —preguntó dulcemente, queriendo aplacar su furia—. ¿Algún problema en la hacienda?

—¡A quién intentas engañar! ¿A uno de los petimetres que ninguneas y manejas cual marionetas? —increpó rabioso, y al descubrir a Ramón Cardeña y al conde de Contramina en el carruaje, su furia se acrecentó—. ¡Te dije bien que no deseaba verla! —le gritó al conde—. ¡Aléjala de mi vista o no respondo por mis actos!

El estómago de la Güera se arremolinó de angustia; en los turbios y rojizos ojos de Gerónimo se percibían destellos alcohólicos, y de ser ese el caso su comportamiento sería impredecible.

—Vayamos adentro, que está lloviendo —dijo con suave voz—. No es necesario causar escándalos.

—¡Ahora quieres evitar escándalos! —exclamó—. ¿De dónde vienes? ¡Dime!

Detrás de Gerónimo, tras los sólidos maderos del portón, la Güera alcanzó a escuchar el llanto de sus hijos y arrugó el rostro con angustia.

—Por favor, déjame ir con los nenes, están asustados.

Alrededor de la escena se fueron congregando peones e indios, atraídos por el griterío. Casimiro se mantenía a respetuosa distancia junto a Ramón y el conde, y todos observaban la escena incrédulos, aturdidos.

—¡Contéstame! ¿Dónde carajos estabas? ¿A quién le restregabas el culo? ¿A mi compadre Mariano, a su sobrino, al padre Ramírez?

Gerónimo enardeció: las venas del cuello parecían explotarle, y tan sólo de pensar en los amantes de la Güera levantó el brazo para propinarle un puñetazo. El conde se adelantó, impulsivo.

—¡No, Gerónimo! Tu mujer estaba con Beristáin, ayudando a catalogar escritos.

Gerónimo explotó cual mortero, y abalanzándose sobre el conde le apuntó entre ceja y ceja.

—Ni se te ocurra repetir su nombre. ¡El muy cabrón me ha deshonrado!

—¡El conde no tiene la culpa, déjalo! —gritó la Güera, interponiéndose entre ellos. Gerónimo bufó exhausto, con rostro sudoroso, y tras un momento bajó la pistola, dejándola descansar junto a la cadera.

—¡En eso tienes razón; la única culpable eres tú!

La escupió y levantó el arma, amenazando con golpearla; para protegerse, la Güera cubrió con los brazos su rostro e inclinó el torso profiriendo un angustioso chillido. Tras el portón los niños gemían con mayor ahínco.

—¡Contrólese, capitán! —gritó Ramón a espaldas de la Güera, acercándose para auxiliarla, pero Gerónimo le apuntó con la pistola y lo hizo retroceder.

—No sé quién carajos sea usted —dijo mirando fijamente al extraño—, pero más vale que no se entrometa.

—¡Por favor, déjame ver a mis hijos! —suplicó la Güera.

—¡Jamás los volverás a ver, puta!

Gerónimo fue hacia ella, quien intentaba correr al portón, la alcanzó rápidamente y le dio un puñetazo en la nuca, con lo cual ella cayó de rodillas sobre el fango. Agarrándola de los cabellos la arrastró, haciendo que el lodo la envolviera mientras gemía de dolor y desesperación. Ramón corrió para auxiliarla pero Gerónimo la soltó y lo recibió con un fuerte cachazo en el rostro, tirándolo al suelo.

—¡Le advertí que no se entrometiera! —Lo pateó con las botas militares, dejándolo casi inconsciente.

Mientras tanto, la Güera procuraba llegar hasta el portón, tambaleándose cual autómata; Gerónimo levantó el arma y le apuntó directo a la nuca.

—¡Detente o disparo!

—¿Eres tan cobarde que me asesinarías por la espalda? —masculló ella sin detenerse.

Rápidamente la rebasó para enfrentarla.

—¡Lárgate de aquí, dije! ¡No vuelvas jamás!

—Si eso deseas, eso haré… Sólo déjame recoger a mis hijos —dijo desesperada.

—¡Lárgate, cabrona!

La Güera intentó esquivarlo pero el otro le cerró el paso, colocando el cañón de la pistola sobre su cuello. Al sentir el frío metal en la piel, quedó paralizada.

Sonriendo maliciosamente, Gerónimo comenzó a deslizar el cañón por su pecho, luego en su vientre y al final detuvo la pistola sobre la falda, apuntando directo a la entrepierna.

—Debería perforar la caverna de tus pecados; quizás disfrutes más el plomo de mi pistola que las vergas de tus amantes.

Instintivamente la Güera lo golpeó en el rostro tan fuerte como pudo, logrando que se desequilibrara por un instante, lo que aprovechó para avanzar a tropezones hacia la casa.

—¡Adónde crees que vas!

La mano de la Güera estaba a punto de abrir el portón, a un paso de alcanzar a sus hijos.

—¡Te vas a morir, hija de puta!

En un solo impulso apuntó el arma hacia el pecho de la Güera, amartilló y tiró del gatillo… pero extrañamente no hubo explosión, estruendo ni balazo. Pasmada, la Güera alcanzó a percibir borrosamente a Gerónimo, que observaba incrédulo el arma en medio de la lluvia. El conde corrió para raptarla presuroso y a jalones la llevó hacia el carruaje mientras los curiosos escapaban en desorden.

Gerónimo amartilló nuevamente el arma; Casimiro trepó al pescante para arrear a los caballos y Ramón corrió cojeando tras el carruaje, alcanzándolo y trepando a duras penas mientras Gerónimo los perseguía con la pistola al aire, amenazando y aullando.

Dentro del carro la Güera lloraba haciendo eco al llanto de sus hijos, que inexorablemente se perdía en la lejanía.

Los ánimos de la Güera traspasaron el aturdimiento para tornarse en angustioso desaliento. Pensó que lo más acertado sería actuar pronto, adelantándose a cualquier acción que pudiera promover Gerónimo: había que hacerlo ese mismo día, denunciándolo por intento de homicidio para lograr que lo encarcelasen y recuperar a sus pequeños. Le afligía mayormente Guadalupe, aún de brazos y frágil de salud, y aunque Teófila permanecía con ellos, sabía que la rabia de Gerónimo podría alcanzar también a la criada. Sus acciones debían ser precisas y eficientes, para lo que requería uno o varios abogados, cuantos fuesen necesarios, los mejores. Pero sin duda, lo primero sería acudir a Palacio; si alguien podía acelerar el proceso e inclinarlo a su favor, ese era el virrey.

El conde y Ramón, descalabrado y con hilillos de sangre escurriéndole sobre la frente, procuraban tranquilizarla. Pero sus esfuerzos eran en vano, la Güera se encontraba sumamente alterada y de su mente no se apartaban dos cosas: que se encontraba viva por milagro, ya que la pistola no había disparado quizás a causa de la lluvia, y que sus hijos estaban muy lejos de sus brazos.

Cuando entraron a la ciudad, ya de noche, a punto de llegar a la casa de la Güera, el carruaje disminuyó su marcha: parecía que el chisme había corrido más aprisa que ellos mismos, y sin importar la lluvia, un grupo de curiosos se había reunido para enterarse de si venía herida o sana. A duras penas lograron avanzar mientras María Ignacia intentaba ocultar el rostro a los impertinentes, que sin recato alguno se acercaban a las ventanillas para fisgonear. Salió el portero para franquearles la entrada, y al cruzar el zaguán, su padre y Manuel, que ya la esperaban, corrieron a su encuentro preguntando alarmados por su salud y la de sus hijos.

—¡Estoy bien, pero debemos ir a Palacio! —les fue gritando al subir las escaleras—. ¡Me cambio de ropas y en el camino les explico!

Pero llegando al descansillo frenó, miró su vestido mugriento y enlodado, tocó sus cabellos desgreñados y llevándose las manos al rostro descubrió costras de barro.

—¿Cómo luzco? —preguntó girando el cuerpo; ellos la contemplaron perplejos, sin saber qué contestar—. ¡Digan la verdad! —apremió.

—Te ves muy mal, hija. ¡Deja que le ponga la mano encima!

—¡Manuel, también tú dime, es importante!

—Pareciera que te hubiese golpeado y arrastrado.

—Entonces, que don Félix me vea así. Yo misma seré la prueba viviente de su villanía.

Recogiéndose la falda, bajó los escalones a trancos. Al pasar frente a Ramón, quien se había apeado del carruaje, le dijo preocupada:

—Padre Ramón, usted vaya a curarse esa herida, por favor. Me apena mucho lo sucedido.

En un instante subió al carruaje, y su padre y Manuel la acompañaron sin chistar. Al abrirse el portón avanzaron ya sin contratiempos porque los curiosos se habían dispersado, y en el camino los fue poniendo al corriente de lo acontecido, subrayando una y otra vez que su prioridad eran los hijos, porque además de arrebatárselos con canalladas y obligarlos a presenciar el mismo infierno de Dante, permanecían bajo la custodia de un orate capaz de actuar de manera violenta e incoherente.

—No te preocupes —dijo su padre—, tendrás los mejores doctores en Leyes a tu lado.

—De seguro Juan Francisco Azcárate estará dispuesto a echarnos la mano —agregó Manuel—. Aunque, en lo personal, considero imprudente confiar en el virrey; no se distingue por sabio y mucho menos por expedito.

—Pues saquemos provecho de sus defectos —dijo la Güera, esperanzada—. Si es cierto que su cabeza está hueca, logremos rellenarla con nuestras razones y entonces actuará por nosotros.

Los serenos comenzaban a encender las farolas, varias mujeres cubrían sus cabezas con rebozos para acudir a la misa de Catedral, y a las afueras del Parián los comerciantes aún mostraban sus mercancías mientras grupos de hombres y mujeres conversaban e intercambiaban chismes y noticias. Adelante, a muy corta distancia, se avistaban las puertas del Palacio Real.

La guardia de alabarderos, luciendo sus impecables uniformes azul y escarlata, ordenaron que se detuvieran. Al observar quiénes iban en el carruaje, les flanquearon el paso.

11

DESPEDIDAS FORZOSAS
1802

La habitación le parecía más estrecha de lo que en realidad era y su escaso mobiliario —apenas una cama, un ropero, una mesa, dos sillas y ningún adorno— se asemejaba a su desamparado ánimo, tan apagado como los muros del claustro donde fue recluida. Alejada de sus hijos, acorralada y con la humillación a cuestas, se percibía como la mujer más atormentada del mundo.

Con ilusión esperaba que ese mismo día regresara a sus brazos Lupita, la menor de sus cuatro hijos, y sin embargo, echada sobre la cama no paraba de llorar mientras su mente daba vueltas en irrefrenable torbellino.

Al comparecer con el virrey y acusar de intento de asesinato a Gerónimo, consiguió su inmediata aprehensión, pero no era eso lo que más le preocupaba.

—Excelencia —había suplicado al virrey con palabras cargadas de angustia—, ojalá las virtudes que le distinguen como gobernante justo y piadoso logren que mis cuatro hijos regresen al regazo de su madre.

—Madame, si el asunto que ha denunciado es comprobado por la ley, los tribunales habrán de otorgarle la custodia de vuestros hijos —explicó impasible el mandatario—, pero yo no puedo hacer nada al respecto. Por el momento, si el marido es tan violento, por vuestra propia seguridad habréis de permanecer en custodia.

—Si Su Excelencia lo ordena, podrá permanecer en mi casa —sugirió don Antonio, el padre de la Güera— o con los marqueses de Uluapa, como usted decida.

—Ni uno ni otro —sentenció el virrey con gesto inflexible—, lo más conveniente será depositarla en el Palacio de la Moneda, lugar del que no podrá salir sin pretexto ni disculpa alguna; allí estará totalmente a salvo.

Tan sólo le permitieron pasar a su casa de México y recoger algo de ropa para el encierro. Todo obraba en su contra.

Al día siguiente se apareció Manuel en el Palacio de la Moneda con sus amigos Juan Francisco Azcárate y Andrés de Alcántara, que ella bien conocía por ser asiduos a las tertulias de su cuñado.

—Lo prometido es deuda —dijo Manuel sonriente—: ya tienes contigo a dos de los mejores abogados de Nueva España.

Con ellos a su servicio, de inmediato demandó que le regresaran a sus hijos, pero con la mala fortuna de que las autoridades consintieron en regresar a Lupita por estar en edad de lactancia, y tan sólo si se comprobaba que el marido era culpable. Mientras tanto las criaturas permanecerían con Gerónimo hasta demostrar su culpabilidad, y él posiblemente los había trasladado a una de las haciendas de su familia.

Ramón se las ingenió para visitarla fingiendo ser su confesor: dijo al portero que necesitaba verla porque su alma estaba en zozobra, con lo cual consiguió acceso y que un gendarme lo guiase hasta la habitación de la dama. Cuando lo vio entrar, la Güera casi lo desconoce: iba vestido con capa y

hábitos de sacerdote, como nunca antes lo había visto.

Ramón solicitó al gendarme que los dejase solos para proceder a la confesión, y tan pronto se marchó, la Güera se lanzó a los brazos de su amante sollozando amargamente.

—¡Me han quitado a mis hijos, Ramón, me los han arrebatado!

Él la abrazó cariñosamente, intentando reconfortarla. Permitió que llorase por largos minutos para que las angustias contenidas encontrasen fuga.

—¿Qué hemos hecho, Ramón? ¿Esto es castigo de Dios?

—¡No del Creador, sino del cabrón de tu marido! —dijo con profundo odio, abrazándola con mayor denuedo—. ¡Ojalá se pudra en la cárcel!

—¡Me tratan como criminal cuando él fue quien intentó asesinarme! ¡Me prohíben salir a la calle! ¡Si fuera hombre estaría en libertad!

Ramón la miró sin saber qué decir. Ella tenía razón, las leyes eran rígidas y profundamente inhumanas.

—No te preocupes, han prometido regresarte a Lupita —intentó infundirle algo de ánimo besándola en la frente.

—Dios quiera que así sea, todavía no cumple un año y ya la han separado de su madre.

Pasaron entre llantos y lamentos tan sólo media hora, tiempo concedido al sacerdote para llevar a cabo el sacramento. En ese corto lapso ella se contagió de los envalentonados dichos de Ramón, y haciendo a un lado la melancolía comenzó a surgir en su pecho un profundo rencor entremezclado con ansias de venganza. ¿Pero cómo defenderse estando encerrada?

—Tienes a los mejores abogados de tu lado. Estoy seguro de que ellos harán justicia.

Al concluir el lapso se despidieron con emocionado beso. Ramón prometió visitarla tres veces a la semana, sin importar que dilatase más su viaje a Guadalajara y el obispo Cabañas tronara en amenazas. Nada importaba con tal de estar a su lado y ayudarla.

Aun después de haber partido, la Güera sonreía; Ramón era una luz de esperanza y consuelo en medio de aquella tormenta.

Recluida en el gris y parco palacio, las horas pasaban en decaído y melancólico ánimo. La enloquecían los olores ácidos y el incesante ruido de las máquinas troqueladoras, ya que en el ala norte del edificio se acuñaban las monedas de plata, sobre todo los muy famosos reales que después eran enviados a Europa y circulaban por todo el mundo. Le habían dicho que para ello laboraban cerca de cuatrocientos hombres, pero por suerte era muy reducido el número de personas que deambulaban por donde ella habitaba.

A Ramón lo veía por breves minutos, y tan sólo sus visitas le infundían algo de distracción y esperanza. También la visitaban sus padres, su hermana Josefa, Manuel y los abogados. Pero desgraciadamente los días pasaban sin lograr condena alguna contra Gerónimo ni obtener la orden por la cual pudiese recuperar a sus hijos y retornar a casa.

A diario era informada de los chismes sobre su persona ya que don Jacinto, el portero del Palacio de la Moneda, se los comentaba; eran tan exagerados y maliciosos que le producían una profunda vergüenza y su semblante se contrariaba de un momento a otro. Estaba acostumbrada a que su nombre vagara entre habladurías, es más, hasta le divertían porque relataban sucesos ingeniosos, pícaros chascarrillos o supuestos romances, por lo normal invenciones o exageraciones. Pero ahora las maledicencias la abochornaban porque la relacionaban en varios adulterios: la gente comentaba entre groseras risotadas que Gerónimo López de Peralta había pillado a la Güera en pleno acto carnal con

un cura, y para defender su honor había intentado asesinarla. Unos mencionaban que el sacerdote en cuestión era el canónigo Beristáin, otros señalaban al Cura Bonito y unos más al también cura Juan Ramírez. La Güera sabía que tales habladurías debían de haber salido de la boca misma de Gerónimo, quien había gritado sus sospechas en voz alta y el pueblo, al escucharlo, corrió la voz.

Dos semanas transcurrían desde su reclusión y el litigio parecía estancado. Frustrada, se enteraba a diario de que los abogados de Gerónimo utilizaban tácticas dilatorias, logrando convertir el proceso en un laberinto de revueltos pasadizos. Primero apuntaron toda la artillería a demostrar que no tuvo intención de causar daño a su esposa, declarando él mismo que la pistola estaba «cargada solamente con pólvora y tacos de salva, como ya lo he demostrado plenamente. Y si le disparé fue para amedrentarla, con el ánimo de que huyese de mi presencia. Pero la pistola falló y ni siquiera salió el fogonazo».

Por su parte, Azcárate y Alcántara intentaban comprobar exactamente lo contrario, de tal modo que las acusaciones y defensas se sucedían una tras otra ante la desesperación de la Güera.

Esperaba con ansia las visitas de Ramón, quien aparecía puntualmente cada tres días. Jamás hicieron el amor durante los treinta minutos que les brindaban para convivir en intimidad, tan sólo charlaban de los sucesos en el reino, de algunos chismes que corrían por las calles o simplemente se tomaban de la mano y observaban el adusto patio central que la habitación poseía por vista, donde sólo transitaban los trabajadores y de cuando en cuando algún visitante.

Con el paso de los días la vigilancia fue haciéndose laxa, y en alguna ocasión les permitieron estar juntos más de media hora. Sin embargo, fuera de esas visitas todo era desolación, y aunque podía deambular por pasillos y patios libremente, la reclusión del exterior le resultaba sofocante.

Una mañana se apareció Juan Francisco Azcárate cargando los pesados legajos del juicio.

—Güera, tengo magníficas noticias. Te regresarán a Lupita pasado mañana.

La Güera explotó en júbilo, agradeciendo al cielo por sus bondades, pero notó que algo extraño acontecía: Juan Francisco esbozaba una mueca de preocupación tras la cual escondía algo.

—¿Qué sucede? ¿Tiene que ver con la salud de Lupita?

—No, no, ella está bien —dijo tranquilizándola y luego, tragando saliva, prosiguió—: Es que Gerónimo demandó su libertad bajo palabra de honor, apelando a la nobleza de su familia… y lo ha conseguido.

—¡Eso es inaudito! —explotó ella—. ¡El inculpado vuela libre cual paloma y la víctima permanece enclaustrada!

—Ha entablado demanda de divorcio acusándote de adulterio sacrílego, y deberás permanecer en custodia durante el juicio.

La Güera entendió de golpe y se derrumbó en un taburete. Las leyes dictaban que en caso de ser acusada de adulterio, la mujer debía permanecer a resguardo para evitar que volviese a pecar.

—Pero eso no es todo: sé de buena fuente que el padre Cardeña sigue en la ciudad —continuó Azcárate, evitando mirarla de frente.

—Cierto, es un fiel amigo y de vez en cuando ha venido a reconfortarme.

—Pues debe marcharse ya.

La Güera lo miró sorprendida.

—En la demanda de divorcio Gerónimo te acusa de serle infiel con varias personas, entre ellos el

padre Cardeña.

—¡Eso es una falsedad! —protestó la Güera, intentando imprimir veracidad a sus palabras.

—El problema no son las falsedades, Güera: el padre Cardeña es inculpado, y si alguien descubre que se ha reunido contigo, sobre todo aquí, donde debes permanecer incomunicada, será tu perdición. —Ahora la miró de frente, encarándola amistosamente—. Gerónimo tendrá en su poder las pruebas más contundentes para vencerte en un santiamén y quitarte de nuevo a Lupita; es más, como Cardeña es sacerdote, puede caer en las garras de la Inquisición.

No había más que decir, la Güera comprendió a cabalidad los riesgos, tanto para ella como para Ramón. El corazón se le hizo un nudo pero no necesitó meditar demasiado para decidir: la relación con Ramón apenas sumaba un mes, y aunque su corazón vibraba con su presencia, él era un sacerdote y por lo tanto no había futuro para ellos. Lo más importante en ese momento eran sus hijos, nada más.

No encontró valor suficiente para comunicarle personalmente su parecer. Le era imposible despedirse cara a cara, pues bien sabía que tan sólo con verlo podría cambiar de opinión; además, una profunda tristeza la embargaba y no deseaba quebrarse en llanto en su presencia.

Así pues, escribió una escueta esquela para que el portero se la entregara al presentarse a la puerta: «Es riesgoso que permanezcas en México; te ruego que prosigas tu viaje a Guadalajara. Ya el curso de los tiempos y Dios decidirán nuestro futuro. Tuya siempre, María Ignacia».

Al día siguiente, a las once de la mañana, la Güera se hallaba recluida en su habitación. De parte de Ramón recibió una sola respuesta: «Lo comprendo. Te enviaré noticias desde Guadalajara. Dios te guarde».

Tumbada en la cama lloró a escondidas. Nadie debía ser testigo de su dolor.

Pocas horas después, Lupita retornó a sus brazos; la Güera la abrazó y besó como si la nena hubiese resucitado. Su alma se hinchó de gozo; era la primera alegría que la vida le brindaba desde su encierro.

A partir de ese momento la invadió un absurdo miedo: temía perderla nuevamente, por lo que no la apartaba un solo instante de su vista, y cuando la criatura le dibujaba una tierna sonrisa, le brotaban lágrimas por tenerla a su lado pero también por la nostalgia de sus otros angelitos.

12

ESCÁNDALO POPULAR
1802

Cuando Manuel y los abogados entraron al saloncito donde los esperaba, tan sólo de mirarlos supo que venían con malas noticias.

—Para probar las acusaciones de los supuestos adulterios —dijo Azcárate bajando la mirada—, Gerónimo ha demandado que se recaben declaraciones a varias personas, la mayoría sirvientes de tu casa en Tacuba.

Aquello le pareció un formalismo más de los litigios, y no comprendía el porqué de sus preocupados semblantes.

—El problema radica en la manera en que han sido redactadas las preguntas —dijo Juan Ignacio de Briones, quien asesoraba en las causas de divorcio por ser experto en dichas lides. Extendió la mano y dio a la Güera un legajo para que leyera.

Juan Ignacio le agradaba; era amable, de carácter campechano e ideas certeras, y con el trato en las recurrentes reuniones se había convertido en un cercano amigo. Tendría unos cincuenta y cuatro años, y sus sabios consejos y constante buen humor la hacían sentrise segura y confiada. Desgraciadamente, por fungir como subdelegado de Querétaro, su presencia en la ciudad era esporádica.

Tan pronto comenzó a leer, la Güera hizo un gesto de asombro e indignación. No podía creer lo que intentaban los astutos abogados de Gerónimo.

—Todo ha sido redactado de tal manera que, tan sólo al preguntar, se da por hecho que he sido amante de un sinnúmero de varones —dijo como para sí.

—Esa es la estrategia de sus abogados —tomó la palabra Azcárate de inmediato—: desean provocar rumores que te hagan pasar por pecadora. ¿Verdad, maestro? —A Briones siempre le decía así porque había sido su tutor en el Colegio de San Ildefonso.

—Buscan que la sociedad te considere una mujer inmoral y pecaminosa —asintió Juan Ignacio —. Con ello confían inclinar a los jueces en tu contra.

La Güera se abrazó el vientre tras un repentino cólico, sentándose pálida y doliente en la silla más cercana.

—¿Te sucede algo? —se acercó Manuel, preocupado.

—No es nada. Desde unos días atrás me aquejan malestares, entre ellos una gran inflamación en el vientre. No se preocupen, debe ser a causa de tanta inquietud.

Manuel insistió en llevar a un doctor, quien al revisarla diagnosticó «furor uterino», una supuesta enfermedad con la que se calificaba a las mujeres cuando los médicos no encontraban razón lógica a los males.

La Güera leía entusiasmada la carta recién llegada de Ramón. Le escribía semanalmente y ella esperaba sus letras con gran ilusión; eran de las pocas cosas que la ponían de buen humor. Al obispo Cabañas, su superior en la catedral de Guadalajara y en extremo severo, le parecía escandaloso e

indebido el carácter festivo y mundano de Ramón, y reprimía y vigilaba constantemente su comportamiento. Sin embargo, su ingenio y simpatía le habían ganado la amistad de otros sacerdotes, quienes le servían de cómplices para realizar algunas escapadas a la vida mundana, lo que le permitió entablar amistad con criollos de ideas liberales.

En contrapartida, la Güera contestaba con palabras que denotaban la monotonía y desesperación de su vida: el pleito no avanzaba y las declaraciones de los testigos citados por Gerónimo, en especial los sirvientes de la casa de Tacuba, no habían hecho otra cosa que provocar escándalo, arrastrando su nombre y reputación por los suelos.

En mercados, lavaderos y hasta en los salones de la nobleza se cuchicheaba que la Güera Rodríguez era una casquivana; esto lo sabía porque daba unas monedas a la servidumbre para que le relataran las habladurías, sin omitir nada. Se decía que había pecado carnalmente con el canónigo Beristáin, su compadre, y que el padre Monteagudo, sacerdote principal del templo de La Profesa, los descubrió escondidos por las bancas, sin temor de Dios y ajenos a la vergüenza: que por si fuera poco lo había hospedado en su propia casa, dizque para que trabajase con holgura, pero eso sí, junto a su recámara y sin llave de por medio. También, que le fascinaba jugar al columpio en su huerta de Tacuba con un tal Cardeña, al que llamaban el Cura Bonito, y que entre juegos habían pecado juntos. Que además le encantaba galopar con Juan Ramírez, un cura de la ciudad cuya familia era dueña de la hacienda de Legaria, con el cual se fugaba a caballo a donde nadie pudiera ser testigo de sus desenfrenos. Otros decían que había sido infiel con un tal Ceret, apodado el Pelón, y que nadie sabía quién era ese señor.

La Güera sufría a diario con todo aquel chismerío. Veía cómo su honra iba naufragando día a día sin poder evitarlo. El tiempo pasaba con inexorable lentitud y los litigios no mostraban señal de resolución.

Era 14 de septiembre, y la Güera le cambiaba el pañal a Lupita. De pronto percibió que el suelo comenzaba a sacudirse con gran violencia; con pavor vio que comenzaban a caer los cajones de la cómoda y los trastos de la mesa, haciéndose trizas al contacto con el suelo. Aterrada, sin pensarlo siquiera, tomó a Lupita en sus brazos y echó a correr, confundiéndose entre el griterío y el desordenado tumulto de los trabajadores del Palacio de la Moneda. Avanzó por el corredor y bajó a zancadas las escaleras que se removían a sus pies hasta llegar al patio central del edificio, donde muchos ya se habían hincado a orar pidiendo la protección del cielo, e imitándolos se arrodilló con la nena en su regazo. Pasado un minuto que le pareció eterno, la tierra dejó de cimbrarse, y todavía con el mareo y las náuseas que producen los terremotos, se persignó agradecida.

Media hora después, aún con el espanto encima, escuchaba a dos trabajadores comentar que no hubo daños mayores en la Casa de Moneda aunque varios salones del Palacio Real se cuartearon, debiéndose reparar con prontitud ante el inminente arribo del nuevo virrey, don José de Iturrigaray.

En eso llegaron sus padres con Josefa y Manuel, todos con semblantes inquietos. La Güera supuso que deseaban constatar que nada les hubiese acontecido a ella y a la nena por el terremoto, pero don Antonio explicó que su presencia se debía a otro asunto; para conversar en privado se instalaron en el salón de reuniones, amueblado con altas sillas de aterciopelados respaldos y sólida mesa de cedro. Manuel le informó que Gerónimo había respondido al juicio conciliatorio, manifestando su disposición a retirar la demanda de divorcio siempre y cuando la Güera cumpliese con cinco condiciones: primera, habría de vivir donde él decidiese y por el tiempo que le pareciera; segunda, valiéndose de su autoridad de marido, ella debía evitar todo trato y comunicación con las

personas que él indicase, particularmente con Manuel y Josefa, marqueses de Uluapa, y con sus padres; tercera, debían amonestar a sus padres, a los marqueses de Uluapa y al conde de Contramina para que no difamasen más su honor; cuarta, como su fama y dignidad habían sido perjudicadas indebidamente, exigía informar que su honor no estaba manchado por nada de lo que se había vociferado en chismes y rumores con respecto al intento de asesinato; y quinta, el expediente en que se le acusaba de intento de homicidio debía guardarse en secreto.

Al escuchar aquella serie de fanfarronadas, la Güera no sabía si reír o llorar. De verdad Gerónimo era un engreído y lo reclamado resultaba tan absurdo que parecía una mala broma; su soberbia alcanzaba niveles inauditos al intentar esclavizarla, incomunicada y subordinada, a su peregrina voluntad.

—Hemos venido —dijo cariñosa su madre— para expresarte que aceptaremos y respetaremos tu decisión, sea cual sea. Dispón lo que más convenga pero, sobre todo, lo que dicte tu corazón.

La Güera los observó: su madre movía nerviosa los dedos, su padre fumaba un cigarro con la mirada gacha, Josefa se mordía los labios y Manuel deambulaba levemente de un lado a otro, limpiando sus anteojos. Comprendiendo la aflicción que los mantenía expectantes, habló con fingida seriedad:

—Lo que Gerónimo reclama es exagerado, pero viéndolo con buenos ojos no está nada mal.

—Lo sabemos, Güera, podrás recuperar a tus hijos de inmediato —dijo Josefa en tono comprensivo.

—No: lo ventajoso es que al aceptar sus condiciones, yo jamás volvería a cruzar palabra con ustedes.

Ante la sorpresa de su familia, y sin poder mantener la broma, estalló en carcajadas.

—Por supuesto que rechazaré las condiciones —dijo abrazando a su padre—. Sería un desatino que para recuperar a mis hijos destruyese a mi familia. Además, si me rindiera a sus condiciones, jamás me lo perdonaría; estoy segura de que tarde o temprano se hará justicia.

—¿Entiendes que tal decisión puede serte adversa? —cuestionó Manuel.

—Lo sé y estoy preparada —dijo la Güera tratando de ocultar la congoja que le invadía.

—Seguramente Gerónimo alegará que tu intransigencia corrobora las culpas, ratificará la demanda de divorcio por adulterio y exigirá tu trasladado a un convento o colegio donde permanezcas incomunicada.

La Güera se irguió segura de sí misma y respiró hondo. Había que prepararse para nuevas amenazas.

Dormía profundamente tras un día de monótonas actividades, cuando fuertes aldabonazos aunados a un creciente alboroto la sobresaltaron. Intrigada, se levantó de la cama y abrigándose con un rebozo salió hasta la escalinata que daba al portón principal del Palacio de la Moneda. Desde ahí distinguió a su cuñado Manuel, ataviado como si con urgencia hubiera salido de la cama, y al marqués de San Román con elegantes ropas, a todas luces recién llegado de alguna fiesta.

Atrás de ellos venían Azcárate, Alcántara y su padre, todos ellos mal vestidos.

—¿Qué sucede? —les gritó alarmada la Güera.

—¡Malas noticias; vayamos adentro! —respondió Manuel.

Ya en el salón, el marqués de San Román tomó la palabra ante la angustia de la Güera, que sufría por la inminencia de informaciones desfavorables.

—Vengo del baile de Micaela Guevara —dijo mirando a la Güera con gesto compasivo—. Allí

pude enterarme de que el juez Bucheli ha ordenado que seas recluida en Belén de las Mochas, sin que nadie pueda visitarte.

—¡Cómo! —exclamó iracundo don Antonio—. ¡Eso no puede ser cierto!

—Tan cierto como que el coronel Medina y Torres será el encargado de trasladarla —sentenció el marqués de San Román tomando asiento.

—¡El superior de Gerónimo! —exclamó la Güera derrumbándose en una de las grandes sillas, ya que si aquella orden se cumplía quedaría enclaustrada en un convento, sin posibilidad de ser visitada y sin saber cuándo volvería a ver a sus hijos.

—¡Debemos evitarlo a como dé lugar! —exclamó exasperado Manuel.

—Es muy extraño —comentó su padre, cruzándose de brazos—. La Güera está en depósito bajo órdenes del virrey, quien representa el fuero militar, y Bucheli expide una orden por el fuero eclesiástico, sobreponiéndose a una jurisdicción que no le corresponde. A no ser que…

—… la orden provenga del mismo virrey —completó la oración ella misma—, lo cual significaría mi ruina.

—Debemos actuar hoy mismo —clamó Manuel levantándose—. ¿Para cuándo se ha programado el traslado?

—Para mañana mismo.

—¡Debo ir con don Félix y encararlo! —La Güera se levantó de golpe, decidida a actuar—. ¡Ahora mismo!

—Eso sería contraproducente; al abandonar este sitio causarías desacato —le aconsejó su padre abrazándola al tiempo que Azcárate, quien se había mantenido silente y pensativo, levantó sus regordetas manos pidiendo tranquilidad.

—Señores, consideremos que este asunto pueda ser una maniobra de Bucheli y Gerónimo, quienes subestiman la autoridad del virrey.

—Tiene razón Juan Francisco —asintió Manuel—. Si un mandato del fuero eclesiástico triunfa sobre uno del fuero militar, el conflicto sería mayúsculo; se crearía enorme escándalo y el virrey sería menospreciado cual ingenuo pelele.

—Lo mejor será enviarle una carta poniéndole en aviso —expresó don Antonio poniéndose en pie.

El licenciado Alcántara había tomado ya papel y pluma, y estaba dispuesto a escribir cuando, por una corazonada, la Güera lo impidió.

—Perdonen ustedes —exclamó, segura de sí misma—. Para que la carta surta el efecto deseado deberá ser escrita por mi propio puño y sentimientos. Permítame redactarla, y si algo no les parece, lo corrijo.

Los hombres estuvieron de acuerdo. Después de cavilar un instante, la Güera escribió unas cuantas líneas y al terminar pasó el papel a Manuel, quien leyó en voz alta:

> Excelentísimo señor: sé que el evento está dispuesto para la noche de mañana, y es tan pública la resolución del juez Bucheli que anoche se habló de ello en el baile de la Guevara, en el cual el canónigo Madrid lo comentó al marqués de San Román, diciendo que el mismo juez ha esparcido la noticia. Nada de eso importa si usted me mantiene aquí, como lo ha hecho hasta ahora, pues indudablemente mañana se dará el golpe. Dios guarde a Su Excelencia muchos años para amparo de su servidora, que besa su mano.
>
> *María Ignacia Rodríguez de Velasco*

—Güera, deberías dedicarte a la política —bromeó Azcárate.

—Pero creo que falta un ingrediente adicional para que el virrey se comprometa a defenderme —

agregó la Güera, cada vez con mayor determinación—; debemos lograr que el escándalo estalle hoy mismo. Cuando la ciudad despierte ya deberá comentarse que el juez Bucheli quiere usurpar la dignidad virreinal.

—Explícate, por favor —pidió su padre.

—Juan Francisco, tú eres ágil en cuestiones de versos —dijo, presa de un naciente optimismo—: por favor, redacta un par de pasquines para que alguien los pegue en los muros de plazas y hasta en Palacio si es posible. Yo lograré que aguadores de confianza, algunos sirvientes y hasta dos o tres marchantes del Parián esparzan rumores sobre el atroz desafío de Bucheli al virrey.

Los hombres sonrieron. Juan Francisco tomó la pluma con pícaro gesto, la remojó en el tintero y comenzó a escribir:

El que por su gusto es buey
y su fuero no reclame,
¿podrá ser nombrado virrey
aunque la coyunda lame?

13

LEYES DE VARONES
1802

La Güera sabía, por experiencia propia, que los aguadores eran los manantiales de donde surgían todas las habladurías. Dedicados a llevar grandes cántaros desde las fuentes públicas hasta las casas, comunicaban los rumores de las calles entre la población. Ese día, desde muy temprano, varios de ellos, apalabrados previamente por la servidumbre de la Güera, fueron esparciendo rumores, que aunados a los pasquines pegados en los muros de mercados y plazas conformaron un gran barullo por la tarde.

Pronto el pueblo comenzó a murmurar que el clero intentaba menospreciar el poder del virrey, que el muy mentecato se iba a dejar, y que la Güera Rodríguez sería encerrada en Belén de las Mochas porque el capitán López de Peralta y sus abogados eran más poderosos y astutos que el mismo virrey, don Félix Berenguer de Marquina.

El plan parecía estar funcionando. La Güera, satisfecha, se enteró de que don Félix montó en cólera al conocer la orden de Bucheli, constatando así que desconocía el asunto de su traslado. Sin embargo, hasta el momento no había emitido contraorden alguna, ya que se hallaba reunido con sus consejeros.

Las horas pasaban con inexorable angustia. Desde su habitación en el Palacio de la Moneda intentaba encontrar algo de serenidad jugando con la nena o conversando con sus padres, que iban de tanto en tanto para comentar noticias y reconfortarla, pero nada la calmaba; estaba hecha un manojo de nervios. Por la tarde fue Manuel a darle malas nuevas.

—Hemos averiguado que Bucheli ha enviado un oficio al vicario de monjas —dijo con voz apagada, sintiéndose fracasado—. Se le ha ordenado que esté dispuesto para recibirte en el convento de Belén de las Mochas.

La Güera agachó la mirada, decaída y pesarosa. Parecía estar todo perdido; sería confinada al cuidado de las religiosas sin salir más de allí. Las horas pasaban sin recibir noticias del virrey, y de no actuar prontamente nada quedaría por hacer. Deseaba resignarse pero no podía; su destino no debía estar marcado por el infortunio.

Por la noche no logró dormir; giraba en la cama y se levantaba continuamente para observar a Lupita en su cuna y después rogar a la Virgen de Guadalupe que no la recluyesen. Durante esa mañana de sábado su angustia era mayúscula, y los dolores e hinchazón del vientre insufribles; no obstante, no dejaba de abrazar a la nena, temerosa de que la arrebatasen nuevamente de sus brazos.

Considerando que todo había sido en vano, dedicó horas a escoger las ropas que llevaría a Belén de las Mochas y llamó a Joaquina, criada de su confianza, dándole instrucciones para organizar y atender la casa de México en su ausencia. Estaba en eso cuando descubrió que el marqués de San Román corría por el pasillo y agitaba un papel en la mano.

—¡Llegó, Güera, llegó!

Por fin el virrey había decidido enfrentar al poder eclesiástico, enviando un oficio en el que se

ordenaba la prohibición de su traslado. De inmediato se hincó a rezar a la Virgen por la gracia concedida, abrazó a sus padres cuando fueron a verla y no dejaba de dar gracias al Señor Nuestro Dios.

En la tarde, ubicada con Lupita en uno de los balcones del enorme palacio, la Güera observaba la calle. Al frente se encontraba el edificio de la que había sido la primera imprenta de América, gran orgullo de la ciudad, y un poco a la izquierda el Palacio del Arzobispado y la Real y Pontificia Universidad, que por lo avanzado de la hora carecía del normal bullicio de estudiantes. Cuando comenzaba a anochecer descubrió que se acercaba el coronel Medina, escoltado por ocho soldados con sus mosquetes al hombro.

Tan pronto golpeó el aldabón exigiendo paso, apareció el marqués de San Román, custodiado por la guarnición de la Casa de Moneda, y los frenó mostrando el oficio del virrey. El coronel miró estupefacto el documento; lo revisó dos y tres veces para corroborar que la firma y el sello fuesen auténticos. Su incredulidad se transformó en irritación, e intentando ocultar la denigrante frustración ordenó a la tropa dar marcha atrás, no sin antes dirigir una odiosa mirada hacia el balcón donde se encontraba la Güera con la nena; sonriente y satisfecha, agitó la mano como quien celebra el paso de la tropa en un tranquilo desfile, siendo imitada por Lupita. Casi en ese mismo instante se escuchaban festivos cohetes, ya que por coincidencia ese día se festejaba a los Santos Ángeles Custodios.

Aliviada y tranquila, tan pronto se alejó Medina fue al oratorio del palacio para agradecer a su ángel guardián, y después a escribir una alegre carta para notificar a Ramón de lo sucedido.

Gerónimo temía la venganza del virrey por su fallida intentona, así que emprendió nuevas tácticas para apuntalar el juicio de divorcio a su favor y distraer a la opinión popular. Al saber que la Güera tenía el vientre muy abultado, enardeció de celos y decidió acusarla públicamente de estar embarazada debido a sus continuos adulterios, argumentando que el resultado de sus faltas saltaba a la vista y corrían rumores de que intentaba ocultar el fruto del pecado; sabía que un médico la había estado visitando, y en su mente no cabía la menor duda: estaba preñada. Exigió legalmente que fuese examinada por doctores de su total confianza.

Los abogados de la Güera se opusieron, mostrando un testimonio elaborado por su médico de cabecera, quien demostró que no estaba encinta. Pero no hubo vuelta de hoja; se vio obligada a acatar la orden de los tribunales.

Cuando el doctor Cabrera se presentó en el Palacio de la Moneda, venía solamente con un ayudante varón y ninguna mujer que les asistiera; la trataron más como una vaca que como a un ser humano, quizá por instrucción del propio Gerónimo, auscultando sus partes más íntimas sin el menor recato o consideración. Al revisar las aureolas de los pezones y tocarle los senos, parecían más imbuidos por la lujuria que por científicas intenciones.

—¡Señores, qué les sucede! —les gritó iracunda, no soportando más el maltrato del que era objeto.

—Usted perdonará, madame, pero tan sólo cumplimos lo que nos han encomendado —dijo con sarcasmo el galeno.

—¿Acaso alguien les ordenó tratarme cual prostituta? ¡Cuando el virrey se entere, de seguro tendrán merecido castigo!

Con aquella amenaza logró que la dejaran en paz, y el diagnóstico fuese el correcto: no estaba

embarazada. Pero su ánimo estaba exasperado por tantas afrentas.

Durante todo el litigio, la Güera había experimentado en carne propia los ultrajes que las mujeres soportaban constantemente; parecía que la justicia hubiese sido concebida con la intención de proteger a los caballeros y ultrajar a las damas. Ella, como todas las demás, era considerada débil de intelecto y voluntad, cual niña que sin la tutela de un maestro podría incurrir en vicios y trivialidades, por lo cual el marido tenía potestad para guiarla y corregirla aun con violencia. Ninguna mujer era dueña de sí misma, pertenecía primero a su padre y después al esposo. Si un varón huía de su hogar, la justicia lo describía como «abandono»; en el caso de la mujer se calificaba de «fuga», término que igualmente servía para describir el escape de los esclavos. La Güera misma había atestiguado que en tertulias literarias, donde se reunían las mentes más progresistas e ilustradas, no se discutían asuntos como la odiosa opresión de la mujer, su derecho a ocupar un lugar destacado en la sociedad o a recibir educación en igualdad al varón.

En especial le dolía profundamente no haber tenido derecho a estudiar. Cuántas veces había añorado educarse en materias que le parecían fundamentales como la historia, la filosofía o las ciencias. Sin embargo, debió conformarse con nutrir sus inquietudes a base de libros o inmiscuyéndose en conversaciones de hombres sabios e ilustrados, a quienes realizaba continuas preguntas que siempre le eran resueltas de buena gana; que sus conocimientos sedujesen la atención de una atractiva dama causaba gran placer a los eruditos.

Desde niña había aceptado su situación como algo natural, ya que así fue educada, pero ahora, tras padecer el maltrato marital y el escándalo público, decidió oponerse y poner alto a tanta villanía.

Sabiendo que su honra era mancillada con las peores habladurías y entendiendo que don Félix pronto abandonaría el reino, la Güera decidió actuar de manera contundente. No podía confiar en que Iturrigaray, el nuevo virrey, se comportase con ella de manera justa, y aunque torpe e indeciso, Berenguer podría obrar a su favor gracias al error cometido por Gerónimo y Bucheli. Así pues, hizo reunir a sus abogados y consejeros para explicarles la propuesta.

—En cuanto al asunto de la pistola, nadie podrá demostrar si tenía bala o salva —comenzó resumiendo el estado de los alegatos—, y con respecto al divorcio, creo que Gerónimo ha tomado ventaja al prolongar el juicio.

—¿Qué propones entonces? —preguntó curioso Juan Ignacio de Briones, que por fortuna estaba presente.

—Demandarlo por maltratos a mi persona y acelerar el juicio de divorcio; son muchos quienes pueden atestiguar a mi favor.

—Pero, hija —alegó su padre con preocupación—, Gerónimo recrudecerá las acusaciones de adulterio e infidelidad para defenderse.

—Debo alzar la voz y pelear por mis derechos; las mujeres sólo podemos defendernos causando lástima —expresó la Güera con ojos cargados de coraje—. Seamos sinceros, el litigio se ha convertido en un espectáculo popular, por lo cual debemos actuar como si esto fuese una obra teatral; pero les aseguro que en este escenario sabré actuar mejor que Gerónimo.

El 20 de noviembre cumplió veinticuatro años, y aprovechando que un grupo de cantores italianos se presentaban en el Coliseo, su familia los llevó hasta la Casa de Moneda para festejarla. Sin embargo, nada le divertía, nada la ilusionaba. Tan sólo el apoyo de sus parientes y las constantes cartas de Ramón le alentaban.

Logró que varios testigos declararan sobre las golpizas que había sufrido a manos del marido y

procuró que las historias fueran esparcidas entre rumores y chismes, para que gracias a esa condición que impulsa al ser humano a identificarse con los afligidos y desamparados, al conocer los injustos maltratos se identificaran con su desdicha.

Los dichos que corrían por las calles eran corregidos y aumentados por la gente para acentuar el dramatismo de los sucesos. Así como se memoriza un verso o el padrenuestro, comentaban sus tristes infortunios, narrados palabra por palabra. Se repetía lo que el doctor Vicente Ferrer declaró en el tribunal: «Al caer la noche fui requerido con gran urgencia a la casona de la muy conocida Güera Rodríguez. La criada, angustiada y llorosa, me condujo hasta un salón donde, para mi sorpresa, entre finos canapés hechos trizas, encontré el cuerpo de la señora tendido en el suelo. Al acercarme pude verificar que apenas respiraba, hallándose desvanecida seguramente a causa de un bestial golpe. Intentando que su alma volviera a ella, descubrí varios cardenales en su brazo que inspiraban la más cristiana compasión. Cuando por fin volvió en sí, las expresiones y ademanes de terror y miedo que emitió fueron prueba inequívoca de los ultrajes que recién había sufrido. Horrorizado constaté que cuanto más se dolía la mujer, más se regocijaba el infame marido».

Aquellos relatos eran una especie de novela narrada en capítulos. El sacerdote Francisco Planas manifestó que la señora le había pedido consejo para evitar las vejaciones del esposo, quien la golpeaba sin otro motivo que celos infundados, causados por personas que él mismo conducía a su casa. Fray Manuel Arévalo, su confesor, declaró que Gerónimo la había maltratado repetidas veces hasta dejarla bañada en sangre. El cura y doctor en filosofía Alejandro García Jove, párroco de Atitalaquia, donde estaba la hacienda de Bojay, narró que el muy canalla la golpeaba al verla rezar, pensando que rogaba a Dios contra él. Don Mariano Soto Carrillo, famoso músico, señaló que el capitán organizaba tertulias para jugar baraja, obligándola a vestir con seductores ropajes y mostrarse así ante todos, para luego ofenderse y amonestarla.

Tras el escándalo que produjeron aquellos relatos, la Güera pudo sonreír satisfecha: todos sabían que Gerónimo era tan ruin y alevoso que la aporreaba en México, en Tacuba y hasta el más recóndito pueblito, acusándola falsamente de serle infiel a cada instante, y a la par procurando que todo varón admirara y pretendiese a su mujer.

Aunque avergonzada ante la sociedad por haber descubierto sus más flacos secretos, dejó de ser la adúltera casquivana para convertirse en la víctima de un desquiciado.

14

DOÑA INÉS, VIRREINA PROTECTORA
1802

En los primeros días de diciembre el caso entró en suspensión por la ausencia del virrey, ya que don Félix, temeroso de cometer errores al finalizar su mandato, se retiró a Tacubaya donde atendía únicamente asuntos importantes en lo que don José de Iturrigaray tomaba el mando. Con gran preocupación, la Güera supo que Gerónimo había viajado para interceptar a Iturrigaray, intentando ganar su respaldo, y el nuevo virrey, más interesado por informarse del estado del reino que de pleitos conyugales, lo escuchó por escasos minutos, recibiéndole una carta y prometiendo estudiar el caso. También le dijeron que doña Inés de Jáuregui, la nueva virreina, era criolla nacida en Perú, amante del lujo y de las joyas, predispuesta a la fiesta, al galanteo y sobre todo poseedora de gran influencia en las decisiones de su esposo.

Cuando los nuevos virreyes llegaron al valle de Anáhuac, dirigiéndose a la villa de Guadalupe donde Iturrigaray recibiría el bastón de mando, la Güera decidió apostar el todo por el todo. A la ceremonia asistirían las principales autoridades y los más ilustres nobles del reino, así que convenció a su padre de llevarla consigo aunque con ello desobedeciera la orden de Berenguer.

—Presentarme de inmediato con los virreyes será mi única oportunidad de contraatacar a Gerónimo —le explicó—. Podré exponer mi caso personalmente.

Don Antonio aceptó y entonces ella se preparó para convencer a Iturrigaray de su inocencia. Para ello escribió una carta haciéndose pasar por víctima, sin importarle recurrir a mentiras o exageraciones; lo importante era despertar su compasión. Y para tal ocasión se vistió de manera recatada, escogiendo cuidadosamente un atuendo que la mostrase con gran discreción, casi como una viuda o mejor aún, una huérfana.

A la pomposa ceremonia asistió lo más granado de la sociedad luciendo sus mejores galas. Decenas de lacayos bien uniformados portaban vajillas de plata y el mejor vino disponible mientras los nobles y las autoridades hacían fila para presentarse con los nuevos gobernantes. La pareja virreinal se encontraba al fondo del salón: él tendría unos sesenta años, era delgado y de gesto adusto, y ella, aunque de treinta y tantos, parecía mayor, ya que ni su figura ni su vestimenta eran agraciadas.

La Güera contemplaba nerviosa a doña Inés mientras esta saludaba a las damas y caballeros, quienes parecían competir en adulaciones y cumplidos. Cuando llegó su turno, advirtió un ligero error en el arreglo de la dama y de inmediato se le ocurrió una idea para sacar provecho de aquella situación. Al concluir la ceremonia, se armó de valor y fue hasta ella; tomando su mano le entregó unos aretes de perlas en forma de lágrimas que hacían juego con un collar y brazalete, también de perlas.

—Excelencia, hágame el honor de ponerse estos —dijo con todo respeto—. Es nuestro deber emular sus gustos en el vestir, pero no sería prudente el uso de aretes dispares.

La virreina la escudriñó sin comprender. Con una ligera mueca la Güera sugirió que prestase atención a sus pendientes, por lo que, llevándose las manos a las orejas, doña Inés descubrió que

portaba aretes distintos.

—Su Excelencia luce esmeraldas de un lado y rubíes del otro —mencionó la Güera con amistosa sonrisa.

—¡Qué distraída! —exclamó, riendo por su descuido—. Y usted, qué considerada en decirlo; nadie se había atrevido.

—No lo hacen por maldad, créame, estamos acostumbradas a las más extravagantes rarezas. Además, lucir perlas le proporcionará una mejor acogida en el reino.

La virreina pidió que se explicara.

—Es una historia muy divertida —comentó la Güera intentando picar su curiosidad—, que debido al cansancio del viaje seguramente no tendrá humor de escuchar ahora.

—Nada —replicó entusiasmada la virreina—; para mitigar el aturdimiento del carruaje es necesario despejar la mente con historias entretenidas.

De inmediato doña Inés pretextó una jaqueca y se retiró a una habitación contigua haciendo que la Güera la acompañase; las siguió doña Joaquina Aranguren, dama de compañía que no se apartaba de la virreina. Ya en el interior se acomodó sobre un taburete pidiendo a la Güera que tomara asiento a su lado, y observó las perlas con gran detenimiento.

—Qué colorido tan singular —exclamó acercándolas a su vista—; poseen un tono grisáceo verdaderamente hermoso.

—Se pescan en Nueva España, y por su peculiar colorido son muy gustadas en Europa. De ellas se trata la historia que voy a relatar, esperando que la encuentre graciosa y no irreverente.

La Güera comenzó a narrar la historia del virrey Branciforte y su esposa, quienes quisieron engañar a las damas mexicanas intercambiando corales por perlas: a su arribo a la capital quedaron boquiabiertos ante la cantidad, tamaño y calidad de las perlas que orgullosas lucían las damas de la alta sociedad, ya que por siglos se podían adquirir en Nueva España las mejores, tanto las llegadas de Asia en la Nao de China como las muy famosas que se pescaban en el mar de Cortés. Conociendo que acostumbraban imitar la vestimenta de la virreina por ser fiel portadora de la última moda en España, los Branciforte fraguaron un astuto plan que les permitiera apropiarse de aquel tesoro.

Para festejar el cumpleaños de la virreina organizaron gran sarao en el Palacio Real, para el cual los hombres vistieron elegantes atuendos y las damas, enjoyadas y emperifolladas al máximo, no ocultaban su ansiedad por mirar la vestimenta de la virreina. Sin embargo, el asombro fue general al descubrir que si bien su vestido mostraba ciertas novedades por la sencillez del trazo, la dama no portaba joyas ni perlas preciosas; sus collares, pulseras y aretes estaban elaborados con hermosos pero sencillos corales mediterráneos. Embobadas y confundidas, las damas escucharon a la señora comentar que en la corte de Madrid y en toda Europa las perlas habían caído en desuso; ante las continuas críticas a la realeza ahora preferían lucir modestos pero vistosos adornos y los corales eran muy apreciados para ello, por lo que les recomendaba deshacerse de sus perlas antes de que perdiesen todo valor. Ante aquella noticia muchas damas, las más pomposas e ignorantes, decidieron malvender las que tenían o intercambiarlas por corales italianos. Las principales joyerías de la ciudad, en contubernio con la virreina, las adquirían a precios ridículos y luego se las traspasaban, recibiendo una comisión por el servicio.

Durante la plática, entre risas y exclamaciones de incredulidad, la virreina se colocó las perlas mirándose fascinada en un espejo, y luego extrajo de su alhajero un juego de collar y pendientes de esmeraldas.

—Ponte estas, que me sentiría mal dejándote deslucida; no soy la Branciforte —rio feliz de su ocurrencia.

—Pero su alteza, no me atrevo —protestó la Güera falsamente.

—¡Nada! Estas joyas van perfecto con tu vestido. Ya las devolverás, y por favor, cuando estemos en privado llámame Inés; si hemos de ser amigas, debemos tratarnos sin miramientos.

—Me honra con su confianza. Pero…

—¡Nada! Lo dicho, dicho está, y continúa la historia, mujer, que nos tienes en ascuas.

La Güera comentó jocosas anécdotas de algunas señoras que cayeron en la trampa, y doña Inés y doña Joaquina estallaban en carcajadas interrumpiendo la conversación constantemente para después exigirle que prosiguiera. Al final hizo una pausa, concluyendo con una especie de moraleja:

—Como podrán ver, la pareja real se hizo odiosa a los ojos de la nobleza al poner de manifiesto la ignorancia de muchas damas pertenecientes a las más altas familias.

—Lo mismo que en el Perú —comentó doña Inés suavemente—. Sabrás que mi padre, que Dios lo tenga en su gloria, fue gobernador de Chile y virrey del Perú.

—Desconozco la situación de otros reinos, pero en Nueva España la gran mayoría, incluidos muchos acaudalados, son tan supersticiosos y poco informados que confundirían eclipses con castigos divinos.

—Igual que en todas partes.

—A propósito de eclipses —dijo la Güera, ideando algo de improviso—, el astrónomo De León y Gama comentó que próximamente sucederá uno, y se me ocurre que el virrey podría sacar provecho organizando ese mismo día una corrida de toros, ya que el pueblo clama por su reinstauración.

En ese momento entró el mayordomo, don Antonio Paul, y tras leve caravana informó que don José de Iturrigaray concluía de conversar con don Félix Berenguer, quien antes de emprender viaje deseaba despedirse de la virreina. Inés se levantó, tendiendo su mano a la Güera.

—Acompáñame, por favor, así podrás exponer tu idea directamente a mi esposo. ¡Ah!, y deberás contar esa historia de las perlas, te aseguro que reirá a mares.

Al cruzar la puerta y ser amablemente recibidas por el flamante virrey, la Güera presintió que sus problemas habían concluido. No sería necesario utilizar la carta que ocultaba entre las ropas.

15

EL SOL RENACE
1802

El virrey aceptó el consejo de la Güera, organizando una corrida de toros para festejar el comienzo de su mandato, como dictaba la tradición. Para el pueblo la pura noticia ya fue motivo de júbilo porque durante el gobierno de Berenguer la fiesta brava fue estrictamente prohibida, ya que el mojigato la consideraba cruel e inhumana.

Mientras la Güera esperaba el momento para hacer presencia en los palcos reales, observaba tras una cortinilla al público reunido; no recordaba una corrida de toros tan concurrida ni a una muchedumbre tan entusiasta. Le habían dicho que al menos doce mil almas atiborraban los tendidos construidos provisionalmente en la plazuela del Volador, ubicada a unos pasos del Palacio Real, que para esa tarde fue decorada con banderolas, tapetes y finas telas. El colorido causado por el gentío y los adornos resultaba esplendoroso, y el alegre barullo contagiaba a todos los corazones con un entusiasmo como hacía mucho no se veía en México.

Aunque su ánimo se encontraba invadido por la vergüenza debido a los recientes escándalos del divorcio, no podía menos que sonreír. Su situación había mejorado drásticamente, dando un giro inesperado; gracias a la virreina, sus problemas parecían resueltos.

Doña Inés hizo migas de inmediato con la Güera porque le pareció una mujer de carácter jovial e ingeniosas ocurrencias, y como era muy dada a la diversión, procuraba rodearse de damas afines a su carácter y preferencias. Pero también la tomó por confidente debido a la honestidad que mostró al conocerla. Aquel primer encuentro le había ganado su confianza, tanto así que no dudó en nombrarla dama de honor.

La Güera agradeció encarecidamente el cargo, pues le brindaría protección y prestigio a su muy mancillado nombre. Ciertamente, pertenecer a la corte la obligaría a concurrir a todo acto público donde asistiera la virreina además de comparecer en Palacio casi a diario, lo cual reduciría el tiempo disponible para su vida familiar. Pero los beneficios superaban con mucho a los sacrificios: el virrey había ordenado suspender los litigios del divorcio cuando menos un año, dando tiempo para recabar las pruebas y argumentos que lograsen un veredicto definitivo y favorable. Mientras tanto ella podría retornar a su casa y a Gerónimo se le ordenó trasladarse a Santiago de Querétaro, ciudad en la que debía permanecer junto a su regimiento sin facultad de regresar a México.

Lloró de felicidad al reencontrarse con sus hijos: les había preparado su comida favorita y a cada uno le compró un regalo, deseando mimarlos y besarlos como nunca lo había hecho. Su felicidad fue mayúscula cuando con gritos de júbilo la abrazaron al mismo tiempo. Mucho habían crecido durante los siete meses de su forzada separación: Pepita, Antonia y Gero —de siete, seis y cinco años— estaban dichosos por reencontrarse y retornar a casa, a sus juguetes y habitaciones que tanto extrañaban.

Tras el encuentro, ordenó que engalanaran a las criaturas con sus mejores ropas y fueron al templo de La Profesa para postrarse ante la Virgen de los Dolores. Después, siempre junto a sus fieles sirvientes, Casimiro y Teófila, se encaminaron a la catedral para agradecer a la Virgen de Guadalupe. La Güera había decidido realizar el trayecto a pie por las calles, queriendo así mostrar públicamente

su humildad y además agradecer con sonrisas a la gente que defendiera su causa de boca en boca o con anónimos pasquines.

En el amargo trance entendió que se había convertido en figura pública y que la opinión popular era una fuerza poderosa, capaz de influir a favor o en contra de cualquier propósito, por lo cual sería indispensable cultivarla y fortalecerla, asegurando su lealtad.

A la hora convenida sonaron las fanfarrias y en el palco real, adornado con ricos cojines de damasco y lujosas alfombras persas, hicieron presencia el virrey primero y su esposa después. La Güera sonrió cuando al mirar a don José de Iturrigaray, vestido impecablemente y saludando con alegría, la concurrencia estalló en aplausos; sin duda les agradaba que gobernase un hombre elegante, campechano y sobre todo fiestero. La Güera hizo su aparición junto a los nobles de la corte, ocupando el palco aledaño a la virreina; a diferencia de los coloridos atuendos de las otras damas, vestía en tonos oscuros y cubría su cabeza con una mantilla, detalle que le confería un aire virginal, recatado y melancólico.

Miró el reloj que llevaba prendido al vestido y supo que en ese instante debía empezar la función. A una señal de don José los granaderos partieron plaza, justo cuando el sol comenzó a ocultarse transformando la luz en oscuridad. La mayoría de los presentes se pasmaron, un desconcertante silencio inundó la plazoleta; unos rezaban, otros temblaban, pero todos intercambiaban miradas sin saber cómo reaccionar.

Cuando la penumbra era casi total, pareciendo que el astro se ocultaría para siempre, el virrey se puso en pie y extendiendo los brazos pidió a la multitud que guardase la calma. Como por orden divina, en ese preciso instante el sol renació, emergiendo victorioso de las tinieblas; su luz besó nuevamente el rostro de los asistentes y hasta parecía brillar con mayor esplendor. La muchedumbre de los tendidos, de lumbreras, los de gradas, todos, absolutamente todos, rompieron a aplaudir y vitorear tanto al astro rey como al reluciente gobernante, sin saber a cuál festejar más.

En su palco, la Güera sonreía victoriosa; giró hacia doña Inés, quien verdaderamente feliz le regaló una sonrisa de complicidad. Mientras tanto, don José no paraba de agradecer las ovaciones del gentío.

El toro apareció en la plaza y el matador, un joven de esbelta figura y esplendoroso garbo, lanzó el capote al viento para atraer al bruto, burlándolo con un grácil movimiento. La plaza entera explotó con un *¡ole!* gritado por mil voces que resonó en lo más hondo del corazón de la Güera, infundiéndole brío y alegría; era como si la faena del diestro fuera su propia vida y la bestia representase los problemas acontecidos. Ante las embestidas del animal y las habilidosas maniobras del espada, se levantó para vitorearlo.

Minutos después, el torero extrajo el hierro del capote, apuntó con él y dio la estocada final haciendo que el toro cayera de bruces, arrojando chorros de sangre entre las fauces. La Güera, aún de pie, no cesaba de aplaudir.

Con el coraje a flor de piel, se dedicó a realizar reformas a la casona: sacó todos los muebles de la habitación de su esposo, otorgándosela a Gero para que allí durmiese; hizo descolgar los cuadros de la familia López de Peralta y los arrumbó en una bodega junto con otros recuerdos indeseables; mandó borrar de las puertas del carruaje el escudo de la familia de Gerónimo y encargó a un estudiante de la Academia de San Carlos que pintase escenas mitológicas de Minerva, diosa de la sabiduría, las artes y

la guerra. Deseaba eliminar todo rastro del odioso marido, y sintiéndose aún amenazada por sus arrebatos, consiguió dos feroces mastines perfectamente amaestrados para resguardar la seguridad de sus hijos y el hogar.

Gerónimo, por su parte, deseaba someterla nuevamente a sus órdenes y retrasaba el dinero para la manutención, con la obvia intención de orillarla a reconciliarse. Ella no se amedrentó y prefirió despedir a gran parte de la servidumbre, conservando únicamente a los indispensables para mostrar una apariencia decente. Tuvo que vivir con lo mínimo; compraba sus vestidos en el mercado del Baratillo y los daba a arreglar a doña Catalina, costurera de su confianza; vendió mulos y caballos, a excepción de los necesarios para arrastrar el carruaje; también se despojó de joyas y ornamentos. Su padre la socorría una y otra vez, evitando que les faltase lo elemental. Manuel y Josefa no podían auxiliarla ya que, aunque marqueses y grandes hacendados, sus rentas habían menguado notoriamente pues su cuñado, más dado a los ideales patrióticos que a las finanzas, descuidaba sus posesiones.

Pero nada importaba; por fin gozaba la libertad que siempre había anhelado y estaba dispuesta a defenderla hasta con los dientes.

16

MUERTE Y DOLOR
1804-1805

En extremo afligida, la Güera permanecía con Lupita, aplicando fomentos de agua fría y dándole a beber sorbos de quina. Comenzando la época de lluvias, los malsanos aires provocaron que la nena enfermara, y aquello que parecía un resfriado se había transformado en un agresivo malestar; sufría fiebres altísimas, tos penetrante e intensas jaquecas. La Güera no tenía suficiente plata para sufragar los gastos médicos, que iban en continuo ascenso, así que le escribió a Gerónimo explicando la situación y rogándole auxilio monetario.

Al tercer día de enviada la carta, esperaba ansiosa la visita nocturna del doctor cuando para su sorpresa apareció Gerónimo. Habían transcurrido casi dos años desde su último encuentro y la Güera lo percibió delgado y ojeroso, hasta descuidado en su vestir.

—¿Cómo está? —preguntó de inmediato, sin saludar siquiera.

—Ruego a la Virgen que mejore —dijo la Güera con voz quebrada, a punto del llanto.

Guardaron seco silencio hasta que llegó el doctor Montañez. Al terminar de auscultarla los miró con gesto pesimista mientras la nena, a tientas, pedía que la abrazara su madre. Tan pronto la contuvo en su regazo volvió a desvanecerse y dormitar.

—Se ha hecho todo lo que la ciencia enseña —musitó el médico—. Ahora está en manos de Dios Nuestro Señor.

Ella evitó llorar para no despertar a la criatura. Gerónimo acompañó al médico, quien realizando respetuosas caravanas se fue despidiendo. Al quedar solos, ordenó a la Güera que se hincaran a rezar; ella obedeció y al pie de la cama, sin mirarse, oraron con atormentada devoción durante largas, interminables horas. Luego fue hasta el altar del Cristo Negro en la catedral y prendió tres veladoras rogando por un milagro, pero todo era en vano, la niña no se recuperaba.

Al día siguiente Gerónimo llevó unos titiriteros para que ofrecieran una función privada. Desde su cama, rodeada por las risotadas de sus hermanos y la contenida angustia de su madre, Lupita observaba los muñecos con gran decaimiento, aunque en lo profundo de sus ojitos figuraban destellos de alegría.

María Guadalupe, de casi tres años, abandonó su cuerpecito en la fría madrugada: la pequeñita, quien había sido la fortaleza y compañía de la Güera durante los prolongados meses de reclusión en la Casa de Moneda, subió al cielo dormida, amorosamente cobijada por sus plegarias. El dolor de la Güera era tan profundo como jamás tuvo otro en su vida.

Quizá por la culpa que sentía por no haber ayudado antes, y sin duda llevado por su arbitrario talante de siempre, sin consultar a la Güera Gerónimo encargó a un aprendiz de San Carlos que pintase un retrato mortuorio, lo cual la molestó secretamente porque no deseaba recordar a su nena muerta sino viva. No obstante, se mantuvo callada; no tenía deseos de nada y mucho menos de pleitos. Lupita fue pintada como era la costumbre: ataviada de angelito, portando una corona de flores sobre la cabeza, una palma y una vara de azucena en la mano derecha, y con su muñeca favorita haciéndole

compañía. Fueron a sepultarla en procesión a San Francisco lanzando cohetes por el camino, cantando alabanzas y celebrando su entrada a la gloria eterna. El sacerdote, vestido con ornamentos blancos, caminó con doce niños del Colegio de San Juan y cuatro monjes que cargaban el pequeño ataúd.

En el trayecto se detenían para cantar responsos acompañados de música frente a pequeños altares dispuestos en las aceras; en uno de ellos la Güera sintió que las fuerzas le abandonaban y se desvaneció por unos segundos, pero al recuperar la conciencia continuó, haciendo caso omiso de Josefa y de su madre que deseaban llevarla a casa para que la revisase el médico. Turbada y desfallecida asistió del brazo de su padre a la misa cantada, en la que doña Inés y gran parte de la corte la honraron con su asistencia.

—Piensa que Lupita ascendió a la corte celestial en calidad de ángel, y desde ese mismo día protegerá a tu familia —le decían continuamente para consolarla.

Pero la Güera se había sumergido en cruel abatimiento, afectándole de tal manera que parecía levitar ajena de voluntad, respondiendo a los mandatos o antojos de cualquiera menos a los suyos propios. En el templo de San Francisco celebraron las exequias ya que en la iglesia de La Profesa, frente a casa de sus padres, se realizaban labores para sustituir los altares barrocos por unos al estilo neoclásico de Manuel Tolsá, que tanto estaba en boga. Mirando a los trabajadores desprender los artesonados y destruir algunos querubines en las toscas maniobras, se dolió amargamente. Su vida se rompía al igual que el templo de su infancia.

La noche anterior a su retorno a Querétaro, Gerónimo fue a la alcoba de la Güera cuando sus hijos ya dormían en sus habitaciones. Durante los días previos habían convivido en respetuosa paz pero sin conversar más allá de lo indispensable, subyaciendo entre ambos el resentimiento acumulado. Tomó asiento en una silla frente a la cama donde ella se encontraba recostada, y comenzó a evocar anécdotas de los primeros años del matrimonio.

—¿Recuerdas lo felices que fuimos al nacer Pepita?

La Güera bien recordaba aquellos días, cuando aún tenía ilusión por conformar un matrimonio feliz, pero su ánimo estaba sumamente decaído y ni siquiera ponía atención a lo que él relataba, creyendo que intentaba lograr alguna reconciliación por medio de remembranzas. Pero cuando Gerónimo continuó relatando historias y escuchó el nombre de Lupita entre sus palabras, el dolor se convirtió en renovado llanto.

—Debes resignarte —le dijo Gerónimo sentándose en la cama y tomándola del brazo.

La Güera pensó que intentaría consolarla; sin embargo, comenzó a besarla primero y a manosearla después.

Al descubrirse ultrajada, todos los tormentos se conjuntaron y la agonía crispó sus manos, oscureció su mente. Intentó repelerlo a manotazos y patadas, pero sus brazos no tenían fuerza y sus piernas apenas le obedecían; lo golpeaba en el rostro pero nada conseguía, retorcía el cuerpo dificultando que el otro se le montara encima, pero todo era inútil. Gerónimo atajó sus manos inmovilizándolas contra la cama y con las rodillas abrió sus piernas para penetrarla; ella lloraba y suplicaba al cielo un poco de piedad, pero nada valió. En un último acto de coraje, tan sólo pudo escupirle a la cara, lo cual embraveció al bruto, quien la penetró con mayor violencia.

—¡Eres mi mujer —repetía Gerónimo excitado—, estás obligada a someterte a mis deseos!

Como si abusara de un cadáver frígido, insensible, desprovisto de alma y voluntad, la poseyó hasta que los ojos de la Güera quedaron resecos a semejanza del más árido desierto. Gerónimo partió

durante la madrugada sin despedirse y María Ignacia agradeció al cielo su cobardía. No podría haberlo mirado a los ojos; lo odiaba con toda el alma.

Un mes después, con el rostro sumergido en la palangana de porcelana azul tras haber sufrido náusea incontrolable, la Güera dejaba de vomitar. Con el mareo a cuestas, pálida y percibiendo el frío sudor que corría por su frente, se recostó en la cama. Esa era la cuarta vez que devolvía en el transcurso de dos días, y debido a que su regla llevaba un retraso de cuatro semanas, no tuvo más dudas: estaba embarazada.

—Esto es una señal del Todopoderoso, quien reclama la reconciliación con tu marido —dijo fray José, su confesor, abogado de las creencias tradicionales—. Lo que ha hecho Gerónimo es justo, tan sólo exigió el débito conyugal al que todo marido tiene derecho, aunque la pareja esté separada.

Josefa le aconsejó resignación y doña Inés removió la cabeza opinando que debería perdonarlo, ya que la criatura merecía nacer en un hogar santamente sustentado. El mismo Ramón Cardeña le aconsejó, en una de sus cartas, intentar la reconciliación si con ello retornaba la paz a su vida, pero ella no estaba dispuesta a someterse nuevamente; decidió defender su libertad y negarse a convivir otra vez con Gerónimo, aunque eso implicase reanudar el juicio.

Sabiendo que no podría ocultar su preñez por más tiempo, decidió enviarle una carta para darle a conocer su embarazo e informarle que no aceptaría ninguna reconciliación. Desconfiaba profundamente de la reacción de su marido pero para su sorpresa recibió una comprensiva y amable respuesta, aceptando su voluntad y prometiendo visitarla tan pronto las autoridades militares le concediesen licencia.

Conforme el vientre iba dilatándosele y Gerónimo no viajaba a México, la Güera comenzó a sospechar que tramaba alguna jugarreta para presionarla, sacando beneficio legal de su estado y orillándola a reconciliarse bajo desmedidas condiciones. Un día, un emisario tocó a las puertas de su casa, diciendo traer un mensaje urgente para doña María Ignacia Rodríguez de Velasco. Ella temió de inmediato que fuese una demanda legal de Gerónimo, lo que explicaría su largo silencio. Sin embargo, al recibir el correo notó que el mensajero mostraba cierta aflicción en el rostro, como quien es portador de malas noticias.

Con desesperación leyó la carta y la noticia recibida fue tan inesperada como funesta: Gerónimo había sufrido una extraña enfermedad que lo debilitó lentamente, muriendo tras larga agonía.

En numerosas ocasiones había injuriado y aborrecido a su esposo. Durante los pleitos más álgidos y encarnizados imploró, con absoluta sinceridad, que desapareciera de su presencia, que se esfumase, que muriera si fuese preciso. Pero ahora la atormentaba su partida con la misma intensidad con que antes lo maldijo. ¿Por qué fenecía tan sólo unos meses después de Lupita? ¿Por qué la muerte la rondaba sin conmiseración, dejándola viuda y embarazada? Quizás el Creador deseaba castigar sus pecados y en su infinita sabiduría quería indicarle algo.

Sin razón alguna se creyó poseída por alguna maldición que afectaría al bebé en gestación, y un gran temor, una enorme inseguridad la invadió.

Yendo en contra de todo aquello que la ciencia y los conocimientos dictaban, solicitó a Teófila que trajese a una curandera india, de la que ya le habían comentado, para que con rituales ahuyentase todos los maleficios. Doña Mercedes realizó una «limpia» con manojos de hierbas, humos de copal y cánticos en lenguas ancestrales que no comprendía, pero inexplicablemente la reconfortaban. Sabía

sin duda que actuaba bajo la influencia de supersticiosas obcecaciones, que cualquier persona ilustrada reprobaría el absurdo proceder, pero nada importó: necesitaba con urgencia sanar el corazón.

No pudo velar el cuerpo de Gerónimo ni contemplar su rostro por última ocasión; permanecieron desunidos hasta sus últimas horas. Fue sepultado en Querétaro y ella realizó, a distancia, los oficios religiosos de rigor, implorando por el eterno descanso del difunto.

En sus oraciones, postrada ante Jesús, le perdonó la mezquindad, la violencia, las injurias y logró hacer las paces con él. Por ello bautizó con el simbólico nombre de María de la Paz a la encantadora criatura que el cielo habría de regalarle.

17

DESEOS DE VENGANZA
1809

En un saloncito del Palacio Real conversaba cordialmente con don Pedro de Garibay, quien comía gustoso uno de los bizcochos con chocolate que le había llevado. El palacio había cambiado: la austeridad ahora era la norma, y debido a la viudez del gobernante, resultaba escasa la presencia de mujeres en la corte.

Tras el golpe a Iturrigaray, los gachupines lo habían nombrado virrey pensando que podrían manipularlo fácilmente. Don Pedro tenía entonces ochenta años y era de carácter serio, excesivamente honrado, ajeno a las corruptelas e intrigas tan comunes de Palacio. Para mantener su amistad y confianza, la Güera le llevaba remedios caseros contra la gripa o el cansancio, y procuraba divertirlo con algunos chascarrillos de leve tono pícaro que le divertían muchísimo.

—Le tengo malas noticias —dijo don Pedro aquella tarde, sentado frente a ella en un canapé de doradas patas y sedosas telas—; hace una semana fray Melchor de Talamantes murió en Veracruz, lo que viene a rematar la tragedia del licenciado Primo de Verdad, encontrado muerto en su celda. Se lo digo porque entiendo que usted los conocía.

A la Güera no le sorprendió la noticia porque ya estaba enterada, sus informantes la mantenían al tanto de los últimos sucesos, así que se mantuvo serena para evitar sospechas.

—Qué infortunio. ¿Pero cómo han sucedido tales desgracias?

—Primo de Verdad se suicidó, ahorcándose —dijo el anciano con gesto adusto, mintiendo a todas luces, porque la Güera sabía que lo habían envenenado—; el pobre debió haber estado muy arrepentido de sus crímenes… Talamantes ha muerto de fiebre amarilla en prisión.

El reino se había convertido en una marioneta que pendía al capricho de los gachupines liderados por don Guillermo de Aguirre y Viana, quienes procuraban eliminar a todos sus enemigos. También habían intentado envenenar a Juan Francisco Azcárate en su cautiverio, logrando sobrevivir sólo gracias a su gordura, como él mismo relataba. De las muertes de los patriotas, la que más le apenó fue la de Talamantes, compañero de tertulias y amigo cercano de Manuel. Pero si bien la amargaban dichos asesinatos, entendía que ambos se convertirían en mártires de la causa; sus cenizas germinarían con renovados alientos.

Manuel fue exonerado, debiendo mantenerse ajeno a cualquier actividad política y pública, muy especialmente a las tertulias patrióticas, ya que siendo sospechoso para los gachupines, los espías le contaban los pasos y medían sus palabras.

—¡Ojalá aprendas a mantenerte quieto! —había reclamado Josefa, verdaderamente afligida, cuando llegó a su casa—. Y tú, Güera, prohíbo que promuevas ideas peligrosas; Manuel se debe totalmente a su familia.

Debido a que su hermana la percibía como una amenaza para la seguridad de su hogar, tuvo que alejarse de ellos, evitando además mayores sospechas de los enemigos. Mucho le dolía el distanciamiento, pero al considerar lo complicado de la situación, la Güera decidió sacar provecho y

hacerse asidua a varias tertulias de gachupines, a quienes trataba con fingido desenfado y falsa cordialidad; debía esconder sus verdaderos sentimientos para conquistar la confianza del contrario, acciones que más tarde, estaba segura, le resultarían de utilidad.

Al trasladar a Iturrigaray a Veracruz, iba fuertemente custodiado y con orden expresa de matarle si alguien intentaba liberarlo; advertida de tal circunstancia y sabiendo que don José era muy querido por los ejércitos, la Güera corrió la voz entre militares fieles a la causa para que desistieran de rescatarlo. No obstante, acontecieron dos escaramuzas en el trayecto, una de ellas dirigida por Vicente Acuña, el amigo de Ramón, quien fue aprisionado y exiliado a España. Afortunadamente, las acciones resultaron tímidas y don José llegó sano a su destino.

Cuando doña Inés partió, también duramente custodiada, la Güera y la condesa de Regla la acompañaron durante las primeras leguas del trayecto. Tristes y compungidas, las dos amigas tomaban de las manos a la virreina intentando consolarla, ya que no paraba de llorar como si aquello fuese su propio velorio. Mucho debía la Güera a doña Inés: gracias a ella había solucionado favorablemente su divorcio y siempre le mostró amable deferencia. Sabedora de que en parte era culpable por la desgracia de su amiga, la vergüenza y la frustración la invadieron. Al despedirse doña Inés le dijo, cambiando tristeza por odio:

—No debes estar apenada; ahora comprendo perfectamente por qué los criollos odiáis tanto a los gachupines.

La Güera dio a su amiga un sentido abrazo.

—Cuando Nueva España sea libre —le dijo al oído—, tú y don José podrán regresar y vivir en paz. Lo juro.

Una calurosa noche de mayo reapareció Ramón de improviso. Al tocar la puerta pidió a Genaro, el portero, que le dejase entrar sin previo aviso, pretextando que traía una sorpresa para su patrona. La Güera leía un libro de Madame de Staël en su alcoba cuando entró sigilosamente, y así como lo vio se arrojó en sus brazos, presa de una súbita euforia. Se abrazaron y besaron por un instante, pero después Ramón dijo secamente:

—Debo huir a Europa.

—¡Qué manera de saludar es esta! —bromeó ella, feliz por su retorno—. ¿Has perdido tu galantería?

—Perdón, Güera —contestó burlón, y con ademanes exagerados continuó—: tu hermosura ilumina mi alma con mayor esplendor que el sol, y tu cuerpo es el de una quinceañera… pero debo huir a Europa.

La Güera lo observó por un instante; parecía haber transcurrido un siglo desde la época de su primer amorío. Añorando un poco de paz, lo estrechó ansiosa.

—No hables más, bésame —suplicó.

Ramón entendió los sentimientos de su amante y la llevó hasta la cama. Recostándola suavemente, cubrió su rostro con cariñosos besos mientras ella se perdía en un limbo deleitoso. Se desnudaron apaciblemente y después, consciente de sus quebrantos, se comportó con extrema delicadeza: cual laberinto interminable, la piel de la Güera percibió cómo era conquistada por sus dedos, por su lengua. Se fue perdiendo en los recodos más distantes embriagada en un *tempo* lento, a semejanza de aquella sonata de Beethoven de notas tan plácidas que parecían prolongarse al infinito. El letárgico tiempo se distorsionó transportando su alma a la dicha misma, y al llegar al clímax gimió como si aquel fuera un grito de esperanza y reconciliación con la vida. Al concluir se cubrió con los

brazos de Ramón por largo rato, y envuelta en su agradable aroma a lavanda se quedó dormida.

Despertó tardísimo, relajada y descansada; gracias a los exorcismos de Eros había liberado angustias y conciliado profundo sueño. Su lecho estaba vacío y sin embargo, al palpar las sábanas, aún percibía la presencia de Ramón en la cama y en su piel.

Se levantó radiante y con buen humor, como hacía mucho no le ocurría. Sus hijos ya estaban en el colegio y las dos pequeñas jugueteaban con Teófila en el mirador de la azotea, donde se sentó a bromear y divertirse por un rato. Tras desayunar un par de huevos rancheros con salsa de tomate verde, que tan sabrosos le quedaban a doña Pilar, reapareció Ramón con capa y sombrero de amplias alas, a la usanza de los labriegos. Fueron al gabinete, y ya sentados, él le contó los pormenores de sus problemas.

Al escuchar las aventuras de su amante, la Güera pensó que su vida estaba ligada a un personaje más auténtico, pícaro e interesante que el Lazarillo de Tormes. Al huir de México se había dirigido a Puebla, donde se mantuvo incógnito por algún tiempo, realizando trabajos en una imprenta y obteniendo algo más de dinero al engatusar a varias damas. Sin embargo, el brazo vengativo de su superior, el obispo Cabañas, lo alcanzó y fue a dar a las mazmorras del palacio episcopal. Con artimañas, como siempre en su vida, logró fugarse y llegar a México, pero ahora debía huir del reino o caería, tarde o temprano, en prisión. Lo que requería de ella, dijo, era alguna especie de salvoconducto para embarcarse a España, donde intentaría sobrevivir al margen de la Iglesia.

—Pero no entiendo cómo puedo ayudarte —dijo la Güera, abrazándolo cariñosa.

—Necesito que elabores un poder notarial a mi nombre, solicitando títulos nobiliarios al rey —dijo con absoluta seriedad.

—Eso es ridículo, Ramón. ¿Quién se atrevería a solicitar títulos nobiliarios en estos momentos? España es un polvorín y el rey está cautivo.

—Aunque las autoridades se mofen, será un documento legal que me permitirá abandonar el reino —replicó con gesto de súplica—. Le he dado mil vueltas al asunto y no encuentro otra solución. Además, te servirá para demostrar tu fidelidad al rey y desvanecer sospechas.

La Güera intentó convencerlo de lo irracional y absurdo de la petición, y ofreció en contrapartida que se resguardase en una de sus haciendas hasta encontrar una solución mejor.

—¡Y vivir prisionero toda mi existencia! —exclamó avergonzado—. ¡Eso es de cobardes!

Al descubrirlo herido en su orgullo, la Güera condescendió con todo el dolor de su corazón porque aquello significaría una separación más, quizás la definitiva. Además, Ramón sentenció que no volvería a presentarse en casa de la Güera para no ponerla en peligro y que, para cualquier comunicado, acudiese con un evangelista o escribiente al que llamaban el Güero Ignacio. A ella le hizo gracia el nombre; resultaba ser su propio apodo y nombre en masculino.

Cuando el notario concluyó los documentos, María Ignacia envió a Casimiro con el misterioso evangelista para dar aviso a Ramón, quien puntualmente apareció en la casa para firmar y recoger el poder. La Güera intentaba mantener la calma pero le temblaba la mano al rubricar sobre el papel.

Pasaron la tarde juntos, conversando acerca de los últimos acontecimientos e intentando darse ánimos mutuamente; sin embargo, la tristeza los acompañó a cada minuto. A punto del ocaso subieron a la azotea para observar el atardecer. Tomados de la mano y sin emitir palabra alguna, presenciaron cómo tras los cerros de Santa Fe se iba ocultando el sol lentamente. En ese momento

Ramón la abrazó y ella recargó la cabeza sobre el hombro de su amante.

—Verás que las cosas no habrán de permanecer así. Los gachupines no pueden gobernarnos eternamente —le dijo con furia contenida.

La Güera lo escuchaba pero no estaba convencida del todo. Su alma divagaba entre la melancolía y la frustración. Cuando el sol terminó de ocultarse, Ramón se dispuso a partir. En la azotea se despidieron con un largo y apasionado beso; después fueron despacio hasta la planta baja, intentando detener el tiempo. Al llegar al zaguán, con ojos enrojecidos y cabizbaja, como quien se enfrenta al patíbulo, le deseó la mejor de las suertes. Ramón la miró sin disimular su congoja y antes de que sus ojos se anegaran de lágrimas decidió marcharse, dando media vuelta y alejándose sin volver la vista atrás.

La figura de Ramón se fundió entre las sombras y la melancolía se adueñó de la Güera; nuevamente estaría sola, su vida no parecía transcurrir por ningún sendero preciso.

18

EL MALESTAR CUNDE EN EL REINO
1809

—No me lo va a creer, doña —dijo Martín, el aguador—, pero lo que dicen los marinos que llegan a Veracruz es rete bien distinto a lo que anda pregonando el virrey. Acá nos quieren hacer pensar que las tropas españolas vencen y vencen a Napoleón, pero en España ya se rindieron hartas ciudades y hasta en Madrid gobiernan los franceses.

La Güera hacía que Martín le comentase los rumores callejeros dos veces por semana. Era un moreno corpulento pero de baja estatura, cacarizo por la viruela y chimuelo de tres dientes. Lo sentaba a la mesa de la cocina, ofreciéndole agua fresca y algún tentempié, y lo escuchaba con atención. Mucho de lo referido eran chismes de sociedad, pleitos maritales o tonterías sin valor alguno, pero de cuando en cuando resultaban asuntos importantes.

—Todos andamos rete encanijados —continuó Martín entre mordida y mordida a la quesadilla — porque los aristócratas españoles se han unido a los franceses, bien sumisos y besándoles los pies… Nada más el pueblo ha tenido el valor para enfrentarse a los franchutes. Fíjese, dicen que don Miguel de Azanza, el que fue nuestro virrey, ¿se acuerda?, ahora trabaja para el gobierno de Bonaparte… ¡Traidores! No vaya a ser que aquí en Nueva España también nos entreguen a los enemigos.

Era cierto que el gobierno ocultaba las noticias que le desfavorecían y publicitaba con fanfarrias las que le convenían. Por eso, cuando se supo que Napoleón había tomado Roma y aprisionado al Papa Pío VII, desde todos los púlpitos del reino y en todas las esquinas se hicieron leer proclamas declarando hereje al emperador francés.

—¡El anticristo quiere robarnos hasta la religión! —había clamado el pueblo, porque tres cosas eran las más importantes para ellos: la religión, el rey y su tierra. Tan importante y querido era el rey que en todos los rincones se recaudaron donativos para auxiliar a su liberación.

La Güera pudo ser testigo de cómo, sin importar la carestía que sufrían a causa de sequías e impuestos, la gente regalaba zapatos, cobijas, guajolotes, carneros, ropa, alhajas, plata y sobre todo monedas. Tanto pobres como ricos cooperaban, ya fuese con un real o millares de ellos; los indios mismos contribuyeron, al igual que las misiones de las Californias, Laredo, Nayarit, Texas, Yucatán y otras tantas villas y regiones lejanas. Ella, por supuesto, no contribuyó ni con un real.

—¿Usted cree que de veras los franceses nos van a invadir? —concluyó el aguador limpiándose la boca con el antebrazo.

La Güera, al igual que casi todos los habitantes de la ciudad, pensaba que los americanos enviaban tanto dinero a España que, para lograr el triunfo, Napoleón debía aniquilar la rica fuente que mantenía en pie a su enemigo. No había duda: tarde o temprano invadiría Nueva España.

Al despuntar la primavera y comenzar a hostigar con aletargantes bochornos, Manuel decidió visitarla. Llevaban meses de no conversar sobre asuntos patrióticos, pues sus encuentros se habían reducido a las reuniones familiares en casa del padre de la Güera, quien desde tiempo atrás flaqueaba en salud, y para evitarle mortificaciones, las charlas transcurrían vanas y superficiales, excluyendo

cualquier tema político.

Al pasar al gabinete para estar más cómodos y poder intimar ajenos a la servidumbre, la Güera le ofreció agua fresca de zapote. Manuel no podía ocultar un semblante triste, preocupado, y tan pronto estuvieron solos sus ojos enrojecieron, por lo que solidaria y cariñosa tomó su mano.

—Desde la noche triste de septiembre me es difícil dormir —dijo apenado y con la cabeza gacha —. Cuando lo consigo, mis sueños surgen infestados de pesadillas; soy culpable por la desdicha de nuestros hermanos, y al mirarme en el espejo descubro el reflejo de un cobarde.

—No, Manuel, defender tu vida y el bienestar de tu familia no es cobardía, es tu obligación.

—Con tal de salvar el pellejo he negado la amistad de Melchor de Talamantes en los interrogatorios… Eso no es valentía, Güera.

Las lágrimas empañaron su vista, y la Güera lo abrazó ofreciéndole el pañuelo.

—Manuel, los criollos conformamos un partido que no supo calcular la astucia del enemigo. Es injusto culparnos individualmente del fracaso general; debemos mirar adelante porque los gachupines tienen los días contados, te lo aseguro.

—Por eso he venido —dijo serenándose—. Debido a los interrogatorios que me realizan constantemente, puedo inferir que en diversos puntos del reino, especialmente en el Bajío, algunos patriotas se reúnen para conspirar. Mencionan ciudades como Valladolid, Celaya, Querétaro y otras; tantos son los rumores, que los gachupines no saben hacia dónde dirigir los ojos.

—¿Ves? ¡Los criollos no permaneceremos de brazos cruzados!

—Pero escúchame: preguntaron con singular insistencia sobre mis relaciones con personas de la villa de San Miguel el Grande, por donde se ubican varias de tus haciendas.

—La de Santa Fe de la Soledad se encuentra en Dolores, arrendada a don Mariano Abasolo, y en San Luis de la Paz están Santa Ana y San Isidro; las tres son cercanas a San Miguel el Grande.

—Pues te pueden relacionar con cualquier acción funesta que suceda allá —le advirtió con el ceño fruncido por la preocupación—. He venido a prevenirte y no a instigarte, por favor, no malinterpretes mis intenciones; me sería imposible cargar con más culpas.

—Comprendo tu preocupación, Manuel, y agradezco infinitamente tu advertencia pero no te preocupes, estaré bien.

La Güera cambió el curso de la conversación preguntándole por Josefa, su sobrino y otros asuntos banales hasta que, ya tranquilo y sosegado, Manuel decidió marcharse. Al salir, ella pidió que le devolviera el pañuelo prestado.

—Por el bien de ambos, no dejemos huellas. Josefa no debe enterarse de que estuviste aquí.

Al despedirse con un beso en la mejilla, la Güera le susurró al oído:

—No puedo ni debo mentirte: algo haré al respecto, pero he aprendido la lección y actuaré con cautela. Además, bien sabes que de mis actos soy la única responsable.

Presa de la energía que proporciona la sed de venganza, durante días se dedicó a investigar la vida de Mariano Abasolo, administrador de su hacienda de Santa Fe, y cuando supo que era amigo cercano del capitán Ignacio Allende tuvo una corazonada: se sabía que Allende había comparecido recientemente ante las autoridades, sospechoso de instigar a la sublevación contra el gobierno. En el interrogatorio, sin desmentir lo fundamental, aceptó haber azuzado a varios militares para defender a la patria, ya que había escuchado repetidamente que el reino sería entregado a los franceses. Así, gracias a su franqueza salió bien librado del trance.

Para cerciorarse de los ideales de Abasolo y Allende, envió una carta utilizando palabras y

conceptos tales que, entre líneas, los patriotas reconocerían signos de hermandad. Pronto recibió una somera respuesta: a la ciudad acudiría el capitán Ignacio Allende, solicitando entrevistarse con ella.

De inmediato su corazón comenzó a palpitar con denuedo; si bien los riesgos eran altos cuando fungió como espía e intrigante con la virreina doña Inés, ahora la situación sería totalmente distinta: cualquier error pondría en peligro la seguridad de su familia.

El capitán Allende era diestro rejoneador y experto en suertes de charrería, dominando a la perfección el lazo, el jineteo y la coleada. Orgulloso de sus habilidades, jamás despreciaba alguna oportunidad que le permitiera lucirse, enfrentando el peligro de manera temeraria. Tanto le gustaba arriesgarse que en una ocasión cayó del caballo, y durante el resto de su existencia quedó con la nariz parcialmente sumida. Pero a él no le importaba lucir un perfil torcido, al contrario, era casi un trofeo de batalla que atraía a las mujeres.

Pertenecía a una de las familias hacendadas más ricas de San Miguel el Grande, pero en lugar de administrarlas, a los veinticinco años se hizo militar, alcanzando el grado de capitán del regimiento de dragones de la reina, con el cual estuvo al servicio de Iturrigaray, a quien había tomado cariño. Cuando fue destituido por los gachupines, prometió vengarlo.

Gran curiosidad le había despertado la carta de la Güera Rodríguez, no sólo por el tono patriótico del escrito, sino también por la oportunidad de conocer en persona a una mujer cuyos escándalos se rumoraban por todo el reino.

Se presentó en casa de la señora muy temprano y vestido modestamente con levita, corbata de moño blanca y pantalón largo, siendo recibido por un mozo sin uniforme pero impecable. «Quizás una especie de cochero», pensó. El mozo, que no era otro que Casimiro, lo llevó a un pequeño gabinete decorado con finas y delicadas telas y le pidió que tomase asiento en lo que venía su ama. Cuando la Güera hizo su aparición se puso en pie caballerosamente, y al observarla pensó que en realidad era tan bella como decían.

—Señora, vengo por encargo del capitán Mariano Abasolo, quien aprovechando mi viaje ha solicitado que le visite. ¿Sabe a qué me refiero?

Ella lo miró con detenimiento: era alto, de cabello rubio y crespo, nariz aguileña y figura erguida; podría decirse que gallardo mas no apuesto.

—Si usted es buen americano y desea enmendar las pérdidas de nuestros huérfanos —contestó la Güera utilizando palabras de su carta—, permítame reiterarle que estoy a su disposición.

—¿Cómo podemos confiar en sus sentimientos? —preguntó Allende a bocajarro, acostumbrado a tratar con frialdad los asuntos secretos.

—Hace bien en desconfiar —contestó tranquila—. Ya que tiene fama de ser experto en amores, comprenderá que cuando dos personas se unen bajo un mismo sentimiento la relación se sustenta en la confianza. Ambos poseemos familia y mucho que perder en la empresa.

—Le suplico que no se ofenda, madame, pero su fama de cortesana y allegada a los virreyes es conocida en todo el reino.

—Por ello mismo podré servir con máximo provecho —respondió sonriente y despreocupada—. Considere la corte virreinal como una rica mina de donde se puede extraer, con astucia y habilidad, mucha plata para bien de nuestros huérfanos.

Allende meditó por un momento; los argumentos de la Güera le parecieron correctos, así que cambió de actitud y se tornó tranquilo y amable.

—Entiendo que en su familia hay espíritus afines a los nuestros.

—Sí, capitán, pero desde septiembre mi cuñado, el marqués de Uluapa, ha caído en desgracia y no podrá socorrernos. Por otra parte, mi padre se encuentra senil y enfermizo, así que no será conveniente inmiscuirlo.

—Conozco la patriótica entrega de sus familiares. Ya me lo habían comentado algunos amigos, como…

—Amigos a quienes jamás deberemos mencionar —la Güera interrumpió de tajo—. Mi apoyo será incondicional pero supeditado a la seguridad de mi familia, ya que soy viuda y responsable de cuatro criaturas. Para beneficio mutuo no debo conocer nombres de otros involucrados ni ellos el mío; tan sólo a mis contactos más inmediatos. —Allende comprendió sus razones y asintió—. Además, para comprometer mi apoyo será necesario, por el momento, conocer los fines a los que se destinarán mis auxilios.

—Entenderá lo escueto de mi respuesta: se planea aglutinar a un grupo de notables con la intención de conformar un buen gobierno.

—¿Una junta?

—Exactamente.

—Pues entonces estamos de acuerdo.

La Güera se levantó del sillón, indicando que habían terminado la conversación e invitándole a salir; Allende la secundó, ligeramente desilusionado por lo breve de la entrevista. En el camino hacia las escaleras ella continuó:

—Con el paso de los días esperaré mayor información, cuestión fundamental para servir con eficacia.

—Téngalo por seguro, madame.

Llegando al barandal de la escalera, Allende tomó la mano de la Güera, y en un impulso irrefrenable se atrevió a galantear.

—Será un placer trabajar a su lado, María Ignacia. La fama de su belleza había llegado a mis oídos, pero la realidad supera a las palabras —dijo besándole la mano.

—Perdone, capitán —replicó la Güera de inmediato—: en estos menesteres, cuanto más distanciado se encuentra el corazón del cerebro, mejores resultados se obtienen. —Tomó el papel con el cual él había anunciado su visita, y con delicadeza lo rompió en múltiples pedacitos—. Usted nunca ha estado en mi casa; es más, no tengo el placer de conocerlo, así que permítame presentarme. Soy María, a secas; sólo recibiré mensajes bajo ese nombre.

El capitán sonrió y se alejó mirándola a hurtadillas. En verdad la personalidad de la Güera Rodríguez era especial, muy diferente a la de otras mujeres.

—Todo se hará como usted demanda. Ha sido un honor conocerla, María —dijo bromeando al caminar hacia el zaguán.

La tertulia de los marqueses de Guardiola había transcurrido con agradable armonía. Desde el golpe de Estado los criollos evitaban hablar de cuestiones políticas, entreteniéndose con melodías y versos anodinos o comentando novelas alejadas de cualquier tinte revolucionario. El tema de conversación del momento era que los gachupines habían destituido a don Pedro de Garibay al considerarlo enfermizo e incapaz de solucionar los problemas del reino; pero la Güera corrió con suerte y fue sustituido por el arzobispo Lizana y Beaumont, también su amigo, de sesenta años y carácter bonachón, tranquilo, afable y sumiso a los dulces encantos femeninos. Aunque en varias ocasiones la había regañado por causa de sus amistades, muy en especial la de Ramón Cardeña, estaba confiada en

poder manejarlo sin grandes contratiempos.

En la sobremesa, cuando los asistentes se separaban en corrillos a conversar y los lacayos servían los digestivos, la Güera aprovechó para acercarse al marqués de Guardiola, quien se había apartado un instante a recoger su caja de puros.

—José Antonio —le dijo mientras el otro restiraba sus bigotes con los dedos—, desde la noche triste de septiembre hay huérfanos americanos que requieren de nuestro apoyo.

Nervioso, el marqués miró a su alrededor para confirmar que nadie les escuchase y a la carrera la increpó:

—Güera, no son tiempos ni lugares, ¿ves el temblor y no te hincas?

—No temas, los huérfanos no están en México; se ubican a muchos días de camino. Piensa que el momento es inmejorable, el coraje contra los gachupines resulta incontrolable.

—No puedo ayudar, ya me han citado a declarar cuatro veces.

—Te puedo jurar que nadie sabrá nada —y lo miró con una mezcla de orden y súplica a la que el marqués no pudo resistirse.

—De acuerdo, mañana envío a un mensajero con algunas monedas.

Además de recaudar ayuda económica entre amistades, extraía dinero de sus haciendas valiéndose de Mariano Abasolo, a quien solicitaba guardar parte de las ganancias de Santa Fe de la Soledad, y ordenando a los administradores de Santa Ana y San Isidro que entregasen el quince por ciento de la renta a don Mariano, pretextando obras de reconstrucción.

19

CONTRAGOLPE
1809

Sentada sobre un cómodo sillón y con la pierna cruzada, la Güera leía a Madame de Staël en el salón del estrado cuando recibió una nota comunicándole que debía presentarse ese mismo día a las cinco de la tarde para confesarse en el templo de San Juan de Dios. Se ubicaba lejos del centro de la ciudad, después de la Alameda, y nunca la habían citado ahí, por lo que su curiosidad se acrecentó.

Asistió puntualmente, y luego de contemplar la fachada barroca en forma de concha, ya en el confesionario, una voz preguntó tras la celosía:

—¿María?

—Sí —contestó con los nervios a punto de estallar, sin poder descubrir quién le hablaba ya que el sacerdote impostaba la voz produciendo un sonido en extremo agudo, casi el de un niño.

—Ponga atención: en Valladolid varios patriotas solicitan nuestro auxilio, por lo cual requerimos que investigue en la corte los movimientos de tropas en aquellas comarcas, y además, qué criollos de dicha ciudad son sospechosos a los gobernantes. Para comunicarse con nosotros, coloque un cirio con doble listón azul bajo la imagen de San Antonio y regrese aquí a la hora que se le indique —concluyó recorriendo la cortinilla interior.

Abandonó el templo santiguándose presurosa y asustada, mientras su cuerpo era invadido por aquellos emocionantes escalofríos que excitaban las venas y vivificaban su ser. Múltiples dudas le asaltaron: ¿quienes requerían su ayuda eran integrantes de alguna conspiración en Valladolid, cuya existencia desconocía? ¿Tendrían relación con Allende y Abasolo, o eran grupos distintos? Entre sus cavilaciones surgió una sola certeza: varios eclesiásticos compartían la causa, asunto que tranquilizó su conciencia.

Para cumplir su cometido intentó acercarse a los principales cabecillas del partido gachupín, pero debido a las escasas tertulias realizadas en la corte, no encontraba ocasión propicia. Por fortuna se enteró de que el capitán Antonio Olarte, comandante de las milicias de Michoacán, bajo cuya jurisdicción estaba Valladolid, venía a México con regular constancia, así que decidió seguirle los pasos. Utilizando una pequeña red de informantes, colocó ojos y oídos en las calles para cuestiones muy puntuales: Camila, prostituta de fino burdel, le informó que el capitán acudía a la ciudad para asistir a la tertulia de don Guillermo de Aguirre y Viana.

Tras dirigir sus pesquisas hacia dicha reunión, la Güera fue recabando más datos. El sereno de la calle de la Cadena informó de frecuentes reuniones en la casa de don Guillermo de Aguirre. De Ramiro, aguador de la casa de don Miguel de Bataller, supo que los miércoles se ausentaba por la noche rumbo a casa del mismo Aguirre. Doña Concha, vendedora de patos asados en la pulquería El Colmenar, comentó que los gachupines del Parián andaban muy resentidos y alborotados, quejándose porque el arzobispo Lizana no protegía sus derechos, a tal grado que en sus borracheras amenazaban con destituirlo por la fuerza. Toda información era valiosa, y la conseguía con sonrisas y escasas monedas, porque sabiendo dónde y a quién cuestionar, la Ciudad de México no podía ocultar ningún secreto.

Como sus indagaciones apuntaban a la casa de Aguirre, decidió enterarse de las misteriosas

reuniones de los gachupines. Se acercó a Enriqueta Quiroz, ama de llaves de don Guillermo, instigándola a espiar las conversaciones: le comentó, en tono severo y preocupado, que el arzobispo Lizana sospechaba que un invitado de su patrón era enemigo de la religión, razón por la cual solicitaba su auxilio. La señora, una mestiza de cuerpo regordete y mejillas prominentes, convencida de que la salvación eterna de su alma estaría en peligro si desobedecía al arzobispo e intentando ganarse los dos reales prometidos, accedió de buena gana.

Tras una semana de espera, la Güera se entrevistó con ella en el atrio de San Francisco, perdidas entre árboles y parroquianos.

—Ay, señorita —dijo con el curioso hablar de la gente humilde—, creo que no tengo noticia que le vaya a servir. Nadie ha dicho cosa mala de Dios y cuantimenos del señor arzobispo.

—Quizá no a simple vista, pero sí de manera disfrazada.

—¿Cómo dice, que no entiendo?

—Seguro ha escuchado decir a los sacerdotes que, para engañarnos, el demonio finge sus actos con astucia.

—Sí, señorita, el padre Juan nos lo sermonea casi todos los domingos, viera qué bonito habla.

—Por eso mismo, Enriqueta, cuéntame todo lo que escuchaste.

—Pues mire, cuando cerraron las puertas puse la oreja rete bien pegada al madero, a un ladito de la pintura nueva.

—¿Pintura nueva? — interrumpió la Güera, curiosa.

—Sí, señorita, una pintura así chiquita que mandó el patrón a hacer a un artista famoso y que está muy hermosa: es de la Virgen de Aránzazu, ya sabe, a la que le rezan los vascos.

—¿Y qué escuchaste? —tuvo que interrumpirla.

—Pues dijeron que nuestro señor arzobispo es demasiado indulgente, que es un santo y no un guerrero, y pues así nomás no asusta a nadie y que mejor debería descansar para alejarse de las preocupaciones.

—¿Algo más que recuerdes?

—¡Ah, sí! Que se van a reunir el miércoles porque viene el coronel De los Ríos, el que vive en Puebla.

Agradecida, la Güera le dio un real más de lo prometido.

Deduciendo que don Guillermo sólo compraría una pintura en la Academia de San Carlos, la Güera fue con Manuel Tolsá para obtener información, y fingiendo falsa envidia, le expresó que deseaba comprar una obra del mismo autor que realizara el cuadro de don Guillermo, arguyendo que muchos le habían comentado lo maravilloso de la obra.

—Lo pintó José María Guerrero; es una Virgen muy a la usanza barroca, como todavía les gusta a muchos —comentó el escultor y arquitecto con mueca de menosprecio.

Por la noche fue al teatro con la esperanza de encontrar a don Guillermo. Cuando lo descubrió sentado en su palco le sonrió con ojos traviesos, esperando despertar su curiosidad; por años lo había tratado cordialmente, sobre todo cuando rentaba sus aposentos a su hermana Josefa, pero a raíz del golpe a Iturrigaray ambos se esquivaban, sabedores de que sus intereses eran adversos. Sin embargo, en el intermedio la Güera se atrevió a caminar por el pasillo de su palco, y encontrándolo se acercó.

—Don Guillermo, mucho tiempo de no vernos; creo que ya he caído de su gracia.

—Válgame el cielo, eso es un disparate. Yo la estimo como siempre.

—Pues he sabido que posee una pintura nueva y no ha tenido la cortesía de invitarme a

admirarla, dicen que es una obra magnífica de José María Guerrero.

—Por favor, Güera, mi casa es su casa; cuando usted guste y ordene.

—Por supuesto que acepto su invitación —dijo de inmediato—, ¿acaso piensa que me quedaré con la curiosidad? ¿Le va bien el próximo miércoles?

—Habrá de perdonarme, madame, tengo tertulia ese mismo día.

—¿A qué hora? Es que yo parto al día siguiente a mis haciendas.

—Espero invitados a las ocho.

—No se diga más, entonces voy a las siete.

Don Guillermo intentó oponerse pero, escondida tras su abanico, la Güera le sonrió coqueta, huyendo candorosamente. Al llegar a su asiento, se derrumbó pálida y nerviosa; aquellos menesteres afectaban grandemente sus nervios.

Aguirre miraba el reloj de bolsillo con enojo. La Güera Rodríguez debía haber acudido a su casa a las siete y eran las ocho con quince, por lo que varios de sus invitados ya estaban presentes y conversaban en el salón. «Ojalá ya no venga esa mujer endemoniada», pensó molesto. Sin embargo, cinco minutos después el ama de llaves anunció que la señora Rodríguez de Velasco pedía ser recibida.

Molesto sobremanera, pidió al marqués de San Román y al coronel Gutiérrez de los Ríos que por favor aguardasen un momento, y que por ninguna razón conversaran de temas confidenciales. Su intención era despachar a la impertinente dama de inmediato, pero cuando salió al pasillo, su sorpresa fue enorme al encontrarse de frente con la Güera, quien comenzó a disculparse sin cesar.

—¡Ay, don Guillermo! Solamente su caballerosa educación sabrá disculparme; los menesteres del viaje me han retrasado.

—Perdone, Güera, pero mis visitas ya han llegado y no me es posible atenderla —dijo don Guillermo intentando ser cortés.

—Lo comprendo y no deseo importunarle, se lo aseguro. Usted vaya con sus convidados, que yo me atiendo sola; tan sólo permita que su criada me acompañe para que pueda admirar la pintura. —La Güera lo miraba con gesto de súplica, ante lo cual, tras considerarlo un instante, don Guillermo comprendió que, por seguridad, sería más conveniente acompañarla él mismo.

—Voy con usted, faltaba más, pero le agradeceré que seamos breves.

Seguidos de Enriqueta fueron hacia el gabinete contiguo al salón principal, donde se realizaba la reunión; estaba decorado con una maravillosa alfombra persa, gobelinos en las paredes y algunas pinturas religiosas. Al descubrir el cuadro de la Virgen de Aránzazu, la Güera fue directo hacia él.

—¡Dios mío, qué belleza! La obra denota el exquisito gusto del dueño.

—Favor que me otorga vuestra merced —dijo don Guillermo con los ojillos llenos de orgullo.

—Es de perfección tan singular —continuó alabándolo— que provoca espontánea admiración e invita al santo recogimiento. Lo felicito de todo corazón, don Guillermo.

—Agradezco vuestras gentiles palabras, pero ahora sabrá disculparme —expresó ansioso—, debo retornar con mis invitados… Permítame acompañarla.

—Se lo prohíbo —dijo ella con falsa humildad—. Ya bastante he perturbado sus planes con mis atrevimientos; me sentiría muy mal si robo un instante más de su tiempo.

—Pues ya que así lo dispone, me despido —y besando su mano ordenó a su criada—: Acompaña a la señora.

Don Guillermo esperó a que saliesen del gabinete y bajaran los primeros escalones para entonces introducirse al salón, cerrando tras de sí la puerta.

Llegando al descansillo la Güera detuvo a Enriqueta, comunicándole a señas que continuase sola hasta el zaguán y allí le esperase. Por su parte, subió de puntitas para entrar al gabinete y ojear por la cerradura de la puerta.

Con dificultad logró distinguir que se encontraban reunidos el marqués de San Román, superintendente de la Real Casa de Moneda, a quien conocía desde su encierro en aquel edificio, y el coronel del regimiento de Puebla, Joaquín Gutiérrez de los Ríos. El corazón de la Güera latía compulsivo, excitado.

—Olarte nos ha enviado esta misiva desde Valladolid —dijo molesto el capitán Gutiérrez—. Las irreverencias de los criollos han alcanzado actitudes insoportables y nuestros paisanos han debido unirse contra ellos. Cuentan que un tal fray Vicente de Santa María ha proferido sermones insultantes y provocadores; a mi parecer están tramando levantarse contra el gobierno.

—Joder —agregó don Guillermo con voz chillona—, por toda Nueva España se han alzado voces revoltosas.

Comentaban aquello cuando escuchó a Enriqueta abrir el portón principal, y decir con elevada voz para hacerse escuchar: «¡Buenas noches, señor Bataller, ya le esperan los señores!».

La Güera se escondió rápidamente, por si entraba al salón desde el gabinete. En cuclillas tras el inmenso escritorio de ébano, recogiendo sus faldones como podía, contempló los pasos de la sirvienta y del recién llegado, quien se introdujo al salón; al cerrarse la puerta, la criada comenzó a husmear en el cuarto para encontrarla. La Güera salió de su escondite y Enriqueta le hizo señas para que la siguiese. Espantada y temerosa, pretendía que se marchase, pero le respondió, también con un ademán, que esperase un poco más.

Con ella a su espalda, pegó el ojo a la mirilla, escuchando y observando a los hombres. Hablaron sobre las funestas noticias que se recibían de España, donde los franceses se apoderaban de todas las ciudades, y de la necesidad de prevenirse por si aquello empeoraba, para lo cual habrían de afianzar su poder. Consideraban incluso remover del mando al arzobispo Lizana, y poner en su lugar a un virrey mucho más enérgico y aguerrido, o a ellos mismos si resultaba necesario. Molestos, fanfarroneaban y maldecían, quizá más para liberar sus disgustos que para realizar una verdadera conspiración: el marqués de San Román acusó al arzobispo de entregar el reino a los criollos debido a su endeble carácter; el coronel Gutiérrez de los Ríos dijo que si las cosas continuaban así sería necesario incluso utilizar algún veneno para deshacerse de él. Después coincidieron en que sería prudente contar con tropas voluntarias, como lo habían hecho antes con Iturrigaray, para lo cual el capitán Olarte, que no había podido asistir a la tertulia por lo complicado de la situación en Valladolid, sería el más indicado. Miguel de Bataller subrayó que no debían esperar un día más, que el actual gobierno ya no tenía remedio, y don Guillermo expresó la necesidad de tomar previsiones antes de que España perdiera la provincia.

A la Güera le hirió aquella última frase. «Así consideran a Nueva España —pensó—; una mera provincia y no un reino». Seguida por Enriqueta, fue alejándose hacia el balcón interior para luego bajar las escalinatas de puntillas. En el zaguán, a punto de salir, le dio tres reales extras de recompensa con la intención de sellar su silencio.

Profundamente emocionada y temerosa, caviló por la noche los pasos que debía seguir para aprovechar la información obtenida. Sabía que mucho de lo escuchado podrían ser meras valentonadas, producidas por el enojo y el vino, pero también que aquello era sumamente valioso para actuar en favor de la conjura de Valladolid, la cual peligraba, a la luz de lo que ahora sabía. Al

día siguiente mandó a Teófila a depositar una veladora con doble listón en San Juan de Dios mientras permanecía en casa, enmarañada en juicios e inquietudes. Si los gachupines realmente deseaban destituir a Lizana, la situación obligaba a tomar decisiones inmediatas, ya que, considerando los tiempos del correo entre las provincias y la capital, podrían pasar varios días, incluso semanas hasta recibir órdenes concretas de Allende. Estaba subordinada a ellos, lo sabía, pero indudablemente la audacia y la agilidad serían fundamentales para evitar descalabros; era primordial detener a los enemigos.

Aún con la mente embrollada, acudió al templo esa misma noche, según le habían ordenado en el recado recibido a mediodía. Poco antes de las campanadas del ángelus llegó al confesionario y tras notificar lo acontecido, exhortándole a comprender la urgencia requerida en la acción, el sacerdote enmudeció; era obvio que no sabía cómo reaccionar. Finalmente habló con su peculiar voz aguda, en la que se dejaba escuchar un tono de gran preocupación.

—Hija, entiendo tu predicamento pero no estoy capacitado para ofrecer respuesta; enviaré tu mensaje con la mayor agilidad posible. Mientras tanto, dejo a tu albedrío el más certero proceder, y espero que la sabiduría de Dios guíe tus acciones.

Hecha un manojo de nervios, la Güera salió del templo tras implorar a la Virgen que la iluminara. No sabía cómo debía actuar, pero el recuerdo de una frase de Simón Bolívar se había clavado en su mente: «Siempre es noble conspirar contra la tiranía».

20

SIMÓN JOSÉ BOLÍVAR PALACIOS Y BLANCO
1799

A la Güera le gustaba jugar con sus hijos en el mirador de la azotea, donde pasaba las mañanas alejada del ruido y las pestilencias de la calle, además de admirar el valle con los preciosos y nevados volcanes. El más pequeño, Gerónimo, al que llamaba Gero, aún no lograba caminar y por el gracioso modo en que gateaba, arrastrándose cual lagartija, le divertía tremendamente. Teófila, entonces nana de sus criaturas, era una robusta mujer de piel morena, ojos profundos como la noche y sonriente boca, absolutamente leal a su persona.

Estando en casa, la Güera vestía a los niños con ropas sueltas y ligeras, enseñándoles a ser libres, aunque en eventos sociales los engalanaba con terciopelos y sedas para que aprendiesen a ser reyes o reinas. Pepita y Antonia, entonces de tres y dos años, jugaban a la casita con muñecos traídos de Inglaterra, hechos a escala del cuerpo humano y con rostros de cera además de vestir ropajes finos. En la pequeña casa elaborada con madera a proporción de la que habitaban, se podían apreciar el patio, los salones, las recámaras y hasta algunos cuadros como los que en realidad poseían.

Genaro, el portero, se apareció con una esquela en la mano.

—Es una invitación para usted, señora —dijo al tiempo que ella recibía el papel. Pepita abandonó las muñecas y de un brinco fue con la Güera seguida de Antonia, contagiada por el entusiasmo de la hermana.

—¿Es una fiesta, mamita, es una fiesta? —vociferó Pepita.

Las dos se arrellanaron sobre los muslos de su madre y mientras las abrazaba abrió el sobre con el mismo entusiasmo de las nenas, pero al extraer la tarjeta su sonrisa desapareció.

—Sí, mi cielo, es una fiesta pero no para niñas. Es una recepción de algún noble que viene de América del Sur.

—¿Una qué…? —preguntó Pepita, confundida.

—Una reunión donde nadie puede jugar, reír o sentarse en las faldas de mamá, y en la que todos deben saludar con tiesas caravanas a un serio y estirado señor, quien seguramente viste una casaca repleta de medallas y no sabe jugar a la casita.

—¡Qué aburrido, mami! ¿Tiene que ir? Mejor quédese con nosotras y jugamos a las escondidas…

—¡Lascondidas, lascondidas! —secundó Antonia sin alcanzar a pronunciar correctamente.

—No se preocupen, iré cuando ya estén en la cama, calientitas y soñando con los querubines.

Pepita, haciendo mueca de inconformidad y tristeza, dijo con palabras entrecortadas que servían cual dique al inminente llanto:

—Pero si usted se va, ¿quién se quedará con nosotras?, ¿papito?

La Güera las abrazó hablándoles en voz baja, para acentuar que lo dicho era un secreto.

—Papito está de viaje porque es militar y debe protegernos de los bandoleros, pero Teófila estará con ustedes para que nada les falte.

—Está bien —contestó sin convencimiento la mayor—, pero no regrese tarde, por favor, mami.

Observó nuevamente la invitación. Recibirla había despertado su curiosidad, ya que siendo Cuaresma los convites eran impropios y la vida social se reducía a pequeñas tertulias o paseos. Sin

embargo, el remitente era el oidor de la Real Audiencia, don Guillermo de Aguirre y Viana, quien recibiría a don Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios y Blanco, procedente de la Capitanía de Venezuela. Como don Guillermo, empedernido solterón, arrendaba sus habitaciones en el entresuelo de la casona de los marqueses de Uluapa, resultaba inevitable ser invitada.

Contempló la comunicación con desgano. No sabía si asistir o por prudencia disculparse; aún recordaba el último pleito con Gerónimo, en el cual la había abofeteado brutalmente, pero ya que se encontraba por los rumbos del Bajío debido a sus obligaciones militares y considerando que pocas eran las ocasiones en que podía divertirse tranquilamente, decidió aprovechar y distraerse un rato. Sería una reunión amistosa y relajada, casi familiar, tan distinta a las de la corte. Además, ¿qué podría reprocharle Gerónimo si habría de acudir a casa de su hermana? Era libre de tomar sus propias decisiones, y una joven de veinte años como ella bien merecía algo de distracción.

Al llegar a la casona de los marqueses de Uluapa, a tan sólo dos calles de su casa, un selecto conjunto de invitados conversaban animadamente. La servidumbre, de pelucas empolvadas y largas libreas de satén negro con vivos dorados, ofrecía bocadillos, refrescos y vino de Jerez. Divididos en improvisados grupitos, los comensales compartían alegremente: las damas, sentadas sobre taburetes y canapés de Damasco, se abanicaban con habilidad, fumando cigarritos y charlando entre risillas mientras los caballeros, de pie y a espaldas de las mujeres, comentaban asuntos de negocios, política o picantes aventuras. Al fondo del salón, un conjunto de cuatro músicos vestidos con pelucas, chaquetas y pantalones a la rodilla con medias ejecutaban melodías que envolvían con dulces notas la reunión.

Mientras saludaba a los marqueses de Guardiola, la Güera descubrió al festejado charlando con su cuñado Manuel. Le sorprendió que el portador de tan elaborado nombre no fuese más que un joven un poco menor que ella, de unos dieciséis años, vestido con pantalón blanco y chaqueta azul de botonadura dorada, uniforme que lo distinguía como subteniente de las milicias de los Valles de Aragua. A primera vista no era ejemplo de aliño y compostura: un botón de su puño estaba próximo a desprenderse y el pantalón mostraba claramente una mancha en la pierna derecha. Tampoco era apuesto: no debía de rebasar la estatura media y sus hombros, aunque cubiertos por la chaqueta militar, se adivinaban estrechos y delgados. Sin embargo, eran de llamar la atención sus ademanes, que demostraban seguridad y confianza poco comunes, casi al extremo del capricho. Sus negros ojos, divididos por una afilada nariz y enmarcados por espesas cejas, expresaban precoz vivacidad.

Cuando Manuel descubrió su presencia, se acercó con el joven.

—Simón, te presento a María Ignacia Rodríguez de Velasco, mi querida cuñada —giró luego hacia ella—. Güera, te presento al subteniente Simón Bolívar y Palacios, viene de Caracas y por desgracia permanecerá con nosotros pocos días.

—A sus pies —dijo el joven, besando su mano con más energía que elegancia.

Por alguna extraña razón ella no podía apartar la vista del botón descosido, como si aquel defecto le despertase el instinto maternal.

—Oficial, creo que requiere del auxilio femenino para no ser amonestado por algún superior —bromeó—; un botón de su casaca está pronto a sucumbir.

Simón entrecerró los ojos, confundido, y como si la Güera hubiese herido su orgullo, respondió imprimiendo burla y sarcasmo a las palabras.

—Quizás no sea entendida en cuestiones militares, madame, pero mis superiores están demasiado

lejos, y a mi entender, la única falta que he cometido es robar su apreciable atención —dijo realizando una burlona caravana.

Su insolente atrevimiento fue como declarar la guerra a la Güera, y si pensaba que no tendría consecuencia alguna, se equivocaba. Por un instante ella le sonrió amablemente mientras maquinaba alguna acción, y después, sin emitir palabra alguna, dio media vuelta con desenfado, alejándose hacia la habitación de Josefa. El joven, desconcertado, cuestionó con la mirada a Manuel, quien acostumbrado a los desplantes de la Güera se encogió de hombros.

—No te preocupes, todas las mujeres son misteriosas e impredecibles. Y la Güera, créeme, es cuando menos diez mujeres en una.

Simón sintió cierta vergüenza. Creyó haberse sobrepasado, y aunque no era muy ducho en cuestión de mujeres, pensó que había molestado a la joven. Siempre le sucedía lo mismo, su orgullo lo llevaba a cometer arrebatos de los cuales luego se arrepentía.

En ese momento pasó un lacayo con una bandeja de plata sobre la cual había copas con vino catalán. Simón iba a tomar una cuando la mano de la Güera atrapó su brazo y sin permitirle protestar lo jaló ante la sonrisa de Manuel, quien divertido se encogió de hombros. Simón, entre curioso y asombrado, se dejó conducir entre los invitados hasta traspasar el salón y llegar al pasillo interior; tan pronto cruzaron frente a la gran escalinata, la Güera abrió la puerta de un saloncito y entraron.

Estaban solos, escasamente iluminados por dos plateados candelabros ubicados a los bordes de la puerta. Era un pequeño cuarto para recibir visitas, de cuyas aterciopeladas paredes sobresalían diversos cuadros con temas religiosos o retratos familiares, y al fondo, un mullido canapé acompañado de sillas y taburetes. Afuera se escuchaba, ligeramente ensordecido, el lejano barullo de la fiesta.

Esgrimiendo seductora sonrisa, la Güera dio un paso atrás para ubicarse por debajo de los candelabros y escondiendo las manos tras el vestido clavó los ojos en el joven, mirándolo con gran coquetería; Simón, desconcertado, no atinaba a reaccionar. Avanzó titubeante mientras la Güera se echaba hacia atrás, retrocediendo lentamente hasta quedar de espaldas a la pared sin poder seguir. Le sonrió, pícara y sugerente. Simón sintió que la sangre le hervía y avanzó un paso más y otro, cada vez más presuroso, hasta que de pronto ella lo detuvo con la mano izquierda.

—Por favor, subteniente —susurró con malicia—, para este menester resulta imprescindible que se despoje de la casaca.

Simón se desabotonó tan presuroso y torpe que terminó por enredarse. La Güera, reprimiendo la risa, le arrebató la chaqueta de un tirón al tiempo que él se adelantaba con la intención de abrazarla, pero al llegar a un palmo de su rostro, el inesperado dolor de un pinchazo en su mano derecha lo frenó.

—Ay, perdonará usted —exclamó ella, liberando la risa contenida—. Olvidé advertirle que ya traigo conmigo la aguja y el hilo.

Simón se sonrojó.

—Discúlpeme —continuó ella, en el tono más amigable posible—. Para cumplir mis deberes me he visto obligada a tenderle una emboscada; creo que así llaman a dichas estratagemas.

Simón, al distinguir la agradable sonrisa de la Güera, recuperó el aplomo de inmediato.

—Si caí en la trampa es porque el señuelo resultaba demasiado valioso —sonrió con gesto galante.

—Entenderé sus palabras como un armisticio satisfactorio para ambas partes —agregó la Güera bromeando.

—Aunque, debo ser sincero —expresó el joven con fingida seriedad—, obtener tregua duradera con un enemigo de armas tan punzantes será cuestión más complicada que vencer a Napoleón.

Ambos rieron espontáneamente, y mientras la Güera cosía el botón la conversación cambió hacia temas desenfadados, propiciando un trato afectuoso y cálido.

—¿Y qué lo trae por estos rumbos, se podría saber?

—Voy rumbo a España pero mi embarcación debió detenerse en Veracruz, ya que la armada inglesa bloquea la zona.

—¡Vaya! Me consuela no ser la única en emboscarlo; por lo visto, la suerte no está de su lado —dijo esbozando una gran sonrisa.

—Por el contrario, la suerte me sonríe ahora mismo. —Simón la miró con aire galante, sintiéndose seguro de sí mismo.

—Me parece, subteniente, que confunde suerte con cortesía: la primera es obra del azar y la segunda el resultado de una buena educación. Quizás no lo sepa, pero en las artes del romance no existe la suerte; para subyugar al contrincante se requieren paciencia y dedicación, igual que en la guerra.

—Paciencia es de lo que carezco, madame; mi barco partirá prontamente —dijo, divertido por el duelo verbal—. Pero la perseverancia es mi espada predilecta y estoy dispuesto a batirme, no me agradan las derrotas.

—Con actitud tan violenta logrará que el contrincante huya antes de enfrentar batalla, se lo aseguro… ¡Mire, ya he terminado! —dijo la Güera, extendiendo la casaca a Simón—. Qué diferencia; su botón ha quedado tan firme como el mejor almirante.

De regreso en el salón, la Güera charlaba con el grupo de damas donde se ubicaba su hermana, quienes movían los abanicos al mismo tiempo cual si fueran coro de ballet, y ella se sofocaba con el humo y el olor de sus cigarritos. Mientras tanto Simón, ubicado a media distancia entre caballeros, le espiaba revisándola de pies a cabeza. Cuando los músicos comenzaron a ejecutar una alegre contradanza, se acercó con decisión.

—Madame, ¿me concede este baile?

Ella se dejó guiar hasta el centro del salón, donde algunas parejas ya comenzaban a danzar.

—Llámame María Ignacia o Güera, como todos, pero no «madame»; hemos intimado lo suficiente para tratarnos sin formalismos.

—Siempre hay un roto para un descosido, y en tales circunstancias lo propio es tutearse —expresó él en son de broma, y sin más preámbulos se dieron al baile.

La sorpresa de María Ignacia fue mayúscula al descubrir que Simón ejecutaba los pasos precisos que exigía la música con excelente ritmo, elegancia y gracia; conversaron entre el reunir y separarse de la pieza.

—Si te afanaras en tu arreglo personal al igual que en la danza, serías el militar más prolijo de América.

—Cuando el ser humano realiza libremente aquello que le agrada, el resultado suele ser satisfactorio.

—¡Ahora resultas filósofo, cuántas sorpresas nos depara la existencia! Y dime, ¿qué planes tienes para tu vida?

—Por lo pronto, conocer la ciudad y las cercanías. Como no sé cuándo he de partir, debo aprovechar cada minuto de mi estadía.

—Quizás pueda ayudarte a realizar tus planes en libertad, por lo cual, de acuerdo con tu filosofía, gozarás de una estancia placentera —agregó con ironía.

Animado por las bromas y tal vez notando que entre ellos se había formado una cordial relación, Simón se atrevió a galantear nuevamente.

—Nada sería más grato que dos angelicales luceros me sirviesen de guías.

La Güera supo que estaba en peligro: si el caraqueño insistía en galantearle, los rumores podrían llegar a oídos de su esposo, provocando sus violentos celos.

—Perdón, no quiero que malinterpretes mis palabras. Has de saber que estos ojos no son celestiales sino terrenales: soy mujer casada y con tres hijos.

—¿Y tu marido?

—Es militar, está con sus tropas.

—Entonces podríamos atenuar nuestra soledad mutuamente —dijo de nuevo con galanteo, cuya insistencia despertó mayor temor en la Güera.

—Perdóname, en verdad no puedo acompañarte, pero al menos puedo aconsejarte. ¿Qué te interesa conocer?

—Todo lo auténtico; el alma de la ciudad y su pueblo —exclamó con grandes ademanes—. Desde sus palacios y mazmorras hasta la comida y la música. Por ejemplo, los bailes; no creo que estos minuetos y contradanzas se acostumbren en plazas y rancherías.

Ella iba a contestar cuando los músicos concluyeron la pieza. Los caballeros se inclinaron ante sus parejas para luego acompañarlas de regreso a sus asientos. Simón, por el contrario, no estaba dispuesto a dejarla escapar y la retuvo del brazo con sutil firmeza.

—Por favor. Cuando menos concédeme hoy el placer de tu cercanía.

La Güera miró alrededor y descubriendo que nadie les prestaba atención, accedió a sus deseos y reanudó la plática.

—El reino de Nueva España es rico en costumbres que te parecerán extrañas —la Güera comenzó a charlar entusiasmada, porque las costumbres patrias la fascinaban—: en lugar de pan la gente come tortillas, y la comida se condimenta con chile; ya veremos qué tan valiente eres. En cuanto a tu interés por las danzas, te puedo adelantar que algunas están prohibidas porque se han considerado inmorales; como el jarabe gatuno, que ya varios curas han atacado desde el púlpito…

—¡Danzas inmorales! —interrumpió con ojos traviesos—. ¿Tú has bailado ese jarabe?

—No, pero lo he observado en la hacienda de mi padre —se acercó para hablarle al oído—. Sus coplas y movimientos son capaces de causar rubores; si alguien se atreviese a bailarlo aquí, sería echado de la reunión.

—Daría cualquier cosa por verlo y aprender a bailarlo.

Simón se entusiasmó con la plática y habló sobre de los joropos bailados en las llanuras venezolanas. Ella, en contrapartida, le comentó del jarabe, el huapango y la bamba. En medio de la conversación bailaron una pavana, ejecutada con perfección y altivez por Simón, y luego ella le enumeró los sitios dignos de visitar: el paseo de la Viga, Santa Anita, Xochimilco, la catedral, el Coliseo, la Alameda, y por las cercanías, los baños de Moctezuma en Chapultepec y los poblados campestres de San Agustín de las Cuevas, San Ángel y Coyoacán. El tiempo transcurrió entre bailes y conversación hasta que, al fondo del salón y ya con la mantilla sobre los hombros, doña Ana de Padilla, marquesa de Guardiola, le hizo señas a María Ignacia.

—Perdón, me indican que debemos marchar; prometí a los marqueses que la esperaría para acompañarla.

Se acercó a Simón, dándole un amistoso beso en la mejilla.

—Gracias. He pasado una entretenida velada, ojalá aprendas a bailar jarabe gatuno.

Se alejó con singular alegría y cruzando la puerta le sonrió con un guiño, mezcla de gracia y coquetería, que Simón contestó con ligera inflexión de la cabeza y ánimo esperanzado.

21

DESPERTARES
1799

Desde que posó la mirada sobre las primeras palabras de la carta no paraba de reír, era una colección de errores ortográficos como jamás había visto: «Muy señora mia, hoy que te he conocido mi vida a dado un buelco. Me entristese el saber que mi barco, anclado en Veracruz, partirá pronto y abré de alejarme hacia la Abana y Europa, prosiguiendo mi biaje. El plaser de mirar tus ojos bien merecería abandonar mi destino, y te suplico que aunque sea por brebe tiempo me permitas gosar de tu compañía…».

Pero además de diversión, la misiva le produjo una profunda ternura. Acaso los errores revelasen un oculto aire de orfandad, un ser que no obstante su abolengo e inteligencia, había vivido en continuo desamparo. Detrás de cada error ortográfico, de cada involuntaria equivocación, se escondía la carencia de una maternal mano que le hubiese guiado en las primeras letras y estudios. Guardó silencio, conmovida. Había pensado ignorarlo pero entonces dudó: releyó el escrito sin reparar en los errores, intentando encontrar únicamente los sentimientos, las ideas. Finalmente una solidaria emoción se apoderó de su alma, y considerando que Gerónimo regresaría a casa en dos semanas, cuando Simón ya hubiese partido, decidió arriesgarse y contestarle.

Dobló la carta con cuidado y la escondió en uno de los cajones ocultos del secreter. Tomó papel y escribió dos mensajes. En el primero le informaba que aceptaría reunirse con él siempre y cuando se comprometiera a cumplir cabalmente sus condiciones: los encuentros serían exclusivamente amistosos y al mínimo intento de galanteo cesaría la amistad; para evitar habladurías, jamás debía acudir a su casa o enviar mensaje alguno, y ella tampoco acudiría a la de su hermana donde se hospedaba; y finalmente, cuando ambos fuesen convidados a una misma tertulia o evento social, asistirían por separado y en horarios notoriamente distintos, pero ya en la reunión buscarían el momento para apartarse y charlar.

El segundo mensaje lo dirigió a su hermana, pidiendo que la invitara esa misma noche al teatro, ya que se representaría una comedia que desde hacía tiempo deseaba presenciar, y le sugirió además que, como gesto de educada gentileza, convidase a don Guillermo y a su huésped.

En el Coliseo se representaba la exitosa comedia *Boda a la moda*, de Antonio de Valladares. El público abarrotaba las plateas, palcos y galerías, de tal manera que el calor y la humareda eran sofocantes, confundiéndose los olores de tabaco y sudor. Las mujeres se abanicaban constantemente y usaban sus pañuelos, impregnados de perfume, para refrescar el olfato de cuando en cuando.

Simón lucía irreconocible: el flamante conjunto de casaca, chaleco, pantalones de seda a la rodilla con calcetas de seda y camisa de encajes le conferían una apariencia de verdadero petimetre, como llamaban a quienes vestían a la moda. Por su parte, ella se arregló recatadamente con un vestido en tono oscuro y mínimo escote, acorde al pudor que las mujeres debían guardar en Cuaresma.

Al llegar al palco de los marqueses de Uluapa, Manuel, Josefa y don Guillermo se instalaron al frente; Simón y ella en la segunda fila.

—¿Asistes con frecuencia? —preguntó Simón observando el gentío.

—Al igual que todos: dos o tres veces por semana. En especial cuando se presentan obras interesantes como las de Fernández de Moratín, al que acusan de afrancesado.

—Más que acusarlo deberían alabarlo —dijo Simón, intentando llamar la atención de ella—. Las ideas francesas han iluminado al mundo.

A la Güera le alarmó tal comentario; por suerte don Guillermo de Aguirre no lo había escuchado, ya que era riguroso enemigo de los filósofos franceses. Para desviar la conversación se abanicó y giró hacia Simón.

—Debo prevenirte que buen teatro no será lo que presenciaremos. El país sufre escasez de actores y comediantes, a tal grado que el gobierno se vio obligado a colocar en el escenario a una asesina —dijo guiñándole un ojo con la intención de picar su curiosidad sin conseguirlo, porque la atención de Simón se había extraviado.

—El teatro es el arte que más puede transformar el pensamiento de una nación —comentó él, todavía distraído—. Escasearlo, como bien has dicho, es un crimen.

Tras el abanico de marfil y seda, que al desplegarse mostraba una escena de la diosa Afrodita, la Güera espió los palcos cercanos con unos de esos binoculares de teatro que comenzaban a usarse, descubriendo al instante la razón de su desatención.

—Veo que tu mente ha sido capturada por las Gálvez —protestó molesta; le desagradaba que los hombres galantearan con otra mujer en su presencia—. Si lo deseas, puedo presentarte con ellas.

—No, no es eso. —Simón tomó el abanico de la Güera para cubrirse los ojos de manera graciosa —. Por favor, continúa con la historia; prometo ya no distraerme.

—¿Continuar? —rio con desenfado, para enfatizar que el asunto no tenía importancia—. Si no he comenzado siquiera.

Ambos tuvieron que acallar las risas porque la orquesta comenzó a ejecutar una alegre melodía anunciando el inicio de la obra. Tan pronto se hizo la oscuridad y comenzó la función, Simón se envalentonó y colocó discretamente una mano sobre la de ella. En un principio la Güera no intentó evadirlo, pero a la primera ocasión propicia, cuando un parlamento de la comedia levantaba grandes risotadas, retiró la suya so pretexto de cubrirse la boca mientras con mirada enérgica le hacía entender que no lo intentase nuevamente. Él apenas atinó a sonreír con gesto travieso.

Según lo predicho, la escenificación teatral mostró actuaciones tiesas y simplonas; varios de los actores olvidaron continuamente sus diálogos, obligando a que el apuntador, escondido tras la concha del proscenio, se los recordase. Únicamente la primera dama, Bárbara Ordóñez, y el famoso Zendejas, sobresalieron de la mediocridad. Durante el intermedio se presentaron varias danzas populares y Simón pudo conocer la bamba, el curritico, y el churripamplí, nombres que le divirtieron muchísimo e intentó pronunciar correctamente sin conseguirlo. Además, alabó la belleza y gracia de la bailarina Ana María Zendejas, cuyo nombre había estado en chismes por líos amorosos con un aristócrata.

—¿Te han gustado los bailes? —preguntó ella.

—Sí, pero no observé nada que pudiera ruborizarme —contestó con sonrisa irónica para picar su vanidad.

—Estos bailes son previamente censurados por la Inquisición —se defendió ella—, en el Coliseo jamás verás algo indebido.

—Ah, pues entonces continúas en deuda; prometiste mostrarme el jarabe gatuno.

—¡Ay, Simón, pides demasiado! —exclamó bromeando mientras golpeaba su hombro con el abanico—. Acepta por pago no un jarabe sino cuatro sonecitos que ya has presenciado.

Terminando la función fueron al merendero El Conejo Blanco, una pequeña fonda que comenzaba a ser frecuentada por algunos criollos. Entre penetrantes aromas de pollo asado y vino barato, conversaron e intercambiaron opiniones con Josefa, Manuel y don Guillermo de Aguirre. Era de llamar la atención cómo Simón abordaba cualquier tema con impetuosa pasión, tanto al hablar de calles y palacios o al referirse a la comida, a los textos de la obra que recién habían presenciado o al criticar la injusta miseria de vagos y léperos.

En primera instancia, la Güera lo había considerado un «pollo», como se llamaba a los jovencitos que gustaban más de presumir lujos que de cultivar la inteligencia, pero aquella impresión fue cayendo en el vacío conforme lo conocía. Era de inteligencia despierta, avispado, voluntarioso y especialmente preocupado por la justicia y la libertad. Como defectos podía señalar, ante todo, que era en extremo vanidoso, impulsivo y de verdad muy testarudo; pareciera que su personalidad se debatía entre el deseo de cambiar al mundo y, simultáneamente, alcanzar fama con ello.

Convinieron en reunirse al día siguiente por la mañana ya que en la tarde estaba citado a conversar con el virrey Azanza, cuyo tío había tenido importantes cargos en Caracas antes de acogerlo bajo su protección, y al enterarse de la presencia de Simón en la ciudad deseaba conocerlo para conversar de sus amistades en aquellas tierras.

Cuando llegó a la Alameda con Teófila y los nenes, ya les esperaba Simón frente a las rejas de entrada al parque. Después de saludarla, besar a sus hijos y elogiar la gracia de las criaturas, le pidió que caminasen. Aunque aquello era indebido para una dama decente, accedió, ya que por ser miércoles, día de trabajo general, la Alameda estaba casi desierta.

Los niños correteaban libremente por los jardines bajo la vigilancia de la nana cuando Simón comentó haber leído un letrero, ubicado junto a la reja de entrada, prohibiendo el paso a toda persona descalza y con ropaje roto o sucio.

—¿Esto es común? —preguntó con un dejo de molestia.

—Quien estableció tal decreto fue el virrey Revillagigedo —comentó ella con coraje, ya que dicho gobernante había sido el culpable de su matrimonio con Gerónimo—, un hombre severo y engreído.

—¡Prohibir al pueblo andar sobre su propia tierra es un crimen! ¿Y por qué Azanza no deroga tan injusto reglamento?

—Eso habrás de preguntárselo tú mismo, ahora que es tu amigo —bromeó la Güera.

Llegaron a la segunda rotonda del parque, donde se ubicaba la fuente de Hércules rodeada de verdes fresnos, álamos y sauces, y se sentaron en una banca a conversar. En aquel paraje de olores frescos se disfrutaba el murmullo de las saltarinas aguas, mezclándose con las alegres risas de las criaturas.

—El hombre ha nacido libre y sin embargo vive en todas partes entre cadenas —dijo Simón como quien declama un verso aprendido de memoria—. Quien se considera amo no deja de ser menos esclavo que los demás.

—¿Y eso? —preguntó sorprendida.

—Es una idea de Rousseau.

—He escuchado malas cosas de dicho señor —resopló ella con un dejo de desprecio—. Hace tiempo, un sacerdote intentaba convencerme de que la mujer no debe acceder a la educación,

alegando que hasta los pensadores franceses, y mencionó a Rousseau, consideran que las virtudes femeninas deberán ser la buena conducta y la suavidad de carácter.

—Tienes razón; la mujer tiene tanto derecho a la educación como el varón. Pero aun considerando tan craso error, Rousseau posee muchos pensamientos valiosos.

Mencionó con gran orgullo que Simón Rodríguez, su maestro y preceptor, lo introdujo a las ideas de la Ilustración no mediante la lectura de libros sino valiéndose de la discusión y el diálogo, como hacía Platón en la Grecia clásica; el entendimiento era lo fundamental, no así el aprendizaje de memoria. Durante la charla surgieron temas como la libertad, la igualdad, el progreso y la felicidad. Ella escuchaba con gran atención, pero al repetir constantemente los nombres de Rousseau o Voltaire, comenzó a molestarse.

—¿Te das cuenta de que los pensadores a los que te refieres son nuestros enemigos? En tu carta he contabilizado tantas faltas ortográficas que te descalifican para tratar estos temas.

—La libertad no se escribe, se ejerce —protestó él con vergüenza y disgusto.

Ella reprimió la risa de inmediato. Supo que tocaba un tema doloroso que no acertaba a entender, pero debía evadirlo; quizás era cierto que Simón había carecido de unos padres atentos a su educación.

—Al igual que el pan alimenta el cuerpo, la libertad nutre nuestro espíritu —exclamó Simón clavando su mirada en la Güera.

—Bueno, todos somos libres —dijo ella con afán conciliatorio.

—Creemos ser libres pero en realidad somos esclavos de las reglas impuestas por la sociedad.

—Las leyes han sido creadas para mantener el orden, sobre el cual se sustenta el bien social —le contravino de inmediato; no iba a dejarse maltratar intelectualmente por nadie, y menos por un jovencito. Si bien no había podido estudiar por estar negado a la mujer aquel derecho, en cualquier oportunidad se inmiscuía en las conversaciones de los varones más sabios del reino, y mucho había aprendido en ellas.

—La mayoría de las leyes han sido formuladas para dominar al pueblo e impedir que goce de sus derechos —explicó Simón, notando que la Güera desconocía los pensamientos franceses—. El estado natural del hombre es la libertad.

—¡Vaya! ¿Crees que deban suprimirse las leyes y nos comportemos cual salvajes? ¡Eso es una sinrazón! —exclamó contrariada.

—Hemos perdido nuestro estado natural y no podremos ya recuperarlo —explicó Simón tranquilo—, pero se puede mejorar nuestra condición forjando naciones y pueblos libres. El mismo Rousseau escribió: «En tanto que un pueblo está obligado a obedecer y obedece, hace bien; pero tan pronto puede sacudir el yugo obra mejor, pues recobrando su libertad con el mismo derecho con que le fue arrebatada, comprueba que fue creado para disfrutar de ella».

La plática se prolongó por largo tiempo, exponiendo Simón razones y citando pensamientos de Rousseau; ella contravenía con frases que había escuchado en conversaciones de la corte virreinal o leído en libros, pero en cuya falsedad jamás había reparado porque de tanto escucharlas las había dado por verdaderas.

Se puso en pie y caminaba en vaivén, sintiendo que las pesadas enaguas de la falda le impedían moverse cómodamente. En aquel torpe ir y venir descubrió que por primera vez externaba sus pensamientos con libertad; sus ideas fluían sin que fuesen rechazadas por nacer de la boca de una mujer. Simón la miraba en igualdad, no como a un ser inferior, y sin darse cuenta, poco a poco fue engarzando sus razonamientos a los de él, para concluir en concordancia.

En cierto momento, sumamente exaltado, Simón se puso de pie y pronunció el pensamiento más

perturbador que ella hubiera escuchado:

—¡América entera debe ser libre!

—¡Estás loco! —respondió de inmediato, como si escuchase una herejía—. ¿Quieres que Nueva España y toda América se separen de la Corona española?

—Estados Unidos se liberó del Imperio británico hace más de veinte años, Francia de la monarquía hace diez. ¿Por qué nosotros no? ¿Acaso merecemos menos?

Ante aquellos argumentos la Güera guardó silencio pensativa, examinando en sus adentros los razonamientos expresados por Simón, que le parecían justos y sensatos, aunque en el fondo de su alma le despertasen resquemores: pensar aquello era tan prohibido como declarar que la palabra de Dios no fuese verdadera.

Y sin embargo hablar de libertad le producía un extraño placer, como si desde siempre hubiese percibido que era un don al que debía aspirar, aunque lo hubiese acallado por culpa de la educación que había recibido.

22

IMPRUDENCIAS DE JUVENTUD
1799

Sentada junto a Simón, la Güera disfrutaba el paisaje. Habían subido a lo alto del cerro de Chapultepec, donde rodeados de enormes ahuehuetes permanecían sentados sobre una manta. Tenían el valle de México a sus pies y la claridad del aire era tan diáfana que se podía apreciar el paisaje con todo detalle: al centro se apreciaba la Ciudad de los Palacios, los portentosos conventos, la majestuosa catedral y las torres de las iglesias sobresaliendo por encima de las diminutas casas; a su espalda y costados yacían los lagos de Texcoco y de Chalco y al frente se extendía el valle, teniendo al costado derecho los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl bellamente copados de nieve. Más cercano y en la misma orientación corría el canal de la Viga, comunicando a la ciudad con el lago de Xochimilco. Esparcidas en la planicie se descubrían las villas de Coyoacán, Mixcoac, San Agustín de las Cuevas, Tacubaya y San Ángel, y a la izquierda, en la cercanía, la magnífica hacienda de los Morales con sus famosas moreras para la crianza de gusanos de seda.

Durante los días anteriores se habían reunido en varias ocasiones, intercambiando pensamientos, cuestionando, discutiendo y argumentando con apasionado vigor. Las ideas de la Güera fueron cambiando tras cada conversación, y su mente acercándose al credo de Simón. Hablaban de la libertad como fundamento del progreso humano, la necesidad de la independencia y lo abominable de la esclavitud, el mayor pecado de la humanidad. Con esa fervorosa pasión propia de la temprana juventud, criticaban al mal gobierno y a los ociosos aristócratas, parásitos del progreso. También se convencieron de que muchos pensaban como ellos, y sin duda alguna en diferentes ciudades se organizaban revoluciones para precipitar el cambio y promover la independencia. En las apasionadas disertaciones se fueron identificando como una sola imagen reflejada en el espejo, coincidiendo normalmente en los mismos planteamientos. Sus emociones se hallaban exaltadas, y repitiendo de memoria a Voltaire, consideraban que vivir con prudencia era vivir en tristeza.

Ya no miraba a Simón como adolescente en inferioridad sino como un compañero en igualdad que respetaba su mente y le enseñaba a discutir y argumentar. Por su parte, acaso engreído por el entusiasmo con que ella secundaba sus ideas, él se mostraba cada vez más seguro de sí mismo y sus ideales libertarios lo exaltaban de modo creciente. Sin darse cuenta, la constante cercanía con la Güera le había despertado sentimientos que sobrepasaban la mera amistad.

Para apreciar el paisaje de mejor manera, ella se sentó con las piernas contra el pecho y el mentón recargado en las rodillas. Bajo las pequeñas alas del sombrero inglés podía percibir cómo el viento le acariciaba el rostro y jugueteaba con los mechones de su cabello. Se escuchaban el alegre piar de gorriones y el ronroneo del agua, ya que a pocos metros surgía un manantial que, bajando por el cerro, inundaba las albercas conocidas como los Baños de Moctezuma y luego, por medio de un acueducto, llegaba hasta el centro de la ciudad. Lentamente recorrió la vista sobre el valle hasta posar la mirada en los volcanes. En la lejanía apareció un águila volando, y al igual que aquella majestuosa ave la Güera se sintió libre, renaciente. Desanudó silenciosamente el sombrero, lo colocó a un lado y en un impulso que no pudo controlar acercó su rostro al del joven, besándolo tiernamente en la mejilla. Simón, sorprendido, se irguió de golpe queriendo corresponder con un beso, pero ella lo

contuvo.

—No hables, por favor; cualquier distracción puede robarnos la memoria de este momento —dijo ella apoyando la cabeza sobre su hombro—. Has logrado ganar mi respeto y amistad, que, lo juro, son más valiosos que el falso amor. Cuando partas, conservaré entre mis recuerdos mi más sincero agradecimiento.

Ambos guardaron silencio. El cielo comenzó a encapotarse.

Esa misma tarde, la Güera supo de las imprudencias cometidas por Simón. Manuel había pasado a visitarla pidiendo que le invitara un poco de chocolate, y ya sentados con los olorosos cocos chocolateros en las manos, comentó que el Caraqueñito, como la gente apodaba cariñosamente a Simón, actuaba con gran indiscreción.

—Mientras comíamos con algunos miembros del Ayuntamiento defendió con exagerada pasión algunas ideas que, si bien las considero progresistas, expresadas sin cautela resultan desatinadas —dijo limpiando sus gafas con clara inquietud—. Ya en otras ocasiones se ha comportado de igual manera, lo que comienza a ser riesgoso.

La Güera lo miró sin comprender la causa de su comentario, sabiendo que su cuñado acostumbraba ser muy certero en sus palabras.

—Entiendo que en la tertulia del virrey te reunirás con él —agregó en tono de complicidad—. Y también me he percatado de que te atraen los mismos temas que a nosotros.

La miró con orgullosa sonrisa, y sacando un libro que traía envuelto en un paño gris, lo puso entre sus manos. En la portada se leía *Candide, ou l'Optimisme*; el autor era Voltaire.

—Comprenderás que siendo regidor del Ayuntamiento me es indispensable conservar en secreto las ideas libertarias. Por eso te suplico que hables con Simón; ojalá escuche tus consejos por bien de todos.

La Güera miró el libro con asombro; no sabía que su cuñado profesase las mismas ideas que apasionaban a Simón. Haberle confesado su secreto le pareció un acto de confianza que no estaba dispuesta a traicionar, todo lo contrario.

—Pero tu inquilino, Guillermo de Aguirre, es reconocido por sus ideas conservadoras —dijo temerosa al darse cuenta del peligro que corría Manuel.

—Por eso mismo lo recibí en mi casa; que vivamos bajo el mismo techo aleja las sospechas —se puso de pie y miró el reloj que colgaba de su chaleco—. Me marcho para que puedas ir a Palacio… Te prometo que en las tertulias literarias comentaremos este libro y otros que luego te iré prestando. Por lo pronto, haz que Simón entre en sana cordura.

La Güera se entusiasmó: Manuel le invitaba a sus tertulias para conocer y discutir sobre los pensadores modernos, aquellos que promulgaban la libertad e igualdad como normas. Entendió entonces que los pensamientos políticos eran fusiles y, como tales, capaces de causar daño incluso a quienes amaba. Ante dichas cavilaciones se descubrió cada vez más molesta por lo impertinente que había sido ella misma, pero mucho más por la imprudencia de Simón. Tuvo un mal presentimiento y decidió cambiarse de ropas para acudir a Palacio de inmediato.

Como el virrey Azanza era soltero, acostumbraba organizar selectas reuniones de caballeros para entretenerse con juegos de cartas o billar, pero ese día especialmente había invitado también a damas porque estaba presente su prometida, María Josefa Alegría, con la que se casaría en abril del siguiente año. En un extremo del salón, de finos cortinajes y espléndidos muebles, había una mesa dispuesta con mantel de paño verde donde un reducido grupo de cortesanos jugaba al revesino, partida de

naipes muy gustada por la aristocracia europea. En el centro del salón algunos jugaban al billar y por los extremos había grupos que conversaban afablemente. De pronto, se escucharon gritos y aplausos y las miradas se posaron en la mesa de juego: el marqués de Aguayo había organizado un «chilito», es decir, una partida de albures para decidir quién ganaría el cuantioso monte acumulado. Tal asunto atrajo a casi toda la concurrencia, agrupándose con gran alboroto alrededor de los nobles.

La Güera aprovechó para ir con Simón, ubicado junto a una hermosa cajonera bargueña, quien por única compañía tenía una copa de vino en la mano.

—¿No has bebido ya demasiado? —preguntó molesta—. Me han comentado que actuaste con arrogancia, discutiendo de asuntos que escandalizaron a más de uno.

—Tan sólo preguntaron mi opinión sobre la reciente conspiración de Gual y España en Venezuela, y expresé mi sentir: los deseos de libertad e igualdad son naturales a todo hombre, y acordes a los principios cristianos.

—Las ideas son peligrosas, bien lo sabes —le dijo en voz baja.

—¿Qué te sucede, Güera? Tú piensas igual —contestó en tono airado.

—Sí, pero una cosa es comentar nuestros credos en privado y otra alardear frente a extraños.

—Por si no lo sabes, en el grupo solamente había criollos.

—¿Crees que comulgarán contigo tan sólo por ser americanos? Aunque en privado piensen como nosotros, la mayoría son incapaces de expresarlo y mucho menos de ponerlo en práctica; la cobardía es más común que el buen entendimiento.

—No tengo nada de qué arrepentirme —masculló irritado, levantando la voz nuevamente—. ¡La peor esclavitud es la que suprime el pensamiento!

La Güera dejó escapar una risita sarcástica a causa del coraje contenido, pero continuó hablando en voz baja, temerosa de que alguien pudiese escucharles.

—¿Ya olvidaste lo que dice Voltaire? —preguntó ella, intentando retornarlo a la cordura—: «El que revela el secreto de otros pasa por traidor; pero quien revela el propio pasa por imbécil».

—Pues también dijo: «¡Proclamo en voz alta la libertad de pensamiento, y muera el que no piense como yo!». —Levantó la copa, y retándola, la bebió de un trago.

Ella intentó tranquilizarlo, bajando nuevamente la voz.

—¿Por qué te enfadas? Sólo procuro evitar problemas y mantener a salvo a tus anfitriones, ¿acaso has pensado en ellos?

—No me trates como imbécil ni me limites, soy capaz de todo.

—¿Capaz de todo? ¡A que no hablas de igual modo frente al virrey! —retó, a sabiendas de que no se atrevería—. ¿Entiendes? Con los enemigos debemos ser astutos.

—¡Piensas que me acobardo! —Simón tomó un nuevo trago de vino.

—Créeme que de enfrentar al virrey serías tachado de borracho y hasta se reirían de ti. Si en este mismo instante alguien gritara «libertad, igualdad, fraternidad», no realizaría un acto valeroso sino el más estúpido suicidio.

—¡Estupidez sería no hacerlo!

Quiso arrebatarle la copa, pero Simón retrocedió riéndose con mofa y logrando exasperarla.

—Mira, Simón, mejor encontremos un pretexto para reunirnos mañana y conversar sosegados; hoy estás inaccesible.

—Huyes porque te falta coraje para transformar las palabras en hechos —le dijo en tono que más parecía desafío que reproche.

A la Güera aquellas palabras le dolieron hondamente; si algo le enorgullecía era no amedrentarse ante los riesgos, pero viendo que Simón se comportaba de manera irracional, prefirió evadirlo.

—No encuentro razón alguna para permanecer aquí. Cuando recuperes la cordura hablamos. — Dio media vuelta y, verdaderamente enfadada, se alejó.

Al fondo, en la mesa de juego se producía gran barullo; el marqués de Aguayo había ganado la apuesta. Simón se dirigió hacia ellos.

Al día siguiente la pesadumbre la martirizaba. Había recibido carta de Simón, y en vez de divertirse entristeció: intercambiando eses por ces o zetas, refería que por orden del virrey abandonaría la ciudad rumbo a Veracruz y deseaba despedirse antes de emprender el trayecto. Al parecer, imprudentemente había expresado sus ideas libertarias e independentistas esa noche, por lo cual el gobernante lo había expulsado y debía proseguir su viaje.

Su primera reacción fue de enojo, aunque pronto se trastrocó en remordimiento. Intentó convencerse que no tenía culpa alguna por lo sucedido, que se lo había advertido, subrayando el peligro de exponer ideas revolucionarias públicamente pero, testarudo, no la había escuchado. Y mientras más justificaciones buscaba, más se descubría en complicidad por haberlo azuzado o cuando menos por no permanecer con él para contenerlo. Había actuado equivocadamente, no tenía duda de ello, y por lo mismo no podía dejarlo ir sin despedirse.

Sin embargo, estaba en una encrucijada: encontrarse con él, ya fuese en su casa o en la de su hermana, despertaría habladurías en la corte por mantener relaciones con personas ofensivas al virrey. Por otro lado, si no se despedían estaría actuando de manera indigna y desleal.

Con la inquietud estimulando sus acciones, concibió la manera de reunirse con él sin que la sociedad lo supiera, y de inmediato dispuso los arreglos pertinentes. Hizo que Casimiro llevara una nota a la hacienda de La Patera y otorgó unos reales a la servidumbre a cambio de que jurasen, por la salvación de sus almas, que no comentarían a nadie que al día siguiente estaría ausente de casa. Debía ayudar a una amiga en problemas, les dijo, pero ni Gerónimo ni nadie debería enterarse.

Después envió un recado a Simón:

> Me causa gran tristeza la noticia, pero no puedes partir sin que te haya mostrado el jarabe gatuno. Toma el carruaje que deberá llevarte a Veracruz; al salir de la ciudad estará esperándote Casimiro, a quien bien conoces, para cambiar tu rumbo a La Patera, hacienda que pertenece a mi familia. Allí te alcanzaré y después podrás proseguir tu viaje sin demora. Tu amiga siempre, María Ignacia.

23

DESLIZ HACIA LA LIBERTAD
1799

La Güera galopaba rumbo a La Patera, y mientras bordeaba las orillas de la pequeña laguna, una parvada de patos se echó al vuelo cubriendo el cielo de graznidos y aleteos. A lo lejos logró distinguir el grisáceo casco de la hacienda y de inmediato el buen humor se apoderó de su ánimo. Con el objeto de pasar desapercibida había vestido ropas de chinaco, y aunque los pantalones de manta con chaparreas de gamuza le brindaban gran comodidad, apestaban a bestia. La indumentaria se complementaba con una chaqueta corta y sombrero de anchas alas, bajo el cual escondía sus cabellos.

Simón, sentado bajo el pórtico, se alegró al divisarla y corrió para recibirla, ayudándola a desmontar.

—Temía que no vinieses —dijo.

—Jamás me perdería la oportunidad de verte sufrir —bromeó—. Hoy cenaremos las salsas picantes de doña Chelo y entonces veremos qué tan valiente resultas.

Tras pasar el portón y cerrarlo le pidió que esperase en el patio, percibiendo una alegría poco común, similar a la felicidad de un niño que comete alguna travesura. Él también se mostraba contento.

—Voy a mudar mis ropas porque, sin ofender a los presentes, las de los varones embrutecen en demasía —remató y soltó una sonora carcajada.

La Patera había sido construida como pequeña fortaleza que con el paso del tiempo se fue transformando en agradable y campirana hacienda. Ubicada a escasas leguas de México entre los ríos Tlalnepantla y de los Remedios, poseía óptimas condiciones para la agricultura, recibiendo su nombre por las constantes crecidas de las aguas, que cubrían las tierras y atraían a gran cantidad de patos. La casa se ubicaba entre los toscos muros de la antigua fortaleza; era una edificación cerrada de una sola planta con huerta central rodeada por un pasillo que daba acceso a los dormitorios, la cocina, el comedor y el salón. Muy cercana estaba la pequeña capilla, consagrada a la Virgen de la Soledad, y más alejadas las chozas de los peones. A Simón la construcción le parecía un diminuto monasterio.

Regresó muy orgullosa, vistiendo falda de raso almidonado, enaguas ribeteadas de encaje, blusa de manta blanca y un sencillo rebozo sobre los hombros, a la usanza de las campesinas.

—¿Cómo luzco?

—Jamás te hubiera imaginado así… pero estás hermosa. —Simón externó el piropo con galantería, pero con auténtica sinceridad. En verdad le pareció más bella que nunca.

Satisfecha, lo condujo hasta el salón para descansar un momento en los equipales. La decoración de la hacienda parecía rústica pero ella siempre la encontraba de especial encanto; los austeros muros y el tosco mobiliario, básicamente elaborado con gruesas maderas, le otorgaban un señorío cargado de historia, casi medieval. En el horizonte, el sol declinaba perezoso y los vientos traían efluvios de diferentes hierbas. Sonrió pensando que hasta el clima había obrado a favor de sus planes.

—Como podrás apreciar, no contamos con servidumbre. Es más, nadie sabe que estoy aquí; piensan que has venido solo y ordené que no te molestaran porque así lo deseabas.

—Entonces no comprendo cómo vas a enseñarme el famoso jarabe gatuno —bromeó.

—Ya verás, pero antes necesito que entiendas algo: escogí este alejado sitio por seguridad, y si estamos solos es para evitar murmuraciones. Así como vine a galope, así debo retornar en unas horas; por favor, respeta nuestra amistad y compórtate como caballero.

Simón inclinó el rostro realizando una ligera caravana, con la cual daba a entender que se ponía a sus órdenes aun en contra de su propia voluntad.

—En fin, debemos comer. Envié indicaciones para que te guisaran ciertos platillos que harán inolvidable tu estancia.

Como niños jugando a preparar la comida, encendieron el fogón con varas de ocote. En ollas de barro reposaban distintos guisos; uno de ellos desprendía un apetitoso olor a especias y carne asada.

—Este es pato preparado en pipián verde; se guisa con chiles y pepitas de calabaza —dijo ella señalando las ollas—. Esta contiene mole rojo, aquí hay arroz que en esta región se cultiva, y en esa otra frijoles bayos. Además tenemos tortillas de maíz azul, tlacoyos y pulque, bebida que se elabora con el aguamiel de los magueyes y espero que no te desagrade; su aroma es un tanto putrefacto.

—Me hablas en idioma extranjero, no entiendo nada.

—Querías probar la comida del país; pues más auténtica que la preparada por los peones, imposible.

Ya sentados a la mesa, alumbrados por cuatro escasas velas y teniendo por vajilla rústicos platos y jarros de barro vidriado, la Güera lo miraba expectante. Al probar el primer guiso, Simón abrió la boca lanzando resoplidos: le ardían la lengua y los labios. Con ojos desencajados tomó el jarro de pulque, pero al olerlo rechazó la bebida de inmediato. Ella reía a carcajadas.

—¿Me quieres asesinar? —protestó—. ¡La bebida huele rancia y la comida quema!

—¡Qué bueno! ¡Mereces que tu lengua arda eternamente, ojalá aprendas a mantener la boca cerrada! —reclamó cambiando risas por enojo.

—Pues sólo te falta torturarme con gusanos.

—Te habría servido gusanos de maguey pero no es temporada, y aunque lo dudes son manjar de dioses —la Güera lo miró, retándolo—. Si deseas conseguir mi perdón, habrás de tomar el pulque de un solo trago.

Levantó su jarro y bebió un poco, y luego clavó los ojos sobre Simón, esperando que hiciese lo propio. El otro aceptó el reto y tapándose la nariz con dos dedos apresuró el pulque de un trago. Tras hacerlo, miró la bebida sorprendido.

—Extraño; huele mal pero sabe bien, y hasta diría que sabroso. En fin, sírveme más, que el incendio aún no se extingue.

—Tuviste suerte —dijo al rellenar el jarro—. No estás en prisión gracias a la intervención de Guillermo de Aguirre y de Manuel, mi cuñado.

—Brindo por ellos. De cualquier manera, días más o días menos, mi barco debería partir, y si las cosas hubiesen sucedido de otra manera hoy no estaría contigo; así que bienaventurados ellos y mis palabras. ¿Ves?, siempre es noble conspirar contra la tiranía.

Lo observó con seriedad. Algo existía en él, tan pleno de ideales y voluntad, de ímpetu y optimismo, que lo hacía único. Ante cualquier revés sabía salir airoso, remarcando lo positivo del suceso y anulando lo negativo como ahora, con esa sonrisa que durante escasos días había aprendido

a aquilatar. Cuando lo conoció le causó ternura pero también una misteriosa atracción, misma que intentó resistir. Entonces cayó en la cuenta de haber volcado su coraje contra una situación fortuita e inevitable; quizás estaba enojada consigo misma porque, aun tratando de evitarlo, se había encariñado. No era amor lo que sentía por Simón y sin embargo su partida le dolía.

—Salud —dijo la Güera con tono melancólico—, que tus sueños se tornen realidad.

—Perdone usted, madame, pero malinterpreta mis palabras —Simón bromeó con gestos exagerados y jocosos, intentando ocultar sus propios sentimientos—: le he pedido una sonrisa y no una lúgubre mueca. Si tanto sufre su alma por forzarme a comer lumbre y beber putrefacciones, debo confesar que el pulque ya me agrada, y en cuanto a la comida, pues dispénseme del suplicio y vuestra alma volverá a ser dichosa.

—¿Qué dices? ¡Nada; a comer todo o me marcho! —exclamó en tono de farsa.

Acto seguido le enseñó a utilizar las tortillas como cucharas, a combinar los guisos con frijoles o arroz para disminuir el efecto picante, lo obligó a probar cada uno de los platillos, comentándole cómo se preparaban y con qué tipo de chile se condimentaban, todo interrumpido por continuos brindis que Simón realizaba ya fuera para maldecir al chile, alabar el mole o exaltar el sabor de las tortillas.

El tiempo se escapó volando; habían concluido la cena y presos de una eufórica alegría bromeaban constantemente.

—¿Sabes, Simón? En realidad ni siquiera nos conocemos.

—Pues muy fácil —se puso en pie e hizo una exagerada caravana—: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios y Blanco, a los pies de usted.

—Hablo en serio. Hemos conversado de ideas, de libros, de sus autores, pero jamás de nosotros. No sé quién eres, qué sientes, qué te causa miedo o ilusiona… Cómo viviste tu infancia, quiénes son tus padres.

—¿De verdad quieres saber? —protestó con gesto de aburrimiento.

—Por supuesto. De revoluciones y de franceses estoy harta: por su causa te marchas.

—Perdón, Güera, pero eres injusta. Si no fuese por esas ideas, jamás habríamos entablado amistad.

—¡No voy a discutir! Hoy quiero conocerte, y ya que nuestro tiempo es limitado, comienzo yo.

Desinhibida por el alcohol, narró alegres relatos de su infancia y travesuras con Josefa; que su padre, al no haber tenido hijo varón, la educó como tal; habló de sus desavenencias matrimoniales y los tormentosos celos de Gerónimo, y de cómo con Simón había logrado por primera vez articular y expresar pensamientos propios. Él la secundó con recuerdos infantiles, platicó de su hermano mayor, Juan Vicente, de la gran riqueza de su familia, y conforme la conversación fue avanzando se volvió más íntima. Comentó que su padre murió al cumplir él dos años de edad, y su madre a los nueve; confesó el cariño que sentía por su nana Hipólita, una esclava negra que lo había criado los primeros años. Explicó cómo en su educación fue pasando de tutor en tutor: el abuelo, un tío, la hermana y finalmente Simón Rodríguez, director de una escuela pública de Caracas que debido a sus pensamientos revolucionarios tuvo que huir hacia Europa, abandonándolo también a los trece años.

Todo aquello logró conmover a la Güera. Había presentido que su pasado ocultaba alguna desventura, pero jamás hubiese imaginado tantas. Simón se dio cuenta del trastorno de la Güera y recuperando el aplomo exclamó tajante:

—¡Basta de sensiblerías, tales artimañas no te dispensarán de tus deberes! —se levantó del asiento, y señalándola con el dedo continuó—: Prometiste que me enseñarías el jarabe gatuno, y como estamos solos, creo que habrás de bailarlo tú misma.

—¡Estás loco, jamás lo he bailado! Además, no veo a músico alguno, y por si fuera poco, no se baila en soledad; es una danza de parejas, así que olvídalo.

—Lo sabía, las mujeres no tienen palabra de honor —exclamó con la intención de picar el orgullo de la Güera, lo cual consiguió, ya que ella se puso en pie, lo tomó de la mano y lo llevó hasta el centro de la huerta.

—A falta de músicos, nosotros lo seremos —dijo decidida—. Pero primero debes aprender la música.

Comenzó a entonar la melodía, estructurada en redondillas, e incitaba a Simón para que se le uniera en coro y tarareara, interrumpiendo esporádicamente con francas carcajadas. Tras repetir la tonadilla varias veces y comprobar que la había memorizado, se colocó a su lado moviendo los pies, zapateando al compás del ritmo e indicándole que le imitara. Pronto logró aprender los pasos básicos.

—Sigue tarareando mientras voy explicando. ¡Pero por amor de Dios, no desafines! —Reían alegremente—. En fin, si he de conformarme con tus faltas ortográficas, tendré que hacer lo mismo con los errores musicales.

Entre risotadas e iluminados por una hermosa luna llena, movían rítmicamente los pies uno al lado del otro hasta que, realizando un giro sobre su eje, logró situarse frente a él. Le ordenó que entrelazara las manos por detrás de la cadera, advirtiéndole que no debía liberarlas durante el baile. Tomando sus enaguas en puntas y alzándolas al vuelo, comenzó a balancear el cuerpo al vaivén de la tonada, realizando esporádicos giros.

—Dicen que se llama jarabe porque así como los boticarios preparan sus remedios con diferentes sustancias, este baile surgió de la conjunción de muchas danzas, y le llaman gatuno porque imita la manera en que el gato corteja a la gata.

—Ya con lo que miro deduzco que es un baile prometedor —rio Simón con picardía observando detenidamente las piernas de la Güera, que por causa del baile se le mostraban a intervalos.

Ella fingió no comprender la insinuación y girando hizo volar las faldas, mostrándose aún más garbosa. Le explicó que la coreografía consistía en los intentos del varón por besar a la mujer y los devaneos de ella para evitarlo.

—¿Podrás besar a la gatita? —concluyó desafiándolo.

Sin esperar más explicaciones y marcando los pasos aprendidos, Simón se acercó buscando la boca de la Güera pero ella se apartó burlándolo; lo intentó de nuevo pero le dio la espalda, meciendo el cuerpo con salero. Simón, haciendo gala de sus dotes de bailarín, la acechaba con ritmo, queriendo alcanzar su cuello. De reojo, la Güera lo miró acercarse a un palmo, flexionó el torso para alejarse pero en la acción alcanzó a rozarle la entrepierna con sus caderas: Simón, al sentir la suavidad de las carnes, imprimió mayor ímpetu al baile, haciendo que la danza se convirtiera en cacería. Ella tarareaba la melodía burlonamente, intercalando sensuales maullidos; él, en son de conquista, también maullaba divertido y embestía una y otra vez con dificultad, manteniendo las manos trenzadas detrás de la cintura.

Los contactos de ambos cuerpos fueron haciéndose continuos, los calores se mezclaban en una cercanía constante. Logró rozarle la mejilla pero ella lo esquivó prontamente. En un instante posó los labios sobre su cuello, logrando que la Güera percibiera su candente respiración. En dos ocasiones más sus piernas se entrelazaron pero ella conseguía escaparse una y otra vez. Los movimientos eran agitados, convulsos; nuevamente le dio la espalda, escabulléndose, él embistió y ella inclinó el torso para esquivarlo. Finalmente, Simón desenlazó las manos para abrazarla por la espalda, rodeándola y empalmándose al cuerpo de la Güera; ella sintió la rigidez del miembro de Simón entre sus glúteos. Giró para enfrentarlo.

—¡Tramposo! —rio con fingida inocencia—. No debías liberar las manos hasta que la música concluyese.

—Ya no escucho música alguna —dijo acercándose a su rostro, y antes de que la Güera pudiera contestar ya la estaba besando.

La cargó en sus brazos, llevándola hacia la habitación. La Güera no intentó liberarse, es más, en el camino tomó una vela para que los iluminara.

En la cama, al desnudarse, ella tomó la iniciativa pensando que era el primer acto amoroso de Simón. Lo besó con ternura, primero rozando sutilmente su boca, luego en el pecho y el cuello. A cada beso él respondía con otro de igual o mayor sensualidad; pronto dejó de imitar, y sin proponérselo era él quien guiado por su instinto ejercía el control. Sus manos acariciaban por cuenta propia, avanzando por los caminos y senderos que decidía explorar.

La Güera percibió cómo recorría con la lengua el vértice de su cuello hasta alcanzar el lóbulo de la oreja y prensarlo levemente entre los dientes, causándole apasionados rubores y escalofríos que recorrían todo su cuerpo. Entre discretos jadeos decidió perderse en los deseos de Simón.

En un palpitar creciente sus cuerpos fueron estrechándose. Ella, perdida en sus anhelos, exhaló un suspiro de placer al sentir que Simón la penetraba fundiéndose con ella.

En la madrugada, mientras él dormía, la Güera emprendió el regreso, no sin antes escribir una cariñosa nota:

> Querido Simón:
>
> Te contemplo dormido y mi alma ya te añora. Debo partir antes del amanecer para que no descubran mi ausencia. Te deseo lo mejor y agradezco al cielo haberte conocido. Que el viento lleve tu navío al destino que has marcado. No me olvides; por mi parte nuestras conversaciones, tus ideas y hasta tus arrebatos vivirán siempre como anhelos propios. Contigo aprendí a levantar la voz, y prometo que ya nunca la silenciaré. Jamás olvidaré lo que ayer dijiste: siempre es noble conspirar contra la tiranía.
>
> Te dejo un remedio de botica para el malestar estomacal que seguramente sufrirás por el exceso de picante y alcohol.
>
> Tuya eternamente, *María Ignacia*

Durante el trayecto a la ciudad, avanzando a todo galope, la conciencia la torturaba por el pecado recién cometido; sin embargo, no podía dejar de sonreír. Aquella experiencia, a simple vista contradictoria, le despertaba profundas ansias de libertad.

SEGUNDA PARTE

24

CONSPIRANDO ENTRE RUMORES
1809

Indecisa y temerosa, la Güera se paseaba de un lado a otro de su casa sin saber qué hacer. ¿Debía esperar las indicaciones de Allende antes de actuar contra Aguirre y los gachupines? Si se atrevía a obrar precipitadamente, ¿cometería algún error que en lugar de ayudar perjudicase a los patriotas? A pesar de sus dudas y temores entendía perfectamente que si demoraba demasiado, podría perder la oportunidad de atacar a los gachupines en el momento justo; si destituían al arzobispo y virrey Lizana, las agresiones contra los criollos se incrementarían, haciendo peligrar cualquier movimiento libertario.

Desde que espiara a Guillermo de Aguirre, fue maquinando un plan que le permitiese utilizar la información obtenida para favorecer a los conjurados de Valladolid. Mientras consideraba pros y contras, a su mente acudieron la obligada fuga de Ramón a España, el asesinato de Primo de Verdad, la muerte de Talamantes… y entonces, como una chispa que se enciende intempestivamente, el coraje la invadió. Ansiosa y exasperada, decidió no esperar un instante más y actuar por cuenta propia.

Si bien su idea resultaba en extremo temeraria, le pareció que podría resultar exitosa: el objetivo consistía en convencer al virrey de que los gachupines tramaban una conspiración para destituirlo y asesinarle, urgiéndolo a tomar acciones inmediatas para neutralizar a sus enemigos; los implicados serían Guillermo de Aguirre y Viana, Miguel de Bataller, el marqués de San Román, el coronel De los Ríos y el capitán Olarte.

Como el descontento de los gachupines contra el virrey era auténtico, los inicios de cualquier indagatoria fortalecerían prontamente la veracidad de la denuncia. No obstante, el envenenamiento era imaginario aún, así que debía esparcir rumores muy específicos que fortalecieran las pesquisas. Para tal asunto decidió apoyarse en Casimiro y Teófila, los cuales emplearían a un puñado de gente humilde y por lo tanto anónima a la alta sociedad, cuya labor sería comentar en voz alta los pormenores de la supuesta conjura junto a personas puntualmente escogidas. Para redondear el plan contó con la complicidad de un patriota, José María Espino, a quien conocía por haber concurrido a varias tertulias de Manuel. Él ayudaría tanto a difundir rumores como a crear confusiones en distinto grupos.

Por experiencia propia sabía que un rumor se diseminaba velozmente cuando poseía dos cualidades: un asunto de gran importancia y una aureola de misterio que despertase la curiosidad de quien escuchaba. Con dichas bases en mente, sus contratados debían sembrar habladurías aquí y allá de manera tal que si las autoridades desearan averiguar el origen se perdieran en un laberinto inexpugnable, siendo imposible dar con sus huellas.

A los contratados les hizo ensayar sus parlamentos con mayor rigor que a los actores del Coliseo, obligándoles a repetir una y mil veces sus frases hasta que sonasen creíbles y sobre todo convincentes.

Luego los enviaba a la calle bajo la dirección de Casimiro, quien les ordenaba dónde y junto a quién debían expresar sus dichos.

—Tal cual como te lo digo —le decía un indio a otro al pasar junto a algún comerciante gachupín—, dicen que van a envenenar al arzobispo con la comida que le envían las monjas capuchinas.

—¡No me digas! ¿Estás seguro? —contestaba sorprendido el acompañante.

—Te lo juro… así como lo escuché te lo digo.

También utilizó los confesionarios para esparcir cuchicheos, planeando escrupulosamente los diálogos.

—Padre, escuché que un tal señor Aguirre quiere asesinar a nuestro arzobispo y vine corriendo para confesarme —decía un jornalero al sacerdote.

—¿Dónde lo escuchaste, hijo?

—En una pulquería, padre, y no supe ni quiénes lo decían porque estaba un poco tomado, de lo cual también necesito pedir su perdón.

Así, con esmero y disciplina, fue sembrando habladurías por diversas partes de la ciudad, muy en especial en los comercios y mercados, constatando que muchos mordían el anzuelo, ya que al escuchar aquellos dichos se marcaba un gesto de asombro en sus rostros, y algunos hasta se persignaban.

Guillermo de Aguirre y Miguel de Bataller conversaban en el patio central del Palacio Real, atestado de caballos y soldados. Sabían que aquel era el mejor lugar para comunicarse cuestiones secretas, porque entre el barullo de la soldadesca y el continuo paso de burócratas, su presencia resultaba desapercibida.

—Las noticias de Valladolid son cada vez más alarmantes —dijo Bataller mientras caminaban a paso lento—. El cabrón de fray Vicente de Santa María se ha atrevido a apoyar la autonomía en sus sermones.

—Carajo, ¿qué espera Lizana para actuar? —exclamó Aguirre exasperado, realizando una rabieta de las que acostumbraba—. ¡Nos ha resultado más tímido que una monja!

—Ha escrito el capitán Olarte que ya está preparado para detener a los sospechosos. —Tras realizar breve pausa, Bataller continuó—: Quizá deberíamos poner en práctica el plan y destituir a Lizana ya.

—No es el momento; tan sólo hace unos meses quitamos a Garibay, nos mostraríamos indecisos o ineptos.

—A no ser que fuese el pueblo quien lo obligase a abdicar.

—Sí, pero debemos ser prudentes —sentenció Aguirre mientras se rascaba el mentón, pensativo —. El ambiente está muy caldeado y lo peor sería echar más leña al horno. Démosle un par de semanas, si no reacciona entonces actuaremos nosotros. Mientras tanto, que el coronel De los Ríos vaya apalabrando a los Voluntarios de Fernando VII. Si hemos de actuar, necesitaremos respaldo.

A los tres días de sembrar murmuraciones, la Güera se presentó muy temprano en el Palacio Real intentando entrevistarse con el arzobispo, pero como a esa hora estaba reunido y no podía recibirla, pidió encarecidamente al oficial de cámara que le notificase que su vida corría peligro, poniéndose a sus órdenes para denunciar una conspiración.

Dos horas después recibió puntual respuesta, ordenándole acudir a Palacio de inmediato. Al entrar en el despacho virreinal, el arzobispo la esperaba de pie con semblante adusto y preocupado, removiéndose con inquietud y estrujando las manos.

Para la Güera aquella sería la primera vez que mentiría en un asunto de tal envergadura y su entereza flaqueaba, ya que cualquier error pondría en riesgo a sus hijos y a ella misma. No obstante, estaba decidida a todo; no era factible echarse para atrás.

—María Ignacia, he recibido su apremiante recado.

—¡Excelencia! ¡Debe cuidarse, está en peligro su vida! —exclamó de golpe al tiempo que se hincaba besándole la mano.

Conforme iba relatando los detalles, nerviosa y a tropezones, los ojos del arzobispo se alteraban con gran turbación, mirando al cielo entre asustado y colérico.

El virrey no podía creer aquello que escuchaba: los más aguerridos cabecillas españoles, Guillermo de Aguirre y Miguel de Bataller, los mismos que le habían otorgado el poder, intentaban asesinarlo.

Al concluir su relato, el arzobispo le agradeció encarecidamente la información, prometiendo mantener en absoluto secreto su nombre para evitar represalias.

Pero la Güera sabía que cualquier improvisada acción del arzobispo, quien no se distinguía por mostrarse enérgico y eficaz, podría echar su plan por la borda.

—Si me lo permite, Excelencia, creo que deberá actuar con extrema prudencia; Aguirre posee gran influencia sobre los nacidos en España y seguramente obrará en su contra.

—Es cierto, María Ignacia, pero yo ostento el poder de Nueva España.

—Me aterra que puedan obrar contra Su Excelencia de la misma manera que hicieron con Iturrigaray.

—Agradezco el cariño que me demuestra —dijo el arzobispo con algo de soberbia—, pero me protege la Santa Iglesia; no podrán contra mí.

—Prométame, por favor, que será cauteloso; se lo suplico —insistió.

—No se preocupe, madame, tomaré acciones inmediatas y enérgicas —dijo sin vacilación, sentándose en señal de haber concluido.

Al salir de Palacio la Güera pudo respirar tranquila, aunque aún su pecho se estremecía con el violento palpitar de su corazón. Sólo faltaba que los rumores surtieran efecto y el virrey actuara con cautela. Si vigilaba a los denunciados y entorpecía sus acciones, su plan sería un éxito y los conspiradores de Valladolid podrían moverse con mayor libertad.

Increíblemente, los rumores esparcidos fueron distorsionándose hasta conseguir tintes que la Güera jamás hubiese imaginado. En las calles se decía, por ejemplo, que el doctor Antonio Serrano, médico eminente y respetado, sería el encargado de suministrar el veneno por el pago de cincuenta mil reales, una cantidad inaudita. Aquello era falso, pero los ríos que transportaban los chismes obraban de maneras extrañas, revelando quizás los escondidos deseos populares.

El arzobispo virrey, tras constatar que lo dicho por María Ignacia parecía ser verdadero, tomó providencias reforzando la guardia de Palacio y la Plaza Mayor, con lo cual mantuvo en observación a los Voluntarios de Fernando VII. También, para beneplácito de la Güera, ordenó vigilar día y noche tanto al coronel De los Ríos como al capitán Olarte.

El arzobispo y virrey la había citado esa mañana, y sin saber qué asunto deseaba tratar, la Güera había

asistido tan rápido como le fue posible. Iba nerviosa, sin saber si deseaba informarle sobre algún asunto adverso a la indagatoria o si la interrogaría nuevamente; la situación era tan impredecible que cualquier cosa podía suceder. Al entrar al despacho, el clérigo bonachón la recibió con una gran sonrisa.

—Pase, María Ignacia, pase usted, por favor —dijo levantándose del enorme sillón que utilizaba tras el escritorio—. Venga a tomar un poco de chocolate que ya he solicitado.

Fueron a sentarse a unos mullidos sillones de anchas patas ubicados al otro extremo del despacho, donde trataba asuntos reservados o bien recibía visitas sociales.

—Me he atrevido a solicitar su presencia para informarle sobre algunas averiguaciones —dijo con seriedad.

La Güera sintió que el pulso se le aceleraba. ¿Hacia dónde se dirigía la conversación del virrey?

—Desde su delación tomé previsiones reforzando la guardia de Palacio y la Plaza Mayor —prosiguió con una ligera sonrisa—, con lo cual descubrimos una reunión armada en las inmediaciones y pudimos contenerla a tiempo.

Ella no supo si debía sonreír satisfecha o por el contrario aterrarse; tan sólo sirvió chocolate en dos tazas y ofreció una al arzobispo, descubriendo que su propia mano temblaba levemente.

—Me alegra que Su Excelencia esté a salvo —atinó a decir.

—Quería agradecerle personalmente; usted, señora, ha obrado con gran valentía, demostrando además lealtad a mi persona.

—No tiene nada que agradecer —dijo exhalando un suspiro de alivio y dando un sorbo al espumante brebaje—; tan sólo actué respondiendo a la voz de mi conciencia.

—Ya que usted ha sido tan amable, me siento obligado a comentarle que tras las pesquisas realizadas por agentes de mi absoluta confianza —recalcó—, he decidido exiliar a Guillermo de Aguirre y Viana.

Su sorpresa fue mayúscula. Jamás había considerado que el arzobispo llegase a tanto; si aquella acción fracasaba, tanto el virrey como ella misma estarían en peligro. Le había rogado que actuase con cautela, y por lo visto sus súplicas fueron vanas; Lizana obraba precipitadamente.

—¿Le sorprende? —dijo el ingenuo arzobispo tomando un bizcocho y comiéndolo con esplendorosa sonrisa.

—La verdad sí, Excelencia. —La inquietud de la Güera era notoria—. ¿No considera que es una medida demasiado extrema?

—Si no apartamos a la fruta podrida, contaminará al resto —sentenció en tono de sermón.

—Pero Aguirre es el líder de los nacidos en España. Pueden ejercer venganza contra usted… Quizás sería mejor solamente vigilarlo.

—Ya he considerado la posibilidad, pero tras orar y pedir a Dios que me iluminase, he decidido ordenar que se dirija a Puebla para supervisar un asunto de gobierno; estando ahí le habrán de apresar y conducir a Veracruz para enviarlo a España.

—¡Dios mío! ¿Cuándo ocurrirá eso?

—Estese tranquila; ya sucedió hoy en la mañana —dijo el arzobispo con entera seguridad, logrando serenar el nerviosismo de la Güera—. Vaya en paz, después haré lo mismo con sus cómplices —agregó terminando su chocolate y dándole la bendición.

Cuando la Güera abandonaba el Palacio Real, la inquietud dio paso a una sonrisa de satisfacción. Jamás había paladeado las mieles del triunfo y en ese momento le supieron a gloria, una

embriagadora sensación con la que se regodeaba todo su ser haciéndola sentir dichosa, casi omnipotente.

Por lo expresado, el plan había funcionado a la perfección y todo lo buscado parecía conseguido. Lo único que le incomodaba era no poder compartirlo; le urgía contarlo a alguien, que sus esfuerzos fueran escuchados y reconocidos, que no se perdiesen en el silencio. Decidió enviar un cirio con doble listón azul al templo de San Juan de Dios, para informar a Allende y los suyos del éxito alcanzado. Ellos seguramente la felicitarían.

Pero al llegar a casa todo se derrumbó; tan pronto el carruaje atravesó el portón, Casimiro corrió a su encuentro.

—¡Bendito Dios que llega bien!

—¿Qué sucede? —inquirió asombrada.

—La gente dice que han desterrado a don Guillermo de Aguirre a España, y se murmura que usted es la culpable.

La Güera quedó pasmada. Seguramente alguno de los consejeros del arzobispo corrió la voz con la intención de evitar el exilio de Aguirre, y para su desgracia la había delatado.

A don Guillermo le había causado gran sorpresa la orden. ¿Por qué el virrey lo enviaba a Puebla para un asunto burocrático que bien podía atender otro oidor de menor importancia? Sin embargo, para no causar conflictos decidió obedecer.

Fue Bataller, igualmente extrañado por el mandato, quien averiguó la verdad por boca de un consejero del virrey: Lizana desterraría a su compañero a causa de una denuncia realizada por María Ignacia Rodríguez de Velasco en la cual el mismo Bataller estaba involucrado, así que tarde o temprano correría la misma suerte. De inmediato envió un emisario para que alcanzase el carruaje de Aguirre con un mensaje escrito donde lo ponía al tanto.

Yendo a galope, lo alcanzó un poco antes del poblado de Río Frío, deteniendo el carruaje a señas; cuando desmontó y entregó el papel, Aguirre montó en cólera con tan sólo leer las primeras líneas. ¿Cómo se atrevía a desterrarlo si él mismo lo había elevado al cargo de virrey? ¡Eso era una vil traición!

Bajó del carro profiriendo insultos mientras concluía la lectura del mensaje y se hizo a un lado del camino, sentándose sobre una piedra. Tras meditar unos minutos y serenarse, decidió obrar con mesura: no debía precipitarse pero resultaba sustancial demostrar su poderío de manera contundente. La fuerza de sus partidarios habría de poner al insulso Lizana bocabajo.

—Ponga atención; dígale a don Miguel de Bataller que levante a los Voluntarios de Fernando VII, y a todos los españoles para que vayan al Palacio Real; que ahí protesten y no sólo eso, que amenacen a Lizana con destituirlo si no ordena mi inmediato retorno.

Miró con furia hacia el cielo, y tras breve silencio continuó:

—En cuando a la señora Rodríguez de Velasco, dígale que ya nos encargaremos de ella a mi regreso. Mientras tanto, que se conozca públicamente que ha sido la instigadora.

25

EN LA MIRA DEL ENEMIGO
1809

Una piedra rompió con estrépito la ventana de su alcoba. La Güera, que se encontraba cenando con sus hijos en el comedor, se levantó de golpe al tiempo que se escuchaban furibundos gritos en la calle. De inmediato pidió a Teófila que llevase a los niños a una de las habitaciones del interior, y que ahí se resguardasen. No sabía con certeza lo que sucedía, pero estaba claro que la violencia se había desatado en la calle, y un mal presentimiento le punzaba el corazón.

Con toda rapidez fue hasta su habitación, descubriendo trozos de cristal regados por el suelo y un florero de porcelana destruido sobre la mesilla. Se asomó con creciente inquietud tras la cortina para no ser observada desde el exterior, y descubrió en la oscuridad de la noche a unos cuantos gachupines con antorchas en las manos, gritando y amenazando hacia su casa. Eran pocos, pero advirtió que otros más se acercaban.

—¡Perra! —gritaban—. ¡Huid o moriréis!

—¡De esta no habréis de salir viva!

De inmediato corrió hacia el balcón interior y ordenó a Genaro que atrancara bien la puerta. Después llamó a Casimiro, que se hallaba en el segundo patio, donde se guardaba el carruaje.

—¿De cuántas armas disponemos? —preguntó con urgencia.

—Tres fusiles y cuatro pistolas, señorita.

—¡Tráelos de inmediato y cárgalos con pólvora y municiones! ¡Genaro —ordenó al portero—, suelta a los perros!

Los dos mastines acudieron al patio corriendo, y debido al griterío en el exterior se abalanzaron sobre el portón ladrando sin cesar.

La Güera retornó a su habitación, y apagó las velas para quedar a oscuras y poder escudriñar nuevamente la calle: para ese momento ya se había conformado una gran turba de gachupines, quizás cincuenta o setenta, todos en extremo enardecidos. Una pedrada resquebrajó otro cristal, saltándole algunas trizas al rostro y en su cabello. Mientras más mozalbetes se reunían, más envalentonados amenazaban e injuriaban, lanzando lluvias de piedras y quebrando vidrios por doquier.

En eso llegó Casimiro cargando los tres fusiles y las pistolas.

—Dale a Genaro un fusil y una pistola, ordénale que no se aparte del portón; si alguien se atreve a entrar, que dispare. Tú regresa conmigo.

Los gritos resonaban en la calle con mayor estruendo.

—¡Hija de puta!

La Güera, amedrentada y nerviosa, corrió de inmediato hasta donde se habían guarecido sus hijos. Al constatar que estaban a salvo, aunque lloraban terriblemente asustados, retornó a la habitación, encontrando a Casimiro tras la cortina.

—Son demasiados, señorita, debemos asustarlos.

—Dame un fusil, tal vez se acobarden con el tronido de la pólvora.

La Güera empuñó el arma y apuntando a través de una ventana rota disparó hacia el cielo. De inmediato los hombres se agazaparon, pero al descubrir que nadie había resultado herido, su furia se

acrecentó y lanzaron más piedras a la fachada de la casa. Casimiro disparó también al aire su fusil y luego una de las pistolas, pero los tiros enardecieron más a la turba y unos comenzaron a golpear el portón a patadas, intentando abrirlo, y otros colocaban paja y antorchas en el suelo con la intención de incendiarlo.

De pronto los hombres dejaron de patear la puerta, y un grito de algarabía surgió entre el tumulto. La Güera descubrió que al fondo de la calle un grupo de cuatro rufianes se acercaban cargando una viga de madera a modo de ariete, con la intención de golpear el portón y derribarlo.

Tomando las armas corrió con Casimiro escaleras abajo, donde ya Genaro apuntaba con su fusil hacia el portón mientras los perros ladraban y se abalanzaban enfurecidos sobre las hojas.

—¡Traigan los maderos que tengamos disponibles! —ordenó mientras ella cargaba nuevamente las armas.

Los mozos retornaron con tres maderos, los cuales comenzaron a apuntalar contra las hojas del portón para que sirviesen de contrafuerte. Después se alejaron tres pasos atrás y se colocaron en línea, sujetando a los perros a su lado; si derribaban la puerta, les echarían primero a los perros y después dispararían.

Sonó una ráfaga en la calle; la Güera temió por su vida, pero extrañamente el griterío fue cesando y un rumor de carreras resonó en la calle. Subió presurosa a enterarse de lo sucedido, y al asomarse por la ventana descubrió que los revoltosos huían, ya que al fondo de la calle cargaba contra ellos un piquete de la guardia personal del virrey a bayoneta calada y disparando de vez en vez al aire. Los gachupines se replegaron y dispersaron, sin dejar de proferir amenazas e improperios contra ella.

La Güera se desplomó en el suelo, sintiendo que el alma la abandonaba a causa de las emociones. Momentáneamente estaba a salvo, aunque bien sabía que desde ese momento el peligro le seguiría los pasos: la furia de sus enemigos no se detendría ante un piquete de militares.

Esa misma noche contrató de inmediato a varios hombres de confianza para que, bien armados, vigilaran bardas y puertas, y ella decidió recluirse con sus hijos en las habitaciones del interior de la casa. Frente a ellos hacía esfuerzos para mostrarse serena e infundirles calma, pero se encontraba igual o más intimidada. Lo que más le pesaba era haber puesto en riesgo la seguridad de todos y cometer el mismo error de los criollos durante el golpe a Iturrigaray: no había calculado la respuesta del enemigo.

No pudo dormir más que a intervalos, meditando si debía partir a su hacienda en ese instante o permanecer en la ciudad. Huir equivaldría a declararse culpable y no estaba dispuesta a condescender un ápice con los gachupines; por otro lado, si permanecía quedaría expuesta a su furia.

Al día siguiente, muy temprano, Casimiro llegó corriendo con ella.

—¡Señorita, señorita, han ordenado el regreso del señor Aguirre!

La Güera se persignó, encomendando su protección a Jesucristo. Tanto había sido el alboroto de los españoles que el virrey se vio obligado a contradecirse, y temiendo por su propia integridad ordenó el inmediato retorno de Aguirre. Por fortuna, cuando los gachupines se enteraron de la noticia dejaron de fustigarla, dedicándose a celebrar su triunfo en la Plaza Mayor.

En esos momentos de gran agitación recibió frases de solidaridad y consuelo mediante esquelas sin firma ni remitente, pudiendo identificar la procedencia de algunas por los mozos que las entregaban. Eran de, entre otros, José María Fagoaga, José María Espino, el marqués de Rayas, el licenciado Cristo y el marqués de Guardiola, todos con mensajes patrióticos de consuelo y apoyo que en algo reconfortaron su ánimo. Josefa y Manuel fueron a visitarla envueltos en la oscuridad

nocturna, y solamente su padre se presentó a plena luz del día, sin temor de los españoles; más bien desafiándolos. La Güera lo abrazó con especial emoción, y sólo con él se atrevió a llorar.

—Tranquila —le dijo abrazándola—, hablaré con Aguirre y Viana y negociaré para que los gachupines te dejen en paz.

Ella le agradeció sus intenciones, pero bien sabía que el problema no se resolvería fácilmente.

Cuando al día siguiente don Guillermo regresó a la capital, el júbilo de los españoles fue delirante: un nutrido grupo de mozalbetes acompañó el carruaje, y por órdenes del mismo Aguirre pasaron frente a la casa de la Güera gritando insultos y reiterando las amenazas.

María Ignacia se había convertido en el blanco de los gachupines y su futuro se mostraba verdaderamente incierto. Quería huir, escapar a donde no pudiesen alcanzar a su familia, pero tras meditarlo nuevamente, decidió permanecer en México; ahí estaría protegida gracias al apoyo de los suyos y de los patriotas que le habían demostrado su respaldo.

Esa misma tarde recibió una misteriosa misiva anónima con la siguiente leyenda: «Su asunto ha sido turnado al inquisidor Ovejero; cuídese». Se alarmó de inmediato; el inquisidor Bernardo de Prado y Ovejero era enemigo jurado de los criollos, y seguramente actuaría en su contra.

«Me han puesto la ceniza en la frente», pensó emulando la frase de doña Inés.

Su padre consiguió que Aguirre y Viana no ejerciera inmediata venganza a cambio de algunos favores políticos que guardó en secreto, con lo cual la Güera pudo sentirse medianamente tranquila. No obstante, intentó entrevistarse con el arzobispo y virrey, pero su asistente lo excusaba una y otra vez, explicando que se encontraba demasiado ocupado, y tan sólo recibió un escrito oficial en el cual se le prohibía abandonar la ciudad. Con anterioridad había decidido no huir a sus haciendas, pero la prohibición explícita le produjo un nudo en el estómago: se encontraba acorralada, imposibilitada para cualquier acción propia, dejando su futuro en manos de la Inquisición.

Los días transcurrieron en absoluta reclusión hogareña, y a pesar de la ansiedad e inquietud que vivía logró convivir cercana a sus hijos, percatándose de lo mucho que los había abandonado y prometiendo nunca más desperdiciar momentos a su lado. Pepita cumpliría catorce años y su bello rostro presagiaba temprano matrimonio; Antonia seguía los pasos de su hermana, aunque con esbelta y alta figura; Gero era ya un espigado niño, siempre retraído y tímido; y finalmente Paz y Victoria, de cinco y tres años, vivían la inocente infancia con alegría. Gozó cada minuto como si fuera el último de su vida conociendo sus pormenores diarios, los tropiezos, las ilusiones. Reunidos por las tardes leían novelas en las que la Güera incluía alguna enseñanza sobre los principios patrios. Solamente con ellos celebró su cumpleaños treinta y uno.

26

BENDITOS PECADOS DE LA INQUISICIÓN
1809

—Dicen que sorprendieron a unos conjurados contra los gachupines allá por Tierra Adentro —le comentaba Martín, el aguador—, y no me vaya a creer pero al parecer aprisionaron a un montón de criollos, aunque aquí en México el arzobispo virrey se la vive desmintiendo los rumores.

La Güera lo escuchaba cabizbaja y frustrada. Había intentado apoyar la conspiración de los patriotas de Valladolid, y por más esfuerzos realizados no había triunfado ni la de ellos ni la suya. De Allende y su grupo sólo recibió una breve nota: «María, rogamos a la Virgen de Guadalupe por su bien; la esperamos en sus haciendas para abrazarla», con la cual daban a entender que le ofrecían protección. Y aunque no podía abandonar la ciudad, en algo la reconfortó el mensaje, sintiéndose salvaguardada de alguna manera.

Mientras tanto iba conociendo las indagatorias del Santo Oficio por medio de anónimos mensajes: «El inquisidor Ovejero ha sentenciado que sus declaraciones son falsas; para mayor certeza continuarán las indagatorias». Días después recibió otra más: «El padre Ovejero ha dicho que deben inculparla a como dé lugar». Y recientemente había recibido una que le causó gran preocupación: «Reunirán testigos para presentarlos al virrey».

La Güera se percató de que sus enemigos estaban preparando testigos con el objeto de limpiar a Aguirre y sus cómplices de toda culpa, para lo cual buscaban argumentos que la inculparan por falso testimonio. Al percibir la amenaza, decidió no quedarse de brazos cruzados.

—Oiga, Martín —dijo poniendo un real sobre la mesa—, ¿qué chismes puede contarme de los inquisidores? De seguro tienen sus pecaditos…

—Muy poco, señora, se cuentan algunas cosas medio exageradas y hasta truculentas, pero le puedo averiguar más cosas con mi compadre… si tiene otra moneda para él.

La Güera sonrió y puso una segunda moneda sobre la mesa.

Ya que desconocía si el anónimo informante pertenecía a alguna junta secreta o actuaba individualmente, curiosa y agradecida intentó averiguar su identidad, encargando de ello a una prima de Teófila que vendía tamales por la plaza de Santo Domingo, quien tras varios días de pesquisas le informó:

—No lo va a creer, señorita, pero es un hombre que labora de evangelista allá en la misma plaza de Santo Domingo. Y mire nomás qué gracioso, a pesar de ser medio prietito le llaman el Güero Ignacio —dijo entre risillas.

La Güera sonrió complacida. El informador resultaba ser el contacto que Ramón Cardeña había utilizado antes de huir a Europa, y de seguro podía confiar en él.

Esa misma tarde, un emisario del Santo Oficio llegó a sus puertas para notificar que al día siguiente, sin excusa alguna, debía comparecer a las ocho de la mañana en el Palacio del Santo Oficio.

El corazón estaba a punto de explotarle en el pecho. ¿La encarcelarían, la juzgarían? Extrañamente

la citaban comenzando la Cuaresma, considerando quizás que cualquier acto contra su persona carecería de reacciones populares debido al recogimiento obligado de esos días. En tanto procuraba tranquilizarse e idear algún plan de acción, la Güera recibió otro anónimo con palabras garabateadas, denotando la prisa con que fueron escritas: «No se preocupe, su vida está a salvo. Mañana deciden». Respiró aliviada, pero aun así pensó que no debía confiarse.

Afortunadamente había recibido información valiosa de Martín, quien de manera ladina le había cobrado varios reales más, así que por la noche se encerró en el salón del estrado e imaginando que tenía frente a sí a los inquisidores fue memorizando los gestos y palabras que habría de repetir al día siguiente. También, como parte fundamental de su estrategia, escogió meticulosamente el atuendo que utilizaría: un *chemise* celeste de acentuado escote que a todas luces debería perturbar y ablandar a los clérigos, complementando el arreglo con su cabello recogido aunque con discretos caireles sueltos para conseguir un toque de traviesa inocencia. Finalmente, eligió el carruaje de fiesta con la intención de llamar la atención popular.

Era el primer viernes de Cuaresma y un sabroso calorcillo recorría la ciudad. Tras avanzar lentamente por las calles debido a la multitud de carretas y vendedores que transitaban a esa hora matutina, la Güera distinguió el Palacio del Santo Oficio con su particular esquina achatada, que desde siempre le había parecido tan anormal como la misma Inquisición. Bajó del carruaje airosamente, y fingiendo serenidad sonrió a los curiosos reunidos en la plaza.

Un mozo la condujo a un sombrío salón de paredes toscas y ajenas a cualquier tipo de decoración. El cuarto poseía solamente un robusto escritorio, tres altas sillas, a cuyas espaldas se encontraba el escudo de la Inquisición, y sobre la pesada mesa tan sólo dos candeleros y una cruz. Le pareció más una prisión que un tribunal.

Al posar su vista en un rincón, descubrió a un hombre que respetuosamente se había puesto de pie; de figura delgada, tez morena, estatura media y unos treinta años, vestía impecable con calzones a la rodilla, casaca y medias blancas. Cuando la saludó con humilde sonrisa y leve inclinación del torso, la Güera lo supo de inmediato: aquel hombre era el misterioso Güero Ignacio.

Quiso acercársele pero en ese momento entraron los inquisidores; primero don Bernardo de Prado y Ovejero, siniestro y enjuto, seguido del regordete Isidoro Sainz de Alfaro, a quien se atribuía gran influencia sobre el virrey. Ambos venían encapuchados en negros hábitos y les seguía don Lucio Calvo de la Cantera, secretario del tribunal, rutinario y cabizbajo. La Güera, intentando esbozar la mejor de sus sonrisas y la más seductora de sus voces, saludó familiar y cordialmente a los sacerdotes; ellos, sin abandonar su prepotente actitud, fueron hasta sus sillas, sentándose tras la mesa mientras ella permanecía en pie.

—¿Acaso la educación y las buenas costumbres no han ingresado en esta santa casa? Con tal descortesía muchos de sus invitados no desearán regresar a sus tertulias —dijo sonriendo con sarcasmo, con lo cual Ovejero ordenó al escribiente que le acercase un taburete—. Quedo en deuda por sus infinitas atenciones —le dijo ella y el hombre se sonrojó, lo que le causó gran ternura.

—Señora —dijo Ovejero con voz de mando mientras Ignacio escribía las palabras del inquisidor —, sepa usted que se le ha ordenado comparecer en este santo tribunal para comunicarle, verbal y reservadamente, la sentencia.

—¿Sentencia…? ¿Está bromeando? Permítanme confesar que no soy docta en Jurisprudencia, pero entiendo que antes de emitir cualquier sentencia debe existir una acusatoria. ¿No sería conveniente inventar algún delito para que puedan proceder al veredicto?

La Güera extrajo de su bolsillo un abanico para dar aire a sus escotados pechos, logrando que los señores se turbaran.

—Sus Señorías habrán de disculparme —dijo con candidez—, pero sus doctas palabras acaloran.

—¡Madame, su actitud es inmoral e insolente! —exclamó el inquisidor Alfaro manoteando en la mesa.

—¿Su Excelencia se refiere a mi vestido? —arremetió la Güera con falsa ingenuidad—. Perdonarán que no sea el adecuado para esta santa casa, pero en breve debo reunirme con algunos de mis más cercanos amigos, entre ellos los marqueses del Apartado, de Guardiola, de Guadalupe…

—¡Basta, señora, su ardid resulta barato! —palmoteó Ovejero.

La Güera se puso en pie y sin dejar de abanicarse fue hacia ellos, plantándose frente al escritorio.

—¿Lo dice porque mis contertulios son americanos? Sus Ilustrísimas no pensarán que para gobernar estas tierras sería necesario eliminar a todos los aquí nacidos —los miró divertida, recargándose en la mesa e inclinando el torso para que sobresalieran sus pechos tras el escote—. Lo dudo, su inteligencia es superior. Imaginen que no hubiese americanos; ¿a quién gobernaría nuestro deseado Fernando VII? Pues solamente a dos mulas tuertas y muy probablemente manchegas, ¿verdad?

El licenciado Calvo debió contener la risa para no ser amonestado, y el Güero Ignacio, visiblemente asustado, no paraba de escribir a toda velocidad.

—¡No escribas! —gritó Ovejero con rabia—. Y usted, señora, me orilla a perder la paciencia.

La Güera se irguió y retrocedió un par de pasos sin dejar de abanicarse.

—Cierto, Su Ilustrísima, ya estaba enterada de su mal genio; lo comentó fray Lorenzo, a quien visita en el convento de Santo Domingo muy entrada la noche —agregó con sutil malicia, observándolo detenidamente.

Ovejero enmudeció y la Güera constató que había tocado la llaga. El licenciado Calvo bajó la vista avergonzado e Ignacio, en su sitio, no detenía la escritura.

—¡Que no escribas, carajo! —ahora fue Sainz de Alfaro quien lo regañó.

—Mire que Su Señoría también tiene lo suyo. Creo que deberé aconsejar a Marcelita para que le prepare infusiones de pasiflora cuando la visite por las noches. —Entonces Sainz de Alfaro también palideció, por lo cual la Güera se interrumpió un instante, observándolos con falsa inocencia—. Miren nada más, los dos acostumbran realizar visitas nocturnas, a oscuras; se nota que son varones tan santos y entregados a sus obligaciones que solamente pueden socializar a la hora de ir a la cama.

Ambos permanecían lívidos, enfurecidos, pero sobre todo temerosos. A Ovejero, muy especialmente, le corrían gotas de sudor por la frente. Entonces la Güera comenzó a relatar algunos chascarrillos, en apariencia inocentes pero en los que intercalaba algunos datos que podrían ser utilizados en contra de varios sacerdotes más.

Al mirar los desencajados rostros de los jueces, supo que había tomado ventaja y lo más conveniente sería hacer las paces para conseguir un castigo venial, sugerido por ella misma.

—Pero Vuestras Santísimas Excelencias no deben preocuparse: al trasladarme a mis haciendas del Bajío, a cuarenta leguas de aquí, ningún rumor sobre sus personas será esparcido en la Ciudad de México.

Los inquisidores entendieron la velada sugerencia, y tras deliberar secretamente, la sentenciaron a ser exiliada a cuarenta leguas de la ciudad, debiendo partir a más tardar en veinticuatro horas. La Güera sabía que el castigo recibido era venial y provechoso, ya que así permanecería alejada de sus enemigos en la seguridad de sus propiedades.

Se despidió respetuosamente de los inquisidores, y a punto de abandonar la sala, se acercó al

Güero Ignacio.

—Con quien más debo estar agradecida es con usted, señor mío; sin su auxilio me habría desvanecido. Ruego a Dios poder corresponderle.

Salió a la calle fingiendo desenfado y tranquilidad. En la plaza un grupo de personas le aplaudieron y algunos hasta la vitorearon porque, según supo más tarde, el pueblo afirmaba que la Inquisición la había acusado de conjurar a favor de la independencia, y al verla a salvo vivían el triunfo como suyo.

Aunque había vencido a los inquisidores, se percibía derrotada y humillada. La conjura había fracasado por no cavilarla o ejecutarla adecuadamente, y en principio, como pena a su derrota debía sufrir la vergüenza y el destierro.

Las siguientes horas fueron un torbellino. La Güera intentaba organizar pensamientos, viaje, familia y futuro, corriendo de un lado a otro y dando continuas órdenes. Como desconocía la duración del castigo decidió que Pepita, Antonia y Gero quedasen al cuidado de su hermana Josefa, ya que debían continuar sus estudios y además sería imprudente acompañarse de muchachos en un viaje que demandaba orden, moderación y obediencia. Sus tres hijos mayores se encontraban terriblemente alterados, ya que los cuchicheos callejeros los confundían y avergonzaban.

—Todo es culpa de los gachupines —les dijo—, los que piensan que por mi culpa el virrey intentó exiliar a Guillermo de Aguirre. Pero pronto regresaré, lo prometo.

De ellos, Pepita era la más consternada; en junio cumpliría quince años y el destierro podría afectar los planes para su presentación en sociedad. Abrazándola, la Güera prometió que nada evitaría la realización del baile. Sus padres suplicaron que dejase a Paz y Victoria con ellos, pero se negó; pensaba que sus dos angelitos le servirían de protección contra todo mal.

Envió al templo de San Juan de Dios un cirio con doble listón azul y una breve nota: «Gracias, San Antonio, por permitirme visitar mis haciendas del Bajío».

Derrotada, se dispuso a viajar hacia Tierra Adentro, donde se orquestaban importantes conspiraciones contra el gobierno y los odiados gachupines.

27

ALEXANDER VON HUMBOLDT
1803

—Tantos beneficios otorgados en exclusiva a los gachupines no harán otra cosa que provocar revueltas y levantamientos —sentenció Alexander von Humboldt en una conversación con la Güera.

Lo había conocido cuando vivía separada de Gerónimo, durante una tertulia de mujeres realizada en el salón del estrado de casa de sus padres. La Güera bordaba plácidamente en la parte alta del estrado junto a Josefa, quien deseaba hacerle algunas confidencias, y buscando cierta privacidad tomaron asiento sobre grandes cojines, ubicados tras un biombo. En la parte baja estaban las mujeres de mayor edad, entre ellas doña Ignacia, su madre, que conversaba entre cigarrito y cigarrito con tres amigas, sentadas en canapés de doradas patas y rosáceos cojines.

El mayordomo interrumpió anunciando la presencia de un caballero que pedía anuencia para visitar a doña Ignacia. Con gran curiosidad la señora aceptó, y tras breve espera apareció un singular personaje que Josefa y la Güera misma espiaron tras el biombo: era joven, de estatura mediana y rasgos delicados; sobre su alta y ancha frente caían mechones rubios, poseía vivos ojos azules enmarcados por largas patillas, y su blanca tez lucía bronceada por la excesiva exposición al sol. Vestía a la moda francesa, lo que entonces era poco frecuente en la ciudad: calzón blanco entremetido en las botas de montar, casaca de largos faldones y alto cuello, chaleco cruzado, corbata de dogal, sombrero de copa y un bastón del cual nunca se desprendía. El hombre, despojándose del sombrero, se inclinó en reverencia y habló en perfecto castellano pero con marcado acento extranjero, lo cual confería una gracia especial a sus palabras.

—Pido disculpas por mi inesperada interrupción en tan exquisita reunión; prometo ser breve. Permítanme presentarme, soy el barón Alexander von Humboldt, a sus pies.

Sin recuperarse de la sorpresa, doña Ignacia lo invitó a tomar asiento a corta distancia de ella. Eran las cinco de la tarde, hora del vespertino chocolate, así que la criada se acercó ofreciéndole un coco chocolatero con asas y pies de plata; el barón de inmediato comentó la gracia con que se elaboraban dichos cocos, utilizados tanto en Perú como en Venezuela, haciendo hincapié en las diferencias artesanales de cada uno de los países.

La Güera había escuchado en la corte que un famoso científico visitaría la ciudad pero lo imaginó viejo, barbudo, regordete y aburrido; jamás joven y apuesto. Sin duda alguna, lo más singular del caballero era aquello que su cuerpo y movimientos expresaban: apenas podía mantenerse quieto unos segundos, impelido por alguna ansiedad interior se ponía nuevamente en pie y continuaba la conversación mientras realizaba otra actividad simultáneamente. Mientras escuchaba o hablaba iba revisando las pinturas en las paredes, las imágenes del biombo, las alfombras persas en el piso o las figurillas de los baúles de linaloe. Su curiosidad parecía no tener fin, a tal grado que podría pasar por impertinencia.

Dijo ser científico naturalista con pasaporte expedido en Madrid por Su Majestad Carlos IV, y realizaba una travesía por las Américas para estudiar su geografía, geología, flora y fauna, habiendo ya visitado Venezuela, Quito, Bogotá, Lima y otras tierras lejanas. Luego, ante la admiración de la Güera, fue mencionando algunos ríos por los que había navegado, montañas que había escalado y

poblados por los que había transitado. Boquiabierta y fascinada, lo escuchaba sin atreverse a pestañear. Finalmente el extranjero concluyó, siempre dirigiéndose a doña Ignacia:

—He sabido que su familia posee unas nopaleras cercanas donde se cría la cochinilla, especie que ardo en curiosidad por estudiar en estas tierras.

—¡Por supuesto! —interrumpió la Güera desde su escondite—. ¡Podemos llevar hasta allá al señor de Humboldt en nuestro carruaje!

El barón, que no había reparado en su presencia, la descubrió junto a Josefa tras el biombo; sorprendido se inclinó en educada reverencia, dibujando una mueca que mezclaba asombro y agradecimiento.

—Mi hermana y yo podremos acompañarle —continuó la Güera al tiempo que abandonaba el estrado arrastrando consigo a Josefa, visiblemente sonrojada.

—Güera, yo no puedo, debo viajar con Manuel —protestó.

—Entonces iré yo —dijo de inmediato—. Claro, si mi madre me concede permiso.

Dos días después, todavía de madrugada, la Güera envió a Casimiro con el carruaje para que recogiera al barón: él mismo lo había solicitado así, explicando que debía cargar el instrumental científico para sus investigaciones, proceso lento y aburrido debido al cuidado con que debía realizarse.

Ella se encontraba sumamente emocionada: jamás había conocido a un sabio tan renombrado y mucho menos tan apuesto, por lo que meditó con calma el atuendo que debería utilizar. Finalmente escogió una túnica francesa de escote ligero y mangas de muselina, y concluyó su arreglo con largos guantes color ocre y un gracioso sombrero de paja con florecillas, anudado a la barbilla con lazada de satén. Escogió tal vestido en especial porque no deseaba parecer una provinciana ante los ojos del cosmopolita extranjero.

Comenzando a clarear el alba regresó el carruaje. Al bajar las escalinatas, la Güera encontró a tres caballeros que realizaban educadas reverencias, y una ligera desilusión la embargó: no sabía que iría acompañado.

—Madame, permítame presentarle a don Aimé Bonpland, botánico francés, y don Carlos Montúfar, marqués de Selva Alegre, mis compañeros de expedición.

Con la intención de ir más cómodos en el carruaje, Bonpland viajó afuera junto a Casimiro, que iba de cochero; Montúfar y Humboldt se acomodaron juntos, dejándola sola en el asiento de enfrente.

Ya que las nopaleras crecían por los rumbos de la villa del Tepeyac, el barón quiso pasar ahí primero para conocer el famoso santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y de paso realizar mediciones. Durante el trayecto, Montúfar comentó emocionado que se había unido a la expedición el año pasado en Quito, pero el barón y Bonpland pronto cumplirían cuatro años de aventuras. Navegando sobre el Orinoco, Alexander se había internado en las espesas selvas a merced de los cocodrilos para conocer tribus antropófagas, recoger momias, atravesar a pie los helados Andes con todo su instrumental, y otras hazañas que no dejaba de enumerar.

Montúfar era delgado, de largas patillas y ademanes delicados, y profesaba gran admiración por el barón, quien ante las exagerados halagos lo interrumpió amablemente.

—Carlos, por favor, aburres a madame.

—Todo lo contrario —protestó la Güera.

—Lo único importante de nuestra expedición —dijo el barón alzando su bastón—, será el

conocimiento científico que logremos recabar. Bonpland ya ha recolectado más de cincuenta mil plantas para su estudio en Europa.

—Y eso no es nada —continuó Montúfar, sonriente a más no poder—, Alexander ha disecado centenares de monos, caimanes, lagartos, anguilas, aves y otros animales excepcionales que quisiera exhibir en México si las condiciones lo permiten.

La Güera cayó presa de un entusiasmo irresistible.

—Por favor —exclamó—, sería un honor colaborar en la organización de la exposición.

—Madame, es usted muy amable, pero no debemos abusar de su hospitalidad —dijo Humboldt con educados ademanes.

—Abuso sería impedírmelo; muero de ansias por ver y conocer todo lo que el marqués ha relatado. No tengo duda de que ayudarles será un privilegio.

—Agradezco infinitamente su propuesta —dijo Humboldt, sonriente y halagado.

Llegando a la villa de Guadalupe fueron directo al templo. Alexander le ofreció el brazo, y mientras los otros realizaban tareas científicas en los alrededores, avanzaron por la nave hasta detenerse frente al lienzo de la Virgen de Guadalupe. La Güera se hincó y persignó con devoción mientras él, sin postrarse siquiera, comenzó a dibujar la imagen para sus apuntes. Aunque sorprendida por la irreverencia, aprovechó para explicarle:

—Con el paso del tiempo esta Virgen se ha convertido en nuestro símbolo nacional. Es adorada por los aquí nacidos, ya sean criollos, indios o negros, aunque no de igual manera por los gachupines. Ellos veneran muy especialmente a la Virgen de los Remedios, cuyo templo se encuentra en el cerro de los Pájaros, en los rumbos de Naucalpan.

—Cada vez que escucho la palabra *gachupines* —dijo Alexander— descubro un viso de malestar.

El comentario alarmó a la Güera, ya que el barón venía recomendado por Su Majestad y debía ser cauta. Humboldt notó su turbación.

—No debe preocuparse, conmigo sus sentimientos estarán a salvo; mi religión es la ciencia.

Ya que parecía sincero, la Güera se atrevió a continuar.

—Cuando los Borbones accedieron al trono de España, realizaron reformas que les permitieran obtener mayores riquezas de los reinos. Una de las medidas, entre muchas otras, fue debilitar los poderes que los criollos habíamos tenido durante los siglos anteriores, otorgando los mandos principales del reino a gachupines. Como es lógico, esas medidas han creado gran malestar, porque bien lo dice el refrán: «El que da y quita con el diablo se desquita».

—Desde Caracas hasta Quito he escuchado los mismos sentimientos. —Alexander sonrió sin dejar de dibujar la figura de la Virgen.

—¿Y qué opinas al respecto?

—Discúlpame por no responder ahora; deberé completar mis estudios para ofrecerte una noción válida y objetiva, pero te prometo que lo haré. En principio puedo decir que si el rey es inteligente, deberá modificar sus políticas y tratar a Nueva España como lo que es: un reino y no una colonia.

Concluyó el trazo de la figura y le ofreció el brazo para retirarse.

La Güera estaba sorprendida: aunque considerado un sabio, Alexander resultaba tan sencillo y de trato tan afable que, sin darse cuenta, habían suprimido los formalismos y ya se tuteaban cordialmente. Pareciera que fuesen amigos de largo tiempo.

Desde muy pequeño Alexander sintió amor por las ciencias pero su madre, una aristócrata prusiana, lo había obligado a estudiar Jurisprudencia. No obstante, gracias a su clara inteligencia y una disciplina férrea de la cual se sentía muy orgulloso, mientras aprendía Leyes también estudió Ciencias Naturales, y a la muerte de su madre decidió olvidarse de la abogacía.

Utilizando el dinero de su herencia emprendió un viaje expedicionario, recorriendo América desde Caracas hasta las fuentes del Orinoco, desde Bogotá hasta Quito, y ahora Nueva España. Su carácter, lo sabía bien, era excesivamente meticuloso, asunto que causaba aversión a cierto tipo de personas. Pero a él no le importaba el qué dirán; había decidido dedicar su vida al servicio de la ciencia y lo hacía con extrema pasión.

En la nopalera a donde los llevó la Güera, Alexander miró las cochinillas o *Dactylopius coccus*, como nombró científicamente a los insectos prendidos a las pencas del nopal, y los dibujó mientras Bonpland tomaba muestras para después disecarlos al tiempo que Montúfar realizaba mediciones con el barómetro y el termómetro. Con gran humildad solicitó a los peones de la hacienda que le explicaran el proceso para secar las cochinillas, molerlas y extraer el preciado polvo de color carmín que se usaba para pigmentar telas y colorear cuadros. Cuando concluyó aquello, extrajo de un baúl varios aparatos con los que midió la altitud, la humedad, la posición del sol y otras tantas curiosidades, apuntando los resultados en su inseparable libreta.

Mientras realizaba todas aquellas tareas, le llamó la atención que María Ignacia se acercase intrigada, intentando enterarse de todo y realizando una pregunta tras otra; normalmente las mujeres se aburrían con sus labores y en lugar de curiosidad mostraban hastío.

De regreso a la ciudad, ya de noche, comprobó que se encontraba verdaderamente fascinada con lo acontecido durante el día.

—Debo decirles que jamás había observado a un grupo de científicos en sus labores —les dijo—, y se van a reír, pero su labor más que ciencia aparenta ser magia. Actúan como si la tierra estuviese viva: miden su pulso, su estatura, su temperatura. Con sus extraños instrumentos parecen una especie de médicos y la naturaleza su paciente, a la cual auscultan con cariño y respeto.

—Es el elogio más original que he recibido —dijo Alexander, sintiéndose verdaderamente complacido, mientras Bonpland y Montúfar sonreían orgullosos—. Podrías ser una gran científica.

—¡Una mujer científica! —exclamó la Güera con una mueca de ironía—. Primero habría que cambiar el orden del mundo, lo cual me parece más complicado que medir la humedad.

Emocionada, los invitó a cenar, pero Alexander se excusó: todavía tenía que ordenar sus notas, escribir cartas y realizar observaciones astronómicas. Sin embargo, acordaron reunirse al día siguiente para organizar la exposición.

28

LAS IMPERFECCIONES DE LA LUNA
1803

Teófila le ayudaba a sujetar el peinado, cogiéndolo cuidadosamente con múltiples alfileres y horquillas para lucir impecable en su cita con Alexander. Entusiasmada, había convenido en reunirse en la casa que habitaban los extranjeros para colaborar en el montaje de la exhibición de curiosidades y pidió a la criada que le comentase los chismes populares, ansiosa por enterarse de todas las habladurías que tanto le divertían.

—Cuando llegaron, la gente pensó que eran comerciantes o contrabandistas —dijo Teófila entre risillas— porque fíjese usted, traían veintiuna mulas cargadas de baúles, maletones, arcones y bultos, además de una carreta repleta de petacas y montones de cajas.

La Güera sonrió de tan sólo pensar en las reacciones de la gente. Como en Nueva España estaba prohibida la entrada a cualquier extranjero salvo excepciones contadísimas, seguro causaba gran alboroto la presencia del científico y sus compañeros.

—Cuando se supo que eran de cuna noble —continuó la criada—, el pueblo nomás no lo creyó. ¿Cuándo se ha visto a una persona de alcurnia caminar sin uso de silla de manos o carruaje, mezclándose entre indios y léperos? Además sus ropas son muy raras, con el altísimo sombrero que usa parece gigante, y camina tan rápido como beata rumbo a la iglesia. ¡Ah!, y dicen que es rete curioso: se detiene a mirar las piedras de los edificios, las hierbas de las plazas o las hormigas en el suelo, y por si fuera poco, se la pasa asustando a los indios, preguntándoles sobre sus mercancías y mirándolas con la enorme lupa que carga consigo.

La Güera rio plácidamente. Se imaginó a los indios, desacostumbrados a que un caballero tan extravagante les inquiriese sobre el origen de sus cántaros, frutos o guajolotes. Por supuesto que debían asustarse, creyendo que algún demonio los acechaba.

—Es más —prosiguió Teófila—, el sereno que cuida la calle de San Agustín cuenta que en las madrugadas se pasea sobre la azotea, observando cual sonámbulo las estrellas o la prieta profundidad del horizonte. Dígame si no es de llamar la atención.

Los quehaceres del hogar siempre le habían parecido tediosos, por lo que procuraba delegarlos a Teófila, quien conocía a la perfección sus gustos y manías. Sin embargo, ahora encontraba especial encanto en las tareas para ordenar el gabinete de curiosidades, como llamaban a dichas exhibiciones en Europa. Su afán era tan auténtico y entusiasta que pronto se encontró dirigiendo el interminable trajín de los jornaleros: unos cargaban objetos, otros abrían baúles y extraían plantas, flores exóticas, animales disecados, bosquejos de Alexander y los instrumentos científicos que formarían la muestra, mientras ella les iba ordenando dónde debían colocarlos. El cúmulo de objetos fue tal que Alexander, considerando que no llovería durante un mes cuando menos, dispuso que muchos baúles, sillones y adornos fuesen llevados a la azotea, quedando esta casi intransitable.

En lo que se conformaba el gabinete, Alexander encontró tiempo para visitar Chapultepec, el jardín botánico del Palacio Real y la Academia de San Carlos. La Güera lo acompañó en todo

momento, y con la convivencia diaria y las constantes charlas logró formarse una opinión más certera de los caballeros. Carlos Montúfar, marqués de Selva Alegre, fungía como ayudante de Alexander, realizando trabajos menores; era de carácter locuaz, divertido e impetuoso, quizás por contar con veintidós años y el barón treinta y tres. Pertenecer a la expedición le producía enorme orgullo, el cual ni siquiera menguó cuando el virrey envió a Acapulco el pasaporte, escribiendo que se permitiese el paso al «barón de Humboldt, con su secretario A. Bonpland *y su criado*». Es más, Montúfar era el primero en mofarse de la confusión, llamando «amo» a Alexander y riéndose del malentendido.

Por su parte, el carácter de Aimé Bonpland era reservado, tímido y respetuoso. Tras los años de travesía había dividido con Alexander sus tareas de manera eficaz, y aunque era en extremo laborioso, frente a la incontrolable energía de Humboldt parecía holgazán. El barón dormía entre cuatro y cinco horas diarias, dedicando noches y madrugadas a leer, escribir o realizar observaciones astronómicas, y al despuntar el alba ya estaba vestido, dispuesto a comenzar una vertiginosa jornada más. Por si fuera poco, siendo en extremo cortés, jamás negaba su asistencia a fiestas y tertulias, habiéndose hecho muy asiduo de la corte. Siempre encontraba alguna frase elogiosa para describir los sitios de Nueva España que había visitado:

—Acapulco —dijo en una ocasión— es el puerto más bello de las costas del Pacífico por su aspecto salvaje, lúgubre y romántico.

También alabó a la Ciudad de México, que bañada por las aguas del lago de Texcoco, rodeada de pueblos y lugarcillos, y con los majestuosos volcanes nevados, le recordaba los más hermosos lagos de las montañas suizas. Respecto al pequeño poblado de Chilpancingo, aseguró que poseía el mejor clima del mundo.

Alexander disfrutaba la compañía de la Güera. Le parecía una mujer inteligente, alegre y voluntariosa. A pesar de no haber estudiado, como era lo común en las mujeres, poseía una sólida cultura que le permitía mantener una conversación con sabios o eruditos sin ser tildada de vacua. Solamente a su lado se concedía momentos de descanso y distracción conversando de literatura y poesía, a las que era muy aficionado; le comentaba adelantos de sus investigaciones y a veces solicitaba que cantase algunas melodías populares. Además le parecían adorables sus hijos, a los cuales les contaba relatos científicos cual si fuesen cuentos de hadas, habiéndose encariñado prontamente de ellos.

El primer día que la Güera los llevó a conocer los animales disecados, Alexander cargó en sus brazos a Lupita para enseñarle algunos dibujos, mientras a los mayores les explicaba algunas rarezas de los animales en cuestión.

—Serás un gran padre —comentó conmovida.

De todas las atenciones que tenía con la Güera, ella agradecía una en especial: la consideraba un ser pensante. Ambos discutían, argumentaban y escuchaban los razonamientos de cada uno en igualdad. Y aunque los conocimientos de Alexander eran en extremo superiores, siempre la corregía con respeto y en algunas ocasiones aprobó sus opiniones, para beneplácito y orgullo de María Ignacia.

El día de la inauguración del gabinete de curiosidades, el virrey Iturrigaray y su esposa acudieron junto con las más importantes personalidades científicas y políticas del reino. La Güera se engalanó lo mejor posible, cayendo en la cuenta de que jamás había dedicado tanto tiempo y esmero a su arreglo. No podía mentirse, a quien deseaba agradar era al barón; su sabiduría y trato fino la habían cautivado sin poder evitarlo. Pero lo sabía bien: pronto habría de proseguir su viaje a rumbos

extremadamente lejanos y apartados de su vida, así que pensar en cualquier relación sentimental resultaba una fantasía inaceptable.

Las muestras exhibidas por Humboldt y sus compañeros dejaron estupefactos a los asistentes. Alexander agradeció los apoyos recibidos para montar el gabinete de curiosidades y expresó frases elogiosas para María Ignacia, quien había colaborado, dijo, con ejemplar desinterés y desbordado corazón. Luego procedió a realizar el recorrido y durante un par de horas fue guiando a los invitados por los salones, explicando características y datos curiosos de los animales, minerales, vegetales, dibujos o equipo científico expuesto en paredes, armarios, mesas y vitrinas, todo ordenado perfectamente gracias a los cuidados de la Güera, que no cabía en sí de orgullo.

Finalizado el evento, mientras los asistentes comenzaban a abandonar la casa, la virreina se desprendió del brazo de su esposo, acercándose con juguetona picardía.

—Qué escondida tenías tu aventurilla, ¿eh? —susurró maliciosa—. Ahora comprendo por qué te has ausentado de Palacio; con un caballero así, también yo dormitaría en los brazos de la ciencia.

—No, Inés, no vayas a pensar que…

—¡No me engañas, traviesa! —le guiñó divertida—. La forma en que agradeció tu apoyo es una disfrazada declaración amorosa, bueno, y de disfrazada nada; habrías de estar cegatona para no comprender que el barón se ha rendido a tus pies.

—Ay, Inés, lo nuestro no pasa de amistad; el barón se dedica en cuerpo y alma al estudio.

—¡Nada! Que te lo digo yo: el sabio ha perdido el seso —dijo entre risillas—. No desaproveches la oportunidad, mujer; después de todo lo que has sufrido, bien que mereces echar una cana al aire.

Lo dicho por Inés la colmó de radiante ansiedad. ¿Alexander flirteaba con ella sin que se hubiera percatado? Ciertamente, su comportamiento era tan extraño que podría haber confundido galanteo con agradecimiento. Rumiaba sus pensamientos cuando se acercó Juan Ignacio de Briones, quien fue convidado para conocer a Alexander ya que poseía información estadística de Querétaro que le era necesaria al barón.

—Güera, qué gusto verte —dijo galante—. Estás más bella que nunca.

—Gracias, Juan Ignacio, con los abrumadores litigios pensé que terminaría tan seca como los animales del barón —bromeó, y ambos rieron.

—De verdad, María Ignacia, me hace inmensamente feliz escuchar tu risa nuevamente.

—Gracias, Juan Ignacio, bien sabes que las puertas de mi casa estarán siempre abiertas para ti.

En eso Alexander les interrumpió, con la ansiedad normal que le producía algún contratiempo inesperado.

—Doctor Briones, ¿me permite a la dama un segundo?

Juan Ignacio asintió de mala gana. Tan pronto se apartaron, le susurró:

—María Ignacia, necesito pedirte un favor muy especial. Hoy por la noche debo observar las estrellas, y con el desorden en nuestra azotea no hay espacio suficiente para colocar el telescopio, pero podría hacerlo desde el mirador de tu casa si tuvieses la bondad de permitirlo.

—¡Faltaba más, sabes que mi casa es tu casa! —exclamó la Güera.

Acostó a los niños, dándoles la bendición más temprano de lo acostumbrado y desatendiendo sus protestas. Salía del cuarto de las nenas cuando Teófila le informó que el barón ya había subido a la azotea, así que ordenó que le llevasen bocadillos, vino, dos copas, y después la servidumbre podía retirarse a sus habitaciones. Fue hasta su dormitorio para vestirse con algo más cómodo y abrigador, se peinó y maquilló delicadamente, perfumándose apenas, y luego subió al mirador, lugar de sus

preferencias durante las tardes por la maravillosa vista del valle que poseía. Encontró a Alexander recostado sobre grandes cojines y con el telescopio apuntando hacia una gigantesca luna por encima del cielo, que se mostraba esplendorosamente estrellado.

—¡Hemos corrido con suerte! —exclamó Alexander sin ocultar su emoción—. No hay nubes que puedan entorpecer la observación del eclipse. Ah, y deberás perdonarme, me he atrevido a solicitar estos cojines porque debido a la posición de la Luna, la observación habrá de realizarse de manera horizontal, pero verás que valió la pena; acércate y estarás de acuerdo.

La Güera se recostó y él, haciéndose a un lado, le pidió que colocase el ojo en la mirilla. Entonces, de su boca escapó un suspiro de admiración.

—¡Es asombroso, parece magia!

—¿Alcanzas a observar los cráteres?

—Perfectamente: lo que a simple vista es una circunferencia plana, en el telescopio se descubre una esfera con numerosas imperfecciones.

—¡Perdón, María Ignacia! —dijo con apuración—. ¡Permíteme un segundo!

Dicho aquello, colocó precipitadamente el ojo en la mirilla, con lo cual quedaron mejilla con mejilla y tan cercanos como si estuviesen abrazados. Alexander se apartó de inmediato, y pasándole a la Güera su libreta pidió que anotase la hora: «11:46 pasado meridiano», mientras él tomaba uno de sus cronómetros y lo ponía a funcionar.

—¡El espectáculo comienza! —exclamó exaltado—. Será un eclipse parcial y no creo que dure más de una hora.

En efecto, la Luna comenzó a ser invadida por la oscuridad en uno de sus extremos. Alexander entonces cayó en cuenta de que sus cuerpos estaban extremadamente cercanos.

—Disculpa la cercanía, María Ignacia —dijo ligeramente ruborizado—, pero si deseas observar el fenómeno será preciso que te ubiques junto a mí, así compartiremos el telescopio a intervalos.

—Por nada del mundo me perdería el espectáculo —contestó la Güera, contagiada de su entusiasmo.

Se recostaron de la manera más cómoda posible uno junto al otro, tendidos sobre los cojines. Entre las alternancias para mirar a través del telescopio, Alexander fue explicando las fases del eclipse: la penumbral cuando la sombra producida por la Tierra sobre la Luna es leve, y la umbral cuando se alcanza máxima oscuridad. Sin poder callar un instante, mencionó que el nombre *Luna* provenía del latín y significaba «luminosa». El griego Anaxágoras descubrió que la luz emitida por la Luna era la luz reflejada del Sol, y por ello fue encarcelado. Galileo observó por primera vez la luna con telescopio, afirmando que no era lisa y distinguiendo sus regiones; a las oscuras las denominó «mares», que por supuesto no contenían agua, y les dio nombres como «Mar de la Serenidad» y «Mar de la Fecundidad».

El tiempo pasó volando entre comentarios, mediciones y el embeleso de la Güera. Al concluir el eclipse, tras anotar la hora, Alexander pudo descansar. Se estiró sobre los cojines y entonces se percató de que la Güera temblaba de frío; iba a quitarse la casaca para ofrecérsela pero ella lo impidió.

—No, Alexander, podrías resfriarte y mañana debes viajar a Real del Monte; si me abrazas será suficiente —dijo ella con toda intención de atraerlo.

—De cualquier manera ya hemos terminado, pero antes de partir me gustaría mostrarte algunas maravillas —giró el telescopio hacia un punto determinado y pidió que mirase al tiempo que la abrazaba.

—¡Santo cielo, qué es eso! —profirió asombrada la Güera.

—Te presento a Marte.

—¡Es rojo!

—Marte es el cuarto planeta en orden de distancia al Sol, y el segundo más pequeño del sistema solar después de Mercurio. Recibe su nombre en homenaje al dios de la guerra de la mitología romana, y también es conocido como el Planeta Rojo debido a la apariencia rojiza que le confiere el óxido de hierro de su superficie.

La Güera estaba fascinada con los conocimientos que Alexander albergaba en la cabeza, y no sabía a quién admirar más, a Marte o a él. Por largo tiempo fue mostrándole diferentes planetas y estrellas; todo lo que veía resultaba inesperado y extraordinario. Su asombro era similar al de los niños cuando descubren inesperadas realidades.

—¿Ves, María Ignacia? —dijo orgulloso después de un rato—. Tanto en la Tierra como en el cielo, cuanto más conocemos y comprendemos, más hermoso nos resulta.

Ella lo miró extasiada. Percibía el calor y la ternura de su abrazo.

—Jamás en mi vida había visto cosas más bellas —tomó su mano con delicadeza y lo miró fijamente—. ¿Te puedo hacer una pregunta? Tanto Carlos como Bonpland me llaman por mi apelativo, Güera, y sin embargo tú no. ¿A qué se debe?

—Creo que un sobrenombre te reduce; mereces mucho más. En mis viajes no he conocido una mujer más bella que tú, y no lo digo ahora por adularte; así lo he comentado públicamente.

—Alexander, exageras —sonrió la Güera, sonrojada por el inesperado piropo.

—Pero no son tus atributos físicos los que mejor te definen, sino tu ingenio y personalidad —continuó halagándola—. Me pareces una especie de Madame de Staël del occidente.

—Eres demasiado amable, por eso te he tomado cariño —dijo ella y acercó su rostro al de Alexander hasta casi percibir su respiración, pero él se puso de pie sin poder ocultar su nerviosismo.

—María Ignacia, bien sabes que tu cariño es correspondido; jamás podré pagar los esmeros y dedicación que has tenido con nosotros. —Y ojeando alrededor, continuó—: ¡Mira el caos que he provocado! Por favor, permíteme levantar los cojines y ordenar aunque sea un poco. —De inmediato comenzó a recoger sus instrumentos—. Discúlpame, en unas horas parto a las minas del conde de Regla y debo empacar.

Resignada, la Güera le ayudó a guardar meticulosamente los aparatos en las cajas primero, y en el baúl después. Su corazón navegaba entre la frustración y la felicidad.

Seguramente la virreina estaba equivocada y Alexander tan sólo la veía como una buena amiga. Ya era suficiente; no debía vivir de ensoñaciones.

29

ATRACCIÓN
1803

Regresando del viaje a San Miguel de Regla, Alexander fue a visitarla sin previo aviso. La Güera ordenó que lo hicieran pasar a la sala de visitas mientras terminaba de arreglarse, ya que esa noche habría tertulia en casa de su hermana.

Cuando entró a la sala descubrió una escena que le enterneció sobremanera: sus cuatro hijos miraban al barón con ojos desorbitados y las manos repletas de caramelos.

Lupita se encontraba sentada sobre sus piernas, los otros de pie, alrededor.

—Me tomé la libertad de traerles golosinas —dijo sonriente.

—Te agradezco la atención, pero dime, ¿qué truco utilizas para mantenerlos tranquilos?

—Nada de trucos; ciencia pura. Les relato el descenso a las minas de Real del Monte.

—¡Sí, mami! —exclamó Gero—. Alex bajó hasta la panza de la tierra, entre negras cavernas y murciélagos.

—¿Y quién te dio permiso de llamar «Alex» al barón?

—No lo reprendas, María Ignacia —Alexander salió en su defensa—. Es agradable que me nombren así, tal como hacía mi nodriza en Prusia. Además, Gero es muy inteligente.

El niño se irguió orgulloso y la Güera, con el placer que causa la aprobación de los hijos, sonrió agradecida.

—De cualquier manera, es hora de ir a cenar —dijo, indicándoles que salieran; los niños al mismo tiempo realizaron graciosas inclinaciones y se despidieron del barón.

—¡Ay, Alexander! —lo reprendió en broma—. Los vas a malcriar con tantos mimos.

—No te preocupes, se formarán un buen carácter; tienen de quién aprender —dijo galante, y el cumplido logró que la Güera se sonrojara mientras él extendía su mano mostrando un paquetito envuelto con papel de China—. También he traído algo para ti.

—No debías molestarte —dijo por cortesía desenvolviendo curiosa el paquete, que contenía un pedrusco de regular tamaño. Desconcertada, lo acercó a sus ojos.

—Es plata en estado natural —aclaró al instante—. Considerando que continuamente recibes alhajas, preferí una joya de la naturaleza, algo que resultase memorable.

—Es el regalo más original que jamás haya recibido —expresó la Güera, conmovida—. Lo guardaré como la más hermosa de mis posesiones.

—Quise entregártelo hoy porque las próximas semanas me será imposible.

Ciertamente, Alexander tenía una agenda extenuante: el doctor Del Río, condiscípulo suyo en la Escuela de Minas de Freiberg, le había rogado que diese cátedra en el Real Colegio de Minas y además examinase a sus alumnos; el virrey deseaba que le acompañase a inspeccionar las obras del desagüe, y la Universidad le había encargado estudios de diferentes cuestiones.

—Dime cómo puedo ayudarte y lo haré gustosa —ofreció con la intención de hacerse partícipe de sus actividades.

—Imposible: si me acompañaras a la cátedra de Química o Geología, terminarías odiándome —bromeó sonriendo.

—Entonces serás mi compañero esta noche. No puedes negarte; mi hermana Josefa tiene tertulia.

En el salón de los marqueses de Uluapa los invitados conversaban con amenidad cuando la Güera, sin ocultar su orgullo, entró del brazo del barón de Humboldt; los concurrentes enmudecieron al instante, produciéndose un silencio desagradable. La Güera percibió que si bien les parecía interesante la presencia del científico, al mismo tiempo se mostraban desconfiados y cautos. Manuel, a la primera oportunidad, la reprendió por llevarlo sin avisar, subrayando que los temas ahí tratados eran reservados y la presencia del barón, protegido de la Corona, resultaba riesgosa.

—Antes de medianoche agradecerás su presencia —respondió la Güera, despreocupada y segura.

La tertulia, dirigida a la perfección por Josefa, se desarrolló de manera armoniosa y entretenida. Azcárate declamó algunos poemas; el marqués de Guardiola, quien poseía una de las mejores bibliotecas de la ciudad, comentó la lectura de un libro recién aparecido; la Güera tocó un par de piezas de Mozart en el pianoforte y hasta Alexander participó con románticos versos de un amigo suyo, Johann Goethe. Después pasaron a la mesa y a la charla, que transcurrió entre temas anodinos.

Al concluir la cena, ella tomó la palabra.

—Alexander, como te comenté, los presentes son personas ilustradas que desean conocer tu opinión sobre la situación política en América.

Tras un breve momento de silencio, en el cual los asistentes esperaban las palabras del sabio prusiano con curiosidad, habló con afable desenfado:

—En mi viaje he descubierto un creciente malestar causado por las injustas medidas ejercidas contra los americanos, muy especialmente desde el reinado de Carlos III, empoderando injustamente a los gachupines y empobreciendo a los criollos.

Se produjo un murmullo de aprobación general y los temores se disiparon como por arte de magia. Alexander, al notar que recibían sus palabras con agrado, continuó exaltando las riquezas naturales de Nueva España, la bondad de su clima y sus fértiles tierras, que, dijo, bien cultivadas producirían lo que toda Europa. Pero cuando fue encaminando sus observaciones hacia otros temas, más cercanos a la economía, varios comenzaron a perder la efusividad.

—Sin embargo —dijo, absorto en su discurso—, he observado que en ninguna otra parte de América o Europa existe una distribución de la riqueza tan desigual como en Nueva España. En la Ciudad de México, según los datos recabados, hay unos treinta mil harapientos y miserables, casi un tercio de sus habitantes, y en el interior las desproporciones son mayores. La distribución de la riqueza alcanza tal desigualdad que el virrey gobierna a familias cuyos ingresos son tres o cuatro veces mayores que los suyos. Si lo comparamos con Caracas, allá los más ricos poseen diez mil reales anuales de renta —continuó sin advertir los semblantes preocupados de los presentes—; en Cuba, treinta y cinco mil; no conozco familia peruana que goce de una renta de seis mil quinientos, y por el contrario, en Nueva España hay quienes, sin poseer minas, alcanzan doscientos mil de renta anual.

Los aristócratas y grandes hacendados, que eran la mitad de la reunión, enmudecieron; la otra mitad, cuyas riquezas eran medianas, mostraron gran perturbación. La misma Güera, que desconocía dichos datos, inclinó el rostro con aflicción al recapacitar que desde siempre había considerado la desigualdad económica como algo natural, un orden social al que estaba acostumbrada desde niña. No obstante, le pareció extraño que Alexander tocase el tema en una reunión donde se encontraban varios marqueses y algunos poderosos hacendados. Entendió entonces que deliberadamente buscaba despertar sus conciencias, ya que tal disparidad impediría la formación de una nación independiente, pacífica y ordenada.

—Estos datos surgen de observaciones objetivas, no del afán de enjuiciar a nadie —prosiguió con tono educado y conciliador—. No ha sido mi deseo herir sensibilidades, y si por descuido lo hice, ofrezco una disculpa. La prosperidad de una nación debe sustentarse en la libertad, la democracia y el sano equilibrio económico… Para su beneplácito, les comentaré que he observado menor existencia de esclavos que en otras naciones americanas.

—Tiene usted razón —dijo Manuel con una sonrisa de orgullo—. En lo personal, hace años que liberé a todos los esclavos de mis propiedades.

Los demás sumaron sus voces, corroborando que nadie en el grupo era partidario de la esclavitud, y la conversación fue deslizándose como barcaza sobre agua hacia rumbos sencillos y cordiales donde todos congeniaban en temas tales como la autonomía, la ilustración o los fabulosos progresos, tanto bélicos como jurídicos, de Napoleón Bonaparte. La desigualdad económica no volvió a ser mencionada.

A partir de esa noche, los encuentros entre la Güera y Alexander se espaciaron en frecuencia y redujeron en duración. Coincidieron en el teatro un par de ocasiones, pero no sentados en el mismo palco. Asistieron a tertulias de la corte, pero compartir ahí era imposible ya que muchos demandaban su atención, apartándolos constantemente. Al poco tiempo le anunció que emprendería un largo viaje a Guanajuato junto con el virrey para inspeccionar las minas de aquellos rumbos.

Tan sólo recibir la noticia, sintió un vacío en el pecho. La presencia de Alexander se le había hecho imprescindible, estaba habituada a conversar con él y sus atenciones la ilusionaban. No era sensato pensar en algo que superara la amistad, pero como bien había dicho el sabio Pascal, «Hay razones del corazón que la razón desconoce», y su alma se negaba a cualquier razonamiento que la alejase de él. Creía que, con un poco más de tiempo, la amistad podría transformarse en romance.

Durante el viaje de Alexander a Guanajuato, que se prolongó por dos larguísimos meses, la Güera retomó la vida cortesana. No dejaba de extrañar los halagos, la manera en que se ruborizaba al escuchar de él cualquier frase amorosa, su nervioso caminar y aun sus abrumadoras disertaciones. Por si fuera poco, hasta los niños preguntaban por el «tío Alex», como ya le llamaban.

Ramón Cardeña le escribía prometiendo viajar a México, pero la Güera le daba largas explicando que no era el momento adecuado. En realidad no deseaba verlo, lo único que entonces llamaba su atención era Alexander. A diario le asaltaban las inquietudes propias de las enamoradas: anhelaba unir su vida a la de él y formar una pareja feliz. Sin embargo, percibía solamente dos posibilidades para que sus ensueños se realizaran: que Alexander decidiese permanecer en México, ciudad en la que había fincado sólidas amistades, o que la llevase junto con sus hijos a Europa.

Pensaba que la amaba, y muestra de ello eran los continuos elogios a su belleza, algunas tímidas manifestaciones de sentimientos y hasta haberla comparado con Madame de Staël, famosa en Francia por su inteligencia y personalidad independiente.

Alexander le notificó en una carta que tan pronto regresase a México planearía el viaje de vuelta a Europa, y la Güera, sabiendo que tenía el tiempo medido, decidió ser incluida en sus planes. Cuando todo obraba en su contra, no había nada que perder; lo mínimo que consiguiese significaba una ganancia inesperada.

30

REPULSIÓN
1803

—Es sorprendente el inhumano trato que dan a los trabajadores de las minas —continuaba diciendo Alexander, verdaderamente molesto al narrar sus experiencias en Guanajuato—. No se podrá obtener progreso alguno de acciones tan brutales.

La Güera, que deseaba una charla pacífica y más proclive a sus intenciones, intentó cambiar el tema.

—Pero cuéntame de tu aventura en el Jorullo —le sugirió mientras le servía una taza de café, sabiendo que la aventura en el recién nacido volcán le enorgullecía de manera especial.

Él la miró realizando un gesto de advertencia: la charla sería larga. Ella lo animó con una sonrisa con la cual parecía suplicarle.

—Todo el volcán es una inmensa azufrera, con una mezcla de amarillo y negro que da al cráter un feo aspecto. Son una especie de embudos en los que las llamas sólo salen a la superficie por grietas que atraviesan el cráter. El peor peligro era saltar por encima de las grietas y caminar sobre cortezas de azufre y escombros volcánicos que formaban bóvedas a punto de hundirse. De verdad, María Ignacia, quizá ningún ser humano ha estado en un cráter más encendido; todos teníamos el rostro quemado…

Ella parecía escucharlo atentamente, y aunque la aventura resultaba realmente interesante, su mente divagaba por otros sitios que le robaban el interés: festejaba sus hazañas con seductoras sonrisas y elogiosas palabras, pero le interesaba más agradarle que poner atención a sus dichos. Había decidido conquistarlo fuera como fuese.

Las oportunidades de estar a su lado resultaron escasas; algunos eventos en el Palacio Real o en tertulias, y las ocasiones para convivir en intimidad eran casi nulas. Los días transcurrían y aquella declaración amorosa que su corazón anhelaba escuchar no llegaba. Ilusionada, pensaba que la timidez de Alexander le evitaba explayarse en temas sentimentales, por ello decidió facilitarle el camino brindándole un poco de ayuda.

Se organizaría un corto viaje a San Agustín de las Cuevas con el objeto de medir las alturas de la serranía del cerro del Ajusco y recolectar vegetales en la región, y la Güera decidió apostarlo todo: pretextando que debía viajar por órdenes explícitas del virrey para que nada faltase a la comodidad de los expedicionarios, logró ser incluida en el reducido grupo.

Partieron en tres carruajes, ya que viajaban Bonpland, Montúfar, varios lacayos y tres jóvenes alumnos de Minería, y había que transportar los baúles con el instrumental científico. Llegaron temprano a la villa, y aunque los varones intentaron convencerla de esperar su regreso, ella se entercó y los acompañó a caballo hacia las faldas del Ajusco. Las faenas fueron fatigantes: efectuaron diversas mediciones en la planicie, se internaron en el bosque para recolectar insectos, plantas y animales, subieron por la ladera de una montaña hasta alcanzar la cima, y ahí realizaron nuevas mediciones. Finalmente, tras una larga jornada, regresaron exhaustos con el crepúsculo.

Aunque el deseo general era cenar y retirarse a sus habitaciones, la Güera no estaba dispuesta a que tal cosa sucediese: los viajeros no habían bebido un chínguere por estar prohibida la elaboración

del aguardiente de caña en el reino, así que había predispuesto lo necesario para que a su retorno celebrasen el exitoso día.

Tras un par de brindis recobraron energías, y en una ambiente alegre y de camaradería pasaron a la mesa, donde dos hermosas y amables jovencitas les sirvieron los alimentos. Bonpland reía ponderando lo provechosa que había sido su estancia en Nueva España, y lamentando que pronto debieran concluir la expedición. Montúfar, al otro lado de la mesa, permanecía distante, como si le molestase que dos de los estudiantes acapararan la atención de Humboldt, cuestionándolo sobre intrincados asuntos científicos. Sentada junto a Alexander, la Güera aprovechaba cualquier oportunidad para brindar por las hazañas y progresos obtenidos, obligando a los varones a empujar los vasos hasta vaciarlos mientras ella, a escondidas, derramaba el aguardiente por el suelo.

Antes de medianoche Bonpland se retiró a su habitación y al cabo de media hora los tres estudiantes le siguieron, despidiéndose con solemnes frases. Entonces Montúfar también se levantó, mostrando síntomas de «mareo etílico», como bien diagnosticó Alexander.

Quedaron solamente ellos dos en la mesa. Alexander se encontraba mareado por los chíngueres, que, dijo convencido, eran de tan buena calidad como los que se bebían en París, donde llamaban *rhum* al aguardiente de caña. Sin embargo, la euforia que le provocara el alcohol en un principio dio paso a la congoja.

—¿Sucede algo? —preguntó la Güera.

—Añoro a mis amigos de Europa, al círculo científico de París y también mi patria —dijo con toda franqueza, inclinando la cabeza con pesar—, pero debo confesar que jamás en mis viajes me había sentido tan complacido.

—Bien sabes lo mucho que te apreciamos.

—María Ignacia —Alexander se atrevió a sincerarse, algo extraño en él, que siempre se comportaba parco en asuntos sentimentales—, ojalá puedas comprender el especial cariño que has despertado en mi alma.

Considerando sus palabras como un galanteo, ella le agradeció tocando suavemente la palma de su mano.

—Mi corazón te corresponde con los mismos sentimientos —dijo sugestiva, mientras él bebía el resto de su aguardiente—. No es necesario que abandones lo que deseas, llévalo contigo: quien te ama renunciará a todo con tal de estar a tu lado.

Tras un breve instante, la Güera se acercó para tomar el rostro del barón con las manos y besarlo sutilmente en los labios. Al percibir la cálida suavidad de aquella boca, Alexander sintió un inesperado placer pero de inmediato se puso en pie, enrojecido.

—Perdón, hemos bebido en exceso —balbuceó aturdido—. Será mejor que vayamos a dormir. —Besó la mano de la Güera y se despidió sin permitirle protestar.

En su habitación, nerviosa y excitada, la Güera no paraba de caminar, intentando dar correcto rumbo a las demandas de sus sentimientos. Consideró que por culpa del alcohol o quizás por timidez él no había comprendido cabalmente sus insinuaciones, y que además una oportunidad como aquella difícilmente volvería a repetirse. Lo dudó un instante pero se decidió, y vestida con el *negligé* francés que intencionalmente había llevado salió al pasillo, sin alumbrarse con candelilla alguna para no llamar la atención. De puntillas fue hasta la recámara de Alexander, y descubriendo la puerta ligeramente entreabierta, se introdujo. La penumbra era total, entreviéndose apenas los confusos bultos de muebles y objetos dispuestos en la habitación; escuchó una tenue voz, un susurro, e intuyendo que era él, respondió con un levísimo siseo, intentando no ser escuchada por nadie más.

Con gran lentitud, para evitar cualquier tropiezo, siguió adelante. A contraluz, frente al ventanal,

descubrió lo que parecía ser la cama, y sobre ella una sombra que se removía a ritmo acompasado.

Extrañada, detuvo su andar. Parecía ser un cuerpo, pero sumamente grueso u obeso; aguzó la vista con mayor intensidad, y conforme sus pupilas se acostumbraban a las tinieblas pudo distinguir sombras confusas. Se percató de que no era un cuerpo sino dos los que se agitaban sobre la cama, y una profunda desilusión se apoderó de su alma. El grupo de expedicionarios estaba conformado sólo por hombres: ¿acaso Alexander había preferido a una criada que a ella? ¿Se había equivocado de habitación? Con el orgullo herido y la urgente necesidad por esclarecer la escena, se acercó a hurtadillas. Dio un pequeño paso y otro más hasta alcanzar suficiente cercanía y corroboró que dos cuerpos desnudos se entrelazaban, conteniendo los jadeos para no ser descubiertos.

Su primera reacción fue salir de inmediato, sin embargo, debido al enorme despecho que aquejaba a su corazón y estando herida en la vanidad, un incontenible impulso la apremió a descubrir a la mujer que hurtaba sus ambiciones. Ocultándose tras lo que parecía un grueso ropero, los espió por breves instantes: en la penumbra pudo ver a medias cómo los cuerpos se entremezclaban rodando sobre el camastro, abrazados y besándose apasionadamente. Debido a la oscuridad, por más esfuerzos realizados no podía distinguir más que una especie de sombras revolviéndose; entonces consideró que jamás podría reconocer los rostros y lo mejor sería retirarse. Iba a dar un paso atrás cuando de pronto los cuerpos se apartaron e irguieron sus torsos.

La Güera no pudo creer lo que sus ojos observaban: no eran un hombre y una mujer quienes se abrazaban acaloradamente, sino dos varones.

El sorpresivo descubrimiento la paralizó de golpe y miles de sentimientos la asaltaron, todos horrendos, confusos, perturbadores. Sus ojos eran testigos del pecado nefando, una de las peores perversiones, que la Iglesia castigaba con extremo rigor. La escena le resultaba demoniaca, siniestra, inmoral, pero sobre todos los calificativos, profundamente dolorosa.

Al recuperarse del asombro, retrocedió sigilosamente, buscando escapar sin ser descubierta. En su desordenado andar tropezó con algún objeto y uno de los rostros la miró por un instante, sin distinguir a cabalidad quién era; al saberse descubierta, salió corriendo desesperada, enloquecida rumbo a su habitación. Al llegar, cerró con pasador la puerta y se tumbó en la cama a llorar.

Alguien tocó a la puerta. No contestó; odiaba a Alexander con todo su corazón. Deseaba que su alma se fundiese en los infiernos.

31

LA RAZÓN POR DELANTE
1803

El barón envió recados pidiendo acceso a la casa de la Güera pero ella, profundamente atormentada, lo negaba una y otra vez. Se sentía humillada, rechazada, ofendida, menospreciada; no había palabras que describieran la totalidad de sus emociones, pero de una cosa estaba segura: odiaba y maldecía la inoportuna intromisión de Alexander en su vida.

Como ferviente católica, debía notificar a las autoridades eclesiásticas el delito que había presenciado, pero entendía que la Inquisición castigaba a quienes cometían el «pecado nefando» con desprestigio público, cárcel, destierro y aun con la muerte. Por ello, delatarlo le resultaba imposible: destruiría la vida de Alexander, despojando a la humanidad de sus grandes conocimientos y sabiduría. ¿Quién era ella para arruinarlo? A pesar de su pecaminosa vida, era un sabio y el mundo lo necesitaba.

Con el paso de los días y las continuas reflexiones, su mente enmarañada comenzó a despejarse y a encontrar sosiego. La sensación de ser despreciada fue desapareciendo al comprender que él actuaba regido por leyes de otra naturaleza, en cuyo ámbito ella no encajaba: jamás fue objeto de sus deseos amorosos, y por lo tanto jamás la despreció. Además, consideró que si bien sus costumbres eran reprobables, las demostraciones de cariño hacia ella y sus hijos eran sinceras e incuestionables, por lo que actuar en su contra sería un acto ruin y desleal.

Y sin embargo, por más que justificaba las acciones de Alexander, no encontraba la suficiente paz para perdonarlo.

En noviembre cumplió veinticinco años. Por supuesto, no lo convidó al festejo que su familia y algunas cercanas amistades organizaron; sin embargo, al recibir un regalo de su parte, lo añoró con gran intensidad. Era un bosquejo de su propio rostro en el que sonreía feliz e ilusionada; un apunte realizado a lápiz por la propia mano de Alexander, no de valiosas cualidades artísticas aunque los trazos transmitían encanto y gracia. Tras meditarlo por largas horas, decidió enviarle una nota agradeciendo el obsequio e invitándole a tomar chocolate.

Los niños corrieron jubilosos para saludar al tío Alex cuando apareció en la casa. La Güera permitió que les relatara un par de esas historias que tanto les entretenían, y después ordenó que los dejaran solos. De inmediato Alexander, en cuyo corazón anidaban la vergüenza y la culpa, comenzó a disculparse con tono preocupado y pesaroso, pero ella lo interrumpió.

—No deseo conocer tus sinrazones. Solicité que vinieras para notificarte que puedes vivir tranquilo; de mi boca nadie conocerá tus secretos.

—María Ignacia, permíteme…

—No, Alexander, es imprudente que hables y además no quiero saber nada. Tan sólo rogaré a Dios por tu perdón.

—Por favor…

—¡Lo prohíbo sin excusa alguna! —estalló la Güera con furia contenida—. ¿Acaso deseas burlarte

más? ¿Te deleitabas alimentando mi alma con vanas ilusiones?

Avergonzada, se cubrió el rostro para evitar que la observase llorar. A Alexander le provocó enorme pena el sufrimiento de la Güera, e intentando consolarla fue hacia ella.

—Eres una mujer inteligente.

—¡Basta de adularme! —Se levantó rehuyéndolo.

—Pero la mayoría de quienes te rodean —continuó Alexander sin obedecer— no alcanzan a observar lo que hay tras tu figura.

—¡Calla!

—Lo digo sinceramente. ¿Piensas que soy incapaz de apreciar tus cualidades?

Alexander se le acercó, y con sus manos la obligó a levantar la vista para observarlo.

—Antes de conocer mi realidad te parecía un hombre digno, a tal grado que confiesas haberte enamorado, y ahora que has descubierto mi naturaleza decides rechazarme. ¿Acaso no soy el mismo? ¿No puedes continuar amando a la luna al descubrir sus imperfecciones? —Alexander no pudo contener las lágrimas, que se deslizaban sobre su rostro.

Permanecieron un momento mirándose mutuamente. La Güera descubrió que Alexander sufría profundamente, no sólo por el daño que le había causado a ella, sino también por padecer una condición repudiada por la sociedad.

En un impulso lo abrazó con todas sus fuerzas, rompiendo en desesperado llanto, y por primera vez él le correspondió, mostrando sentimientos igualmente poderosos.

—Somos una especie de monstruos bicéfalos —exclamó la Güera entre sollozos—. Te escondes para no arder en la hoguera, y yo escondo mis pensamientos libertarios para proteger a mis hijos.

—Tengo aún más rostros ocultos —dijo Alexander con una mueca que intentaba aparentar una sonrisa—: mi madre era de religión anglicana, en la que fui educado. Al igual que tú debo ocultar mis ideas políticas, pero también las religiosas.

—Somos como esos ídolos que poseen dos caras y dos significados opuestos —dijo ella riendo entre gimoteos.

Con su pañuelo, Alexander le secó las lágrimas agradecido. La Güera no paraba de llorar, pero mientras más lágrimas brotaban, más se percibía liberada. Aceptar a Alexander tal como era brindaba alivio a su alma.

Puesto que abandonaría la ciudad comenzando el año, la Güera se reunía con él lo más frecuentemente posible, aprovechando todo evento social y hasta recibiéndolo en su casa, donde compartían como familia. El viernes 9 de diciembre se develaría la estatua ecuestre de Su Majestad Carlos IV, llamada por el pueblo el Caballito, y decidieron asistir juntos al tedeum, al besamanos en Palacio, a los toros, al sarao y a todos los eventos realizados con los que se festejaría tanto la develación de la estatua como el onomástico de la reina María Luisa.

Quienes la vieron felizmente prendida al brazo del barón de Humboldt pensaron que conformaban una armoniosa pareja de amantes, y aunque se le tachó entonces de licenciosa, no importaba; prefería ser considerada inmoral antes que derrotada. Si les apetecía que fuese la gran meretriz de México, pues que así fuese.

El día era soleado y el clima muy agradable, así que la develación de la estatua acontecería en las mejores condiciones. Antes de la celebración, escuchaba asombrada al maestro Tolsá contar los

pormenores de la realización de la enorme escultura, asunto que representaba toda una proeza en Nueva España. Desde siete años atrás, cuando Tolsá realizó el boceto de madera, había continuado con el modelado de una gran figura de cera, embelleciéndola semana tras semana y utilizando por modelo a un caballo del marqués de Jaral del Berrio llamado Tambor, lo cual despertó sentimientos de orgullo a los criollos.

Cuatro años después quedó lista para, con ella, formar un inmenso molde donde se vaciaría el metal que ya venía de Europa, y que nunca llegó debido a que unos piratas ingleses capturaron la fragata.

Tres años después, cuando por fin reunieron el bronce necesario, la estatua se fundió, se pulió y entonces comenzó la odisea para transportarla hasta la Plaza Mayor. La figura era de tamaño colosal y pesaba cuando menos lo que cien hombres juntos, así que con grúas y poleas fue montada sobre un carro con seis ruedas de bronce; aunque había sido fundida en la huerta de San Gregorio, a menos de seis cuadras de la plaza, se necesitaron cuatro días para trasladarla y luego colocarla sobre el pedestal que le habían construido ex profeso.

Aquel día la Güera, aunque sonreía a diestra y siniestra, sentía un extraño enojo en sus adentros. No sabía explicar por qué, pero durante los distintos eventos se había comportado huraña y malhumorada. En el acto de develación actuó de manera locuaz e impulsiva a tal grado que tras la ceremonia, cuando Alexander realizaba elogiosos comentarios sobre los méritos artísticos de la escultura, ella articuló una espontánea observación que sorprendió y escandalizó a los concurrentes y a ella misma. Recordando un dato que había aprendido de las conversaciones entre Alexander y Bonpland, desaprobó la hechura de la estatua:

—Según entiendo —dijo—, está comprobado científicamente que tanto hombres como bestias poseen un testículo por debajo del otro y los de este caballo, perdóneme, maestro Tolsá, se encuentran al parejo, lo que resulta contra natura.

Al concluir la frase descubrió de inmediato que varios de los presentes enmudecían con evidente bochorno mientras otros prorrumpían en carcajadas que intentaban reprimir inútilmente. Muchos quisieron interpretar el comentario como una vulgar artimaña para llamar la atención, y algunos como una encubierta crítica política, porque al observar de cerca la escultura se veía que el caballo pisoteaba el escudo y las flechas de Moctezuma, con lo cual deseaban simbolizar que Nueva España permanecería eternamente sometida a la Corona española.

Pero solamente ella comprendió que su acongojada alma era quien protestaba, negándose a aceptar que Alexander la abandonase por causa de sus anormales preferencias amorosas. En realidad reprochaba sus costumbres, que como los testículos del caballo, resultaban contra natura.

Pasaron juntos las fiestas navideñas, y como Alexander deseaba mostrar a los niños las tradiciones de su patria, colocó en la casa de la Güera un pequeño y frondoso pino que había mandado a talar en las cercanías. Ella miró contenta a los niños disfrutar cuando colgaron dulces y galletas en las ramas, pero mucho más en Año Nuevo, al poder desprender las golosinas y comerlas.

Al día siguiente de su partida, tras una sincera y sentida despedida, doña Inés de Jáuregui cumplía años y lo festejó con alegre sarao. Tan pronto tuvo oportunidad, se acercó a la Güera cuchicheando:

—No sé cómo lo has dejado escapar. El barón de Humboldt estaba hecho para ti, que te lo digo yo.

—Si supieras —contestó ella con ironía—… Alexander vive tan cercano a las piedras y los animales, que por fuerza de la costumbre se comporta de igual manera al entrar a la cama.

Inés río con picardía mientras la Güera sepultaba el secreto en sus adentros. Sabía que recordaría a Humboldt solamente por sus virtudes.

32

REMEMBRANZAS EN SANTIAGO DE QUERÉTARO
1810

Presa de gran pesadumbre, avanzaba lentamente rumbo a Querétaro y el destierro. Tras la ventanilla del carruaje, la Güera miraba con aflicción el paisaje que rodeaba el camino real de Tierra Adentro, el cual ahora le parecía más árido y yermo que nunca: los raquíticos arbustos que crecían solitarios en el desolado panorama le acrecentaban la congoja causada por el fracaso de su conspiración contra Aguirre.

Tras la primera jornada había decidido dormir en Tepotzotlán, ya que deseaba rezar en uno de los altares barrocos más sobrecogedores del reino, donde postrada de rodillas encomendó la seguridad de su familia a Jesucristo. Al día siguiente prosiguieron, pernoctando consecutivamente en Aculco, Tepeji y San Juan del Río, donde en la posada recibió un breve mensaje: «María, aguarde en Querétaro». El escueto recado le extrañó: ¿por qué Allende le ordenaba detener su travesía en dicha ciudad y no continuar a sus haciendas?

Iba con sus dos nenas dentro de un carruaje tirado por mulos, seguido por una carreta cargada con el nutrido equipaje, ya que desconocía cuánto tiempo permanecería en el exilio. Considerando la atención de las criaturas, viajaban con ellas la inseparable Teófila además de Pilar, la cocinera; Casimiro y otro mozo más las escoltaban a caballo y todos, hasta los cocheros de ambos carruajes, iban fuertemente armados debido a lo riesgoso del camino. A varias de sus amistades ya las habían asaltado por aquellos rumbos, y ella misma escondía dos pistolas bajo el asiento.

Llegando a Querétaro tras cinco fastidiosos y agotadores días de viaje, enfilaron a la casa que Juan Ignacio, su difunto marido, utilizaba de estancia intermedia en los viajes a sus haciendas. La construcción, de una sola planta, poseía un pequeño huerto central a cuyo alrededor se distribuían tres habitaciones, el comedor, la cocina y un gabinete, lo que resultaba suficiente para hospedar a la Güera y sus dos hijas en una pieza y a la servidumbre en los otros dos cuartos. Cenaron gorditas de migajas, pacholas, atole de aguamiel y otras curiosidades típicas de la región que a ella, tras las incomodidades del traslado, le parecieron sofisticados platillos dignos de la mejor mesa, y después durmieron mal debido a la sensación de bamboleo que persiste tras un largo recorrido en carruaje.

Al día siguiente nadie fue a visitarla, así que salieron a recorrer los alrededores y asistieron a misa. Querétaro le pareció en extremo apacible, sobre todo comparada con México. La hermosa ciudad era flanqueada por imponentes conventos cuyos muros se levantaban como robustas fortalezas por encima de las pequeñas y coloridas casitas de una planta; a la lejanía, el acueducto sobresalía majestuoso, uniendo la ciudad con las colinas y otorgándole especial nobleza. Escucharon misa en Santa Rosa de Viterbo, de singular estilo barroco, y deambularon por calles escasamente transitadas, descubriendo rinconcitos pintorescos y hermosas fuentes.

No obstante lo bello del sitio, la Güera miraba todo con desgano, sabiendo que pronto deberían reanudar su viaje rumbo a sus haciendas.

Al tercer día de haber arribado, la Güera jugaba con las niñas en el patio cuando tocó a sus puertas

don Mariano Abasolo cargando libros de contabilidad, como si acudiese a realizar cuentas. La Güera lo recibió con gran alegría.

—¡No sabe el gusto que produce ver un rostro amigo! —exclamó con toda sinceridad.

Mariano sonrió amistosamente. Su ovalado rostro, sus mejillas regordetas y ojos traviesos le conferían un aire simpático y cordial. Vestía de levita gris y pantalón largo.

—María Ignacia, el capitán Allende hubiera preferido saludarle en persona —dijo quitándose el sombrero de copa y besándole la mano—, pero la sensatez le obligó a confiarme tal honor.

Se introdujeron en el gabinete para conversar, cerrando la puerta y hablando en voz baja para no ser escuchados. Ya sentados y bebiendo agua fresca de limón con chía, Mariano fue informándole lo acontecido mientras la Güera comprendía las razones por las cuales habían interrumpido la comunicación con ella. Comentó que al percatarse del inminente golpe en Valladolid, por prudencia decidieron tomar lejana distancia, así que al ser descubierta la conspiración, las autoridades no pudieron relacionarla con ellos.

—¿Y los conspiradores? —preguntó la Güera.

—Los gachupines consideran que cuando se ahorque al primer criollo estallará la revolución, así que el gobierno ha liberado a la mayoría de los detenidos.

—Lo único que consiguen es retrasar nuestra venganza, de eso estoy segura —profirió con odio.

—Sí, madame, porque debo informarle que Ignacio Allende, ayudado muy especialmente por el capitán Juan Aldama —dijo acercándose a la Güera para hablar en susurros— ha emprendido la tarea de constituir una red de juntas secretas por diferentes villas y ciudades para, al unísono, dar el grito libertario este mismo año. —Realizó una breve pausa, con gesto de no saber cómo explicar lo siguiente—. Por eso usted no podrá continuar el viaje, madame: la junta central que orquesta todo el movimiento se ubica en San Miguel el Grande, a un paso de sus haciendas, y los ojos de los espías se clavarían en el centro mismo de la conspiración.

—¿Me persiguen? —exclamó azorada, sintiéndose insegura de pronto.

—Hay espías por doquier, sobre todo en Querétaro; si yo he podido visitarla es porque arriendo su hacienda y poseemos negocios en común.

—¡Pero el virrey me ordenó destierro a cuarenta leguas y debo continuar, no puedo permanecer aquí! —exclamó angustiada la Güera.

—Escríbale informando que por motivos de salud debe interrumpir el viaje; nosotros le ayudaremos con falsos diagnósticos de tres médicos de absoluta confianza. No obstante, para que la excusa sea creíble habrá de recluirse en casa y sobre todo alejarse de nuestros partidarios para no contagiarlos de sospechas.

La Güera se sumió en el asiento, percibiéndose encajonada. Al huir de México había pensado que podría actuar libremente, pero los brazos de sus enemigos la perseguían por donde ella avanzaba.

—¡Soy una vil carnada para los enemigos y una apestada para mis partidarios! Ay, Mariano, estoy condenada al abandono.

Obedeciendo aquella orden, escribió al virrey para informar de su falsa enfermedad; dos semanas después envió otra carta, enfermando también a una de sus hijas. Al poco tiempo la Güera no sabía qué más decir y los doctores dieron falso testimonio del mal, inventando doctos y elaborados diagnósticos.

Viendo con tedios pasar los días, en absoluto aburrimiento, enclaustrada y alejada de sus copartidarios, la Güera se sumió en profunda melancolía. Además, la casa donde debía permanecer le

despertaba nostalgias, ya que a causa de la inesperada muerte de Juan Ignacio, la decoración permanecía tal como él la dejara. Cuando comentaba a la pequeña Victoria que allí vivió su papá, la nena miraba ilusionada muebles y cuadros sin comprender nada; por su parte, la Güera se topaba a diario con objetos, notas o libros de Juan Ignacio que aguijoneaban su dolor, resultando más penoso el encierro.

33

MATRIMONIO INESPERADO
1807

Emocionada, hacía planes para celebrar sus veintinueve años; el convite se realizaría en casa de su hermana Josefa, ya que la suya no disponía de un salón con las dimensiones necesarias para atender adecuadamente a los invitados. Después de pensarlo largamente, prefirió realizar algo íntimo y llamar solamente a los más cercanos: sus padres, tíos y las amistades que concurrían a las tertulias literarias, como los Azcárate, los Fagoaga y los marqueses de Guardiola, y los sacerdotes Talamantes y Mariano Beristáin, su compadre. En esa ocasión habría dos invitados extraordinarios: Ramón Cardeña, quien estaba de visita en la ciudad y se hospedaba como siempre en una de las accesorias de su propia casa, y Juan Ignacio de Briones, quien le había escrito desde Querétaro notificándole que deseaba visitarla.

Juan Ignacio tenía entonces cincuenta y seis años pero le enorgullecía poseer más energía que muchos jovenzuelos. De mediana estatura, rostro sonriente y torso fornido, siempre caminaba erguido para mostrarse más alto que los demás. En su juventud había obtenido el doctorado en Leyes, y aunque intentó dedicarse a la enseñanza, llegando a ocupar el cargo de vicerrector del Colegio de San Ildefonso, la Inquisición lo acusó de propagar los preceptos de Simón Linguet, quien defendía la disolución total del matrimonio, asunto que concluyó con el despojo de una parte de su biblioteca además de la deshonra de su nombre, por lo que se vio obligado a abandonar la docencia.

Esa fue una afrenta que jamás perdonó, por lo que abrazó las ideas independentistas. No obstante, obtuvo el cargo de subdelegado en Querétaro, ciudad donde se casó y enviudó prontamente sin lograr descendencia. Le enorgullecía poseer una apreciable fortuna gracias a las fructíferas haciendas de Santa Ana y San Isidro, muy cercanas a los pueblos de Dolores y San Miguel el Grande, que le proporcionaban una renta desahogada.

Cuando entró al salón de los marqueses de Uluapa, se encaminó directo hacia la Güera, llevando en sus manos un estuche de terciopelo que guardaba el obsequio del onomástico.

—¡Juan Ignacio! —exclamó la Güera, que esa noche irradiaba felicidad—. No sabes el gusto que me causa tu presencia.

—Güera, mil felicidades —dijo besando cortésmente su mano y después entregándole el regalo —. Ojalá este humilde presente sea de tu agrado.

Entusiasmada, abrió el estuche, envuelto en un delicado moño, y su sorpresa fue mayúscula: ante su vista brillaba una pulsera de rubíes engarzados en oro, hermosa como pocas había visto.

—Pero, Juan Ignacio… —dijo la Güera a tropezones, intentando devolverle el estuche—. No puedo aceptarlo, esto es demasiado…

—Todo lo contrario; tú vales mucho más —dijo él, enarbolando una orgullosa sonrisa mientras observaba que la marquesa de Guardiola se acercaba a saludar—. Permite que me retire para que puedas atender a tus invitados —se dio media vuelta y fue con un lacayo para tomar una copa de la bandeja que portaba.

La Güera lo miró alejarse. Juan Ignacio era impredecible y el obsequio, aunque verdaderamente hermoso, resultaba excesivo.

Durante el festejo, haciendo gala de buena educación, la Güera charló con unos y otros, manteniéndose a prudente distancia de Ramón para no causar rumores, pero con el premeditado plan de encontrarse más tarde en el tapanco. Los invitados tomaron a mares jerez, vino catalán y coñac, además de disfrutar bocadillos nacionales y europeos en un ambiente cordial y desenfadado. Cuando la algarabía alcanzaba el clímax, Juan Ignacio de Briones le pidió amablemente que le acompañase al balcón para tomar el fresco. Como ella había bebido un poco de más, aceptó la propuesta para reanimarse con los aires nocturnos.

Teniendo a sus pies la calle de Damas, iluminada por las escuetas farolas y ajena a cualquier bullicio, Juan Ignacio comenzó a hablar con gran seriedad, ajeno a la acostumbrada sencillez que le caracterizaba.

—Güera, sabes lo mucho que significas en mi vida, y también que para un hombre de mi edad parece insensato pretender a una mujer de tu belleza y juventud.

Al intuir el alcance de sus palabras, la Güera quiso apartar su mano, pero Juan Ignacio la retuvo con suave energía. Nerviosa, comenzó a abanicarse con inquietud.

—Deberás disculpar mi atrevimiento —continuó con tono amable—, pero me asiste una sola justificación: el amor.

—Juan Ignacio, por favor… —Consternada, quiso detenerlo.

—Te suplico me permitas concluir. Después habré de someterme a tu libre decisión, lo juro.

La Güera no pudo menos que mostrar paciencia aunque la angustia la abrumaba.

—No soy obtuso y mucho menos un jodido imberbe; te doblo la edad, y aunque fuerte y sano aún, mi andar ya emprende el último tramo. Lo conoce mi mente y lo acepta mi corazón. Por lo mismo, nada me causaría mayor felicidad que compartieras conmigo el resto del camino.

La Güera, nerviosa, no podía comprender bien lo que decía Juan Ignacio, y lo escuchaba azorada.

—Has de saber que por no tener descendencia —continuó—, mis caudales han permanecido bien guardados. No es gran fortuna, como tú mereces, pero…

—¡Juan Ignacio, me humillas! —interrumpió, reaccionando al fin.

—Disculpa, pero estoy seguro de que tu inteligencia sabrá perdonarme. No soy ducho en cuestiones de galanterías y he trasnochado memorizando este cursi discurso. —Tras una bocanada de aire fresco, prosiguió—: Todo lo mío estará a tu disposición para que jamás padezcas penurias, asegurando un futuro decoroso a tus hijos. Además, te ofrezco dos cuestiones ventajosas: no me negaré a cortejo alguno que desees tener, y contarás con mi apoyo para cumplir tus ideales patrióticos, los cuales, como sabes, comparto plenamente.

Por fin guardó silencio, sonriendo cual niño que tras recitar el poema espera felicitaciones. Ella permaneció muda, tan sólo atinando a mover la cabeza, desconcertada.

—Te amo, Güera, y ambiciono hacerte feliz —concluyó besándole la mano.

Ella intentó expresar algo sensato pero se le escapaban las palabras. Deseaba explicar que no lo amaba, que deseaba mantenerse libre, ajena a las decisiones de cualquier varón. Además, le tenía cariño y no deseaba herir sus sentimientos.

Notando su turbación, Juan Ignacio acalló sus labios con los dedos.

—No resuelvas nada por ahora. Mañana salgo a Querétaro y estaré de regreso en diez días. Entonces platicaremos y, repito, aceptaré tu decisión, sea cual sea —remató satisfecho.

Regresaron al salón y durante el resto de la velada la Güera procuró actuar con naturalidad, pero las palabras de Juan Ignacio resonaban con obstinada insistencia en sus adentros. Sin poder evitarlo, mascullaba sus razonamientos e intentaba distinguir, sin conseguirlo, los sentimientos que la

proposición le había despertado.

La fiesta concluyó en lo profundo de la madrugada, despidiéndose todos con fraternal camaradería. Al entrar a su casa, la Güera pidió a Casimiro que atrancara el portón y soltase a los perros. Al llegar a su alcoba continuaba trastornada: ciertamente le guardaba gran aprecio a Juan Ignacio, pero jamás lo había considerado como un serio pretendiente.

Se cambió las ropas por un camisón y una bata. Luego fue a hurtadillas al patio, y abriendo sigilosamente la puerta que daba a la accesoria donde se reunía con Ramón, se introdujo y subió al tapanco. Ramón, al verla, de inmediato se abalanzó hacia ella, desvistiéndola, besándole el cuello y musitando ardorosas palabras. Por la tarde ambos habían anhelado este momento, y sin embargo la Güera se comportaba reservada e indiferente.

Sintiéndose desdeñado, Ramón interrumpió de tajo para explorar el rostro de su amante y ahondar en sus pensamientos.

—¿Qué sucede?

—Ay, Ramón, me siento rara, eso es todo.

La observó con tal intensidad que se sintió invadida en lo más íntimo de su ser, tanto que cubrió su desnudez con la sábana.

—Somos tan parecidos que jamás podrás engañarme —murmuró escudriñando su expresión con sus verdes ojos.

—¡No vengas a sermonearme! —explotó la Güera con inexplicable disgusto, al tiempo que él sonreía complacido.

—¡Lo sabía: estás enamorada!

La Güera soltó una espontánea carcajada.

—¿No? —profirió Ramón, consternado—. Entonces te perturba algún repentino… —Suspendió la frase levantando los ojos a las alturas, intentando recuperar algún recuerdo hasta que de golpe, como si un rayo lo iluminara, exclamó—: ¡Juan Ignacio de Briones, por supuesto, tu actitud cambió al regresar del balcón!

—¡Con qué derecho me espías!

—¡No lo niegues; es él!

Se mantuvo silenciosa por un instante, sabiendo que la había descubierto y no podría esconderse.

—Nada importante —dijo con la intención de cambiar la conversación a otro tema.

Ramón la observaba incrédulo, esperando la verdad. Ella se mantenía enmarañada en sus confusas emociones, que estaban a punto de explotarle en la boca.

—Me ha pedido matrimonio —balbuceó al fin la Güera.

—¡Cómo! —estalló en risas—. ¡No lo puedo creer!

—Yo tampoco, pero sus intenciones son formales. Nunca lo había escuchado sentimental, y hasta cursi… Lo juro.

Ramón se acuclilló frente a la Güera, y cruzándose de brazos exigió impasible que le narrase lo acontecido. Ella lo hizo con lujo de detalles, y al concluir, Ramón se recostó a su lado manteniendo la mirada perdida en sus reflexiones.

—Es una propuesta noble y venturosa —dijo finalmente.

—¡Por favor, Ramón! —exclamó molesta y contrariada.

—No, Güera, razona: cuando menos ocho de cada diez aristócratas con título están unidos por conveniencia.

—¡Carezco de títulos y ni falta me hacen! —giró el torso para darle la espalda y escapar de su mirada.

—Lo que propone puede significar tu salvación terrenal —continuó, desatendiendo sus palabras —. Y no sólo tuya, también la de tus hijos.

—¡Calla! —gritó, cada vez más molesta.

—Por si fuera poco, me has dicho que te permitirá recibir los cortejos que decidas, lo cual me resulta ventajoso —bromeó con picardía—. Pero mucho más ventajosas son sus haciendas; con ellas obtendrías justa tranquilidad para el resto de tus días.

—Hablas como si Juan Ignacio fuese tan rico como el conde de Regla o el marqués del Apartado; estás equivocado.

—Su fortuna no es enorme, pero seamos sinceros: ¿qué noble se casaría contigo? Los escasos que permanecen solteros o viudos difícilmente contraerían nupcias contigo por lo escandaloso de tu pasado.

La Güera giró para enfrentarlo, profundamente ofendida. Quería silenciarlo, pero no lograba proferir palabra alguna.

—Además, no tienes fortuna que ofrecer —continuó—. A lo mucho te aceptarían en calidad de amante, tratándote cual lujosa prostituta pero jamás entregándote sus bienes ni su apellido.

El enojo de la Güera explotó y comenzó a golpear el pecho de Ramón con gran coraje. Sin defenderse, el otro tan sólo esquivaba los manotazos.

—Te lo digo con todo el amor que te profeso, de verdad. Míralo con otros ojos y le tomarás renovado afecto.

Ramón atajó sus manos, y abrazándola con gran fuerza, la besó; ella ni siquiera intentó rehuir. Sintiéndose desposeída y furiosa, correspondió a sus besos con rabia, comportándose como una meretriz que sólo deseara encontrar el beneficio propio.

Lo que proponía Ramón era razonable, pero implicaba dejar a un lado el orgullo personal.

Juan Ignacio no puso reparo alguno cuando la Güera le solicitó un poco de paciencia para responder a su petición, sugiriendo que mientras comenzaran a frecuentarse.

Orgulloso, se presentaba con ella en bailes, tertulias o el teatro a sabiendas de que varias damas criticaban su diferencia de edades, llegando a insinuar que la Güera intentaba apoderarse de su fortuna. Por si fuera poco, en Querétaro los familiares de Juan Ignacio mostraban gran recelo, temiendo ser despojados de una herencia que hasta entonces consideraban suya. Aquellos rumores afligían a la Güera, pero el mismo Juan Ignacio le alentaba a desoírlos.

—A palabras necias, oídos sordos —decía—. La damas que te critican mueren de envidia, y mis familiares no hacen otra cosa que mostrar su codicia.

Con los días, y relacionándose con mayor intimidad, la Güera fue descubriendo un sentimiento distinto al que antes le profesaba, o cuando menos así lo intentaba creer. No era impetuoso enamoramiento ni cosa parecida, pero realmente superaba a la simple amistad; una especie de aprecio que, mezclado con la tranquilidad que por primera vez comenzaba a disfrutar, fructificó en algo cercano al amor. Antes de tomar una decisión definitiva, hubo de considerar un factor fundamental: si Dios no disponía otra cosa, ella debería enviudar en un lapso no mayor de quince o veinte años y vivir la vejez en soledad, ya que Juan Ignacio tenía cincuenta y seis años y ella apenas veintinueve: justo la mitad. No obstante, tras sopesar los beneficios y las desventajas, decidió aceptar la oferta de matrimonio.

Sus padres la cuestionaron largamente pero terminaron aceptando el enlace. La virreina doña Inés, muy especialmente, comprendió su decisión ya que ella misma era mucho menor que don José, pero aun así no dejaba de lanzar pícaras alusiones cargadas de dobles significados que incomodaban a la Güera calladamente. A punto de celebrarse la boda, recibió una carta colmada de felicitaciones; el remitente era Ramón Cardeña.

Sin anunciar públicamente el matrimonio, para evitar sumar rumores a los existentes, se casó con Juan Ignacio de Briones Fernández de Riaño, con la deliberada intención de proporcionar tranquilidad a su vida y conquistar la seguridad que sus hijos demandaban. La ceremonia se realizó en el oratorio de su propia casa, en la calle del Coliseo número 8; su compadre Mariano Beristáin fungió de sacerdote, y su cuñado Manuel y el tío Silvestre Díaz de la Vega fueron los testigos.

Con sinceridad pensaba haber tomado la mejor decisión.

34

MUERTE Y PARTO ESCANDALOSOS
1807

Al estrenar la tina, sumergiéndose en las calientes aguas, la Güera se sintió reina. La bañera de mármol había costado un dineral, ya que el comerciante del Parián juraba que era una réplica de la que poseía Josefina, la emperatriz francesa. Pero no le importó; sumadas sus rentas a las de Juan Ignacio, construyeron un sólido y placentero bienestar que le permitió mejorar los muebles de la casa y hasta disponer de un cuarto dedicado al baño o «placer», como se le llamaba.

Juan Ignacio renunció a su cargo de subdelegado en Querétaro para residir en México, aunque la administración de sus haciendas le implicase fatigosos viajes. Ese inconveniente no le molestaba, por el contrario, gustaba presumir de gran vigor y envidiable salud; en cualquier oportunidad competía con jovenzuelos para demostrar su inquebrantable y superior fortaleza.

Como compañero de cama resultó un amante sabio y delicado: en su prolongada soltería había tratado habitualmente con prostitutas, aprendiendo de ellas los más sutiles secretos. Cuanto más conseguía que ella gozase, más lo disfrutaba él, y que alcanzara el éxtasis no una sino varias veces le satisfacía sobremanera, provocándole sentimientos de poder y juventud. Noche tras noche iba a la alcoba de la Güera y con tal perseverancia prontamente se habituaron a dormir juntos, volviendo inútil el dormitorio de Juan Ignacio, lo cual provocaba juguetonas risillas en la servidumbre y sonrojos en sus hijos, en especial a Gero, quien reprobaba secretamente el matrimonio.

Por su afán de mostrar entusiasmo y fortaleza superiores a los de su edad, Juan Ignacio insistía en asistir al teatro tres o cuatro veces por semana y además a bailes, a cuanta corrida de toros se organizara y también a los eventos de la corte, donde doña Inés exigió que fuera recibido cordialmente, prohibiendo las miradas prejuiciosas de varias damas, entre ellas la condesa de Regla.

Tres meses después de la boda, tuvo que viajar a la hacienda de San Isidro para verificar los avances de ciertas obras de riego que había encargado, así como recibir las ganancias obtenidas en la venta de numerosas cabezas de ganado. Regresó prontamente, diez días después de haber partido.

—No soporto estar alejado de tus caricias —dijo amorosamente.

Comenzaba agosto y una obstinada racha de aguaceros había acometido durante semanas, por lo que venía ligeramente resfriado. Ella le mandó preparar una infusión con ajo, pimienta, gotas de limón y miel, que bebió a regañadientes. Tras cenar unos huauzontles, que tanto le gustaban, se fueron a la cama. Juan Ignacio, aunque débil por la enfermedad, se mostraba extremadamente deseoso, así que la Güera intentó disuadirlo explicando que su periodo se había retrasado y el flujo podría llegarle en el momento menos esperado.

—¡Estás embarazada! ¡Qué maravillosa noticia! —Sus ojos se iluminaron y la abrazó efusivamente.

—No digas bobadas. Un retraso es cosa normalísima; en estos asuntos no gobierna la matemática.

—¿Te parece imposible que pueda tener descendencia? —dijo mostrando una inusual molestia.

—De ninguna manera —contestó conciliadora, sabiendo que había herido su orgullo—. Pero no se puede concluir nada por ahora; si el flujo no reaparece en un mes, consultaremos al médico y

entonces podremos celebrar.

—No me jodas, Güera; mi corazón sabe que estás encinta. ¡Debemos celebrarlo!

Con mayor pasión de la acostumbrada, se desnudó en el acto y se arrojó a los brazos de su esposa, besándola acaloradamente. La Güera, contagiada de aquel entusiasmo, accedió a sus deseos. Esa vez se sintió mayormente amada y al concluir durmieron cual infantes, extenuados, plácidos.

Al amanecer, Juan Ignacio desayunó en la habitación, ya que deseaba tomarse el día y guardar cama, puesto que el viaje y la gran noticia lo habían agotado. Por su parte, la Güera dedicó la jornada a realizar los quehaceres cotidianos, atender a los niños en sus clases de lectura, visitar a los franciscanos para ciertas labores de caridad y organizar el servicio doméstico. En la noche habría tertulia en casa del marqués de Guardiola pero Juan Ignacio se negó a asistir, implorando que fuese en su representación y al regresar le comentase lo acontecido.

Realmente se veía cansado, por lo cual ella no insistió.

La tertulia transcurrió de manera amena. Entre otras cosas, se discutió sobre la injusta Consolidación de Vales, que implicaba el pago inmediato de todos los préstamos realizados por la Iglesia, lo que estaba arruinando a muchas familias, sumiendo al campo y las factorías en estéril inactividad por falta de créditos, y haciendo más necesario independizarse de España.

Regresó temprano. Juan Ignacio seguía en cama y no pareció advertir su presencia. Evitando hacer ruido, la Güera se vistió con la ropa de dormir, y apagando las velas se recostó a su lado. Los fogosos recuerdos de la noche anterior encendieron sus ánimos, al grado de que decidió despertarlo con besos y caricias; en la oscura complicidad de la noche descorrió las cobijas, le subió las faldas del camisón y se acercó para besarle el vientre. Al primer contacto con su piel, advirtió una perturbadora frialdad.

De golpe se retiró, alarmada.

—Juan Ignacio… Despierta, Juan Ignacio.

No respondía. Lo zarandeó, intentando que abriese los ojos, y al tocar sus hombros también los percibió frígidos, inertes. De un solo movimiento huyó de la cama.

Temblorosa, encendió una vela para observarlo; parecía dormir plácidamente, sin embargo su piel mostraba un tono pajizo, ajeno al rosáceo natural. Enloquecida, lo sacudió con exasperación, le imploró que dejase de bromear, le rogó que la mirase, clamó que no tenía derecho a mortificarla con tales sustos, que no soportaría una muerte más en su existencia.

Llamó con desesperados gritos a Teófila para que trajese de inmediato al médico. Mientras esperaba, horrorizada se sumergió en un rincón de la recámara, acobardada, rezando a la Virgen que le socorriese.

En el breve lapso de tres años la Güera hubo de vestir luctuosos ropajes por los decesos de Lupita, Gerónimo y ahora Juan Ignacio. Sobre su vida se había cernido la desdicha, sufriendo el castigo del Creador. Un oscuro pesimismo la abatía, y tan sólo sus hijos le infundían un poco de consuelo. Pepita, entonces de doce años, la abrazaba al contemplar sus ojos anegados en lágrimas, y la secundaban Antonia, de diez, y Paz, de apenas dos. Únicamente Gero, de nueve años, se mantenía distante, ya que jamás vio con benevolencia que tras la muerte de su padre ella se volviese a casar.

Siempre imaginó que habría de enterrar a su esposo, pero no unos cuantos meses después de la boda. Su partida le dolió en el alma, y el enojo se apoderó de su mente cuando las malas lenguas

propagaron que todo había sido un montaje para apoderarse de sus haciendas, sin considerar que de concebirlo así, lo habría obligado a testamentar a su favor tan pronto se casaron. No estaba enlistada entre los beneficiarios de la herencia, cuestión que complacía al hermano de Juan Ignacio, José Briones, y a su sobrina Dolores Gil Briones, albaceas del testamento.

Esa mañana acomodó su ropa en los cajones y miró con preocupación los blancos paños de algodón que utilizaba en sus días menstruales. Llevaba dos ciclos sin usarlos, lo cual ya no dejaba duda alguna: como bien había presentido Juan Ignacio, estaba encinta. Cuando el médico ratificó el embarazo y se hizo público, de inmediato los Briones vociferaron que la gestación era una patraña y su única intención arrebatarles la herencia. La Güera no sólo se sintió ofendida sino también consternada; no salía de un escándalo cuando ya estaba envuelta en otro.

Los Briones propagaron con tal intensidad calumnias en su contra que la orillaron a ejercer defensa, para así lavar su honra y defender los bienes que serían de la criatura gestada en su vientre.

Asesorada por su padre y Juan Francisco Azcárate, decidió comprobar legalmente el embarazo, promoviendo ante los tribunales la realización de un parto certificado por escribano o notario, tal como se acostumbraba entre la nobleza. Recientemente había acontecido un caso similar cuando murió el marqués de Vivanco dejando preñada a su viuda, doña Luisa Vicario, quien debido a la demanda de un factible heredero debió atestiguar el nacimiento de la criatura con tal de garantizar el marquesado a su descendiente.

El asunto divertía mucho a doña Inés, quien exageraba e inventaba picardías para sonrojar a la Güera.

—Eso de abrir las piernas frente a varios caballeros —decía—, por muy legal que sea, suscitará una imagen poco afortunada de tu persona, que te lo digo yo.

La virreina tenía razón: la Güera se encontraba tan avergonzada como humillada, y no obstante, el proceso debería realizarse para satisfacción de la ley, de los Briones y la sobrevivencia del ya muy escaso prestigio de su nombre.

El tribunal nombró a un escribano, la Güera a uno más y los Briones a un tercero, todos con obligación expresa de comparecer en su casa a la hora que se les avisase. El proceso era minucioso y exagerado: debían revisar todas las habitaciones, muebles y cajones de la casa, certificar que no hubiera otra mujer preñada y tampoco «bulto que pudiese parecer criatura». Después cerrarían con llave los cuartos y el parto ocurriría frente a varias mujeres mientras los varones esperaban fuera de la alcoba. Los Briones exigieron la presencia de una partera de su confianza para cerciorarse de que nada fuera artificioso.

Entrando al último mes de preñez, la Güera comenzó a preocuparse; la criatura empujaba con gran inquietud como si ya pretendiese salir, causándole frecuentes dolores. Según el médico, debía nacer hasta mayo, pero ella presentía que acontecería prematuramente, y así fue.

El sábado 23 de abril, a pocos días de haber concluido la Semana Santa y bajo los efectos de un clima bochornoso, la Güera ayudaba a Pepita en sus lecciones de música cuando sintió los primeros dolores que anunciaban el parto. Llamó con urgencia a Teófila y Casimiro para que corrieran en busca de los escribanos, pero tan pronto salieron rompió aguas y las dolencias comenzaron a presentarse en lapsos constantes.

La pobre Pepita se mordía las uñas con angustia, dudando entre ayudarla o salir huyendo, tan

pálida que se le transparentaban las venas; no obstante, la Güera tomó de la mano a su hija, y bajando las escaleras con precaución salieron a la calle. Por fortuna el fluir de transeúntes era constante ya que era mediodía, hora en que muchos varones se dirigían a sus casas para comer y dormir la siesta; María Ignacia sabía que los testigos debían ser varones decentes y por ningún motivo familiares o amistades cercanas, así que al observar a un señor vestido de chaqueta y de tez clara que cumplía con dichas características, lo detuvo actuando cortésmente.

—Buenas tardes, señor, le agradecería infinitamente se sirva pasar a mi casa —suplicó con rostro desencajado—. Necesito que me sirva de testigo.

—¿Testigo? ¿Qué ha sucedido? —exclamó alarmado el hombre.

—Nada todavía, pero juro por la Virgen de Guadalupe que su auxilio será de vida o muerte.

Cuando observó que la Güera abrazaba su voluminoso abdomen quejándose ligeramente, intentó escapar.

—De nacimientos no entiendo nada —dijo retorciéndose, nervioso—. Si usted lo desea, puedo traerle de inmediato a una comadrona.

—No, señor, no es eso. ¡Por favor, pase usted! —y sin permitirle protestar lo empujó hacia el zaguán mientras Pepita la miraba como si hubiese enloquecido.

Así repitieron la operación hasta conseguir a seis azorados e involuntarios testigos; a la Güera le divertía que los caballeros estuviesen más blancos que candelas de iglesia, sudando a mares y no de calor precisamente. Los dos más jóvenes la ayudaron a subir la escalinata hasta la alcoba mientras los demás los siguieron, escoltados por Pepita, a quien había instruido para que evitase la fuga de siquiera uno solo.

Tan pronto se recostó en la cama, solicitó con urgencia que revisaran habitación por habitación, husmearan dentro de armarios, cómodas, baúles y en el último rincón de la casa, para testificar que no había niño recién nacido ni bulto semejante. Estaban en ello cuando regresó Teófila con el escribano del tribunal, quien fue saludando a los concurrentes con campanudas reverencias.

—¡Por Dios, señor, que no estamos para solemnidades! —lo amonestó la Güera, que ya sentía las contracciones—. Compruebe que los testigos actúen adecuadamente para que la certificación no despierte sospecha alguna. ¡Apresúrese, por piedad, que ya viene la criatura!

Resoplando continuamente, intentaba contener al bebé que se afanaba por salir; sudaba copiosamente y no sabía cuánto más podría retrasarlo. Regresaron el escribano y los testigos cuando arribó Yolanda, la partera que siempre le había asistido en esos lances: la corpulenta señora removió las enaguas y sumergió la cabeza entre ellas.

—¡Santo cielo, ya estamos a punto de festejar al bebé! ¡No hay tiempo para traer la silla de parto! —Los caballeros, arremolinados a los pies de la cama, retrocedieron lívidos.

—Pero tenemos un gravísimo problema —declaró el escribano—: no han llegado ni los otros escribanos ni la comadrona exigida por los Briones.

—No podemos esperarlos —dijo la Güera, sofocada—, así que hagámoslo con testigos para que en ninguno quepa duda. ¿Seis honorables personas, además de usted mismo, son suficientes para dar cabal testimonio?

—Supongo que sí —expresó el escribano titubeando.

—Teófila, acerquen sillas a los señores, y tú, Yolanda, trae todo lo necesario para el parto —ordenó.

Ante el asombro de los presentes la Güera se desnudó para que le observasen el vientre, prueba física de la preñez; acto seguido, ya que el acontecimiento se había trocado en un espectáculo, se recostó cubriéndose los pechos con una sábana y colocando las piernas de perfil a los testigos.

—¿Esta posición les parece satisfactoria, o debo girar para que presencien frontalmente el espectáculo?

—¡No! ¡Así está bien! —imploraron todos, y la Güera descubrió que uno de ellos estaba por desvanecerse.

—Casimiro, trae un poco de coñac, el reservado para las grandes ocasiones. Creo que el caballero lo va a requerir.

Percibió que las contracciones se intensificaban anunciando el nacimiento y gimió dolorosamente por primera vez. El más robusto de los hombres giró el rostro hacia la puerta, buscando escapar aunque fuese con la mirada.

—¡Válgame Dios! ¿No que los hombres son más fuertes y poderosos que las mujeres? —exclamó soltando una carcajada, aunque de inmediato se olvidó de los señores porque la cabecita de la criatura emergía de sus entrañas.

Los siguientes minutos transcurrieron entre los dramáticos gemidos y resoplidos de la Güera, el descolorido mutismo de los señores y las voces de doña Yolanda para infundirle ánimo. Finalmente, tras varios minutos, los quejidos se acallaron dando paso a un mudo suspenso, roto unos segundos después por el inconfundible sollozo del recién nacido.

—¡Es una preciosa nena! —gritó la comadrona mientras los demás prorrumpían en aplausos.

La Güera hizo traer copas para todos. Los señores, algunos ya repuestos y hasta eufóricos, le acompañaron a brindar con entusiasmo, como si ellos mismos hubiesen parido a la nena.

Esa misma tarde, abrigada ya por el amor de su familia, bautizó a la infanta con el significativo nombre de Victoria, porque eso mismo representaba: el triunfo de la verdad sobre el agravio.

35

JOSEFA ORTIZ DE DOMÍNGUEZ
1810

Recluida y aislada en Querétaro, tan sólo con la compañía de sus nenas y la servidumbre, la Güera veía pasar los monótonos días de exilio con inexorable hastío. Terminando la Cuaresma, recibió invitación para asistir a una comida campestre; la remitente era Josefa Ortiz, su excompañera del Colegio de Vizcaínas, quien al casarse con Miguel Domínguez, corregidor de Querétaro, se había mudado a vivir a aquella ciudad. La recordaba esbelta y ágil, por eso cuando encontró a una mujer mofletuda y rolliza debido a sus doce embarazos, casi no la reconoció.

No obstante, tan pronto comenzó a dar órdenes y parlotear enérgica y desprendida, descubrió que la personalidad de su amiga se mantenía intacta.

Los asistentes a la comida eran únicamente Josefa, seis de sus hijos, las dos nenas de la Güera, las criadas y ella misma. Comieron a la margen de un riachuelo entre risas infantiles y conversaciones triviales, pero cuando los niños fueron a volar papalotes por la pradera, aprovecharon para conversar.

—Miguel desconoce que me he reunido contigo y se enfadará al enterarse; es buen hombre pero en extremo cauteloso —dijo Josefa con gran aplomo.

—No sabes cuánto agradezco tu invitación; de verdad me encuentro muy sola.

—Güera, no desesperes, pronto pasarán los infortunios. Muchos mueren por conocerte, ya que las historietas de tus romances han llegado hasta acá. —Hizo una pausa, tras la cual sus negros ojos mostraron un gesto de severidad—. Romances que sinceramente desapruebo.

Josefa la miraba esperando alguna explicación, como cuando en el colegio, por ser de mayor edad, las monjas le ordenaban que fungiese de guardiana o prefecta.

—Te aseguro que casi todos son meras habladurías…

—Y el resto verdad —completó indignada—. No intentes pasar tus desvaríos por costumbres aristocráticas, porque son aborrecibles al pueblo.

La Güera, molesta, quiso levantarse, pero Josefa la detuvo.

—No te enfades. —Cambió el tono de voz por uno conciliador y amable—. Si bien desapruebo tu moral, nos hermanan asuntos de mayor sustancia.

—¡No imagino qué pueda ser, si tanto aborreces mi libertad! —exclamó ofendida la Güera.

—Se rumora que compareciste ante la Inquisición por ideas independentistas, lo cual podría ser una mentira, pero cuando Ignacio Allende solicitó que te procurase, corroboré que sufres castigo por patriota.

La Güera no sabía qué decir. Nuevamente la había sorprendido.

—Ambas deseamos una patria libre —continuó Josefa en voz baja—. Dime una cosa, ¿de dónde sacaste valor para actuar con tal determinación?

Tan sólo de recordar la fallida conjura su ánimo enflaqueció, sintiéndose frustrada y vencida.

—No sé, una fuerza superior impulsó mi voluntad; sin embargo, actué precipitadamente y no merezco aplauso alguno.

—Te envidio —contestó Josefa con angustia, algo extraño en ella, siempre segura y severa—; ojalá no me acobarde cuando llegue la hora de actuar. Si bien mi esposo es patriota, no desea

involucrarse en conjuras para no arriesgar la seguridad de nuestros hijos… Pero ya verás, estoy dispuesta a convencerlo y comprometerlo con la causa.

La Güera tomó cariñosa sus manos, comprendiendo perfectamente los temores que asaltaban a Josefa, quien conversaba cada vez con mayor exaltación hasta que de pronto notó que estaba cometiendo indiscreciones.

—Mejor hablemos de otros asuntos —dijo sonriente—. Debo confesar que me sorprende tu figura; mírate, seis hijos y cual quinceañera.

—Mantener la figura no es cosa de magia —comentó juguetona la Güera, entendiendo aquel halago como un pacto de amistad.

—¿Crees que no me fijé? ¡Comes como polluelo! —Ambas rieron al tiempo que Josefa la abrazaba, maternal y cariñosa—. Terminando Semana Santa te propongo que organicemos un baile, así conocerás a los principales queretanos, muchos de ellos amigos de tu difunto marido.

No obstante su aislamiento, la Güera se enteraba de las más importantes noticias del reino y de ultramar, utilizando a Casimiro para recabar información en calles y tabernas. En España los franceses habían conquistado casi todo el país y tan sólo la ciudad de Cádiz, con la pequeña isla de León, resistía con el apoyo de la armada inglesa.

Para su sorpresa, la Junta Central formada por la resistencia española había convocado a Cortes con la intención de crear una constitución que acotara el poder real y eclesiástico, lo que podría significar que americanos y europeos fuesen iguales. «Es increíble —pensó entusiasmada la Güera—. Los pocos españoles que mantienen la guerra podrían hacer que los dominios participen en el gobierno; ya hasta solicitan a Nueva España que envíe diecisiete diputados como representantes».

En la proclama escribieron: «Desde este momento os veis elevados a la dignidad de hombres libres, no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia… Vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros ni de los virreyes ni de los gobernadores: están en vuestras manos». ¡Aquello era la confesión de todos sus pecados! Reconocían haber maltratado y oprimido a los americanos. Ni en las proclamas napoleónicas, que de vez en cuando aparecían en muros de la Ciudad de México, se había escrito algo así.

La Güera sonrió: los españoles de Cádiz exhibían como villanos a sus paisanos de Nueva España, los gachupines. Con todo, pensó que aquello sonaba a intentona para obtener mayor auxilio, ya que sin el dinero que se enviaba desde América jamás sobrevivirían.

Pasando la Pascua recibió la prometida invitación al baile, resultando más tertulia que elegante sarao. Sin embargo, tras casi dos meses de encierro, melancolía y aburrimiento, le pareció el evento más festivo de su vida. La concurrencia era disímbola; criollos y peninsulares convivían en cordial armonía, siendo tan misceláneo el conjunto que la presencia de la Güera no causaba sospecha alguna. A diferencia de México, la mayoría de las damas vestían a la usanza antigua y tan sólo unas cuantas, las más jóvenes, se atrevían a lucir a la moda. La mayoría de los caballeros utilizaban largas casacas con pantalones a la rodilla y medias blancas. El baile era amenizado por la banda del regimiento de Guanajuato, dirigida por el tambor mayor Ignacio Garrido.

Ignacio Allende asistió al evento junto al capitán Aldama, su lugarteniente e inseparable amigo.

—Mucho gusto en conocerle, madame —dijo Aldama.

—María, un placer —agregó Allende con un guiño de complicidad—. Haremos cuanto sea necesario para que su estancia sea agradable.

La Güera consideraba que en México el gusto por el chisme era colosal, pero en Querétaro resultó sustantivamente mayor. Josefa y sus amigas le contaron vida y milagros de los asistentes, despertando sus espontáneas risas, pero cuando apareció el cura de Dolores, don Miguel Hidalgo, la voz de Josefa Ortiz cambió de tono.

—Muchos le critican por sus profanas aficiones, indebidas en un sacerdote: teatro, música, naipes, toros, fiestas. —Hizo una mueca de absoluta reprobación—… Y mujeres.

En su casa de Dolores realizaba tertulias donde tocaba el violín y hasta actuaba en obras teatrales que él mismo dirigía. Se le consideraba uno de los mejores teólogos del reino aunque partidario de ideas escandalosas, por lo que había comparecido ante la Inquisición varias veces.

—Yo le respeto —agregó Josefa entre cuchicheos—, pero desapruebo sus costumbres. Es uno de los varones más instruidos que conozco, de familia acomodada pero caída en desgracia, ya que perdieron sus haciendas por culpa de la Consolidación de Vales. Se dice que su hermano Manuel enloqueció y murió a causa de ello, pobrecillo.

La Güera observó con curiosidad al sacerdote: de estatura y complexión media, encorvado, de tez morena y ojos verdes de gran chispa, calvo de frente y con cabellos rubios de abundantes canas a los costados. Vestía pantalón y larga chaqueta negra con cierto desaliño, confiriéndole aires de sabio. Tan pronto Josefa se lo presentó, la invitó a bailar, resultando casi tan buen bailarín como Simón Bolívar y tan alegre de carácter como Ramón Cardeña. Su conversación sorprendió a la Güera; si bien era de pocas palabras, las proferidas mostraban aguda inteligencia. Dijo haber conocido a su difunto marido debido a que las haciendas de San Isidro y Santa Ana eran muy cercanas a su parroquia.

—Debiera viajar a mis rumbos; será un placer recibirla.

—Eso deseaba, pero he postergado el viaje por cuestiones de salud.

—Los inquisidores se habrán desmayado a sus pies —sonrió pícaro al tiempo que le hacía un guiño, dando a entender que conocía la situación—. Los rumores son verdaderamente coloridos.

—Quien considere verídica cualquier habladuría —comentó la Güera con gesto de complicidad —, concluirá proclamando que el hambre produce revelaciones divinas.

—¡Ah! —exclamó Hidalgo entre risas—. Bien sabe que fui acusado de hereje tan sólo por expresar que Santa Teresa alucinaba a causa de sus extenuantes ayunos —se acercó a ella para secretearle—. De lo cual, aquí entre nos, estoy convencido… Pero regresando a su historia, nada me halagaría más que escucharla de boca de una mujer a todas luces tan inteligente como bella.

—Agradezco el cumplido, y estoy a sus órdenes cuando usted lo demande.

—Desgraciadamente parto a Dolores mañana mismo, pero déjeme decirle algo: presiento que nos veremos pronto.

La noche transcurrió alegremente debido a la desenfadada índole de los queretanos, quienes gozaban con franca espontaneidad, ajenos a las almidonadas normas de la alta sociedad capitalina. Entre corrillos se enteró de que al día siguiente habría tertulia en casa del padre José María Sánchez, a la cual no fue invitada.

Con tristeza, supo que la mantendrían relegada por cuestiones políticas.

La Güera se ilusionó al recibir carta de un emisario procedente de México. Creyendo que serían buenas nuevas, rompió el lacre de inmediato y abrió el sobre, pero al leer el mensaje la vista se le

nubló: ¡Manuel, su querido cuñado, su entrañable hermano, había fallecido!

Releyó una y otra vez la misiva que enviaba su padre:

> Hija mía, sabrás perdonar nuestro deliberado silencio; hemos intentado protegerte de un arrebato que pusiera en peligro tu bienestar. Lamento informar que desde el pasado abril Manuel mora en el reino de los justos; enfermó de causas ajenas a la ciencia, falleciendo tras dos días de agonía. Gracias a Dios, expiró en brazos de sus seres queridos, a excepción de los tuyos. Antes de partir tuvo palabras amorosas para contigo pero ordené que no se te diese aviso, intentando evitar que el doloroso frenesí te encaminase a México, donde tu presencia es aún indeseada y peligrosa. Te suplico que no vuelvas a casa; he logrado pactar con Aguirre y Viana, conviniéndole a no ejercer venganza con la condición de que acates la condena de destierro.

Enviaba también un ejemplar del *Diario de México*, en cuyas noticias se leía que el marqués de Uluapa, regresando a casa tras recorrer los muladares de la ciudad, «del caballo lo bajaron cadáver, porque los miasmas pestilentes que percibió en su correría le trozaron el pulmón y lo mataron».

A Manuel le profesaba un enorme cariño. Era hombre ilustrado, de entendimiento libre y ajeno a los prejuicios, que le había servido de mentor en la lectura de los filósofos franceses de ideas libertarias, estableciéndose entre ellos una profunda relación afectuosa. Había sido el hermano que nunca tuvo; un sólido apoyo al cual recurrir en busca de ayuda y un fiel confidente cuando requería consejo. Pero ahora estaba muerto, y ella no pudo estar a su lado durante su partida.

Invadida de incontenible llanto, la Güera se encerró en su habitación sin querer recibir a nadie. Cuando más agotada estaba, tras largo tiempo de llorar, una irracional furia fue penetrando su alma, originándole pensamientos nacidos del coraje y no de la cordura. Manuel, como informaban, murió de manera extraña, por respirar aires insanos, como decía ingenuamente el diario. ¿Lo habrían envenenado, al igual que a Primo de Verdad? ¿La causa de su muerte estaría ligada a su participación en el partido criollo para lograr la autonomía del reino? No tenía forma de conocer las respuestas, y no importaba; acosada por la desgracia entendió la sospecha como verídica. Enrojeciendo colérica, trastornada, clamó el degüello de los gachupines, a quienes apuntaba como asesinos.

¡Manuel, su confidente, guía y hermano, su amado Manuel! ¿Sería ella también la causante de su muerte? La conciencia le atormentaba; quizá su necio proceder había envenenado la flecha enemiga que le causó la muerte. Se sentía perdida en las tinieblas del dolor, apestada, causante de calamidades.

No abandonó la habitación por dos días para evitar que sus hijas fueran testigos del incontenible dolor que la aquejaba, repitiendo a los sirvientes que se hallaba enferma, y cuando querían traer al médico les obligaba a desistir.

En medio de la desesperación recibió una nota: «Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe; seis de la tarde». Tuvo que realizar grandes esfuerzos para abandonar el trastorno que la esclavizaba a la cama, pidiendo a Teófila que le acompañase y permaneciese fuera del templo mientras acudía al confesionario.

Al hincarse y santiguarse reconoció al padre Sánchez, cercano al grupo de Josefa Ortiz, quien intentó reconfortarla con exaltadas palabras, más de patriota que de sacerdote, asegurando que la nación viviría eternamente en deuda con el marqués de Uluapa. Luego agregó escuetamente:

—Se le ordena viajar a su hacienda de la Soledad; don Mariano Abasolo y su esposa cuidarán de ustedes.

—Pero… ¿por qué? —balbuceó confundida.

—¿No conoce las noticias? El arzobispo ya no es virrey.

—¡Cómo! —exclamó sorprendida—. ¿También lo han envenenado?

—No, señora. Aguirre y sus partidarios lo destituyeron, y ahora gobiernan los gachupines de la Audiencia en tanto envían un nuevo virrey desde España.

La Güera palideció. Quienes gobernaban Nueva España eran Guillermo de Aguirre y Viana, y Miguel de Bataller, los mismos a los que había denunciado en su fallida conjura, y sin la protección de Lizana su seguridad estaba seriamente amenazada.

—¡Dios mío! ¿Qué hago? —Pareció despertar de su letargo con un nerviosismo que le anudó el estómago.

—En la villa de Dolores estará rodeada de amigos; allá reenviaremos su correspondencia. ¿Conoce a alguien que posea haciendas por esos rumbos?

—Los marqueses de Ciria son dueños de La Erre, que administra su pariente, don Luis Malo.

—Pues si alguien le pregunta, diga que es su pariente y va a visitarlo, pero jamás mencione los nombres de Allende, Abasolo o Aldama.

Invadida por el miedo, perseguida y atormentada por el fallecimiento de Manuel, debía partir rumbo a las entrañas mismas de la conspiración.

36

SANTA FE DE LA SOLEDAD
1810

Emprendieron el viaje de madrugada, cuando las calles de Querétaro se encontraban desoladas, escasamente iluminadas por las farolas y custodiadas por unos cuantos serenos, quienes dormitaban al resguardo de alguna cornisa. Los dos carruajes avanzaban a paso lento, procurando evadir las calles donde se ubicaban tabernas o prostíbulos, para no toparse con borrachos. Las casas, todas ellas a oscuras, se mostraban lúgubres y pesarosas debido a las opresivas tinieblas, ya que la luna se ocultaba tras espesos nubarrones.

Al doblar en una esquina descubrieron a un hombre con una lámpara de aceite en la mano; Casimiro, que iba de cochero, detuvo el carruaje y la Güera ojeó por la ventana. En eso, el hombre clamó casi cantando:

—¡Las cuatro y todo sereno…!

Sólo era uno de los vigilantes nocturnos cuya obligación consistía en cuidar las farolas, pero no portaban armas ni hacían las veces de guardias. La Güera le indicó a Casimiro que prosiguiesen y se arrellanó en el asiento abrazando a las nenas, dormidas plácidamente.

Unas cuadras más adelante, ya a punto de traspasar los linderos de la ciudad, se encontraron con un pleito entre dos gavillas rivales: los hombres se golpeaban unos a otros en las sombras con machetes en las manos, pistolas al aire y profiriendo bravías amenazas e injurias. No podían echarse para atrás y esquivarlos ya que se hallaban a media calle, por lo cual la Güera ordenó a Casimiro que tomase el fusil y los otros dos hombres se alistaran por si era necesario defenderse. Ella misma tomó las dos pistolas que llevaba consigo.

Se escucharon cascos de caballos sobre el empedrado y un piquete de gendarmes, dos montados y los demás a pie, pasaron velozmente rumbo a la trifulca. En un santiamén los revoltosos se echaron a correr en caótica desbandada mientras los alguaciles no intentaban perseguirlos, al contrario, se dirigieron hacia el carruaje de la Güera, y ella de inmediato se tapó la cabeza con la mantilla, cubriendo su rostro lo más posible mientras sujetaba las pistolas.

—¿A dónde os dirigís a tan avanzadas horas de la noche? —cuestionó con marcado acento español el alguacil, y la Güera sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Vamos con mi ama y sus hijas adelante de San Miguel el Grande —contestó Casimiro.

—¿Y quién es vuestra señora?

—Soy yo, doña Carmen de Arizmendi —dijo la Güera asomando medio rostro por la ventanilla —. Voy con mi tío, don Luis Malo, porque se encuentra muy enfermo.

Las niñas despertaron por los gritos, y asustadas miraban a su madre.

—¿A la hacienda de La Erre?

—Así es, mi señor —dijo Casimiro.

—Qué extraño, no sabía que don Luis tuviera sobrinas.

El alguacil avanzó con su caballo hacia el carruaje, y cuando se asomó por la ventanilla las nenas se echaron a llorar asustadas mientras la Güera las abrazaba e intentaba contenerlas; chillaban tanto que el hombre debía levantar la voz para darse a entender.

—Conque usted es la sobrina de don Luis.

—Para servir a usted y a Dios —contestó la Güera con las dos niñas encima de ella.

El alguacil se apartó para inspeccionar la carreta donde llevaban el equipaje, regresando prontamente.

—¿Por qué viajáis de madrugada?

—Venimos desde San José Bojay, en Atitalaquia, donde se encuentra nuestra hacienda. Me han dicho que don Luis está muy grave y deseamos llegar lo más pronto posible.

El alguacil miró dudoso a la mujer e intentó preguntar algo más, pero ante los berridos infantiles desistió.

—Marchaos, señora, pero habréis de manteneros a las vivas; los caminos son peligrosos, y más a estas horas. Dios os proteja.

Al avanzar el carruaje la Güera abrazó a las chiquillas, que lograron dormitar nuevamente. A ella el corazón le latía con fuerza y no pudo cerrar los ojos.

Prosiguieron hasta llegar a San Miguel el Grande, poblado que atravesaron rápidamente para no llamar la atención. Después tuvieron que abandonar el camino real y transitar por veredas fangosas donde el avance se complicaba debido a los continuos lodazales, teniendo que apearse en varias ocasiones para que los hombres empujaran los coches y lograsen continuar.

Tras el penoso viaje, por fin llegaron a Santa Fe de la Soledad, muy cercana a la villa de Dolores, donde los esperaban Mariano Abasolo y su esposa, Manuela Taboada.

—Bienvenidos sean; espero que no hayan encontrado demasiadas dificultades en el camino —dijo al recibirlos Abasolo, quien vestía como todo un hacendado, con botas de montar, camisa blanca y gran sombrero.

—Ha sido una noche terrible —apenas atinó a decir la Güera, cuyas ojeras delataban la vigilia, intentando calmar a sus pequeñas, que a causa del desvelo lloriqueaban con berrinchudo mal humor.

—Madame, permítame presentarle a mi esposa Manuela, quien ardía de ansias por conocerla.

La joven se acercó. Sería unos ocho años menor que ella y su rostro, de bellos rasgos armónicos, denotaba cierta inocencia. Se había vestido con ropajes más lujosos de lo que demandaba una visita a una finca, denotando que en verdad estaba intimidada ante la presencia de la Güera y desconocía la manera de comportarse.

—Señora, es un honor conocerla —dijo con sonrisa espontánea y fresca al tiempo que realizaba una estudiada reverencia como si la Güera fuese parte de la realeza, lo cual le causó gracia.

—Por favor —le dijo de inmediato, tomándola de la mano—, llámame María Ignacia… o Güera, como mejor te siente. Espero que seamos amigas porque en este trance necesitaré de agradables compañías.

—Por supuesto, madame… perdón, María Ignacia. Permítame acompañarla a sus habitaciones; deben estar exhaustas.

La Güera rio, espontánea. Aquella muchacha le robaba el corazón.

La hacienda no podía ostentar nombre más apropiado que La Soledad: escondida entre la villa de San Miguel el Grande y el pueblo de Dolores, contaba por únicas construcciones el granero, una pequeña capilla, algunas chozas para los indios otomíes que servían como peones, y la casa principal, que si bien era de reducidas proporciones poseía un hermoso huertito central con aromas de

guayabos y limas. El difícil acceso la hacía perfecta para esconderse, y aunque podría haberse dirigido a San Isidro, la más señorial de sus propiedades, allá carecerían del resguardo de Abasolo, quien poseía varias fincas en la región y habitaba en su casona de Dolores.

Gracias a él y a su esposa, que acondicionaron la casa con los muebles necesarios, la Güera pudo establecerse adecuadamente. El capataz, un mulato fiel y servicial, procuraba que no carecieran de nada, y dos indias que no hablaban castellano asistían a Teófila y Pilar en los quehaceres domésticos.

Con el paso de los días, el disfrute del cotidiano amanecer campirano y el perezoso transcurrir de las horas, la pena por Manuel fue consiguiendo alivio a la par que sus pequeñas se aficionaban a corretear libremente y la relación con los peones se hacía familiar. En aquella mejoría fue sustancial la compañía de Manuela Taboada, quien la visitaba constantemente y mitigaba la aflicción con su cariñosa plática, por lo que fue naciendo una amistosa relación entre ambas.

El día era soleado y la Güera disfrutaba de algo de frescura en la huerta cuando Allende se apareció de manera inesperada, y tan pronto se apeó del caballo saludó con entusiasmo.

—¡María Ignacia, qué gusto verla!

La Güera lo saludó con igual emoción yendo de inmediato al huerto, donde siempre tenían sillas dispuestas al fresco de la sombra.

—Como verá, no puedo ofrecer grandes lujos, pero quizás apetezca agua de guayaba.

Tras ordenar que les llevaran el refresco, don Ignacio continuó:

—Perdone mi abrupta visita; he viajado casi todo el mes.

—¿Por sus negocios?

—Nuestros negocios, señora, nuestros negocios —dijo con la cordialidad que le caracterizaba—. Deje ponerla al tanto en lo que llega el cura Hidalgo, a quien me he permitido citar.

Relató haber contactado ya a patriotas de distintas ciudades, y aunque algunos desconfiaban del plan tras el fracaso de la conspiración de Valladolid, muchos se habían sumado como propagandistas, con la tarea de convencer y aglutinar a otros.

—¿Ya ha sido establecida la junta de México?

—No, señora, la situación es complicada; los espías vigilan a los patriotas desde el golpe a Iturrigaray. Pero permítame presumir que ya están funcionando las juntas de Celaya, de Dolores…

—¿El padre Hidalgo? —interrumpió la Güera, sorprendida.

—Por supuesto. Además de poseer ideas progresistas, don Miguel es muy amado por el pueblo y respetado por las personas más ilustradas, considerándole un sabio, aunque a mi parecer de ideas demasiado radicales. También son famosos sus devaneos con el sexo débil.

Desde los avatares de su divorcio, a la Güera le dolían en carne propia los comentarios que denigraban a la mujer, calificándola como endeble o inferior. Se quejó airadamente.

—Si nuestro sexo fuera débil, yo estaría en casa bordando —dijo ofendida, y Allende torció la boca al notar su desatino.

—Perdone, no quise molestarla.

—Todo varón debiera ser tan racional como presume, y valorar justamente a la mujer.

—Ciertamente —expresó Ignacio, intentando sosegarla—. Entre nuestras partidarias hay mujeres en extremo inteligentes y valerosas.

—¿Josefa Ortiz? —preguntó ella de golpe.

—Ha leído mi pensamiento —sonrió con alivio, sabiendo que había superado el exabrupto—. En Querétaro ya existe un grupo bien organizado en el cual doña Josefa sobresale por su entusiasmo,

aunque desgraciadamente su marido no termina por involucrarse plenamente.

En eso llegó el padre Miguel; tras besar cordialmente la mano de la Güera y abrazar a Ignacio, le ofreció agua fresca.

—Prefiero un chocolatito, si no es molestia.

A ella le pareció un disparate tomar chocolate con aquel calor; no obstante, pidió a Teófila que lo preparase, y a señas la vio pedir a una india que le proporcionara la olla chocolatera. El padre soltó una majestuosa carcajada.

—*Nxutsi, 'nar chocolate jaki ar mäte* —gritó Hidalgo a la india.

—¡Habla usted su lengua! —exclamó sorprendida María Ignacia.

—Y otras dos más, aquellas de los curatos donde he servido: tarasco, mexicano y otomí. Es más, permítame conversar con ellos.

Se puso en pie y llamó a los indios, quienes iban besando su mano respetuosamente. Estando ya alrededor del cura, comenzó a hablar en su lengua haciéndolos reír primero y observar a la Güera con respetuosa curiosidad después. Al concluir, los peones regresaron a sus faenas sonriendo dulcemente e inclinando la cabeza ante ella.

—¿Qué les ha dicho? —preguntó con gran curiosidad.

—Que usted es una especie de Virgen, a la cual deben proteger.

—¡Pero padre! —exclamó mientras señalaba a sus hijas, que jugaban en las cercanías—. ¿Virgen yo? ¡Eso es blasfemia!

Los hombres rieron anchamente y de inmediato la conversación cambió de curso. Con gran familiaridad, el sacerdote informó que deseaba postularse como diputado a las Cortes de Cádiz, y así contribuir en la hechura de la constitución que habría de regir a Nueva España y la Corona entera. Contaba ya con el respaldo de don Manuel Abad y Queipo, obispo de Valladolid, y Juan Antonio de Riaño, intendente o gobernador de Guanajuato.

—Pero, don Miguel —expresó Allende—; si usted viaja a Cádiz, ¿quién proseguirá con la junta de Dolores?

—Mariano Montemayor, por supuesto, capaz de llevar a cabo cualquier encomienda. Piénsenlo; mi presencia en España podría ser provechosa para la causa… ¿Qué opina usted, María Ignacia?

—Creo que su labor en Cádiz resultaría benéfica en caso de fracasar el movimiento —dijo la Güera, convencida de que la aguda inteligencia del cura era fundamental para la causa—, pero como estoy segura de que venceremos, su presencia aquí es fundamental.

—Bueno, si don Miguel parte a España nos libraríamos de un mal violinista y un peor actor —agregó Allende en tono jocoso, y ambos estallaron en carcajadas.

—¡No entiendo cómo pueden bromear de asunto tan grave! —reclamó la Güera.

—No se enfade, señora —dijo el padre—, la risa proporciona sentido a la vida. Pero escuchen mi plan: ¿han visto que las beatas piden favores al santo de su devoción prendiendo una veladora, y luego en el altar vecino prenden otra solicitando lo mismo? Pues eso haremos: si el movimiento marcha según los planes, permaneceré en Dolores pretextando cualquier cosa. De lo contrario, partiré a Cádiz a finales de septiembre.

Llegó el chocolate, y sorbiéndolo goloso, cuchicheó:

—En cuanto a usted, señora mía, tengo un plan para liberarla de su encierro aunque deberá esperar mi regreso; ahora marcho a Valladolid en busca de más adeptos.

37

MATRIMONIO EJEMPLAR, BODAS OBLIGADAS
1810

Manuela Taboada le parecía una mujer de enormes encantos. De veintitrés años, dulce rostro, esbelta figura y sencillo trato, significaba compañía inigualable en aquellos días de aislamiento e incertidumbre. Poseía inteligencia e ilustración ya que su padre, nacido en España, la había educado en la lectura y la escritura, cosa inusual. Juntas solían pasar largas horas bordando o cabalgando por los áridos y terregosos alrededores.

Manuela veía el mundo como un cuento de hadas y al amor cual novela de caballerías; pertenecía a esa nueva generación que luego sería denominada como «romántica», para la cual el corazón resultaba superior al cerebro, en contraposición a mujeres como la Güera, producto del siglo del conocimiento, las cuales defendían la razón, la libertad y la independencia. Pero de sus múltiples virtudes sobresalía la devoción que profesaba a Mariano Abasolo. Pocas parejas había conocido como ellos; su amor resplandecía por sincero, profundo y mutuo. Una tranquila tarde, estando en el huerto, Manuela le contó su historia con orgulloso semblante:

—Al morir el padre de Mariano, decidió hacerse sacerdote, y ni su madre ni los tíos lograron hacerle cambiar de opinión; pensaba que su vocación era tan sólida como el bronce de las campanas.

—Jamás podría imaginarlo de sacerdote —comentó la Güera.

—Pues era buen alumno, te lo juro… Hasta que nos conocimos en la iglesia de Chamacuero —dijo con sonrisa ensoñadora, como si al recordar aquel momento revivieran las emociones con toda su fuerza perturbadora—. Seguro que alguna vez te has enamorado a primera vista.

—No, Manuela; jamás. —Debió sincerarse, ya que no creía en el amor como un acto ajeno a la inteligencia, pero al notar que contrariaba a su amiga, corrigió—: No he tenido la fortuna de conocer un chispazo de amor; te envidio.

—¡Ay, Güera, fue maravilloso! Imagínate: un mes después de nuestro encuentro Mariano abandonó el seminario, retomó las riendas de sus haciendas y se hizo militar, todo con tal de conquistarme… Yo me sentía la mujer más dichosa sobre la tierra —prosiguió tan entusiasmada que no dejaba hablar a la Güera—. Nos casamos a los pocos meses y ya ves, seguimos tan enamorados como el primer día porque Dios nos hizo uno para el otro.

Mariano había alcanzado en la milicia el grado de capitán, al igual que su amigo Ignacio Allende. Al casarse, ella se convirtió en la dicha de su suegra y en la verdadera religión de Mariano, teniendo ahora un precioso nene, Rafael, de tres años, edad perfecta para jugar y convivir con las hijas de la Güera.

Viéndola como a una hermana mayor, Manuela le preguntaba con rubor por su vida y amoríos. Ella le narraba algunas historias, mintiéndole a veces para otorgar mayor romance al relato, porque Manuela gozaba tanto aquellas anécdotas que le era imposible negárselas.

En otras ocasiones, la joven se sinceraba y relataba sus miedos. Creía que la conjura podría separarla de su amado y destruir su felicidad. Una tarde confesó que le atemorizaba el padre Hidalgo, debido a su odio contra los gachupines.

—Mi padre nació en España, y aunque el cura ha jurado proteger a los míos, no termina de

convencerme; es hombre de incontrolable frenesí.

El comentario despertó la curiosidad de la Güera, pero lo desestimó al considerarlo fruto de su fértil imaginación.

En Santa Fe de la Soledad vivía incomunicada pero con una agradable sensación de seguridad, sin embargo, las cartas familiares llegaban con semanas de retraso y las noticias a veces ni llegaban. La Güera sentía morar en el paraíso de Rousseau, envuelta por la bondad de la naturaleza, y de no ser por la ausencia de sus hijos, podía decir que era feliz. En julio tuvo que escribir a Pepita, enviándole dinero como regalo y disculpándose por no abrazarla en su cumpleaños. Durante aquel lapso recibió dos cartas de Ramón Cardeña, quien se encontraba ahora en La Habana tras haber dejado Cádiz, esperando una situación propicia para regresar a Nueva España. Le decía escuetamente que había elaborado grandes planes para la patria.

Esporádicamente la visitaban Allende, Hidalgo o ambos, informándole de los avances del movimiento. El carácter jovial e irreverente del cura, además de su enorme ilustración, le proporcionaban vivaces charlas e interesantes disertaciones que rompían la monotonía. Por otra parte, la personalidad tenaz y disciplinada de Allende le provocaba sentimientos de seguridad, aunque por ser mujeriego incorregible, en dos oportunidades tuvo que frenar sus galanteos.

En una ocasión Ignacio se apareció en La Soledad ya muy entrada la tarde, cosa inusual en él. Al preguntarle la causa de su visita, respondió que le habían surgido deseos incontrolables de charlar con ella. Al ofrecerle chocolate, se negó, prefiriendo tomar vino de mezcal, como llamaban al aguardiente elaborado con las piñas del maguey.

Sentados frente a una mesita donde se encontraba la botella, pasaron un par de horas charlando de cosas anodinas, ya que la servidumbre se encontraba cercana y las niñas jugueteaban. Pero al anochecer, cuando dio órdenes de acostarlas y preparar la cena, pudieron conversar con amplitud.

—¿Te inquieta algún problema de la conspiración? —preguntó la Güera, ya que Ignacio se comportaba nervioso.

—Todo marcha viento en popa, pero la junta de México no termina de convencerme; aunque Hidalgo confía en ellos plenamente, los percibo timoratos, en especial a don…

—Por favor, sin mencionar nombres —interrumpió ella—; recuerda que al regresar a casa puedo ser interrogada por los gachupines.

—Tienes razón, Güera. Quizá puedas ayudarnos a convencerlos que deben actuar con mayor eficacia.

—Eso no debe afligirte, ayudaré en todo lo que pueda —dijo más por amabilidad que por convencimiento, ya que sería imprudente conocer a los integrantes de la junta.

—Pero lo que realmente me aflige es la soledad —expresó Ignacio, imprimiendo melancolía a su voz para despertar sentimientos de compasión en la Güera—. Entre tanto viaje y lo secreto de nuestros asuntos, no puedo externar mis pensamientos con nadie. Tal vez te suceda lo mismo.

—Por supuesto, la soledad me aqueja a diario, aunque tengo por consuelo a mis dos nenas y la compañía de Manuela.

Ignacio sorbió un poco más de mezcal y después tomó la mano de la Güera, acercando su rostro.

—Mi soledad se desvanecería si tan sólo pudiese ver con mayor frecuencia tu sonrisa.

El galanteo la alertó, pero no quiso rechazarlo de inmediato; Allende organizaba la conjura que daría libertad a la patria y no debía contrariarlo y mucho menos humillarlo. Le profesaba admiración por la titánica labor que realizaba, pero no le atraía como hombre, y además cualquier relación

podría complicar su participación en la conjura.

—Ignacio, bien sabes que no debemos mezclar sentimientos que puedan afectar los planes.

—Los planes ya están realizados; poco falta para que podamos alzarnos y triunfar, no hay nada que nos impida un poco de distracción.

—No deseo hacerte daño —le dijo en un arranque de sinceridad—, mi corazón pertenece a un patriota. Y tú mereces ser amado plenamente.

—¿Es un patriota? ¿Alguien de Dolores o Querétaro? —preguntó Allende, sospechando que el cura Hidalgo se ocultaba tras aquellas palabras.

—Se encuentra en España; tras el golpe a Iturrigaray debió huir con tal de salvar la vida —exageró a propósito, deseando acallar las pretensiones de Ignacio.

—No podrá enterarse; España está muy lejos y nosotros demasiado solos —dijo acercándose.

La Güera lo detuvo sutilmente con la palma de la mano.

—Ignacio, por favor…

—Sé perfectamente que ni tú ni yo somos unos santos.

Ignacio tenía razón, si la Güera tuviese intención de hacerlo su amante, ya lo hubiera conquistado. Pero aunque llevaba meses de castidad, él era el menos indicado para dar rienda suelta a los deseos.

—La fidelidad es la virtud más importante de un patriota; faltar a ella sería una acción ruin de mi parte.

—De ninguna manera, será tan sólo para mitigar la soledad.

—De hacer tal cosa ya no confiarías en mí; quien comete deslices es porque carece de valores.

—Jamás desconfiaría de ti.

—La fidelidad en el amor es similar a la lealtad a una causa; si yo fuera capaz de traicionarlo, podría obrar de la misma manera con nuestros planes. No, Ignacio, para exigir lealtad debemos obrar con el ejemplo.

Allende se mantuvo ensimismado por un momento, luego levantó su vaso y brindó al aire.

—¡Salud por él! —fue todo lo que dijo antes de marcharse.

Junto con Manuela, había salido de la hacienda para galopar y pasear por los alrededores, dejando a los niños al cuidado de Teófila. El sol ardiente se alzaba sobre un cielo escaso de nubes y el calor era sofocante, por lo que se detuvieron a descansar en una colina donde se contemplaba el pequeño valle, que aunque despoblado de verdor no dejaba de tener encanto. Se apearon de los caballos y fueron a sentarse a la sombra de un frondoso encino, recargándose sobre el tronco.

Manuela la miraba sin saber cómo preguntarle sobre una cuestión que le despertaba gran curiosidad. Desde tiempo atrás había escuchado chismes de su matrimonio que le parecían exagerados, y deseaba conocer la verdad directamente de su amiga. Aprovechando un momento de contemplativo silencio, se atrevió a preguntar:

—Hace poco dijiste que no conocías el amor verdadero —preguntó con aquella timidez que tanto agradaba a la Güera—. ¿Es verdad que fuiste obligada a casarte por orden del virrey Revillagigedo?

—Sí, Manuela; es cierto —contestó esbozando una cariñosa sonrisa.

—Pero se dice que fue un castigo porque el virrey te sorprendió en actos… —Suspendió la pregunta, arrepentida, pensando que si la completaba podría ofenderla.

—¿Quieres decir que nos sorprendió en actos inmorales? No fue una inmoralidad como tal…

Revillagigedo era un mojigato.

—Cuéntame, por favor —suplicó Manuela, tan entusiasmada que la Güera condescendió.

—Mi hermana Josefa se había hecho novia de Manuel de Acevedo y Cosío, hijo de los marqueses de Uluapa, quien era teniente del regimiento de granaderos y debía permanecer en el cuartel por estar en servicios militares. Así que ella, enamorada hasta los huesos, deseaba visitarlo y me imploró que la acompañara, sirviéndole como una especie de chaperona.

—¿Ustedes dos solas, sin dama de compañía?

—Nuestros padres desconocían que Josefa andaba de novia, y si nos acompañaba alguien de la servidumbre, tarde o temprano se enterarían. Como siempre he profesado una amor especial por mi hermana acepté, y escapándonos cuando nuestros padres estaban ausentes, acudíamos al cuartel de granaderos. Debo decirte que mi cuñado me pareció hombre culto y caballeroso, además de que ambos estaban verdaderamente enamorados.

Manuela sonrió complacida; los relatos románticos le fascinaban.

—Mientras los novios se apartaban a conversar, un oficial se acercó y me hizo conversación; se llamaba Gerónimo López de Peralta, y de inmediato me deslumbró: poseía bello rostro, era alto, esbelto y un fino bigote le confería un aire muy varonil.

—¿Qué edad tenías?

—Yo quince años y él veintisiete. Como acompañé a mi hermana en varias ocasiones más, Gerónimo me cortejó. Era un gallardo oficial, así que el solo hecho de que me adulara y pretendiese me hacía sentir endiosada, mientras mi cabeza se perdía en las ensoñaciones propias de toda muchacha.

—¿Te enamoraste?

—La verdad no, más bien estaba embelesada… Me sentía tan halagada de que un hombre mayor, y además tan guapo, me pretendiera, que mi corazón flotaba de dicha, mas no de amor.

—Pero entonces ¿qué sucedió?

—Un día, mientras conversábamos tranquilamente, Gerónimo me tomó por sorpresa y me besó.

—¡Santo cielo, qué atrevido!

—Sí, pero debo serte sincera: disfruté aquello. En casa no podía dejar de pensar en los besos y abrazos de Gerónimo, así que cuando nos reuníamos yo sólo ansiaba su boca y sus brazos. Era una especie de juego, una novedosa experiencia que me hacía sentir adulta, libre, hasta que un día el virrey nos sorprendió.

—¿Revillagigedo?

—Paseando en su carruaje observó que nos besábamos estrechamente abrazados, y que mi hermana hacía lo mismo con su novio. El virrey montó en cólera y esa misma noche hizo llamar a mi padre, ordenándole que para limpiar nuestra deshonra y acallar los rumores que ya corrían entre la sociedad, debíamos casarnos con los oficiales.

—¡Válgame, creo que fue demasiado severo!

—Mi padre ardía de coraje, tanto con nosotras como con el virrey, pero el padre de Gerónimo se encontraba mucho más contrariado. De inmediato se opuso a la boda, alegando que su hijo no tenía la culpa de mis incorrectas costumbres y descarriada educación.

—¿Y Gerónimo te defendía?

—Él declaró que estaba dispuesto a obedecer la orden virreinal; es más, creo que estaba enamorado. El hecho fue que Revillagigedo, desoyendo los alegatos, ordenó que se efectuase el matrimonio. Para ese momento el chismerío en la ciudad era enorme, y las malas lenguas repetían que debía casarme por estar embarazada.

—¿Te habías acostado con él? —preguntó alarmada Manuela, para quien cualquier relación íntima fuera del matrimonio era imperdonable.

—No, Manuela, yo era virgen; tan sólo nos habíamos besado y acariciado, nada más. Por eso, y para contrarrestar las habladurías, mi padre también se opuso al matrimonio, movió sus influencias y se entrevistó con Revillagigedo. De nada sirvió; tuve que casarme con Gerónimo. Mi padre tan sólo pudo negociar que Josefa, que entonces tenía catorce años, se casara un año después que yo, para juntar el dinero suficiente para ambas dotes.

—¿Y cómo fue tu matrimonio?

—Ay, Manuela, ese es otro cantar… Bien dicen que lo que mal comienza, mal termina, y no deseo aburrirte con mis desdichas —contestó la Güera con visible molestia, tan sólo de recordar los ultrajes de Gerónimo.

Manuela no quiso preguntar más.

38

RESIGNACIÓN
1810

—Comprenda; si el pueblo se inmiscuye en la revolución, el caos será nuestra bandera —dijo Allende.

Esa tarde se había reunido con Ignacio y don Miguel en el huerto, y con chocolate de por medio conversaban sobre el rumbo que la nación seguiría tras alcanzar el triunfo.

—¡Todos somos americanos, indios y mulatos incluidos! Por eso deberemos reducir la opulencia de unos y la indigencia de otros. —Allende iba a contestar, pero el cura se le adelantó—. ¿Qué opina usted, señora?

Tras meditar a conciencia su respuesta, la Güera habló después de un minuto de silencio.

—El barón de Humboldt creía que la desigualdad económica de nuestra patria no tiene parangón, y me parece justo resolver tal aberración —dijo la Güera, intentando mediar—. Pero ciertamente el pueblo es iletrado, sin poseer conocimientos que le permitan discernir adecuadamente. Como verán, encuentro igualmente sensatas ambas opiniones.

—Debemos repartir tierras, educar y enseñar oficios que propicien la igualdad —exclamó enardecido el cura—. Todos somos iguales ante Dios, y por ende, ante la nación.

—¿Repartir tierras? —exclamó Allende—. ¿Qué monarca lo permitiría?

—Para ser libres no necesitamos de ningún rey; ¡al carajo los gachupines, comenzando por él!

Si bien la Güera era partidaria de la autonomía del reino, con un Estado monárquico pero democrático, aquellas ideas no le asustaban: las había escuchado repetidamente en boca de Bolívar, de Talamantes y hasta de su cuñado Manuel. Sin embargo, le alarmó la agresividad del padre.

—Si nos levantamos contra el rey —dijo la Güera—, nos considerarán herejes o partidarios de Napoleón…

—Cierto —dijo Hidalgo—, por ahora debemos simular, pero ya victoriosos otra cosa será.

—¡Combatir al rey es contrario a la religión! —exclamó Allende.

—Si en algo soy experto es en teología, Ignacio, y puedo asegurarte que ningún rey es designado por gracia divina. El poder emana de Dios, y de su mano pasa al pueblo, el cual lo deposita en sus gobernantes. Tal pacto se invalida cuando el gobernante es tiránico y opresor, como sucede en nuestra patria.

—Pero constituirnos en monarquía constitucional nos proporcionaría seguridad —intervino la Güera—. Contaríamos como aliados a poderosos países europeos; la democracia inglesa, por ejemplo…

—¡Realeza y despotismo son caras de la misma moneda! —interrumpió el cura—. Estados Unidos será mejor aliado que cualquier reyezuelo.

—¡Imposible! —palmoteó Allende—. Por tres siglos hemos vivido con orden monárquico; cambiar de tajo sólo propiciará el descontrol y el caos. Vea lo que sucedió en Francia.

Viendo que la discusión subía de tono, la Güera intervino.

—Señores, parecen costureras aturdidas queriendo planchar el vestido sin haberlo zurcido.

—Tiene razón madame —agregó Allende riendo—, eso lo decidiremos al triunfar; ahora

concentrémonos en conseguir la independencia.

La conversación retornó a frases amistosas. Con todo, la Güera comenzó a considerar que las diferencias entre Hidalgo y Allende podrían acarrear problemas a futuro: ambos congeniaban en la necesidad de alcanzar la independencia pero diferían en cuestiones sustanciales. El cura, extremadamente instruido, rebelde por naturaleza e identificado con los desposeídos, deseaba un gobierno republicano y consideraba el movimiento como asunto popular, por lo que el pueblo mismo debía formar parte del levantamiento y del gobierno. En tanto, el capitán, identificado con las clases pudientes, abogaba por un gobierno autónomo bajo la tutela de Fernando VII, considerando que el iletrado vulgo debía mantenerse al margen.

En lo personal, a la Güera le parecía más sensata la postura de Allende, considerando que un cambio de menor envergadura podría ser aceptado con naturalidad, mientras que romper de tajo con el pasado acarrearía confusiones y quizá hasta enfrentamientos.

Mucho le sorprendió conocer que Hidalgo no fue electo como diputado para ir a Cádiz. Pero por fortuna, tal vez a causa de aquel desaire, retomó con mayor ímpetu a la conspiración y durante agosto el movimiento creció a pasos agigantados, consolidando juntas secretas en numerosas ciudades del reino. El cura confiaba sobremanera en la gente organizada en México, quienes prometían miles de hombres para, llegado el momento, tomar la ciudad y aprehender al virrey.

Un miércoles, don Miguel iba de paso a Dolores y se detuvo para invitar a la Güera a una tertulia musical.

—Padre, bien sabe que debo permanecer oculta —replicó.

—Pero usted no será la Güera Rodríguez —dijo travieso— sino Ignacia, una prima de Manuela que la visita; sólo le suplico que vista con recato provinciano.

—Qué distraído es usted: llevo meses de luto —le dijo ella, confundida.

—Pues vístase como una viuda del interior y no de la capital —soltó una carcajada—, aquí las mujeres ocultan su belleza. Ya verá, Manuela sabrá prestarle un vestido adecuado.

El día de la tertulia, la Güera llegó a Dolores antes que los otros invitados, ya que don Miguel la había citado más temprano para mostrarle algunas sorpresas. Al arribar la llevó primero a ver los talleres de alfarería, curtiduría, talabartería, herrería y carpintería que tenía establecidos en un solar del pueblo, donde trabajaban indios, negros, mulatos y mestizos, todos bajo su dirección y enseñanza.

—El conocimiento es el camino a la prosperidad —sentenció el sacerdote.

Luego la condujo a una bodega elaborada con carrizos y techo de palma, donde al entrar la Güera descubrió, envueltos entre mantas, decenas de lanzas y unos pequeños cañones.

—Se han fabricado con el dinero que recibimos de patriotas como usted —dijo él sin ocultar su orgullo.

La Güera no pudo menos que sentir escalofríos. Por primera vez sus contribuciones se podían palpar, ver y hasta oler; eran objetos sólidos, contundentes, y no meras ideas o promesas. El padre Miguel se acercó a los cañones, acariciándolos.

—Cuando estos chiquillos retumben, los gachupines se cagarán del susto —soltó una carcajada.

—Ojalá únicamente sirvan para espantarlos, y jamás derramen sangre —comentó la Güera sinceramente, ya que detestaba la violencia.

Estaban en eso cuando apareció Allende visiblemente emocionado, acompañado por el capitán Aldama. Saludó alegremente mostrando una pieza de tela, la cual extendió frente a ellos: era una bandera azul que al frente mostraba a la Virgen de Guadalupe, y al reverso un escudo.

—No me diga que esta será nuestra bandera —dijo la Güera cada vez más asombrada.

—Sí, madame, con banderas como esta marcharemos unidos hasta alcanzar la victoria.

—Es en verdad hermosa —dijo ilusionada al sentir el suave tafetán y admirar sus bien hilvanados dibujos.

Observándola de cerca pudo distinguir perfectamente que el anverso ostentaba a la Virgen de Guadalupe rodeada por un marco azul celeste, lo que le pareció muy acertado ya que era el símbolo nacional y muy especialmente de los criollos. El reverso poseía al centro un escudo igualmente enmarcado en azul, en el cual se veía un águila parada con las alas extendidas sobre un nopal y sujetando una serpiente en el pico, simbolizando el glorioso pasado del imperio mexicano, y por encima se erguía la figura de San Miguel Arcángel, sosteniendo en una mano la cruz de la santa religión y en la otra la balanza de la justicia, todo rodeado por los tonos de un amanecer que prefiguraba el advenimiento de una nueva era, justa y gloriosa.

Cuando el padre la llevó a conocer las moreras donde criaba gusanos de seda, los colmenares que trajo de La Habana y los sembradíos de vides, la Güera no dejaba de sonreír: había tenido entre sus manos la primera bandera de la independencia y todavía percibía la suavidad de sus telas en las yemas de los dedos.

La tertulia aconteció en la casa donde habitaba Hidalgo con sus dos solteronas hermanas, que a la Güera le parecieron amables y muy serviciales. La construcción, alegre y sencilla, poseía un acogedor patio donde se reunieron los invitados, en su mayoría criollos de la comarca sin exceptuar a Manuela y Mariano Abasolo, cuya casona se ubicaba junto a la parroquia. La Güera disfrutó cuando la banda militar ejecutó obras de Mozart en las cuales el padre mismo tocó el violín, brindando brío a la música y desenfado al ambiente. Después Hidalgo anunció que, en breve, un grupo de vecinos representarían el último acto del *Tartufo* de Molière.

En aquel *intermezzo*, Allende le pidió cortésmente que lo acompañara. Fueron hasta el pequeño gabinete donde el padre realizaba los trabajos administrativos del curato, y tan pronto entraron, los alcanzó don Miguel.

—María Ignacia —comenzó Allende—, disculpará no haberle prevenido sobre esta reunión, pero don Miguel desea escuchar su opinión acerca de un asunto de primera importancia.

La Güera descubrió que el padre la observaba curioso, intentando discernir si sus reacciones serían sinceras o calculadas, haciéndola sentir cual marioneta sin saber por qué.

—El capitán me tiene en mejor consideración de la que merezco —dijo Hidalgo—, e intenta convencerme de que sea yo quien dé el grito para convocar al pueblo hacia la libertad.

—¿Un sacerdote, y no un militar…? —exclamó la Güera, asombrada.

—En la junta de San Miguel —Allende tomó la palabra— se decidió que un sacerdote represente al movimiento, evitando así que el pueblo nos perciba como enemigos de la religión y el rey. Hemos convenido que don Miguel sea el jefe político y yo el jefe militar.

—Y no he aceptado aún —continuó el padre— por la enorme responsabilidad que significa. Después de Valladolid debemos ser doblemente cautelosos, ya ve, todo parecía perfecto…

—Culpa de los alardes del padre Santa María —interrumpió Allende.

—Y muchos otros errores más, Ignacio, muchos más. Cuando nos levantemos en San Miguel…

—Perdonen, caballeros —interrumpió la Güera al notar que en la conversación se intercalaban datos confidenciales—. No debo conocer datos reservados que pongan en peligro el plan ahora que regrese a México.

El cura la miró con cierta vergüenza, como si fuera portador de malas noticias, lo que la puso en alerta.

—No alimente ilusiones, madame —dijo Hidalgo, tratando de sonreír sin conseguirlo—. Debe saber que hemos decidido levantarnos durante las fiestas patronales de San Miguel, a fines de este mes de septiembre… Dudo que usted pueda regresar a casa antes.

La Güera creyó desvanecerse. La noticia era amarga e inesperada. ¿Cuándo podría reunirse nuevamente con sus hijos?

—No se aflija —Allende quiso tranquilizarla—, aquí estará a resguardo con sus dos nenas.

—¿Están seguros de la fecha? —preguntó sin ocultar su ansiedad.

—Resulta lo más conveniente —dijo Allende—. A diario crece la posibilidad de alguna delación, sobre todo en Querétaro.

—De cualquier manera, mientras el destierro no le sea condonado, deberá permanecer aquí —agregó Hidalgo sin atreverse a mirarla de frente.

Un repentino malhumor se apoderó de la Güera. Era una mezcla de frustración y desaliento, pero sobre todo de exasperación al sentirse nuevamente acorralada. Rabiaba contra el destino, estaba enojada con Hidalgo, con Allende, con el mundo entero.

—En fin —reanudó el padre—, para que el plan prospere será indispensable el apoyo de los hacendados de la región.

—Sigo sin comprender —dijo secamente, intentando contener su enojo—; saben perfectamente que mis haciendas están al servicio de la patria.

—Pero no hemos podido apalabrar a importantes hacendados —explicó Allende—, ya que el gobierno les vigila y sospecha.

—Si eso es lo que necesitan, conozco amigos que podrán reenviarles nuestros mensajes —dijo con inminente hartazgo, deseando salir ya de aquella habitación, huir.

—Mil gracias, María Ignacia —dijo Allende con la mayor amabilidad posible—. La junta de México…

—¡María, a secas! ¿Recuerda? —interrumpió, externando sin reparos su molestia—. Aunque mi situación sea lamentable, mantengo viva la esperanza de retornar a casa, así que no deseo enterarme de nada más —y dando media vuelta abandonó el gabinete.

La banda ejecutaba una pieza con más entusiasmo que fortuna, pero la concurrencia parecía disfrutarlo enormemente. La Güera, sentada en la segunda fila de sillas, descubrió que el director de los músicos la observaba de manera peculiar, como quien intenta reconocer a alguien, lo cual despertó su desconfianza. Más tarde se presentó la obra teatral, que quizás a causa del disgusto le pareció con escaso brillo, ya que los actores, incluido don Miguel, actuaban tiesos e improvisados. Finalizada la representación, comenzó el baile e Hidalgo le pidió acompañarlo. Ella se negó tajante, y el cura decidió sentarse a su lado.

—No se moleste, María Ignacia —dijo intentando abatir su irritación—. Ante los designios de Dios sólo nos resta la resignación.

La Güera no quiso comentar las palabras de Hidalgo; sabía que debido a su excitación podría actuar de manera grosera e inconveniente. Tras un momento de silencio, y descubriendo nuevamente

la mirada del músico sobre ella, preguntó:

—¿Quién dirige a los músicos?

—El tambor mayor Ignacio Garrido, maestro de la banda militar de Guanajuato. Normalmente me asiste en las tertulias musicales.

—Le tengo desconfianza. No deja de observarme.

—Señora, seguramente le atrae su belleza.

—No, padre —lo miró sarcástica—, estoy acostumbrada a las miradas varoniles y Garrido me observa de manera distinta.

La Güera recordó entonces: era la misma banda que había estado presente en el baile de Querétaro. Garrido la conocía y seguramente intentaba recordar quién era.

—Estuvo en un baile en Querétaro, y sabe quién soy —expresó angustiada—; me puede delatar.

—No se alarme, señora —le dijo el cura haciéndole un guiño—, Ignacio Garrido está de nuestro lado; nos ayudará a tomar Guanajuato pacíficamente, para lo cual le hemos pagado con creces sus servicios.

—Hay espías y traidores por todas partes —insistió la Güera, presa de malos augurios—. Debería desconfiar de Garrido.

Don Miguel rio desatendiendo la sospecha, e intentando disipar su enojo le ofreció una copa de vino.

Con gran pesar, creyó estar predestinada a permanecer en La Soledad. El levantamiento ocurriría en poco menos de un mes, y cuando las tropas se sublevaran ella tendría que permanecer ajena a todos los eventos, resguardándose en la finca para protección de sus hijas.

Resignación, le había aconsejado Hidalgo, y quizá tuviese razón; de nada le serviría luchar contra el implacable destino. Pero cuanto más intentaba resignarse, más se molestaba: estaba harta de que su vida dependiese de todos menos de ella misma. Resignación era lo que le habían solicitado cuando murió Lupita, resignación si el marido la golpeaba, resignación si no podía estudiar como los varones, resignación cuando debió casarse por orden del virrey, resignación cundo fue exiliada lejos de sus hijos mayores.

39

NOTICIAS VENTUROSAS
1810

Junto con Manuela Taboada hacía cuentas de una cosecha de maíz vendida, que si bien era escasa debido a la persistente sequía, algo aportaba. Del dinero conseguido retiró un quince por ciento para enviarlo a Hidalgo, colocando las monedas en una bolsa de paño, y las guardó con llave en el cofrecillo de madera labrada que por prudencia escondía en un hueco de la pared. Con ello, sumado a lo que llegase de sus haciendas de San Isidro y Santa Ana, conformaría su contribución mensual a la causa.

Ambas bebían tisana de salvia porque Manuela era presa de los cólicos menstruales, estando de ánimo en extremo decaído. Por más intentos que realizaba no lograba embarazarse de nuevo, y cada vez que le venía la regla la inundaba la desesperanza: creía a pie juntillas que un embarazo podría retener a Mariano y evitar que partiese a la revuelta.

—Estoy muy afligida —le confesó con la mirada gacha—. No puedo dormir tan sólo de pensar que se acerca el día del levantamiento.

—Todo saldrá bien —dijo fraternalmente la Güera mientras sorbía la infusión en el jarro de barro y terminaba de apuntar las cuentas en una hoja.

—¿Y si algo falla, si todo se convierte en caos y desorden?

—Nada puede fallar; el levantamiento se realizará al mismo tiempo en todas las ciudades donde se han formado juntas —dijo repitiéndole el plan establecido—. Tomarán como rehenes a los gachupines y avanzarán hasta México para intercambiarlos por la libertad del reino, después se expulsará de Nueva España a los peninsulares y se formará una junta de gobierno. Es imposible que fracasemos.

—Güera, tú misma sabes que el plan es en extremo simple. Cualquier error puede provocar pánico y alborotos.

Era cierto; la Güera desconfiaba de los planes en extremo simples. Conseguir la libertad de la patria no podía ser tan fácil como lo habían planeado, pero ilusionada por conseguir la libertad, se negaba a realizar conjeturas adversas.

En ese momento escucharon el trotar de un caballo: era Casimiro trayendo correspondencia. Tan pronto vio un sobre lo abrió precipitadamente y de inmediato el rostro se le iluminó de alegría: su padre le informaba haber pactado con Guillermo de Aguirre, ya que ante la inminente llegada del nuevo virrey, don Francisco Xavier Venegas, él y otros regidores amigos lo habían apoyado para que fuese nombrado regente de la Audiencia; a cambio del favor permitía el regreso de la Güera, brindándole salvoconducto oficial.

—¡Regreso a México, Manuela, me voy! —no cesaba de gritar, dando besos y abrazos a quien encontrase a su alcance.

El rostro de Manuela se contrajo con una mueca de tristeza, y sin embargo la Güera no se percató de ello: se encontraba presa de incontrolable frenesí. Los malos augurios de Hidalgo resultaban falsos, y sin esperar un segundo más, escribió un mensaje a Ignacio Allende notificándole de su viaje, para después dirigirse a Dolores con el cura.

Llegando a la parroquia encontró a don Miguel ensayando una pieza musical con el grupo que siempre lo acompañaba, y los interrumpió a gritos. Los músicos, extrañados, la observaban con curiosidad, ya que por influjo de la felicidad la Güera actuaba con gran indiscreción.

—¡Padre Miguel, regreso a casa!

—¡Señora, qué agradable sorpresa! —exclamó sorprendido—. Pero venga a mi gabinete, por favor.

—No, padre, no tengo tiempo; sólo he venido a entregar mi aportación prometida —dijo mostrando un bolso con monedas.

—¿Nos deja?

—¡Sí, padre, tengo un salvoconducto y por fin estrecharé a mis hijos! Pero antes de abandonar Dolores, suplico su bendición.

Hincándose frente al cura, este la santiguó con una sonrisa. Después la Güera, eufórica, lo abrazó entusiasta, susurrándole al oído:

—Sigo a sus órdenes, y no tenga duda que en esta ocasión venceremos.

—Señora, la extrañaremos —contestó el padre—; pero vaya con Dios, que de seguro nos veremos en México —concluyó con un guiño de complicidad.

En un extremo del patio, el tambor mayor Ignacio Garrido los observaba y sonreía satisfecho.

Regresó a galope pensando que en pocas semanas aquellas tierras donde había pasado meses, serían las primeras en alcanzar la libertad. Desgraciadamente no sería testigo de ello, pero la alegría que le producía el retorno resultaba superior a todo; sus hijos eran más importantes que los asuntos patrios y la ilusión de verlos inundaba su mente.

Llegando a La Soledad, Teófila ya había hecho el equipaje, y aunque pasaba del mediodía decidió partir de inmediato pero no sin despedirse de Manuela, con quien mucho se había encariñado.

—Siempre estarás en mi corazón —dijo con un nudo en la garganta—. Eres una mujer maravillosa y, por favor, dile a Mariano que les viviré eternamente agradecida.

—Tengo miedo —expresó Manuela, verdaderamente acongojada.

Percibiendo que se comportaba cual niña desamparada en busca del regazo de una madre, la abrazó con auténtico amor.

—Manuela, todo saldrá bien: conseguiremos nuestra independencia, y tú junto a Mariano serán los primeros héroes de la patria.

Manuela, como quien acepta el patíbulo por honra, hizo una mueca de resignación con los ojos al borde del llanto. La Güera se conmovió ante el penar de su amiga, y desprendiéndose de la cadena y el crucifijo que llevaba al cuello, los puso en su mano.

—Este Cristo me ha protegido fielmente desde que salí de México; ahora te protegerá a ti.

La besó amorosamente y partió.

Llegaron muy entrada la noche a Querétaro, donde durmieron exhaustos. Pero antes del amanecer ya estaba vestida, y entusiasta ordenó a Teófila que fuese a casa de los corregidores, llevando una nota en la que pedía ser recibida por doña Josefa. La respuesta fue sencilla, «¡Ven ya!», así que cubriéndose con un rebozo acudió presurosa.

Josefa la recibió con humeante chocolate y la Güera se disculpó de inmediato por no haberle avisado de su huida a La Soledad, arguyendo que había realizado el viaje por la madrugada y en absoluto secreto debido a los espías del gobierno.

—Allende me comentó que tú y Miguel se han unido a la conspiración.

—Te dije que tarde o temprano convencería a mi marido —sentenció Josefa entre risillas—. Pero debes saber que ahora mismo estamos muy preocupados —continuó cambiando el tono alegre por uno de temor—. Un partidario ha sido encarcelado.

—¿Lo apresaron por algo relacionado a la conjura?

—Gracias a Dios no; está preso por una riña callejera con otro militar.

—¿Ha delatado? —preguntó la Güera, alarmada.

—No sabemos aún, pero es tan indisciplinado que puede cometer cualquier bajeza. —Tras breve pausa, agregó con aires de crítica—: ¿Entonces regresas a México, justo cuando habrá de comenzar el movimiento?

—¡Me acusas de cobarde! —exclamó molesta la Güera—. ¡Después de todo lo que he debido sufrir por apoyar a la causa!

—No, Güera, discúlpame, estoy muy nerviosa. —Josefa se arrepintió de inmediato, sabiendo que había sido injusta—. Tus hijos son primero; además, en la ciudad podrás ayudarnos.

Josefa la abrazó; ambas querían llorar pero se contuvieron con gran esfuerzo, despidiéndose con un beso en la mejilla. Bien sabían que sus destinos, aunque separados, estaban tan trenzados como una soga.

Al salir, la Güera no pudo contener más el llanto.

—Josefa, jamás te faltará valor; eres mucho más valiente que cualquier varón —le dijo abrazándola fuertemente.

La Güera partió ilusionada, avanzando en largas y penosas jornadas, ya que debido a las lluvias el camino se hallaba anegado en diversos tramos. Durmieron en San Juan del Río y, por precaución, Casimiro recorrió las pocas tabernas del poblado buscando información sin escuchar noticia alguna que les perjudicase. Prosiguieron y al cuarto día llegaron a Tepotzotlán, donde la Güera envió a Casimiro de avanzada a México para anunciar a su familia el inminente arribo. Al amanecer, tras asistir a misa, continuaron hasta Cuautitlán, pueblo aburrido y pacífico, donde almorzaron en el mesón principal. Estando allí, la Güera logró escuchar a un mensajero que comentaba familiarmente al mesonero:

—Imagínese, soy el tercer mensajero que sale de Querétaro trayendo noticias reservadas; ya usted dirá si la cosa no está que arde…

Pudo discernir que algo raro sucedía, así que emprendió camino rápidamente, y llegando a la ciudad fue directo a casa, donde la esperaban sus hijos. Los abrazó dichosa mirándolos de arriba abajo, sin dejar de asombrarse: Gero se había estirado como chicle, sobrepasándole en altura; Antonia poseía torneadas formas, luciendo preciosa; y Pepita, con aires de una falsa madurez, se comportaba taciturna y distraída. No podía ser más feliz, pero cuando le informaron que su padre estaba gravemente enfermo, fue de inmediato a su casona.

Don Antonio los recibió con escasa sonrisa y sobrada palidez, abrazando primero a sus dos nietecitas que corrieron hacia él alborozadas, ya que profesaban gran cariño al abuelo. Luego su padre miró a la

Güera con ojos taciturnos.

—Güera, por fin estás en casa; ven y bésame.

Fue hasta él, arrojándose a su pecho entre sollozos.

—No creas que moriré, así que deja de lloriquear —ordenó en son de broma.

—Papi, mis lágrimas son de felicidad por estar entre sus brazos… y de agradecimiento por todo lo que ha hecho para socorrerme.

Atrás se encontraba su hermana, vestida de un negro tan apagado como el semblante de su rostro. Al descubrirla, el llanto de la Güera se multiplicó y fue hasta ella.

—¡Josefa! ¿Qué le han hecho a nuestro Manuel? —exclamó dolida, pero al querer abrazarla sintió chocar contra un témpano.

—Bienvenida, hermana —saludó secamente, mirando hacia la nada con tal de esquivar los ojos de la Güera.

Era obvio: la culpaba por la muerte de Manuel.

40

DELACIONES POR DOQUIER
1810

A los pocos días de su regreso, llegó a la capital el virrey Venegas, que sustituiría al gobierno de los gachupines de la Real Audiencia. Sabía que su antagonismo con Aguirre continuaba vigente, pero sin importar nada se hizo presente en la villa de Guadalupe para la entrega del bastón de mando.

El salón se encontraba adornado con todo el boato de la tradición, y la nobleza junto a los miembros de la Real Audiencia, los regidores del Ayuntamiento de México y las principales autoridades hicieron presencia vistiendo sus mejores galas. Aquel acto protocolario le causó sentimientos encontrados: le ilusionaba pensar que aquella fuese la última ceremonia virreinal a la que asistiría, ya que en breve se levantarían sus compañeros declarando la independencia, pero al mismo tiempo la embargaba una anticipada añoranza; todo aquel fastuoso mundo desaparecería, y con él una buena parte de su vida. Durante sus treinta y un años, desde que tenía uso de razón había disfrutado el esplendor cortesano.

Mientras los miembros de la Real Audiencia se presentaban con Venegas, observó que don Guillermo de Aguirre lucía desmejorado, débil y encorvado. Sin embargo, se acercó al virrey luciendo una orgullosa sonrisa: por fin había alcanzado el puesto de regente de la Real Audiencia por el cual había batallado durante años.

El nuevo gobernante poseía larguísimas patillas que le enmarcaban los penetrantes ojos verdes, y el fruncido ceño le otorgaba un gesto severo y mordaz; pero lo más sobresaliente es que vestía a la usanza napoleónica al igual que los enemigos del rey, lo que resultaba paradójico. Como era viudo, la Güera debía conseguir su aceptación en la corte valiéndose de su propio ingenio.

—Excelencia, vengo en representación de mi padre, don Antonio Rodríguez de Velasco, regidor del Ayuntamiento y consejero de Su Majestad —se presentó esbozando la mejor de las sonrisas mientras realizaba una delicada reverencia—. Él se encuentra enfermo pero ha deseado que por mi conducto le transmita la profunda alegría que nos provoca su arribo; después de varios gobiernos provisionales, por fin contaremos con un auténtico virrey.

—Dígale a su padre que será un placer conocerlo tan pronto se reponga —externó el principal con actitud hosca aunque con sonrisa pícara—. Y a usted, madame, me complacerá recibirla en Palacio.

—Favor que me hace, Excelencia; sus palabras son órdenes.

De inmediato la Güera se percató de que al hombre le agradaba la compañía femenina y pensó que, en caso de ser necesario, podría sacar provecho de aquella debilidad.

Urgida de noticias, enviaba diariamente a Casimiro hasta Tacuba para detener mensajeros e intercambiar monedas por los últimos acontecimientos. Así, dos días después de la toma de poder de Venegas, el 15 de septiembre, la Güera escribía una carta a Ramón cuando Casimiro regresó con noticias alarmantes.

—Dicen que en Querétaro han descubierto una conspiración, y que ya son montones los

encarcelados.

—¿Mencionaron nombres, hay muertos? —urgió la Güera, temiendo por las vidas de Josefa Ortiz y los suyos.

—No, señorita, pero el mensajero contó que en Guanajuato un tal Garrido también ha denunciado a Hidalgo y Allende. —Casimiro inclinó la cabeza con miedo, y agregó—: Mencionan que una señora, famosa en México por su belleza, da el dinero para la revolución.

La Güera tembló; sus temores resultaban ciertos y ahora estaba inculpada. Desconocía si Garrido había sido específico, delatándola con nombre y apellido, o tan sólo la había insinuado; pero de cualquier manera, si el gobierno continuaba la indagatoria podrían incriminarla. Sopesó la situación intentando tranquilizarse: ante cualquier acusación podría argumentar que había regresado a la ciudad mucho antes de la delación, inventando testigos a su favor.

No obstante, esa misma tarde se presentó en Palacio con un tintero de plata para el virrey como pretexto para entrevistarse y conocer directamente los acontecimientos. Al llegar a los despachos la atendió uno de los asistentes de Venegas, don Federico Jiménez, a quien conocía bien por haber servido a distintos virreyes.

—Madame, Su Excelencia no puede recibirle; se encuentra reunido de urgencia —explicó el hombre.

—Estoy enterada de que en Querétaro han apresado a varios sediciosos; ¡santo Dios, no se puede confiar en nadie! —exclamó ofendida con la intención de ganar su confianza.

—Así es, madame, desde hace días se han recibido notificaciones alarmantes, por eso le suplico que regrese otro día.

—Ay, don Federico, lo que sucede es que me mortifica una correspondencia enviada desde Guanajuato…

—¿Del intendente Riaño?

—¡Esa misma! —exclamó la Güera—. ¿Ya la ha leído Su Excelencia?

—No le ha sido posible, madame; dedica todo su tiempo a los asuntos de Querétaro.

—Le voy a pedir un enorme favor: don Juan Antonio de Riaño, muy amigo mío, envió la carta a Su Excelencia para solicitar unos favores a mi nombre, y ahora resulta una frívola imprudencia molestarlo. ¿Podría usted entregármela?

—Nada me gustaría más que servirle, pero eso es imposible; podría ser amonestado severamente.

—Entonces ocúltela por un tiempo, en lo que resuelve lo de Querétaro. Me avergonzaría distraer a don Francisco con nimiedades, cuando por bien de todos debe ocuparse en cuerpo y alma en fustigar a los traidores.

El hombre dudó un momento, pero ante las reiteradas súplicas de la Güera, aceptó a medias.

—Puedo colocarla por debajo de los legajos recibidos, así leerá su carta dentro de un par de días cuando menos.

—Le agradezco infinitamente —dijo la Güera, sabiendo que mientras tanto debía conformar una coartada que la salvase.

La buena fortuna le sonrió en aquella ocasión. Tan sólo dos días después llegaron noticias de que en Dolores se habían levantado en armas unos cuantos militares apoyados por una gran masa del pueblo: aquello logró que los ojos del virrey y sus consejeros se posaran en la defensa del reino, sin atender las denuncias de lo acontecido por considerarlas ya carentes de valor.

La Güera pudo respirar tranquila; más adelante intentaría traspapelar la denuncia para suprimir

toda huella de su participación en la conspiración. Por el momento, debía concentrarse en apoyar a sus compañeros desde la ciudad.

Entre las noticias recibidas por arrieros que venían de Tierra Adentro, supo que Hidalgo y Allende se levantaron en armas justo dos años después del golpe a Iturrigaray, el 16 de septiembre, causándole gran extrañeza saber que Hidalgo dirigía el ejército y no Allende, además de no haberse encaminado directamente a México como se había planeado. Tal decisión le parecía un desatino porque la ciudad se encontraba indefensa, pudiendo vencerla fácilmente y culminar el plan de una buena vez; sin embargo, tras tomar Dolores y San Miguel el Grande sin resistencia alguna, después fueron a Celaya, Guanajuato y Valladolid.

Por desgracia, la chusma que seguía a Hidalgo cometía desmanes, masacraba gachupines y saqueaba los poblados a su paso. En Guanajuato, muy especialmente, la matanza y el pillaje fueron pavorosos, causando la desaprobación general y aun de los criollos. Nueva España había vivido trescientos años de paz, que de la noche a la mañana desaparecían entre saqueos y carnicerías; no había nadie en la ciudad que no estuviera consternado. Recordaba a Ignacio Allende haber dicho que solamente un ejército disciplinado evitaría los excesos de la guerra, por lo cual la Güera culpó de los atropellos a las delaciones de la conspiración que les obligaron a actuar improvisadamente, sin conformar un ejército bien organizado.

Ansiosa, envió veladoras al templo de San Juan de Dios, esperando recibir órdenes para la inminente llegada de los ejércitos libertadores, pero no hubo respuesta. Buscó a sus partidarios con notas anónimas y tampoco obtuvo eco. Tan sólo José María Espino, quien le había ayudado en la conspiración contra Aguirre, respondió con escuetas letras: «Imposible auxiliar».

La Güera se percató de que los saqueos y masacres de los ejércitos patriotas provocaban que los criollos dieran la espalda a la causa.

La llegada del ejército insurgente acontecería inevitablemente, así que para la protección de su familia decidió comprar machetes y guardarlos en casa. También intentó organizar con gente del pueblo una brigada de patriotas dispuesta a cooperar con los libertadores y evitar el saqueo; sin embargo, muy pocos estaban dispuestos a arriesgarse por el «cura maldito», como llamaban a Hidalgo los sacerdotes y la Inquisición, presentándolo a la opinión pública como un sanguinario hereje enemigo del rey, la Iglesia y el reino.

Visitaba diariamente a sus padres, intentando convencerlos de reunirse en su casa, donde los sublevados sabían que residía; cuando entrasen a la ciudad, cubriría ventanas y balcones con imágenes de la Virgen de Guadalupe para ser identificados como patriotas.

Su madre la miró como si fuese una hereje, o peor, el demonio mismo, negándose a escuchar razonamientos y súplicas, y gritando que jamás se uniría a los infieles ni condenaría su alma por su culpa. Sus hijos estaban espantados, su hermana Josefa la miraba con desbordado coraje, culpándola de todos los males, y ella misma se encontraba con los nervios de punta, presenciando una imagen más cercana al apocalipsis que a la liberación de la patria.

Quizás Manuela Taboada había tenido razón: el plan, que de tan sencillo parecía un sueño, se había tornado en pesadilla.

41

LOS HORRORES DE LA GUERRA
1810

Tras mes y medio del levantamiento, la ciudad entera supo que los ejércitos libertadores habían llegado a Toluca para después tomar México, y el pavor se apoderó de las calles, silenciando su habitual barullo y festejo. Los ricos llevaban dinero y joyas a los conventos para esconderlos, considerando que ahí no se atreverían a saquear; algunos gachupines abandonaban la ciudad con carretones repletos de valiosas pertenencias, y el pueblo no cesaba de rezar mañana, tarde y noche en los templos.

Contagiada del temor general, la Güera decidió trasladarse a casa de sus padres junto con toda su familia y criados, donde en última instancia podrían refugiarse dentro del templo de La Profesa. Josefa, por su parte, intentó huir a sus haciendas de Veracruz, pero al conocer que en todo el reino había levantamientos, también decidió quedarse.

La Güera se percibía culpable por tanta desgracia. ¿Acaso no había financiado con su dinero las armas que mataron a cientos en Guanajuato? ¿No había subestimado las consecuencias, queriendo dar por factible un plan a todas luces ilusorio?

Ahora se encontraba tan indefensa como cualquier otro ante la invasión de las tropas insurgentes, así que mandó traer las imágenes guadalupanas y los machetes que había ocultado en su casa. Escribió urgentes mensajes a Allende, Hidalgo y Abasolo, implorando su protección y notificándoles su paradero, pero Casimiro no logró traspasar los retenes y llegar a Cuajimalpa, donde acampaban los patriotas.

> ¿Quién al gachupín humilla…? Costilla.
> ¿Quién al pobrísimo defiende…? Allende.
> ¿Quién su libertad aclama? ¡Aldama!

Así cantaba la gente del pueblo el advenimiento de los insurgentes. Ellos eran los únicos, pensaba la Güera, que se alegraban con su llegada, ya que estaban dispuestos al pillaje para obtener algo de dinero. Como carecían de todo, cualquier cosa, ya fuese una moneda o una copa de plata hurtada, significaría sustancial ganancia.

—Se dice que miles y miles les siguen —le comentó Juan Espino en la misa dominical de La Profesa, abarrotada por quienes rogaban por la paz—. No son un ejército sino una ciudad en marcha, ya que lo grueso de la tropa se conforma de familias enteras de labradores e indios con vacas, borregos, gallinas y cerdos, la mayoría mal armados con hondas, cuchillos o palos… Si toman la ciudad estaremos perdidos.

Los rumores decían que ya eran más de setenta mil, tantos como todos los habitantes de Querétaro juntos, y la Güera temblaba al conocer tales cifras.

Cuando las multitudes de Hidalgo enfrentaron en el monte de las Cruces a las pocas tropas realistas dirigidas por el comandante Torcuato Trujillo, las derrotaron en sanguinaria batalla, la capital quedó a merced de los insurgentes y se convirtió en un infierno: soldados y policías hacían zanjas por las calles y levantaban barricadas para su defensa.

Era martes 30 de octubre; el jueves se festejaría a Todos los Santos, día en que la Iglesia celebraba a los difuntos pequeños, y el viernes a los adultos, según la tradición ancestral. La Güera pensó que no podían ser más significativas las fechas: al invadirlos, la mortandad se posaría sobre México.

Pero debía hacer algo, convencer a sus amigos de que sitiaran la ciudad en lo que adiestraban y disciplinaban al ejército, actitud que le pareció la más adecuada ya que la capital no podría mantenerse por mucho tiempo.

Esa misma noche, la Güera acudió a Palacio con la intención de conseguir un salvoconducto para salir de la ciudad. Le explicó a don Federico Jiménez que huiría a su hacienda para salvarse de la guerra, ya que La Patera se encontraba al extremo opuesto del campo de batalla.

—Soy viuda y tengo cinco criaturas a mi cuidado —dijo en tono de súplica.

El hombre firmó el pasaporte de mala gana ya que el gobierno veía mal a todo aquel que huía, tratándolos de ratas que escapaban del barco ante el inminente hundimiento. Aprovechó la ocasión para tantear si el hombre poseía alguna información adicional.

—Se lo agradezco infinitamente, don Federico. ¡Qué será de nosotros! ¿Acaso viviremos eternamente a la sombra de los infieles?

—No se preocupe, madame, en breve pagarán por sus pecados.

—Gracias por intentar reconfortarme, pero sólo un milagro nos podrá salvar —después agregó, para picarle el orgullo—: Ojalá pudiera creerle, pero seguro se encuentra tan desinformado como yo.

—Los milagros existen, se lo puedo asegurar.

Entreviendo que iba por buen camino, la Güera aguijoneó nuevamente:

—Todo milagro debe tener santo y nombre…

—Acuérdese de mí dentro de una semana: San Luis nos hará el milagro.

La Güera comprendió de inmediato: el regimiento de San Luis Potosí estaba comandado por don Félix Calleja. Seguramente había conformado un ejército disciplinado para enfrentarse a Hidalgo.

Hizo enganchar dos caballos al carruaje, y acompañada de Casimiro salió por la garita de San Cosme, pero al llegar al poblado de Popotla abandonaron el carro, montaron y torcieron el rumbo hacia el monte de las Cruces, ubicado en la zona conocida como La Marquesa, donde seguramente encontrarían a las tropas libertarias.

Bastante avanzada la noche llegaron a las faldas del monte, observando un panorama aterrador: diseminados en el fangoso campo yacían numerosos cadáveres de militares, indios y civiles que por la oscuridad no se percibían a plenitud.

Aunque el espectáculo era sobrecogedor, la Güera no quiso detenerse; debía encontrar a algún militar que la condujese con Allende e Hidalgo, para informarles lo averiguado y convencerlos de actuar con mesura.

Al subir al monte, la cantidad de cuerpos inertes se multiplicó y ella descubrió a unos forajidos que robaban las pertenencias de los caídos, quienes huyeron al escuchar los pasos de sus caballos. Finalmente, al llegar a la cima, encontraron a varios soldados del regimiento de Allende, que iluminados por antorchas y ayudados por indios se encargaban de sepultar cadáveres.

—¿Quién vive? —gritó un militar apuntándoles con el fusil.

—¡Viva la Virgen de Guadalupe! —contestó ella.

El militar, asombrado al escuchar la voz de una mujer en aquellos lares, le ordenó apearse, lo cual

ella obedeció de inmediato. Al pisar tierra quedó horrorizada: a un lado de sus pies se encontraba un brazo desprendido, con huesos y jirones de carne expuestos ante su vista.

Se santiguó conmocionada: a un metro se veía el resto del ensangrentado cuerpo, un indio vestido con humildes huaraches, pantalones y camisa de manta; por una gran tajada en el estómago le sobresalían las tripas, y tenía el rostro petrificado en rictus de dolor.

—¡Dios mío! ¿A cuántos de los nuestros han masacrado? —preguntó al militar intentando contener las náuseas y el dolor.

—A miles, madame, a miles… la mayoría indios —contestó el hombre, también visiblemente afectado.

Al fondo varios más cavaban una fosa donde iban arrojando cuerpos como si fueran costales de papas, sin distinguir si eran amigos o enemigos.

—Necesito hablar con el cura Hidalgo o el capitán Allende —dijo sin poder apartar la vista de los despojos—; traigo noticias que pueden serles de utilidad.

El soldado la llevó hasta la cima, donde se encontraba el sargento encargado de las maniobras, y en el trayecto descubrió el auténtico horror de la guerra: cadáveres mutilados por las bombas, hombres yaciendo en el fango, mujeres llorando al difunto marido o buscándolo entre los caídos. Todo era un infierno, pero una escena le causó mayúscula consternación: una madre abrazaba quejumbrosa a su hijo, de apenas unos doce años, con el cráneo destrozado a causa de alguna bala.

No pudo avanzar más; el estómago se le hizo un revoltijo y cayendo de rodillas al suelo vomitó sobre el ensangrentado fango.

—Señora —le informó minutos después el sargento—, el Generalísimo Hidalgo y su consejo de guerra se han marchado a otros rumbos que no puedo revelarle.

—Por favor, entregue esto a don Ignacio Allende; es información valiosa.

En la carta había escrito someramente: «El general Calleja ha formado un ejército y viene contra ustedes. Bien podrían atrincherarse en algún sitio para enfrentarlo, pero si deciden tomar México, sepan que me encuentro en la tercera calle de San Francisco, número 6. Si bien estoy dispuesta a dar la vida por la causa, les suplico salven a mi familia. Suya siempre, María».

Abandonó el campo de batalla profundamente trastornada. La guerra había dejado de ser una mera palabra para convertirse en una realidad terriblemente dolorosa y mortificante. Que Dios se apiadara de su alma.

Dos días después, el 1 de noviembre, se supo que dos emisarios de Hidalgo entraron a la ciudad con banderas blancas, portando un mensaje para el virrey, en el cual exigía su capitulación. La Güera y la mayoría de los criollos esperaban que la sensatez iluminara a Venegas y entregase la ciudad en paz, pero no fue así; el virrey negó la rendición, con lo cual el futuro de la ciudad y de su familia estaban echados a la suerte. Si los saqueaban al igual que en Guanajuato, la mortandad del monte de las Cruces se extendería por las calles y casas de México.

La Güera, ya hospedada en casa de sus padres, decidió que en una alcoba dormirían ellos, en otra sus hermanas, Josefa y Vicenta (quien se les unió con su marido José), y en una tercera concentró a los niños menores; en el gabinete acomodó al tío Silvestre Díaz de la Vega, nacido en España, mientras sus hijos y ella misma se ubicaron en otra habitación. El resto, que era la servidumbre, dormiría en los salones restantes y el patio. Para estar prevenidos, varios mozos vigilaban desde la azotea hacia Chapultepec y Santa Fe, por donde debía aparecer el ejército insurgente.

En aquel hacinamiento resultaba imposible desoír las conversaciones de la servidumbre, por lo

cual la Güera se dio cuenta de que unos bendecían la entrada del ejército libertador y otros maldecían el levantamiento, llegando ambos bandos a discutir tan airadamente que se vio obligada a intervenir para sosegarlos. Desde entonces supo que su patria se partía en dos.

Abrumada y temerosa, en un arranque de coraje maldijo el momento en que se había unido al movimiento de Allende, arrepintiéndose de haber aportado su propio caudal a Hidalgo, plata maldita con la cual habían sembrado muerte y anarquía. Pedía perdón a Dios una y otra vez, ofreciendo su propia vida a cambio del bienestar de su familia.

Las horas pasaron entre rezos de adultos y retozos de pequeñuelos, a quienes aquello les parecía una gran aventura. De hora en hora la Güera subía a la azotea para corroborar si en el horizonte surgían señales de polvareda o muchedumbre, bajando continuamente a rezar en el oratorio de la casa y después yendo a abrazar a sus hijos. Tras largas horas en vela, ya muy entrada la madrugada, se recostó con sus dos pequeñas y se quedó dormida por el cansancio.

A media mañana despertó a causa de los gritos de su madre.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! —gritaba doña Ignacia con júbilo.

Aturdida, dejó la habitación para enterarse de que el ejército patriota se alejaba de la Ciudad de México.

Su consternación fue enorme, produciéndole sentimientos dispares: felicidad y desilusión, agradecimiento y rabia, regocijo y zozobra. Por una parte, la retirada de los insurgentes anunciaba el fracaso del plan original, y la independencia tan largamente anhelada no se conseguía. Por otra, su familia y la ciudad misma estaban a salvo.

42

PERDÓN FINGIDO
1810

La Güera sabía perfectamente que los insurgentes no habían sido vencidos, como el virrey proclamó a los cuatro vientos, y por lo mismo nadie, ni ella misma, encontraba una razón para explicar su retirada. Unos creían que se habían alejado para evitar el saqueo y la destrucción de la ciudad, otros que se les había agotado el parque, y algunos aseguraban que tras la batalla desertó la mitad de la chusma; temiendo que al tomar la ciudad huyera el resto, prefirieron replegarse para formar un ejército disciplinado. También se decía que Venegas tenía prisioneros a varios familiares de Hidalgo, y como le amenazó con matarlos, el cura prefirió alejarse.

Pero la Güera quiso entender la retirada como una acción protectora para la ciudad y agradeció calladamente, congraciándose nuevamente con el movimiento. «Seguramente Hidalgo y Allende han intentado salvaguardar las vidas de los capitalinos —pensó convencida—; la sensatez ha retornado al movimiento».

Muy pronto corroboró que la división abarcaba a la sociedad entera. Tanto en las clases bajas como en las altas, e incluso dentro de una misma familia, unos congeniaban con los insurgentes y otros con los realistas. La parecía increíble, aun las familias de los más declarados patriotas estaban divididas: un hermano de Hidalgo era coronel realista y un hijo de Josefa Ortiz de Domínguez también. Hasta la Iglesia estaba fraccionada, ya que los altos sacerdotes, gachupines todos, lanzaban excomuniones contra los insurgentes mientras los de abajo, de sotana raída y templos diminutos, apoyaban la revuelta porque también sufrían la injusticia en cuerpo y alma.

Tuvo la certera impresión de que la vida de la ciudad ya no sería la misma. Las calles habían perdido sus adoquines y mostraban zanjas por doquier, las banquetas estaban rotas y el agua no llegaba con regularidad. Las autoridades proclamaron estrictas órdenes: nadie podía cambiar de residencia, ni recibir invitados o sirvientes sin avisar previamente a la Junta de Policía y Seguridad. Los jóvenes de condición humilde comenzaron a desaparecer por las noches, ya que los enrolaban en los ejércitos realistas, y si no servían para ello, los llevaban a realizar trabajos forzados.

La guerra trastocaba todo a su paso. Ese era el precio que habían de pagar para alcanzar la libertad; no había vuelta de hoja.

Así como se alejaba el ejército patriota, así los males de su padre se acrecentaron lenta e inexorablemente, restándole respiración y vigor.

Cumplió treinta y dos años postrada a su lecho, sin celebraciones ni convites, junto a sus hijos, su madre y sus hermanas. Ese mismo día, tras felicitarla con tierno beso, don Antonio pidió conversar con ella a solas.

—No quiero morir sin…

—¡Usted va a sanar! —protestó la Güera.

—¡Déjame hablar! —ordenó entre tosidos—. Debes ir con Guillermo de Aguirre a pedir perdón, así los gachupines cesarán de hostigarte. Él también está enfermo de muerte —hizo una pausa para

tomar un poco de tisana—. Además, he convenido con mi hermano José para que te guíe en asuntos patrióticos.

—¿Mi tío es patriota? —dijo sorprendida, ya que el tío José era un comerciante pacífico y poco dado a la aventura.

—En secreto; como yo y tantos otros. —Don Antonio tomó aire y prosiguió, intentando imprimir fuerza a su voz—. ¡Jura que visitarás a don Guillermo y escucharás a mi hermano!

—Lo que usted diga —dijo la Güera, dispuesta a cumplir todas sus voluntades.

—Y que actuarás con extrema prudencia. La causa no está perdida pero debe regresar al orden.

—Tiene usted razón.

Hizo otra pausa, y esbozando una débil sonrisa continuó:

—Siempre me he enorgullecido de tu proceder, pero no podía decírtelo porque con ello alentaría tus acciones patrióticas, arriesgando tu seguridad.

—No se preocupe, papi; sé cuidarme —dijo la Güera con lágrimas en los ojos.

—Lo sé, ahora… pero quizás demasiado tarde.

—No, papacito, nunca es tarde y usted va a vivir muchos años más.

—No nos hagamos ilusiones, Güera. Eres inteligente y sabes que mi final está próximo.

Sonriente y tranquilo, don Antonio tomó la mano de su hija.

—Por favor, acompáñame a rezar.

Se hincó obediente, y aunque intentaba orar con fervor, un doloroso pensamiento la abrumaba: su padre le abandonaría prontamente.

Permaneció agónico hasta comienzos de diciembre, muriendo en santa paz. Pero aquella íntima conversación afectó en mucho los sentimientos de la Güera: saber que su padre había sido patriota enalteció sus ánimos y juró, frente a su cadáver, honrarlo y apoyar en todo lo que pudiese a los insurgentes, sin importar su condición de mujer y de madre, que en mucho dificultaban sus acciones.

Su partida le dolió profundamente; con él siempre había sostenido una relación estrecha y cariñosa. Por ello exigió que las honras fúnebres se realizaran conforme al rango y clase de don Antonio, velándolo en hábitos de San Francisco, como fue su voluntad, y sepultándolo en un ataúd con galones de plata, terciopelos y sábanas de Cambray. Tras el velatorio de dos días en casa, la Güera, su madre y sus hermanas acompañaron el cuerpo en magna procesión hasta el templo de San Francisco, con numeroso cortejo de frailes y repique de campanas. Finalmente se ofició una solemne misa cantada, para después enterrar el cadáver en una cripta muy cercana al altar mayor.

Una tarde de cielo encapotado y húmedos ventarrones que precedían a la lluvia, estaba por entrar al templo de La Profesa, donde se realizaba el novenario. El tío José se le acercó con paso lento y aquel gesto de perpetua tranquilidad que le distinguía.

—Antonio me comentó de tus sentimientos patrióticos, y que además deseas continuar participando —dijo observándola fijamente—. ¿Estás segura?

—Claro que sí, tío —contestó ella de inmediato—. No tengo duda.

La abrazó como si desease reconfortarla por la pérdida del padre, pero tan sólo para hablarle al oído.

—Se está formando una red secreta en apoyo a los insurgentes, que ya se conoce como «los Guadalupes».

—¿De qué manera funciona? —susurró con la curiosidad a flor de piel.

—De eso no podrás enterarte. Los Guadalupes no sabemos quiénes forman parte de la red, lo cual nos protege en caso de que alguien sea descubierto. Yo mismo desconozco quién la dirige, y tan sólo mantengo contacto con una o dos personas muy puntuales.

La Güera sintió vibrar todo su ser. Aquella organización le pareció en extremo atrayente solamente por ser tan misteriosa.

—¿Estás dispuesta a participar? Piénsalo; puede ser riesgoso.

—No tengo nada que pensar —contestó la Güera sin dudarlo—. Mi padre no hubiera querido otra cosa.

—Entonces, pronto recibirás órdenes precisas —concluyó, dejando de abrazarla y diciendo en voz alta—: Ten calma, pronto encontrarás consuelo… Entremos a misa.

No se atrevió a incumplir la promesa realizada a su padre. Era capaz de mentir a quien fuera, pero jamás a él, así que se preparó para comparecer con Guillermo de Aguirre aun en contra de sus propios sentimientos, los cuales le instigaban a odiarlo, pero primero visitó al arzobispo Lizana con la intención de recuperar su amistad y conseguir su apoyo para enfrentar a Aguirre con mayor seguridad.

Al estar a su lado tomando café, que tanto agradaba al arzobispo, la Güera juró que la conspiración contra su persona no había sido una invención de su parte; el anciano no intentó aceptar o contradecir nada y con un ademán le pidió que no continuase, dando a entender que sus decisiones fueron tomadas por presiones políticas y no debido a la indagatoria del caso. Tras cordial charla y obtener su bendición, fue entonces con don Guillermo, a quien encontró sumamente decaído. La recibió con dejo de molestia, considerando que la visita resultaba cínica y descarada.

—Señora, he aceptado recibirla tan sólo en memoria de su padre, que Dios lo tenga en su gloria, y como favor al arzobispo —balbuceó con voz chillona y una mezcla de decaimiento y enojo.

—Agradezco al cielo su bondad, don Guillermo, mi corazón implora su perdón.

Don Guillermo entrecerró los ojos y sonrió con aire de menosprecio. A esa mujer no podía creerle nada y debía permanecer a la defensiva ante sus palabras.

—Don Guillermo, jamás dije mentira alguna, usted lo sabe…

—Escuchar una conversación privada es un acto ruin —interrumpió tajante.

—Conversación que mi confesor me ordenó denunciar —mintió la Güera, agachando la cabeza —. Si delaté lo escuchado en su casa fue por mandato de la Santa Iglesia, ya que el arzobispo estaba en peligro.

—Tan sólo eran ideas sueltas, sin la intención de convertirlas en hechos —se justificó don Guillermo con frases lentas y pausadas—. Nadie deseaba realmente deponer al arzobispo por la fuerza, y mucho menos envenenarlo como usted se atrevió a jurar.

—Entiéndame, yo no sabía si las amenazas eran ciertas o falsas.

Don Guillermo guardó silencio por el agotamiento de la enfermedad, y además no encontraba razón para seguir conversando; aquello le fastidiaba.

—Las ideas nos han separado, pero no los sentimientos —prosiguió la Güera—. Créame, admiro su inquebrantable honestidad, y ahora comprendo que ambos hemos fracasado: nadie deseaba el caos para Nueva España.

—Por supuesto que no —aprobó con ojos entrecerrados—. Ustedes han invocado a la anarquía… ¡y escuche bien, señora, la anarquía será la perdición de estas tierras!

—Que es mi patria.

—Y la mía —susurró con un dejo de amargura, abriendo los ojos y clavándolos en ella—. Míreme bien, Güera, pronto reposarán aquí mis despojos.

Aquel hombre agonizante le despertó verdadera piedad; su maltratado y enjuto cuerpo denotaba sombría debilidad, y su rostro, pálido como el pergamino, exhalaba olores nauseabundos. Pensó que sin duda moriría en unos cuantos días.

—Nos hermana la desgracia —reanudó ella, tomándole la mano para acariciarla con delicadeza.

—¡No he fracasado! —Aguirre enfureció—. Debemos luchar contra las huestes del apocalipsis… Hay que defender a Nueva España para gloria de nuestro soberano.

—Eso deseo, don Guillermo —dijo ella de inmediato, sabiendo que era el momento de convencerlo—, pero ocupo todas mis energías en protegerme de sus partidarios. Si usted les informase que no soy enemiga y he obtenido su perdón, podría encauzar mi energía a favor de Fernando VII.

La escudriñó cuidadosamente, intentando descubrir alguna falsedad en su semblante, pero la Güera se mantenía seria, inmutable. Don Guillermo pensó que al encontrarse próximo a la muerte, debía ser piadoso para que sus pecados fueran expiados; actuar con bondad le ayudaría a alcanzar la gloria eterna.

—No le tengo confianza, señora, así que deberá jurar por la salvación de su alma que actuará a favor de España. De no ser así, se pudrirá en el infierno.

—Le obedezco de todo corazón —dijo humildemente, hincándose a su costado—: juro que actuaré por el bien de nuestra patria.

—Recuerde que de faltar a su juramento, su alma será condenada a una tormentosa eternidad.

Dos semanas después murió don Guillermo. La Güera asistió al velorio, el sepelio y el novenario, pudiendo constatar que muchos de sus partidarios la recibían amablemente, entre ellos don Miguel de Bataller, el heredero político. Aunque había obrado falsa y descaradamente, entonces pudo descansar. Había obtenido un poco de seguridad en su vida.

43

RETRATO DE MEDIO CUERPO
1810

Como desde la conquista de Tenochtitlan la cotidiana paz había definido la vida de Nueva España, todos, al igual que la Güera, se asombraban con las noticias de la guerra y sus escabrosos efectos. A diario hacía que el aguador le comentase los últimos rumores a cambio de servirle un suculento almuerzo, lo cual agradecía el hombre soltando la lengua y narrando todo lo que escuchaba. A veces resultaban insignificancias, pero en otras ocasiones sucesos inauditos y hasta valiosa información para la causa.

—No lo va creer usted, señora —dijo don Martín mientras comía un tlacoyo—: como los insurgentes tomaron a la Virgencita de Guadalupe de bandera, ahora los realistas la fusilan cuando cae en sus manos. ¡Vaya a saber si es cierto, pero eso sería un sacrilegio! Y juran que los insurgentes hacen lo mismo con la Virgen de los Remedios. ¡Esto se ha vuelto un disparate! —dio otro bocado al tlacoyo, y tras beber un sorbo de pulque continuó—: También se dice que los indios llevan una estampita de la Guadalupana pegada a sus sombreros; como la consideran milagrosísima, muchos usan el sombrero como escudo, avanzando contra las filas enemigas confiados en que les protegerá de las demoniacas balas… Pobrecillos, montones han muerto así.

«En verdad —meditó la Güera mientras escuchaba sorprendida—, vencer la ignorancia y la superstición deberá ser labor primordial cuando se consume la independencia. Hidalgo está en lo justo al pretender educación para todos, ya sean plebeyos o nobles, varones o mujeres».

Sabiendo que debía evitar nuevas sospechas, sobre todo ahora que apoyaría a los insurgentes por conducto de los enigmáticos Guadalupes, retomó los ejercicios de bailarina que abandonó durante el destierro. Recuperó su figura, vistió con escotadas túnicas y deliberadamente aceptó el cortejo de hombres con ideas políticas contrarias, cambiando de pareja como quien muda de pañuelo. Actuar de manera frívola y superflua sería el mejor camuflaje para realizar sus acciones patrióticas con libertad.

Reanudó su presencia en la corte, y ya que Venegas era hombre viudo y solitario, le coqueteaba discretamente, realizando comentarios que la hicieran parecer una despistada en asuntos políticos, además de contarle chascarrillos que humillasen a Hidalgo y provocaran sus toscas risotadas.

Desenfadada, acudía al teatro o a reuniones sociales escoltada por algún abogado, hacendado o comerciante, gachupines la mayoría, engatusándoles con prometedoras miradas e inocentes caricias que los rumores convertían en pecaminosos romances.

Una noche acudió a una tertulia en casa del español don Lorenzo Sánchez y Manrique, miembro del Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México; al entrar a la casona constató que la decoración incluía costosos muebles y ornamentos, adquiridos con más deseos de ostentar riqueza que de mostrar el buen gusto de los propietarios. Don Lorenzo pertenecía a esa clase de hombres denominados *nouveaux riches*, como la alta sociedad criolla denominaba con desprecio a los recién enriquecidos inmigrantes españoles.

—Güera —preguntó don Mariano García de la Torre, gachupín dedicado al comercio en el

Parián—, ¿qué opinión le merece la revuelta del apóstata Hidalgo y sus compinches?

—Su pregunta es vana, don Mariano: si contestara que merecen admiración, usted y sus amigos me tendrían por enemiga del rey. Comprenderá que de tal manera obraría solamente una desvergonzada, o peor aún, una estúpida; adjetivos que, le aseguro, no engalanan mi personalidad —dijo la Güera, y los hombres a su alrededor rieron divertidos.

—Pero cuéntenos, ¿qué hizo durante su destierro? —preguntó con suspicacia don Lorenzo, intentando ponerla en aprietos debido a los rumores sobre su participación en la conjura contra Guillermo de Aguirre.

—Ay, don Lorenzo —contestó con gesto de fastidio—, aquel malentendido no provocó otra cosa que bochornos y aburrimiento. Cualquiera que haya viajado a provincia debe saber que fuera de México todo es Cuautitlán.

Los hombres rieron nuevamente a sus anchas, ya que aquella ingeniosa frase causaba gracia e infería que su aburrimiento había sido supremo. La Güera la pronunciaría una y mil veces cada vez que la cuestionaban sobre el destierro, para evitar mayores intromisiones.

Por ese entonces la marquesa de Ciria, amiga muy cercana y madrina de su hijo Gero, le recomendó retratarse con el torso desnudo frente al artista José Francisco Rodríguez. La Güera consideró que el asunto favorecería la superficial imagen que deseaba transmitir, ya que aquella costumbre suponía una frívola moda de la aristocracia: en Europa, la duquesa de Alba y hasta Pauline, hermana de Napoleón, se habían retratado en forma similar, y en México algunas damas de la más alta sociedad se realizaban pequeños retratos en cera, mostrando sutil o plenamente sus pechos.

A diario posaba para el artista, quien, al concluir cada sesión, se llevaba el retrato para afinarlo en casa. Un día regresó con ojos desbordados de preocupación:

—El conde de Santa María de Guadalupe ha incautado su retrato para denunciarla ante la Inquisición —exclamó el artista, verdaderamente alarmado—. Ha dicho que lo utilizará como prueba irrefutable de su inmoralidad.

La Güera supo de inmediato que detrás de aquel acto puritano y absurdo había gato encerrado; o bien el conde, furibundo realista, sospechaba de sus actividades secretas y deseaba que la Inquisición la vigilase, o simplemente buscaba venganza por haber intrigado contra su antiguo jefe, don Guillermo de Aguirre.

Dos días después llegó a su casa el citatorio para presentarse ante la Inquisición. Como ya tenía experiencia en comparecencias ante el Santo Oficio, esta vez acudió discretamente ataviada con amplia falda, recatada camisa de holanes y un corpiño de mucho lazo; todo decidido con absoluta premeditación para favorecer sus planes.

Ya en el Palacio del Santo Oficio, descubrió que no conocía a ninguno de los comisarios, y desgraciadamente tampoco estaba el Güero Ignacio como escribiente. Los sacerdotes procedieron a leer la acusación, y conforme la Güera iba escuchando se le escapaban espontáneas risillas: el escrito ostentaba tantas idioteces que invitaba a la burla. El conde de Santa María denunciaba haber visto varios retratos de nobles señoras, todas con los pechos muy descubiertos, pero que los de la Güera estaban enteramente de fuera, agregando que también había observado retratos de la marquesa de Ciria, la señora Panes y otras damas. Al concluir la acusación, la Güera tomó la palabra:

—Ya que soy mujer, y por lo tanto menor de edad ante la ley, solicito que corrijan mis desatinos —expresó con sarcástica humildad y pícara sonrisa—. Según entiendo, ningún sabio ha considerado deshonesto e inmoral que Juan Diego, tras la aparición de Nuestra Santísima Señora de Guadalupe,

mostrase al mundo las milagrosas rosas contenidas en su ayate. Y también que el universo entero es milagro divino, ¿no es así? —Los sacerdotes asintieron con desgano, un tanto molestos—. Si mi torso es milagro vivo, al igual que los de Vuestras Excelencias y toda criatura, no veo cómo pueda resultar deshonesto mostrarlo. Quizás sea un mal entendimiento de mi fantasiosa mente femenina, pero tan convencida estoy de ello, que ahora mismo podría enseñarlo a Sus Santidades.

Comenzó a desanudarse el corpiño con trabajos, por los numerosos lazos que poseía, y los sacerdotes enrojecieron de inmediato, pudorosos, confundidos y alarmados.

—¡Deténgase! —gritó uno de ellos.

—Tiene usted razón —continuó irónica—, también deberían llamar a las demás señoras que menciona el conde, españolas de sangre pura, quienes han cometido el mismo cándido error. Sin duda ellas sabrán defenderse con los mismos argumentos.

Por supuesto, la denuncia no procedió; el miedo de enjuiciar a numerosas damas de la nobleza los contuvo. No obstante, en calles y mercados corrió una exagerada historia, con tonos de jocosa picardía, que ella misma relató al virrey, divirtiéndole buen rato.

Estaba en el tocador peinándose con la ayuda de Teófila porque esa noche habría reunión en Palacio, cuando recibió carta de Ramón Cardeña desde La Habana. Pidió a Teófila que la dejase sola y abrió emocionada el sobre: Ramón informaba que en breve regresaría a Nueva España para «colaborar en la defensa del reino», entendiendo con dicha frase que se uniría a la causa insurgente. La noticia alegró tremendamente a la Güera; tras años de no cohabitar con hombre alguno, el solo recuerdo de Ramón le despertó húmedos deseos y expuso sus penurias amorosas. Se había comportado con total castidad, quizás porque los asuntos patrios le habían distraído de los deseos amorosos, pero no podía negarlo: anhelaba un hombre a su vera.

Mientras esperaba con ansias el regreso de su amante, reinició labores patrióticas. Junto al tío José acudía a diversas tertulias y una en especial llamó su atención: se celebraba en casa de Mariana Rodríguez del Toro, esposa del rico minero Miguel Lazarín, a quienes bien conocía por ser de su edad y clase.

La reunión transcurrió en inocente diversión hasta que Mariana misma, apasionada e impulsiva, vociferó injurias contra el gobierno y los gachupines, secundada a gritos por otros contertulios. Aunque sus propósitos eran afines a los de la Güera, la actitud de los reunidos la preocupó al instante y rogó a su tío que no retornasen a esa casa, ya que siendo tan emocional la concurrencia resultaba fácilmente delatable.

El lunes de Semana Santa la Güera realizaba labores de caridad en el hospicio de viudas, conversando y consolando a varias de ellas, cuando inesperadamente las campanas de los templos comenzaron a sonar con estrepitoso júbilo y la noticia corrió rápidamente por las calles: el gobierno había capturado en lejanas tierras a Hidalgo, Allende y los principales jefes insurgentes, aniquilando así la revolución.

Sintió surgir un angustiante hueco en su pecho, y sufrió como suya la suerte de sus compañeros. Pero también le atormentó el fracaso del movimiento: escasos meses había durado la ilusoria revuelta, y de ellos, los dos últimos fueron de continuas escapatorias, pareciendo que el destino se ufanaba en hacer naufragar los planes libertarios de los criollos una y otra vez.

Se encontraba verdaderamente acongojada, pero supo que no había tiempo para lágrimas; corría peligro, ya que cualquier delación de Hidalgo o Allende le sería fatal.

Haciendo acopio de osadía y cinismo, decidió acudir con el virrey para conocer de primera mano los pormenores de la captura, y en caso de ser delatada, huir o actuar oportunamente a su favor.

44

LOS GUADALUPES
1811

Poco pudo enterarse de lo acontecido a Hidalgo y Allende, ya que las noticias en la corte se controlaban con la mayor reserva; sin embargo, se dio cuenta de que su nombre no había sido mencionado en las indagatorias, porque nadie la miraba con recelo. Esa tarde se encontraba en una tertulia de las pocas que acostumbraba realizar el virrey, las que al ser escasamente concurridas por damas, le permitían convivir con caballeros y obtener información.

Jugaba billar con tres de los más cercanos consejeros del gobernante mientras un grupito de varones fingían observar la partida, más interesados en contemplar su escote al inclinarse sobre la mesa para golpear las bolas con el taco; practicaba aquel pasatiempo —que la mayoría de las mujeres despreciaban— desde sus primeras comparecencias en Palacio y logró ser lo suficientemente hábil para vencer a jugadores de mediana destreza, lo que le permitía conocer en la charla cualquier noticia que pudiese perjudicarla. En esa ocasión, las dos bolas de marfil a las que debía alcanzar se encontraban muy separadas entre sí y el siguiente tiro era a todas luces complicado.

—¿Qué nuevas me pueden contar del cura maldito? —preguntó con tono de inocencia.

—Señora, esos son asuntos reservados.

—Nada de reservados; por las calles corren rumores a toda hora y la única que no se entera soy yo. Es más, los reto: si logro realizar esta carambola, deberán contar lo último que sepan.

Los hombres asintieron, considerando que jamás lo conseguiría. Ella se inclinó sobre el verde paño, y extendiendo el taco sobre su mano izquierda apuntó al borde izquierdo de la bola y la golpeó con suavidad para que tan sólo rozara a la primera, fuese a una de las barandas elásticas, rebotara y se dirigiese a la baranda contigua para rebotar nuevamente y después llegar justo a la segunda bola. Era una jugada perfecta y los varones prorrumpieron en delicado aplauso.

—Bravo, madame, felicidades.

—Nada de felicidades: a cumplir su promesa —ordenó entre risas—. ¿O vuestras mercedes no tienen honor?

Don Félix Samaniego, consejero de asuntos jurídicos del virrey, fue quien habló tras un momento de indecisión.

—Pues qué le cuento —dijo el gachupín—, el cura resultó más arrepentido que una monja blasfema; ha escrito una carta abjurando de sus acciones. Escribió, si mal no recuerdo, algunas frases como «lo que me aflige son los perjuicios que he originado; dejad las armas y echaos a los pies del trono» —clamó con exagerados aspavientos, intentando simular a un hombre débil y tembloroso—. «Deseo que mi muerte sea el más convincente testimonio para que cese al momento la insurrección» —concluyó, y los hombres se carcajearon.

La Güera dudó de que el cura hubiese redactado aquello; de seguro era una mentira orquestada por el gobierno, o le habían obligado a firmarla con torturas. Conocía muy bien el carácter de don Miguel: su orgullo inquebrantable, la solidez de sus principios. ¿Acaso no había sido testigo de su tenaz intelecto, defendiendo cada idea sin dar un paso atrás? Jamás le había escuchado renegar a uno de sus ideales. No, ella no podía aceptar que Hidalgo se hubiese arrepentido y mucho menos que

quisiera desalentar a los patriotas.

—¿No me cree, señora? —dijo don Félix al observar a la Güera—. Todos se arrepienten a la hora de la verdad. Igualito que los conspiradores de don Manuel Lazarín…

—¡En casa de doña Mariana Rodríguez del Toro se gestó una conspiración! —exclamó la Güera consternada, pero de inmediato agregó, para eliminar sospechas—: ¡En estos tiempos no se puede confiar en nadie!

—Ay, señora, las ratas andan alborotadas. Imagínese, habían planeado secuestrar al virrey para canjearlo por Hidalgo y los otros insurgentes prisioneros. Pero tan pronto cayeron en prisión, se han arrepentido y delatado a sus cómplices; ya están presos como sesenta infieles.

Días después se enteró de que el valor mostrado por Mariana fue enorme. Se contaba que con gran firmeza arengó a sus contertulios: «¿Qué sucede, señores?, ¿no hay otros hombres en América aparte de los generales que han caído prisioneros?». Con gran empuje y decisión convenció a todos de secuestrar al virrey, pero fueron delatados por un sacerdote que conoció el plan al confesar a uno de los involucrados.

En prisión, Mariana mostró mayor entereza que los varones, sufriendo vejaciones sin delatar a uno solo de sus compañeros, cosa que los otros sí hicieron. «Las mujeres solemos ser más leales que los varones», pensó la Güera con orgullo.

Su tío José, asistente a dichas tertulias, se hizo sospechoso pero afortunadamente, tras investigarlo sin descubrirle nada, le dejaron en paz.

Días después, por medio de anónima y misteriosa nota, recibió orden de acudir a la capilla de la Concepción del Salto del Agua, ubicada frente a la fuente donde concluía el acueducto de Chapultepec. Dicho vertedero era muy apreciado por los criollos, ya que poseía diversos símbolos nacionales: enmarcada entre barrocas columnas, un águila envolvía el escudo de armas de la Ciudad de México, engalanado con una corona y bordeado con pencas de nopal; y en la parte superior, las esculturas de una mujer europea frente a una indígena tomaban alegremente agua de un chorro, simbolizando el mestizaje. Aquel lugar estaba pletórico de aguadores que iban a llenar sus cántaros con gran bullicio para después transportarlos a las distintas casas.

Acudió puntual, y confundiéndose entre los numerosos afanadores, ingresó a la pequeña capilla y en el confesionario encontró al padre García Jove, que conocía desde su matrimonio con Gerónimo por ser entonces párroco de Atitalaquia, villa cercana a la hacienda de San José Bojay.

El padre le habló familiarmente, diciendo estar al tanto de sus contribuciones a la causa, y después preguntó si estaba dispuesta a continuar apoyando a la insurgencia.

—Pero a quién habríamos de apoyar, si la causa está perdida —dijo la Güera con desánimo.

—No, señora, se está reorganizando. Don Ignacio López Rayón, abogado de profesión, es el nuevo jefe de los ejércitos libertarios y reorganiza el movimiento, para lo que solicita auxilio de todos los patriotas.

—Estoy a sus órdenes —dijo la Güera, ilusionada con la noticia.

—Por favor, me solicitan una breve carta en la cual detalle las acciones y suministros que pueda aportar a la causa —solicitó el sacerdote—. Y por favor, en todo escrito evite mencionar nombres concretos —concluyó mientras le daba la bendición—; utilice seudónimos e intente redactarla con dobles significados.

Llegando a casa consideró sus posibilidades y concluyó que podría servir a los patriotas como intrigante o espía, aportando dinero, o enviando pertrechos como telas, medicinas o papel. Además,

podría ceder a la causa la administración de sus haciendas de Tierra Adentro, destinando las utilidades a la lucha siempre y cuando garantizasen devolverlas concluida la revolución.

No deseaba arriesgarse escribiendo de propio puño comunicados que, de caer en manos enemigas, pudiesen incriminarle. Consideró entonces utilizar los servicios de algún escribiente de confianza y no dudó un instante sobre a quién debía acudir.

El Güero Ignacio era, a mucho orgullo, hijo de Rosaura Quintero, india de Tenango, y Francisco Reyes, criollo de Coyoacán. Gracias a la tenacidad de su madre pudo aprender a escribir, ya que ella misma logró que un sacerdote de nombre Diego Ruiz le enseñara las letras. Cuando sus padres fallecieron, el cura lo nombró aprendiz de escribiente para que le auxiliara con las actas de bautizo, matrimonio o defunción, golpeándolo y dejándole sin comer si cometía errores, de tal suerte que terminó escribiendo con buenos rasgos porque a la menor falta ya sentía un varazo en las nalgas y un hueco en el estómago.

Recordaba a su madre decir, entre orgullosa y quejumbrosa, que nació inquieto, cabezón y más fiel que un devoto de la Guadalupana. Lo inquieto le obligó a perfeccionar el estilo y la ortografía hasta hacerse *evangelista*, lo cabezón a pensar y criticar, y la fidelidad le hizo enamorarse de la Güera Rodríguez. Bueno, él mismo sabía que no era un enamoramiento de verdad, porque jamás podría conquistarla; más bien se trataba de una especie de profana idolatría como la que muchos sentían por las actrices del Coliseo, por las que babeaban al mirarlas de lejos aunque jamás conversarían con ellas. Su afición o adicción por la señora fue tal que quiso conocer todos sus pasos, y de ser posible hasta sus pensamientos. Para ello se informaba con el aguador de su casa y varias de sus sirvientas, claro está, a cambio de esporádicas monedas.

Aquel día se encontraba en su puesto de la plaza de Santo Domingo, escribiendo un documento que le habían encargado. Sin despegar la vista del papel, vio de reojo que se acercaba una mujer con ropas humildes y gastadas, cubierto el rostro con el rebozo. Tras sentarse en el banquillo ubicado frente a su mesa de trabajo, la mujer le habló en voz baja:

—Buenos días, don Ignacio, ¿me recuerda?

Ignacio levantó la vista y quedó perplejo al descubrir que la Güera Rodríguez estaba frente a él; de inmediato quiso levantarse por cortesía, pero ella le pidió que permaneciera sentado, fingiendo normalidad. Ignacio no podía hablar por el asombro, y tan sólo asintió inclinando la cabeza.

—Desde que el padre Cardeña, a quien bien conoce, lo refirió como contacto seguro —dijo la Güera—, no he recibido de usted más que muestras de lealtad. ¿Puedo confiar plenamente?

—Por supuesto, madame, lo que usted necesite —afirmó Ignacio sin dudar un instante.

—Jure pues, por su vida y por Dios, que jamás comentará lo que aquí le dicte. Serán bien recompensados sus servicios, téngalo por seguro.

—Lo juro, señora; que me parta un rayo si fallo en algo —contestó hecho un manojo de nervios.

Sin esperar más, la Güera comenzó a dictar y él a escribir con letra burda, porque así lo pidió, una carta que mencionaba haciendas y remitentes, nombres exóticos, extrañas acciones y supuestos planes, todo con redacción falseada para no ser comprendida a simple ojo. Ignacio pensó que se trataba de un mensaje cifrado, pero, sumiso y nervioso, fingió ingenuidad. No estaba dispuesto a expresar un comentario en falso que desagradara a la dama.

Finalmente, tras releer el manuscrito y estar satisfecha con el trabajo, la señora le pagó el triple del precio por el trabajo, prometiendo visitarlo prontamente. Ignacio, con la emoción recorriendo todo su cuerpo, acariciaba con sus dedos las monedas cual si fueren reliquias santas.

El juicio contra los caudillos insurgentes se realizó lentamente, así que la Güera se fue acostumbrando a omitir los nombres de Hidalgo o Allende y en su lugar pronunciar los de Rayón o Morelos, con quienes los patriotas ahora tenían contacto. El licenciado López Rayón quería dar orden al movimiento, para lo cual intentaba crear una junta que reuniese a todos los grupos insurgentes y gobernase los cada vez mayores territorios independientes. Ella apoyaba tal idea, ya que por fin poseerían una junta autónoma tal como lo habían intentado su cuñado Manuel, Primo de Verdad, Talamantes y su amigo Azcárate.

Pero no todo podía ser dicha. Desgraciadamente, por esos días murió el arzobispo Lizana y Beaumont, quien siempre le había protegido de los gachupines. La Güera asistió a todas sus pompas fúnebres y lo lloró con sinceridad, sabiendo además que desde ahora debía actuar con mayor cautela. Uno de sus mayores protectores la abandonaba.

45

MANUELA TABOADA EN DESGRACIA
1811

A finales de mayo, en una hermosa noche plagada de estrellas, le informaron que Manuela Taboada pedía ser recibida en su casa. Corrió hasta el portón y su asombro fue mayúsculo, Manuela parecía haber envejecido veinte años: enjuta, sucia, andrajosa y con el cabello cual nido de tejones.

—¡Güera, vengo a suplicar tu ayuda! —gimió desesperada, al borde del llanto.

La abrazó e hizo pasar, ordenando que calentasen agua para el baño mientras subían las escaleras.

Tan pronto llegaron al corredor del piso superior, las nenas corrieron a saludarla.

—Tía Manuela, ¿estuviste jugando en el lodo? —preguntó Paz, y de inmediato Manuela estalló en llanto con tal angustia que la Güera decidió encerrarse con ella en el gabinete.

—¡Ayúdame, Güera, ayúdame!

—Claro que sí —le dijo abrazándola con auténtico cariño.

Chilló por largo tiempo, y tras sosegar su respiración y espasmos, le acompañó al cuarto del placer para que tomara un baño en la tina. Conforme se desnudaba, la Güera fue descubriendo su trágica flaqueza: las costillas le sobresalían como teclas de marimba y los prominentes pómulos le infundían aspecto cadavérico. Al sumergirse en el agua, y ya más tranquila, Manuela comenzó a relatar la historia de la guerra vivida en carne propia.

—¡Ay, Güera, no sabes el calvario que he sufrido! Me urge contarlo; necesito que alguien escuche.

—Si eso te ayuda, cuéntame —dijo comprensiva y solidaria la Güera, pensando que le narraría algún infortunio sentimental o asunto similar.

—La noche del 15 de septiembre estaba en la casa de Dolores cuando me enteré de que Allende había llegado a todo galope para reunirse con el cura —comenzó a narrar con voz tenebrosa, como quien recuerda un mal sueño—. Gracias a un sirviente averigüé que la conspiración había sido delatada en Querétaro, pero también en Guanajuato por el tambor mayor Garrido, el que dirigía a los músicos que tocaban para Hidalgo, ¿recuerdas?, y que según los rumores, te involucraba en la conjura. La cuestión es que en casa del cura deliberaban si debían levantarse en armas o huir a Estados Unidos. —Guardó un instante de silencio, y mirando a la Güera con cierta vergüenza continuó—. Temerosa, ordené a Mariano que se escondiera, mintiéndole que los realistas buscaban conspiradores.

La Güera la miró, reprimiendo la crítica que deseaba brotar por su boca.

—Él me obedeció, crédulo y asustado. Pero durante la madrugada, Hidalgo convenció a la junta de Dolores de que debían levantarse en armas, diciendo «Aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines».

—¿Y Mariano? —preguntó intrigada la Güera mientras le enjabonaba la espalda.

—Permanecía escondido. Sin embargo, antes del amanecer, tras soltar a los reos de la cárcel y encerrar a los españoles, el cura mandó buscar a mi esposo, encontrándolo. No importaron mis ruegos —los ojos de Manuela enrojecieron al punto de las lágrimas—, se unió a la revuelta justo cuando la chusma saqueaba las tiendas de los gachupines, entre ellas la ubicada debajo de mi propio

hogar.

La Güera escuchaba pasmada lo narrado por su amiga.

—Hidalgo convenció al pueblo de unirse a la lucha, y Mariano fue con Allende a San Miguel para allí acrecentar las tropas. Por mi parte fui a Chamacuero, donde dispuse lo necesario para recibirlos en su camino hacia México. Al llegar alerté a los españoles del pueblo, urgiéndolos a huir, porque siendo mis amigos y familiares no deseaba verlos prisioneros. Dos días después las tropas insurgentes llegaron allá, hospedándose los principales oficiales en casa de mi padre. Allende quería que se encaminaran de inmediato hacia México, pero el cura lo convenció de que fuesen a Celaya, Guanajuato y Valladolid a recaudar dinero y acrecentar las tropas.

—Creo que fue un error, porque le dieron tiempo a Calleja de organizar y armar tropas.

—Al día siguiente me despedí de Mariano, quien marchó convencido de que el triunfo sería rápido y sencillo. Regresé a la casa de Dolores, enterándome ahí de que el ejército insurgente no había tomado México, y que tras ser derrotados en Aculco, Hidalgo se estableció en Valladolid. Cuando supe que los ejércitos realistas se alistaban para retomar Dolores, decidí huir con mi hijo y mi suegra para ponernos a la protección de Hidalgo.

La Güera, verdaderamente interesada en el relato, se había acuclillado frente a ella, con ojos asombrados y expectantes.

—Mientras Allende defendía Guanajuato —continuó Manuela—, suplicó a Hidalgo que le enviara refuerzos pero el cura hizo oídos sordos, acrecentando el odio entre ellos.

—¿Odio? Pero si yo misma fui testigo de la amistad que les unía.

—Desde las primeras acciones, don Miguel e Ignacio se enemistaron. El capitán se oponía a saqueos y matanzas mientras el cura los permitía, justificándolos como necesarios para que el pueblo no desertara; pensaba que una gran multitud de seguidores garantizaría el triunfo.

—Una vez —dijo la Güera, recordando sus conversaciones en Santa Fe de la Soledad—, Allende dijo que un ejército de dos mil hombres disciplinados sería más efectivo que una turba de cien mil.

—Sí, Güera, pero el padre se adueñó del poder gracias al apoyo de la plebe, nombrándose Capitán General primero, y Alteza Serenísima después. Pero eso no fue todo, en Valladolid comenzó a matar gachupines secretamente, siendo su primer verdugo un malvado sacerdote al que apodaban el Padre Chocolate, porque escogía a las personas que serían degolladas diciéndoles que esa noche tomarían chocolate.

La Güera escuchaba estupefacta, dudando de la veracidad de lo referido por Manuela. Quizá tales acusaciones nacían de su antipatía por don Miguel.

—Te lo juro, Güera, por la mañana el cura era un santo que abolía la esclavitud, y al anochecer un encarnizado asesino.

—No dudo de tus palabras —se disculpó—, pero no entiendo cómo tales aberraciones fueron ordenadas por el hacendoso y sabio varón que conozco.

—Lo atestigüé con mis propios ojos: la plebe gritaba «¡Mueran los gachupines!», exigiendo masacrarlos para saquear comercios y casas, y el padre simplemente les daba gusto. En Guadalajara, Hidalgo nombró como su guardia personal a un tal Agustín Marroquín, un tipo que había sido sirviente del virrey Iturrigaray, después torero y finalmente ladrón, por lo que estuvo preso hasta que el cura lo liberó. Marroquín degollaba diariamente a decenas, hasta que Mariano y yo decidimos evitarlo. —La Güera miró a Manuela, cada vez más sorprendida—. Burlando a Hidalgo, liberamos a cuantos condenados pudimos, pagando sobornos, profiriendo amenazas o fingiendo que eran órdenes de su Alteza Serenísima.

Manuela guardó silencio un instante y prosiguió con voz que reflejaba cierta vergüenza.

—El padre Hidalgo estaba poseído de incontrolable frenesí, por ello Allende intentó envenenarlo.

—¡Qué dices! —La Güera abrió los ojos desconcertada.

—Ignacio lo culpaba de no haber tomado México y terminar la guerra, de las derrotas sufridas, de la rapiña… Nosotros fuimos enterados de que lo envenenaría, y por desgracia el torero Marroquín también, pues diariamente amenazaba a Allende y celaba doblemente al cura. De cualquier manera, días después caímos prisioneros.

—¿Tú ibas con ellos?

—Yo y otras mujeres viajábamos con los ejércitos, pero gracias a Dios fuimos liberadas prontamente, y desde entonces me he dedicado a recabar testimonios de los gachupines liberados por mi esposo, para presentar pruebas que salven su vida. Por eso he venido a solicitar tu ayuda —concluyó con ojos angustiados.

La Güera no pudo menos que admirarla; sin duda su amor por Mariano era ejemplar y su fortaleza inquebrantable. Había recorrido cientos de leguas: de Chihuahua a Guadalajara, a Valladolid, a Querétaro, de ida y vuelta, sola, en mula o a pie, como pudo, sin doblegarse ante la adversidad. De inmediato se dispuso a apoyarla y le brindó hospedaje en su propia alcoba. A sus hijos les comentó que, debido a las revueltas, la esposa del administrador de la hacienda de Santa Fe de la Soledad pedía protección.

—¿La esposa de Abasolo? —inquirió Pepita.

—¡Prohibido mencionar ese apellido! —ordenó, y asintieron comprendiendo la gravedad del asunto.

Cenaron en familia, mientras los niños miraban asombrados a Manuela comer cual náufraga. Después mal durmió, gritando entre pesadillas para insomnio de la Güera: imaginar los horrores relatados le producía escalofríos. En la penumbra de la alcoba recordó una frase de Voltaire: «La civilización no suprimió la barbarie; la perfeccionó haciéndola más cruel y bárbara».

Atormentada, quiso tranquilizar su conciencia justificando los cruentos sucesos como propios de la guerra. Sin embargo, su mente no pudo silenciar un doloroso razonamiento: Hidalgo y Allende habían actuado divididos y enfrentados, pudiendo ser ello la causa de su derrota.

Para socorrer a Manuela fraguó un plan que no contaminara su nombre, y tras reflexionar brevemente decidió pedir ayuda a su compadre Mariano Beristáin. Tras el golpe a Iturrigaray y ser aprisionado por apoyar las ideas del partido criollo, Mariano cambió de bando convirtiéndose en feroz enemigo de la independencia, razón por la cual la Güera se le había distanciado. No obstante, ahora su amistad le resultaba fundamental para socorrer a Manuela y de paso eliminar sospechas sobre su persona.

Al presentarse en su despacho dejó que Manuela expusiera su caso; se refirió a Hidalgo en términos tan injuriosos y despectivos que logró la inmediata aprobación de Beristáin mientras la Güera, a intervalos, apoyaba mustiamente sus palabras.

—Compadre —dijo la Güera al final—, comprenderás que no puedo abogar por Manuela ya que podrían tacharme de insurrecta, por ello suplico tu auxilio.

Beristáin accedió a socorrerla intercediendo ante varios gachupines de la Audiencia, mientras la Güera hacía lo mismo con algunos regidores del Ayuntamiento.

Tras un par de semanas, Manuela pudo viajar a Chihuahua portando documentos que salvasen la vida de su esposo. Al despedirse, la Güera le entregó trescientos reales para solventar el viaje y además un collar de esmeraldas.

—No tengo más —explicó—: no recibo rentas de mis haciendas de Tierra Adentro, pero las joyas son igualmente efectivas. Te salvarán de apuros.

Manuela no dudó en aceptarlo y lo ocultó entre sus ropas. Abrazó agradecida a la Güera, y con renovada esperanza emprendió el peregrinaje.

Por noticias, después la Güera sabría que Mariano se salvó de ser ejecutado, siendo enviado a Cádiz para purgar diez años de cárcel. Manuela, ejemplarmente fiel, en lugar de permanecer cómodamente en casa junto a su hijo, decidió seguir los pasos de su consorte: usó sus alhajas para embarcarse y llegando a Cádiz consiguió que le permitiesen vivir al lado de él en prisión, donde pasaría largos años de infortunio.

La Güera no podía menos que conmoverse con su historia. La única recompensa a todos los sacrificios de Manuela Taboada fue compartir mazmorra, vejaciones y penurias con su amado, demostrando así que el verdadero amor existía y era sorprendente.

A un mes de su partida se proclamó con aires triunfales que Hidalgo, Allende, Aldama y los demás prisioneros habían sido fusilados. La Güera lloró su muerte a escondidas, rogando a Dios que perdonase los pecados de sus compañeros y los suyos propios, ya que era cómplice de los horrores cometidos.

Sin embargo, no estaba dispuesta a dar marcha atrás: la guerra proseguiría con o sin ellos y los gachupines debían pagar sus villanías.

46

PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD
1811

Con Morelos y el mando de López Rayón, la insurgencia había renacido con poderosos bríos. El cura Morelos se convirtió en el mejor general de los insurgentes, venciendo continuamente a los realistas, y la Güera fue convenciéndose de que sus sonadas victorias resultaban ser la mejor propaganda para la causa: al percibir la posibilidad del triunfo, muchos comenzaron a apoyar de palabra y obra a los patriotas.

Aprendiendo de errores pasados, la organización de los Guadalupes funcionaba con máximo sigilo; utilizaban sobrenombres y actuaban en una misteriosa red sin conocer a los otros miembros, teniendo como regla ineludible quemar todo papel tan pronto fuese leído.

Cada vez que acudía al Palacio Real aguzaba bien los oídos para escuchar conversaciones ajenas, enterándose a medias de movimientos de tropas o planes en gestación. En otras ocasiones se acercaba a los altos funcionarios, y fingiendo interés por los avances realistas realizaba preguntas en apariencia inocentes que, sabiendo discernir adecuadamente las respuestas, brindaban información valiosa.

—¿Cuándo caerá el canalla de Morelos? —preguntó una vez al general Francisco Novella, que se encontraba de paso en la ciudad—. Dicen que se les escabulle como liebre por los montes.

—Madame, ¿conoce usted dónde se encuentra Chiautla?

—No tengo la menor idea; jamás se me hubiera ocurrido que existiese un poblado con nombre tan simpático.

—Pues váyase aprendiendo ese nombre —le dijo el general soltando una socarrona carcajada.

Gracias a las relaciones que estableciera en el Palacio de la Moneda durante su encierro, también obtenía información sobre los traslados de monedas recién acuñadas, que por lo general se dirigían hacia Veracruz.

Semana a semana acudía a la iglesia del Salto del Agua para proporcionar al padre García Jove la información recabada y en algunas ocasiones a Rafael Vega, un cacique menor del altiplano: ellos eran sus contactos con los insurgentes y a quienes proporcionaba sus propias contribuciones, ya fuesen en dinero o pertrechos como tela para uniformes, medicinas, papel y hasta armas. Los constantes vericuetos del espionaje en Palacio y los apoyos a las tropas libertarias habían comenzado a convertirse en rutina.

En lo privado, la vida familiar de la Güera se desenvolvía como si no existiese la guerra. Ciertamente, aun entre revoluciones y desgracias la normalidad tiende a prevalecer, haciendo que el caos, la muerte y el infortunio convivan con los triviales vaivenes cotidianos.

Por aquella época sus hijas Antonia y Pepita cumplirían quince y dieciséis años, por lo que comenzó a planear su presentación ante la sociedad. Debido a sus debilitadas finanzas organizó un modesto baile para el mes de septiembre, convidando a algunos familiares y las más cercanas amistades. Pepita y Antonia insistieron en incluir a varias compañeras del Colegio de la Enseñanza, por lo que, aun contra sus deseos, asistiría la condesa de Regla con sus hijos.

Mandó entarimar el patio de la casa, adornándolo con aterciopeladas cortinas, gobelinos, canapés, sillas y taburetes, además de iluminarlo con candiles y velas de esperma; los mozos, vestidos de librea y peluca, repartían vino catalán, coñac y refrescos en bandejas de plata, disponiendo para el ambigú vajillas chinas y cubiertos franceses.

La fiesta brilló por los atuendos a la moda de los asistentes, ya que las túnicas estilo imperio habían cundido liberando a la mujer de los estorbosos miriñaques y corsés, pudiendo moverse con gracia y libertad. Además de las ancianas, sólo las muy obesas continuaban usando amplios faldones y apretados corpiños para disimular la gordura. Por su parte, los varones, especialmente los jóvenes, vestían a semejanza del afrancesado virrey Venegas: con pantalón largo, chaqueta tipo frac, camisa de cuello alto, corbata de dogal y cabello peinado a la furia.

El pecho se le inflamó de orgullo al observar a sus hijas cual diosas del Olimpo, comportándose con maneras refinadas, sonrientes y plenas de vida, mientras desde los barandales de la planta alta ocasionalmente se asomaban Paz y Victoria, que ya a su corta edad prometían ser tan bellas como sus hermanas. La Güera seleccionó a los músicos porque en su repertorio incluían piezas de vals, danza de reciente aparición y muy fustigada por el clero, ya que las parejas se tocaban manos y cintura; sin embargo, el gusto por el moderno baile se había propagado velozmente y ya casi todos conocían sus pasos. Al observar a las parejas, sobre todo desde la baranda superior, se descubría una grácil coreografía donde giraban y se deslizaban cual si flotasen. Aunque Gero quiso resistirse, la Güera bailó una pieza con su precioso joven de catorce años, tímido y retraído pero elegantísimo, mientras las hijas danzaban con los más gallardos jóvenes de México.

Entre los invitados se hallaba Juan Francisco Azcárate, recién liberado de su cautiverio, quien también vivía con doble cara: criticaba públicamente a los insurgentes, y por debajo les apoyaba por medio de los Guadalupes.

—Gracias por invitarme —dijo en un descanso musical.

—Bien sabes que eres parte de la familia —le dijo cariñosa la Güera, porque de verdad le estimaba.

—Tanto ha sucedido desde nuestra noche triste, hace ya tres años —dijo Azcárate con nostalgia, mordisqueando un pastelillo.

—¡Y tanto más sucederá! —murmuró ella sonriente, mientras se les unían los marqueses de San Juan de Rayas y de Guardiola.

—Tus hijas lucen preciosas; de tal palo, tal astilla —dijo Guardiola y la Güera agradeció sus palabras con vanidosa sonrisa.

—Al verlos reunidos esta noche —comentó Rayas—, he recordado las tertulias en casa de Manuel.

—No sabes cuánto lo extraño —expresó ella con toda sinceridad; sabiendo que al marqués lo acusaban de apoyar a los insurgentes, agregó—: ¿Cómo van tus asuntos con la justicia?

—He podido sortear la tempestad, pero son tiempos convulsos.

—Toda convulsión provoca cambios —agregó Azcárate con un guiño juguetón.

—En eso estamos de acuerdo, caballeros, pero ahora deberán disculparme —comentó la Güera en voz baja—, las paredes tienen oídos y además debo atender a los invitados.

El baile concluyó muy de madrugada. Pepita, Antonia y la Güera misma terminaron con los pies hinchados y doloridos por la insana costumbre de usar zapatillas ajustadas para simular pies pequeños. Mientras los mozos recogían los estragos de la fiesta, descubrió a Pepita sentada en un

rincón, con rostro retraído y soñador. Fue con ella y, abrazándola, preguntó la causa de su perturbado semblante.

—Ay, mamita —susurró—, ¿no se ha dado cuenta? Estoy enamorada.

La noticia le cayó como balde de agua helada.

—¿Y quién es el agraciado, se puede saber?

—Pedro Romero de Terreros —contestó Pepita entusiasmada—. ¡Es guapísimo y no deja de abrumarme con atenciones!

La Güera enmudeció de golpe; su pequeña amaba al hijo de la condesa de Regla. Notando su contrariedad, Pepita explotó con furia.

—¡Pedro es un caballero! ¡No sé a qué viene esa expresión de molestia!

—Pedrito es adorable, hija —dijo de inmediato—, pero su madre me desprecia; desde que partió la virreina Inés, no cesa de criticarme.

—Lo sabemos, mamacita. Pedro está dispuesto a enfrentar a su madre si es necesario. —Ante aquellas palabras la Güera quedó estupefacta, pero Pepita prosiguió tranquila—. Conocemos la causa de tu destierro; me lo confió antes de morir mi tío Manuel, quien estaba tan orgulloso de tus actos como nosotros mismos.

Se fundió en amoroso abrazo con su hija, enternecida por sus sentimientos y sorprendida por sus pensamientos. Le alegró mucho saber que Manuel aprobaba sus acciones; aquello representaba, por pequeño que pareciera, una gran recompensa a tantas tribulaciones.

El Güero Ignacio se reunía con la Güera cuando menos una vez al mes para transcribir cartas o atender pequeñas tareas, como conseguir telas, papel o medicinas. Su relación era escueta y llana, siempre exhortándole a ser discreto, repitiendo que de ello dependía el futuro de la patria y la vida de muchos amigos. Le enviaba recado con Teófila para notificarle hora y lugar de la reunión, los cuales variaban constantemente para evitar sospechas: se veían en templos, mercados o plazas, e incluso afuera del Palacio Real; ella siempre asistía vistiendo ropas humildes y cubriéndose el rostro con un rebozo.

Ignacio consideró que podría ayudar a la señora averiguando asuntos en Palacio, ya que de cuando en cuando laboraba como escribiente en tribunales o en los despachos reales, y podía obtener información valiosa. Al proponérselo, ella aceptó agradecida y suplicó que fuese en extremo cuidadoso.

Ignacio se henchía de orgullo y paraba oreja a toda hora. Si obtenía información valiosa le enviaba una breve nota: «Servidor de usted», recibiendo en contraparte día, hora y lugar para el encuentro. Normalmente se enteraba de habladurías imposibles de corroborar, sin embargo, a veces lograba escuchar pláticas de altos dignatarios, quienes dejaban escapar indiscreciones considerándolo un pelagatos insignificante, lo cual no le molestaba; todo lo contrario: ser un don nadie lo convertía en un fantasma del que nadie sospechaba.

Así fue que en cierta ocasión escuchó al fiscal Robledo decir a un capitán: «Ahora sí, el gordo va a caer tieso y de manos de otro gordinflón; no podrá negarse a un buen plato de mole». Ignacio sabía que cuando los gachupines mencionaban al «gordo» se referían al cura Morelos por ser chaparro, panzón y además medio mulato. Pensando que deseaban envenenar al general, envió mensaje a la Güera y le expuso lo escuchado, agregando que el único dato para distinguir al traidor era su obesidad.

La Güera mandó mensaje apremiante a los insurgentes y hasta tres semanas después recibió

respuesta, pareciéndole tan singular que lo citó en la calle de Mercaderes.

—Lo hice llamar porque la conclusión del asunto ha resultado en extremo jocosa y he querido compartírsela. El general recibió nuestro mensaje y lo agradece, pero muy despreocupado ha contestado: «Aquí el único panzón soy yo, y por tanto no hay ninguna posibilidad de que nadie me mate».

Ella reía a carcajadas mientras Ignacio permanecía en silencio, sin entender: Morelos resultaba demasiado retozón para ser el imbatible héroe insurgente a quien toda la gente veneraba.

47

RAMÓN: MASÓN Y CONSPIRADOR
1811

Una húmeda noche, estando la Güera ya arropada en la cama, escuchó ladridos. Al asomarse discretamente al patio, escuchó entre voces confusas un carraspeo que le sonó familiar, así que cubriéndose los hombros con un rebozo bajó las escaleras cautelosamente. Llegando al descansillo encontró con el mosquetón en los brazos a Casimiro, quien al entrever una sombra se asustó, apuntándole con el arma.

—Soy yo, Casimiro, ¿qué acontece? —susurró curiosa.

—Perdone, señorita —contestó bajando el mosquete—; es el padre Cardeña.

Poseída por un impulso irresistible, corrió hasta el zaguán para abrazarlo, ordenando al portero que atrancase el zaguán mientras subían. Al descubrir que Gero y Pepita habían salido al pasillo para averiguar lo sucedido, entraron al gabinete, no sin antes ordenarles que regresaran a sus habitaciones.

Todo era oscuridad y no tenía cómo encender las velas, pero no importó; la Güera comenzó a manosearlo a tientas, con ansias resucitadas. Sin poder apreciar rostro ni cuerpo lo desvistió a tirones, enfurecida: con besos relamió barbas y bigotes antes inexistentes, husmeando descubrió en sus cabellos residuos de polvo. Sus piernas olían a largas jornadas sobre mulas, y al palparlo advirtió una novedosa flacidez. Aquel parecía otro hombre, desconocido, transmutado, pero tan trenzado a sus piernas como encajado a sus entrañas y existencia.

Fornicaron furiosos, poseídos cada cual a causa de sus demonios, sus recuerdos, sus angustias, conteniendo los gemidos para no ser escuchados por los niños, aunque seguramente imaginaban lo acontecido. La Güera pensó que jamás lo había hecho suyo con tanta rabia y desesperación, en total penumbra, contenida, silenciosa, permitiendo que su cuerpo se expresara, bestia extraviada y desposeída.

Tras el ardoroso encuentro, pasaron una larga noche conversando. Primero ella le contó los vericuetos de los tres años que habían permanecido separados: la conspiración fallida, su destierro, su cercanía con Hidalgo y Allende, su incorporación a los Guadalupes. Luego Ramón comenzó a narrar sus aventuras, emocionado por encontrarse con la Güera.

—Cádiz es una ciudad caótica y contradictoria; el hacinamiento y la escasez de vivienda son de no creerse. Como el dinero de América les llega a raudales, hombres y mujeres visten a la moda, sin privaciones… No lo vas a creer: la venta de esclavos es común, y asisten al Teatro Cómico con tanto afán que se revenden los boletos a precios desmesurados. Los cafés son muy concurridos a toda hora, ya que ahí se discuten las ideas políticas…

—¿Qué tipo de ideas? —interrumpió ella, porque imaginaba Cádiz de manera muy distinta.

—Se mezclan tanto los más avanzados pensadores, llamados «liberales», partidarios de elaborar leyes que resten poder al rey, como los más conservadores y ruines, denominados «serviles», que buscan mantener el absolutismo monárquico. Aquello es un hervidero de ambiciones e intrigas.

Explicó que habiendo sido capellán de honor de Su Majestad pudo moverse en círculos

privilegiados, postulándose como diputado provisional sin conseguirlo, así que para subsistir trabajó de asistente en las Cortes e impartiendo clases privadas de latín. Cuando llegó su amigo Vicente Acuña, el Tacones, quien había sido desterrado por intentar liberar a Iturrigaray, compartieron actividades políticas. En Cádiz confluían americanos de Argentina, Perú, Colombia y Venezuela, y entre ellos conoció a Carlos Alvear, quien lideraba la Sociedad de los Caballeros Racionales, una logia masónica conformada por americanos que procuraban la independencia.

La Güera sabía de los masones porque en 1806 había escuchado que, en la calle de las Ratas, funcionaba una logia a la que perteneció su cuñado Manuel junto con otros regidores del Ayuntamiento. Siempre dudó de aquello aunque bien pudo ser cierto, ya que las logias eran extremadamente secretas y jamás revelaban la identidad de sus integrantes o «hermanos».

Debido a líos de faldas, Ramón se ganó el odio de don Nicolás María Sierra, poderoso político, quien le hizo arrestar y regresar a Nueva España. Pero al hacer escala en Cuba logró entrevistarse con el capitán general de la isla, y utilizando gracia e ingenio, que nunca le abandonaban, obtuvo permiso para permanecer en La Habana indefinidamente.

—Grande fue mi sorpresa —continuó Ramón— cuando en un navío que transportaba tropas españolas para reforzar a los ejércitos realistas apareció Vicente Acuña, uniformado como soldado del regimiento de Lobera. Me confesó que en realidad viajaba protegido por dos oficiales, también masones, y su intención era desertar llegando a Veracruz para apoyar la insurgencia y fundar la Sociedad de los Caballeros Racionales en Nueva España.

Guardó silencio por un momento, y esbozando una traviesa sonrisa continuó:

—Como podrás imaginar, decidimos unir fuerzas, y tras desembarcar nos dirigimos a Jalapa, donde me reuní con varios familiares y comenzamos a constituir la logia masónica.

—¿Eres masón? —preguntó ella sorprendida.

—Soy parte de una cofradía de hombres libres —Ramón se hinchó orgulloso—, convencidos de que la igualdad y la justicia deben prevalecer en todo el mundo. Estamos constituidos en Cádiz, Gibraltar y Londres, pero ahora también en Caracas, Filadelfia y Jalapa —dijo mirando a la Güera, esperando que comentase algo pero ella permanecía en silencio, un tanto incrédula y también sorprendida: Ramón se veía distinto, aguerrido y decidido como jamás le había conocido—. Hemos ideado un plan para sublevar la región y tomar el fuerte de Perote. ¿Te das cuenta? Veracruz quedará copado, poniendo en jaque mate al gobierno español.

La Güera descubrió que el plan era acertado: en el puerto de Veracruz zarpaban y arribaban los navíos que comunicaban a Nueva España con Europa, otorgándole valor estratégico. Desde ahí hacia México existían dos posibles caminos; uno por Jalapa, el otro por Córdoba, y la fortaleza de Perote custodiaba ambas rutas.

—Si nos apropiamos de Jalapa y Perote, cortaremos el paso hacia México —continuó Ramón, cada vez más exaltado—. Después tomaremos Orizaba, apropiándonos del negocio del tabaco, que tanta plata genera a los realistas.

—El plan me parece inteligente, pero necesitarías muchas tropas.

—Junto con Vicente Acuña hemos formado una junta secreta en Jalapa, congregando a un importante número de patriotas para levantarnos en armas y crear la junta gubernativa de Veracruz. Al mismo tiempo, vamos a sobornar a varios militares para tomar el fuerte de Perote.

—¿Han intentado contactar a López Rayón o a Morelos? —preguntó la Güera, sabiendo que sin el apoyo de los insurgentes su plan podría fracasar.

—Imposible; habría que atravesar todo el reino para llegar a ellos. Además, nos han dicho que Morelos considera más importante consolidar la Junta Nacional, relegando cualquier otro proyecto a

segundo término. Pero necesitamos recursos para culminar nuestra obra; por eso he venido a México.

La Güera, desilusionada al saber que la razón de su inesperada visita se debía a cuestiones económicas, contestó parca y seca:

—Es cierto: la prioridad de Morelos y sus partidarios es consolidar la Junta Nacional. Además, temo que no puedo ayudarte con dinero; mis haciendas están dadas a la causa, y por si fuera poco, Pepita está próxima a casarse. De verdad me falta dinero.

Ramón enmudeció ante la respuesta. Abatido y desilusionado, se tornó huraño, aceptando de mala gana quedarse a dormir en la accesoria, donde la Güera podía albergarlo.

Durante el día la Güera meditó la propuesta de Ramón. Tenerlo a su lado encendía chispas en su alma, y sin darse cuenta, la ilusionaba retenerlo en México, poniendo fin a la soledad. Por otra parte, su plan le parecía arriesgado y carente de sólido sustento; sin embargo, movida por el corazón y no por el cerebro, decidió ayudarle. Ramón traía consigo varias cartas, con las cuales logró reunir algo de plata; la Güera, intentando prolongar la estadía de su amante, postergaba la entrega del dinero que ella había recaudado, fingiendo no haberlo recibido aún.

Pasó una semana deliciosa. De noche se escabullía con Ramón para entregarse al amor, conversar, reír en voz baja o contemplarse en silencio, y durante el día se escapaban a pasear por la Tlaxpana, Chapultepec, Xochimilco, Mixcoac o tan lejos como pudieran. Se sentía renacida; en Ramón encontraba ahora un camarada de ideas, un amante refinado, un amigo sincero. Aunque en años anteriores no le había amado realmente, la situación dio un vuelco y ahora lo miraba con ojos de mujer madura, poseedora de cinco hijos, con finanzas sólidas, posición social, libertad y autonomía. No requería el apoyo de un esposo sino la complicidad de un compañero. No obstante, Ramón partiría pronto y su corazón se negaba a aceptarlo.

—He conversado con Azcárate —le dijo una noche durante el remanso amoroso—, ofrece su ayuda para conseguir papeles que te permitan permanecer aquí.

—Güera, no…

—Además, tu tío Mariano puede solucionar los conflictos con el obispo Cabañas.

—¡Por favor, Güera, no insistas! —dijo Ramón con gran irritación—. ¿Acaso alguien te respetaría siendo concubina de un clérigo? ¿Quieres convertirte en la mofa de toda la sociedad?

—Pretendo estar contigo —dijo arrebatada—. Siempre habrá maneras de engañar a la sociedad…

—¡Entiende! —exclamó poniéndose de pie con el firme propósito de convencerla, aun ofendiéndola si era preciso—. Así como el vanidoso Narciso se regodea ante su reflejo, tú encuentras deleite al mirarme porque te descubres a ti misma… Somos idénticos.

—¡Piensas que solamente puedo amarme a mí misma! —clamó, herida en su orgullo.

—No te enfades —dijo Ramón, tratando de conciliar—, pero juntos terminaríamos destruyéndonos, o aún peor, odiándonos. Por favor, dejemos las cosas como están.

La Güera pensó que fingía quizás con la intención de no hacerle daño, ya que debía retornar a Jalapa y culminar sus planes. Sin embargo, las palabras atravesaron su pecho, haciéndola sentir humillada, rechazada. Se vistió tranquilamente y al concluir le dio un beso en la frente, pero saliendo de su habitación soltó el llanto y corrió rumbo a sus aposentos.

Al día siguiente Ramón marchó rumbo a Jalapa. En su bolsillo llevaba todo el dinero recaudado.

Tras su partida, la Güera logró abandonar la melancolía gracias a dos gratos acontecimientos: Pepita se casó con Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, aun ante la obtusa oposición de su madre. La condesa había hecho hasta lo imposible para evitar la boda, a tal grado que la Güera intercedió ante el virrey para lograr que concediera la mayoría de edad a Pedro y así, por voluntad propia, pudiera desposarse. Los novios le causaban gran ternura y sincera admiración; su amor era valiente, pero sobre todo auténtico y correspondido. Se casaron el 15 de enero de 1812 en casa de la marquesa de Uluapa, fungiendo como sacerdote su compadre Mariano Beristáin.

Una semana después recibió la inesperada visita de José María de Echeverz Espinal y Valdivieso, marqués de Aguayo. El joven, de tan sólo veinticuatro años, había enviudado un año atrás, quedando a su cuidado una hermosa nena aún de brazos. Al entrar al salón del estrado junto con Antonia, grande fue su sorpresa.

—Señora —dijo nervioso José María, tieso y erguido como si estuviese en una formación militar —, pido encarecidamente su permiso para visitar a Antonia en vuestra casa, y si usted nos da su bendición, formalizar nuestra relación.

—¿Desde cuándo se ven? —preguntó sorprendida la Güera.

Explicó Antonia que, como los marqueses de Aguayo eran miembros del patronato del Colegio de la Enseñanza, José María la conoció durante una inspección de rutina, enamorándose a primera vista. Desde entonces frecuentó sus visitas para charlar con ella, siempre bajo el cuidado y complicidad de las monjas. Por la viudez de José María y en consideración al luto que debía guardar, la boda se programó para el 6 de junio.

«La vida da volteretas insospechadas. Mis dos hijas mayores serán nobles con títulos reales, y si la Santísima Virgen bendice sus matrimonios, prontamente seré abuela de marqueses», reflexionó divertida la Güera.

48

MADAME LEONA VICARIO
1811

En una de sus comparecencias al templo del Salto del Agua, el padre García Jove le ordenó contactar a la señorita Leona Vicario.

Bien conocía a la joven por ser media hermana de la marquesa de Vivanco: al morir su padre había heredado una considerable fortuna y vivía a la tutela de su tío, don Agustín Pomposo, feroz enemigo de los insurgentes, razón por la cual jamás sospechó que Leona fuese patriota.

Para el encuentro se organizó un paseo por el canal de la Viga, así que a las siete de la mañana, junto con Teófila, la Güera se dirigió al embarcadero de la calle de Roldán, a escasas siete cuadras del Palacio Real. Le fascinaba el lugar porque en el aire se mezclaban aromas de flores y verduras, y el bullicioso trajín de indios y comerciantes creaba un pintoresco cuadro: cargaban huacales y cestas rebosantes de legumbres, ya que al embarcadero llegaban chalupas y canoas transportando jitomates, chilacayotes, aguacates, chirimoyas y muchos otros productos del campo. Pero el mayor espectáculo lo ofrecían las indias que, al llevar en sus canoas enormes manojos de amapolas, alcatraces, rosas o claveles silvestres, parecían navegar sobre floridas islas.

Tras avanzar en zigzag para evadir el gentío, la Güera y Teófila subieron a una chalupa donde ya las esperaban Leona y sus dos inseparables damas de compañía, Daniela y Eugenia. La embarcación era amplia y poseía a la mitad una estructura en forma de bóveda para guarecerse del sol cuyo frente iba bellamente adornado con guirnaldas de flores. Tan pronto zarparon, la Güera fue con Leona al frente de la barca para charlar, mientras las demás se quedaron en popa.

—Todos son de confianza, incluido Tolentino Cruz —dijo Leona señalando al remero de la chalupa—, a quien desde ahora podrás utilizar de emisario para contactarme. A diario trae flores y legumbres a mi casa, escondiendo entre su mercancía los comunicados.

—Mi nombre cifrado es María.

—El mío Telémaco —dijo Leona riendo.

Diez años menor que ella, era de dulce rostro, vivaces ojuelos, rollizo cuerpo y abundante pecho, además de poseer agradable trato e ilustrada inteligencia. Le narró de propia voz lo que meses atrás había corrido como chisme: el joven abogado Andrés Quintana Roo pidió su mano, siendo rechazado de inmediato por su tío Agustín, tras lo cual desapareció de la ciudad. Se suponía que había regresado a Mérida, su tierra natal, pero en realidad se había sumado a las líneas insurgentes. Ella, en vez de languidecer y abatirse como toda señorita de sociedad, abrazó con furor la causa libertaria, sirviendo como enlace entre los Guadalupes y los ejércitos patriotas.

—¿Es cierto que conociste a Hidalgo y Allende? —preguntó Leona sin ocultar su emoción.

—Conviví esporádicamente con ellos —contestó la Güera con tanta frialdad que logró molestar a la otra.

—Deberías estar orgullosa —profirió altiva.

—No necesariamente; nuestra primera ofensiva fracasó y el movimiento casi se extingue a causa de la desorganización y las masacres.

—Yo les viviré siempre agradecida —expresó en tono de crítica—; encendieron la flama

libertaria.

La Güera no comentó más para evitar controversias. Con la fresca brisa acariciando su rostro, contempló el avance de la chalupa sobre el canal, que dejaba tras de sí ondas que se desvanecían lentamente. Por la ribera ya se distinguía Santa Anita con sus verdes sembradíos flotantes o chinampas, como las llamaban los indios.

—He recibido mensaje de Andrés —dijo Leona—. Nos urge conseguir una imprenta.

—¡Válgame! —prorrumpió asombrada la Güera—. ¡Menuda tarea!

—Por ello he comenzado a entrevistar patriotas, buscando quién pueda socorrernos. Es fundamental que los insurgentes posean una imprenta para propagar nuestros ideales.

La Güera se alarmó al escuchar que deseaba entrevistar a numerosas personas, aumentando los riesgos de alguna delación, por lo cual le pidió que suspendiera las entrevistas y le propuso un plan distinto: abocarse ellas mismas a encontrar la imprenta y, entre tanto, pedir apoyo a los Guadalupes para conformar un puñado de damas que la sacasen de la ciudad.

—¡Cómo! —exclamó Leona—. ¿Mujeres transportando una imprenta?

—No sé aún cómo lo haremos, pero un grupito de inofensivas mujeres no llamará la atención. Créeme, el sentido común no posee nada de común.

Llegando a Santa Anita, pequeño y pintoresco pueblito, compraron enormes manojos de flores, en especial rosas, símbolo de la Virgen de Guadalupe y del movimiento libertario. Después regresaron a México y durante el trayecto fueron discurriendo el plan: debían simular que varias damas realizarían una comida campestre en las inmediaciones de la ciudad, pero en realidad transportarían las piezas de la imprenta entre los canastos de comida. Al despedirse acordaron mantener comunicación por medio de mensajes anónimos.

Para averiguar sobre alguna imprenta a la venta, la Güera decidió recurrir nuevamente al Güero Ignacio, citándolo en las inmediaciones del Pensil Americano, conjunto de casas, huertas y jardines cercano al pueblo de Tacuba, donde podrían pasear y conversar en paz. Viajó en carruaje de alquiler, acompañada por Teófila y las dos niñas; al llegar descubrió que Ignacio ya la esperaba, puntual como siempre.

Siendo mediados de semana, el Pensil se encontraba semivacío y se respiraba un aire fresco y limpio. Caminaron en grupo, manteniendo a las niñas y la criada un trecho atrás.

—Don Ignacio —dijo la Güera—, presumo que debido a su oficio deberá relacionarse con impresores.

—Tal como lo dice, señora —respondió con aquel sonrojo que a ella le despertaba ternura.

—Pues necesitamos comprar una imprenta.

Ignacio se detuvo de golpe, creyendo que aquello era una broma. Una solicitud así era casi imposible de cumplir, y además resultaba muy peligrosa.

—Señora, encontrar una imprenta en desuso sería lo mismo que hallar una mujer hermosa sin marido —dijo en son de broma.

La Güera hizo una mueca de disgusto. Todos los varones pensaban que las mujeres les pertenecían; sin embargo, desatendió el comentario.

—Pero dígame, ¿es factible conseguir la imprenta?, y de lograrlo, ¿puede desmontarse en pequeñas piezas?

—Así se transporta, señora, en piezas separadas que luego se unen. Es más, de conseguir una imprenta en uso, desarmarla causaría sospechas a los ojos del gobierno. Pero deme dos semanas para

averiguar —dijo Ignacio con desgano, pensando que jamás conseguiría realizar el encargo.

La Güera le agradeció y le pagó dos reales como adelanto por su servicio. Seis días después recibió un papel volante promocionando los servicios de una imprenta: inmediatamente comprendió que era un oculto mensaje de Ignacio, quien notificaba escuetamente: «Imprenta disponible para toda necesidad, invitaciones, hojas volantes, lo que Vuestra Señoría necesite. Calle del Sapo 12, don Leobardo Jiménez Cantú».

Emocionada, escribió a Leona:

> Estimado Telémaco, hemos dado con las viandas necesarias para agasajar a nuestros invitados junto a la imprenta de la calle del Sapo número 12. Lo ideal será realizar la fiesta campestre en San Agustín de las Cuevas, cuando ustedes dispongan. Por aquellos lares el sargento Ramírez, quien comanda las tropas del retén, es dócil a los reclamos de una noble dama con dos monedas en la mano, así nuestros convidados podrán reunirse sin molestias. Dios guarde a vuestra merced muchos años. María.

Dudó que Leona entendiera el mensaje, pero una semana después recibió una amable respuesta. «María, las viandas fueron apalabradas. Gracias a su gentileza, nuestras amigas celebrarán tranquilo convivio campestre, al cual no somos convidadas. Dios le guarde con salud. Telémaco».

La Güera no supo quiénes transportaron la imprenta, pero una cosa era indudable: las damas actuaban con ejemplar valor y eficiencia. Cuatro meses después recibiría, envuelto en trapos, un ejemplar del *Semanario Patriótico Americano*, publicado por Andrés Quintana Roo y José María Cos. Una pequeña nota le acompañaba: «Nuestra verdad ya tiene papel y letra». Firmaba como *Telémaco*.

La Güera sabía que para el pueblo la guerra significaba escasez de trabajo y de comida: tan sólo el maíz había duplicado su precio en un año, y mientras el gobierno culpaba a los insurgentes por cortar los caminos y asaltar constantemente las haciendas, los insurgentes culpaban a los realistas por arrasar los sembradíos que pudiesen alimentar a los rebeldes. Pero con todo y hambre, le sorprendía que el pueblo no dejaba de admirar a los generales victoriosos.

—Quienes simpatizan con los insurgentes juran que el cura Morelos es el mejor guerrero del universo —le dijo el aguador, don Martín—. Jamás lo han vencido los realistas. Es más, por las calles se cuentan historias, ciertas o inventadas, vaya usted a saber, de que Napoleón dijo que le dieran tres Morelos y conquistaría el mundo. Eso nos llena de orgullo.

—¿Y qué se cuenta de los generales realistas? —le preguntó la Güera, ofreciéndole un plato de frijoles.

—Pues ya sabe, el personaje más mentado es don Félix María Calleja, porque venció a Hidalgo en Aculco y Puente de Calderón; es tan victorioso que le llaman «la mejor espada de América»… Híjole, cuando se enfrente a Morelos va a estar canija la batalla.

Ciertamente, la Güera había constatado que los gachupines veían en Calleja al líder necesario para terminar con la insurrección; era un general inteligente, astuto, pero sobre todo cruel, al grado de que muchos lo ansiaban como virrey. Sus victorias presagiaban que de convertirse en virrey, redoblaría pólvora y sangre para vencer a los insurgentes, por ello no le extrañó que Leona quisiera reunirse con ella para tratar el asunto.

Esta vez se reunieron en el Parián, donde podían conversar sin despertar sospechas mientras recorrían callejuelas y observaban las mercancías. El mercado, con sus cuatro puertas de acceso y más de ciento treinta locales o cajones, era el más importante de México. Allí se vendían todo tipo de ultramarinos, ya proviniesen de Asia, Europa, Perú o India, e incluso los artículos más exclusivos del

reino, como arcones y baúles elaborados con madera de lináloe. La mayor parte de los productos eran lujosos, por lo que la gente común no podía adquirirlos; sin embargo, la llegada de un nuevo cargamento atraía a todas las clases sociales tan sólo para admirar enconchados, lacas, cerámicas, marfiles, brocados y mil maravillas más.

La cita fue en la sedería del señor Rico, comerciante de encajes de Flandes, rasos de China, canelones y terciopelos. Esa mañana la concurrencia era escasa, pero al encontrar a varias damas conocidas, la Güera las saludó a distancia, evadiendo reunirse a conversar. Al llegar Leona junto a sus damas de compañía, se saludaron con fingida sorpresa.

—¡Señorita Vicario, qué gusto verle! —exclamó la Güera.

—María Ignacia, bendito el cielo que la ha puesto en mi camino —dijo en voz alta para ser escuchada por las otras mujeres—. Usted posee gusto exquisito y le suplico me auxilie; debo comprar un regalo para mi hermana, la marquesa de Vivanco.

Leona la tomó del brazo y caminaron por callejones estrechos hasta llegar al centro del mercado, donde se encontraban los cajones más suntuosos, especializados en moda.

Mientras tanto, le fue platicando al oído, como quien contase un secreto:

—¿Estás enterada de que Calleja tomó Zitácuaro?

La Güera asintió al entrar a la sombrerería de Rodríguez, famosa por sus finas hechuras. Sabía que el general había saqueado Zitácuaro, donde estaba instalada la Junta Nacional del gobierno insurgente, pasando por las armas a muchos de sus habitantes, y con su habitual crueldad, incendió el poblado cubriéndolo de sal para que nada volviese a crecer ahí. Por fortuna, López Rayón había logrado huir, pero el virrey ordenó a Calleja reunir los ejércitos e ir contra Morelos.

—Nos han encargado una misión —continuó Leona—: intrigar contra Calleja para evitar que sea nombrado virrey, y de ser posible, conseguir que se le destituya.

Tomando un hermoso sombrero de ala ancha y discreta plumaria azul turquesa, la Güera fue hasta el espejo. Leona la siguió.

—Cuestión difícil —susurró María Ignacia—, el general goza de tal fama que sus adeptos son todos los realistas del reino.

—Pero el virrey recela de su prestigio y le mira como su principal adversario político; por ahí es donde debemos actuar. Además, no estarás sola, otros patriotas cercanos a la corte coadyuvarán, cada uno por separado.

—No me imagino quiénes pueden ser —dijo la Güera sorprendida.

—Ni lo sabrás. Pero mientras más voces canten el mismo son, Venegas terminará danzando a nuestro ritmo.

—¡Leona —exclamó la Güera en voz alta—, por supuesto que sí; este sombrero le fascinará a la marquesa!

Estando en las reuniones de Palacio, la Güera procuraba sembrar recelos y odios contra Calleja. Entre chascarrillos y chismes desestimaba sus acciones, acusándolo de conspirar contra el virrey o mostrándolo como un patán.

—¿Su Excelencia sabe cuál es la diferencia entre callejón y calleja? —preguntaba con aire pícaro mientras Venegas la miraba divertido—. Callejón es donde puede toparse con maleantes; calleja, donde seguro le asaltarán.

El virrey rio jocoso y complacido, secundado por los hombres a su alrededor, reunidos en corrillo para escuchar las ocurrencias de la Güera.

—Escuché un verso muy gracioso que el pueblo anda repitiendo por las calles —continuó ella—: «Calleja busca el poder, / como el perro al hueso; / de tan apurado roer, / atraganta su pescuezo».

Tales gestos, lo sabía bien, poco podrían lograr ya que eran proferidos ante partidarios del virrey, mientras muchos de los que apoyaban a Calleja se mantenían lejanos a la corte.

Grande fue su sorpresa cuando el general decidió oponerse al virrey, y se negó a combatir directamente a Morelos, pretextando que él y sus tropas estaban exhaustos. Venegas, sumamente irritado, le escribió con palabras duras y burlonas, insinuando que había perdido entereza y vigor.

Una tarde, mientras la Güera jugaba naipes con varios caballeros, apareció Venegas, furibundo.

—¡Calleja ha renunciado al ejército fingiendo encontrarse enfermo…! ¡Es un cobarde!

Las intrigas surtieron efecto y Venegas, aconsejado por sus más cercanos, aceptó la renuncia del general. Pero entonces todas las tropas, con sus oficiales al frente, se negaron a servir a otro que no fuera Calleja, al tiempo que Yermo, el marqués de San Román, Bataller y los más fervientes gachupines prorrumpían en grandes amenazas contra el virrey.

El resultado fue desastroso; Venegas tuvo que ceder, y con gran humillación suplicó a Calleja que reasumiese el mando y acudiese a la capital para rendirle honores. La Güera sabía que aquello representaba una cruel derrota para los Guadalupes, pero mucho más para ella misma. Estaba claro que su nombre se había desgastado en las intrigas, y si Calleja se convertía en virrey, sería señalada, tarde o temprano, como su enemiga.

Desde el balcón de su casa, la Güera miró atemorizada que una gran multitud recibía a Calleja como el salvador de la patria. Los balcones se engalanaron con flores y tapices, la muchedumbre salió a vitorearlo, se levantaron arcos triunfales con retratos suyos, se le escribieron odas y se realizó un desfile triunfal por la calle de San Francisco, aprovechando que horas antes se había celebrado la procesión de San Felipe; así, los adornos colocados dieron más esplendor a su entrada.

La Güera miraba pasar a las tropas del general y sonrió divertida cuando su caballo se encabritó, y parándose de patas lo hizo caer de bruces. «Ojalá así lo derribe Morelos», pensó riendo.

Durante el día se celebró un tedeum en la catedral, y se le dedicaron funciones de teatro, a las cuales siempre llegaba tarde con grosero desplante. Ella bien sabía por qué le perdonaban sus insolencias y lo trataban con tanta pompa y adulaciones: tanto Venegas como los realistas pensaban que Morelos podría atacar Puebla, y de ahí marchar contra México. Tantas ovaciones, misas cantadas, versos, desfiles y zalamerías buscaban convencer y motivar a Calleja para someter al invencible general insurgente.

Cual pavorreal, no pudo negarse a los reclamos y marchó con sus ejércitos rumbo a Cuautla, donde Morelos se había atrincherado. Al partir exclamó en solemne discurso: «De Cuautla no saldrán vivas ni las ratas».

Pero Morelos no era una rata, de eso estaba segura la Güera.

TERCERA PARTE

49

RAMÓN CARDEÑA EN DESGRACIA
1812

La tertulia en casa en casa los marqueses de Guardiola había transcurrido con ánimo de celebración, y todos los patriotas no hacían otra cosa que alabar a Morelos. Cuando Calleja lo sitió en Cuautla, el futuro de la insurgencia pendía de un hilo; si lo derrotaba, la causa se perdería, o al menos menguaría en exceso. Los Guadalupes intentaron auxiliar reuniendo dinero, parque o lo que pudiesen, y venturosamente, tras setenta y tres días de asedio, Morelos logró romper el sitio y burlar a la tropas realistas.

—Creo que ahora hasta los gachupines lo admiran —dijo la Güera, orgullosa y entusiasmada.

—Brindemos por el general Morelos —levantó la copa Azcárate.

—Y brindemos por Venegas que ha disuelto el ejército de Calleja, dejándolo en el retiro —agregó el marqués de Rayas—. El camino a la libertad, sin ese carnicero de por medio, será pan comido.

La Güera se irguió vanidosa, sin poder comentar a nadie que ella misma había intrigado con el virrey, obteniendo tan buenos resultados que Calleja había caído en desgracia. Sin embargo, tenía información que podía echar por los suelos lo alcanzado.

—He sabido que el general ha comenzado a conspirar contra Venegas; desea destituirlo para ser nombrado virrey.

—Que haga tanta alharaca como guste —dijo el mofletudo Azcárate—; con la Constitución de Cádiz se acabarán sus privilegios.

En España, las Cortes habían concluido la Constitución, a la cual llamaban la Pepa por haber nacido el día de San José, y aunque el virrey Venegas había recibido orden de proclamarla en Nueva España, se negaba a hacerlo considerando que provocaría el triunfo de la independencia. Entre otras cosas, la Constitución declaraba que los nacidos en América, y hasta los indios mismos, tendrían los mismos derechos que los españoles; también convocaba a elecciones para nombrar a los gobernantes, con lo cual las provincias podrían ser regidas por criollos, y declaraba al pueblo como soberano y no al rey, con lo cual convertía a España en una monarquía constitucional más avanzada aun que la de Inglaterra.

—No hay vuelta de hoja; tarde o temprano Venegas deberá promulgar la Constitución —sentenció con seguridad el marqués de Rayas—. Una nueva época se avecina.

—Pensar que podría haberse evitado tanto derramamiento de sangre si desde 1808 se hubiera logrado establecer la junta gubernativa —comentó la Güera, convencida de que de no haberse ejecutado el golpe contra Iturrigaray, en ese mismo instante reinarían la paz y la libertad.

—No les extrañe que cuando se promulgue la Pepa, muchos insurgentes dejen de luchar —apuntó el marqués de Guardiola—. Las libertades que otorga convencerán a muchos de haber triunfado.

—No pienso igual —dijo la Güera—: los sucesos en España son tan convulsos y variables que

podemos sufrir inesperados reveses. Nuestra libertad no debe depender de nadie.

Ella y muchos otros estaban convencidos de que la lucha debía continuar; sus derechos no podían estar sujetos al capricho de un puñado de hombres en ultramar, por más liberales que fueran.

Durante aquellos meses ayudó a Antonia en los preparativos de su boda y la compra del ajuar, casándose finalmente el sábado 6 de junio. Lucía hermosa: el vestido era de amplios faldones y ceñido jubón, a la usanza antigua, elaborado con seda finamente bordada con florecillas; resaltaba la lozanía de sus quince años.

La ausencia de las hijas mayores le despertaba melancolía, por lo que al atardecer acostumbraba salir al balcón y alegrar el ánimo viendo la caída del sol además de admirar a los paseantes rumbo al Coliseo, que marchaban en multicolores grupitos.

Aquella tarde observó a un mensajero tocar a su puerta, tan nervioso y apresurado que despertó su curiosidad. Cuando Teófila le llevó el papel, lo abrió de inmediato. El mensaje era escueto: «Noticias de R. Cardeña. Mañana, templo de la Enseñanza, confesionario de Guadalupe, tres de la tarde». No firmaba nadie.

La Güera se inquietó; ¿sería alguna mala noticia, o tan sólo algún mensaje enviado por su amante?

Acudió puntualmente. El precioso templo, dedicado a Nuestra Señora del Pilar y conocido como de la Enseñanza por ubicarse en el convento dedicado a la educación de señoritas, poseía espléndidos retablos barrocos y el estofado de sus querubines era famoso debido a la esmerada hechura. Pero tenía una peculiaridad: los confesionarios estaban construidos cual pequeños gabinetes, a los que se accedía por puertas ubicadas en la nave del templo.

Al entrar a la iglesia, la Güera fue hacia la capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe, y al descubrir entreabierta la puertita al costado, se introdujo. El cuartito estaba en penumbras y de inmediato escuchó una voz conocida; era José María Fagoaga, sobrino del marqués del Apartado y asiduo participante a las viejas tertulias de Manuel.

José María era de complexión delgada, afilado rostro, nariz aguileña y utilizaba siempre unos pequeños anteojos que le conferían un gesto adusto. Sus ideas tendían a ser en extremo liberales y republicanas. Sin saludar siquiera comenzó a hablar rápido, nervioso.

—Como sabes, mis primos Francisco, José y Wenceslao están en Europa; son patriotas y desde Londres trabajan para la causa.

La Güera quedó helada ante el rumbo que tomaba la conversación; al descubrir su preocupación, Fagoaga agregó:

—No temas; me atrevo a hablar libremente porque estoy al tanto de tus labores patrióticas. Pero déjame explicarte: en Europa, numerosos patriotas pertenecen a logias masónicas, entre ellos Simón Bolívar y el barón de Humboldt.

La Güera recordó que desde su partida había sido escasa su comunicación con Simón, quien le envió una carta desde Veracruz en tono romántico; luego recibió tres más desde España, en las cuales se notaba que los sentimientos del joven se iban diluyendo, y finalmente no recibió otra alguna, enterándose de que se había casado, aunque con tan mala fortuna que enviudó a los ocho meses. Del barón de Humboldt recibía esporádica correspondencia, un par de cartas al año cuando mucho. En cierta ocasión le relató que había conocido a Simón en París, y en otra que ascendieron juntos el

Vesubio, en Italia, considerándolo un joven inteligente y prometedor.

—Pero en tu mensaje mencionabas a Ramón Cardeña —agregó inquieta, esperando no recibir noticias funestas.

—El padre ha caído prisionero en Jalapa —dijo Fagoaga de golpe, mientras los ojos de la Güera se inundaban de angustia—. Mis primos pertenecen a la Sociedad de los Caballeros Racionales, y enviaron a Vicente Acuña con la misión de fundar una filial de la logia en esa ciudad, lo que al parecer realizó junto con Cardeña.

La Güera se estrujaba las manos y los nervios se le agolpaban en el pecho, dificultándole la respiración.

—En paralelo emprendieron actividades subversivas —continuó Fagoaga—. Acuña, junto con un puñado de hombres, intentó tomar el fuerte de Perote sobornando a un oficial de la guarnición, pero fueron delatados y fusilados mientras Ramón, junto con varios patriotas, intentaban levantarse en Jalapa. Por desgracia fueron descubiertos, aprehendiendo a Ramón y acusándolo tanto de masón como de apoyar a la independencia. —Guardó un momento de silencio, mirando fijamente a la Güera—. Si nos delata estaremos perdidos tú, yo, mis primos y su familia.

—Debemos lograr que lo trasladen a México —dijo la Güera en un impulso que no pudo refrenar, sintiendo un apremiante deseo de tenerlo a su lado y ayudarlo—. Si es acusado de masón y no de insurgente, el Santo Oficio atraerá el caso juzgándole por el fuero eclesiástico.

—¿Y qué ganaríamos con ello? —cuestionó Fagoaga.

—Cuando se trata de dinero, todos los hombres profesan la misma religión —dijo segura—. Ambos conocemos a figuras prominentes del Santo Oficio; con plata y favores podremos evitarle tormentos e indagatorias extremas que lo hagan hablar.

Fagoaga estuvo de acuerdo. Al salir del confesionario, la Güera se hincó ante el altar mayor y rezó fervorosamente por Ramón.

Actuando por separado, José María y la Güera hicieron uso de sus relaciones en la Audiencia, el Santo Oficio, el Ayuntamiento y donde fuese posible, para abogar por el traslado de Ramón a las cárceles de la Inquisición en México. Ella acudió con su compadre Mariano Beristáin, quien desde el fallecimiento del arzobispo Lizana gozaba de mayor influencia por ser candidato a sucederlo, y apelando a que Ramón era su sobrino logró su apoyo. Luego se humilló ante Miguel Bataller, antiguo brazo derecho de Aguirre y Viana, quien fungía como fiscal mayor de la Inquisición, y movió cuanta influencia pudo mientras enviaban secretos mensajes a Jalapa, alertando a Ramón para que no dijese cosa alguna que la pudiese incriminar, e informándole que ya trabajaban en su traslado.

Leona le envió recado para entrevistarse en el Coliseo: su palco era opuesto al de la Güera, así que la podía observar perfectamente. La joven asistió con su tío, don Agustín Pomposo, sus damas de compañía y un par de amigos del abogado; la Güera con Antonia y el marqués de Aguayo, su flamante yerno. La señal para el encuentro era lenguaje de abanico: cuando Leona lo desplegase tres veces consecutivas, saldría al pasillo a tomar aire, debiendo secundarla.

La obra era pésima ya que desde el inicio de la guerra las actuaciones, los decorados y hasta la música habían decaído debido a la maltrecha economía. Esa noche se representaba *El equívoco extravagante*, ópera que deslucía por la falta de músicos y lo desentonado de los intérpretes. Comenzando el segundo acto observó a Leona realizar la señal convenida, esperó unos instantes y

salió, pretextando estar sofocada.

Se reunieron en el pasillo, vacío en aquel momento, y conversaron despreocupadas.

—Güera, a muchos preocupa tu proceder.

—¿Qué quieres decir? —preguntó María Ignacia, sintiéndose acechada.

—Tus exacerbados intentos por defender al padre Cardeña arriesgan la seguridad de los Guadalupes y la tuya propia. Poco falta para que subas al escenario y proclames públicamente que auxilias a un insurgente.

—Tan sólo obedezco órdenes —protestó, conteniendo el enojo.

—¿Órdenes de quién? —la miró desconfiada, ya que Leona conocía a una gran cantidad de Guadalupes y no estaba al tanto de que alguien hubiese solicitado protección para el padre Cardeña.

—Un patriota en peligro, del cual no puedo mencionar el nombre —dijo la Güera, cada vez más molesta—. Ha exigido discreción absoluta.

—¡Te ha exigido! —exclamó—. ¡Tu alboroto alcanza tonos soberbios! Los rumores dicen que Ramón Cardeña es tu amante.

—¡Salvarlo es fundamental para la causa; no puedo decirte más! —dijo tajante.

—¿Para la causa o para tu cama?

Sin poder reprimir más el coraje, en un impulso incontrolable la abofeteó, y dando media vuelta regresó hasta la puerta de su palco, donde a duras penas logró tranquilizarse para reaparecer sonriente ante su hija.

No le importó enemistarse con Leona; jamás habría comprendido que Ramón no era un simple amante. ¿Acaso ella no habría actuado igual si la vida de su amado Andrés Quintana estuviera en peligro?

Días después, un mensajero real le notificó que debía comparecer ante el virrey. La Güera consideró aquello como una encubierta invitación para charlar con chocolate, ya que don Francisco lo apreciaba. Al comparecer despreocupada en su gabinete privado, grande fue su sorpresa:

—¡Señora, no hay nada más irritante que ser tratado cual pelmazo! —gritó furioso.

—¿A qué se refiere, Excelencia? —exclamó asustada.

—Sobre mi escritorio hay una carta suya, enviada a un tal Rafael Vega, enumerando los auxilios que proporciona a los insurgentes.

La Güera comprendió de golpe: en días anteriores había convenido en reunirse con Rafael Vega, su contacto con los insurgentes, quien exigía el pago de mil reales que el tío José y ella habían prometido aportar. Como no logró conseguir el dinero, lo citó en La Patera, pero Vega no llegaba y debía regresar a la ciudad, ya que Victoria se encontraba enferma. Decidió escribir una carta, explicando sus más recientes contribuciones a la causa, además de prometer la entrega del dinero a la brevedad; firmó como siempre, con el sencillo nombre de María.

—Seguro es una calumnia de algún despechado que busca venganza —reaccionó la Güera, intentando no dar importancia al asunto.

—No, madame —dijo en tono severo—: este es un correo interceptado y el mensajero jura por la salvación de su alma que se trata de usted, aunque está firmado por una María a secas. —Extendió la carta para que la observase; ante el peligro, la Güera respingó de inmediato.

—¿Duda usted de mi honestidad? —dijo con nervioso enojo.

—Dudo. ¡Sí, dudo! Los tiempos no permiten otras maneras.

—¿Acaso no le he informado de las astutas maniobras de Calleja contra su persona? —El virrey

iba a interrumpir, pero ella prosiguió—. ¡Me ofende, Excelencia! Soy fiel a Fernando VII, como Aguirre y Viana lo atestiguó en su lecho de muerte, y el mismo canónigo Beristáin lo puede confirmar. Mi único pecado es haber nacido en familia de criollos y regidores, pero mi corazón siempre ha pertenecido a España.

—¡Déjeme hablar! —gritó furibundo—. ¡Hínquese ahora mismo y jure ante Cristo Nuestro Señor que esta carta no es suya!

La Güera obedeció de inmediato, y besando el crucifijo presentado ante su boca, dijo mirándolo fijamente:

—Juro que no he escrito esta carta ni cosa semejante. Es falsa, lo juro por Dios Nuestro Señor.

Venegas la miró silencioso, dubitativo, conteniendo la furia.

—Póngase de pie, madame. —Le tendió el brazo para ayudarla a levantarse, y ella, antes que nada, besó agradecida su mano.

Esa misma tarde fue al templo del Salto del Agua para informar al padre García Jove de su comparecencia con el virrey y pidió que durante algún tiempo no le enviasen comunicación alguna, pero también, lo más importante, se confesó y pidió perdón a Dios por el perjurio recién realizado. Por supuesto, el padre le dio la absolución.

Suspendió sus actividades con los Guadalupes; no podía arriesgarse ni un ápice. Enemistada con Leona Vicario y sospechosa a los ojos del mal gobierno, resultaba doblemente peligrosa para los compatriotas. Lo único que le importaba ahora era el traslado de Ramón a México.

50

DE LEJOS SE VEN LOS TOROS
1812

El virrey se vio obligado a proclamar la Pepa con gran solemnidad; más aún, hasta cambió de nombre a la Plaza Mayor de México, que desde entonces se llamaría Plaza de la Constitución. Entusiasmada, la Güera vio cómo se proclamaba la libertad de prensa, surgiendo gran cantidad de diarios, folletines y volantes, algunos atacando sin disimulo al gobierno. Se convocó a elecciones de diputados y ayuntamientos para que el pueblo eligiera a sus gobernantes y legisladores, lo que representaba una gran oportunidad para los criollos.

De Europa llegaban noticias aclamando, con campanas al vuelo, que los españoles vencían una y otra vez a las tropas de Napoleón. Pero la Güera se dio cuenta, entre los rumores, de que ni los criollos ni el pueblo festejaban aquellos triunfos porque ya no se respetaba al rey como antes; la Pepa otorgaba libertades que Fernando VII, por muy divino o deseado que fuera, jamás se atrevería a ofrecer.

Cuando supo que por fin trasladarían a Ramón a las cárceles de la Inquisición en México, la Güera citó a Ignacio en el interior del templo de Santo Domingo. Él aguardaba sentado en una banca frente a la capilla del Rosario, como le había indicado, mirando los dorados querubines del altar, cuando ella se hincó a su espalda.

—Por favor, no voltee —dijo en susurros—. Necesito encomendarle una tarea en extremo delicada. Por cuestiones de su oficio, debe conocer a algunos alcaides de las cárceles del Santo Oficio.

A Ignacio le causó alarma y curiosidad la pregunta. «¿En qué líos estará metida la Güera Rodríguez?».

—Conozco bien a Manuel Martínez de Cossío, señora —contestó nervioso—; administra los calabozos de la Perpetua, aquí cerquita.

—¿Usted cree que a cambio de algunas monedas nos permita visitar a un reo?

—Supongo que sí… El oro hace bailar al loro, no tenga duda —contestó, cada vez más intrigado.

—Avíseme cuando haya apalabrado al alcaide, en esta tarea va la seguridad del padre Cardeña, a quien bien conoce —concluyó la Güera con gesto que parecía súplica.

Ignacio sospechó de inmediato que entre la Güera Rodríguez y el Cura Bonito había algo más que amistad; respetuoso, no comentó nada aunque un malestar parecido a los celos le invadía.

Alejada de intrigas y espionajes, la vida transcurría en un sosegado remanso; por más alarmantes que las noticias fuesen no afectaban su ánimo, ya que en nada podía modificarlas. Con la lejanía, además, pudo analizar los acontecimientos con mayor nitidez. Entendió que los insurgentes se hallaban peligrosamente fragmentados en múltiples facciones; en el extremo más conservador estaban los autonomistas, por llamarlos así, criollos aristócratas, grandes terratenientes y empresarios adinerados, quienes deseaban mantener a Fernando como rey y a Nueva España como un reino de la Corona,

excluyendo a las gachupines del gobierno. En el extremo opuesto, los liberales eran abogados, comerciantes, hacendados y alguno que otro noble que buscaban romper con España y el rey para constituir un gobierno republicano, a semejanza de Estados Unidos. Entre ambos extremos existían tantas facciones como las tonalidades de una pintura. Muy poco unificaba a los insurgentes: religión, patria, la supresión de los excesivos impuestos y terminar con los privilegios de los gachupines. Fuera de ello, cada quien entendía la palabra *independencia* de manera distinta.

Bien sabía que tales diferencias habían sido notorias desde el inicio de la revolución. El padre Hidalgo, acostumbrado a convivir con humildes y desposeídos, deseaba instaurar un gobierno republicano que brindase pan, educación y voz al pueblo, mientras que Allende, gran terrateniente, buscaba el mando y poder del reino para la élite criolla. Esa misma división aún persistía: Morelos poseía ideas republicanas y Rayón defendía la monarquía constitucional. Entre los Guadalupes existían las mismas diferencias; por ello, cuando entró en vigor la Constitución de Cádiz, declarando igualdad entre criollos, gachupines e indios, los más conservadores se dieron por bien servidos y decidieron no apoyar más a la revolución, ya que sus aspiraciones estaban cumplidas.

Pronto se realizarían elecciones para diputados y ayuntamientos, y la Güera, junto con varios patriotas, se dieron a la tarea de escoger y promover a los candidatos más adecuados. Además, gracias a la libertad de prensa, aparecieron múltiples diarios que defendían veladamente a la causa.

En medio de aquella verbena política, la Güera se enteró de que el virrey Venegas sería sustituido por Calleja, complicando su situación, ya que ella había intrigado en su contra y veía en ella a una odiosa adversaria.

Aunque bien conocía a su esposa, con quien mantenía cordial trato, entendió que por primera vez no debía asistir a ceremonias y eventos en Palacio: ahí sería presa fácil de cualquier intriga enemiga.

Francisca de la Gándara era lo opuesto a Félix Calleja, su marido: él, un viejo gachupín de cincuenta y nueve años, enérgico, cruel y sanguinario; ella, una joven de veintiséis años y de trato sencillo, piadosa y caritativa, a la que muchos admiraban por acompañar a su marido durante las campañas militares, mostrando fidelidad y valor ejemplares, y porque era criolla, nacida en el seno de una familia de gran abolengo de San Luis Potosí.

La Güera recibió invitación para tomar chocolate en el palacio del marqués de Jaral del Berrio, donde ella se hospedaba con su marido. Aquel edificio era considerado el más bello de México, aunque sus muros guardasen tristes historias. La Güera recordó que el marqués, don Miguel de Berrio, lo construyó como dote para su única hija, María Ana, por ser el novio, Pedro de Moncada, un notorio jugador y dispendioso; así no podría malgastar su fortuna. El matrimonio parecía haber sido tormentoso, y los hijos atestiguaron los continuos pleitos y hasta golpizas que don Pedro propinaba a su mujer, siendo tan desdichada su infancia que el primogénito, Nepomuceno de Moncada y Berrio, al morir sus padres y heredar, no quiso habitar allí, por lo que prestaba el palacio a cuanto visitante ilustre pisara la ciudad, logrando grandes favores políticos con ello.

Al subir a la planta noble por la señorial escalinata, entró a la sala de asistencia, donde Francisca ya la esperaba. La belleza de los gobelinos y los muebles denotaba lujo y elegancia, pero una extraña frialdad los envolvía.

—María Ignacia, no sabes lo dichosa que me hace tu visita.

—La dicha es mía —dijo al saludarla con un beso en la mejilla.

Tomó asiento en una hermosa silla francesa de finos brocados, mientras un lacayo le ofrecía

chocolate y pastelillos.

—Podremos conversar tranquilas porque Félix se encuentra de viaje —dijo traviesa Francisca.

La charla transcurrió por rumbos predecibles: los chismes de la alta sociedad, las torrenciales lluvias y los rumores de una epidemia surgida en los rumbos de Cuautla que amenazaba con extenderse a la ciudad, hasta que finalmente se acercó a la Güera como si quisiera contarle una confidencia.

—Debo confesar que he suplicado tu presencia manteniendo encubiertos mis propósitos —dijo sonriente—; deseo nombrarte dama de honor.

Tal pronunciamiento era inesperado. No sabía cómo reaccionar, ya que negarse resultaría ofensivo y aceptarlo causaría su ruina.

—Querida Francisca, no sabes cuánto me alaba tu ofrecimiento, pero… ¿lo sabe tu marido?

—En estas cuestiones no debo consultarle; ya lo enteraré a su tiempo.

—Me honras infinitamente —dijo con la mejor de sus sonrisas—. Tengo un gran afecto por ti, y por ello mismo debo rechazar tan inmerecido ofrecimiento.

—¿Me rechazas… por afecto? —preguntó, entre confundida y molesta.

—Lo que menos deseo es causarte daño —se disculpó, tomándole la mano—. Sabrás que he sido cercana al virrey Venegas, por lo cual me señalan como contraria a tu marido, y por si fuera poco, debido a una carta apócrifa, fui sospechosa de infidencia. En nada te beneficiaría una dama de honor en tales circunstancias.

—No me importan las habladurías.

—Pero a tu marido sí, Francisca. Serás la primera virreina criolla de Nueva España, y deberás protegerte de los enemigos. Suplico que aceptes mi negativa como una muestra de amistad, y a cambio me ofrezco como compañera en las obras caritativas que realizas.

Tras breves minutos de diálogo pudo convencerla. Desde entonces le acompañó a realizar diversas obras de caridad, ya para dar aliento a los heridos de los batallones realistas o llevar mendrugos a lo más bajo del pueblo. No importaba; a su lado se encontraba protegida del carnicero.

A la Güera le divertían los nombres de los diarios: *El Perico de la Ciudad*, *El Aristarco*, *El Filopatro*, *El Sastre Elogiador de la Niña Juguetona*, *El Vindicador del Pueblo*, *El Pensador Mexicano*, *El Juguetillo* o *El Censor Extraordinario*. En unos distinguía que eran a todas luces escritos por realistas, otros por partidarios de la insurgencia y unos más por señores de mínima vocación política e infinita afición al chisme. Cuando se enteró de que en plazas y mercados la gente leía las noticias a la plebe, y la chusma festejaba con vítores y risotadas si algún escrito arremetía contra los gachupines o el gobierno, sonrió complacida.

Al realizarse las elecciones, descubrió con temor que como en el tiempo de Iturrigaray se repetían los enfrentamientos entre criollos y gachupines, lo cual podía presagiar un final adverso. Los diarios llamaban al pueblo con el apelativo de «ciudadanos», y como la Constitución declaraba la igualdad entre todos, muchos se sintieron poderosos. Por ello, cuando se supo que los candidatos americanos habían vencido a los españoles, los estudiantes, abogados, comerciantes, artesanos y la plebe entera salieron a festejar: la multitud lanzaba alaridos de «¡Mueran los carajos gachupines!», alternando con vítores a los criollos triunfantes. Algunos subieron a las torres de las iglesias para que las campanas repicaran con júbilo; otros, al descubrir que pasaba por ahí el coche del licenciado Jacobo Villaurrutia, quien había sido electo, se unieron para desenganchar los caballos y tirar del carruaje como si fuera un héroe de mil batallas.

Todo eso era muy peligroso, la Güera lo presentía, y para echar más leña al fuego, se supo que Morelos había tomado la ciudad de Oaxaca, con lo cual los insurgentes ya eran dueños de gran parte del reino. El pueblo estaba tan enardecido que algunos gritaban: «¡Viva Morelos, muera Fernando VII!». Otros agredieron a los guardias del Coliseo, y hasta a los del virrey; «¡Somos ciudadanos, nos deben obedecer…! ¡Ahora nosotros mandamos!».

Azcárate le comentó en una ocasión:

—Es el festín de los resucitados, que al escuchar la palabra *ciudadanos* se levantan y caminan a semejanza de Lázaro.

Todos los candidatos criollos resultaron elegidos, entre ellos José María Fagoaga y Pedro Romero de Terreros, su yerno, quien resultó valiente y aguerrido político.

Tan resonante fue la victoria y tan desmedido el júbilo popular, que las premoniciones de la Güera comenzaron a convertirse en realidad: el virrey, temiendo que la capital cayera en manos de criollos independentistas, anuló las elecciones, posponiéndolas para cuando Calleja tomase el poder, transfiriendo el problema a su adversario.

51

CÁRCEL DE AMOR
1813

Por fin recibió la más ansiada noticia: Ramón llegaría a México antes de las Navidades. De inmediato organizó lo necesario para visitarlo. Muchas de las prisiones inquisitoriales eran secretas, desconociéndose su ubicación, pero había logrado colocar a Ramón en la cárcel de la Perpetua, ubicada a media cuadra del tribunal del Santo Oficio. En complicidad con el Güero Ignacio, sobornó de antemano al alcaide, acordando que visitaría al prisionero durante el ángelus del atardecer, hora conveniente por ser de oración para los sacerdotes, y para no ser descubierta se haría pasar por una criada con ropas humildes, el rostro manchado con tizne, cabizbaja y cubierta por el rebozo.

Al acercarse a la casona, el Güero Ignacio no pudo contenerse y se le emparejó queriendo ayudarle con el balde que cargaba.

—No, gracias —dijo la Güera en voz baja sin levantar el rostro, y prosiguió su andar.

—Al llegar al portón debe golpear tres veces y decir que es la criada del padre Cardeña —murmuró Ignacio, acelerando el paso y cruzando la calle para observar desde lejos.

Tan sólo había golpeado la aldaba una vez cuando el celador entreabrió la puerta, nervioso y agitado.

—Soy la criada del padre Cardeña —dijo a secas mientras el hombre abría apresurado, ordenando que entrase.

De reojo sonrió agradecida a Ignacio y se introdujo al edificio, que aunque despedía olores nauseabundos, de tenebroso no tenía nada.

—Debemos ser precavidos —sentenció con voz de mando el carcelero, un hombre fornido y con una gruesa cicatriz en el rostro—. ¡Sígame!

Tras el pequeño zaguán se encontraba un amplio patio con naranjos circundado por los calabozos, cada uno cerrado por dos macizas puertas. En el centro se hallaba una modesta fuente, a la que se acercó para llenar el balde.

—Pasada media hora tocaré la puerta y deberá salir de inmediato o no permitiré más visitas; me arriesgo demasiado. ¿Entiende?

La Güera inclinó la cabeza en aprobación y siguió al hombre, quien tomó de su cintura una argolla con llaves para buscar la adecuada.

—Podrán conversar y hacer tanto ruido como quieran —dijo con grosera malicia—; los muros son tan gruesos que los prisioneros no pueden comunicarse entre ellos.

El celador se detuvo frente a uno de los portones. Con gran cautela introdujo una llave en el enorme candado que inmovilizaba la tranca, abrió y tan pronto la Güera dio un paso al frente, cerró.

Todo era penumbra y silencio. Encendiendo la vela que traía consigo, distinguió en la pared del fondo una tarima de azulejos que servía de camastro, impresionándole que la mazmorra fuera extremadamente amplia: unos dieciséis pasos de largo por diez de ancho. Moviendo la vela descubrió en el rincón un bulto; era Ramón hecho ovillo, abrazando sus piernas.

Lentamente fue hasta él, y dejando el balde a un lado se puso en cuclillas. Lo contempló

impresionada; lucía más delgado que un crucificado, sus pantalones estaban hechos trizas, la camisa un guiñapo.

Le habló suavemente, pero él no respondió; subió el tono de voz, y nada. Le tomó las manos, separándolas de las rodillas, y entonces reaccionó, torpemente primero y con gran sobresalto después. Asustado, huyó de ella como quien se aleja de un espectro.

—Ramón, soy yo —dijo la Güera, acercando la vela a su rostro para que pudiera reconocerla.

Mostraba dificultad para mirar, como si estuviese deslumbrado, pero tras unos segundos, como si saliera de una pesadilla, rompió en llanto y gemidos.

—¡Güera, Güera, bendito sea Dios, Güera!

Se echó a sus brazos, estrechándola con desesperado afán; ansioso, y tan débil y decaído como jamás lo había visto.

—Ramón, amor mío, no temas, ya pasó todo.

Abrazándolo cariñosa, acarició su rostro como al de un bebé y lo besó, pero aquellos labios estaban secos, agrietados, muertos. Le ofreció pan, jamón y queso que traía entre las ropas, y con sus propias manos llevó el alimento hasta su boca mientras él la miraba fijamente con ojos vidriosos, ido.

Luego lavó las costras de barro y pringue que cubrían el cuerpo de su amante; sus muñecas y tobillos mostraban llagas a causa de los grilletes, en el torso y el cuello se vislumbraban, en forma de cardenales y arañazos, huellas de la tortura.

—¡No delaté a mis hermanos, Güera, no delaté a nadie! —gimió como autómata—. No delaté a nadie…

Ella silenció su boca con un beso.

—¡Se acabó, Ramón, esta guerra se acabó para nosotros!

Lo veía dos o tres veces por semana, y como no lo torturaron más, sometiéndole únicamente a largos interrogatorios, se recuperó pronto. Don Alfredo, el tosco celador, avisaba a la Güera cuando los inquisidores estarían ausentes o distraídos en menesteres de mayor importancia, para que pudiera visitarlo. Como era usual que los familiares costeasen los gastos del reo, fingió que un primo de Ramón enviaba dinero e hizo que diariamente le llevasen los alimentos desde el convento de la Encarnación, ubicado frente a la cárcel. También amuebló la celda con lo mínimo indispensable: una mesa y dos sillas, palanganero con jofaina y aguamanil, toallas de algodón para su aseo y un lebrillo de cerámica para lavarse los pies y el cuerpo, además de un angosto armario en el que guardaba su escasa vestimenta. Finalmente, la Güera cubrió la tarima de azulejos con un buen colchón de pluma, sábanas, almohadas y cobijas de algodón, todo rústico y barato para no despertar sospechas.

Con el paso de los días la oscura mazmorra se fue convirtiendo en refugio emocional de sus desgracias. Ajenos a las convulsiones que agitaban a la nación, vivían tardes de campechana holgazanería; hacían el amor, conversaban tranquilamente, jugaban una partida de naipes o leían algún libro. Una extraña dicha los arropaba, pareciendo que sólo existían sus pieles, sus caricias y sus brazos, disfrutando cada minuto como si fuera el último.

Ella evitaba comentarle noticias de la guerra porque, al suponerse que vivía incomunicado, correrían peligro si cometía alguna indiscreción. Además, no había buenas noticias: Rayón, Liceaga y Verduzco, quienes habían conformado la Junta Nacional de Gobierno, se enemistaron por pugnas de poder, combatiéndose entre ellos; la Güera misma lo atestiguó porque se arrebataban un bando y otro su hacienda de San Isidro para apropiarse y administrar las ganancias. Mientras tanto, Morelos, el único personaje sensato, intentaba unificarlos y sanar las diferencias, convocando a la formación de

un congreso nacional que redactase la constitución americana y refundase el gobierno insurgente; de nuevo la desunión amenazaba con derrotar a los insurgentes. Por su parte, el gobierno suprimió la libertad de prensa y persiguió a quienes lo habían criticado, causando que muchos huyeran para alistarse con las tropas insurgentes.

En sus fervientes encuentros, Ramón gozaba tanto como ella, dejando que las horas transcurrieran en pacífica armonía, y sin embargo, aunque ambos procuraban ocultar la verdad, sus corazones se perdían en el desierto de la frustración. En cierta ocasión, tras leer dos capítulos de *Corinne ou l'Italie*, de Madame de Staël, novela de corte romántico que habían escogido para distraerse de todo pensamiento político, permanecieron callados y abrazados, mirando titilar las velas con su escasa luz.

—Somos un par de fracasados —dijo Ramón, mascullando entre dientes—; mientras la patria sangra, nosotros permanecemos ociosos.

—¿Qué más puedo hacer? —Sus palabras herían el orgullo de la Güera, a quien también aguijoneaba la impotencia—. ¿Abrir el pecho y enfrentar los cañones realistas, heredando a mis hijos orfandad y miseria?

—Perdona —susurró cabizbajo, dándose cuenta de lo injusto que había sido—, a veces me vence el desánimo… Siempre imaginé mi destino con elevados sueños, y mira, estoy sumido en la miserable oscuridad.

—Los hombres y las mujeres de esta época —dijo la Güera acariciando su mentón— nacimos para vivir entre las convulsiones de la inquietud o el letargo del aburrimiento. Estoy convencida de que sólo por ahora viviremos en paz, aprovecha estos días de asueto… Ya vendrán tiempos mejores.

Distanciada de todos, con las finanzas empobrecidas, recluida en casa las más de las veces, veía pasar los acontecimientos cual sombras chinescas, un espectáculo que le mostraba vagas ilusiones y no certeras realidades. Sin embargo, un suceso la despertó sorpresivamente a la realidad: el último domingo de febrero, terminando la misa en La Profesa, se acercó al grupo de damas donde se encontraba Francisca de la Gándara, que en pocos días sería virreina. Al saludarla, notó que a sus espaldas observaba a alguien con mueca de disgusto.

—¿A qué se debe ese cara, Francisca, quién te agrió el chocolate? —bromeó la Güera.

—Hay mujeres que simulan ser pacíficos corderitos, y resultan tan temibles como la más infame bestia.

—¿Por qué lo dices, Francisca? —inquirió la Güera con curiosidad, pensando que el asunto se relacionaba con celos femeninos.

—Ya lo sabrás hoy mismo; no puedo decir más.

Girando el rostro, la Güera descubrió que los ojos de Francisca estaban clavados en Leona Vicario, quien subía a su carruaje junto a Daniela y Eugenia, sus damas de compañía.

Tan pronto pudo, fue a casa y escribió una nota anónima: «Ha sido descubierta. Sálvese». Sin firmarla, pidió a Teófila que contratase a una mujer de la calle para entregarla a madame Vicario en la Alameda, donde acostumbraba pasear los domingos. Tras enviar el mensaje, fue raudamente con el padre García Jove para notificar lo sucedido.

—Padre, doña Leona Vicario ha caído en desgracia. Ella conoce la identidad de muchísimos Guadalupes; si cae prisionera y delata a uno solo, estaremos perdidos los demás.

Supo que Leona pudo huir a San Juanico primero, y a Huixquilucan después, donde se escondió

por varios días, viviendo en jacales como cualquier india. Pero enfermó y tuvo que trasladarse a Tacuba, donde su tío, don Agustín Pomposo, la encontró y la regresó a México.

El tío, recalcitrante realista, intercedió ante el virrey, logrando que la recluyeran en el convento de Belén de las Mochas, donde posiblemente sería tratada con respeto y sin someterla a tortura alguna para que delatara. Pero la Güera no podía arriesgarse; cualquier infidencia la perjudicaría.

A las dos de la tarde la trasladaron, y de inmediato María Ignacia se dirigió a Belén de las Mochas, descubriendo que visitarla resultaría imposible, ya que las puertas del convento se encontraban resguardadas por militares. Entonces se dirigió a casa de Leona, y tocando el portón pidió ser recibida por Daniela Cavazos o por Eugenia Robles, cualquiera de las dos damas de compañía que estuviese disponible. Ambas la recibieron, sensiblemente angustiadas.

—¡Ay, doña María Ignacia, han apresado a Leona! —gimió Eugenia, hecha un mar de llanto.

—Por eso he venido; necesito información para ayudarla. Me imagino que hoy mismo le llevarán ropa al claustro…

—Así es, señora —dijo Daniela, quien se mostraba serena y además poseía carácter mucho más avispado—, don Agustín nos ha ordenado que empaquemos algunas mudas y se las llevemos.

—Por favor, observen bien en qué celda la han ubicado y cuánta vigilancia hay dentro y fuera del convento.

Convino en reunirse con ellas a las siete de la noche, durante los rezos del rosario en La Profesa. La Güera ardía en ansias de recabar la información, pero el rosario comenzó y las damas no llegaban; angustiada, oraba con fervor, implorando la protección de la Virgen María junto a las voces de los feligreses, que conformaban un coro homogéneo en la nave del templo.

Terminó el primer misterio y las mujeres no llegaban. Al comenzar el cuarto, sin aparecer todavía, consideró que no acudirían a la cita, quizá temerosas por su propia seguridad. Entonces rezó con mayor intensidad, suplicando a la Virgen que la iluminase y guiase sus pasos.

Rezaba el avemaría del último misterio cuando a su diestra se hincó Daniela, visiblemente angustiada y afligida.

—Nos han interrogado por horas —cuchicheó, disolviendo su voz entre los rezos del templo.

—¿Qué han dicho? —preguntó alarmada.

—No se preocupe, tan sólo mencionamos a algunas amistades de su hermana, la marquesa de Vivanco, tal como la señorita Vicario nos había instruido en caso de emergencia.

—¿Y qué han podido averiguar?

—La tienen encerrada en la tercera celda, subiendo las escaleras principales a mano derecha —dijo rápidamente, ya que el rosario estaba a punto de concluir—. Solamente hay dos guardias a la entrada del convento, ninguno adentro.

Daniela se santiguó y salió del templo. Tras unos minutos, la Güera se dirigió con el padre García Jove, a quien comunicó lo indagado.

—Por favor, padre, actúen pronto; los Guadalupes corremos peligro.

A los pocos días, la ciudad entera supo que López Rayón había enviado a tres comandantes insurgentes para liberarla, los que la rescataron ingeniosamente sin disparar una sola bala, humillando a las autoridades virreinales por la poca previsión mostrada.

Con la complicidad de varios Guadalupes, Leona se ocultó en diferentes barrios humildes y finalmente abandonó la ciudad disfrazada de negra, confundiéndose entre un grupo de arrieros con sus burros cargados de mercancías. De México se dirigió a Oaxaca, para casarse con su amado Andrés Quintana Roo.

Al fugarse, la Güera pudo descansar; su anonimato permanecía a salvo.

52

LA PESTE
1813

Una tarde, al llegar a la cárcel de La Perpetua, le abrió un hombre distinto al celador acostumbrado, informando que estaba de sustituto porque don Alfredo se encontraba enfermo.

—Es la peste —agregó, embozado en su sarape—. Estoy advertido de sus visitas, pero entiéndalo, no voy a arriesgarme de gratis.

—Por supuesto —dijo la Güera, entregándole dos reales que llevaba consigo.

La enfermedad de Alfredo le alarmó; un mes atrás el virrey había informado sobre una epidemia de fiebres en Puebla y algunas otras comarcas, habiendo considerado tan lejanas las zonas donde asolaba el mal, que no llegaría a la ciudad; por lo visto se había equivocado. Llegando al calabozo de Ramón lo encontró tendido en la cama, desmejorado y débil.

—¿Qué te duele, tienes fiebre? —preguntó al instante, angustiada.

—Tranquila, mis huesos son duros de roer —bromeó con falsas sonrisas, queriendo infundirle confianza.

—¿Pero qué tienes? —preguntó a sabiendas de la respuesta.

—Güera, no hay forma de ocultarlo: es la peste. El celador ha sido trasladado al hospital y algunos reos debemos estar contagiados, por favor no regreses hasta que haya pasado todo; piensa en tus hijos.

—No puedo dejarte así, voy por un médico ahora mismo.

—¿Para que todo mundo se entere de que auxilias a un convicto? ¡Güera, ve a tu casa! —gritó al tiempo que el celador abría la puerta.

—¡Váyase ya! Vienen autoridades para una inspección sanitaria —ordenó, nervioso.

—No te preocupes, vida mía, haré cualquier cosa para que sanes.

Rápidamente recogió sus cosas y con un largo beso en la frente se despidió de Ramón, pero al abandonar la mazmorra descubrió que el portón principal se abría y entraban dos inquisidores junto a un médico. De inmediato se echó de rodillas, con el balde a su lado, y comenzó a fregar el piso, escondiendo el rostro lo más posible.

Los hombres se dirigieron hacia los calabozos para comenzar la inspección; abrían la primera puerta cuando el doctor reparó en su presencia y comenzó a manotear con gran enojo.

—¡Cuántas veces debo decirlo! —gritó furioso al celador—. ¡Nadie debe entrar a este sitio! ¡Y usted, señora, váyase a casa antes de que se contagie y lleve la peste a los suyos!

Llegando a casa, ingresó por una de las accesorias; tras cambiarse por las propias las ropas de criada y ordenar que las quemasen, pidió a Teófila que llevara al doctor Montaña un recado en el cual le pedía visitar a Ramón en la cárcel, pero debiendo decir que lo enviaba Felipe Gallardo, primo de Ramón. Sabía que aquello le causaría sospechas al galeno, pero no tenía opción.

Por la tarde apareció el médico en su casa, confirmando que había contraído la enfermedad y asegurando que con sus expertos cuidados sanaría, siempre y cuando le visitase diariamente para suministrar los medicamentos requeridos. Por sus servicios exigió una cantidad exorbitante de dinero, chantajeando veladamente a la Güera para no delatar la identidad de la verdadera protectora

del reo. Ella no intentó negociar y mucho menos negarse.

Las noticias se tornaron alarmantes: la epidemia cundió de forma acelerada y los hospitales comenzaron a ser incapaces de albergar al creciente número de enfermos. A diario había procesiones cargando a sus muertos rumbo a las iglesias, llorando por la pérdida de los familiares y temerosos de ser ellos mismos los próximos difuntos. Tras unos días de reflexión, decidió enviar a sus hijos a La Patera, pensando que en el campo, alejados del hacinamiento urbano, podrían evitar el contagio. Ella les alcanzaría tan pronto pudiese constatar que Ramón mejoraba.

Mientras organizaba el viaje y la servidumbre hacía las maletas, fue a la cárcel de la Perpetua. Al llegar tocó una, dos, tres veces, pero nadie abría; desesperada, golpeó la aldaba con gran fuerza, tanto así que llamó la atención de un mestizo sucio y harapiento que pasaba empujando un carretón con ollas de barro.

—¡India pendeja, deja de escandalizar! —gritó burlándose—. Se llevaron a los herejes a otras partes.

Regresando a casa hizo llamar al doctor Montaña, quien le informó que Ramón había sido trasladado al hospital de los betlemitas, donde sería atendido, pero lo referido después la dejó pasmada: México se había convertido en un infierno por la «epidemia de fiebres» y las iglesias olían a cadáver, por lo que se prohibieron las inhumaciones en las criptas y dentro de la ciudad. Sin embargo, la gente desobedecía y seguían sepultando a sus muertos en los atrios, algunos hasta mal enterrados, casi a flor de tierra. Los hospitales estaban repletos, sin poder recibir a un infectado más, por lo que improvisaron hospitales o lazaretos donde colocaban a los enfermos sobre petates porque no había camas; muchos entraban a uno de esos lugares y no volvían a ver a los suyos, ya que no les visitaban para evitar el contagio. Las familias pudientes abandonaban sus hogares rumbo a sus haciendas y muchos artesanos y trabajadores partían a sus ranchos de origen, lejos de la pestilencia. Las autoridades fumigaban las calles con humos de ácido nítrico, de olor acre y sofocante, y aconsejaron que se tomase naranjate, una especie de naranjada que debía mezclarse con cremor tártaro.

Según le dijo el doctor, moría uno de cada siete habitantes de la capital. Era como si el demonio se divirtiera contando: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… muerto; uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… muerto.

No pudo despedirse de Ramón; decidió huir con sus hijos.

Llegando a La Patera descubrió que la epidemia se había propagado por todas las comarcas del valle de México, de tal suerte que en la hacienda estaban enfermos varios trabajadores y sus familias. Como la casa se encontraba muy apartada de las chozas de los peones, podrían permanecer aislados de la pestilencia; no obstante, siguiendo las indicaciones que el doctor le había dictado, tomó precauciones extremas y acondicionó uno de los graneros como precario hospital, recluyendo allí a los enfermos sin permitir que recibiesen visitas; exigió la mayor limpieza e higiene en todas partes, fumigaba cada tercer día con ácido nítrico el hospital y la casa, a su familia le hacía tomar diariamente un vaso de naranjate con cremor tártaro, y finalmente ordenó que Teófila, la cocinera y Casimiro se recluyesen en casa sin acercarse a los contagiados.

El capataz de la finca, don Anselmo, un robusto mestizo de carácter industrioso y rostro cacarizo por la viruela, le servía de enlace con el mundo exterior, comunicándose con él por la rejilla de la

puerta para ordenar los quehaceres de la finca. Debido a que era imposible conseguir un médico por aquellos lares, recurrió a curanderos de la zona, llamados *tepatiqui*, a quienes adiestró en los asuntos que deberían realizar aunque poco caso le hacían, ya que estaban entercados en sanar a los enfermos con sus hierbas y cánticos. La Güera decidió pactar con ellos: les permitiría realizar sus rituales y aplicar sus mejunjes, siempre y cuando también utilizasen los remedios que ella les proporcionaría. Cualquier cosa era preferible a no hacer nada.

Gero, entonces de quince años, fue el más inconforme con la reclusión por estar en esa edad en que la rebeldía y el constante aburrimiento se entremezclan; Paz, de ocho, y Victoria, de cinco, se divertían con sus muñecas de trapo, jugando a las escondidillas y a mil otros pasatiempos, ya que la pequeña casa con su huerta interior brindaba suficiente inspiración a su fértiles cabecitas.

Extrañaba a Ramón día y noche. Recordaba sus encuentros en la cárcel de la Perpetua como momentos idílicos, y deseaba que la epidemia cesara para volver a sus brazos. A escasas dos semanas de su arribo a La Patera recibió su primera carta, en la cual narraba haber sanado en el convento y hospital de Nuestra Señora de Belén. Tan pronto recuperó fuerzas, lo obligaron a colaborar con los hermanos betlemitas atendiendo enfermos en el hospital, uno de los más limpios y ordenados de México. A partir de entonces sus cartas se hicieron constantes, refiriendo noticias y siempre concluyendo que, aunque la epidemia iba menguando, la ciudad permanecía insegura, por lo que resultaba impertinente su retorno.

Gracias a Dios, al segundo mes la cantidad de enfermos de la hacienda comenzó a disminuir, y para el tercero ya no había contagiados. Durante la epidemia sólo fallecieron nueve habitantes de la finca, cuatro de ellos infantes que no soportaron la gravedad de las fiebres, y aunque pareciera ingrato, aquello fue un triunfo para la Güera, ya que en poblados vecinos la mortandad resultó muy superior. Interrumpió entonces el aislamiento, y para agradecer a Dios realizó una misa en la capilla de La Patera junto a los peones y sus familias. Después se dedicó a la administración de la propiedad, adiestrando a Gero en tales menesteres; hizo mejoras en los sembradíos de arroz, negoció la venta de la cosecha y estuvo al tanto de la caza de patos y su traslado a México.

Por conducto de Ramón se enteraba de lo acontecido en el reino: al tomar Calleja el poder reorganizó los ejércitos, obligando a que toda villa o ciudad creara y mantuviera su propia milicia, posibilitando así su defensa ante cualquier ataque insurgente. Tal medida, aunada a las pugnas entre Rayón, Liceaga y Verduzco, amenazaba con impedir el avance patriota. Además, Calleja comenzó a exaltar y favorecer la Constitución, glorificando las libertades que Cádiz había otorgado con la concreta intención de mostrar que las demandas de Hidalgo y Allende ya se habían cumplido. Más aún, en España y en toda Europa las tropas napoleónicas eran vencidas continuamente; Fernando VII estaría libre muy pronto. ¿Para qué luchar entonces? Ramón le escribió:

> Pero Calleja pregona en el desierto, las ansias de libertad han echado raíces en los corazones americanos y nada apagará el anhelo por gobernarnos en autonomía. Las tropas insurgentes ocupan un vasto territorio, tanto así que en las elecciones para diputados y ayuntamientos locales participaron sólo veintidós de los cuarenta y un cuarteles en los que fue dividido el reino; el resto, casi la mitad, es territorio de los insurgentes.

En otra carta escribió:

> Se ha decretado la supresión de la Inquisición. La orden llegó de Cádiz pero a Calleja le vino como anillo al dedo: como meses atrás solicitó un préstamo al Santo Oficio y los inquisidores se lo negaron, arguyendo carecer de fondos, el virrey confiscó y remató los bienes de la Inquisición, apropiándose de miles y miles de reales y utilizándolos para fortalecer al ejército. Ojalá estuvieras aquí para ver cómo el pueblo se ha alegrado. Desde que tenemos memoria los inquisidores han ordenado nuestra conducta a su capricho, definiendo el bien y el mal, lo

correcto e incorrecto, entrometiéndose en nuestras vidas de tal manera que hasta han decretado los sones que no se pueden bailar o aquellos libros que no se deben leer. Si encontraban a un culpable le despojaban de todos sus bienes, pero ahora los despojados son ellos; de un día para el otro el gobierno les arrebató la potestad sobre las almas ajenas, los expulsaron de sus tribunales y aposentos, enajenaron su palacio convirtiéndolo en cuartel y subastaron sus propiedades, dejándolos en la calle.

Los tiempos están cambiando, Güera, quienes fueron los más temibles seres del reino ya no valen ni un tlaco. Pero lo más importante es que la Inquisición ya no posee autoridad sobre cárceles ni reos. Se ha producido una confusión legal que, de saber aprovecharla, podré obtener mi libertad.

Ella se emocionó: por fin existía una esperanza para que Ramón saliera y ambos pudieran vivir en libertad. Ciertamente, no podría ser a la luz pública, pero no importaba; ya encontrarían la forma de reunirse a escondidas. Ansiaba con toda su alma poder regresar a México.

Al comenzar los fríos de noviembre pudo volver a casa, y lo primero que hizo fue visitar a Pepita y Antonia, quienes habían retornado una semana antes; luego intentó entrevistarse con Ramón sin conseguirlo, ya que los realistas mantenían vigilado el convento de los betlemitas, donde todavía se encontraba. No obstante, el 20 de noviembre, día de su cumpleaños, Ramón apareció en su puerta muy temprano, vestido con el hábito pardo y desteñido de los hermanos betlemitas, larga barba y un gran ramo de rosas en las manos.

—Feliz cumpleaños, Güera —dijo con iluminada sonrisa.

Haciéndolo pasar adentro, se lanzó a sus brazos. Estaban reunidos una vez más; sucediera lo que sucediera, la vida le sonreía.

53

BENDITA LIBERTAD
1814

Tras la peste, la ciudad fue otra: no había persona que no vistiese negros ropajes ni templo que no celebrase homilías de difuntos. Pero aquel duelo social obligó a la Güera a recapacitar y dar gracias al Creador, ya que en su familia cercana nadie había fenecido.

Por su parte, el juicio de Ramón avanzaba por buena senda. Al suprimirse la Inquisición, el Arzobispado atrajo los casos irresueltos del Santo Oficio, por lo que Mariano Beristáin ayudó a que su sobrino quedase en custodia del convento de Nuestra Señora de Belén. Los hermanos betlemitas eran la única orden fundada en América y la formaban criollos ilustrados que laboraban en colegios y hospitales, procurando el bien de los más necesitados. Muchos poseían ideas progresistas, por lo que Ramón se ganó la simpatía del prior y muy especialmente la de un guatemalteco que se hacía llamar Francisco del Rosario, apasionado y de ideas liberales; con su venia, pretextando cumplir encargos, lograba dejar el convento para reunirse con la Güera en sus propiedades más apartadas, ya fuese en Tacuba o el Tepeyac. Allí pasaban largas horas entregados al regocijo de la cama, caminando por parajes solitarios, o simplemente conversando y disfrutando.

Aquellos encuentros colmaban de dicha los corazones de ambos; cual jovencitos ilusionados que esperan ansiosos el domingo para ver al ser amado, así contaban los días faltantes para cada nueva escapada de tres o cuatro horas, y les parecían eternos. Por bien mutuo, su romance careció de testigos; jamás revelaron su secreto, ni siquiera a las amistades más cercanas.

Ramón continuaba soñando con apoyar la lucha, no en el campo de batalla, para lo cual se consideraba inepto, sino en la diplomacia y el espionaje, actividades en las que era diestro y experimentado. Por su parte, la Güera se percibía aislada e inútil debido a la forzosa inactividad, como si viviese una suerte de exilio que le impedía entregar sus energías a la causa, haciendo que sus sentimientos se tornasen demeritados y abatidos.

—Es una desgracia —le dijo la Güera una tarde, reunidos en la casa de Tacuba—. Mientras en España hieren de muerte a los franceses, triunfando batalla tras batalla, acá los realistas comienzan a dominar a los insurgentes. Morelos fue derrotado en Valladolid y desde entonces no ha logrado vencer una sola vez. Creo que la lucha habrá de fracasar muy pronto.

—Tú misma lo dijiste: ya vendrán tiempos mejores —dijo Ramón para tranquilizarla, aunque él mismo compartía el desánimo de la capitulación.

Extrajo un impreso del bolso que llevaba consigo y sonrió orgulloso.

—Hay algo que te va a alegrar. Adivina qué es esto…

—Ojalá un documento que beneficie tu libertad —dijo ella, esperanzada.

—Algo mucho mejor —contestó radiante—, es una copia del manuscrito que el cura Morelos publicó en Chilpancingo. Le llaman *Los sentimientos de la nación*, y servirá de guía en la hechura de nuestra constitución.

La Güera tomó las hojas con la ternura de quien abraza a un bebé recién nacido. Esos papeles simbolizaban el triunfo de aquello por lo que siempre lucharon: para crear sus propias leyes y gobernarse con propia luz. Pensó en lo orgullosos que estarían su padre y su difunto cuñado Manuel,

e ilusionada comenzó a leer con avidez. Lo primero que Morelos proponía era declarar la independencia de América con respecto a España; manifestaba su lealtad a la religión católica declarándola única, «sin tolerancia de otra»; ratificaba el principio de la soberanía popular, por la que habían luchado desde 1808, y planteaba el establecimiento de un gobierno dividido en tres poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial, con representantes electos libremente; decretaba la expulsión de los gachupines, y además proponía adelantos en justicia de clases, moderando la opulencia para eliminar la indigencia, proscribiendo la esclavitud, eliminando los privilegios ante la ley y protegiendo el derecho a la propiedad.

La Güera enmudeció, poseída por emociones dispares. Lo planteado por el cura le parecía innovador, revolucionario, pero sobre todo justo. Apuntaba a corregir males que ya Humboldt había señalado, y algunos de sus correligionarios, como Talamantes o Azcárate, habían repetido con frecuencia, pero representaba un rompimiento total con el orden del reino.

—¿No te alegras? —Ramón se había percatado de que la Güera estaba pensativa.

—Me entusiasma, pero algunos conceptos me parecen radicales y conflictivos —dijo con sinceridad—. En principio desea abolir al rey y los privilegios de la nobleza; ello alejará a muchos criollos que hasta ahora nos han apoyado, convirtiéndolos en poderosos enemigos.

—¡Es lo justo, todos somos iguales ante Dios! —exclamó él con fervor masónico.

—Sí, mi vida, pero entiende que sólo alcanzaremos la independencia si marchamos unidos; de otra manera, el exterminio entre hermanos perdurará por siglos. Los avances deberían acontecer poco a poco, sin precipitaciones, o provocarán confrontaciones y guerra.

—No seas aguafiestas. Mira, traje un poco de vino catalán para festejar. —Evitando la discusión, descorchó la botella y sirvió dos vasos.

Durante esa tarde bebieron alegres, y tras su primera turbación fue surgiendo un ánimo esperanzado y orgulloso. Terminaron haciendo el amor con júbilo, como si sus cuerpos marcharan al compás de un himno marcial y victorioso, aunque la Güera presintiera que aquello no iba a funcionar.

Los días normales, cuando permanecía alejada de Ramón, los pasaba entre la abulia y la añoranza pero siempre sumergida en un torbellino de actividades: asistía al teatro, a jamaicas, saraos, tertulias y acompañaba a la virreina doña Francisca a realizar obras de caridad. Para guardar las apariencias, acudía a los eventos sociales siempre acompañada de un caballero, cambiando de cortejante cada dos o tres semanas y escogiéndolos sin importar ideología o posición social. Se comportaba de manera frívola y voluble, actitud que avergonzaba a su hijo, quien jamás protestaba debido a su carácter tímido y reservado, pero divertía mucho a Pepita y Antonia, quienes disfrutaban los escándalos tanto como ella. Los meses volaban, vivía en tranquila paz y su rostro reflejaba una gran felicidad. Sus propios compañeros de partido, Azcárate, Fagoaga o el marqués de Rayas, a quienes veía en tertulias, la miraban extrañados, sin adivinar la causa de su resplandeciente dicha.

Si bien se apartaba de los patriotas, no era ajena a los sucesos revolucionarios. Supo que habían apresado a Josefa Ortiz en Querétaro y la trasladaron a México sin que pudiera auxiliarla, ya que su captura fue propiciada por Mariano Beristáin, su compadre; desde un tiempo atrás profería ardientes sermones contra los insurgentes, amenazando con la excomunión a los herejes y los partidarios que los protegían, además de espiar y delatar a todo el que le pareciera sospechoso. Con tal actitud se ganó la confianza del gobierno virreinal y los gachupines, razón por la cual la Güera aprovechaba mustiamente su amistad para escudarse de los enemigos.

Al celebrarse elecciones en Querétaro, Calleja envió a Beristáin con la misión de promover la victoria de los candidatos realistas y de paso descubrir a partidarios de la insurgencia. No logró su primer cometido: los candidatos criollos triunfaron ampliamente, y quizás por ello intentó justificar su fracaso exagerando en su informe su descripción de la actitud de quienes criticaban al gobierno. Entre otras cosas, escribió al virrey que el peligro más preocupante provenía de una mujer audaz e incorregible que no perdía ocasión de inspirar odio al rey y al gobierno.

Sin importar que Josefa estuviese embarazada, fue arrestada, llevada a México y encarcelada en el convento de Santa Teresa la Antigua, uno de los más rigurosos de Nueva España. Se decía que cuando llegó a su celda exclamó: «Válgame; tantos soldados para custodiar a una indefensa mujer». La Güera lo sabía bien: tras la fuga de Leona Vicario, los realistas no deseaban humillarse a causa de otra bochornosa fuga.

Pensó en cómo ayudarla: no podía socorrerla personalmente porque se enemistaría con Mariano, perdiendo los beneficios que le brindaba su constante apoyo, por lo que intentaría influir en la virreina para que intercediera por ella: estando por primera vez embarazada y de humor sensible, podría ser fácilmente manipulable.

—El maltrato a las mujeres habla mal de quienes lo ejercen, ¿no crees, Francisca? —comentó mientras se transportaban en el carruaje rumbo al hospital de San Juan de Dios.

—Es ruin quien ofende a la mujer de palabra, pero quien la ultraja a golpes es miserable.

—A mis oídos han llegado comentarios de personas de la más alta sociedad y fieles al rey, de que una mujer embarazada se encuentra prisionera en Santa Teresa; les parece un acto innoble.

—¡Nada hay de innoble en apresar a una apóstata! —sentenció.

—Sí, Francisca, al gobierno le asiste la razón, pero la figura del virrey está sufriendo; si don Félix fuese bondadoso con la prisionera, mostrando las virtudes que le distinguen, entonces la sociedad intercambiaría crítica por respeto —concluyó ante la mirada pensativa de Francisca.

No estaba segura de haberla convencido, y con la intención de redoblar esfuerzos, envió un mensaje anónimo a Miguel Domínguez, quien había renunciado al cargo de corregidor en Querétaro para viajar a la capital y abogar por su mujer. Escribió: «Le aconsejo que apele a las virtudes humanitarias del virrey, suplicando que tome en cuenta la penosa condición de su embarazo y lo desamparados que deja a sus catorce hijos». Como siempre, la esquela no llevaba firma alguna.

Vanos fueron los intentos; no fue liberada, y sin embargo don Miguel consiguió que fuese tratada benignamente, proporcionándole escasas comodidades. Dio a luz a una nena que, quizá por las tribulaciones maternas, murió tempranamente.

Fue entonces cuando todos los avances de los criollos comenzaron a derrumbarse: los ejércitos españoles vencieron a los franceses y Fernando VII retornó al trono. El caprichoso Fernando, con el apoyo de gran parte del ejército y numerosos diputados serviles, restableció la monarquía absoluta y declaró sin efecto alguno todos los decretos de las Cortes de Cádiz.

—La desgracia nos persigue —le dijo a Ramón con tristeza—. Ya no hay Constitución ni igualdad entre criollos y españoles ni soberanía popular, y tampoco esperanza de que triunfen los insurgentes. Ahora sí, hemos fracasado.

Una tarde, mientras caminaban tomados de la mano por la ribera del río San Joaquín, muy cercano a Tacuba, Ramón se mostraba taciturno y pensativo cuando se detuvo y la miró de frente.

—He rumiado una idea para lograr la libertad —comentó inseguro—. Quizás sea una tontería, pero si aprovechamos la confusión causada por la mudanza de los archivos de la Inquisición,

podremos traspapelar los expedientes.

—¡Me parece una gran idea! —exclamó entusiasmada—. Sólo necesitaremos sobornar a uno o varios burócratas.

—Lo dices como si fuera asunto sencillo…

—Debemos hablar con el archivista del Arzobispado, a donde llevarán tus legajos. Creo que tu tío Mariano podrá sernos de gran utilidad.

—Él jamás se prestará a algo así.

—No debe enterarse, sólo utilizaremos su nombre.

Ramón fue con el archivista del Arzobispado, el padre Jacinto Felguérez, y consiguió que en absoluta confidencialidad le prestase su propio expediente y los de otros tres reos, porque ayudaba al canónigo Beristáin a encontrar una información que le sería de utilidad. El sacerdote, que debía su puesto a don Mariano, no tuvo reparo en aceptar.

Con los legajos en sus manos, la Güera y Ramón se dedicaron, entusiastas y divertidos, a desordenar los expedientes, extrayendo algunas fojas del caso de Ramón y entremezclándolas con los otros. Al final devolvió los archivos, comentando que Beristáin no los había visto y que encontró la información en otra parte. El buen hombre no sospechó nada; sin embargo, el caso de Ramón quedó desarticulado. Con aquella medida, y el contubernio del prior de los betlemitas, pudo abandonar definitivamente el convento.

La Güera había pensado por largos meses qué hacer cuando su amado estuviera libre. Le prestó veinticinco mil reales para que comprase un molino en Tacubaya y viviese de ello, consiguiéndole además alojamiento en una casa cercana a la suya, un espacio pequeño pero suficiente para sus necesidades. Ramón se sintió muy agradecido y comenzó a vivir en libertad de manera discreta y disimulada; iba a trabajar al molino durante el día y retornaba a su guarida tras caer el sol. Diariamente cenaban juntos, a no ser que ella tuviese algún compromiso ineludible, otros días se reunían por la mañana a desayunar, o ella lo visitaba en Tacubaya.

De nuevo la vida oculta la colmaba con mayores gozos. La relación con Ramón fue madurando; estaban tan unidos como las nubes al cielo, y sin darse cuenta forjaron esos hábitos que definen y diferencian a las parejas. Al caminar por prados o veredas se tomaban de la mano, y frente a un paisaje conmovedor inclinaban las cabezas al unísono, acercándolas entre sí pero sin tocarse. A ella le divertía la forma en que, tras el acto amoroso, acicalaba su cabello intentando recuperar la galanura, momento que aprovechaba para desgreñarlo nuevamente y burlarse de su infinita vanidad. Cuando compartían alimentos, aunque fuese en el más humilde mesón, lo hacían con maneras finas y elegantes, como si estuviesen en presencia del rey, lo cual disfrutaban enormemente. Ramón conocía las manías de la Güera: arquear la ceja izquierda denotaba incredulidad; si fruncía el ceño era que maquinaba alguna travesura, y cuando caminaba ligeramente encorvada sabía que su alma deambulaba trémula y disminuida. Ambos compartían éxitos y fracasos, penurias y riquezas, aunque su máxima desdicha fuese vivir ocultos, sin proclamar su amor a los cuatro vientos.

Juntos visitaron a Mariano Beristáin, quien el Domingo de Ramos había caído desde el púlpito a medio sermón, quedando inmovilizado de la mitad izquierda del cuerpo, con el rostro, el brazo y la pierna inútiles. Los recibió postrado en un mullido sillón, sin poder emitir palabra inteligible, y para la Güera fue notorio que, siendo hombre vanidoso y acostumbrado a seducir almas con palabras eruditas, la convalecencia le resultaba extremadamente penosa. No obstante, se mostró agradecido por la visita y podría decirse que hasta sonrió. Lo acompañaron la tarde entera, y con el transcurso de

las horas Ramón se fue acostumbrando a los extraños balbuceos de su tío hasta que finalmente logró comprender gran parte de sus palabras. Cuando comenzaban a despedirse, les dijo con mil dificultades que siempre había reprobado su relación, pero guardó sus críticas debido al amor que les profesaba; a ella por largos años de amistad constante, y a su sobrino por ser hijo de una prima favorita. Agregó que con el escarmiento de su desgracia comprendía lo erróneo e indebido de sus propias acciones, afirmando que Dios le había castigado por todas sus faltas y asumía con humilde resignación la sentencia, pero deseaba expiar sus culpas para reivindicarse a los ojos del Creador.

El retorno de Fernando VII molestaba a Ramón cual espina clavada en el pie. Tan pronto regresó al poder, comenzó a perseguir a los liberales y varios de sus amigos en España, como José María Couto, habían sido encarcelados; hasta algunos héroes de la guerrilla, como Xavier Mina, sufrían exilio después de haber expuesto sus vidas en defensa del rey y de su patria.

Pero lo que más le mortificaba era que entre tales acciones retrógradas se advertía la inminente restauración del Santo Oficio, y en consecuencia la reapertura de su caso. Si aquello sucedía, probablemente volvería a la mazmorra y a las garras de los inquisidores.

54

AL BORDE DEL COLAPSO
1814

Con cartas de los Guadalupes capturadas a Morelos, Calleja se dedicó a perseguir sin miramientos a los patriotas de la ciudad. José María Fagoaga, su cómplice en el caso de Ramón, era asediado continuamente por las autoridades al igual que el marqués de Rayas, Juan Francisco Azcárate, el tío José y muchos otros. No había a quién acercarse; apresaban tan sólo por ser parientes o amigos de sospechosos.

Una mañana, tras visitar el hospital de San Juan de Dios con la virreina y atender enfermos, Francisca apartó a la Güera del grupo de damas que le acompañaban y preguntó a bocajarro:

—¿Conoces a Francisco Lorenzo de Velasco?

—No, aunque estoy enterada de que era canónigo de la basílica de Guadalupe, de donde escapó para unirse a los insurgentes. —Mentía: lo conocía porque se entrevistó con él en varias oportunidades, cuando su apoyo a los patriotas era pleno y sin complicaciones; con él había negociado la entrega de sus haciendas de Santa Ana y San Isidro a los insurgentes.

—Pues ha caído prisionero, y el comisionado encargado de acabar con los Guadalupes ha pedido a mi esposo que te arresten.

—¡Dios santo! ¿Por qué me relacionan con tal señor?

—Hay una carta, supuestamente escrita por tu propia mano, donde mencionas la ayuda que prestaste a los herejes y que Velasco era tu contacto.

—¡Esa es la carta apócrifa que ya te había mencionado! —exclamó asustada, entendiendo de inmediato que si Velasco la delataba estaría perdida—. ¡Dios mío, estoy en manos del caprichoso destino!

Al notar el miedo en su rostro, Francisca tomó su mano, queriendo brindarle consuelo.

—No te angusties, Güera, estoy segura de tu plena inocencia; así lo he dicho a mi esposo.

Vivió dos meses de zozobra, recluida en casa y sin acercarse a Ramón, ya que la espiaban por órdenes del fiscal José Antonio de Noriega, quien soñaba con echarle la soga a todos los Guadalupes. No podía huir; eso equivaldría a declararse culpable dejando desamparados a sus hijos, a quienes desposeerían de todos sus bienes. Durante el día procuraba comportarse con la tranquilidad habitual, pero en las noches, hecha un mar de tormentas, lloraba a solas, cuando nadie pudiese observarla.

La ansiedad corroía su alma, así que intentó recabar noticias por conducto del Güero Ignacio, quien consultó a los escribientes que laboraban en Palacio y descubrió que, tras varios días de interrogatorios, Velasco había confesado su participación con los insurgentes y tras manifestar su arrepentimiento pidió el indulto. Reveló que Leona Vicario y el doctor Díaz eran sus enlaces con los Guadalupes, y que Mariano Betancourt, administrador de una hacienda de la Güera, le proporcionaba información. Su nerviosismo se acrecentaba; las indagatorias se acercaban peligrosamente a las personas con las cuales había actuado clandestinamente, y a los lugares donde había entregado sus contribuciones. De seguir con las pesquisas darían con ella. Su única esperanza era que Velasco, o alguien más, no la delatase.

Los días pasaban sin obtener más nuevas, hasta que un día Francisca de la Gándara la visitó: llegó en carruaje común, vestida sencillamente y cubriendo su rostro con una mantilla para no ser distinguida. La Güera la hizo pasar al salón del estrado, se saludaron con un beso en la mejilla, y tras sentarse en un canapé de seda color bugambilia le preguntó si deseaba tomar chocolate.

—No te molestes, mi visita será breve —dijo en tono tan áspero que la Güera temió lo peor—. Tan sólo deseaba comunicarte que has salvado la prisión sin demostrar tu inocencia.

—No comprendo —dijo la Güera, titubeante.

—Has tenido suerte —la virreina comenzó a abanicarse, impaciente—; las averiguaciones parecen demostrar tu culpabilidad, sin embargo, el canónigo Velasco se negó a realizar declaración alguna sobre tu persona, arguyendo que no desea causar mayores males.

Guardando silencio la miró con enojo, esperando alguna reacción por parte de la Güera, quien a pesar de los nervios se mantuvo serena. Francisca se levantó y caminando en vaivén, visiblemente molesta, continuó:

—El fiscal Noriega pidió al virrey que te procese, pero mi marido, conocedor de nuestra amistad, me bombardeó con infinidad de preguntas.

La Güera entonces comprendió:

—¡Tú me has salvado! —exclamó.

—Sí, yo he impedido tu deshonra. A cada pregunta de mi esposo recordaba nuestras visitas a hospitales, las veces que auxiliaste a viudas en desgracia o tu piedad ante la Virgen de Guadalupe, y no pude menos que defenderte. Pero ahora me devoran las llamas del remordimiento. ¿En realidad eres inocente?

La Güera se puso en pie y fue hasta ella para abrazarla. En un primer impulso quiso contarle todo, decirle la verdad, pensando que al menos merecía sinceridad de su parte.

—Agradezco infinitamente lo que has hecho por mis hijos, porque ellos son quienes más sufrirían si cayese en desgracia. —Hizo una pequeña pausa, y continuó—: Tal como has dicho, no soy culpable, pero tampoco inocente.

La virreina se derrumbó en el canapé, pálida y desmejorada.

—¡He cometido una gran falta; le he mentido a mi marido! —exclamó angustiada.

—No, Francisca. —Se hincó ante ella comprendiendo que no sería capaz de entender la verdad, pues la fidelidad a su esposo era mayor que cualquier razonamiento, y entonces falseó los hechos—: Tu conciencia puede estar tranquila; no tengo trato alguno con los insurgentes pero hace un par de años fui obligada a colaborar, ya que habían tomado mis haciendas y amenazaron con destruirlas si no les entregaba dinero. Esta guerra es injusta para todos; hoy tu marido es acusado de defender la Constitución que tanto odia el rey, y por ello intentan destituirlo… Nadie está a salvo en este momento.

La virreina guardó silencio, meditando y serenándose. Tras aquel ínterin, se puso en pie y concluyó en tono de severa sentencia:

—No volveremos a vernos. Eres sospechosa a los ojos de mi marido, y sería un desatino nuestra amistad.

Acto seguido abandonó la casa, con gesto sombrío y paso rápido. La Güera desconocía si había creído sus palabras o simplemente se resignó ante la duda; no volvería a acompañarla a sus piadosos quehaceres aunque prometió rezar diariamente por su bienestar, pues había fungido como su ángel de la guarda.

De inmediato fue en busca de Ramón hasta el molino de Tacubaya para notificarle lo sucedido.

Él la abrazó dichoso, bendiciendo a Velasco por haberse comportado tan noblemente. Al caer el sol, fueron a sus aposentos a festejar.

En Año Nuevo se hizo público el restablecimiento de la Inquisición, y el futuro de Ramón volvió a ser incierto; las posibilidades de ser arrestado eran enormes, y aunque la Güera intentaba tranquilizarlo recordándole que habían extraviado su expediente, él no encontraba paz en su corazón. Antes que regresar a las mazmorras preferiría huir y enrolarse con alguno de los pocos insurgentes que permanecían activos, pero lo más sensato era esperar y permanecer alertas a los acontecimientos.

La ansiedad de Ramón se sosegó al ver que tan pronto comenzaron a laborar los inquisidores, dirigieron sus odios y energías contra el virrey; claro, les había despojado de sus bienes y hasta había glorificado y enaltecido la Constitución que ellos tanto odiaban. Mientras los sacerdotes pelearan contra los gobernantes, él estaría a salvo. Además, se produjo una confusión enorme: desconocían dónde se encontraban los expedientes de reos en proceso, y tampoco les interesaba recopilarlos; se hallaban más preocupados en reabastecer sus arcas y reconquistar ese poder que ni el virrey ni el Arzobispado ni la Real Audiencia deseaban devolverles.

Al nacer su primer nieto, Pedro Romero de Terreros, su vida se colmó de novedosas e inesperadas emociones: frente al amor a sus hijos, jamás había pensado cómo sería amar a un nieto. Pepita lucía radiante, su yerno no cabía de gozo y ella misma emanaba felicidad; por si fuera poco, semanas después Antonia dio luz a una nena, Guadalupe Valdivieso, que le produjo redoblados sentimientos. No podía menos que agradecer a diario a la Virgen de la Concepción por sus bendiciones.

Ramón se alegraba con la misma intensidad que la Güera; su relación se había profundizado tanto que miraba a aquellos nietos como suyos. Vivían su amor a escondidas, pero tras los nacimientos comenzó a comparecer en familia, donde se trataban cortés y cordialmente, sin demostraciones amorosas. Ciertamente habían sobrepasado el arrebato pasional propio de los amantes para dar lugar a la sosegada convivencia, signo de todo matrimonio bien avenido. Juntos leían a Voltaire o Rousseau tanto como a Madame de Staël o René de Chateaubriand, disfrutaban de hilarantes obras picarescas en vulgares corrales de comedia, paseaban por el pueblito de Mixcoac o se perdían en parajes despoblados. Paradójicamente, de tanto huir se habían hallado a ellos mismos.

Ambos percibían cómo la desgracia iba socavando la lucha armada, a la par que el reino se hundía en la anarquía. Las minas ya casi no producían, los campos se cultivaban a medias, el ganado se diezmaba y el comercio estaba paralizado. Fueron comprendiendo que la lucha armada había sido un error. No intentaban exculparse; ambos eran tan responsables como miles y miles de compatriotas.

—Tanta pobreza y mortandad debe cesar —dijo la Güera tras haber recibido noticias de una sangrienta derrota de Morelos.

—No está en nuestras manos detener el caos.

El rostro de Ramón se contagió de la pesadumbre de la Güera; la tomó de la mano mientras caminaban por una plazuela de Tacubaya escasa de paisanos y fresca por la sombra de cuatro frondosos árboles.

—Algo podremos hacer. Debemos pensar.

—Conseguir la paz a costa del triunfo realista sería deshonrar a todos los caídos por la libertad. No podemos claudicar.

—Rendirnos, nunca. Pero, ¿sabes? Sueño con lograr la independencia en paz.

—Conseguir la independencia en paz… Ay, Güera, eso no sería un sueño sino un milagro —Ramón rio, remarcando lo fantasioso que le parecía tal pensamiento.

—No te burles, lo digo en serio. —Molesta, alejó su mano y se apartó de Ramón, quien sabiendo que la había ofendido, la abrazó cariñoso.

—Perdón, nada me daría más gusto que tu sueño se hiciese realidad.

Días después, les alegró conocer que en Apatzingán se había promulgado la primera Constitución independiente, aunque de nada serviría porque no había territorio ni pueblo que gobernar. El desastre era inminente.

En noviembre supieron que Morelos había sido capturado y trasladado a la ciudad de madrugada, para evitar que el pueblo se sublevase o causara disturbios. Se le procesó durante varias semanas y antes de finalizar el año fue fusilado en Ecatepec, muy cerca de la capital.

El ánimo de la Güera y de Ramón decayó totalmente; la causa estaba perdida, pensaban, porque sin la autoridad y el genio del cura de Valladolid los otros insurgentes pelearían entre sí hasta destruirse.

55

TODO SEA POR LA SALVACIÓN DE SUS ALMAS
1815

Casi finalizaba el año y los vientos invernales ya desplegaban los primeros fríos de la temporada. La Güera había acordado reunirse con Ramón en La Patera para comer y pasar el día juntos, y como iba con cierto retraso por algunos contratiempos con Paz, que se encontraba agripada, pidió a Casimiro que condujese el carruaje lo más rápido posible, pensando que él ya estaría esperándola. Al llegar le sorprendió que Ramón aún no estuviese ahí; fue a sentarse en el huerto, y siempre arropada con su rebozo preparó luego dos tazas de chocolate, pensando que llegaría cansado. Pero con el paso del tiempo el chocolate se enfrió; no podía entender qué lo habría entretenido en la ciudad o en Tacubaya, ya que siendo día de asueto nadie laboraba.

Al pasar las horas fue preocupándose; normalmente era puntual y tan sólo en un par de ocasiones había llegado con más de media hora de retraso. ¿Estaría enfermo? ¿Habría tenido algún problema en el molino?

Tras esperar dos horas más, regresó a la ciudad tan rápido como pudo y fue directo a la casa donde se hospedaba Ramón; tocó a la puerta y la casera, una señora siempre amable y discreta, se asomó para informarle que había salido en la mañana y desde entonces no tenía noticias de él. Sin importar la hora, fue hasta Tacubaya, llegando cuando el sol ya se ocultaba. El velador del molino explicó que no lo había visto desde la tarde anterior, al terminar la jornada. Su preocupación creció. Regresó a casa ya de noche, profundamente preocupada y con los nervios hechos trizas. Al entrar le esperaba un brevísimo mensaje de José María Fagoaga: «R. C. en prisión por orden real».

Desesperada, sin querer esperar ni un minuto más, fue con Fagoaga, y tan pronto se apeó del carruaje se abalanzó hacia la puerta. José María le abrió y la pasó al zaguán, reprochando su actitud.

—¿No te das cuenta de la imprudencia? Soy vigilado y puedes hacerte sospechosa viniendo a estas horas —dijo sin saludarla siquiera.

—¡Lo sé, pero necesito saber de Ramón!

Fagoaga, cuyo rostro siempre reflejaba un gesto de sobria seriedad, se colocó las pequeñas gafas que utilizaba para leer, al tiempo que extraía un papel que guardaba entre sus ropas.

—El rey mismo ha ordenado a Calleja que le arreste. Tuve entre mis manos la orden, firmada al calce por don Miguel de Lardizábal, ministro de Su Majestad, y por lo extraño del mandato lo he copiado —dijo extendiendo un papel, que ella le arrebató para leerlo con crispación:

> Notificado el rey de la escandalosa conducta de don Ramón Cardeña, canónigo de Guadalajara, ha mandado que Vuestra Excelencia lo haga arrestar y remitir con seguridad a Guadalajara, a disposición de su obispo, y que le embargue sus bienes, dejando libre solamente la cantidad que dicho obispo señale para la manutención del mencionado canónigo.

José María la miraba fijamente con intrigante sonrisa, invitándola a descubrir algo de suma importancia entre aquellas líneas; ella estaba tan afligida que sólo había reparado en la instrucción de detener a su amado. Volvió a leer el escrito dos veces y entonces comprendió.

—¡El rey no le acusa de ser insurgente en ningún momento! —exclamó asombrada—. Y no

menciona nada que lo defina como…

—… masón —concluyó José María con gesto suspicaz—. No comprendo por qué el rey se inmiscuye en un asunto tan banal como el comportamiento de un clérigo; ordena su arresto despreciando las acusaciones de masón e insurgente, refiriéndose únicamente a su «escandalosa conducta». —Miró fijamente a la Güera y sonrió—. Sea como fuere, Cardeña no será juzgado por la Inquisición ni por nadie; ha salvado la cárcel y la vida.

—¿Sabes dónde lo han recluido?

—En la cárcel del Arzobispado; me temo que ahí no habrá forma de visitarlo con sobornos.

La Güera agradeció la información, y cuando partía le asaltó una corazonada que podría explicar el asunto. Pidió a Casimiro que mejor se dirigiera a casa de Mariano Beristáin, ubicada a espaldas de la catedral, muy cerca de la de Fagoaga.

Mariano la recibió como si esperara su visita. Aunque el costado izquierdo de su cuerpo continuaba paralizado, había mejorado lo suficiente para hablar y darse a entender con mediana facilidad.

—Sí, he sido yo —dijo al verla entrar a su aposento, donde estaba ya en cama—. Pero he actuado de la mano de Dios.

Ella se derrumbó sobre una silla cercana al lecho; palideció y su mente se nubló ante tal declaración. No entendía nada, estaba mareada, ofuscada.

—Escribí a mi buen amigo Miguel de Lardizábal —continuó Mariano—, a quien bien conozco desde nuestra época de colegiales en Puebla, pidiendo que arrestaran a mi sobrino por conducta impropia de un clérigo.

—¡Cómo puedes ser tan inhumano! —clamó dolida y furiosa, a punto de estallar de coraje.

—Es justicia divina —dijo con voz solemne—. Ahora vuestra pecaminosa relación habrá de concluir, con lo cual os habré salvado de las llamas del infierno. —Ella quiso golpearlo o cuando menos injuriarle, pero estaba hecha un nudo imposible de destrabar—. Dios, en su infinita sabiduría, desea que expiemos nuestras culpas. No verás más a Ramoncillo, pero entiende que de continuar en tu pecaminosa relación arriesgabas la salvación de su alma… tan sólo por la fatua vanidad de retenerlo a tu lado.

Mariano tenía razón; su amor había nacido y se había perpetuado en contra de las leyes divinas. Su pecado era enorme, pero no le importaba: ella lo amaba y él era lo único que poblaba su mente.

—Tu inconsciencia ha sido enorme; dices amarlo, y al mismo tiempo arrojas su espíritu al tormento eterno. Tu orgullo los condenaría si no actuaba. —Guardó silencio mirándola con algo que intentaba ser una sonrisa piadosa, pero que a causa de su parálisis se trastocaba en un gesto infernal—. Todo lo he hecho por la salvación de sus almas.

La Güera levantó la mano para abofetear a Mariano, pero al verlo enfermo y decaído se contuvo. Entonces lloró de coraje e impotencia: Ramón y ella jamás podrían vivir juntos, ni ante Dios ni ante la sociedad. En su dolor pensó que no era necesario esperar el castigo divino, ya la separación de su amado significaba el abismo en esta vida.

Mariano levantó la única mano que podía, y lentamente le dio la bendición. Ella huyó hecha un mar de llanto.

Sus intentos por visitarlo en la cárcel del Arzobispado resultaron infructuosos, ya que la orden procedía del rey y le mantenían bajo extrema vigilancia. Con fuertes sobornos sólo pudo enterarse del día y la hora de su traslado, a efectuarse durante la madrugada del miércoles.

Desde un día antes hizo que Casimiro preparase la carreta que utilizaba para transportar el pulque de las haciendas, ordenando que se ataviara cual arriero; por su parte, vestiría enaguas oscuras, huipil con bordados púrpuras y rebozo negro cubriéndole la cabeza. Los colores servirían para subrayar el luto de su alma, y el atuendo indígena las raíces de la patria, intentando de esta manera comunicar a Ramón que a pesar de la separación, el amor, las ideas y la patria los unirían siempre.

Dos horas antes del amanecer salió de casa rumbo a la calle de Tacuba; Casimiro montaba el caballo de la Güera, Genaro conducía la carreta y ella iba sentada a su lado. Escondidos en la oscuridad esperaron en la esquina del Empedradillo, fingiendo acomodar las barricas vacías en el carro.

Pasó una hora que a la Güera le pareció una eternidad, pero al fin percibieron que un coche se acercaba: de cerca distinguieron que se trataba de una tosca galera con barrotes por ventanas y tirada por dos mulos. Un soldado custodiaba al reo sobre el carro, y dos más a caballo.

Pasaron a su lado y la Güera ordenó que se pusieran en marcha; transcurrida una cuadra, Casimiro fingió que el caballo se descontrolaba y emparejándose al carro, entre las sombras de la noche y los débiles faroles, logró observar con dificultad el interior. Retornó de inmediato con la Güera:

—El padre Ramón va adentro, con otros dos reos —informó en voz baja.

Al escuchar el nombre de su amado sintió un escalofrío de emoción, y la invadieron las ansias por contemplar su rostro. Entonces, a una seña de ella, Casimiro provocó al caballo para que respingara frente a los soldados que custodiaban la galera: de inmediato el sargento que comandaba el piquete detuvo la marcha, apuntándole con la pistola. Casimiro levantó los brazos.

—¡Tranquilo, hermano! —gritó—. El caballo de mi ama es muy brioso.

—¿Y por qué traes el caballo de tu ama?

—Doña Ignacia Rodríguez de Velasco viene detrás, en la carreta; tan pronto salgamos a despoblado se adelantará como rayo para llegar a la hacienda, donde tiene asuntos urgentes.

Ramón escuchó la voz de Casimiro, y al instante se asomó por la ventana trasera. Sus ojos brillaron al descubrir en la oscuridad a su amada, y oprimiendo fuertemente los barrotes con los puños se acercó cuanto pudo a la barrera; hubiera querido romper los hierros que le separaban de ella para abrazarla. Conteniendo el llanto, la Güera se puso en pie y se llevó la mano al corazón con mueca de angustia; él la observó e intentó esbozar una sonrisa para infundirle ánimo.

La galera reanudó el camino, y la carreta de la Güera tras ella, lo más cerca posible. Transitaron lentamente por calles pobladas de sombras como íntima procesión mortuoria, con los minutos prolongándose con angustia. Al pasar la Alameda enfilaron hacia la garita de la Tlaxpana mientras el sol alboreaba con amargura, permitiéndole contemplar, poco a poco, aquel rostro pálido, penoso, desgreñado y tan querido. Casi una eternidad se mantuvieron intercambiando miradas a la distancia, irremediablemente separados, distantes, oprimidos; ambos deseaban que las horas se aletargaran y aquella persecución durase para siempre.

Llegando a la garita, un par de militares detuvieron la galera para inspeccionar el salvoconducto de los prisioneros. Ramón estiró entonces el brazo entre los barrotes, como queriendo alcanzar a la Güera, y ella, en un impulso, bajó de la carreta y fue corriendo hacia él; quería tocarlo, palpar su calor, despedirse cara a cara y, si era posible, darle un beso. Mientras más avanzaba, más era visible la esperanzada sonrisa de Ramón, pero cuando estaba a dos metros de llegar, un soldado frenó su carrera apuntándole con el fusil. Desesperada, quiso burlarlo, apartarlo del camino para tocar la mano de su hombre; manoteaba y empujaba al militar sin importarle lo que pudiera suceder, pero

entonces el uniformado la tiró al suelo, levantó al aire el fusil y amenazó con golpearla.

—¡Deténgase! —gritó Casimiro y corrió hacia ella: tomándola por la cintura, alejó a la Güera del custodio mientras ella forcejeaba enajenada. Había estado a un paso de Ramón, y lo perdió en el último momento… La galera retomó la marcha, dejando sus ansias tendidas al viento.

El llanto ofuscó su visión, y el borrón que era el carro fue perdiéndose lenta e inexorablemente a la distancia. Ramón no dejó de observarla un solo instante; a lo lejos realizó un triste gesto de adiós con la mano.

Cuando no lo vio más, la Güera trepó al caballo y retornó a casa en frenético galope.

56

INFORTUNIOS Y TERTULIAS
1816

Desde su nacimiento, Victoria había sido una niña débil y propensa a enfermarse, pero con la última temporada invernal su salud desmejoraba de manera alarmante. En un principio el médico consideró que padecía calenturas estacionales, sin embargo, al continuar el malestar y no encontrar una causa, la fue sometiendo a distintos tratamientos que incluyeron purgas, sangrías con sanguijuelas y el consumo de diversas recetas de botica. Nada hizo efecto.

Alarmada ante los infructuosos remedios del galeno, la Güera hizo traer a curanderos indios que le dieron a beber mejunjes elaborados con hierbas que tampoco la sanaron. Finalmente, aquejada por fiebres que le provocaban insólitos delirios, y rodeada por el llanto de sus hermanos y el gran pesar de su madre, Victoria cesó todo sufrimiento una fría mañana.

La Güera, a pesar del inmenso dolor que la aquejaba, hizo arreglos para sepultarla junto a Lupita en San Francisco, donde sus dos angelitos morarían juntos. Lloró amargamente su ausencia; se encontraba desolada, víctima de la calamidad y apartada del hombre amado. Mucha felicidad le había proporcionado la pequeña Victoria en tan pocos años: su carácter dulce y alegre, a pesar de su frágil talante, siempre le inspiró especial ternura y la mimaba más que a sus hermanas, intentando protegerla continuamente. La recordó retozando en Santa Fe de la Soledad, junto a Paz; sus risas resonaban en su alma, y mientras más recuerdos venían a su mente, más sufría. A diario había rogado a la Virgen que la resguardara y le otorgase larga vida, pero Dios en su infinita sabiduría había decidido llevársela.

Ramón intentaba consolarla en sus cartas, disculpándose por no estar a su lado en momentos tan aciagos; continuamente prometía escapar para encontrarse con ella, pero la feroz vigilancia del obispo Cabañas se lo impedía.

La nueva virreina, doña Rosa Gastón de Iriarte, esposa de Juan Ruiz de Apodaca, visitó a la Güera, reconfortándola con nobles palabras y sentimientos por el fallecimiento de su hija. En medio de la conversación, la invitó formalmente a unirse a su corte y en un primer momento la Güera se negó, pero doña Rosa insistió suavemente: «Tan pronto su corazón alcance el santo consuelo, le suplico enaltezca la corte con su presencia». Agradecida por aquel noble gesto, la Güera prometió aceptar su oferta pasados un par de meses.

No obstante que el duelo por Victoria era enorme, descubrió que algo raro sucedía en los corazones de sus hijos: quizás a causa de la gran mortandad que afectaba diariamente sus vidas, ya fuese por la guerra, el hambre o la epidemia, no sufrieron la pérdida de Victoria con la misma intensidad que la de Lupita. A tres meses de las honras fúnebres, la normalidad había retornado a las reuniones familiares.

Por esas fechas nació su tercer nieto, Manuel Romero de Terreros, a quien apadrinó y profesó especial amor, posiblemente por considerar que Dios lo enviaba en sustitución de su querida Victoria.

Mientras las semanas pasaban en desánimo, supo que Manuela Taboada había regresado de España tras la muerte de su amado Mariano Abasolo para reencontrarse con su suegra y su hijo. Pensó que mucho le debía y le escribió para proponerle que administrara la hacienda de Santa Fe de la Soledad, ayudándola así a restablecer sus finanzas y con la intención de vendérsela después a precio muy conveniente. Manuela aceptó dichosa y agradecida, lo que alegró en algo el corazón de la Güera.

Casi al mismo tiempo el virrey Apodaca, quien había sustituido al cruel Calleja, liberó a Josefa Ortiz de su vergonzosa prisión. No la visitó para evitar sospechas, pero le hizo llegar un precioso ramo de alcatraces, flor que mucho le gustaba, con una pequeña esquela: «Tu libertad es la nuestra. María». Pensó que jamás entendería quién enviaba las flores, pero no importaba.

Un soleado día de septiembre, le sorprendió recibir mensaje de José María Fagoaga, solicitando que se reunieran nuevamente en el confesionario del templo de la Enseñanza. ¿Acaso era portador de malas noticias sobre Ramón? La inquietud la aguijoneó y acudió puntual a la cita.

Ya en el confesionario, a puerta cerrada, José María fue quien llevó la voz cantante.

—El gobierno me sigue los pasos y no dudo que pronto caiga prisionero —dijo con rostro impávido, como era su costumbre—. Han descubierto mis actividades secretas, y por más que me he defendido, no he podido convencerlos de mi inocencia.

—No sabes cuánto lo siento; la desgracia se ha cernido sobre nosotros —dijo la Güera con pesar, porque ciertamente muchos de sus amigos habían caído en prisión o habían sido exiliados.

—Pero antes de que eso suceda necesito pedir tu auxilio. Está por desembarcar Xavier Mina, un héroe español de la guerra contra los franceses, acompañado de varios oficiales europeos, todos de gran experiencia por haber combatido en las guerras napoleónicas. Vienen a luchar de nuestro lado y concluir la independencia.

La Güera sabía que los ejércitos insurgentes se habían diezmado convirtiéndose en pequeñas unidades, algunas comandadas por hombres de gran crueldad como el Castrador, al que apodaban de tal manera por cortar los testículos a los gachupines. La insurgencia se había convertido una gran confusión.

—¿Y por qué desean auxiliarnos los extranjeros?

—Los patriotas ubicados en Londres, entre ellos mis primos, han financiado parte de la expedición.

—¿Son mercenarios? —preguntó confundida.

—Algunos de los oficiales sí, pero Xavier Mina no; es un liberal hecho y derecho que odia a Fernando VII por haber anulado la Constitución. —La miró fijamente y continuó—: Necesitamos que nos ayudes a conseguir plata para sostener la lucha; ya he solicitado lo mismo a otros patriotas.

La Güera había decidido no apoyar más la lucha armada, pero no podía negarse ante Fagoaga. ¿Sería cierto que la expedición de Mina lograría la ansiada paz? Tras meditarlo un momento aceptó ayudar, advirtiendo que los tiempos eran difíciles.

Durante dos semanas reunió un poco de dinero, mucho menos de lo que antes conseguía, y se lo dio a Fagoaga.

—Es muy poco, pero ojalá sirva para alcanzar la paz —le dijo.

La organización de los Guadalupes dejó de existir. Por una parte, muchos de sus miembros cayeron en desgracia: José María Fagoaga fue finalmente encarcelado por deslealtad al rey, y aunque

pertenecía a una de las familias más ricas del reino, se le desterró a España; al marqués de Rayas le descubrieron correspondencia de los insurgentes y fue exiliado a Veracruz. Además, detuvieron a numerosos abogados, canónigos y hasta caciques indígenas. Por parte de los insurgentes, la expedición de Mina fracasó rápidamente, venciéndolo por los rumbos de Silao, triunfo por el cual Fernando VII premió al virrey con el ridículo título de conde del Venadito. La Güera sintió lástima: todo mundo se burlaba de Apodaca llamándolo el Venadito.

En sus continuas comparecencias en la corte, llegó a admirar y querer a Juan Ruiz de Apodaca: sobrepasaba los sesenta años de edad y su rostro mostraba un gesto de bondad que corroboraban sus acciones. De verdad era un hombre de buen corazón; entre sus acciones más notorias, emprendió una eficaz campaña de indultos, logrando que miles de insurgentes dejasen las armas, entre ellos prominentes figuras como Leona Vicario, Andrés Quintana Roo, el doctor Cos y don Carlos María de Bustamante.

La Güera estaba más convencida que nunca: la guerra no fue el camino adecuado; debían conseguir la independencia en paz, no con balas y cañones. «Lo único que hemos conseguido derramando sangre es pobreza, hambre y desdicha», pensaba a diario.

Sabiendo que numerosos patriotas compartían los mismos sentimientos, decidió reagrupar a sus amigos en una tertulia semanal donde podrían discutir y discurrir planes para obtener la independencia por medios pacíficos. Le escribió a Ramón comentando sus intenciones, y entusiasta como siempre, no sólo encontró acertada la idea sino que la alentó a llevarla a cabo.

Las tertulias tenían lugar todos los miércoles, y acudían patriotas con ideologías disímbolas, tanto republicanos como adeptos a la monarquía constitucional; para evitar sospechas, de cuando en cuando invitaba a algunos de ideas opuestas, gachupines amantes del absolutismo como Miguel de Bataller. Entre los asistentes ocasionales cabían personas sin ideología alguna, como la condesa de Regla, quien a pesar de mostrarse deseosa de culminar la guerra «con abrazos y no a balazos», como ella misma decía, se mantenía ajena a toda acción política. Al correr de los meses se fue conformando un asiduo grupo en el que se contaban doctores en Leyes, comerciantes prominentes, marqueses y hasta sacerdotes. Sus hijas, Pepita y Antonia, junto con sus maridos, eran presencias habituales.

Cada reunión iniciaba con una parte meramente social y cultural en la que se tocaba música, se leían poemas, se comentaban libros y hasta se criticaban las obras presentadas en el Coliseo; pero después de cenar, unos pocos se apartaban y reunidos en el gabinete adjunto discutían e ideaban soluciones que lograsen la independencia. Sabían que era indispensable difundir sus ideas y ampliar el número de adeptos, atrayendo a importantes personajes de la política, el comercio, el clero y el ejército, por lo cual, de cuando en cuando invitaban a nuevas personalidades para tantearlos, exponerles sutilmente sus ideas, y de encontrarlos aptos, sumarlos a la causa.

En una tertulia, José Manuel Bermúdez Zozaya, abogado de ideas moderadas y antiguo miembro de los Guadalupes, acudió con un invitado. Al saber que se trataba de Agustín de Iturbide, la Güera enfureció: aquel militar había sido especialmente cruel con los insurgentes, siendo el causante de la derrota de Morelos en Valladolid. ¿Por qué debía aceptar a un despiadado realista en su casa? A la primera oportunidad, apartados de los otros invitados, le reclamó a Zozaya:

—¡Como te atreves a venir con un enemigo a nuestra tertulia!

—Iturbide ha cambiado —se disculpó con plena seguridad—; me ha comentado sus inquietudes libertarias y juro que son sinceras.

—A ese hombre no le creo nada —sentenció la Güera, pareciéndole imposible que un héroe

realista se convirtiese en patriota de la noche a la mañana.

—Creo que deberíamos escucharlo —suplicó Zozaya—. Contar con un militar tan capacitado puede sernos de gran utilidad.

La tertulia transcurrió por los cauces usuales: doña Margarita Pedroso cantó algunos sones populares acompañada al piano por su marido, Azcárate declamó versos de su propia creación, y se comentaron las últimas noticias de España, donde el descontento popular era notable ya que el pueblo deseaba reinstaurar la Constitución. Durante la plática, la Güera no quitaba el ojo del intruso, y aunque procuró ser cortés y amable, no dejaba de sentir mudo coraje. Iturbide tendría entonces unos treinta y cinco años, era robusto, de elevada estatura, distinguido aspecto y maneras refinadas; su ovalado rostro y ojos azules eran enmarcados por rojizas patillas, y vestía de pantalón largo, levita, chaleco y camisa blanca con corbata de moño. La mayoría de las damas lo consideraban un varón apuesto.

Tras cenar manchamanteles con guajolote, frijolillos con manteca y otras olorosas viandas, se realizó la acostumbrada charla de sobremesa, en la cual exploraban las ideas y actitudes de los nuevos invitados mientras se servía el postre y algunos bebían coñac. Sin mayores preámbulos, impaciente, la Güera comenzó el interrogatorio.

—Disculpe mi atrevimiento, pero muero de curiosidad —dijo con fingida inocencia—. ¿Es cierto que el cura Hidalgo fue pariente suyo?

—Cierto, madame, aunque lejano. Ambos somos herederos de don Juan de Villaseñor, fundador de Valladolid.

—Siendo aquel su pariente y usted criollo de abolengo, ¿por qué no se unió al ejército insurgente? —preguntó Azcárate.

—El padre Hidalgo me ofreció un elevado cargo en su ejército, pero rechacé la oferta considerando que su plan solamente produciría desorden y mortandad. Lo mismo pensó el coronel José María Hidalgo, su hermano, quien ha sido comandante realista desde comienzos de la guerra. Y como podrán constatar, el tiempo nos ha otorgado la razón.

—Entonces usted no desea la independencia —concluyó la Güera, considerándolo de antemano ajeno a la causa.

—La situación actual es distinta a la de la época de Hidalgo y Allende. El pueblo ha gozado las libertades de la Constitución, y…

—¿Apoya usted la Constitución? —interrumpió ella, intentando profundizar en sus ideas.

—Creo que posee algunos errores, porque se redactó considerando las costumbres de España y no las de América —dijo mirando a pausas a todos los asistentes—; pero estoy convencido de que deberemos regirnos por una constitución propia que limite los poderes del rey.

—Dígame —cuestionó el marqués de Guardiola—, usted acudió a la capital para defenderse de acusaciones por malversación de fondos y tráfico de influencias; ¿cómo van sus asuntos?

—Finalmente se ha hecho justicia. —Se enderezó orgulloso, mientras sorbía un poco de coñac—. Me han exonerado de todo cargo.

—¿Y por qué no ha regresado a comandar sus tropas? —insistió el marqués de Guardiola.

—No pienso regresar a la vida militar; tras seis años de guerra se termina aborreciendo el inútil y doloroso sacrificio de sangre —repuso, enfatizando sus palabras con una mueca de desagrado.

Los cuestionamientos cesaron y la reunión prosiguió sobre cauces tranquilos, relajándose los ánimos en cordial convivencia. Al despedirse, don Agustín lo hizo amablemente.

—Madame, ha sido una velada deliciosa —dijo con extrema educación—. Espero que sus dudas hayan sido esclarecidas; nada me sería más honroso que acudir de nuevo a sus tertulias.

—No tiene que decirlo, coronel, esta es su casa —dijo la Güera sólo por cortesía.

Al partir, Azcárate la interrogó.

—¿Qué opinión te merece el señor Iturbide?

—Ya veremos si realmente ha cambiado —contestó con un gesto de incredulidad.

Al cumplir la edad reglamentaria su hijo, Gerónimo López de Peralta Villar Villamil Rodríguez de Velasco, tomó posesión del cargo de regidor perpetuo del Ayuntamiento de México que por herencia del padre de la Güera le correspondía. Ella se sintió orgullosa y feliz: la tradición familiar se mantenía viva, y nada habría alegrado más a su progenitor que ver a Gero en su lugar.

Tras la ceremonia de posesión, acudió a Palacio para jurar fidelidad a la Corona, siendo recibido por el virrey con especial cariño, casi como un familiar. Por la noche la Güera realizó un selecto brindis en casa, al cual asistieron los más cercanos de su tertulia y las pocas amistades de su hijo, siempre tímido y reservado.

Extrañamente, tan pronto surgieron conversaciones donde las palabras *patria*, *nación* o *libertad* se expresaban con natural desenfado, Gero se disculpó con los concurrentes y, pretextando estar fatigado, se retiró a sus habitaciones.

57

VENUS Y LAS TRES GRACIAS
1818

Era de madrugada cuando la tierra comenzó a estremecerse con todas las fuerzas del infierno, y la Güera salió corriendo a la calle en camisón junto a Paz, Gero y la servidumbre. El espectáculo era terrible: rumbo a la calle de Damas algunas viviendas se vinieron abajo entre alaridos de la gente y las torres de la iglesia de San Francisco se bamboleaban como si tiritaran de miedo. Las fachadas de algunos edificios, de cal y adobe, se desgajaban ante el asombro de los capitalinos que asustados corrían a cualquier parte, hincándose de golpe para orar al cielo mientras los niños no paraban de llorar en medio de aquella desdichada escena. La Güera abrazó a sus hijos y rezaron un padrenuestro tras otro hasta que luego de un par de eternos minutos el movimiento se apaciguó.

Al día siguiente supo que el terremoto había quebrantado múltiples construcciones, dejando profundas grietas en las fachadas e interiores de numerosos conventos e iglesias. Por si fuera poco, se produjeron daños en los acueductos de Santa Fe y de Belem, por lo cual el agua llegaba a cuentagotas.

Días después se informó que el temblor lo había causado el volcán de Colima, quedando aquel poblado casi destruido. En la ciudad de Guadalajara habían muerto dos mil cristianos, y se habían derrumbado las torres de su catedral.

—Esto es señal de malos augurios —dijo Teófila, y la Güera desestimó sus palabras.

Como si los dichos de Teófila fueran proféticos, a los pocos días murió su madre, María Ignacia de Osorio y Barba, rodeada de sus tres hijas, un yerno, ocho nietos y tres bisnietos. La velaron con todos los ritos de la tradición, enterrándola en San Francisco junto a su esposo. La Güera sentía una gran aflicción porque con ella jamás pudo relacionarse amorosamente, viviendo en eterna pugna: la madre desaprobando sus acciones, la hija retándola. Ante su cadáver le pidió perdón por todos sus errores y rogó fervorosamente por su alma.

Según estipulaba el testamento, la Güera heredó la casa donde sus padres vivieron, ubicada en el número 6 de la tercera calle de San Francisco, justo frente a la iglesia de La Profesa.

Durante un largo mes realizó los preparativos para mudarse, envuelta en extrañas sensaciones. Abandonar donde había habitado durante más de dos décadas le producía melancólicos pensamientos y despertaba infinitas remembranzas.

En esa casa, ubicada en el número 8 de la calle del Coliseo, vivió los años de su matrimonio con Gerónimo, felices al principio, cargados de sinsabores al final. Ahí nacieron sus hijos y ahí murieron Lupita y Victoria al igual que su segundo marido, Juan Ignacio. Entre sus muros acontecieron tantas cosas: amoríos, conjuras, tertulias, fiestas y velorios. En el mirador de la azotea, junto a Humboldt, observó por primera vez la Luna en todo su esplendor; en su alcoba amó a Ramón Cardeña, en el salón del estrado enseñó a sus hijas las labores consideradas propias de su sexo, y en el gabinete introdujo a Gero en las minucias del manejo financiero.

Miró con nostalgia hacia el Coliseo: ya no se entretendría con los grupos de paisanos que pasaban

hacia la función teatral, la ópera de moda o las zarzuelas. Al observar los comercios que flanqueaban el portón de la antigua casona, recordó nuevamente a Ramón. ¿Cuántas veces no se había ocultado en ellos, ya fuese para evadir las autoridades o tan sólo para estar cerca de sus besos?

Entrar a la nueva casa también le inspiraba sentimientos inesperados, sobre todo aquellos que nacían del recuerdo de su padre, tan querido, tan añorado. Recordó las risas, los juegos y las travesuras con Josefa, ahora enemistadas y alejadas.

Tan pronto se acomodó en la casona, decidió retomar las tertulias independentistas con mayor denuedo. Habitar la residencia de su padre acrecentó sus sentimientos patrios.

Debido a la creciente pacificación del reino, ya que solamente persistían pequeños grupos de insurgentes especialmente en el sur, la vida cortesana había recuperado algo de brillo, por lo que se reunía frecuentemente con la virreina, a quien había tomado singular cariño por su dulce carácter. Los saraos, besamanos y hasta las fiestas populares habían retornado con forzado esplendor, ya bien para demostrar que la normalidad se había reinstaurado en el territorio, o para aliviar en algo las aflicciones y penurias causadas tras ocho años de guerra.

La Güera se henchía de orgullo por la belleza de sus hijas, Pepita, de veinticuatro años, Antonia, de veintidós, y Paz, de catorce, ya tan hermosa o más que sus hermanas. La gente las alababa y a la Güera también, por lo que les agradaba asistir juntas a cuanto evento social pudiesen. El marqués de Guardiola, siempre tan galante, tuvo la ocurrencia de llamarlas con el alegórico nombre de «Venus y las Tres Gracias» porque, decía, eran tan bellas como la diosa romana del amor y sus tres compañeras, las deidades de la belleza, el encanto y la alegría. Lo que más agradaba a la Güera era que la compararan con Venus, la única mujer capaz de pacificar a Marte, dios de la guerra.

El dichoso mote alcanzó un revuelo sorprendente, cruzó el océano hasta la corte de Madrid y llegó a los oídos de Fernando VII, quien solicitó a don Juan Ruiz de Apodaca un retrato para juzgar si la fama de las cuatro damas era justificada. La Güera se sorprendió del caprichoso encargo del monarca, y cuando lo comentó a Ramón, contestó burlándose atrevidamente del rey por tan superflua actitud, y de ella por dejarse seducir ante la fatua vanidad. Concluía con tiernos pensamientos: «No encuentro otra causa de tanta burla que los celos nacidos del más fiel amante, quien mira el alma y no el rostro. Amada mía, de verdad eres el ser más bello de nuestra patria. Siempre tuyo, Ramón».

La Güera no dejaba de pensar en lo paradójico de aquella pintura. Por las noches maquinaba planes para liberar a su patria, y durante la mañana posaba ante el artista junto a sus tres hijas semidesnudas, cubiertas apenas por sutiles y transparentes gasas, con la intención de asemejarse a las mitológicas divinidades; ella llevaba en la mano un laurel de flores que simbolizaría la paz de América.

El óleo, de reducidas dimensiones para facilitar su traslado, fue concluido rápidamente y enviado a al rey. La Güera nunca supo qué opinión causó, y ni siquiera si lo había visto, porque en esos días España se encontraba inmersa en conspiraciones contra el monarca.

Iturbide acostumbraba mandar y ser obedecido sin objeción alguna. Durante años había dirigido regimientos realistas que a una sola orden le obedecían sin chistar, por ello las objeciones de la Güera herían su vanidad. Desde que llegara a la capital para defenderse de las acusaciones en su contra, supo que la Güera Rodríguez era famosa por su belleza e ingenio, e intentó conocerla para saciar su

curiosidad. Al saber que el abogado que le ayudaba en los litigios, José Manuel Bermúdez Zozaya, era asiduo a las tertulias de la señora, le pidió encarecidamente que lograse invitarle.

Estaba enterado de que allí se reunían criollos inclinados a desligarse de España, pero no le importó, al contrario, sus ideas sobre la independencia habían cambiado profundamente a raíz del juicio al que lo sometían: tras años de fiel servicio al rey, con la primera acusación de su carrera le arrebataron el mando de sus tropas, reduciéndolo a la calidad de vil inculpado. ¿Acaso merecía ser ofendido de tal manera? ¿No había triunfado en todos los combates, para gloria de Fernando VII? Se percibía humillado y deshonrado, por lo que deseaba vengarse del gobierno. Además, lo sabía a la perfección, su carrera militar no tenía mayor futuro: ostentaba el rango de coronel y jamás podría aspirar al de general tan sólo por haber nacido en América y no en España; la milicia no podía brindarle mayores glorias.

Al conocer a la Güera le cautivaron su inteligencia y la seguridad con que se desenvolvía. A simple vista se comprendía que no era una mujer fácil de conquistar, como aquellas con las que acostumbraba divertirse un rato y de las que se hastiaba prontamente. No; desde que la conoció intuía que se encontraba frente a una hembra que podría aportarle una relación plena de emociones y satisfacciones; hacerla su amante parecía una aventura digna de emprender, y el deseo de conquistarla se aposentó en su mente, aun sabiendo que la tarea sería en extremo difícil.

Como Apodaca tenía en buena estima a Iturbide, este asistía esporádicamente a los eventos de la corte. Su carácter jovial y dones naturales para seducir a todo tipo de concurrencia le convertían en invitado ideal a los eventos de Palacio; hábil en el billar y arriesgado en los naipes, era admirado por los hombres y deseado por las mujeres. En cierta ocasión, departía con un grupito de nobles cuando observó que la Güera se apartaba para tomar un poco de aire. Agustín la siguió hasta el descansillo de la escalinata central de Palacio, desde donde se admiraba el jardín botánico.

—Madame, ¿se siente usted bien? —cuestionó, caballeroso.

—Perfectamente, no se preocupe. Es que no fumo y el humo me fustiga, tanto como las comparecencias imprevistas —agregó ella sin poder reprimir su disgusto.

—Discúlpeme si le he molestado —dijo ofendido y giró para retirarse.

—No, don Agustín, perdone mi insolencia —se arrepintió la Güera—; estoy de mal humor sin conocer la causa y le suplico me excuse.

—No deseaba molestarle; jamás acosaría a una dama —comentó Iturbide en tono formal.

—Qué alivio, señor, entonces son falsos los rumores —dijo la Güera con sarcasmo.

—¿A qué se refiere, madame?

—Dicen las malas lenguas que encarceló a numerosas mujeres en Pénjamo por el único crimen de ser novias o familiares de insurgentes.

—Está bien enterada de algunos sucesos reservados.

—Tengo en honra ser amiga de las personas más prominentes del reino, lo cual conlleva ventajas exclusivas.

—Tiene razón en dudar —intentó defenderse Agustín—, ciertas acciones pueden parecer odiosas a primera vista, pero ocultan la verdad.

—¡Válgame Dios! Me pareciera estar frente a un mago, cuyo arte consiste en trastocar la realidad en ilusiones.

—Desearía ser el mejor de ellos para robarle una sonrisa, pero no hay truco —dijo en tono galante, desatendiendo el comentario de la Güera—; esas mujeres eran familiares de insurgentes y

vivían desprotegidas, abandonadas por sus maridos o padres al enrolarse en la guerra. No las arresté; las remití a una casa de recogimiento como se acostumbra hacer con toda mujer desamparada. Además, con ese acto intenté que sus familiares se indultaran, salvando así sus vidas y fortaleciendo la anhelada paz. —Agustín intentó acorralarla con un pregunta perspicaz—: ¿Reprueba usted los actos encaminados a salvar vidas?

La Güera se dio cuenta de que Iturbide era eficaz en sus argumentos, además de poseer gracia y estilo al conversar. En toda su disertación no había perdido la sonrisa, siempre cordial y seductora.

—Desearía confiar en sus palabras, don Agustín, pero muchas dudas asaltan mi cristiana conciencia. Ha sido acusado de enriquecerse cobrando peajes a los comerciantes, robando mercancías y muchas otras cosas que seguramente estará cansado de escuchar.

—Madame —sonrió, seductor—, siendo usted tan asidua a la corte sabrá que no poseo riqueza alguna y que, para mitigar mis carencias, el virrey me ha permitido administrar la hacienda de La Compañía, en Chalco. Como esos son mis únicos ingresos, podría decirse que soy un hombre quebrado.

—Perdone la insistencia, pero también se cuenta que malgastó su fortuna en el juego y las mujeres.

—Si hubiera robado las cantidades que falsamente me imputan, ni en treinta años podría dilapidar tal fortuna. —Hizo una pequeña pausa, y sin perder la sonrisa continuó—. Pero ya que he respondido a todas sus preguntas, permítame formular una sola: ¿qué mal le he causado para ser tan profundamente odiado?

—En nada me ha ofendido, gracias a Dios —dijo sonriente la Güera—. Es sólo que mi alma es enemiga de la crueldad.

—Madame, ¿diría usted que Morelos o Hidalgo fueron crueles por fusilar a cientos de prisioneros y arrasar villas y sembradíos? No, señora, ellos cumplían con su deber: obtener la victoria para su empresa. —Hizo una pausa—. Pero ahora estoy convencido de que debemos concluir la guerra y cesar el derramamiento de sangre entre ciudadanos.

—¿Y qué hará para lograr tan virtuoso fin?

—En principio no volveré a levantar mi espada contra mis hermanos.

—Porque ya no tiene tropas —alegó la Güera con ironía.

—No, señora, el virrey me ha solicitado retomar el mando del regimiento de Celaya, pero me he negado.

La Güera lo observó detenidamente, intentando descubrir qué tanta verdad había en sus palabras. Él se mantuvo sereno.

—Para un militar de larga carrera como usted, que en esencia busca la gloria, debe resultar enojoso no poder aspirar al generalato, reservado únicamente a los nacidos en España.

—Enojo no, madame, envidia quizás, como envidia me causan los convidados a sus tertulias —dijo cambiando la conversación y rehuyendo el tema, que en realidad le molestaba.

—Don Agustín, mientras usted no porte armas y galones, será bienvenido en mi casa —dijo ella, intentando ser amable.

—Madame, no vestiré uniforme hasta que usted lo ordene —respondió y besó su mano.

—Cuide sus palabras, coronel, pueden ser utilizadas en su contra —sentenció la Güera con un gesto de picardía.

Iturbide sonrió amablemente; creía haber ablandado por fin a la Güera Rodríguez.

58

¡RAMÓN, RAMÓN MÍO!
1819

Agustín concurría a las tertulias esporádicamente, algunas veces acompañado de su esposa, Ana María de Huarte, mujer sencilla y agradable que tocaba el piano con singular encanto y a quien la Güera siempre trató con respeto. Las opiniones de Iturbide, encaminadas a establecer una monarquía constitucional, se hicieron presentes en las disertaciones, y notó que debido a su osada y seductora personalidad fue ganándose la confianza de los contertulios.

En lo personal ella lo atendía cordialmente pero aún con resquemores, mismos que Iturbide intentaba eliminar apoyando a la Güera en sus argumentos o defendiendo sus posiciones en alguna acalorada discusión. Aquel afán por complacerla y conquistar su confianza, aunado a sus esporádicos galanteos, la obligaban a guardar distancia y mantenerse expectante. Jamás lo tuteaba, resguardándose tras la seguridad que proporcionaban las maneras respetuosas.

En una tertulia, Juan Francisco Azcárate se acercó para hablar con ella.

—Güera, creo que sería conveniente incluir a Iturbide en el círculo central; un militar puede ser altamente benéfico para nuestros planes.

—¿Estás convencido? En mi pecho, no le tengo suficiente confianza; cualquiera que carezca de ideas firmes puede delatarnos.

—Entre conversaciones ha mostrado ideas progresistas, y en privado me ha comentado su deseo de obtener la independencia del reino.

Por largo rato discurrieron los pros y contras de contar con el michoacano en sus planes secretos, siendo inobjetables en su lógica los argumentos de Azcárate, por lo que la Güera terminó cediendo.

—Pongámoslo a prueba —dijo—. Mañana nos reuniremos con él, y si reacciona favorablemente, contaremos con un aliado; si intenta delatarnos, yo misma acudiré con el virrey, diciéndole que todo fue una artimaña para averiguar si Iturbide era leal a la Corona o no.

Azcárate accedió, y acordaron lo que debían exponerle para constatar su fidelidad a la causa: una posible conjura para apresar al virrey e intercambiarlo por la independencia, asunto que resultaba una quimera de no contar con apoyo militar.

Como las torrenciales lluvias no cesaban, causando severas inundaciones en diversas partes de la ciudad, Azcárate e Iturbide llegaron ligeramente mojados. Pronto Teófila les llevó espumante chocolate en cuencos de plata y se alejó cerrando la puerta.

—Don Agustín —comenzó la Güera—, Juan Francisco me ha comentado de sus deseos de concluir la lucha de independencia.

—Sí, madame, se lo he dicho a usted, y permítame reiterarlo: estoy dispuesto a lograrlo ya sea con mi espada o con mi mente, el arma que más convenga a la patria.

—¿Recuerda el golpe dado a Iturrigaray por los gachupines? —dijo la Güera—. Pues se planea hacer lo mismo, sólo que a nuestro favor, lo que a simple vista es ilusorio…

—Todo menos ilusorio, madame. —Iturbide sonrió, mostrando gran entusiasmo y seguridad—.

Si actuamos con disciplina, el éxito será nuestro. Ya lo he pensado por mi cuenta y me alegra que ustedes también.

—¿Y qué es lo que has considerado? —preguntó Azcárate.

—Secuestrar al virrey con el apoyo de las tropas de la capital y formar una junta de gobierno —dijo de inmediato.

—Suena demasiado sencillo para ser verdad —contradijo la Güera, intentando saber si realmente había estudiado las posibilidades.

—El virrey me tiene en buena estima, y continuamente me conmina a regresar al ejército. No será difícil que me nombre comandante de alguna plaza.

—Explíquese, por favor.

—La estrategia es infalible: ubicar tropas leales en la Ciudadela, donde se deposita la artillería y parque de la ciudad, lo que haría a cualquier fuerza incapaz de responder a nuestras acciones. Un batallón debe tomar Palacio y arrestar al virrey, al mismo tiempo que capturan a los principales jefes gachupines y realistas.

—Con ello se habrá apoderado de la ciudad, pero no del reino.

—Por supuesto; para lograr el triunfo total se requiere de tropas leales que nos respalden. El coronel Armijo, mi amigo y comandante de los Ejércitos del Sur, nos apoyará, además del regimiento de Celaya y otros cuyos comandantes me son fieles.

La Güera estaba sorprendida. Iturbide mencionaba el plan tal como lo habían concebido, pero con una gran diferencia: él contaba con el apoyo militar que a ellos les faltaba. De un momento al otro había convertido una fantasiosa idea en un proyecto a todas luces factible.

Comenzaron a bordar los pormenores de la estrategia, y la participación de cada miembro de la conspiración: la Güera obtendría información de las actividades de los virreyes y movimientos de tropas en las provincias, influenciaría a doña Rosa para que convenciese a su marido de otorgar a Iturbide una plaza principal, e intrigaría contra los principales militares españoles, intentando que fuesen transferidos a plazas lejanas; Azcárate apalabraría a su amigo, el coronel Cristóbal Villaseñor, comandante del regimiento de Guanajuato, y finalmente utilizarían las tertulias como centro de acciones, debido a que nadie sospecharía de ellas por asistir numerosos individuos de comprobada fidelidad a España.

—Por si fuera poco —dijo Agustín—, al conquistar el poder los insurgentes dejarán las armas, puesto que ya habremos logrado la independencia.

—La situación en España nos favorece —agregó la Güera, cada vez más convencida—. Las intentonas de sublevación para restaurar la Constitución tienen a la Corona al borde del abismo, y los gachupines harían cualquier cosa para evitar que se promulgue en Nueva España.

—Aprovechando su temor —agregó Azcárate—, podríamos atraerlos a la causa.

—Aún debemos perfeccionar muchos detalles —concluyó Iturbide—, y antes de emprender cualquier acción deberemos tantear a los posibles aliados; si uno solo de ellos falla, estaremos perdidos.

Durante días su cabeza fue un torbellino que le robaba el sueño. El corazón la inclinaba a realizar el plan, la razón le dictaba lo contrario. Si fueran descubiertos o fallaban en el intento, podrían morir, sufrir prisión o, por lo menos, ser desterrados. Ciertamente no debía preocuparse por su familia: Pepita y Antonia eran independientes a sus decisiones por estar casadas, Gerónimo fungía como regidor del Ayuntamiento y Paz sería protegida por sus cuñados, nobles y políticamente influyentes en Nueva España.

En una carta pidió consejo a Ramón, recibiendo por respuesta una emotiva aprobación:

«¡Adelante, querida mía! Tu espíritu no fue creado para pintar paisajes sino para vivirlos».

Confundida y temerosa, concluyó obedeciendo al corazón, pero antes, el mismo día de su decisión, fue con el licenciado Madariaga, escribano de toda su confianza, y realizó testamento. Sucediese lo que sucediese, debía dejar en orden su vida.

Comenzaron a trabajar de la manera más discreta posible, ocultando los movimientos aun a sus propios contertulios. Debido a que las reuniones se efectuaban en su casa, la Güera conocía nombre y funciones de los pocos que se iban sumando al grupo; por primera vez estaba involucrada totalmente en una conspiración, y diariamente imploraba a la Virgen de Guadalupe su protección.

Todo avanzaba con precisión: ella promovía sutilmente al coronel Iturbide ante los ojos de los virreyes; Azcárate preparaba un manifiesto para dar a conocer los motivos y la finalidad del golpe cuando el movimiento triunfase, además de orquestar los mandos y deberes de la junta de gobierno; Iturbide se carteaba y entrevistaba con varios militares, a la vez que realizaba planes para contrarrestar la reacción de los gachupines y el clero, y entre todos figuraban cómo deberían ser los distintivos de la nueva patria.

En cuanto al escudo no tenían duda: sería un águila, símbolo de la fundación del antiguo imperio mexicano utilizado tanto por Allende en las primeras banderas insurgentes como por Morelos años después. Sin embargo, los colores insurgentes habían sido el azul borgoña y el blanco, demasiado utilizados también por los realistas.

La Güera pensaba que el triunfo debía significar el nacimiento de una nueva nación, por lo que propuso que la bandera fuese distinta, con novedosos colores y significados. En un principio los demás aprobaron la idea, pero como había asuntos prioritarios que atender, se postergó la decisión. No obstante, por alguna extraña inclinación ella prefiguraba la combinación de rojo, blanco y verde, los colores alegóricos de las tres virtudes: fe, esperanza y caridad. La blanca fe, por la devoción a Dios y la Virgen de Guadalupe; la verde esperanza de construir una patria libre y próspera; y la roja caridad o amor que debían profesar al prójimo y sus compatriotas, aun a costa de su propia sangre.

Una mañana recibió carta de Guadalajara y entusiasmada la abrió, esperando encontrar las amorosas palabras de Ramón, pero en lugar de su acostumbrada letra, fina y elegante, había otra que, por lo desgarbado de los trazos, denotaba prisa y urgencia:

> Dando cumplimiento a la voluntad del difunto, le informo que el pasado 6 de marzo del presente año, murió en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia el Dr. Ramón Cardeña y Gallardo, canónigo que fuera de esta Santa Catedral de Guadalajara. Dios le tenga en su gloria y perdone sus pecados.

Un profundo sufrimiento invadió su pecho, haciéndole aullar con tal estrépito que la servidumbre fue a su alcoba y tuvo que obligarles a dejarla a solas. Con la angustia encajada en el alma, releyó la esquela intentando encontrar algún indicio de falsedad, esperanzada en que fuese un engaño. Sacó el cofrecillo donde guardaba sus cartas, pero el papel era similar y el lacre el mismo que usaba Ramón para sellar la correspondencia.

¡Su amado, su idolatrado Ramón había fallecido!

Deshecha, leyó otra vez todas sus cartas, tratando de adueñarse de él mediante sus palabras, de impedir que la dejase. Cada rasgo en su escritura estaba delineado para agradarla, cada adjetivo era un beso, cada frase emanaba amor. Leyó y releyó, una y otra vez, con los ojos anegados y el pulso

embravecido de sangre. De pronto se descubrió riendo por alguna broma u ocurrencia, se sintió cobijada por sus brazos o besada por sus labios. El alma de Ramón poseyó su ser y comprendió que fue inmensamente afortunada, porque pudo gozar del verdadero amor. Recordó cuando lo conoció, dieciséis años atrás, y cómo le cautivaron sus verdes ojos de chispeante ingenio. Revivió su historia entera; las veces en que se refugió en su casa para reanudar su atropellado amorío o cuando volvió a México para apoyar la propuesta autonómica del Ayuntamiento, pero sobre todo cuando sufrió prisión, porque en el infortunio del cautiverio sus corazones por fin se comunicaron libres de urgencias, con la sosegada serenidad de las horas laxas, sin propósito, y más que amantes se convirtieron en amorosos compañeros.

Se descubrió sola y desamparada, huérfana de amor. Tomó las cartas entre sus manos y llevándolas hasta el pecho bendijo a Ramón con vehemencia infinita: «Gracias, mil gracias, amor mío. No habrá vida suficiente para agradecerte, ni muerte infinita para olvidarte; nuestro romance nació y creció en la soledad de los desvelos, ajeno a las farsas sociales, al mundanal cuchicheo. Y así como vivió, murió en las sombras del anonimato, lejano a todos excepto a nosotros».

Entendió claramente que si deseaba conservar incorrupto su idilio, debía ocultarlo para siempre, acallarlo, enterrarlo en el alma, protegerlo de la ciega crítica y la perversa envidia. Su historia surgió en clandestino pecado y fenecería en luminoso secreto; jamás debería ser conocida por nadie.

Tomó un retrato en miniatura que tenía de Ramón y un pequeño mechón de su cabello, los llevó hasta el altar de la capilla doméstica, y guardándolos en una cajita de plata los colocó a un lado del crucifijo.

Aquellos recuerdos serían las santas reliquias de su vida, de su fe.

59

CONJURA EN LA PROFESA
1820

Su alma estaba hecha trizas, pero nadie debía saber la causa. Vistió luctuosos ropajes por varios meses, acción que sólo ella comprendía porque a nadie reveló la causa de su penar. En la capilla del convento de los betlemitas realizó con extrema reserva el novenario y misas en las cuales ella era la única presente, habiendo ordenado atrancar las puertas para evitar la entrada a cualquier intruso. Sólo ahí podía desahogarse, llorar todo el sufrimiento contenido y rogar al Señor en voz alta que les perdonase, que si bien su amor había sido pecaminoso, concluyó tan puro como el cielo.

Pretextando estar enferma, durante semanas no realizó tertulia alguna ni salió de casa excepto por las idas a la capilla. Quizás así habría permanecido por meses, pero una mañana se presentó Agustín de Iturbide solicitando ser recibido de urgencia. Con desgano le hizo pasar, y al tomar asiento en uno de los sillones de damasco preguntó gentilmente por su salud.

—Voy mejorando… Con dificultad, pero mejorando —dijo con rostro desanimado y el dolor abrasando su alma.

—Hago votos por que se recupere pronto; le necesitamos —dijo poniéndose de pie y caminando en nervioso vaivén; venía con noticias importantes y le atemorizaba que la Güera las desdeñara—. Debido a su enfermedad, quizá desconozca los más recientes acontecimientos: el rey ha reinstaurado la Constitución en España, lo que deberá ocurrir prontamente aquí, asunto que tiene a los gachupines muy preocupados, ya que se suprimirían de nuevo sus privilegios. —Hizo una breve pausa y agregó, con tono misterioso—: Dudará de mis palabras. Sin embargo, los líderes gachupines ansían la independencia de nuestra patria.

—¡Jesús! —exclamó la Güera, verdaderamente sorprendida—. ¿Los españoles desean que los americanos nos separemos de España?

—Eso planean en sus juntas —el orgullo se traslucía en sus ojos—, las cuales celebran justo frente a su casa, en el templo de La Profesa.

Ante el mudo asombro de la Güera, continuó relatando que don Matías de Monteagudo, director de La Profesa, junto a un compacto grupo de serviles entre los que se hallaban Miguel Bataller, el obispo de Puebla, el de Guadalajara y otras personalidades conocidas por sus ideas reaccionarias, se juntaban para idear un golpe que evitase la reinstauración de la Constitución en Nueva España. Tan desesperados se hallaban por evitarlo, que preferían pactar la independencia si con ello se libraban de las leyes liberales.

Hasta donde Agustín sabía, su plan consistía en declarar que el rey se hallaba prisionero por las Cortes y nombrar al virrey Apodaca como gobernante de Nueva España, en tanto Fernando VII pudiese actuar libremente.

—Casi lo mismo que buscaba el partido criollo en tiempos de Iturrigaray —concluyó Iturbide.

—Muy distinto —arremetió ella con molestia, ya que muchos malentendían los esfuerzos del partido criollo en 1808—. Las propuestas del Ayuntamiento se basaban en reconocer la soberanía popular, formar una junta gubernativa y convocar a un congreso nacional para decidir nuestra forma de gobierno. Los serviles de La Profesa proponen gobernarnos por el absolutismo, alejándose de todo

principio democrático.

—De cualquier manera —arengó Iturbide, perturbado e intentando convencerla—, con astucia podremos servirnos de ellos. Continuemos nuestro plan, pero haciéndoles creer que trabajamos a favor de su conjura, con lo cual evitaremos cualquier acción adversa.

—Lo que propone es en extremo audaz. —A la Güera le sorprendió la astucia de Agustín—. Debemos fingir que las tropas realistas se sublevan a favor de los serviles para, después, darles la espalda y tomar las riendas del movimiento. ¿Le he comprendido cabalmente?

—A la perfección, pero por favor —Agustín se atrevió a dar el paso necesario para intimar con ella—, hagamos a un lado las formalidades; te suplico me permitas tutearte.

Aquella abrupta petición causó resquemores a la Güera, como si deseara derribar la barrera que la protegía de sus galanterías. No obstante, asintió inclinando la cabeza.

—Mil gracias —sonrió satisfecho—. Creo que así llevaremos una relación de colegas, más propicia a nuestros proyectos.

—¿Y Juan Francisco Azcárate está al tanto de dichos asuntos? —dijo ella para evitar una conversación que terminase en mayor intimidad.

—Se encuentra fuera de la ciudad; tan pronto retorne le informaré.

—Como hemos abolido las formalidades, hablaré sin tapujos —dijo la Güera con seriedad, un tanto molesta por los desplantes de Agustín—. Los serviles cometen un gravísimo error: su plan se sustenta en granjearse el apoyo del ejército para impedir que se promulgue la Constitución, cuestión imposible porque en España los ejércitos se levantaron para lograr lo contrario. Tal como desdeñaste al cura Hidalgo por considerar mal concebido su plan, así deberías rechazar a los señores de La Profesa. Si el virrey se niega a reinstaurar la Constitución en Nueva España, las clases ilustradas, el pueblo y hasta los regimientos traídos de Europa protestarán y se sublevarán.

—¡Pero inmiscuirnos en sus planes es una oportunidad que debemos aprovechar! —dijo Agustín, reprimiendo la molestia que le provocaba la negativa de la Güera.

Ella reflexionó nuevamente y supo que Agustín tenía razón, ya que participar en las reuniones de La Profesa les permitiría sabotearlos o utilizarlos convenientemente.

—En eso tienes razón —accedió por fin—; lo más provechoso será tener ojos y oídos en esas reuniones.

La Güera consideró que Ramón habría aprobado sus acciones y hasta le habría animado a realizar tal empresa, así que a partir de ese momento abandonó el duelo al que ella misma se había sometido, no sin antes rezar a su amado para que iluminase sus decisiones.

Pocos días después, los conspiradores de La Profesa sufrieron un grave revés: Apodaca se vio obligado a jurar la Constitución, con lo cual la conspiración de Monteagudo y sus cómplices ya no tenía razón de existir.

Al mismo tiempo, Azcárate propuso abandonar el plan de secuestrar al virrey, ya que gracias a la reinstauración de la Constitución se gobernarían con mediana autonomía. Todos estuvieron de acuerdo menos la Güera: se había convencido de que no debían sujetarse a los vaivenes de España. Si los serviles volvían a vencer a los liberales, la Constitución se anularía.

Con la Pepa renació la libertad de imprenta, circulando hojas volantes, folletines y diarios con nombres cada vez más estrafalarios: *La Chafaina Se-Quita*, *Las Zorras de Sansón*, *Al que le Venga el Saco que se lo Ponga* o *Don Antonio Siempre el Mismo*. Además, se organizarían elecciones de regidores de ayuntamientos y diputados, se eliminaron los pasaportes, pudiendo salir de la ciudad y viajar

libremente, y se suprimió la Inquisición definitivamente.

La Güera y sus contertulios se entusiasmaron por el ardor cívico que contagiaba a la ciudad entera. Se decretó que todas las escuelas de letras enseñasen los valores de la Constitución, se imprimieron catecismos políticos para enseñar al pueblo sus derechos y obligaciones. El fervor político alcanzó los púlpitos, donde muchos sacerdotes leían y explicaban las leyes durante el sermón. Pero los altos clérigos estaban muy contrariados, ya que la Constitución suprimió el fuero eclesiástico, con lo cual serían juzgados como cualquier civil. Lo mismo sucedía con los militares de alto rango, a quienes también suprimieron el fuero, y les arrebataban el poder que antes ejercían sobre los pequeños poblados rurales, gobernándolos y haciéndose ricos a sus expensas.

Las Cortes españolas, además, decretaron la liberación de presos políticos, con lo cual José María Fagoaga y el marqués de Rayas pudieron volver a México; en una de las tertulias la Güera festejó su retorno, tratándolos cual héroes. José María relató que en España los masones se habían hecho del poder y Apodaca tenía los días contados, puesto que los liberales veían con desconfianza a todo gobernante nombrado por el rey durante su periodo absolutista.

Como las nuevas elecciones estaban prontas a celebrarse, se dieron a la tarea de seleccionar y promover a los candidatos criollos más leales. La Güera no pudo estar más satisfecha; de su grupo, o cercanos, fueron electos Ignacio Adalid, Manuel Sánchez Tagle, Juan Francisco Azcárate, José Manuel Bermúdez Zozaya y el propio José María Fagoaga, a quien la población aclamó y vitoreó por una tarde entera.

La Güera se dio cuenta de que todo cambiaría con la Pepa, pero no había que cantar victoria aún.

En Palacio todo era preocupación y desánimo. Juan Ruiz de Apodaca consideraba que las libertades otorgadas por la Constitución podrían beneficiar a los pocos insurgentes que subsistían, muy especialmente a Vicente Guerrero, cuyo territorio de acción se enmarcaba en la denominada Tierra Caliente, al sur del reino. Una tarde, la Güera vio deambular al virrey en extremo contrariado, discutiendo airadamente con el general Francisco Novella.

—Pobre de mi marido —dijo afligida doña Rosa—, como el coronel Armijo no logra pacificar las comarcas del sur, su mal humor es insoportable.

—¿Por qué no lo han sustituido por un militar más efectivo? —preguntó la Güera, intentando obtener alguna información importante.

—¿Pero por quién? Mi marido no ha encontrado a uno solo —se quejó la virreina con aire de forzada resignación.

La Güera supo en ese mismo instante que el destino les brindaba una gran oportunidad y debían aprovecharla. Esa misma noche se reunió con Iturbide, Azcárate, Fagoaga y el marqués de Rayas.

—El virrey desea sustituir a Armijo —les informó emocionada—. ¡Esta es nuestra oportunidad!

—¡Es momento de que Agustín entre en acción! —dijo Fagoaga, que había entendido de golpe la idea de la Güera.

Todos miraron a Iturbide, esperando su reacción.

—¡Estoy dispuesto al triunfo! —exclamó como si arengara al regimiento antes de la batalla.

La Güera se dio a la labor de apoyar el nombramiento de Iturbide, intentando que la oligarquía del gobierno lo recomendara para ocupar el puesto: Azcárate apalabró a varios miembros del Ayuntamiento, y tanto el marqués de Rayas como Fagoaga hablaron con amigos cercanos para que influyeran en Palacio. El mismo Iturbide se reunió con Monteagudo y los miembros de La Profesa, convenciéndoles de que al ser nombrado jefe de los Ejércitos del Sur lograría pacificar el reino y

proclamar la independencia de España, suprimiendo la Constitución.

Ya que Gero era regidor, se le acercó para solicitar su ayuda; mayúscula fue su sorpresa cuando se negó a realizar cualquier acción.

—El virrey me ha concedido permiso para dejar mi cargo de regidor. Me iré a vivir a Bojay para administrar allá mis haciendas —dijo tajante.

—¿Desde cuándo decidiste tal cosa? —cuestionó la Güera molesta y ofendida, ya que aún no tenía la edad para heredar el mayorazgo, y parecía dudar de su honradez en la administración de sus pertenencias.

—Cuando me percaté de que nuevamente estaba usted urdiendo asuntos indebidos —expresó mostrando un profundo malestar.

—¿Indebidos? ¿A qué te refieres?

—Madre, desde pequeño he vivido a la sombra de sus actos, padeciendo en carne propia las consecuencias. Cuando fue desterrada; cuando se rumoraba que pertenecía a los Guadalupes, y que tarde o temprano caería en prisión; cuando decían que era amante de tal o cual pelafustán… Usted caminaba sonriente frente a todos, pero jamás pensó en nosotros. ¿Sabe cuánto sufría por las burlas de mis compañeros de colegio al gritarme «hijo de puta»…?

La Güera quiso abofetearlo pero se contuvo. Jamás había considerado que sus acciones pudieran afectar a su familia, aunque ciertamente a sus hijas parecían no importarles; es más, a partir del mote de Venus y las Tres Gracias, disfrutaban de la celebridad provocada. Pero ahora descubría que a su hijo aquello le perturbaba sobremanera.

Gero se sosegó ligeramente, sentándose al borde de la cama, y ella aprovechó aquel ínterin para hincarse frente a él y hablarle a un palmo de su rostro.

—Puedes juzgarme por los muchos errores cometidos durante mi vida. Desde niña he luchado para obtener un poco de libertad; perdóname si con ello te he herido u ofendido —dijo afligida y suplicante—. También he deseado que nuestra patria sea independiente, al igual que tu abuelo, pero si he de conseguirlo perdiendo a mi hijo, estoy dispuesta a renunciar a todo… Por favor quédate, no huyas de mí.

Él la miró tiernamente y explotó en llanto, echándose a sus brazos.

—¡Tengo miedo, mamá, tengo miedo por usted, por mis hermanas… tengo miedo!

Entendió entonces que Gero, su nene, carecía de la valentía necesaria; que sufría intensamente por las intrigas, las conspiraciones, por la vida que ella había escogido, pero que irremediablemente lo afectaba.

—No temas, mi cielo, nada malo va a pasar. En la hacienda de Bojay estarás seguro —le dijo abrazándolo con todas las fuerzas de su alma.

60

RELIGIÓN, INDEPENDENCIA Y UNIÓN
1820

La Güera se levantó temprano, con el ánimo decaído. Ese día Gero partía a la hacienda de Bojay, y tras una sentida reconciliación se despidieron con lágrimas y besos, olvidando injurias y desavenencias. Ella sabía perfectamente que le asistía la razón, porque ser hijo de una mujer cuya imagen era zarandeada por los vaivenes de chismes y escándalos públicos resultaba cruz difícil de cargar. Desde entonces viviría sólo en compañía de Paz, pero no por mucho tiempo ya que una noche, mientras asistían al Coliseo junto con sus hermanas y cuñados, ella le solicitó encarecidamente que recibiera a José María Rincón Gallardo, marqués de Guadalupe Gallardo, quien deseaba pedir su mano. La noticia no la tomó por sorpresa, porque bien había notado que el joven aprovechaba las tertulias para conversar largamente con Paz, sin lograr disimular ni uno ni otra sus sentimientos.

José María había fungido como asistente de Calleja durante su gobierno, y después se retiró a sus haciendas para administrarlas directamente, acción inusual entre la aristocracia pero que bien definía su industriosa y ordenada personalidad. Cuando el novio se presentó lo recibió con agrado, ya que la decisión de su hija le parecía muy acertada. Sólo externó una condición: que se casaran en fecha posterior a que Paz cumpliese quince años, lo cual ocurriría en junio del año entrante.

—Sí, mamacita —dijo de inmediato Paz—. Ya lo habíamos considerado; es más, queremos darte una sorpresa.

—Señora —tomó la palabra José María—, hemos decidido casarnos el 16 de septiembre, para honrar a usted y a la patria.

Esa noticia sí fue sorprendente; su querida Paz y José María eran patriotas, y deseaban celebrar su matrimonio el día en que se iniciara la gesta de la independencia.

Les agradeció emocionada, así que abrazándolos bendijo su unión. Luego fue a la capilla doméstica a rezar por su felicidad, y a relatar a Ramón lo sucedido.

Sin darse cuenta, la relación con Agustín se había tornado amistosa y cercana gracias a que él era de carácter optimista y entusiasta. Poseía las virtudes de un líder y sus finas maneras le abrían camino en todo círculo social, teniéndole respeto los realistas al considerarlo paladín de su causa y aceptándolo los patriotas por su condición de criollo, no arrepentido de su pasado pero dispuesto al cambio.

Debido a las cuestiones propias de sus proyectos, la Güera lo veía con regular frecuencia, y en numerosas ocasiones compartían en privado. Con el correr de los días pudo percatarse de que le galanteaba, externando halagos y piropos sin disimulo cuando estaban a solas. Le resultaba irritante que los varones considerasen a una viuda presa fácil de sus caprichos; sin embargo, no intentó frenar sus pretensiones ya que aquello halagaba su vanidad, y además sabía que un varón deseoso actuaría sumiso a sus órdenes, situación conveniente a los propósitos de la causa.

De vez en vez pedía ser recibido en su casa pretextando alguna urgencia, y llegaba con flores en las manos, una alhaja de plata o cualquier obsequio que se le presentase en el camino; tras los saludos

de cortesía se sentaban a tomar chocolate o una copita de jerez y conversaban de mil asuntos, menos de la supuesta urgencia. En aquellos momentos Agustín resultaba encantador y las horas a su lado agradables; en las tertulias era ameno y festivo, cautivando la atención de los concurrentes gracias a la elocuencia, pasión y audacia de sus disertaciones, pero a la vez demostraba ser meticuloso y ordenado en sus planificaciones.

Una noche, mientras los demás comentaban las últimas noticias, la Güera salió un momento para tomar el fresco. La lluvia había amainado y sobre los charcos de la calle se reflejaba el templo de La Profesa, ligeramente iluminado por las farolas. Una majestuosa luna brillaba entre escasas nubes, resultando el cuadro tan hermoso que exhaló embelesada.

—Quién fuese la luna para robar un suspiro a tu alma —susurró Agustín a sus espaldas mientras le cubría los hombros con un rebozo—. Pensé que tendrías frío y me he permitido traértelo.

—Tu mujer debe agradecer al cielo por tener un marido tan atento —dijo con la clara intención de evitar requiebros.

—Cubrirte de halagos es lo que ansío —insistió Agustín, que había bebido un poco de más y no podía refrenar sus impulsos.

—Perdón, Agustín, deberás saber que soy incapaz de hurtar el marido a una dama, y mucho menos a alguien tan dulce como Ana María —dijo amablemente—. Han comenzado a soplar aires fríos. ¿Entramos?

Comenzando noviembre, Iturbide fue con la Güera sin previo aviso.

—¡Lo he conseguido, Güera, hemos triunfado! —exclamó primero a gritos, y después prosiguió en voz baja para evitar que le escuchasen los sirvientes—. El virrey me ha nombrado comandante de los Ejércitos del Sur.

Al escuchar aquello, lo abrazó entusiasmada.

—Debemos llamar a Azcárate, al marqués de Rayas, a Fagoaga —dijo en un impulso—. ¡Que vengan ya!

—No, Güera; sólo contigo quería compartir la noticia. Debo marchar a Chalco para informar a mi familia, ya que en seis días viajaré rumbo al sur.

—¿Y qué te ha encomendado el virrey?

—Pacificar el reino; ya sea que Vicente Guerrero se indulte, o en su defecto vencerlo —dijo escuetamente.

—Pero nosotros pactaremos con él.

—Saliendo del despacho virreinal me encontré a don Miguel de Bataller, quien de seguro estaba informado de mi comparecencia —continuó, desatendiendo la frase de la Güera—. Me dijo silenciosamente: «Hemos movido las voluntades del virrey para beneficio de lo planteado en La Profesa; tan pronto venza a los insurgentes, deberá proclamar la independencia bajo estas bases». Y me entregó este manuscrito —concluyó extendiendo un legajo formado por varias hojas.

El Plan de La Profesa consistía en declarar la independencia y pedir a Fernando VII que viniera a gobernar Nueva España; mientras el monarca accediese, la jefatura de gobierno recaería en el virrey Apodaca, pero sin atender ninguna ley o decreto promulgado por las Cortes de España sino las leyes absolutistas.

—Los de La Profesa están predestinados al fracaso —reiteró la Güera—. No consideran a los liberales, que son miles, ni la unidad de los habitantes del reino. Lograr la independencia de tal manera provocaría nuevamente la guerra.

—Pues si deseamos la independencia, de una u otra manera deberá suceder. No es posible satisfacer a todos.

—Claro que podemos, y pienso que hasta con mayor facilidad —dijo la Güera, que ya llevaba muchos meses rumiando la posibilidad de concluir la independencia en paz—. Muchas cosas unen a gachupines, criollos e indios, sean ricos o pobres. Todos deseamos la independencia, todos estamos dispuestos a defender nuestra religión, todos amamos esta tierra… Si obramos con astucia, lograremos nuestro cometido.

Acordaron que tan pronto regresase de Chalco, convocarían a un grupo selecto de patriotas para proponer ideas y elaborar un plan de acción. Antes de despedirse, tomó la mano de la Güera con sutil firmeza y la llevó hasta su boca, besándola con algo más que cortesía.

—Güera, por ti soy capaz de todo.

—Agustín —lo increpó una vez más—, para obtener el éxito será fundamental no mezclar otro sentimiento que el amor patrio.

—Los sentimientos que me provocas son tan auténticos como el más profundo amor a la patria; si intentase disimularlos, deshonraría a mi corazón.

Ella le sonrió de forma tal que no anulaba sus pretensiones pero tampoco las nutría, y con sinceridad le dio un beso en la mejilla.

La Güera se dio a la tarea de conjuntar a un puñado de patriotas de toda confianza, con el objeto de elaborar un manifiesto que unificase las distintas corrientes políticas. En el grupo había representantes de todas ellas: unos deseaban establecer una monarquía constitucional, otros una república y algunos más una autonomía similar a la propuesta por el partido criollo en 1808. Tal diversidad de ideales resultaba indispensable para concretar algo que satisficiera a todos: americanos y europeos, mulatos y blancos, soldados y generales, curas y obispos.

En conjunto compartían la ilusión de alcanzar la anhelada paz para iniciar una era de progreso, y tenían clara la estrategia: se intentaría pactar con Guerrero y los insurgentes que aún subsistían para unirlos pacíficamente al movimiento, al tiempo que se enviarían cartas a los principales comandantes realistas y a los más destacados jefes políticos del reino, invitándoles a sumarse. Iturbide se encargaría de pactar con los militares y con varios prelados de primer orden. En cuanto a los políticos, el éxito estaba casi asegurado, ya que recientemente se habían realizado las elecciones de diputaciones y ayuntamientos, teniendo bien identificados a los patriotas electos.

Ya que los varones eran expertos en leyes y política, la Güera no participaba en todos los alegatos y disertaciones, entrando y saliendo esporádicamente del salón comedor, donde había colocado hojas, plumas y tinteros para que apuntasen sus ideas. Por ello, al darles la bienvenida dijo en tono de broma:

—Señores, no salen de aquí hasta redactar el plan —y cerró la puerta con llave.

A ratos se asomaba para escuchar sus discusiones, acaloradas a veces, tranquilas otras. Con gusto se percató de que Agustín moderaba las reuniones con soltura y aplomo, confluyendo opiniones y promoviendo acuerdos. Sin embargo, casi al concluir el tercer día de trabajos aún no habían alcanzado acuerdo alguno. En un momento, al fragor de una incesante discusión, Iturbide pidió silencio a gritos y tomó la palabra.

—Señores, el tiempo transcurre y no encontramos acuerdos para nuestro plan.

—Date cuenta; conciliar tantos intereses distintos resulta imposible —explicó Fagoaga molesto —. Somos como agua y aceite.

—Si no logramos unirnos —dijo desilusionada la Güera—, jamás conseguiremos la paz.

—Tiene razón la señora —arremetió Iturbide—. He procurado imbuirme de los conceptos de unos y otros, y ahora más que nunca estoy convencido de que la unión es el pilar sobre el cual deberemos fundamentar nuestro manifiesto. Por ello, tras estos días de continuas discusiones, he razonado los puntos fundamentales que deben cristalizar nuestro movimiento.

Poniéndose en pie, comenzó a leer apuntes de una hoja que, por lo visto, le habían servido para desarrollar un bosquejo del plan.

—Deberemos enunciar una propuesta sencilla y clara; que sea comprendida y aceptada tanto por doctos catedráticos como por la plebe. Por ello, nuestro primer argumento deberá referirse a defender la religión católica, punto en el cual no encontraremos oposición alguna. El segundo baluarte deberá ser la independencia, sentimiento que compartimos todos sin excepción.

En el salón los distintos rostros aprobaban en silencio, sin vacilación, expectantes a sus próximas palabras.

—Nuestros principales oponentes serán los nacidos en España —continuó— y deberemos unirlos a nuestra causa si deseamos evitar la guerra. Ofrezcámosles tranquilidad garantizando su permanencia en nuestra patria, manteniendo sus caudales y otorgándoles empleo según sus capacidades y virtudes. —Hizo un ligera pausa antes de concluir—: Estos tres serán los pilares que sustenten nuestro movimiento: religión, independencia y unión.

La Güera se emocionó con el plan expuesto por Agustín, en el cual articulaba de manera simple los puntos que podrían obtener la unión de todos los habitantes de Nueva España.

—Debemos retomar algunos conceptos esgrimidos por los insurgentes —agregó Azcárate—. Para empezar, debemos abolir la esclavitud y el sistema de castas, como propuso Morelos, haciendo que todos los nacidos gocen de los mismos derechos, sin importar el color de su piel. Pero más aún, se deberá conformar un congreso para elaborar una constitución propia, perfeccionando y ajustando la de Cádiz.

Todos al unísono aprobaron la moción, lo que aprovechó Fagoaga para tomar la palabra.

—Y nos constituiremos en una república, como también deseaba Morelos —dijo tajante, convencido de que debía imponer sus ideas.

—No, José María —interrumpió Agustín con autoridad—; más de la mitad de la población es devota al rey, y así como Hidalgo comenzó la lucha teniendo a Fernando VII como bandera, así deberemos hacerlo nosotros.

Un gran alboroto se formó entre los asistentes, mezcla de palabras malsonantes y desaprobaciones.

—¡No he concluido, caballeros! —gritó Agustín, palmoteando en la mesa—. La monarquía constitucional es la mejor forma de gobierno, régimen reconocido por las cultas naciones de Europa como el más avanzado y equilibrado. Piénsenlo: hemos vivido tres siglos en orden monárquico, cambiar de golpe a un sistema republicano cosecharía desequilibrio y confrontaciones. Por demás, estoy convencido de que debemos constituirnos como imperio para mantener unidos a todos los reinos, capitanías y provincias que conforman el Virreinato de Nueva España. Una república no podría conjuntar el territorio que abarca desde la Alta California hasta la provincia de Costa Rica.

—Pero seamos sinceros —levantó la voz Fagoaga, intentando acallar los murmullos de los otros —, es muy probable que Fernando VII no acepte nuestra corona. Entonces se desatará una lucha entre americanos para ocupar el trono vacío.

—Pues deberemos incluir que, si Fernando rechaza el trono, se le ofrezca a otro miembro de la familia real —dijo la Güera, intentando conciliar.

—Más aún —inquirió Azcárate—, acotemos que gobernará Fernando VII o uno de sus hermanos, y en caso de negarse ellos, llamaremos a un príncipe de cualquier otra casa reinante europea: así obtendremos un monarca avalado por la Iglesia, alianzas con Europa y además impediremos la funesta codicia.

El salón fue un desorden total, con discusiones a gritos entre voces confusas. De inmediato se crearon dos bandos que se agredían mutuamente: los partidarios de la monarquía constitucional y aquellos que defendían la república. Unos se levantaban increpando, otros proferían amenazas y algunos observaban incrédulos el espectáculo.

—¡Por favor, señores! —gritó la Güera hasta aplacar los ánimos; el solo hecho de atestiguar la agresividad surgida entre sus amigos la molestó profundamente—. ¡Si la confrontación es el futuro de mi patria, me niego a proseguir!

El salón fue invadido por un silencio sepulcral; los varones mostraban cierta vergüenza en sus rostros.

—Lo que Agustín propone me parece sensato —continuó la Güera, serenando su ánimo—. Con este plan podremos lograr la independencia, y después, alcanzando la madurez necesaria, transformarnos en república federativa, centralista o cualquier otra forma de gobierno que decidamos. Lo que me parece más afortunado del plan es la sencillez. La religión, la independencia y la unión garantizan una transición pacífica a la libertad.

Agustín tomó la palabra y los exhortó a secundar su plan, que si bien no dejaba satisfecho en plenitud a nadie, complacía en lo sustancial a todos. Finalmente aceptaron apoyarlo, encargándose la redacción del manifiesto a Bermúdez Zozaya y agregando algunos acuerdos, como que una junta o regencia gobernaría la nación en lo que algún monarca aceptara el trono, y que se regirían por la Constitución de Cádiz en tanto se redactaba y promulgaba la propia.

Al despedirse los concurrentes, Agustín buscó la manera de ser el último en partir. Ya estando solos, tomó delicadamente la mano de la Güera y la besó.

—Agradezco tu apoyo. Puedes estar confiada, que no te defraudaré.

—No debes agradecer nada —respondió sincera—. Estoy convencida de que tu propuesta es acertada.

Antes de partir lo besó, candorosa y sugestiva, en la mejilla. Su emoción era auténtica; por fin se veía la posibilidad de que la patria lograse la libertad y además Agustín la trataba con amable delicadeza, cubriéndola de halagos y atenciones, por lo que había conquistado su amistad.

61

EL PLAN DE IGUALA
1821

Durante la semana anterior a su partida se reunió con Agustín diariamente, aunque fuese por escasos minutos. La Güera era presa de gran entusiasmo, y con Azcárate y Fagoaga escribía un sinnúmero de misivas a militares, jefes políticos, diputados o personalidades de gran influencia en todo el reino refiriendo los planes e invitándolos a secundar el movimiento. Dichas cartas se guardaban para ser enviadas en el momento adecuado.

Agustín partiría el jueves 16 de noviembre, así que la Güera realizó tertulia en su honor el miércoles, siendo convidados únicamente los patriotas que colaboraban en el plan. Los asistentes no hacían más que alabarlo y brindar en su honor, mientras las damas lo miraban con ojos de idolatría. Azcárate escribió una pequeña oda a la libertad aderezada de alegorías mitológicas; cantaron al unísono algunos sonecitos del país, sintiéndose con ello más unidos a la patria, y comieron mole con pato, tamales y otros platillos típicos, bebiendo pulque a raudales. Todo era festejo criollo con auténticos sabores nacionales.

En un momento, mientras salía a la cocina para ordenar que sirviesen los postres, Agustín se le acercó a conversar. La detuvo en el corredor con amable firmeza, tomándola del talle.

—Güera, no sabes lo dichoso que soy —dijo con voz torpe y ojos enrojecidos por el alcohol—. Tus sueños pronto serán realidad.

Ella quiso decir algo, pero él le cubrió la boca con el dedo índice.

—Tengo una gran noticia —balbuceó—. Hoy mismo solicité al virrey que me nombrase brigadier y pusiera en mis manos el regimiento de Celaya, que siempre me ha acompañado, y accedió a ambas peticiones.

—¡Qué buena noticia! —exclamó ella, sabiendo que al estar rodeado de hombres leales siendo brigadier, podría actuar con mayor libertad y eficacia.

—Antes de partir quiero reiterar que esta aventura la emprendo por dos amores: mi patria y tu persona —dijo acercándose a un palmo de su rostro.

—Agradezco tus cumplidos, pero no los merezco. —La Güera se apartó al intuir que deseaba besarla.

—Las cartas secretas que habré de enviarte estarán firmadas con el nombre *Damiana* —dijo con orgullosa sonrisa que casi era mueca.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella, sin saber si debía ofenderse o reír—. ¿Damiana, como la hierba de la pasión que despierta deseos carnales a quienes la toman? No me parece muy elegante el gesto.

—Elegí ese nombre para recordarte la pasión que mi alma alberga por ti. Pero además Damián es mi tercer nombre, Agustín Cosme Damián, que significa «domador»… y también porque llaman Damiana a la diosa Cibeles, madre de toda vida y fertilidad. —Tras un breve carraspeo, continuó con tono seductor—: Güera, tú eres mi diosa: hacia donde miras florece la vida.

Rio complacida mientras él reanudaba el galanteo.

—Arriesgo mi vida por ti, y creo merecer alguna recompensa —dijo trastabillando con las palabras.

—Has dicho que lo haces por amor a la patria.

—Y por el sentimiento que despiertas en mi alma… Sólo anhelo que tras liberar al reino seas mía.

—Agustín, sabes bien que yo no pertenezco a nadie —dijo suavemente, pero retrocedió un paso.

—Debieras sentirte orgullosa; gracias a ti seremos libres. Promete que accederás a mis deseos, y juro que daré mi vida por realizar tus sueños.

Debido a la embriaguez, Agustín se comportaba obstinado en exceso, insistiendo una y otra vez en sus pretensiones hasta que la Güera, pensando que al día siguiente no recordaría lo conversado, asintió a sus demandas.

—Prometo que cuando seamos libres consideraré tus palabras —dijo para salir del paso y Agustín sonrió satisfecho.

Lo importante era obtener la independencia; ya después vería la manera de incumplir su promesa. No deseaba hacerse su amante, no sólo por fidelidad a Ramón, sino también porque Agustín era casado; de aceptar los galanteos, seguramente le desecharía tan pronto la hubiese conquistado. Sabía que así actuaban los donjuanes que miraban a la mujer como una pieza de caza, un mero trofeo que tan pronto caía en sus garras perdía valor.

El primer correo con noticias de Agustín informaba en lenguaje cifrado que los comandantes de los regimientos de Celaya, Murcia y Frontera aceptaban sumarse al plan, pero también refería haber escrito a Guerrero ofreciéndole el indulto, mismo que había rechazado, y finalmente pedía no enviar correspondencia por el momento ya que se internaría en la serranía, lo cual dificultaría el traslado de las cartas y no deseaba que cayesen en manos extrañas.

Pocos días después, en una tertulia de Palacio, la virreina le informó entre susurros que los insurgentes habían derrotado a Iturbide. La noticia le cayó a la Güera como baldazo de agua helada: el plan no consistía en combatir a Guerrero sino atraerlo a la causa, por lo que supuso que Agustín había sido atacado antes de establecer contacto.

Su turbación se convirtió en malestar al conocer que fueron las tropas realistas quienes acosaron y atacaron. ¿Acaso deseaba sabotear el plan y realizar acciones contrarias a las concebidas? Si sus propósitos se encaminaban a traicionarlos, estarían en peligro no sólo ella sino un buen grupo de patriotas.

Al Güero Ignacio le sorprendió recibir mensaje de la Güera Rodríguez, citándolo a las afueras de la iglesia de Santa Regina Coeli, donde existía una pequeña plazuela, pidiéndole que cargara con papel y pluma para el encuentro.

Al llegar lo saludó seria, sin la amabilidad acostumbrada. Ignacio se dio cuenta de que algo la molestaba, pero decidió no comentar nada. Ella le dictó una carta, que por las palabras usadas y los gestos realizados se entendía que regañaba a alguien o al menos no estaba conforme con algún suceso. Como siempre, solicitó que utilizara letra burda para simular que había sido escrita por alguien de poca educación, y con errores ortográficos al por mayor. Tras concluir el dictado le pidió que la entregase a un sargento acuartelado en la Ciudadela, diciéndole que era correspondencia para el coronel Iturbide de parte de su sobrina.

Cuando Ignacio entregó el sobre al militar, este sonrió con picardía.

—El coronel exigió que fuera rete cuidadoso con esta correspondencia. Se me hace que otra vez

anda en líos de faldas —aclaró y se carcajeó de su chiste.

Pronto recibió carta de Agustín, explicando haberse visto en la necesidad de atacar debido a que varios oficiales realistas comenzaban a sospechar tras semanas de inactividad bélica.

Con el paso de los días sus mensajes se tornaron más entusiastas y cariñosos. Tras relatar los acontecimientos en lenguaje cifrado, siempre concluía con alguna línea en la que revelaba abiertamente sus sentimientos, como «muero por mirar tus ojos, tan pronto mi fiel promesa sea cumplida», o «en estas lejanías, si algo fortalece mi alma es la diaria presencia de tu recuerdo». A principios de febrero le hizo saber que Guerrero había convenido reunirse con él en Acatempan y ese mismo mes proclamarían el plan, ya que gran cantidad de militares le habían asegurado su adhesión a la independencia. La Güera se encendió de alegría y en respuesta lo felicitó encarecidamente.

Mientras tanto asistía al Palacio Real, actuando mustiamente y procurando escuchar cualquier noticia que pudiese afectarles. En la corte se respiraban aires de confianza y los virreyes, don Juan y doña Rosa, parecían gozar de vacaciones tras las azarosas convulsiones electorales. Todo era reposo y tranquilidad a excepción del corazón de la Güera, que por momentos parecía escapársele del pecho. Escribió a Gero que por ningún motivo viniese a México hasta nuevo aviso. A sus hijas, quienes desconocían el plan, las convenció para que viajasen a sus haciendas cercanas, llevándose con ellas a Paz. Las tres comprendieron, sin externarlo, que estaba envuelta en algún lío político; le suplicaron que viajara con ellas, pero tan sólo les prometió alcanzarlas cuando se resolviese un asunto imposible de postergar.

Para no despertar recelo alguno, continuó realizando la tertulia semanal, invitando ahora a serviles y gachupines, entre ellos varios conjurados de La Profesa. Con los patriotas se reunía en otros sitios para distribuir tareas y comentar avances, pero siempre con el mayor disimulo y discreción. Cada vez que recibía carta de Agustín, sentía que las manos le temblaban de miedo, temerosa de recibir malas noticias; sin embargo, no acontecía contratiempo alguno y su esperanzado ánimo crecía con los días. Las letras de Iturbide daban aliento a sus ilusiones, haciendo que las emociones se posesionaran de su alma en efervescente ebullición. Una esquela, escueta pero importantísima, comenzaba: «Querido mío: El cura Patricio me ha concedido venia para reunirme con él; finalmente nuestras familias se abrazarán en santo matrimonio», y concluía antes de firmar: «Así yo también deseo abrazarte, y con amoroso beso expresar mi infinito cariño. Siempre tuya, *Damiana*».

Aquellas letras le causaron euforia. Las frases querían decir que Guerrero había accedido a reunirse y parlamentar las condiciones de su integración al plan.

Esa noche no pudo dormir, se revolvía en la cama, nerviosa y excitada; se sentía plena, cual jovencita de quince años, sabiendo que la parte fundamental del plan estaba cumplimentada, y prendió veladoras a la Virgen de Guadalupe, rogando por que los meses venideros fuesen tan halagüeños como los iniciales del año. Al día siguiente, Azcárate y Fagoaga redactaron más cartas para enviarlas a los ayuntamientos de las distintas provincias del virreinato con la intención de unirlos al movimiento; todas iban firmadas por Agustín, quien antes de partir había plasmado su rúbrica en las innumerables hojas en blanco que utilizaban.

A principios de marzo llegó correspondencia, como siempre de manos de un militar de la guarnición de México:

Amor mío, no hay marcha atrás. El cura Patricio y sus feligreses se han unido a nuestra familia. Dios Todo Misericordioso nos bendice y nos acompañará hasta el final de nuestro camino. Estoy enviando noticias al abuelo, solicitando su asistencia a la boda. Si tan sólo estuvieses aquí podría decir que vivo en el paraíso. Cada vez más tuya, *Damiana*.

P. S. Te envío bosquejo de lo que será nuestra insignia.

En hoja aparte, había un meticuloso dibujo de la bandera. Poseía tres franjas diagonales, la primera blanca, la central verde y la tercera roja, cada cual con una estrella, y al centro del conjunto, enmarcada por un óvalo blanco, se mostraba una corona imperial rodeada por las palabras *Religión*, *Independencia* y *Unión*. En las reuniones siempre habían convenido que al centro iría un águila, símbolo del antiguo imperio mexicano y de varias naciones europeas, y la Güera se emocionó al verla, sintiéndose halagada y especialmente dichosa; era como si contemplase por primera vez al hijo recién nacido.

El gozo no cabía en su cuerpo y deseaba compartirlo con todo el mundo. Primero fue al altar de la casa para contarle entre rezos a Ramón, y luego se dirigió con Azcárate, a quien halló en su casa, y le mostró el bosquejo.

—Hace doce años, cuando Iturrigaray decidió apoyar al partido criollo, tu cuñado Manuel exclamó: «¡Esta nobilísima ciudad, en trescientos años no ha conseguido tanto como en este día!». Pues ahora estoy convencido de que debemos repetir sus palabras.

Como apuntaba Agustín en su mensaje, el virrey, a quien se refería como «abuelo», recibiría una proclama del plan junto con una carta en la cual le invitaba a unírseles y encabezar la junta gubernativa. Curiosa, asistió a Palacio a la hora acostumbrada y pudo atestiguar las reacciones en la corte.

Don Juan, al enterarse del objeto de la misiva por boca del mensajero mismo, no se dignó romper el lacre del sobre, y sin leerla le contestó conminándolo a desistir de sus intentos independentistas, y continuar en sus funciones como si nada hubiese sucedido. Doña Rosa, en aquel maremágnum de acontecimientos, expresó desconsolada:

—Ay, Güera, jamás deja de sorprendernos la bajeza humana. Sin duda este coronel es un traidor y en el infierno pagará sus pecados, porque no lo dudes, los ejércitos reales le aplastarán en un santiamén.

La Güera asintió con mustia y esquiva sonrisa.

62

LA FALSA CARTA DEL REY
1821

El Güero Ignacio leía *La Abeja Poblana*, diario que se había atrevido a publicar el Plan de Iguala, como la gente llamaba a la proclama de Iturbide; tenía escasa circulación en la capital, por lo que algunos realizaron copias manuscritas y hasta distribuyeron volantes impresos por las calles. Ignacio lo había leído ya en voz alta a varios amigos analfabetas, y descubrió que todos encontraban puntos de alabanza y de reproche. Lo primero que se enunciaba era que la única religión permitida sería la católica; después, que se formaría un imperio independiente, constituido como monarquía moderada, con leyes propias, y que el emperador sería Fernando VII.

Entonces Ignacio se confundió: ¿por qué mencionaban un imperio, y no un reino como siempre habían sido? ¿El rey de España, de quien se estaban separando, sería el emperador? ¿Acaso Fernando sería tan tonto para venir a la Ciudad de México a gobernar, renunciando a su corona europea? Pero había más: si el monarca no aceptaba la corona, se llamaría a cualquiera de sus hermanos para gobernar, y si estos también se negaban, entonces a cualquier príncipe de otra familia real para «precaver los atentados funestos de la ambición». Luego se decía que mientras se conseguía un emperador, el gobierno estaría presidido por una regencia provisional de cinco individuos, con el virrey a la cabeza. Y más dudas le asaltaron: ¿se estaban independizando para continuar gobernados por un virrey? Finalmente, informaba que se elegirían diputados para elaborar una constitución, y mientras aquello sucedía se formaría una Junta Gubernativa para crear y cambiar leyes, aunque al principio la Constitución de Cádiz seguiría imperando.

Después de leerlo y releerlo, Ignacio se dio cuenta de que el Plan de Iguala ofrecía ventajas a todos: los de abajo estaban contentos porque defendía la santa religión católica y les convertía en ciudadanos imperiales; los profesionistas de clase media podrían acceder a empleos que antes les habían sido negados; los criollos formarían una junta de gobierno como siempre habían deseado; los ricos, los generales y el clero conservarían sus propiedades y fortunas, además de restablecer los fueros militar y eclesiástico; y por último, los gachupines podrían vivir en el imperio, conservando su plata pero sin privilegios exclusivos.

En plazas y mercados no se paraba de chismorrear y alabar el dichoso Plan de Iguala, tanto así que el virrey publicó una proclama contradiciendo a Iturbide, y pidiendo a la gente que no se dejase engañar con falsas promesas. Nadie hizo caso al conde del Venadito; las palabras con las cuales concluía el plan habían penetrado en los corazones americanos: «¡Viva la religión santa que profesamos! ¡Viva la América Septentrional, independiente de todas las naciones del globo! ¡Viva la unión que hizo nuestra felicidad!».

Pero para Ignacio una cosa no cuadraba: que el general más bélico y sanguinario se hubiese convertido en pacífica palomita de la noche a la mañana. Algunos sospechaban que era una vil artimaña y tras las promesas del plan había gato escondido. Él estaba seguro de que tras cada uno de sus actos se hallaba la sombra de la Güera Rodríguez y su don de persuasión; aquellos extraños escritos que le ordenaba redactar seguramente iban dirigidos a don Agustín de Iturbide.

Una soleada mañana, la Güera recibió orden de comparecer ante don Juan Ruiz de Apodaca para un asunto de la mayor importancia. No tenía idea de a qué se debía el llamado, ya que días antes había departido con los virreyes en cordial tertulia.

Cuando entró al sobrio despacho, que bien conocía desde tiempos de Iturrigaray, ya la esperaba don Juan tras el sólido escritorio de caoba.

—Espero se encuentre bien de salud, Excelencia —saludó amablemente—. Lo veo un poco decaído.

Poniéndose en pie, con un gesto le pidió que tomase asiento en una sólida y mullida silla de damasco azul.

—Gracias por venir, señora; el asunto a tratar es reservado y por demás bochornoso, así que suplicaré su discreción.

—Enciende usted mi curiosidad —dijo sonriente.

—Recién he recibido nueva correspondencia del coronel Iturbide informando que se niega a acogerse al indulto, y reiterando su invitación a que yo encabece la junta de gobierno que pretende instaurar. Por supuesto habré de negarme, como patriota que soy.

—Comprendo perfectamente su aflicción —comentó la Güera, intentando influir en el ánimo del virrey para que aceptase la oferta—. Conozco superficialmente al señor, y muchos alaban su tenaz energía; quizás debería aceptar.

—Eso jamás —dijo enérgico, casi ofendido, y mirándola fijamente continuó—: Señora, sé bien que usted conoce al coronel de manera más que superficial —sentenció en tono confidencial—. Se rumora que es su amante.

—¡Dios me libre! —exclamó—. No soy una santa, como Su Excelencia bien sabe, pero jamás mancharía mi honra aceptando el cortejo de un hombre casado.

—Entre la correspondencia enviada por Iturbide se ha incautado un sobre. El mensajero ha declarado que dicha carta se la había encargado, con la mayor reserva, para que la pusiera en manos de María Ignacia Rodríguez de Velasco.

Ella permaneció mirando al virrey con aparente serenidad, aunque el temor la invadía.

—El contenido de la carta —continuó— no son más que frases simples, sin sentido aparente, lo que indica ser lenguaje cifrado.

—Si me permite leerla, tal vez pueda ayudarle —dijo ella, intentando no mostrar sus nervios—; no adivino por qué don Agustín habría de escribirme.

Extendió el papel colocado sobre su escritorio, y ella lo tomó sin apresuramientos. Efectivamente era un mensaje de Iturbide, que devolvió de inmediato.

—Discúlpeme, Excelencia, debe haberse equivocado; esta carta está firmada por una tal Damiana, no por don Agustín.

—No, madame, esta es la carta. Léala cuidadosamente, le suplico.

Tomando nuevamente el papel, se enteró de que varios regimientos del Bajío se habían unido al movimiento. También refería la negativa del virrey a adherirse al plan, solicitando que intrigasen para convencerlo, y concluía jurando amor eterno y declarando infinitos deseos de estrecharla en sus brazos. Al finalizar la lectura rio fingidamente, devolviéndola al virrey.

—Pues como bien dice, no se entiende nada; escribe sobre curas, abuelos, tíos, bodas y viajes. Pareciera que Damiana no es ilustrada, pero no deja de causar ternura el amor que embarga a la señorita.

Tras un momento en que el virrey la miró, intentando descubrir la verdad tras sus gestos, se relajó

en el asiento y sonrió.

—Me alivia escucharle; nada me sería más doloroso que una doble traición. Sin embargo el señor Iturbide es asiduo a sus tertulias, ¿cierto?

—Tan asiduo como otros —contestó la Güera con un suspiro de alivio, sabiendo que se había salvado por el momento—. Ya sabe, me agrada convidar al mayor número posible de principales.

—Entonces conocerá a las más cercanas amistades del coronel. Hace ya una semana que llegó a mis manos esta otra carta —dijo en tono misterioso—. Léala también, por favor.

Tomó el papel que le extendía; era de lo más fino y estaba escrito con exquisita caligrafía. Enorme fue su sorpresa al descubrir que era una comunicación de Fernando VII dirigida al virrey: en ella se leía que Su Majestad era obligado a gobernar según la Constitución, la cual era contraria a sus principios. Luego pedía que los fieles vasallos de América «me saquen de la dura prisión en que me veo sumergido». Detuvo la lectura consternada, sin saber si aquello era cierto o una patraña, y miró fijamente a don Juan, quien le ordenó que continuase.

> Por tanto, y para que yo pueda lograr la grande complacencia de verme libre de tantos peligros, de la de estar entre mis verdaderos y amantes vasallos los americanos y de la de poder usar libremente de la autoridad real que Dios tiene depositada en mí, os encargo, mi querido Apodaca, que si es cierto que vos me sois tan fiel como se me ha informado por personas veraces, pongáis de vuestra parte para que ese reino quede independiente de este.

—¡Santo cielo! —exclamó atónita y continuó, cada vez más intrigada.

«Pondréis vuestras miras en un sujeto que merezca toda vuestra confianza para la feliz consecución de la empresa; que entre tanto yo meditaré el modo de escaparme incógnito y presentarme cuando convenga en mis posesiones.» No podía dar crédito a lo que leía, ya que más adelante ordenaba «que todo se ejecute con el mayor sigilo y bajo de un sistema que pueda lograrse sin derramamiento de sangre, con unión de voluntades, con aprobación general y poniendo por base de la causa a la religión». La Güera detuvo consternada la lectura; aquellas palabras resultaban casi idénticas a los principios de su plan: religión, independencia y unión.

—No puedo creerlo —expresó azorada—. Su Majestad pidiendo la independencia del reino; ¡jamás pensé leer algo así !

—No se preocupe, señora, la misiva es falsa, ya que contiene expresiones a mi persona que jamás utilizaría el rey. ¿Pero no le parece demasiada coincidencia que Iturbide proponga la independencia a nombre de Fernando VII, y al mismo tiempo reciba yo esta carta?

El virrey se puso en pie, y colocando las manos tras el torso comenzó a proferir órdenes mientras caminaba de un lado a otro del despacho.

—Madame, usted es fiel súbdita de la Corona y no se negará a realizar un favor a Su Majestad. Como algunas de las amistades más cercanas de Iturbide asisten a sus tertulias, le suplico que averigüe quiénes han tramado esta vulgar artimaña.

—Excelencia, estoy para servirle, pero carezco de las habilidades requeridas para tal encargo; mi inexperiencia propiciará el fracaso.

—¡Nada! —replicó tajante—. Tengo plena confianza en usted y en su ingenio. Considérelo una orden.

—No sé si podré servirle, pero lo intentaré —dijo obligada por la circunstancia, y como la caligrafía era tan inusual, consideró que tal cualidad podría ayudarle a descubrir al autor—. Sólo requiero una copia exacta de esta carta por varios días.

El virrey accedió a copiar solamente un párrafo de la misiva con rasgos idénticos, cual si fuera una calca.

Mientras se dirigía a casa, la Güera iba cavilando cómo podría salir avante de aquel embrollo. La carta no fue enviada por ellos, aunque su propósito era tan astuto que ojalá lo hubiesen ideado. Sin embargo, comenzó a intuir quiénes podrían ser los ejecutantes; de confirmarse sus sospechas, buscaban sacar ventaja de aquel enredo.

El Güero Ignacio acudió a la cita en el atrio de San Francisco. Llevaba sus instrumentos de escritura, como siempre, pero en esta ocasión la Güera Rodríguez le hizo un encargo singular: en vez de escribir un texto desprolijo y apresurado, le mostró una hoja elaborada con papel de la mejor calidad y finamente caligrafiada.

—Es el trozo de una obra de teatro para glorificar a Fernando VII —dijo la Güera, mientras Ignacio sospechaba que le mentía.

Al observar el escrito la envidia lo corroyó: la letra era de lo más bello y delicado que había visto en su vida, con ornamentos precisos y rasgos extremadamente elegantes; sin duda alguna el autor de aquellos trazos tenía mano maestra. Pero si la caligrafía era inusual, la encomienda resultó insólita: debía averiguar quién podía escribir así en Nueva España. «¡Vaya faena, como si yo conociese todos los monasterios y conventos del reino, donde se localizan los más excelsos escribientes!», pensó asombrado.

—Perdón, madame, pero lo que solicita es imposible. Letra tan delicada se realiza en conventos y monasterios, a los cuales no tengo acceso.

—Le suplico que haga su mejor esfuerzo; usted es hombre habilidoso y sabrá dónde preguntar. Mi propia seguridad está en riesgo.

Ignacio aceptó el encargo, más por fidelidad a la Güera que por convicción. No tenía la menor idea de por dónde debería indagar.

Iturbide fue declarado enemigo público por el virrey, y la comunicación con la Güera se interrumpió totalmente. Ella procuraba enterarse de las noticias por rumores en las calles o cuchicheos en Palacio ya que el virrey actuaba de manera hermética, sin transmitir noticias para no alimentar levantamientos o conjuras. Tras abandonar Tololoapan, donde había establecido su cuartel en la primera etapa de la campaña, Iturbide se dirigió a Valladolid sumando en el trayecto a numerosos regimientos realistas. El virrey publicó proclamas y edictos intentando contrarrestar el empuje libertador, aunque poco o nada podía hacer; el talento negociador de Agustín, unido a los apoyos de la Güera y sus compañeros, obtenían frutos por doquier.

Un día se presentó en su casa un sargento de la guarnición de México. Al abrir la carta que traía y leerla rápidamente, sospechó que aquello era un ardid con el cual deseaban tenderle una trampa, y la devolvió indicándole que ella no conocía a ninguna Damiana. El pobre hombre se retiró contrariado y nervioso, quizás temiendo ser amonestado por no cumplir su misión.

Sabía que su situación ante el virrey era frágil, y se esperanzaba en que el Güero Ignacio lograse averiguar quién había escrito la carta. Por suerte, tras una semana de espera recibió una esquela con la frase «Servidor de usted». Entusiasmada, respondió de inmediato citándole esa misma noche en la iglesia del Salto del Agua, a la que tenía mucho tiempo de no acudir pero que buenos recuerdos le despertaba.

Siempre procuraba llegar tarde a las citas con Ignacio con la intención de ser ella quien le abordase, poseyendo así total control de la reunión. Tan pronto llegó a la fuente, se introdujo a la

iglesia, semivacía por ser horario sin servicios. Extrañamente no estaba Ignacio, tan sólo unas cuantas mujeres rezando. Cubriéndose perfectamente con el rebozo fue hasta el altar, y escudriñando a diestra y siniestra no lo encontró por ningún lado. Si algo le distinguía era su puntualidad, así que se alarmó. Tomando asiento en una de las bancas de la entrada, esperó inquieta.

Pasaron los minutos y tras una hora de espera, verdaderamente preocupada, decidió ir a buscarlo a la plaza de Santo Domingo, donde laboraba. Cubierta con el rebozo caminó por largas calles, y al llegar al sitio donde normalmente se ubicaba tampoco lo halló. Hasta ese instante se percató de que desconocía la dirección de su residencia, así que no tenía dónde más ir. Sigilosa fue hasta su casa, y llegando exhausta por la caminata, le recibió Teófila a gritos y angustiada:

—¡Ay, niña, casi nos lo matan!

—¿De qué hablas?

—¡Del Güero, niña, del Güero! —exclamó la criada caminando rápidamente, e indicándole que la siguiese mientras seguía hablando—. Llegó todo aporreado y chorreando sangre, así que lo acosté en el cuarto de Casimiro en lo que usted nos dice qué hacer.

Corrió a las habitaciones de los criados, ubicadas tras el patio central. Al entrar descubrió a Ignacio tendido y doliente, con los pómulos y los ojos hinchados además de varios cardenales en cara y cuerpo. Casimiro limpiaba las costras de sangre con un paño, mientras el otro se quejaba amargamente.

—¡Teófila, ve por el doctor Montaña! —gritó mientras tomaba un paño con agua y comenzaba a ayudar en su limpieza.

Cuando Ignacio quiso hablar, ella lo silenció de inmediato, dándole a entender que aquel asunto debía ser tratado en secreto.

63

EVANGELISTA APORREADO
1821

Intentando dar con el realizador de caligrafía tan perfecta, Ignacio había indagado con las amistades más cercanas. Los rasgos de la muestra que le había proporcionado eran sutiles y formaban una sola frase: «Al efecto, pondréis vuestras miras en un sujeto que merezca toda vuestra confianza para la feliz consecución de la empresa», nada más eso. Papel en mano, visitó a varios escribientes sin lograr avance alguno; todos alababan el estilo pero ninguno conocía a un evangelista que poseyese tan elaborado estilo. Pasaron los días mientras acudía a juzgados, a despachos de escribanos y por último a la universidad, donde un buen hombre, doctor en Leyes, mirando el papel dijo que algo así solamente lo hacían los monjes.

Entonces recordó a Filomeno, un amigo de rostro rubicundo y panza prominente que laboraba ocasionalmente para el convento de San Francisco. Con él fue a dar, y tan pronto le mostró el susodicho papel, dijo como quien profiriere la verdad divina:

—Tanta beldad y exquisitez no la hallarás más que en algunos escritos elaborados en La Profesa; no hay nada mejor en toda la Nueva España.

Sin esperar más, escribió una esquela a la Güera Rodríguez y la envió con un niño de la calle, pagando con un tlaco el servicio. Como siempre, observó desde la esquina si el chiquillo cumplía lo encomendado, y después regresó a la plaza de Santo Domingo para reanudar sus labores. Al poco tiempo fue Teófila, mal encarada como de costumbre, a entregarle un papelito con la respuesta: «Hoy, siete de la noche, iglesia del Salto del Agua».

Tras las campanadas del ángelus se despidió de sus colegas y se dirigió a la cita. Las calles estaban oscuras porque los serenos apenas comenzaban a encender las farolas, y como se le hacía tarde decidió cortar camino por el callejón del Espíritu Santo. Jamás lo hubiera hecho: tan pronto avanzó unos treinta pasos, sintió un porrazo en la espalda. En la confusión creyó ver a tres o cuatro hombres que lo golpeaban sin permitirle gritar, porque uno de ellos amordazaba su boca. Lo apalearon y patearon con saña infinita mientras se hacía ovillo tratando de resistir los golpes, pero ni así evitó que lo maltratasen en todo el cuerpo y aun en el rostro.

Al cabo de unos minutos, que le parecieron el perpetuo infierno, uno de ellos gritó: «¡Para que aprendas a no meter las narices donde no te llaman!», y se alejaron corriendo.

Quedó hecho un guiñapo, con el costillar molido, la sangre escurriéndole por la cara, los pómulos inflamados y dolores en todo el cuerpo. Se encontraba muy lejos de su casa pero muy cercano a la casona de la Güera, así que sin dudar se encaminó hasta allá intentando no llamar la atención de los escasos transeúntes, los cuales, por la penumbra, no distinguían en él las huellas de la golpiza. Al tocar la puerta abrió Casimiro, y sin pensarlo siquiera lo introdujo a la casa.

Tan pronto partió el galeno, quien diagnosticó dos costillas rotas además de vendarlo y curarle las heridas, la Güera ordenó que lo trasladaran a la habitación de Gero.

Ya a solas, Ignacio le relató lo sucedido y ella entendió a dónde debía dirigir sus averiguaciones.

Pero antes de actuar envió aviso a la casa de Ignacio para evitar preocupaciones, pretextando que había caído por las escaleras cuando acudía a realizar un trabajo para ella, e informando que permanecería en reposo por tres días. Además, mandó dinero a su esposa para que no le faltase nada.

—Usted descanse, por favor —ordenó a Ignacio, sintiéndose culpable por su desgracia—. Discúlpeme por haberle inmiscuido.

Ignacio jamás se había recostado en cama tan cómoda, ni dormido en habitación tan limpia y elegante. Aquello era como un sueño, mirar diariamente a la Güera Rodríguez en su propia casa y ser atendido por sus criados como si fuese marqués, o mejor aún, el mismísimo rey.

La Güera había deducido que la golpiza propinada a Ignacio mostraba que el misterio de la carta estaba cercano a resolverse, y sin duda alguna sus creadores temían ser descubiertos. Todo apuntaba hacia el templo de La Profesa, y podría asegurar que estaba relacionado con sus deseos de evitar las leyes liberales, falsificando y enviando la carta al virrey para convencerlo de que secundase el movimiento sin oponer resistencia a las maniobras de Iturbide, quien, según ellos, al derrotar a Guerrero y pacificar el reino, declararía la independencia y aboliría la Constitución de Cádiz.

Para cerciorarse de sus conclusiones, ingenió una sencilla acción: tras averiguar que el sacerdote Lorenzo de María era el escribiente principal de La Profesa, le visitó so pretexto de realizar una consulta teológica ya que su confesor, quien lo recomendaba ampliamente, se hallaba indispuesto. De carácter tímido y ensimismado, el padre De María la recibió en los jardines centrales del edificio adjunto a la iglesia, sitio donde se realizaban sus afamados ejercicios espirituales. Grande fue la sorpresa del clérigo cuando la Güera le mostró la carta; su rostro palideció, enmudeciendo por un instante, para luego negar nervioso cualquier colaboración en su hechura.

—Disculpa no pedida, acusación manifiesta —sentenció satisfecha la Güera, sabiendo que había dado en el clavo—. Pero no se preocupe, don Lorenzo, no hay mal que por bien no venga; claro, siempre y cuando el padre Monteagudo esté dispuesto a colaborar.

Al enterarse de lo acontecido, Monteagudo accedió a recibirla en su despacho en ese mismo instante. Ella le informó estar al tanto de su conjura, pero que guardaría silencio por bien de todos, siempre y cuando accediera a apoyar el plan proclamado en Iguala. El sacerdote mostraba gran angustia en su afilado rostro y tras corta conversación accedió, no sin antes quejarse amargamente de la traición de Iturbide, en quien habían confiado plenamente. Por su parte, la Güera le hizo ver que la Constitución de Cádiz sólo regiría mientras se promulgase una nueva, en la cual restituirían numerosos derechos del clero, ya que la religión era el primer pilar de las tres garantías.

Acordado aquello, se entrevistó con el virrey para notificarle el resultado de sus pesquisas, explicando sencillamente que los autores de la carta eran un reducido grupo de fieles servidores de Fernando VII, quienes deseaban liberar al monarca del cautiverio de los liberales. El escrito se había realizado antes de la proclamación del Plan de Iguala, pero llegó con desafortunada coincidencia. Cuando le mencionó los nombres de Monteagudo y Bataller, don Juan no pareció sorprenderse; quizás tenía conocimiento de las reuniones en La Profesa, pero no así de la carta.

Ignacio holgazaneó el primer día en la casona de la Güera Rodríguez, pero el segundo y el tercero trabajó hasta deshoras, ya que la Güera le dictaba cartas dirigidas a los más encumbrados personajes de la ciudad y otras partes. La redacción no era revuelta y confusa como antes sino clara y diáfana, pero eso sí, todas como si fuesen escritas por don Agustín de Iturbide, jefe supremo del Ejército

Trigarante, en papeles previamente firmados al calce por el señor.

Obediente, escribía con letra parecida a la del general, sin preguntar ni comentar nada, como era su costumbre. Los contenidos eran muy semejantes, siempre refiriendo las ventajas del Plan de Iguala y exhortando a los destinatarios a unírseles, evitar derramamiento de sangre y obtener la paz por todos anhelada.

Con gran placer veía que la Güera lo trataba con gran consideración, mostrándose realmente apenada e intentando demostrar su agradecimiento. A Ignacio la casa le parecía hermosa, con muebles lacados, alfombras persas, pinturas piadosas, biombos pintados, enormes gobelinos, y muy especialmente tibores poblanos o chinos con olorosas flores por todas partes. Allí vivían sólo ella y su hija Paz, quien se casaría prontamente con el marqués de Guadalupe Gallardo, además de pocos criados: ama de llaves, cocinera, caballerango, portero, mozos y cochero.

Una noche, la Güera tendría tertulia y le pidió que se resguardase en la habitación, para no dar explicaciones de su presencia a personas de poca confianza. Sin embargo, el licenciado Azcárate, barrigón y simpático, a quien conocía por haberle servido ocasionalmente de escribiente, llegó antes de lo previsto y al saludarlo dijo en voz baja:

—Gracias, don Ignacio, sus servicios han sido en extremo valiosos.

De los chismes de la calle ni se enteraba, ya que se escondía cuando llegaba el aguador a dejar sus cántaros con agua fresca; si aquel señor conocía de su presencia, todo México lo sabría. Cuando hubo de partir y regresar a su normal existencia se sintió como Adán expulsado del paraíso, aunque la Güera le pagó por sus servicios mejor que nunca. Al retornar a las calles la realidad lo asaltó de golpe: el virrey, temeroso del apoyo popular al Ejército Trigarante, había suprimido la libertad de prensa y de nuevo se requería pasaporte para salir o entrar de la ciudad, además de que los militares comenzaron a levantar a gente del pueblo para conformar un ejército que se opusiera al de Iturbide. Al parecer los realistas estaban muy molestos con el Venadito, y lo culpaban de no haber contrarrestado a tiempo los embates de Iturbide.

José María Fagoaga visitó a la Güera acompañado de Azcárate, ambos visiblemente entusiasmados. Había recibido carta informando que los diputados americanos establecidos en España, entre los que se hallaba su primo, el marqués del Apartado, habían convencido a las Cortes para que nombrasen a don Juan de O'Donojú como virrey.

—¿Y cuál es la buena noticia? —cuestionó la Güera, sin entender a bien su emoción.

—¡O'Donojú es un hermano masón! —exclamó orgulloso José María.

Refirió que el próximo principal era hijo de inmigrantes irlandeses, pero nacido en Sevilla. Ante la ocupación napoleónica demostró más patriotismo que otros militares españoles, ya que nunca se rindió al invasor y hasta formó parte del gobierno en Cádiz, dando muestras de ser un político progresista. Tan liberal era que al regresar Fernando al trono encarceló a O'Donojú por cuatro años, y al proclamarse nuevamente la Constitución sus compañeros le liberaron, nombrándole capitán general de Andalucía. Los diputados americanos vieron en él a un candidato ideal para lograr la independencia, razón por la cual promovieron su nombramiento.

—¿Pero cómo es posible que Fernando VII haya nombrado virrey de Nueva España a un enemigo? —preguntó incrédula.

—Se ha visto forzado a hacerlo —explicó Azcárate—. Las Cortes son lideradas por masones, quienes cuentan con el apoyo del pueblo y el respaldo de los militares. Desde que se restableció la Constitución le tienen maniatado, manejándolo cual títere.

—Debemos informar a Iturbide —comentó Fagoaga—. Tan pronto O'Donojú pise nuestras tierras estará dispuesto a dialogar, y muy probablemente accederá a reconocer la independencia de nuestra patria.

La Güera se mantenía incrédula, tanta bondad le parecía imposible. Azcárate, que la conocía muy bien, al notar su turbación intentó convencerla.

—Güera, debemos aprovechar esta oportunidad, pero nos ha sido imposible comunicarnos con Agustín desde que partió rumbo a Valladolid.

—Yo tampoco lo he logrado, aunque recientemente vino un sargento trayendo una carta que devolví, temerosa de que fuera un engaño.

—¿Reconocerías al sargento?

—Por supuesto; es moreno, de corta estatura, amplio vientre y con una cicatriz en la ceja izquierda.

Puesto que Azcárate formaba parte del Ayuntamiento, obtuvo un permiso para visitar las guarniciones de la ciudad en busca del referido sargento bajo cualquier pretexto. Al segundo día lo encontró, así que tras cuestionarlo amistosamente y ofrecerle unas monedas, el hombre confesó haber acudido a casa de la señora Rodríguez de Velasco por órdenes superiores para entregar correspondencia reservada. Siguiendo el hilo conductor, Azcárate localizó al oficial que había dado la orden, y cerciorándose de su lealtad, preguntó si tenía forma de hacer llegar un correo al brigadier Iturbide, a lo que simplemente contestó:

—El reino está muy revuelto y ya no se sabe quién es amigo o enemigo.

No obstante, le entregó la carta donde informaba lo referente a O'Donojú. Todos suplicaron al cielo para que llegase a manos de Agustín.

64

VIRREY PROVISIONAL
1821

Debido a los convulsos tiempos, don Juan Ruiz de Apodaca consideraba que no eran propicias las representaciones de obras dramáticas, así que en el Coliseo solamente se presentaban comedias. Aquella noche la Güera asistió con sus hijas y yernos cuando en el segundo acto, entre las risas del público, comenzó a surgir un creciente rumor. Creyó que algún error en la puesta en escena habría acontecido, pero el alboroto fue subiendo de intensidad hasta convertirse en escándalo.

—¡Han tomado el Palacio Real! —alcanzó a distinguir entre el confuso griterío—. ¡Las tropas realistas se han sublevado!

La obra se suspendió y el público se amontonó para salir del edificio. Sus yernos aconsejaron que esperasen hasta que todos abandonaran el teatro para no correr peligro alguno, pero en aquel momento la Güera recordó la noche del golpe a Iturrigaray, y de inmediato vino a su mente doña Rosa, causándole gran preocupación.

—Quizás sea un levantamiento a favor de Iturbide —dijo Pepita.

Sin considerarlo mucho, se levantó de un respingo y les solicitó que aguardasen, que iría hasta el palco del marqués de Guardiola para averiguar lo sucedido. Sin embargo, al abandonar el palco se dirigió hacia las escalinatas, y al poner los pies en la calle, levantó su falda con ambas manos y corrió confundida entre el gentío. Cuando iba llegando a La Profesa distinguió a Casimiro, parado frente al portón de la casa.

—¡Niña, niña, espere! —La Güera se detuvo de golpe mientras Casimiro corría para alcanzarla —. ¡Tropas de españoles han aprisionado al Venadito! ¡No vaya para allá, están borrachos y bravucones!

—¿Y la virreina?

—Se dice que ella y su marido van a dormir en casa de don Gabriel de Yermo, pero están bien; no han perjudicado al virrey ni a su familia.

Pensando en que cualquier acción sería inútil, ordenó a Casimiro que se dirigiera al Coliseo para informar a sus hijas que ya estaba en casa, y luego intentase averiguar más detalles. Durante horas aguardó despierta, nerviosa, hasta que Casimiro regresó.

—Parece que al Venadito y su familia los van a llevar al amanecer hasta la villa de Guadalupe; ahí estarán todo el día, y después seguirán a Veracruz para enviarlos a España.

La Güera durmió a medias, recordando cuando los gachupines tomaron el Palacio Real para apresar a Iturrigaray y toda su familia. En su alma todavía anidaba el coraje causado por aquella villanía, que ahora se repetía indignamente.

Al clarear el día hizo enganchar los caballos al carruaje y tomó camino hacia el santuario de Guadalupe, encontrándose con gran número de coches, todos de personas cercanas a la corte que también deseaban demostrar su afecto a la pareja virreinal. En la misma villa de Guadalupe algunos indios se habían reunido para despedirlo con danzas y cantos, por lo que un intenso olor a copal

impregnaba el lugar.

Largo tiempo esperó hasta poder saludarlos, enterándose de que habían nombrado al general Francisco Novella como virrey provisional. Recibían a los visitantes en un salón del convento de Capuchinas, y eran tantos los asistentes entre aristócratas, funcionarios y burócratas que debió hacer fila para aguardar su turno. Cuando por fin entró, avanzó hacia ellos conmovida: el virrey la recibió con un amoroso beso en la mejilla, conteniendo el llanto, y un sentimiento de aflicción la asaltó cuando abrazó a doña Rosa; ¿cómo decir, cómo explicar a esa dulcísima mujer que ella misma, en parte, era causante de su desgracia? La virreina debió notar claras muestras de congoja en su rostro, porque le dio un beso fraternal con intención de consolarla.

—Güera, lo acontecido anoche corrobora el augurio proferido por mi marido cuando se vio obligado a restablecer la Constitución: «Pronto estas tierras habrán de separarse de España».

De regreso a México, ya por la tarde, el mal humor le invadía. Pero de una cosa estaba segura: aquella bajeza sería la última que cometieran los gachupines. «¡Ya jamás gobernarán nuestros destinos!», juró por la memoria de su padre, de su cuñado Manuel, de Hidalgo, de Allende, de Abasolo.

El pueblo estimaba a Apodaca por haber devuelto un poco de paz y bonanza al reino, además de ser en extremo bondadoso. La Güera recordó cuando acontecieron inundaciones, y él mismo acudió a caballo para auxiliar a quienes habían quedado desamparados, organizando que se les repartiesen tortillas, pan y carne. Se contaba que al darse cuenta de que unos pobres indios habían dejado abandonados a sus perros xoloizcuintles en la choza, ordenó que los salvasen. Así de sensible era su corazón, y por ello todos le guardaban enorme gratitud.

Como el pueblo no podía defenderlo con armas, lo hicieron con ingenio, escribiendo contra Novella un singular pasquín que fue pegado en los muros de las principales plazas:

> Tú, virrey provisional,
> eres tonto o animal.

La Güera se reía: aunque les prohibiesen la libertad de prensa, jamás les arrebatarían los muros para expresar sus sentimientos. Nadie en la ciudad estaba dispuesto a perdonar. Sin importar riquezas o pobrezas, todos los americanos se encontraban unidos contra el gobierno español, que regalaba y robaba libertades, nombraba y destituía gobernantes a su antojo.

Por fortuna, la campaña de Iturbide avanzaba victoriosa: el general insurgente Nicolás Bravo había tomado Puebla, Guadalupe Victoria había abandonado la selva veracruzana para unirse al ejército libertador, la ciudad de Querétaro se entregó pacíficamente y Guadalajara lo mismo. Eran tantos los generales, regimientos, ciudades, villas y rancherías convertidos en trigarantes, que de seguro Novella sólo gobernaba en la capital y sus alrededores.

«Únicamente los capitalinos debemos soportar al impostor», pensó la Güera.

Tras meditarlo a conciencia, decidió acudir a Palacio durante las fiestas en homenaje a Novella, ya que de negarse sería señalada como enemiga. Al besamanos asistió lo más selecto de la sociedad, pero en los pasillos la Güera escuchó críticas por el golpe y profundos temores ante un factible colapso del reino, ya que en realidad lo consideraban inepto para el cargo.

—Güera, ¿qué consideración tienes de Novella? —le preguntó la condesa de Regla.

—La idiotez es una enfermedad que no hace sufrir al enfermo sino a los demás.

La situación era tan preocupante que durante una función de teatro en honor a Novella, este se vio obligado a dejar el Coliseo y dirigirse a Palacio para una reunión urgente, ya que al parecer había acontecido una escaramuza entre realistas y trigarantes por los rumbos de Tlalnepantla.

De Iturbide no recibía cartas ni mensajes. Supo de buenas fuentes que su esposa Ana María, quien se había recluido en el convento de Regina Coeli para salvaguardar su seguridad, fue trasladada secretamente a Valladolid, su ciudad natal, donde la recibieron con calles tapizadas de flores, campanas al vuelo, fiestas y distinciones propias de la realeza.

Sus hijos, quienes se habían refugiado en Molino Prieto, una hacienda propiedad de la Güera, prontamente se le unieron, siendo tratados como príncipes.

Tales distinciones le preocupaban sobremanera; de ser un eficaz militar, calificado de sangriento e inhumano, se había transformado en paladín de paz y concordia, llamándole «Libertador de la Patria». Parecía que la independencia era obra de Iturbide, y el plan dejaría de ser entendido como un movimiento popular, percibiéndose como la voluntad de un solo hombre y por lo tanto descartable, tal como aconteció con Napoleón Bonaparte.

No obstante, tanto se aclamaba y glorificaba a Iturbide que la Güera también comenzó a percibirlo de diferente manera; ya no como un amistoso colega en igualdad sino como a un caudillo excepcional que lograba metas insospechadas. Aunque no fue el único artífice del plan, sí era el gran consumador de la independencia. Adonde marchaban sus ejércitos surgía la independencia al grito de «religión, independencia y unión».

Las reiteradas alusiones amorosas de Agustín le causaban contradictorias emociones; por una parte se sentía sumamente halagada de que el gran héroe nacional la pretendiera, y por otra le producían escrúpulos y culpas al pensar en Ramón, a quien aún amaba, y por último, su conciencia desaprobaba que pudiese tener una relación con un hombre casado. Jamás en su vida había sostenido relaciones amorosas con esposo ajeno, por ser afrenta que ninguna mujer perdona. Si mantenía franca amistad con las principales damas del reino se debía a que siempre fue percibida como amiga, jamás como adversaria.

El Güero Ignacio reía a carcajadas cuando le relataban las noticias callejeras: diariamente le renunciaban las tropas al virrey suplente, y le pareció muy simpático lo sucedido con los destacamentos de Santa Fe, cuya misión consistía en proteger el agua que llegaba a la ciudad. Contaban que cuando un oficial fue a pasar revista a la tropa, tan sólo encontró un manuscrito en el que se leía: «Nos fuimos con el Ejército de las Tres Garantías». Esos militares tuvieron la decencia de avisar, porque en tres ocasiones más sucedió lo mismo, de un día al otro ya no había soldados en su puesto aunque no dejaban notas, sólo desertaban.

Novella estaba tan asustado que prohibió las reuniones en casas, fondas, cafés, billares o pulquerías; si las autoridades escuchaban a alguien hablar de política lo encarcelaban, y si lo sorprendían pegando un pasquín casi le fusilaban. No se podía salir de la ciudad sin pasaporte y se prohibió que la gente fuera a caballo, quizás para que no escaparan.

Pero la alegría de Ignacio se tornó en mortificación al decretarse que, sin distinción alguna, los varones de la ciudad debían enrolarse al ejército realista, incluso los ancianos de sesenta años, para limpiar cuarteles. Recapacitó en su situación: o se militarizaba o lo encarcelaban, y entre ambas escogió la primera. Por suerte, en su batallón también estaba Casimiro, quien le dijo a media voz:

—No se preocupe, don Ignacio, la patrona me ha encomendado echarle un ojo y asistirlo en caso

de peligro.

Así pues, todos los hombres andaban uniformados y marchando al compás de los tambores. Aunque uniformados era un decir, porque no había ropa para todos, así que muchos vestían con sus propios trapos, haciendo que las filas de varios batallones parecieran más una masa de mendigos que un destacamento militar. A veces los entrenaban sin armas porque también escaseaban, y simplemente les mostraban la manera correcta de cargar un fusil o atacar a bayoneta calada.

Ignacio veía con envidia que algunos reclutas poseían uniforme y hasta rifles reales, entre ellos un grupo conformado por los principales actores y toreros de la ciudad, el cual hacía guardia en Palacio para regocijo de sus aficionados por lo bien que lucían, o al menos a la distancia, porque luego se enteró de que vestían sus propios disfraces, y se movían con impecable aire marcial ya que habían actuado cientos de veces como heroicos soldados.

Él y todos los reclutas temblaban con las noticias. Se decía que Iturbide ya tenía reunidos a más de cinco mil combatientes por los alrededores de la ciudad, y no había duda alguna: se preparaban para sitiar y tomar México.

En aquel estado de ánimos, el 19 de julio la ciudad fue atacada por una gran tormenta eléctrica, con tal cantidad de relámpagos y luminarias celestiales que Ignacio no alcanzó a distinguir si era presagio de mayores calamidades, o tan sólo el firmamento que no sabía si llorar o maldecir.

65

A LAS PUERTAS DE LA CIUDAD
1821

En el cuartel general, Iturbide se enteraba a diario de lo sucedido en la ciudad, y a cada noticia su mente se solazaba con la gratificante sensación del triunfo. Novella actuaba atemorizado y nervioso, contradiciéndose constantemente: encarcelaba sacerdotes por apoyar a los trigarantes y después los soltaba, anunciaba la clausura de garitas y a las dos horas las abría. Al general Concha, quien comandaba el grueso de los ejércitos realistas, lo enviaba de un sitio a otro para defender la ciudad ante posibles ataques: le ordenaba dirigirse a Tlalnepantla, pero tan pronto llegaba allá le exigía movilizarse a Puebla, y a medio camino lo regresaba a México para luego enviarlo a Chalco.

—El general Concha va y viene tantas veces —le comentó el capitán Ordóñez, quien recién había desertado— que le apodan la Trajinera, como las canoas que sirven para ir hacia delante y hacia atrás sin distinción.

Lo que más le enorgullecía era la facilidad con que desertaban las tropas realistas: a diario se le unían soldados y oficiales, quienes lo consideraban un héroe tan grande o más que Morelos, ya que conquistaba villas y ciudades sin disparar una bala.

Agustín ni siquiera intentaba evadir los elogios; se consideraba merecedor de cada halago. ¿Acaso no había logrado unir a insurgentes y realistas en un solo ejército? ¿No era digno de alabanza haber realizado la campaña en casi absoluta paz?

Novella publicó una proclama prometiendo plata y ascensos a los militares realistas que retornasen a sus ejércitos, pero se quedó con la mano extendida: casi nadie le hizo caso. Dos días después publicó otra proclama, ahora contra los que huían de la ciudad, insultándolos y amenazándolos, pero tampoco logró frenar la desbandada; unos se iban para evitar la inminente toma de la ciudad, otros para no ser reclutados por los realistas.

—El virrey ordenó realizar novenarios a la Virgen de los Remedios, suplicando el triunfo de los realistas —le informó riendo el coronel Armijo—. Y después ordenó otros al Cristo del templo de Santa Teresa.

—Tanto rezar demuestra que espera un milagro y no sabe a qué santo encomendarse —dijo Agustín y soltó soberbias risotadas.

La seguridad del triunfo le invadía, se percibía invencible; ya había reunido a más de ocho mil soldados trigarantes en el valle de México.

Aquel día se había emitido orden de permanecer en casa con las puertas atrancadas debido a una posible invasión de los trigarantes. No obstante, Azcárate y Fagoaga fueron entusiasmados a su casa, relatando las últimas noticias con tal premura que atropellaban sus ideas mutuamente.

—Hemos triunfado, Güera… —decía Azcárate cuando fue interrumpido por Fagoaga:

—Te dije que O'Donojú…

—Por favor, cálmense —interrumpió ella intentando poner orden.

—Iturbide ha enviado emisarios con importantes documentos, y tan pronto los recibió Novella,

convocó a los representantes de los distintos cuerpos gubernativos —dijo Azcárate, sobándose la barriga con placer.

—En la reunión ha notificado que O'Donojú firmó varios tratados en Córdoba, reconociendo la independencia de la nación —continuó Fagoaga sereno—; son básicamente los puntos del Plan de Iguala con ligeros cambios y añadidos, por ejemplo, se estipula que la patria se llamará Imperio Mexicano.

La Güera se sorprendió porque, si bien no habían pensado en un nombre para la nueva nación, consideraba como natural que continuara llamándose Nueva España, ya que trescientos años de historia les precedían, y su fama y prestigio ayudarían a forjar la nueva patria. Sin embargo, a Agustín y sus ahora más cercanos colaboradores les debió parecer que «Imperio Mexicano» sería más sonoro y poderoso. ¿Deseaban aludir al antiguo imperio mexicano, intentando resucitar el legendario pasado de los primeros moradores de estas tierras, aunque con ello aboliesen trescientos años de historia virreinal?

Otra modificación que causó suspicacias, en especial a José María Fagoaga, fue la concerniente a la elección del emperador. El Plan de Iguala estipulaba que el monarca sería Fernando VII, uno de sus hermanos o algún miembro de otra familia reinante europea. Los Tratados de Córdoba también establecían que el trono se ofrecería a Fernando o sus hermanos, pero si ninguno de ellos aceptaba, y ahí radicaba la diferencia, las cortes del Imperio Mexicano decidirían quién sería el emperador. Tal modificación posibilitaba que cualquier hombre se erigiera en gobernante, pudiendo desencadenar pugnas por el poder.

—Quizás Agustín está abonando el campo para su coronación —dijo Fagoaga con palabras cargadas de desconfianza.

Azcárate tomó la palabra, desatendiendo las dudas:

—Novella también informó haber recibido los documentos que acreditan a O'Donojú como legítimo virrey, quien le ordena entregar la Ciudad de México. Solicitó las opiniones de los asistentes, y la inmensa mayoría se mostró partidaria de la paz a excepción de los militares españoles, quienes se oponen tajantemente. Apoyado por las tropas, ha decidido desconocer los tratados.

No obstante, la felicidad de la Güera no podía ser mayor: O'Donojú, el virrey enviado por las Cortes españolas, reconocía la libertad de Nueva España.

En la ciudad se podía oler el miedo de los gachupines; su nerviosismo era tal que ordenaban y desordenaban a un mismo tiempo, sin saber qué cosa podría salvarlos. A Ignacio le recordaban aquella fábula donde un pastorcillo gritaba repetidas veces «¡Ahí viene el lobo, ahí viene el lobo!», y nunca llegaba la feroz bestia. De cualquier manera, a él y a los demás reclutas los acuartelaban ante la mínima señal de alerta, y en consecuencia casi no había varones que durmiesen en sus casas. Lo que todos sabían era que mientras más se acercaban los independentistas a México, más temblaba el virrey, y como usaba peluquín para cubrir su calvicie, pegaron un burlón pasquín en plazas y mercados:

> Terrible dolor y espanto
> siente ya el de la peluca,
> porque ve que por Toluca
> se le acercan tanto, tanto.

Para Ignacio fue muy significativo que en el día de San Hipólito, cuando deberían celebrarse los

trescientos años de la derrota de los mexicanos frente a Hernán Cortés, no hubo fiesta ni procesiones, tan sólo una misa a la cual, por si fuera poco, no asistieron ni los diputados ni los regidores elegidos por votación. Entendió que si los criollos desairaban aquella ceremonia, era porque estaban convencidos del triunfo de la independencia.

Marchando con su pelotón por los rumbos de la Alameda, Casimiro le dijo en voz baja para no ser escuchado por el sargento:

—¿Te has fijado que día tras día la ciudad está más vacía?

—Sí, carajo —contestó Ignacio con hastío—. Sólo quedamos aquellos que no tenemos adónde huir.

—Dicen que desde las torres de la catedral ya se pueden ver los campamentos trigarantes —comentó Casimiro preocupado.

De pronto se escucharon cañonazos en la lejanía y a Ignacio lo invadió el pánico; si Novella no se rendía, los aplastarían en un santiamén.

Pocos días después, el mismo Ignacio subió a hurtadillas a una azotea medianamente alta. Al mirar hacia el valle de México quedó estupefacto: los ejércitos de Iturbide rodeaban la ciudad por los cuatro puntos cardinales. No le cabía la menor duda: los atacarían en cualquier momento.

Ignacio y Casimiro, tras conversarlo arduamente, elaboraron un plan: tan pronto comenzara la refriega se cambiarían de bando, y si no era posible aquello, dispararían contra sus propios oficiales.

Al igual que ellos, muchos otros estaban preparados para traicionar a los realistas; los habían hecho soldados contra su voluntad, ¡que se jodieran!

Una lluviosa mañana fue a visitarla su yerno, Pedro Romero de Terreros, con Pepita.

—Señora, vengo a despedirme —dijo abrazando a Pepita—. Quisimos que fuese usted la primera en saberlo.

Y tras proferir aquella frase, confesó que siendo comandante en jefe de la guardia del virrey, a don Juan le tenía gran aprecio, pareciéndole injusta la forma como fue tratado, y aunque intentó protegerle debió rendirse ante la superioridad numérica de los atacantes. Su aflicción resultaba de la obligación de servir ahora a Novella, a quien no guardaba respeto ni consideración.

—Me parece de poco intelecto —comentó sincero—, y lo peor, considero que aceptó el cargo con la única intención de cosechar fama.

—¡Fama! —La Güera rio con sarcasmo—. Debe ser muy grande el placer de gobernar puesto que tantos aspiran a hacerlo, pero te aseguro que Novella será recordado por su incapacidad.

—Sí, señora, una cosa era servir a alguien con las virtudes de Apodaca, aun a sabiendas de que los días de su gobierno estaban contados, y otra sujetarme a las órdenes de un hombre capaz de ensangrentar la ciudad.

Pedro era patriota, asiduo asistente a las tertulias y había sido electo diputado por el partido criollo en las pasadas elecciones.

—¿Lo has pensado bien? —le preguntó, preocupada.

—Yo misma lo he persuadido —dijo Pepita—. Aquí no hay más que hacer.

Levantándose de su asiento abrazó a Pedro y lo bendijo, pidiéndole que llevase consigo una carta al señor Iturbide en la cual lo felicitaba de todo corazón y le rogaba que cuidase a su yerno, a quien tanto cariño le había tomado.

66

VISITAS A ITURBIDE
1821

Reunido con su Estado Mayor, Agustín recibió a Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, con amistoso abrazo.

—¡Bienvenido! Estoy enterado de tus servicios, y desde hoy serás mi asistente personal —le dijo jubiloso—. Ya que conoces al general Novella, me ayudarás a pactar su rendición.

—¡Será un honor! —dijo Pedro, cuadrándose marcialmente.

—Toma asiento y entérate: me están dando parte de las últimas novedades —ordenó mientras el general Filísola tomaba la palabra:

—No soportarán el sitio por mucho tiempo; hemos controlado el manantial de Santa Fe, cortando a intervalos el flujo del líquido.

—Sus órdenes han sido cumplidas, general. —Ahora era el coronel Armijo quien daba parte de sus acciones—. En los cerros más altos del Tepeyac hemos ubicado un gran número de cañones al mando del padre Barrendero, y con la intención de causar mayor miedo hemos hecho correr la voz de que, debido a su mal genio, en algún arranque de furia podría barrer a cañonazos la ciudad.

—¡Este arroz ya se coció! —exclamó Agustín con aire ufano, sonriendo complacido y totalmente confiado.

Aprovechando el cese al fuego, ahora desertaban un gran número de realistas, entre ellos el general Álvarez, recién nombrado su comandante general, a quien ni el ascenso convenció de permanecer con Novella. Además, de la ciudad salían familias de renombre como la marquesa de Vivanco, media hermana de Leona Vicario, y cuyo marido ya se había unido a Iturbide.

—Novella enviará comisionados mañana —notificó Iturbide a sus oficiales con tono jactancioso —. No cabe duda de que desean pactar la capitulación… ¡Señores, que me parta un rayo si no es que hemos triunfado!

Tras firmar un armisticio con Novella, el cual estipulaba el libre tránsito de mercancías y personas aun sin pasaporte, la correspondencia con Agustín se restableció. Firmando todavía como *Damiana*, se refería al inminente éxito de la empresa, y se jactaba de haber establecido comunicación con los más distinguidos personajes de la patria, pactando y convenciéndoles de unirse al movimiento. En una carta invitó a la Güera a visitarle en el convento de San Joaquín, donde había establecido su cuartel general, y ella no dudó en aceptar.

Acudió junto a sus tres hijas: Pepita ardía en deseos de ver a su marido; Paz iba ansiosa, esperanzada en saber si podría casarse el 16 de septiembre según lo planeado, y Antonia, junto con su marido, la acompañaban con la intención de festejar al héroe patrio.

El cuartel general sobrepasaba las seiscientas gentes, así que los frailes carmelitas tuvieron que desalojar el convento para albergarlos, mientras la tropa ocupaba las humildes chozas que rodeaban el imponente edificio. El claustro se había convertido en fortaleza y recinto cortesano donde Iturbide actuaba como rey y los demás como vasallos: la tropa lo vitoreaba cada vez que lo veían y los

visitantes no cesaban de enaltecer sus virtudes con el obvio propósito de obtener algún beneficio de aquel al que ya consideraban gobernante del Imperio.

Al llegar a San Joaquín, un asistente les hizo pasar a la enorme biblioteca, famosa por su colección de obras filosóficas, teológicas y religiosas. Entre aquel peculiar olor a papel viejo mezclado con efluvios de incienso, Agustín recibía a los visitantes para reforzar su imagen de hombre sabio e ilustrado. Abrazó cariñoso a Paz, y al externarle ella su preocupación, la tranquilizó prometiendo que podría casarse según sus deseos, además de garantizarle la prosperidad del reino para bienestar de sus futuros hijos; con Antonia tuvo frases de adulación por su singular belleza, prometiéndole un lugar destacado en el Imperio, y a Pepita la felicitó por su marido, cuyos servicios proporcionarían paz y seguridad a la nueva nación.

Al escucharle, la Güera descubrió una novedosa actitud en su manera de hablar: se expresaba con vanidosas frases que remarcaban su poderío, expresadas con tal seguridad y energía que más parecía pronunciar un elaborado discurso político que sostener una cordial conversación. En los diez meses de campaña mucho había cambiado su carácter; como a diario el pueblo lo vitoreaba con exaltadas alabanzas, su alma fue alimentándose de un orgullo que rayaba en la soberbia y un sentimiento de superioridad que no aceptaba negativas. Se sabía el héroe patrio y exigía ser tratado como tal.

—Con su permiso, debo conversar con la señora —dijo en un tono que sonaba más a mandato que a cortesía, y ofreciéndole el brazo la condujo por un pasillo para después subir las empinadas escaleras que conducían a la azotea del edificio. Los ojos de la Güera se maravillaron con la espléndida vista del valle de México.

—Observa; por todas las comarcas están diseminadas mis tropas, que ya sobrepasan los quince mil efectivos. Tenemos cercada la ciudad, y si Novella pretendiera negarnos la independencia, lo aplastaré.

—Creo que todo habrá de resolverse en paz —dijo ella con sinceridad.

—Como podrás observar, he cumplido mi promesa. La campaña emprendida ha sido pacífica y ordenada, sin derramar sangre inocente —dijo con más vanidad que orgullo—. Deseabas nuestra libertad y la tendrás a tus pies.

—Deseábamos, Agustín —corrigió la Güera.

—Cierto, el amor a la patria ha sido mi guía —sentenció con tono suave—, pero tú has sido la motivación.

Diciendo aquello, la abrazó. Ella no supo si debía repelerlo y afrontar al hombre más poderoso del reino, o consentir a sus brazos y continuar el juego; optó por lo segundo.

—La independencia no se ha consumado —dijo riendo tras besar cariñosa su mejilla—. Intentas cobrar el premio sin haber consumado el trabajo.

A Iturbide le gustaban esos desplantes, por lo que, sonriente, la tomó de la mano para de nuevo acercarse.

—No hay poder humano que pueda evitar mi triunfo; prontamente O'Donojú y Novella se reunirán para confirmar los Tratados de Córdoba, aunque no sabemos aún dónde —se acercó, intentando abrazarla nuevamente.

—¿Por qué no han fijado el sitio de la reunión? —La Güera fingió curiosidad, burlando su acoso.

—Se ha considerado Tacubaya o la hacienda de Los Ahuehuetes, pero ambos sitios están cercanos tanto a las tropas realistas como a las mías, pudiendo ocasionar enfrentamientos.

—¡Pues realicen su reunión en mi hacienda, La Patera! —dijo de inmediato—. Está situada en región estratégica, ninguna tropa la merodea.

En eso subió un asistente, informando que el obispo de Puebla, don José Antonio Pérez, había

llegado. Con desgano, Agustín ordenó que lo hiciese pasar a la biblioteca, agregando que en un minuto se reuniría con él.

—Por cierto —la Güera aprovechó la oportunidad para expresar sus preocupaciones—, se dice que has realizado demasiadas alianzas con los serviles, y se teme que la Junta Provisional Gubernativa se integre con personas contrarias a los sentimientos populares.

—Güera, si he logrado la independencia en paz es porque negocié con todos los partidos, de otra manera seguiríamos batiéndonos en el campo de batalla —concluyó tajante, y brindándole el brazo la convidó a descender por las escaleras.

Tras una copiosa comida realizada en los hermosos huertos del convento donde compartieron con los más allegados a Iturbide, por la tarde regresaron a la ciudad. En el carruaje, entre las risas alborozadas de sus hijas, la Güera divagaba entre emocionantes sentimientos y agrios presagios.

Cuando en medio de una pertinaz llovizna se le ordenó suspender los trabajos de atrincheramiento, Casimiro sonrió esperanzado; ese mismo día había observado a Novella, escoltado por veinticinco dragones, salir de la ciudad rumbo a La Patera para entrevistarse con O'Donojú e Iturbide.

—Me parece que van a firmar la paz —le dijo a Ignacio, que permanecía incrédulo después de tantas confusiones y desatinos del gobierno.

Al regresar Novella esa misma tarde, lo único que anunció fue que el cese al fuego se prolongaría hasta el día 16 de septiembre. No obstante, el chismerío prendió como reguero de pólvora: por todas partes decían que había reconocido la independencia de Nueva España y pronto el Ejército Trigarante entraría a la ciudad para tomar las riendas. En algún momento de las siguientes horas, los dos se vieron junto a miles de paisanos que salieron a las calles a festejar y aclamar a Iturbide, a quien ya querían santificar o cuando menos nombrar emperador; no resonaron las campanas de los templos, pero sí los cañonazos de salva con los cuales el ejército independentista festejaba la noticia. Los tronidos ahora no asustaban a nadie; es más, Ignacio y Casimiro casi bailaban a su ritmo, como si fuesen la melodía más alegre.

Poco después se proclamó oficialmente que Novella reconocía los Tratados de Córdoba, pero el país no sería independiente hasta que O'Donojú entregase los poderes a Iturbide y se estableciera una regencia o junta gubernativa. Ignacio no cabía de alegría al enterarse de que los regimientos traídos desde España para vencer a los insurgentes comenzarían a abandonar la ciudad rumbo a Veracruz, para luego embarcarse a Europa; por fin se librarían de los agresores.

Con la intención de halagar y pedir dádivas al héroe, cientos de personas viajaban a diario hasta Tacubaya, donde Iturbide había mudado su cuartel. Las calles estaban más desiertas que nunca; entre los que habían huido y los que visitaban al prócer, México parecía una ciudad fantasma.

La boda de María de la Paz con José María Rincón Gallardo, marqués de Guadalupe Gallardo, realizada en el sagrario de la catedral ante un reducido grupo de amistades y familiares, fue sentida y hermosa debido al honesto amor de los novios. La dicha embargaba a la Güera sabiendo que la patria sería libre, y que sus tres hijas se hallaban felizmente casadas con tres de los principales varones de la capital. Solamente permanecía soltero Gero, quien tras haberse retirado a la hacienda de Bojay poco venía a México. Le escribió para decirle que por allá frecuentaba a una joven, Guadalupe Díaz Sandoval, que aunque no pertenecía a familia de elevado abolengo, le hacía feliz, con lo cual la Güera se sentía más que satisfecha.

Tras la boda celebró un pequeño brindis en casa, donde compartió con algunos miembros de la tertulia y los más cercanos familiares de su yerno. Fue inevitable que en el convivio se comentaran las noticias referentes a la entrada del ejército libertador a la ciudad, programada para el 27 de septiembre. «Realizar tan importante evento el día de su cumpleaños es impropio —pensó malhumorada la Güera—. Al reunir ambas celebraciones en una, pareciera declarar que están íntima y sacramente ligadas».

Durante la reunión se dio cuenta de que cuando alguien deseaba conocer nuevas o datos del ejército o de Iturbide, se acercaban a ella como si estuviese enterada de los pormenores. Su hermana Josefa, con quien seguía enemistada pero había acudido a la boda, fue quien le hizo comprender la causa de aquella situación.

—Güera —dijo acercándose—, espero que nuestras desavenencias no impidan que ayudes a mi hijo Alejandro.

—No comprendo —replicó, confundida.

—El Imperio propiciará magníficas oportunidades; si solicitas a Iturbide un buen cargo para él, te estará eternamente agradecido.

—¿Y cómo podría influir yo en la mente de Iturbide?

—No te hagas la mosca muerta, Güera, si todo el mundo lo comenta; pero no te preocupes, muchos te consideran la verdadera emperatriz, una especie de Madame Pompadour que reina desde la alcoba.

Comprendió todo: la sociedad la hacía no sólo amante de Agustín, sino también su consejera. No podía imaginar de dónde habría surgido aquel chisme; jamás se había presentado públicamente junto a él, y aunque era asiduo a sus tertulias, asistía de cuando en cuando con su esposa. Lo cierto era que los rumores brotaban cuando alguien deseaba inventar algo y otro ansiaba escucharlo.

Tres días después la Güera y su familia volvieron a visitar a Iturbide, ahora en Tacubaya; se hospedaron en la propiedad que poseía su nuevo yerno, el marqués de Guadalupe, llamada con el simpático nombre de Casa de la Bola por tener un ornamento esférico en la parte superior de su fachada. La misma mañana de su arribo fueron al magnífico Palacio del Arzobispado, donde Iturbide había instalado su corte, recibiéndoles prontamente aun cuando otros esperaban desde horas atrás.

Entrando al salón principal, donde se encontraba un grupo conformado por militares, religiosos y abogados, fue primero con Paz y José María, felicitándoles por su matrimonio con palabras y ademanes grandilocuentes; después saludó a los demás, pero muy efusivamente a Antonia, alabando como siempre su gran belleza y buen gusto en el vestir. Finalmente fue con la Güera y, tras besar su mano, la presentó con O'Donojú, hombre de unos sesenta años, con rostro y cuerpo insípidos pero carácter amable y reservado. Ella observó que los dedos de su mano izquierda estaban contrahechos, por lo que intentaba esconderlos llevando continuamente el brazo a la espalda.

—Don Juan —dijo Agustín—, permítame presentarle a la musa de esta gran hazaña, mujer que ha seducido nuestras mentes en favor de la libertad.

Tal adulación le pareció excesiva; sin embargo O'Donojú, como si estuviese acostumbrado a las continuas peroratas de Iturbide, la saludó amablemente. Minutos después, conversando a solas con la Güera, Agustín le refirió que don Juan, al ser encarcelado por Fernando VII, habría sido sometido a tan espantosas torturas que le dejaron como perenne recuerdo los dedos deformes e inútiles.

—Ahora entiendo por qué accedió tan fácilmente a nuestra independencia —dijo conmovida.

—No tenía otra opción —expresó él, irguiéndose vanidoso—: a excepción de México y Veracruz, mis ejércitos ocupan todo el reino.

Por dos días estuvo en Tacubaya, conviviendo con Agustín a pausas, ya que la multitud lo

distanciaba de ella. La Güera veía con preocupación la increíble zalamería con que obraban los asistentes, ya fuesen aristócratas, profesionistas, prelados, clérigos o militares: cuando salía a la calle o saludaba a la muchedumbre desde el balcón central del palacio, lo aclamaban. Su popularidad había alcanzado alturas insospechadas, y quienes le rodeaban la multiplicaban escandalosamente, muy en especial aquellos contrarios al cambio, hombres serviles, deseosos de que el gobierno independiente preservase sus privilegios. Entre ellos figuraban los conspiradores de La Profesa con Monteagudo a la cabeza, secundados por Bataller, el canónigo Bárcena, el obispo Pérez y el obispo Cabañas.

En los pasillos y salones se murmuraba abiertamente sobre la lista de quienes podrían conformar el gobierno interino, mencionando a demasiados serviles, a pocos liberales y ningún insurgente, cuestión que de ser cierta quebraría uno de los pilares fundamentales del plan: la unión. Al despedirse de Agustín para retornar a la ciudad pudo hablarle un instante a solas, y tras externarle sus reproches, él replicó con hastío:

—Tuve que pactar, Güera, ya lo he dicho. Además, la Regencia gobernará el breve tiempo en que un Borbón acceda al trono, y la Junta Provisional Gubernativa mientras se eligen los diputados del Congreso.

—Desde que ideamos el plan previmos que Fernando y sus hermanos podrían rechazar nuestra corona, por ello estipulamos que solamente algún miembro de casa real fuese el monarca.

—Y así será, Güera, así será, tan sólo para que seas la mujer más dichosa del orbe. ¿Verás el desfile del ejército? —preguntó, cambiando el tema.

—Por supuesto. Intentaré verlo desde el antiguo convento de los betlemitas.

—Te demostraré que soy hombre de palabra —dijo misterioso—. ¡Prometo que ese día no saldrás de casa!

La Güera no entendió entonces el significado de sus palabras ni les dio importancia. Le preocupaba más el rumbo que iba tomando el naciente Imperio Mexicano.

67

LA LIBERTAD TOCA A LA PUERTA
1821

El Güero Ignacio recibió con gran alegría la orden de regresar a casa. Se habían disuelto los regimientos de reclutas voluntarios, aunque eso de «voluntarios» era una falsedad enorme: todos se habían enrolado contra sus deseos. Con un gran abrazo se despidió de Casimiro, con quien había entablado sincera amistad, y el mozo le dijo al partir:

—Ya sabes, Güero; cuando necesites algo nomás avísame.

Llegando a su casa fue recibido con gran algarabía por su esposa Graciela, una morena de cuerpo templado y carácter servicial que lo atendió como héroe, preparándole su comida favorita y permitiéndole descansar en la hamaca por horas. No habían podido tener hijos, por lo que ellos dos eran su única compañía, y se cuidaban mutuamente con gran esmero y cariño.

—A ver si puedes sacarme de la duda —le dijo ella mientras le servía un jarro de humeante atole —: ¿ahora vamos a ser mexicanos y no españoles como antes?

—Pues mexicanos, mujer; todos vamos a ser mexicanos.

—Entonces, si antes los mexicanos éramos solamente los nacidos en la Ciudad de México, ¿cómo nos van a llamar ahora?

Ignacio la miró perplejo; no sabía qué responder. A él no se le había ocurrido preguntarse aquellas minucias.

—La verdad, no tengo la menor idea, pero ten paciencia, en unos cuantos días llegará Iturbide con sus tropas; entonces sabremos todo.

—Aquí en el barrio hay algunos muy afligidos, no saben qué será de nosotros si el rey Fernando se niega a venir. ¿Quién nos va a proteger y gobernar?

—Si no viene el rey, nos gobernaremos nosotros mismos, así de fácil.

—¿Y a poco sabemos hacerlo? Jamás un criollo ha gobernado estas tierras, a mí se me hace que esto va a ser un desbarajuste —sentenció entre afligida y molesta.

Ignacio recapacitó: a lo mejor su mujer tenía razón y muchas cosas cambiarían con la independencia, algunas para bien, otras para mal, pero no importaba; él y muchos otros irradiaban felicidad al ser libres y poder decidir su propio destino.

Iturbide pactó que el virrey O'Donojú entrara a la ciudad el día 26 para sustituir a Novella en su cargo, mientras que él mismo y el Ejército de las Tres Garantías lo haría el día siguiente. Las tropas trigarantes ya sobrepasaban los dieciséis mil soldados, ejército como jamás se había visto en la ciudad, planeando que transcurriera por el puente de Mariscal hacia la calle de Tacuba, pasara por la catedral y llegase al Palacio Real, que a partir de entonces se llamaría Palacio Imperial.

Mientras llegaba el glorioso día, las tropas españolas debían abandonar la ciudad. El júbilo resultó enorme cuando los independentistas tomaron posesión de Chapultepec: Ignacio, su mujer y cientos de paisanos fueron al bosque con viandas para compartir con los soldados, a quienes agasajaron como héroes, y como a diario regresaban quienes habían huido, la ciudad recuperó su tradicional jolgorio.

En cada esquina, plaza y mercado la gente caminaba mostrando amplísimas sonrisas, esperanzados en el nacimiento de un país mucho mejor que el anterior; sentían que por arte de magia la independencia les cambiaría la vida, enriqueciendo sus bolsillos y eliminando los infortunios por decreto.

Todos los balcones, pero muy especialmente por donde pasaría el desfile, fueron engalanados, colgando en ellos tapices, sábanas, gobelinos o manteles de colores blanco, verde y rojo, como la bandera del Imperio Mexicano. Algunos comerciantes hicieron una fortuna vendiendo listones de aquellos colores, ya que las mujeres los compraban para lucirlos en coquetos moños en sus cabellos; los indios vendían cántaros, cestas, sarapes, camisas, sombreros y papel picado con los tres colores para celebrar la ocasión, y estampitas con la bandera.

El día anterior a la entrada triunfal, como a las cinco de la tarde, llegó O'Donojú custodiado por la guardia de Alabarderos, con el conde de Regla a la cabeza; fue recibido con cañonazos de salvas y las estruendosas aclamaciones de Ignacio y miles de capitalinos, quienes le agradecían haber firmado la independencia.

Para ese entonces ya todos adoraban a Iturbide; hasta O'Donojú escribió una proclama que iniciaba así: «¡Mexicanos de todas las provincias de este vasto imperio! A uno de vuestros compatriotas, digno hijo de patria tan hermosa, debéis la justa libertad civil que disfrutáis ya».

Días antes de la entrada del ejército libertador, la Güera fue con don Jacinto García, famoso maestro sombrerero, a solicitarle la hechura de un bicornio que deseaba obsequiar a Iturbide en su cumpleaños. Sin escatimar gastos, ordenó que fuese elaborado con el más fino fieltro, pero de manera simple y sobria, sin galones militares, oropeles o vistosos adornos. Lo había meditado bien, y con aquel detalle deseaba comunicarle que lo más conveniente para una nación tan ansiosa de cambios sería poseer un líder que actuase con humildad republicana: el elegante bicornio poseía por único ornamento tres plumas con los colores de la bandera.

Tras inspeccionarlo detalladamente a la entrega y comprobar que la hechura era perfecta, se lo envió finamente empaquetado, con una escueta nota adjunta: «Quien escribe con letras de oro la historia no requiere ornamentos; sus virtudes le hacen brillar y sobresalir frente a cualquier otro. Feliz cumpleaños». Y firmaba, como siempre, María.

Emocionada fue hasta el convento de San Francisco, donde se encontraban los restos de su padre y de su cuñado Manuel; ante sus criptas rezó, conmovida, por el eterno descanso de sus almas y agradeció sus ejemplares acciones y principios, mismos que habían iluminado su mente y orientado su camino. «Encuentren ya la paz —dijo al terminar sus oraciones—: su labor ha sido culminada». Retornó a casa, y en la capilla doméstica encendió cuatro cirios para rogar entonces por su amado Ramón, quien hoy estaría tan satisfecho como ella misma. Luego rezó por las almas de Hidalgo, Allende y Abasolo, todos ellos compañeros de lucha, con los cuales forjó planes y colaboró para dar libertad a la patria.

Imbuida de espíritu festivo, entusiasmada como pocas veces en su vida, recibió una noticia que la dejó boquiabierta. Casimiro llegó corriendo hasta el salón del estrado, donde se encontraba leyendo un libro, y agachándose humildemente dijo en voz baja:

—Niña, han cambiado el desfile y la gente murmura que es para agasajarla a usted.

La Güera abrió los ojos como platos sin entender nada. Casimiro, sin decir más, le entregó una

hoja volante que leyó apresurada: se notificaba a la población que el desfile transcurriría por las calles de San Francisco y no las de Tacuba, como se había planeado originalmente. La Güera estalló de felicidad; ¡Agustín había cambiado el curso del desfile para pasar frente a su casa! Aquel era el regalo más hermoso que pudiera recibir, se sintió reina, y aunque sabía que él realizaba aquello para conquistarla, pensó que también significaba un justo reconocimiento a su participación en la lucha.

Por la tarde, al regresar del Parián, donde había comprado telas y adornos para decorar los balcones y ventanas, le esperaba otro obsequio de Iturbide. Cuando deshizo el envoltorio, bellamente presentado con lazos de colores verde, blanco y rojo, descubrió un precioso rebozo de seda mixteca, de los que llamaban *ametalados* por ser tramados con hilos de oro y plata. Su base estaba trabajada en seda blanca, teniendo bordadas a lo largo cuatro franjas, cada una con infinidad de figurillas que representaban escenas cotidianas de la patria. Al centro lucía tres escudos: el de España, el del Imperio Mexicano y el de Iturbide, y al pie de ellos se encontraban los nombres MARÍA IGNACIA RODRÍGUEZ DE VELASCO Y AGUSTÍN COSME DAMIÁN ITURBIDE, estando bordados en oro, para que destacasen, solamente *MARÍA* y *DAMIÁN*.

Se lo colocó sobre los hombros y fue al espejo para contemplarse: su rostro resplandecía de felicidad y el rebozo era bellísimo.

El Güero Ignacio estaba convencido de que entre la Güera e Iturbide había algo más que una simple amistad; cuando la señora fue con él para pedirle que escribiera un mensaje al general, en papel fino y con la letra más elegante posible, lo adivinó de inmediato aunque guardó silencio mustio, como siempre.

Por eso no le sorprendió que se modificara la ruta del desfile poco antes de su realización, causando problemas y quejas por doquier: los del Ayuntamiento habían mandado construir un arco triunfal en el puente de Mariscal, así que debieron deshacerlo y reconstruirlo, pero ahora entre la Casa de los Azulejos y el convento de San Francisco; quienes vivían por las calles de Tacuba, donde pasaría originalmente la marcha, se sintieron traicionados ya que no podrían lucir sus balcones ricamente engalanados, para lo cual habían gastado bastante plata. Estaban furiosos y culpaban de sus males a la Güera Rodríguez, mentando que la señora había ordenado al jefe de los ejércitos que el desfile pasara bajo sus pies. Desde meses atrás se decía que ella era amante de don Agustín e Ignacio lo había descreído, pero no ahora; tenía suficientes pruebas para considerarlo cierto.

Entre dimes y diretes, la ciudad entera se fue preparando para la gran ocasión. Los baches y desperfectos causados por el levantamiento de trincheras y barricadas se compusieron lo mejor posible; las calles fueron aseadas de mierdas y basura; las farolas se adornaron con pendones tricolores; la catedral fue aseada y embellecida para el fastuoso tedeum; el Palacio Imperial fue embellecido con los colores patrios, y el Caballito, la famosa estatua de Carlos IV, fue cubierta con un templete semicircular de doce columnas que fingía ser un palacete romano, para que la turba y el exceso de pulque no dañasen la hermosa escultura.

Todo estaba dispuesto para el nacimiento del Imperio Mexicano.

68

27 DE SEPTIEMBRE
1821

La Güera se levantó de madrugada con el alma jubilosa. No había podido dormir por la emoción, pero aun así sentía su ser radiante de felicidad. Un hermoso amanecer comenzó a despuntar por el rumbo del lago de Chalco, y de inmediato, con la ayuda de Casimiro, Teófila y otros criados, fue decorando cuidadosamente los balcones con las mantas tricolores que la costurera había hilvanado en franjas diagonales, para semejar lo más posible la bandera. Sobre el portón principal hizo colocar un águila con las alas extendidas, a semejanza de las utilizadas por Allende y Morelos en sus regimientos; la habían elaborado unos artesanos de Xochimilco trenzando múltiples flores sobre una red de palmas, a la usanza de las trajineras.

El águila, hermosa e imponente, sobresalía de un óvalo blanco cual si fuese un escudo, alrededor del cual podía leerse: «Dios tenga en su gloria a Hidalgo, Allende, Abasolo, Morelos y todos los héroes que nos precedieron».

Todo lo había premeditado meticulosamente. Para el desfile, mandó confeccionarse un espléndido vestido de muselina y gasas blancas anudado por debajo del busto y con mangas cortas, abombadas y transparentes; el escote resultaba insinuante mas no provocador, y el detalle patrio residía en las cintas y listones utilizados para ajustar el talle, que eran rojos y verdes al igual que las mangas. Por joyas decidió portar aretes de esmeraldas y una gargantilla de terciopelo con rubíes. Con la ayuda de Teófila se recogió el cabello con sutileza, dejando sueltas algunas guedejas en aparente descuido porque deseaba lucir cual Venus, la pacificadora diosa romana con quien la comparaban.

Sin embargo, dudó en usar el rebozo que le regalara Agustín; sabía que causaría gran chismerío entre los asistentes cuando descubriesen los nombres y escudos en la prenda. Por otro lado, no usarlo significaría desdeñar groseramente el obsequio, así que decidió doblarlo en forma tal que se ocultasen los nombres, y tenerlo siempre a la mano por si resultaba pertinente su uso.

Para presenciar el magno espectáculo, acudieron sus tres hijas con los adorables nietos. Pepita lucía también un vestido imperio de tenues transparencias, y venía entusiasmada para mirar a su marido marchar cercano a Iturbide, ya que seguía figurando como su asistente. Antonia había preferido un traje de china poblana, tan propio de la patria. Paz portaba un sencillo vestido de aires campiranos, muy usados en las provincias, atando su cabello con moños tricolores y llevando sobre los hombros un rebozo de seda roja con vivos blancos y verdes. Por último, su querido Gero, quien había acudido a la ciudad ante los continuos ruegos, vestía con pantalón gris, chaleco y frac negros, y para la ocasión lucía polainas, corbata y sombrero de copa; había llegado acompañado de Guadalupe Díaz Sandoval, su prometida. Sus tres yernos serían parte del desfile, ya que Agustín marcharía con los nobles y los caciques indios, queriendo significar con ello que el Imperio unificaría a todas las clases sociales.

María Ignacia había invitado también a algunos familiares y amistades cercanas cuyas casas se hallaban fuera de la ruta del desfile, entre ellas la condesa de Regla, su hermana Josefa, la marquesa de Rayas y otras personas, casi todas mujeres, ya que sus maridos estarían en el desfile o esperarían a Iturbide en el Palacio Imperial. En el balcón central se apostaría ella con sus hijas mientras los

invitados se ubicarían en los balcones laterales o las ventanas, y la servidumbre en la azotea. Para atender a los convidados había dispuesto refrescos, chocolate, bocadillos típicos y también dulces.

La Güera hervía de impaciencia junto con las otras damas, encaramadas a los barandales y ventanas. En las banquetas, por debajo de ella, se arremolinaba una colorida multitud; las mujeres vestían trajes propios del país, otras llevaban vestidos imperio, y las indias usaban los hermosos huipiles para días de fiesta, pero todas intentaban portar los colores patrios ya fuese en el rebozo, la mantilla, la falda, la blusa o tan sólo con listones en el cabello. Algunos varones vestían de chinacos, que era el atuendo más típico, o con frac y sombrero a la moda, pero acompañando sus atuendos con los tonos tricolores pegados a la solapa cual medallas o como listones en los sombreros.

La exaltación nacional era inédita, pensó la Güera, ni las fiestas virreinales más importantes habían reunido tal muchedumbre, mucho menos tan entusiasta y agrupada en un mismo sentimiento.

Tal visión le hizo reflexionar en que a la gente, sobre todo la humilde, les ilusionaba más conseguir la paz y el progreso que la independencia misma. Habían sufrido la guerra con mayores sacrificios que ella y los de la élite del reino: para los de arriba había significado privarse de lujos superfluos, mientras que los de abajo padecieron en carne propia el hambre y la muerte. Recordó a Alexander von Humboldt, quien con aguda certeza había señalado el mayor problema de la patria: la desigualdad económica, en lo que había meditado Hidalgo al realizar proclamas, y Morelos hasta una constitución para corregirlo. Entonces se percató del enorme hueco en el Plan de Iguala: jamás habían considerado la justicia en la sociedad como pilar alguno en el proyecto, y con ello la nación estaba predestinada a sangrientas conflagraciones. Habían actuado con la finalidad de obtener la independencia en paz, uniendo los intereses de los distintos partidos, y tan concentrados estuvieron en aquello que olvidaron lo sustancial.

De pronto se escucharon gritos y clamores a la distancia. Muy al fondo del horizonte se vislumbraba una creciente polvareda; seguramente salían del paseo de Bucareli para transitar en paralelo a la Alameda. La Güera podía observar desde el balcón, a dos cuadras de distancia, el arco triunfal levantado por el Ayuntamiento para dar la bienvenida a Iturbide: cuando lo alcanzó el primer contingente, se detuvieron por unos minutos para recibir las llaves de la ciudad y pronunciar un breve discurso.

El silencio era enorme, tan sólo se percibían palabras dispersas sin que se comprendiera lo que decían… pero de pronto comenzaron a repicar las campanas y a tronar los cohetones en el cielo, la gente estalló en ovaciones, gritando y vitoreando con mayúsculo denuedo, y en medio de aquella ensordecedora algarabía la marcha recuperó su ritmo y la tropa desfiló por las calles de San Francisco.

De las azoteas y balcones lanzaban flores, papelillos recortados, agua de azahares y hasta monedas de plata al ejército; pasaron frente al palacio de Jaral del Berrio, donde se hospedaría Iturbide, y tras cruzar el callejón del Espíritu Santo, la Güera pudo distinguir perfectamente a Agustín: venía a la cabeza de las tropas, seguido por los miembros del Estado Mayor, coroneles, brigadieres y generales que anteriormente se habían distinguido en las filas realistas, junto a Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, los únicos insurgentes del primer contingente.

Iturbide lucía gallardo: montaba un hermoso caballo prieto con ricos jaeces y una montura decorada con oro y brillantes. Sin embargo su vestimenta era modesta: botas de montar, pantalón de paño blanco, chaleco cerrado, una casaca color avellana, y en la testa el bicornio que la Güera le había obsequiado. Sonrió conmovida y orgullosa.

Llegando frente a su casa, Iturbide levantó el brazo e hizo detener la marcha de las tropas. Tal acción causó extrañeza en la muchedumbre, y el vocerío popular guardó silencio expectante. Adelantándose a la columna, Iturbide, que era diestro jinete, hizo que su caballo girase hasta quedar mirando hacia el balcón central donde se hallaba la Güera Rodríguez; levantó el rostro hacia ella, rodeada de sus hijas, y llevando la mano hacia la pluma roja del sombrero, la acarició al tiempo que el caballo se inclinaba grácilmente en señal de respetuoso saludo. Agustín sonreía sin apartar la mirada de la Güera y su mano de la pluma; al descubrir que ella le sonreía también, entre avergonzada y orgullosa, se sintió extremadamente satisfecho.

Los sentimientos de María Ignacia se tornaron confusos y excitados; tan sencilla pero hermosa cortesía no la habría imaginado jamás. Parecía que el corazón le iba a explotar, sus ojos estaban al borde de las lágrimas, sus piernas temblaban, y al descubrir que todos dirigían la mirada hacia ella, percibió que el rubor enardecía sus mejillas. Estaba atónita, extática, hasta que Pepita, discretamente, le dio un ligero codazo para hacerla reaccionar; entonces se llevó el abanico al rostro y aireándose con modestia agradeció el gesto con una pequeña reverencia, al tiempo que, sin pensarlo siquiera, se colocaba el rebozo sobre los hombros. Iturbide agachó también la cabeza con seriedad marcial, y la multitud reventó en alaridos, aplausos y chiflidos, aclamando al héroe con gritos de «¡Viva Agustín Primero, viva nuestro emperador!».

El momento fue grandioso, pero tras un instante prosiguió la marcha. Sus hijas miraban con orgullo a la Güera, y ella, todavía aturdida, resplandecía de gozo.

69

¡MERETRIZ!
1821

El desfile continuó por casi cuatro horas, terminando hasta las dos de la tarde; así de numerosas eran las tropas patrias. Pero gran desazón le causó mirar el paso de los regimientos de Vicente Guerrero, todos mal vestidos, casi en harapos. Se decía que habían querido marchar con las mismas ropas con las que combatieron a favor de la libertad, no para causar lástima sino para que se conociera cómo había sido la vida de los insurgentes; la Güera y el pueblo bajo les aplaudieron a raudales.

El resto del día transcurrió entre fiesta y fiesta, eventos a los que asistió con sus hijas y yernos. En la catedral, el arzobispo ofició un solemne tedeum, en el cual Iturbide se sentó en el lugar reservado para los virreyes y luego pronunció un discurso para cuya redacción había solicitado el apoyo de varios escritores, el cual concluía con emotivas palabras:

> Ya me veis en la capital del imperio más opulento, sin dejar atrás ni arroyos de sangre ni campos talados, ni viudas desconsoladas ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres. Por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este reino, y todas uniformadas en la celebridad han dirigido al Ejército Trigarante vivas expresivos y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban a mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones y la desnudez de los soldados, siempre alegres, constantes y valientes. Ya sabéis el modo de ser libres, a vosotros toca señalar el de ser felices.

A continuación los generales, las autoridades y las familias nobles fueron al Palacio Imperial, a un banquete que el Ayuntamiento tenía preparado en honor de Iturbide y O'Donojú. Durante la tarde se realizó un paseo por las calles de la ciudad al que asistió la Güera, constatando que el gentío seguía aclamando a Iturbide como el gran héroe nacional. Para concluir la fiesta del primer día, se realizó función de teatro popular en la Plaza de la Constitución mientras en el Coliseo se escenificaba el melodrama *México libre*, escrito por el dramaturgo Francisco Ortega para alabar la independencia; Iturbide y O'Donojú, junto con algunos de sus más cercanos, ocuparon el palco reservado a los virreyes, y en el entreacto de dicha obra, que para sorpresa de la Güera resultó bastante bien articulada, una buena parte del público comenzó a vitorear a Iturbide, aclamándolo como emperador. La Güera, conmovida como pocas veces en su vida, se unió espontánea a los aplausos.

Comenzando el segundo acto, un pequeño papel le fue entregado por un militar, quien se alejó de inmediato. Al leer la tarjeta se le escapó la respiración y un escalofrío recorrió su espalda: «Hoy en la noche. *Damiana*».

Llegando a casa instruyó a Casimiro para que guardase a los perros en sus jaulas, y bajo la mayor discreción dejase entrar al general Iturbide si tocaba la puerta. Al ingresar a su alcoba, los nervios le hacían temblar las manos; pasaban los minutos y su mente no dejaba de aguijonearla con dudas y reclamos. En cualquier momento aparecería Agustín, exigiendo el pago a sus esfuerzos.

Sabía bien que podría entregarle el cuerpo mas no el alma, ya que su corazón añoraba a Ramón; incluso un año y medio después de su muerte estaba convencida de que nadie podría ocupar el lugar

de su amado, que sus sentimientos le pertenecían por completo. Lo que la molestaba hondamente era entregarse a un hombre no por voluntad propia sino forzada por las circunstancias, y peor aún, como vulgar prenda de recompensa. ¿Acaso no era así como se comportaban las prostitutas? Bien recordaba que continuamente había azuzado a Agustín con provocadoras coqueterías, aumentando sus deseos para hacer más apetecible el premio a sus denuedos. Pero todo lo hizo con la intención de controlar su voluntad y asegurar el éxito de la empresa; había actuado por el bien de la causa, y si con ello había ayudado a conseguir la independencia, no se arrepentiría jamás.

Pero tampoco podía engañarse: los galanteos de Iturbide deleitaban su vanidad. Cuando él le sonreía en público, las demás mujeres se encendían de envidia y los varones la admiraban sin disimulo. Que los ojos del libertador se posasen en ella la convertía en la mujer más comentada de todo México, la nueva patria, y su orgullo se henchía como navío que cruzara los océanos.

Tan pronto se daba cuenta de esos sentimientos, intentaba reprimirlos, alejarlos de su mente y de su pecho: obrar por mera vanidad sería un desacierto, ya que sus actos serían regidos por la sinrazón. Pero evitarlo no resultaba tarea fácil: él era el hombre más importante de la nación, el héroe a quien comparaban con el gran César o el mismo Apolo, y nutría las más ocultas fantasías de cualquier mujer, incluida ella misma.

Algunas veces se descubría construyendo castillos en el aire. Imaginaba su vida junto a Iturbide al centro del Imperio, dirigiendo la nación, pero de inmediato se daba cuenta de que sus ensueños eran simples falacias. Ciertamente él no amaba a Ana María, su legítima esposa, por ser un hombre que, a semejanza de Narciso, primero se amaba a sí mismo y luego a los demás. Pero era casado y su divorcio resultaba imposible; el escándalo provocado sobrepasaría con creces cualquier disfrute. No había que pensar mucho, toda relación con él debía realizarse a espaldas del mundo; su relación tenía que ser ilícita y oculta, convirtiéndola en su meretriz, confinada a la oscuridad social y a la luz del escándalo.

«¡Meretriz del emperador!», pensó con disgusto. Aquel era el adjetivo que menos se ajustaba a su carácter y pretensiones; el orgullo le impedía rebajarse a ese extremo, abandonar su propia independencia ante los caprichos de un hombre. Además, era seis años menor que ella, lo que la situaba en desventaja: en breve tiempo la abandonaría por otra amante, mucho más joven y bella. La Güera no poseía nada más que ofrecerle; él lo tenía todo.

Si bien estaba agradecida con Agustín por haber conseguido la codiciada independencia, le preocupaba su comportamiento, cada vez más ávido de poder y gloria. De continuar así, podría llevar al fracaso el plan establecido para el Imperio Mexicano.

«Siendo su amante podré gobernar tras bambalinas —pensó seriamente—; lograré influenciar su mente y encauzar sus acciones por el camino correcto. ¿Acaso madame de Pompadour, meretriz de Luis XV, no patrocinó grandes avances en las artes y ciencias de Francia? ¿No ejerció Aspasia de Mileto poder sobre Pericles, logrando que Atenas fuese la ciudad más alabada por los estudiosos de la historia? ¿Y Teodora de Bizancio, al lado de Justiniano no hizo de Constantinopla el imperio más afamado de su tiempo?»

¡Meretriz! ¡Sí, eso debía ser! Meretriz, posición tan envidiada y respetada en las cortes europeas, sitio privilegiado desde el cual encauzaría a buen destino los designios de la patria. Los frutos de aquella relación no serían los normales sino mayores e insospechados; quizás germinarían proyectos y realizaciones que harían progresar a México en paz.

Fue hasta el altar de la casa, tomó entre sus manos el retrato de Ramón y entre rezos le pidió perdón por lo que haría, explicándole todas sus razones y los funestos presentimientos que albergaba su alma; después esperó a Agustín vestida con las más sugestivas ropas de cama, y cubierta por el

rebozo que le había obsequiado. Sirvió en dos copas el mejor vino catalán y encendió tenues luces de velas.

Iturbide estaba deseoso desde la mañana, así que tan pronto entró a la alcoba se lanzó a sus brazos: ella lo recibió contenta, fingiendo resistirse a sus abrazos para aumentar sus deseos. Le pidió que charlaran un rato, pero él se opuso tajantemente.

—Me urge regresar a Palacio; aún me restan asuntos que atender. —Mentía; lo único que deseaba era tomar posesión del premio.

Sin proferir más palabras, la desnudó y poseyó de inmediato, precipitado, ansioso. Fornicaron como dos desconocidos enfrentados en el campo de batalla: él, orgulloso de antemano, sabedor de que todas las circunstancias le eran propicias; ella, con la sumisa entrega de la esclava, dispuesta a cualquier cosa con tal de preservar algo de esperanza. A cada embestida de Agustín lo recibía con indolencia y resignación, aunque por fuera gemía y actuaba con gran farsa para hacerle creer que cumplía sus funciones con el mayor de los agrados. No llegó al clímax, aunque lo fingió en varias ocasiones.

Al esparcirse el semen en sus entrañas, se mantuvieron jadeando, recobrando la respiración por algunos minutos. Iturbide se sentía victorioso; nada en el mundo se le resistía, era imbatible. Tomó sus ropas y comenzó a vestirse.

Se acercó a la Güera esgrimiendo una gran sonrisa de satisfacción, y luego de un carnoso beso, la contempló con el orgullo propio del conquistador.

—Güera, la recompensa ha sobrepasado en mucho lo prometido; eres una reina en la cama. —Hizo una breve pausa y ordenó—: En cuatro días llega mi esposa a la ciudad; será indispensable que no se entere de lo nuestro… Ni ella ni nadie más.

Al salir de la alcoba, la Güera arrancó con ansias incontenibles las sábanas de la cama y decidió dormir en otra habitación, para no inhalar sus olores.

Se había convertido en una puta; ella misma se daba asco.

70

NUBARRONES EN EL HORIZONTE
1822

Los siguientes meses fueron remolino que succionó las ilusiones de la Güera. Cuando tras jornadas de ardua labor Agustín acudía a su lecho exigiendo amor y algo de reposo, lo trataba con las mejores atenciones, comportándose dócil y solícita. Accedía a sus demandas sexuales o de simple entretenimiento, como cantarle sonecitos acompañada de la guitarra. Intentaba siempre suavizar su ánimo, normalmente ríspido debido a los conflictos del gobierno, para luego influir en sus decisiones.

Entre cariños, mimos y frases en apariencia inocentes, le sugería veladamente cómo solucionar los problemas, y con bromas le reprochaba los errores cometidos, aconsejándole indirectamente las decisiones que debía tomar. En principio parecía aceptar sus consejos, lo que la alegraba e ilusionaba, pero al día siguiente se enteraba de que los había desdeñado, actuando de manera contraria a lo aconsejado.

A diario meditaba la manera en que podría predisponer la mente y la voluntad de Agustín, pero no atinaba a lograrlo y su ánimo decaía con los días. Se había rebajado al grado de convertirse en su sirvienta sexual, sin conseguir a cambio éxito alguno; quiso dirigir el gobierno desde su alcoba, pero tan sólo observaba al Imperio dirigirse hacia el desastre.

—Para evitar problemas, incluye a los insurgentes en el gobierno, aunque sea ofreciéndoles cargos menores. Eso te evitará enemigos y gobernarás con mayor tranquilidad —le comentó en una ocasión, ya que no había incorporado a ninguno de los antiguos libertadores ni en la Regencia ni en la Junta Provisional Gubernativa; solamente Vicente Guerrero fue nombrado gobernador con la intención oculta de apartar su sombra. Pero Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo o el mismo Ignacio López Rayón debían formar parte del aparato gubernamental, o de lo contrario cosecharía rencores y estaría deshonrando el Plan de Iguala, donde la unión era pilar fundamental.

—Guadalupe Victoria es un pobre epiléptico, y Vicente Guerrero un analfabeta —contestó agrio —, ¿quién respetaría a un gobierno así? El Imperio requiere de hombres ilustrados, no de ignorantes o enfermos.

Para mayor infortunio, tan pronto su esposa llegó a la ciudad, procedente de Valladolid, las visitas a su casa menguaron y no pudo asistir más a Palacio, enterándose de las noticias por boca de otros. Iturbide había incluido a muchos contertulios en el gobierno provisional: Azcárate, Fagoaga, el marqués de Rayas, Sánchez de Tagle, y a sus yernos, el conde de Regla y el marqués de Aguayo. Pero le preocupaba que, a pesar de sus repetidas súplicas, hubiese nombrado a una gran cantidad de serviles, quienes abogarían por sus privilegios sin intención alguna de mantener la unidad y el progreso que requería el Imperio.

Le contaban que en Palacio los aduladores embotaban su mente con nubarrones de grandeza, instándole a coronarse emperador; a diario le repetían que las multitudes lo aclamaban y no debía contravenirlas.

Por otra parte, los serviles, entre ellos varios militares, lo mal aconsejaban orillándole a tomar decisiones erradas que más complicaban su gobierno. Por desgracia, don Juan O'Donojú, hombre

sabio, liberal y equilibrado que podría haberle asesorado eficazmente, sucumbió víctima de pleuresía a nueve días de haberse consumado la independencia.

A la Güera le indignaba que Agustín, poseído por la enfermedad de la soberbia, había abandonado la virtud que le fue sustancial en los éxitos de su campaña: el arte de concertar y negociar. Por más que intentaba aconsejarle que dialogara y pactara, se negaba: él era el héroe nacional y sus órdenes merecían respeto.

El gran despacho que ocupaba era el mismo de los virreyes, y en esa ocasión se encontraba reunido con algunos de sus militares más allegados, con semblante de marcada preocupación.

—¿Cómo vamos a pagar los setenta y seis millones de pesos que se adeudan, si tan sólo contamos con seis mil en las arcas?

—Debemos crear impuestos especiales —contestó de inmediato don Rafael Pérez Maldonado, ministro de Hacienda, removiéndose nervioso—. No veo otra salida.

—Imposible —exclamó Iturbide molesto, cómodamente arrellanado en el enorme sillón—. Prometí anular impuestos; si me contradigo, perderé el apoyo de las clases pudientes. ¡Rafael, debes encontrar otra solución!

—Pero no hay dinero ni para los salarios del ejército —explicó el ministro, que de tan nervioso se le saltaban las venas de las sienes—. Ellos son más peligrosos que los mismos terratenientes y comerciantes. Si no cobramos impuestos, ¿cómo va a sobrevivir el Imperio?

—¡Pide prestado a Estados Unidos, o a Inglaterra! —ordenó tajante—. ¡Tú eres el responsable de las finanzas, haz algo! —Se puso de pie y comenzó a hablar como para sí mismo—. Además, los malditos liberales se oponen a cada una de mis órdenes.

La prepotencia con que se enfrentaba continuamente a los integrantes de la Junta Provisional Gubernativa ya le había causado problemas: tras una acalorada discusión sobre la conformación de la Regencia se enemistó con José María Fagoaga, sin importar que juntos hubiesen trabajado en la creación del plan original. Con tales confrontaciones perdía el apoyo de un poderoso grupo de criollos y provocaba hostiles reacciones de los liberales, quienes instigaban para la formación de una república.

—En cualquier momento pueden surgir conspiraciones —dijo, intentando ocultar el temor que le causaban esos pensamientos.

—No habrá levantamiento que se nos resista —dijo ufano el general Vicente Filísola, su brazo derecho en asuntos militares, que aunque de rostro amable era una fiera en la batalla—. Las tropas nos son leales, y hemos diseminado una red de espías para conocer cualquier movimiento sospechoso.

Mientras más arreciaban las críticas, más recelaba Iturbide, creyendo que en cualquier momento habría sublevaciones o intentos de asesinarlo, a tal grado que era custodiado continuamente por un selecto grupo de veinte dragones. Poco antes se había descubierto una supuesta conspiración y aprehendió a varios de los implicados, entre ellos los insurgentes Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo, pero la conjura resultó falsa y tuvo que liberarlos al día siguiente. No obstante, sabía bien que con aquel acto los había convertido en silenciosos enemigos, y ahora desconfiaba de todos.

La Güera tenía claro que la habían derrotado los más cercanos colaboradores de Agustín, aquellos que lograban influir en sus decisiones, y además se percibía vilmente humillada. A pesar de ello, le

parecía sustancial apoyar al gobierno y lograr el arraigo del Imperio en lo que se obtenía el beneplácito de algún príncipe europeo al trono de México. Por tal razón, haciendo a un lado el despecho, reanudó las tertulias, con la firme intención de consolidar lo ganado durante tantos años de lucha y sacrificio. Pero estaba al tanto de que en la casa de Petra Teruel, una dama noble y acaudalada, muy amiga de Leona Vicario, se reunían los enemigos de Iturbide: insurgentes liberales, masones la mayoría, liderados por Guadalupe Victoria, quienes conjuraban contra el Imperio y cualquier idea monárquica.

En una de sus tertulias, la Güera conversaba con Azcárate, quien también se encontraba decaído, ya que sus intentos por abolir la esclavitud habían sido rechazados por la Junta Provisional Gubernativa, pretextando no poder cubrir las indemnizaciones necesarias para liberar a los esclavos.

—Güera, nuestros planes se van frustrando día con día.

—Nos aqueja lo mismo que ocasionó el fracaso de Morelos —dijo ella, que había reflexionado largas horas sobre la situación—: estamos tan divididos y enfrentados, que nadie piensa ya en fortalecer la independencia, tan sólo en imponer sus ideas.

Se habían formado tres partidos claramente identificables y contrapuestos: los iturbidistas, constituido por miembros del alto clero, oficiales de alto rango y hacendados, quienes deseaban ver a Iturbide sentado en el trono; los republicanos, en el que se aglutinaban los liberales, casi todos abogados o miembros del bajo clero; y finalmente los borbonistas, partido en el cual coexistían nobles, abogados y hacendados, cuya visión apuntaba a establecer un Estado regido por Fernando VII o uno de sus hermanos, pero con autogobierno y constitución propia.

—Además —continuó la Güera con desánimo—, tanto borbonistas como liberales, entre ellos antiguos Guadalupes y hombres muy allegados a nosotros, consideran que la independencia se ha obtenido gracias a su participación en la lucha, mientras que Iturbide y los militares están convencidos de ser ellos quienes liberaron a la nación. Tanta confrontación sólo vaticina problemas y, espero me equivoque, el fracaso de Iturbide.

El Güero Ignacio caminaba cuidadosamente por la calle, cargando el morral donde guardaba los papeles e instrumentos de escritura. Como ese día había tenido demasiado trabajo, se le vino la noche encima, y a esas horas debía andarse con cautela porque los robos estaban a la orden del día; las tropas que días antes habían desfilado gallardamente, no habían recibido su paga y asaltaban para hacerse de sus haberes.

Aquello era insufrible; ya no se podía caminar por tramos solitarios porque robaban los pocos reales que la gente portaba, y hasta las botas si podían. La ratería se hizo habitual y resultaba imparable, ya que los soldados gozaban nuevamente del fuero militar: ningún civil podía enjuiciarlos. Hurtaban casas o pillaban a los peatones en cualquier esquina; desplumaban a la víctima y ellos se paseaban cual pavorreales.

Llegando a la calle del Indio Triste, se detuvo un instante en la esquina y observó para descubrir si merodeaban militares. No atisbó maleantes y prosiguió tranquilamente mientras recordaba lo leído en los diarios: tropas realistas se habían atrincherado en el fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz, esperando refuerzos para reconquistar México.

«Triste situación, ya no seremos invadidos por Inglaterra, como se presumía antes de la guerra, o por la Francia napoleónica como a inicios de la lucha; ahora nos invadirá la Madre Patria», pensó.

Casi alcanzaba otra esquina cuando un grupo de seis militares le salió al frente, deteniéndolo con gestos amenazantes.

—¡Alto en nombre del ejército libertador! —ordenó con prepotencia un cabo de aspecto descuidado y rostro mofletudo.

—Soy un ciudadano patriota —exclamó Ignacio levantando las manos, aunque nadie le apuntaba con sus rifles.

—Pues si eres patriota, danos todo el dinero que traigas.

—No tengo ni un tlaco —clamó Ignacio, asustado—. Vengo de pagar una deuda y me he quedado en ceros.

—¡Catea a este cabrón! —ordenó el cabo a un soldado de imponente estatura—. Si mientes te arrepentirás.

El soldado le arrebató el morral y lo abrió, metiendo las sucias manos entre los papeles y estropeándolos. Al no encontrar dinero, arrojó al suelo el contenido, las plumas, las hojas y el tintero, desparramando la tinta por la banqueta.

—¡Nomás basura! —exclamó furioso.

Acto seguido, palpó la vieja chaqueta de Ignacio, metiendo la mano en los bolsillos en busca de cualquier moneda dentro de ellos. Al finalizar ordenó:

—¡Quítate los puercos zapatos!

Ignacio obedeció de inmediato, y el soldado, al tomarlos y constatar que dentro tampoco había nada, se los arrojó a la cara.

—¡Pendejo, nomás nos hiciste perder el tiempo! —dijo empujándolo contra la pared con tal fuerza que Ignacio cayó al suelo.

Al retirarse los atracadores, respiró con alivio. Había ocultado cuatro reales en sus medias, donde sabía que no buscarían. Se detuvo un momento hasta normalizar su respiración y luego continuó rumbo a su casa.

71

AMARGA INFIDELIDAD
1822

La Güera recibió una instrucción para asistir en ese mismo instante al Palacio Imperial. Le extrañó la premura; ¿acaso había malas noticias, o Iturbide deseaba comunicarle algo? Con la curiosidad a flor de piel, se vistió en extremo recatada por si allí estuviese su esposa, quien la odiaba a causa del chismerío que corría por todas partes. En Palacio, los asuntos transcurrían en gran similitud al tiempo de los virreyes, aunque los apartamentos reales continuaban vacíos en espera del monarca que aceptase la corona. Agustín y su familia seguían habitando la casona del marqués de Jaral del Berrio, pero durante el día él laboraba en las antiguas oficinas de Palacio, utilizando el despacho del virrey para sus asuntos y los salones para los eventos oficiales.

Tan pronto ingresó al salón descubrió a un compacto grupo de personas, entre los que se contaban algunos miembros del gobierno y de la tertulia además de sus hijas con sus esposos, todos con copas de vino en las manos y brindando; el gran ausente era José María Fagoaga, ya que en días anteriores se había opuesto a que Iturbide formase parte de la Regencia y de la Junta Provisional Gubernativa simultáneamente. El solo hecho de oponerse a la voluntad de Iturbide le consiguió su odio, y ahora lo consideraba enemigo.

Agustín conversaba alegremente con Antonia, con esperanzado ánimo y más orgulloso de lo habitual, y cuando se percató de la presencia de la Güera se le acercó luciendo una gran sonrisa.

—Güera, acabamos de recibir noticias de la Capitanía de Guatemala: han decidido unirse al Imperio, y aunque algunas de sus provincias no han ratificado aún su adhesión, prontamente lo harán.

—¡Qué gran noticia, felicidades! —exclamó con frialdad—. ¿Pero a qué se debe la ausencia de Ana María?

—Es una reunión de colaboradores; ya realizaremos gran festejo cuando se oficialice la información, pero tus hijas me han suplicado que te hiciese llamar —agregó con cierto desdén en la voz.

—Mal haces en invitarme; por muy amigos que sean los presentes, el chisme correrá y tu esposa tendrá sumadas razones para detestarme.

—¡De ella me encargo yo! —dijo prepotente, pero al observar que el rostro de la Güera se mantenía inmutable, continuó con cierta desilusión—: Parece que te desagradan las nuevas, quizás no comprendas que…

—… ahora el Imperio abarca desde la Alta California hasta la provincia de Costa Rica —completó la frase con cierto tono de reproche, que de inmediato intentó corregir—. Perdón, claro que me entusiasma, lo que habíamos planeado desde hace más de un año se ha cumplido.

—¿Entonces qué sucede?

La Güera dudó acerca de sincerarse pero, sin pensarlo más, un impulso incontenible la hizo expresar:

—Me siento frustrada.

—¿Frustrada? Hemos triunfado; la patria es libre y todos vitorean la libertad.

—Te aclaman a ti, Agustín. El pueblo te idolatra y elevan tu figura en un pedestal… pero todos sabemos que los ídolos pueden resultar tan efímeros como el barro.

—¿A qué te refieres? —Iturbide hizo un gesto en el que se mezclaban el disgusto y la curiosidad.

—Hay rumores de conjuras; los masones que vinieron con O'Donojú se han unido a los masones americanos, y entre ambos conspiran contra el Imperio. Desconozco si son ciertas las habladurías, pero debes mantenerte alerta —dijo mientras observaba a Juan Francisco Azcárate acercarse—. Por favor, ven a casa, allí podremos charlar tranquilos.

Agustín asintió con un gesto mientras Azcárate ponía en sus manos una copa de vino.

—¡Güera, debemos brindar! ¡Las buenas noticias son como las flores, no brotan diariamente!

Toda la tarde brindaron optimistas y alegres por la buenaventura del Imperio. Al despedirse, Agustín le hizo un guiño en señal de complicidad. Sin embargo, aquella noche no se presentó en su casa, tan sólo envió una tarjeta con breves letras: «Discúlpame, debo permanecer en Palacio; asuntos urgentes. Recibe mi amor. *Damiana*». Tampoco acudió a su alcoba una sola vez aquella semana, ni durante la siguiente. La Güera le enviaba esquelas con breves mensajes que no respondía, mientras un sentimiento de abandono anegaba su alma.

Al mismo tiempo, era testigo de que la fatalidad se cernía sobre el Imperio Mexicano. El sistema utilizado para elegir a los diputados del Congreso, el cual remplazaría a la Junta Provisional Gubernativa, favoreció la designación de un gran número de liberales con ideas republicanas, y al final se autoproclamarían como representantes de la soberanía nacional, poniendo a Iturbide y a los miembros de la Regencia a la voluntad de los diputados.

Nada bueno auguraba que el Congreso poseyera el mando del gobierno. La Güera recordó que lo mismo le había acontecido a Morelos cuando el Congreso de Chilpancingo se atribuyó la soberanía y convirtió al general en su sirviente, encaminando a la insurgencia a la autodestrucción.

Por más que intentaba apoyar al gobierno establecido, apenas conseguía migajas. Su propia tertulia se hallaba tan dividida como la nación; unos criticaban las acciones del gobierno provisional, otros respaldaban ciegamente a Iturbide, y varios más buscaban una oportunidad propicia para deshacer la monarquía y establecer una república. La comunicación con Agustín era casi nula, pero seguía apoyando al gobierno. «Ya una vez conseguimos unificar el país con el Plan de Iguala; debemos hacerlo nuevamente», pensaba.

Había meditado largamente en la lejanía de Agustín, y creía que se debía a los múltiples problemas que aquejaban al Imperio. Sin embargo, en una tertulia a la que asistió su hermana Josefa, la Güera se enteró de la verdadera causa de su distanciamiento, causándole uno de los sufrimientos más intensos de su existencia.

Estando en la reunión, Josefa se le acercó con afán reconciliatorio, y luego de darle un beso en la mejilla, la abrazó.

—Discúlpame, Güera —dijo con sonrisa pícara y amistosa—, te juzgué equivocadamente, aunque deberás aceptar que mis suposiciones no estaban tan extraviadas; a final de cuentas, todo queda en familia.

La miró perpleja; no entendía nada pero intuía que tras las palabras de su hermana se escondía algo de radical importancia.

—Siempre di por verdadero que eras la amante de Iturbide —agregó juguetona—, pero jamás imaginé que la agraciada fuese mi querida Antonia. Ahora comprendo perfectamente que intentabas protegerla, manteniendo su anonimato.

La Güera palideció. Aquello no podía ser cierto: debía ser una confusión o un malintencionado chisme. ¿Agustín se atrevería a tal bajeza?

—No comprendo qué intentas decir —dijo para corroborar lo que se clavaba como puñal en su mente y su corazón.

—Güera, no necesitas fingir más; el chisme corre de boca en boca, y todos saben que Antonia es amante de Iturbide.

La Güera sintió estar al borde de un precipicio. Las fuerzas la abandonaban, un frío sudor perló su rostro. Al advertir lo desencajado de su semblante, Josefa entendió que su hermana desconocía tal situación, y azorada se alejó tras darle un comprensivo beso.

María Ignacia caminó tambaleante hasta el sillón más cercano y se derrumbó en él; sentía que el aire le faltaba y las paredes del salón se bamboleaban, la cabeza parecía estallarle intentando asimilar lo escuchado.

Descubriéndola en dicho trance, Azcárate se acercó solícito a auxiliarla.

—Güera, ¿te sientes mal? Estás lívida.

—Es un repentino sofoco —dijo serena, aunque su alma se debatía en la mayor de las angustias —. Por favor, acompáñame hasta mi habitación para recostarme un instante… De seguro el malestar pasará en unos minutos.

Apoyada en el brazo de Juan Francisco, y simulando una sonrisa, abandonó discretamente el salón. Tan pronto llegó a la pieza se tumbó en la cama, pidiéndole que llamase a Antonia y le suplicó encarecidamente no preocupar a los invitados, que ya pronto se reuniría con ellos. Juan Francisco obedeció mientras ella procuraba contener el llanto y recobrar algo de calma.

A los pocos minutos entró Antonia, guapa y radiante como siempre, y al verla descolorida corrió a su lado.

—¿Qué le pasa, mamacita?

—Nada que no se alivie con sinceras confidencias —la miró fijamente, intentando esconder los sentimientos—. Necesito que contestes a mis preguntas con absoluta verdad, pero antes quiero decirte que jamás juzgaré tus acciones; no soy quién para hacerlo.

—Lo que usted diga —respondió Antonia, cada vez más inquieta.

—¿Agustín de Iturbide te ha propuesto relaciones ilícitas?

Antonia palideció en un relampagueo, sus manos comenzaron a temblar, y perdiendo la sonrisa quiso ponerse en pie para alejarse; la Güera la sujetó del brazo para mantenerla a su lado.

Se produjo un tormentoso silencio, cargando de ansiedad el ambiente. Antonia, al borde del llanto, agachó avergonzada la cabeza.

—¿Cómo se ha enterado? —dijo entre quejosos titubeos—. Prometió jamás hacerlo público ni comentarlo.

La Güera creyó que su mundo se derrumbaba, aumentó su mareo y percibió una fuerte opresión sobre su pecho; levantó la vista hacia el techo para evitar que sus ojos se inundaran de lágrimas, pero le era imposible contener las intensas emociones que le asaltaban.

—Juro que no ha pasado nada entre nosotros —prosiguió Antonia hablando rápidamente, con un nervio que denotaba su deseo por ocultar la verdad—; tan sólo me abruma con sus halagos y pretensiones, acorralándome a toda hora, pero no he cometido pecado. Estoy confundida, madre, no sé qué hacer; además, se rumora que Agustín es amante de usted, aunque no es cierto porque él mismo lo negó… Pero insiste, siempre insiste.

Diciendo aquello se echó a sus brazos, profiriendo frases incomprensibles entre gemidos. El primer impulso de la Güera fue estrecharla fuertemente, protegiéndola, pero no sabía qué hacer ni

qué decir. Intentó tranquilizar sus ánimos y respiró hondo, la apartó de su regazo y la miró fijamente.

—Dime la verdad, Antonia, te lo suplico: ¿Agustín de Iturbide es tu amante?

Antonia la miró deshecha en sombrías muecas, esquivando sus ojos; su boca quería decir algo, pero los labios le temblaban descontrolados. Tan sólo explotó en un lastimoso llanto del que brotaban inmensas y dolorosas culpas.

La Güera la abrazó y lloró junto con ella, por ella y por sí misma.

Odiaba a Iturbide con toda su alma. ¿Cómo se había atrevido a engatusar y conquistar a su propia hija de manera tan vil, tan despreciable? ¿De verdad un hombre podía obrar con tanta malicia y traición? Agustín había realizado la peor canallada imaginable, causándole un dolor como jamás había experimentado; ¡la había desechado por una de sus hijas, lo más preciado en su vida!

¿Qué debía hacer?, ¿permanecer impasible como si desconociese su perfidia? ¿Unirse a los grupos que conspiraban en su contra, actuando contra los planes que ella misma había forjado? Enfrentarlo directamente, abofetearlo e injuriarlo, tan sólo causaría la burla de la sociedad, haciendo pública no solamente su deshonra, sino también la de Antonia. Agustín era el hombre más poderoso del naciente México, idolatrado por el pueblo y adulado por las clases dominantes; cualquier acción en su contra podría tener resultados adversos. «Me rebajé al grado de envilecer mi cuerpo, y todo para ser desechada cual basura», pensó.

Para esconder su furia y frustración, pero sobre todo para evitar una incontrolable acción que provocase problemas irresolubles, marchó a La Patera, donde se recluyó centrada en sus sentimientos y reflexiones. Ahí, aun estando en soledad, la sinrazón y la ira le incitaban a regresar a la ciudad para encararlo, escupir su rostro y maldecir su descendencia. Lo odiaba con una fuerza que superaba cualquier razonamiento; clamaba venganza, quería humillarlo, convertirlo en el hazmerreír de México sin importar las consecuencias, pero cada vez que le asaltaban aquellos deseos, se frenaba y recapacitaba: no debía propiciar el desprestigio de Antonia, quien se encontraba inevitablemente encadenada a esta desgracia y a quien debía proteger de cualquier peligro.

Entre lágrimas y gritos imploró a Ramón que la iluminase, que le enseñase el camino, pidiéndole perdón por haberse aventurado en una acción que mancilló su honra y la de su hija, arrojándola a la indignidad. Por días se mantuvo alejada de México y sus avatares, tratando de recobrar la calma y la claridad necesarias para actuar acertadamente. Pero a pesar de sus esfuerzos retornaban los amargos arrebatos, haciendo que su mente se perdiera en ingobernable frenesí. Cuanto más alto pensaba haber llegado, más hondo era el infierno de su castigo.

Se dio cuenta de que la necia vanidad, la soberbia y la impertinente arrogancia le habían conducido a un brutal destino. Estaba vencida, injuriada, deshonrada; ojalá Dios pudiese perdonar sus pecados y su corazón lograse encontrar serenidad. La seguridad de su hija y el bienestar de la patria lo demandaban.

72

¡VIVA AGUSTÍN PRIMERO!

1822

Agustín de Iturbide se paseaba por Palacio con las manos a la espalda y con una preocupación creciente: ese día se establecería el Congreso recién elegido y debía acudir a jurar fidelidad. Desde varios meses atrás se había ofrecido oficialmente el trono del Imperio a Fernando VII, pero la respuesta dilataba en llegar, y mientras más pasaban los días, más se acrecentaban las confrontaciones con los partidos contrarios. Observaba con temor cómo la hermandad que había unido a todo México se eclipsaba lenta pero inexorablemente. Se creía seguro porque el pueblo y el ejército todavía lo apoyaban, y aunque en las calles lo vitoreaban, la situación económica resultaba tan catastrófica que cualquier respaldo pronto podría serle adverso.

El enojo y la ansiedad lo asaltaron al descubrir que las elecciones para el Congreso, cuya tarea sería elaborar la constitución del Imperio, habían favorecido a muchos diputados liberales, entre ellos sus enemigos Fagoaga, Sánchez Tagle, Servando Teresa de Mier y Guadalupe Victoria, quienes seguramente desearían cobrarse los maltratos recibidos de su parte, unos por no ser incluidos en el gobierno provisional y otros por acusarlos de traidores.

Acudió a la ceremonia aparentando la mayor seguridad posible; «Deben darse cuenta, de una vez por todas, de quién tiene el poder supremo», le había aconsejado al general Filísola. Al llegar al Colegio de San Pedro y San Pablo, donde se reunía el Congreso, se hinchó de orgullo ya que el pueblo lo vitoreaba; vestido con el uniforme de generalísimo, entró saludando a diestra y siniestra, encaminándose con paso firme directamente al sillón principal de la tribuna, en el cual se aposentó de inmediato.

Grande fue su sorpresa cuando un diputado, al cual no conocía, se le acercó y sin disimulo alguno le ordenó:

—General, haga el favor de abandonar este sillón; el protocolo indica que aquí sólo puede sentarse el presidente del Congreso.

Iturbide se turbó; el desaire le hizo rechinar los dientes pero decidió no enfrentarse a los congresistas, cuando menos por el momento. Se levantó y se dirigió hacia el sitio que le fue señalado, mientras una gran parte los diputados abucheaba la acción. A duras penas podía contener la rabia, pero sabía que debía mantener la serenidad; ya después habría tiempo para la venganza.

Tras jurar lealtad al Congreso y las leyes que de ahí emanasen, se le informó que dos de los diputados elegidos, el padre Servando Teresa de Mier y Guadalupe Victoria, no pudieron ocupar sus puestos por estar uno prisionero y el otro prófugo, acusados ambos de conspirar contra el gobierno. Entonces exigieron a Iturbide su liberación, lo cual también se vio obligado a obedecer.

«¿Qué clase de gobierno he de tener, si mis propios enemigos forman parte de él?», pensó.

Desde ese día las desavenencias entre Iturbide y el Congreso fueron cada vez más abiertas y graves. Acusó de traición a once diputados, quienes en contrapartida le contestaron que el traidor era él, e incluso propusieron destituirlo. Se supo victorioso cuando la mayoría del Congreso no secundó la propuesta; bien entendían que el pueblo y el ejército le apoyarían en caso de actuar contra su persona.

Pocos días después unas tropas españolas se levantaron en armas, queriendo abolir la independencia. Iturbide encontró en aquello una oportunidad para reconquistar poder y fama; envió a su ejército y derrotó a los revoltosos de un golpe. Tras aquel triunfo supuso que los diputados harían las paces, pero lo felicitaron con una mano y le clavaron un puñal con la otra, ya que ordenaron la destitución de tres de sus colaboradores en la Regencia, colocando en su lugar al mismo número de liberales. Iturbide estaba cada vez más acorralado: ahora nombraban a sus enemigos como sus guardaespaldas.

Sus ánimos de venganza crecían con cada afrenta recibida. El enemigo número uno era el Congreso, y de una manera u otra debía controlarlos.

Finalmente llegó carta de España: ni Fernando VII ni sus hermanos aceptaban la corona del Imperio. Además, las Cortes españolas, por muy liberales que fueran, decidieron no reconocer la independencia de Nueva España.

De inmediato, tanto los políticos como el pueblo comenzaron a considerar que España podría invadir. Iturbide comprendió que aquella noticia le favorecía, ya que al Imperio le urgía un líder que ocupase el trono vacante y defendiera la patria. Creía a ciencia cierta que estaba destinado para alcanzar las máximas glorias; con el apoyo del pueblo y los ejércitos se vengaría de los liberales.

La Güera permaneció tres semanas en La Patera, tras las cuales logró pacificar su espíritu y recobrar la cordura. No le resultó fácil; la herida ocasionada por Agustín era profunda y no dejaba de sangrar. Sin embargo, después de meditar concienzudamente la acción más conveniente, decidió retornar a la ciudad con la clara meta de restablecer la normalidad en su vida; lo más conveniente sería evitar mayores males a su familia.

Reanudó las tertulias, y cuando alguien preguntaba por Iturbide, respondía que sus ocupaciones le impedían asistir. Antonia prometió alejarse lo más posible para acallar las maledicencias, para lo cual viajó a Puebla por un tiempo. Sin embargo, en el ánimo de la Güera subsistía una gran perturbación; como era tachada de codiciosa amante, rehuía los eventos sociales para evadir las críticas, y se alejó también de funciones teatrales, evitando así encontrarse con Agustín y su esposa.

Pensó que en algún momento todo regresaría a su cauce, pero el sábado 18 de mayo, a las diez de la noche, escuchó un enorme griterío en la calle. Asomándose tras la ventana de su dormitorio, observó que los soldados del regimiento de Celaya, acompañados por una turba de léperos, avanzaban con antorchas encendidas por las calles de San Francisco, clamando repetidamente: «¡Viva Agustín Primero, viva el emperador!».

Sin dudarlo ni un instante, intercambió el camisón por los ropajes humildes que usaba para no ser identificada, y haciéndose acompañar de Casimiro salió a la calle, ocultando el rostro bajo el rebozo. Siguiendo el paso de la gente, llegaron a la casa del marqués de Jaral del Berrio; la muchedumbre se había arremolinado y crecía en número a cada instante, ya que se le sumaban grupitos provenientes de diversas calles.

—¡Viva Agustín Primero, viva nuestro emperador! —gritaba el sargento del regimiento de Celaya.

—¡Viva! —contestaba la multitud en constante algarabía.

El calor era infernal, hacía que gotas de sudor escurrieran por los rostros exaltados; en las ventanas de los vecinos, los curiosos se asomaban para conocer la causa del alboroto, uniendo sus voces a las de la plebe y lanzando vivas al aire. En la casa donde habitaba Iturbide se distinguían luces. Pensó que tendría tertulia.

Confundida entre el vulgo, María Ignacia los observaba aclamar al héroe cuando las puertas del balcón central se abrieron y apareció Agustín, vestido con casaca militar.

Levantó los brazos solicitando silencio pero la turba no obedecía, quizás excitada por haberles dado a beber aguardiente para estimular su ánimo.

Cuando la multitud acalló las voces, Iturbide habló:

—¡Agradezco su amor y confianza, pero nuestra nación es representada por los diputados! —dijo solemne, mientras la gente rechiflaba en desacuerdo—. Por favor oigámosles, no demos un escándalo al mundo; actuemos con propiedad. La ley es la voluntad del pueblo, y nadie puede estar sobre ella o contra ella.

La multitud se mostró inconforme con aquellas primeras palabras, y los murmullos y chiflidos de protesta crecieron hasta que Iturbide tranquilizó a todos alzando la voz.

—¡Si desean que ofrende mi vida para bien de los mexicanos y nuestra patria, así lo haré! —El tumulto aplaudió y gritó con gran ahínco, aprobando sus palabras—. ¡Pero no debemos pisotear las instituciones nacidas del Plan de Iguala; permitamos que los diputados expresen su parecer. Juro ante ustedes que cumpliré humildemente las órdenes que me dicte la nación, cuya espontánea y libre voz ha decidido manifestarse esta noche!

Los aplausos y vítores se tornaron ensordecedores, y al unísono los soldados dispararon sus fusiles al cielo. De pronto, como si aquellos disparos fuesen una señal acordada, las campanas de numerosas iglesias comenzaron a repicar sin tregua, lo cual provocó mayor euforia en el gentío y enorme suspicacia en la Güera.

Tras agradecer las muestras de cariño, Iturbide solicitó a los presentes, con gritos y gestos, que se dispersaran, introduciéndose nuevamente a la casa; los militares fueron arreando entonces a la masa para conducirla a otros sitios.

Compungida y pensativa, la Güera regresó junto con Casimiro, considerando que aquel acto teatral estaba orquestado de antemano, ya que Agustín no había mostrado disgusto ni sorpresa ante las acciones de sus tropas, más bien satisfacción y beneplácito. Además, su discurso parecía preparado: quizás sus más allegados le habían convencido de que la única manera de sobreponerse al Congreso era coronándose.

Ya en su alcoba, pensó que Agustín se había alejado de ella no sólo para cortejar a Antonia, sino también porque aspiraba al trono, cuestión en la cual ella jamás consentiría: traicionaba los principios del Plan de Iguala, el cual establecía que ningún americano debería asumir la corona; había despreciado sus consejos para hacerse de un cetro que, aunque le estuviese prohibido, le era mucho más apetecible que la virtuosa lealtad.

Cuánta razón había tenido Fagoaga al dudar de los propósitos de Agustín al cambiar los principios de Iguala en los Tratados de Córdoba.

El Güero Ignacio terminaba de cenar en su casa, dispuesto ya a dormir, cuando un grupo de soldados comenzó a alborotar por la ciudad. En principio se asustó porque parecía un levantamiento de las tropas, y por tanto podría concluir en saqueos y pillaje, pero al escuchar que alegres y festivos aclamaban a Iturbide como emperador, picado por la curiosidad salió a la calle, echándose a caminar junto a los soldados.

Pronto corrió el rumor de que el organizador de aquel ajetreo era el sargento Pío Marcha, quien levantó a su tropa y salió a las calles para aclamar al generalísimo como emperador junto con numerosos léperos y gente humilde de los barrios; unos fueron con Iturbide a la calle de San

Francisco, a proclamarlo emperador, y otros se dispersaron por varias calles, haciendo gran alboroto y subiendo incluso a las torres de las más altas iglesias.

Ignacio estaba asombrado: la ciudad entera era una fiesta, en todas las plazas había grupos gritando «¡Viva Agustín Primero, viva el emperador de México!», pero también «¡Muera el Congreso, mueran los enemigos!». Es más, en algunos balcones se colgaron telas y tapices con los colores del Imperio, apoyando el clamor popular.

Cuando se supo que Iturbide aceptaría coronarse emperador si el Congreso otorgaba su beneplácito, se hicieron repicar las campanas, lo que terminó por despertar a la ciudad entera, logrando que más personas abandonasen sus casas. Grupitos menores se trasladaron a donde vivían algunos reconocidos diputados, gritando improperios y amenazándolos airadamente si no apoyaban la proclamación del héroe de Iguala. Varios militares, liderados por el coronel Rivero, fueron hasta el Coliseo a detener la función de teatro e instigar al público para que aclamase a Agustín Primero emperador de México; todos aplaudieron, quizás porque no se atrevían a contradecir a un piquete de soldados, sobre todo cuando resonaban balazos por doquier y los asistentes no sabían si eran de salva o de verdad. El festín callejero duró hasta medianoche, cuando los mismos soldados que habían alborotado a la gente los obligaron a regresar a sus moradas.

A la mañana siguiente, yendo al trabajo encontró un escrito que habían pegado en todas partes y hasta en el Palacio Imperial, con el cual Iturbide se dirigía al pueblo e informaba que el ejército y el pueblo de esa capital acababan de tomar partido, y que correspondía al resto de la nación, o sea al Congreso, aprobar o reprobar la propuesta. También exhortaba a mantener la calma, y enfatizaba que la ley era voluntad del pueblo y no había nada superior a ella.

«Si la ley es la voluntad del pueblo, pues Iturbide ya es emperador», recapacitó Ignacio, porque el pueblo se había manifestado en su favor y el Congreso no podría negarse a reconocerlo como emperador, ya que estaría actuando en contra de la voluntad popular y por tanto de la ley. Astuto era Iturbide; no dejaba escapatoria a los diputados.

Curioso ante lo que pudiese acontecer en el Congreso, se dirigió al antiguo templo de San Pedro y San Pablo, donde sesionaban los diputados.

Al llegar descubrió que un gentío se había agrupado en los entornos del recinto. Se decía que muchos iban con puñales escondidos entre las ropas, y que la mayoría se comportaba de manera altanera y bravucona. Supo que un buen número de diputados no asistieron porque se habían escondido, entre ellos los licenciados Fagoaga y Sánchez de Tagle, dos de sus más conocidos opositores.

El presidente del Congreso intentaba tranquilizar a la chusma, pero ni caso hacían; abucheaban y gritaban con tal brío que no lo dejaban hablar, por lo cual, temerosos de su propia seguridad, los diputados solicitaron encarecidamente la presencia de Iturbide en el Congreso, no como salvador de la patria sino de sus vidas.

73

CORONA DE SANGRE
1822

La Güera pasó la noche en vela. Exasperada por la farsa que había presenciado caminaba de un rincón a otro de la alcoba, repitiéndose que las felonías de Agustín significaban mucho más que una vergonzosa afrenta al plan original: su imprudencia podría aniquilar los esfuerzos de tantos patriotas, haciendo naufragar a la patria en un mar de sangre. Estaba segura de que sus adversarios, aquellos que deseaban una república, no se quedarían con los brazos cruzados y lo atacarían hasta derrumbarlo del pináculo donde él mismo se estaba alzando, siendo tan elevado que la caída podría ser mortal.

Pidió al cielo que la iluminara para encontrar el camino que les salvase del fracaso e imploró a la Virgen de Guadalupe que guiara sus acciones. Trató de imaginar qué habrían hecho Hidalgo o Allende en su lugar. «Sin duda el cura intentaría eliminar a Iturbide por oponerse a sus planes, pero quizás Allende actuaría de manera distinta, intentando negociar y convencer al traidor, para retornarlo al justo sendero».

Vinieron a su mente las imágenes de sus nietos, los maravillosos cinco nenes de Pepita, las dos niñas de Antonia y la pequeña bebé de Paz, todos ellos seres inocentes que bien merecían crecer en una nación próspera, ajenos a guerras y confrontaciones, cobijados por la paz y el progreso. ¿Pero qué podía hacer para cambiar los deseos de Iturbide? ¿Cómo podría convencerlo de que, de coronarse, la ruina se adueñaría de México y de él mismo? A ella, como a nadie, la había traicionado y desdeñado, y podría hacerlo nuevamente. Como fuera, debía intentar cualquier cosa para evitar más derramamiento de sangre, aunque ello significase su humillación.

Por la mañana se armó de valor, vistió ropajes oscuros, casi luctuosos, y tras ordenar que enganchasen los caballos se encaminó a Palacio. Subió las amplias escalinatas que conducían a los despachos de gobierno, y frente a la antesala de espera la detuvo un piquete de soldados, informando que el general Iturbide se encontraba reunido con un grupo de militares, consejeros y clérigos, esperando noticias de lo acontecido en el Congreso.

Había ordenado no ser molestado pero no importó; la Güera le hizo llegar una tarjeta por conducto de un oficial, suplicando que la recibiera.

Tras media hora de espera, y saliendo él mismo del salón donde estaban reunidos, la condujo a su despacho. Tan sólo de mirarlo, le nacieron ansiosos deseos de maldecirlo y desquitar su coraje.

Al cerrar la puerta, protestó molesto.

—¿A qué se debe la urgencia? ¿No estás al tanto de lo sucedido?

—Por ello mismo he venido —habló contenida y dócil—; quisiera apelar a tus sentimientos.

Iturbide consideró que hablaba de su relación amorosa; ahora sería el emperador de México y la Güera deseaba rendirse nuevamente a sus pies. Complacido, se le acercó con lujuriosa mirada.

—Si no he visitado tu alcoba es porque los asuntos de la nación merecen todo mi tiempo —susurró galante—. Pero ya verás que a partir de mañana volveremos a gozar con el ardor de antes.

—No hablo de eso, Agustín —aclaró la Güera de inmediato, sintiendo que el estómago se le revolvía tan sólo por la insinuación—. Estás a punto de cometer un gravísimo error.

Agustín, al comprender el asunto que deseaba tratar, explotó colérico y comenzó a parlotear caminando en desorden. Jamás una mujer obstruiría su camino a la gloria.

—¡Me consideras incapaz de resolver los conflictos del Imperio! ¡O peor aún, crees que no merezco el trono tras haber conducido a la patria hacia la libertad! ¿Quién otro podrá salvar a la nación de los masones, cuyos intereses son la división y el caos?

—Nadie puede negar lo valioso de tus servicios a la patria —intentó apaciguarlo—, pero entiende: ningún mexicano podrá ser rey o emperador mientras estemos marcados por la desunión.

—No sé a qué vienen tus peroratas, ni me interesa —dijo furioso.

—La patria se encuentra tan desunida —prosiguió la Güera, manteniendo la calma—, que solamente un gobernante ajeno a nosotros podrá conciliar opiniones y unificar. Así lo establecimos en el Plan de Iguala, y tú mismo estabas convencido de ello.

La miró con menosprecio. «¿Qué se piensa esta mujer, cree que puede darme lecciones de política?».

—Veo que no sabes nada —dijo soltando una sarcástica risilla—: Fernando VII se ha negado a ocupar el trono.

—Entonces invitemos a miembros de otras familias reales —continuó María Ignacia, dominando los deseos de ofenderle—; un príncipe de la casa de Austria sería perfecto, ya que los Habsburgo siempre fueron amados en nuestra patria.

—¡No puedo esperar, entiéndelo! —replicó de inmediato—. Mis enemigos están a punto de tomar el poder y arruinar nuestros propósitos.

—Pues sería mejor que les dejases obrar. Seamos una república, pero contigo al frente como líder moral. Necesitamos que alguien funja de mediador y defensor de la paz, con el respaldo del ejército y el pueblo.

—El pueblo es quien me ha elegido como su emperador, y sería deshonroso desdeñarlo.

—¡El pueblo no te proclamó emperador sino tus milicias! —le reprochó, perdiendo el dominio de sus palabras.

—¡Yo no he orquestado nada, si eso insinúas! —se defendió, cada vez más molesto—. ¡Por el contrario, tuve que tranquilizar a la muchedumbre, y si tampoco lo sabes, solamente aceptaré la corona si el Congreso ratifica la voluntad popular!

Con la intención de tranquilizar la charla, la Güera se le acercó, y cariñosa tomó su mano.

—Hidalgo pensaba que las masas le otorgarían la victoria y el poder. Ahora tú puedes cometer el mismo error, porque las multitudes exigen recompensas inmediatas. Hidalgo les permitía los saqueos para conservar su apoyo. ¿Tú qué les darás? ¿Tierras, dinero? Piénsalo; el pueblo derrocha amor con la misma facilidad que ejerce el odio.

Agustín se recargó en el escritorio y tomó aire, abatido.

—El Imperio Mexicano ha nacido gracias a mis esfuerzos —dijo con plena sinceridad—. El pueblo me ha entregado su corazón y ahora debo defenderlo de quienes anhelan la confrontación.

La Güera comprendió que debido a las constantes adulaciones, Agustín se creía predestinado para salvar a la patria, y por lo tanto sería capaz de todo, hasta de dar la vida por sus ideas. Aprovechando aquel momento de honestidad, intentó que accediera a sus demandas.

—Un monarca de casa real proporcionaría grandes ventajas al México que tú mismo has forjado: reconocimiento a nuestra independencia, alianzas políticas y militares con Europa, prestigio, soporte financiero…

—¿Crees que desconozco dichos argumentos? —vociferó, empujando la mano de la Güera con violencia—. ¡He tolerado tu visita por cortesía, mas no para que enturbies mi mente con asuntos por demás impropios de una dama!

—Ahora desprecias mis pensamientos, cuando antes los elogiabas… Crees que por ser mujer carezco de intelecto y te equivocas: aplaudiste mi contribución en el Plan de Iguala ya que era acertada, y con las ideas de una mujer conseguimos la independencia en paz.

Sabiendo que la Güera tenía razón, dio media vuelta e intentó salir del despacho, pero se adelantó a sus pasos y lo detuvo.

—Por favor, Agustín, considera tu seguridad y la de tu familia; la corona está cargada de sangre.

—¡Me pides que abandone a la patria en el momento más importante de su historia! No me conoces; estoy dispuesto a ofrendar mi existencia por México.

—Si aceptas la corona arriesgarás nuestro futuro e inclinarás la cabeza bajo la guillotina de tus enemigos.

Iturbide la observó impasible, conteniendo pasiones internas a punto de explotar. Deseaba que callase, que lo dejase en paz. Nadie ni nada debía desviarlo de sus propósitos; ¡habría de ser emperador para conducir a la patria a mayores glorias!

—¡La historia no la escriben hombres temerosos!

—Y mucho menos cadáveres —agregó la Güera mirándolo a los ojos, intentando que entrara en razón.

Dudando, recapacitando, Iturbide la observó pero en aquel instante se asomó un oficial, e informó que el Congreso requería con urgencia la presencia del generalísimo.

De inmediato esbozó una gran sonrisa: la noticia significaba el éxito de sus planes. Se enderezó, marcial y victorioso.

—Discúlpame, Güera, el deber me llama —dijo con voz solemne, y tras sonreír agregó—: En la corte imperial he reservado sitios privilegiados para tus familiares, y uno muy especial para ti.

Al darse cuenta de que no había nada más que hacer y que las súplicas eran inútiles, el enojo fue aflorando en cada palabra emitida por la Güera, pero lo disfrazó entre fingidas risas.

—En cuanto a mi familia, estoy seguro de que ellos actuarán según sus propios criterios; en lo personal, permítame informarle, Alteza, que las tragedias sólo me apetecen en el teatro.

—¡Imposible desobedecer! —dijo Agustín riendo también, contagiado por la súbita alegría de la Güera—. ¡Órdenes del emperador!

—Su Alteza Serenísima sabe perfectamente que, de todo el vasto Imperio, sólo yo puedo contravenir sus mandatos sin ser amonestada.

Agustín la observó un instante, pensó que bromeaba y finalmente se le había rendido.

—¿Sabes?, lo que siempre me atrajo de tu persona es el ingenio.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

La ira contenida explotó como un cañonazo: la Güera fue hasta él, lo tomó del brazo y le atizó una soberbia bofetada, enrojeciéndole la mejilla. Iturbide, sorprendido y colérico, alzó el brazo con intención de golpearla pero la Güera atrapó su puño con fuerza.

—¡No te atrevas a tocarme! —amenazó furiosa—. ¡Lo que hiciste con Antonia no tiene perdón de Dios! Mereces que te escupa, pero ello requiere un esfuerzo que no estoy dispuesta a realizar.

Dejándolo con el brazo en alto echó a caminar tranquilamente, deteniéndose un momento ante la puerta.

—Por favor, Alteza, cuide la cabeza; en mi experiencia, quien detenta el poder la pierde —dijo con sinceridad, e intentando contener el llanto, salió.

74

AMARGA DESILUSIÓN
1822

Al llegar a las afueras del antiguo templo de San Pedro y San Pablo, Agustín de Iturbide observó que, según lo planeado, se había reunido una gran muchedumbre. Todos gritaban y amenazaban a los diputados, y cuando lo vieron llegar en su carruaje, un grupo de soldados y léperos corrieron hacia él, desengancharon los caballos y arrastraron el carruaje hasta las puertas del templo mientras gritaban eufóricos «¡Viva Agustín Primero!».

Nada podía fallar; esta vez se había hecho acompañar por un séquito de oficiales, todos armados. «Seguro que ningún diputado se atreverá a faltarme el respeto; tengo a la turba a mi favor y los militares cuidan mis espaldas», pensó satisfecho y convencido.

Dentro del recinto descubrió que en las tribunas intentaba presenciar el acto una multitud, mezcla de paisanaje, frailes y militares; Agustín y sus hombres se apostaron de pie frente a los diputados en actitud que reflejaba más un desafío, nada parecido a la sumisión.

El abrumador griterío producía temor a los diputados, así que un grupo de ellos intentó tranquilizar la excitación popular pidiendo que al menos les permitiesen legalizar el pronunciamiento mediante un plebiscito, cosa que el pueblo no entendió y chillaron acaloradamente que tomasen ya la decisión.

Sonriente, Agustín observó al diputado Gómez Farías exponer, en un breve discurso, que al no ser aceptados los Tratados de Córdoba en España, correspondía a los diputados emitir su voto para elegir al varón más conveniente para el Imperio, mientras la gente aplaudía y vitoreaba a Agustín I.

Giró el rostro hacia la muchedumbre y con una ligera inclinación agradeció su apoyo; sabía que el triunfo le pertenecía.

Acto seguido, el diputado añadió que don Agustín de Iturbide, en caso de ser proclamado emperador, debía obedecer la Constitución y los decretos y leyes que emanasen del Congreso, tras lo cual se procedió a la votación. El resultado fue predecible: resultó electo por sesenta y siete votos contra quince, pero Gómez Farías aclaró que la votación no era válida aún, pues faltaban los votos de diecinueve diputados más, ya que muchos, como Fagoaga y Sánchez de Tagle, se hallaban escondidos temiendo por sus vidas. A Iturbide no le importó; aunque los ausentes votasen en contra, ya no evitarían su ascenso al trono.

La multitud lo aclamó con vítores ensordecedores, y le acompañó entre aclamaciones hasta su casa. En el trayecto, la gente salía a los balcones para sumar sus voces y arrojarle agua de azahares.

Agustín de Iturbide levantaba las manos agradeciendo las muestras de apoyo. No podía ocultar su orgullo: por fin alcanzaba la gloria para la cual había nacido.

La Güera deseaba estar equivocada: ojalá el naciente Imperio Mexicano acarrease paz y progreso a la patria. No obstante, bastantes razones tenía para considerar lo contrario. Por más de veinte años había frecuentado la corte virreinal, donde aprendió a reconocer los pensamientos y acciones de los serviles, aquellos que eran capaces de cualquier bajeza para conservar sus privilegios; hombres y

mujeres volubles de ideas y que a la primera oportunidad se comportaban desleales a sus protectores. Estaba convencida de que ellos retirarían su respaldo a Iturbide tan pronto viesen amenazadas sus posiciones, como había sido testigo en numerosas ocasiones en la época virreinal.

Pero también conocía a la perfección los pensamientos y maneras de actuar de los liberales, muchos de ellos sus propios amigos y asistentes a las tertulias, quienes no se tocarían el corazón para utilizar la violencia con tal de conseguir sus metas. Los masones, que eran la mayoría de los liberales, actuaban con gran tenacidad y eran implacables, acostumbrados a apostar sin miedo a la derrota, por lo cual serían los más férreos enemigos del Imperio. Y en cuanto al pueblo, que tanto lo había endiosado, ellos entendían la independencia como una acción que mejoraría sus condiciones, logrando un sustancial aumento en sus ingresos, lo cual no sucedería, y lo dejarían de apoyar tarde o temprano.

Su ánimo había decaído tremendamente, y si continuó organizando tertulias fue más para evitar habladurías que por otra cosa. Paradójicamente, la gente deseaba ser invitada a su casa, ya que la consideraban cercana a Agustín, pero se equivocaban: sus lazos con el futuro emperador eran ya inexistentes, y tan sólo fingía cercanía para que su nombre no fuese manchado con la humillación y el fracaso.

En las reuniones, muchas personas se le acercaban con el objeto de pedir favores políticos, a lo que tan sólo comentaba que el emperador estaba demasiado ocupado y no podía verlas. En el Coliseo, cuando la gente lo vitoreaba y aclamaba, la Güera sonreía fingiendo estar de acuerdo, o se sumaba falsamente a las alabanzas populares. Todo lo referente a su coronación, cargada de exagerada pompa y adornada con engañosos oropeles, le parecía una comedia, y ella actuaba convenientemente para proteger su futuro y el de su familia, aunque en realidad se retorcía de impotencia, coraje y vergüenza.

Las semanas pasaban rápidamente, y durante ese tiempo jamás se reunió con Iturbide, aunque la invitaba constantemente a Palacio, donde ya vivía y actuaba como amo y dueño del país. A veces le enviaba recados para que lo recibiese en su alcoba por la noche, pero ella rompía con asco los papeles sin contestar uno solo.

En una ocasión la futura emperatriz le envió una carta, invitándola a formar parte de la corte como dama de honor, pero sin dudarlo un instante se negó educadamente arguyendo problemas de salud, acción que sin duda Ana María agradeció, ya que no hubo insistencia alguna de su parte.

Esa tarde fue a visitarla Juan Francisco Azcárate, quien fungiría como ministro de Relaciones Exteriores del Imperio, ya que Agustín le tenía suma confianza.

—Vengo por encargo del emperador —dijo cuando ya estaban sentados en el gabinete, comiendo los pastelillos que la Güera le ofrecía.

—¡No me digas que te ha enviado a convencerme! —exclamó divertida, adivinando la misión de su amigo.

—Así es; tu negativa a formar parte de la corte le resulta ofensiva e irreverente —dijo con las mejillas infladas de golosinas—. Güera, él será emperador y sus deseos deben ser cumplidos.

—¡Válgame! Se cree dueño de México y no es así: jamás podrá poseer nuestras voluntades. Date cuenta de que nos ha traicionado.

—No, Güera; debió coronarse para evitar el caos y el desorden.

—Recuerda cuando elaboramos el Plan de las Tres Garantías: todos estuvimos de acuerdo en que ningún americano podría ser emperador…

—Pero ahora la situación es distinta.

—Sí, Juan Francisco, todo ha cambiado, por desgracia. Ojalá me equivoque, pero no hace falta ser sabio para pronosticar que el futuro del Imperio será tan prolongado como la vida de una flor.

—Debemos evitarlo; el caos sólo acarreará confrontaciones.

—Que Agustín ha provocado. Si se hubiera mantenido fiel al plan, la situación sería otra.

—Además, corren rumores que te perjudican: se dice que no formarás parte de la corte con tal de ocultar tus relaciones ilícitas con Agustín.

—Prefiero ser tachada de puta que hacerme cómplice de mayor mortandad —dijo tajante—. Juan Francisco, desde 1808 hemos intentado ser libres y Agustín nos encadena a peores consecuencias.

—Es que…

—Por favor, no insistas. Estás en tu derecho de participar en el gobierno, y yo en el mío de negarme. Todas mis hijas, yernos, y hasta mi sobrino han aceptado cargos.

—Deberías imitarlos.

—¿Y vivir sabiendo que tanta guerra, mortandad y hambre, acarrearán caos y enfrentamientos en vez de progreso y armonía? ¿Cómo fingir que los ideales de Hidalgo, Allende o Morelos han triunfado? No, querido amigo, aún me resta un poco de decencia; ya no volveré a inmiscuirme en política… Merezco vivir en paz.

Juan Francisco desistió. Las razones que profería la Güera, aunque no las compartía, le otorgaban un aire de dignidad que bien merecía respeto. Pensó que mucho extrañaría las tertulias y los sabrosos debates libertarios ahora que la Güera estuviese ausente de conspiraciones e intrigas. Pero la patria ya era otra, se llamaba México, y había que acostumbrarse a un nuevo orden de cosas.

La ciudad comenzó a prepararse para la coronación de Agustín I de México. Decían muchos que sería una celebración tan fastuosa como solamente sucedía en los más cultos países europeos, con boato, pompa y extensos ceremoniales, cosa que a Ignacio le parecía un inmoral exceso para un país empobrecido y quebrado.

Aquella soleada mañana leía la *Gaceta Imperial* sentado en su puesto de la plaza de Santo Domingo a la espera de algún cliente, los que debido a la maltrecha economía eran cada vez más escasos. En la publicación aparecían los nombramientos de la corte de Agustín I, y algunos cargos le parecían extraños, como caballerizo mayor, limosnero, predicadores, gentileshombres de cámara, mayordomos de semanas o camarera mayor; mientras otros le resultaban perfectamente lógicos para el funcionamiento de una corte, como mayordomo, capitán de la guardia, ayudantes, confesores, capellanes o damas de la emperatriz.

Entre los nombramientos, había imaginado que la Güera Rodríguez ocuparía un cargo de suma importancia, pero mientras más leía, su desilusión fue creciendo: la señora no era mencionada en ningún lado. En cambio, su hijo Gerónimo, junto con su yerno, el conde de Regla, y su sobrino, el marqués de Uluapa, serían mayordomos de semana. El marqués de Guadalupe Gallardo, esposo de Paz, obtuvo el gracioso puesto de caballerizo mayor, enterándose de que tal funcionario tenía la responsabilidad, tal como su nombre lo indicaba, de administrar las caballerizas, obteniendo el privilegio de ir montado a la izquierda del carruaje imperial. El marqués de San Miguel de Aguayo, marido de la bella Antonia, ocuparía el cargo de mayordomo mayor del emperador, y finalmente, sus tres hijas serían damas honorarias de la emperatriz. Toda su familia participaría en la corte imperial y hasta las más cercanas amistades, como los marqueses de Guardiola y de Rayas… pero no la Güera

Rodríguez.

La gente chismeaba que la emperatriz Ana María no deseaba ver ni en pintura a la que había sido amante de su esposo, habiendo prohibido que se mencionara su nombre en la corte. Otros murmuraban que la intención era ocultar los amoríos de la Güera y el emperador, intentando mantener su pecaminosa relación lo más secreta posible.

Ignacio pensaba diferente: bien conocía a la dama, y sabía que algo muy distinto acontecía. Después de transcribir cientos de mensajes dirigidos a los insurgentes o a Iturbide, había ido conociendo cada uno de los detalles de su temperamento. A la Güera Rodríguez le tenían sin cuidado los chismes y rumores de la alta sociedad; al contrario, parecían divertirle y en ciertas ocasiones los provocaba a propósito. Además, pensó, si la emperatriz no deseaba saber nada de la señora, ¿entonces por qué nombraría damas de honor a sus hijas?

No, el asunto debía ser muy otro. Seguramente la Güera no aprobaba que Iturbide se convirtiese en el emperador de México, eso casi podía jurarlo, y le causaba gran consternación. ¿Acaso la señora preveía que el Imperio fuera a fracasar? ¿Encaminaría al país a nuevas guerras? No tenía respuesta a sus dudas pero, como siempre, respetó la decisión de la señora con admiración. Hasta en esos momentos le era fiel.

75

DIOS SE APIADE DE MÉXICO
1822

Finalmente llegó el funesto día. Agustín se coronaría emperador en unas cuantas horas, y desde muy temprano, en la capilla de la casa, rezó con oraciones cargadas de frustración y melancolía por su padre, por Manuel, por Hidalgo, Allende y Abasolo, todos ellos fenecidos en el camino por encontrar la libertad. Pero sobre todo imploró el perdón de su amado Ramón Cardeña, a quien no pudo honrar cabalmente. Estaba convencida de que, de seguir con vida, tampoco habría consentido en la coronación de Iturbide y formaría parte de las conspiraciones contra el emperador.

Rogó luego por el perdón de sus pecados capitales, en los cuales incurría con obstinada insistencia, muy especialmente en la soberbia, ese maligno y continuo afán en vanagloriarse de su capacidad para razonar y enaltecer su libertad que tanta desgracia le había acarreado.

Tras concluir los ruegos, irrevocablemente decidió recluirse en su alcoba, como si ahí pudiera escapar de la realidad o protegerse de los malos augurios.

Pero antes, sin poder evitarlo, miró sobre el altar la cajita de plata; la tomó, como hacía mucho no lo había vuelto a hacer, y abriéndola se asomó a los secretos más hondos de su corazón: dos argollas de matrimonio, un mechón de los rizos y un retrato de Ramón, y un papel con el bosquejo de la bandera trigarante. Al mirar el dibujo, una desconsolada mueca de dolor se dibujó en sus labios; muchos habían sido sus anhelos pero eran más las frustraciones. Miró nostálgica, descorazonada, el mechón de cabello y lo besó con infinita ternura. Ciertamente, aquel día se le habían agolpado las añoranzas.

Ya en su alcoba, sentada frente al secreter, tomando una horquilla de entre sus cabellos introdujo la punta en un orificio imperceptible a simple vista. Inmediatamente se abrió un cajón secreto y extrajo una carta, ya amarillenta por el paso del tiempo; era la única que había guardado de Ramón Cardeña. Leyó sus conocidas líneas, sus palabras amorosas, sus juguetonas mofas. Se detuvo en una frase: «Las ansias de libertad han echado raíces en los corazones americanos y nada apagará el anhelo por gobernarnos en autonomía».

La frustración anegaba su alma cuando sonaron trompetas y tambores a lo lejos, comenzando a repicar las campanas de la catedral: se anunciaba el comienzo de la ceremonia. Hubiera querido llorar y desahogar la carga de su espíritu, pero no le era posible; tan sólo un gran quebranto se había instalado en su mente, y un profundo hueco en el pecho la inclinaba al pesimismo.

Cerró el secreter y tomó el rebozo que le regalara Iturbide el día de la consumación de la independencia; pidió a Teófila que le llevase gancho y tijeras, y cuando lo hizo le suplicó que la acompañara, pues bien necesitaría su cariñosa cercanía para sobrellevar las horas venideras.

La fiel sirvienta no sabía cómo actuar ni qué decir, pero viendo el sufrimiento de su patrona se decidió a hablar.

—¿Por qué no fue a la coronación del emperador Iturbide? —preguntó respetuosa, como siempre.

—Ay, Teófila, no son días de celebraciones —contestó sencillamente, con voz entrecortada—. Los tiempos venideros serán tormentosos.

—¿Cree que el emperador nos traerá infortunios, niña? —preguntó la fiel ama de llaves, siempre temerosa del advenimiento de calamidades.

—No necesariamente el emperador —dijo la Güera mirando hacia el balcón—: todos seremos cómplices de nuestra desgracia, cada uno por separado. Pero de seguro, tras el desastre, lo culparán solamente a él… Dios se apiade de México.

Observó el rebozo, recorrió con los dedos la suave seda y admiró su belleza. Sus ojos se detuvieron en los nombres MARÍA IGNACIA RODRÍGUEZ DE VELASCO y AGUSTÍN COSME DAMIÁN ITURBIDE, bordados finamente. Entonces tomó con firmeza las tijeras, el ganchillo, y comenzó a deshilvanar una por una las finas costuras para desbaratar con gran paciencia ambos nombres de la misma manera como se deshacían sus anhelos, sus esperanzas. México se había independizado de España, pero no de sus más rastreras ambiciones; había fracasado.

En la calle no se escuchaba ruido alguno. El pueblo entero se encontraba reunido en la Plaza de la Constitución, frente a la catedral, pendiente de la coronación de Agustín I de México.

Mientras su corazón tiritaba de frío, vino a su mente una frase de Voltaire: «La dicha no es más que un sueño, y el dolor la realidad».

EPÍLOGO

Iturbide gobierna por espacio de nueve efímeros meses. Luego de continuos enfrentamientos con el Congreso y varias conspiraciones orquestadas por los liberales, Antonio López de Santa Anna proclama el Plan de Casa Mata, desconociéndolo como emperador; abdica del trono y se exilia con su familia en Europa. El Congreso disuelve el Imperio Mexicano y adopta la forma de República representativa, popular y federal.

En abril de 1824 el Congreso decreta que Iturbide es un traidor y enemigo del Estado. Por su parte, desconociendo el decreto, regresa a México para ayudar a la defensa del país ante una posible intervención europea: al desembarcar es apresado, y fusilado de rodillas y con los ojos vendados.

La nación mexicana, constantemente amenazada por invasiones de España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, y tras continuas conflagraciones entre bandos internos contrarios, sumará cuarenta y dos gobiernos en tan sólo veinticinco años de vida independiente, un promedio de siete meses por cada mandato. La minería, fuente de su antigua riqueza, colapsa y las finanzas se quebrantan.

Estados Unidos, en su afán expansionista, declara la guerra a México, y después de una cadena de victorias las fuerzas del general Scott toman la Ciudad de México en 1847; Palacio Nacional es saqueado por la muchedumbre.

María Ignacia Rodríguez de Velasco, la Güera Rodríguez, se casa por tercera vez con Juan Manuel de Elizalde y Martinicorena, chileno republicano llegado a México en 1819; en 1826 se convierte en el primer gobernador de la Ciudad de México, en 1835 es diputado y de 1848 a 1857 cónsul general de Chile en México. Los últimos años de su vida los pasa la Güera en penitencia, vistiendo los hábitos de la Tercera Orden de San Francisco. Una enfermedad degenerativa en los huesos y una caída la dejan paralítica, por lo cual pasa sus últimos años en silla de ruedas. En agosto de 1850, abatida por la grave enfermedad, María Ignacia dicta su testamento. Tres meses después, el 1 de noviembre, muere en su hogar.

Don Juan Manuel de Elizalde, tras obsequiar las joyas de su difunta esposa a la Virgen de la Dolorosa en La Profesa, se hace fraile de dicha congregación, y recibió el orden sacerdotal años después.

NOTA

La vida de María Ignacia Rodríguez de Velasco ha sido escasamente estudiada por la historiografía debido a diversas cuestiones puntuales. Porque sufre la misoginia histórica que ha desdeñado a las mujeres que participaron en la Independencia. Porque siendo libertina ilustrada, figura habitual entre la nobleza de su tiempo, su vida ha sido empañada por el chisme y el escándalo, lo que dificulta diferenciar el mito de la realidad. Por haber sido cercana a Iturbide, personaje denostado por la historia oficial. Por haber pertenecido a la alta sociedad, siendo por ello discriminada junto a personajes de la época tan importantes como el marqués de San Juan de Rayas, los Fagoaga y otros. Finalmente, porque sus archivos personales están extraviados —ocultos o destruidos—, complicando su estudio. Algunos autores, como Valle-Arizpe, insinúan que fueron destruidos por algún descendiente, ya que la figura de doña Ignacia causó vergüenzas intrafamiliares. Otros consideran que, debido a su actividad con los Guadalupes, borró toda huella de sus acciones. Y, por último, pudieron ser destruidos por ella misma o por su tercer marido, arrebatados por el fervor religioso que marcó sus últimos días.

La presente novela se basa en hechos históricos conocidos y documentados por historiadores, e hipótesis sobre el posible comportamiento de la Güera Rodríguez en aquellos acontecimientos y etapas de los que se carece de información. Es real y está acreditado por historiadores: su matrimonio con Gerónimo López de Peralta por orden del virrey, todo el proceso de su divorcio, la amistad con Humboldt, su matrimonio con Juan Ignacio de Briones (quien tuvo conflictos con la Inquisición cuando fue vicerrector de San Ildefonso), el parto de Victoria con testigos, su cercanía al partido criollo en 1808, la conspiración contra Aguirre y los gachupines en 1809, el destierro en Querétaro, su cercanía a Abasolo y el apoyo económico a Hidalgo, su participación con los Guadalupes (siendo sospechosa del gobierno por haber interceptado una carta suya a los insurgentes, aunque el canónigo Velasco, al ser aprehendido, no quiso declarar contra ella), su comparecencia ante la Inquisición por realizarse un retrato con el torso desnudo, su constante cercanía a Ramón Cardeña y Gallardo, su relación con Iturbide, sus tertulias independentistas, su cooperación en la elaboración del Plan de Iguala, las cartas cifradas de Iturbide enviadas bajo el seudónimo *Damiana*, su participación en la consumación de la independencia, el desvío del desfile del Ejército Trigarante para que pasara frente a su casa, los rumores de que su hija Antonia era amante de Iturbide y su negativa a participar en la corte del Imperio.

De Ramón Cardeña y Gallardo está documentado: su cercanía a la Güera en 1803, haberse escondido en su casa en 1808, su fuga a Cádiz llevando un poder de María Ignacia para solicitar título nobiliario, su estancia en La Habana, la creación de la logia masónica de los Caballeros Racionales en Xalapa en 1812 y su arresto, su traslado a la cárcel de la Inquisición, su permanencia con los betlemitas, el préstamo de veinticinco mil pesos de la Güera, y la orden directa de Fernando VII para que se le aprehendiese y enviara a Guadalajara en 1815.

Pero es importante subrayar que la presente es una obra de ficción, por ello los romances y relaciones amistosas de la Güera, así como los diálogos y situaciones son producto de la imaginación,

y aunque bien pudieron haber ocurrido, no existe documento que los avale.

AGRADECIMIENTOS

A Jaime Alcérreca, Paco Berrondo y Gilbert Sonnery, lectores y críticos de gran generosidad. A Benito Taibo por su invaluable apoyo. A David A. Martínez, editor de esta obra, que con su certera cooperación la hizo brillar. A mi familia entera, por su constante aliento.

Acerca del autor

GUILLERMO BARBA BEHRENS nació en la Ciudad de México en 1951. Tras realizar estudios multidisciplinarios en Diseño Industrial, Comunicación, Filosofía y Letras, trabajó en publicidad hasta 2002. Desde entonces, se dedica a la dirección cinematográfica y la escritura. Es autor de la novela *Juan sin sueño* (2002), así como coautor de los guiones y director de *Amar no es querer* (2011) y *Casi una gran estafa* (2017).

Su pasión por María Ignacia Rodríguez de Velasco, la Güera Rodríguez, nació en las aulas, cuando el distinguido historiador don Martín Quirarte lo introdujo a la fascinante vida del personaje. *La conspiradora* es fruto de largos años de investigación y escritura, teniendo siempre como guía las palabras de su maestro: «Para comprender la historia es imprescindible descubrir lo que se oculta entre líneas».

Diseño de portada: REVILOX / Oliver Barrón
Fotografías de portada: © Shutterstock
Fotografía del autor: © Kpturarte

© 2019, Guillermo Barba

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2019
ISBN: 978-607-07-5545-3

Primera edición impresa en México: febrero de 2019
ISBN: 978-607-07-5554-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE